

PEQUEÑO GRAN HOMBRE

Thomas Berger



Lectulandia

Pequeño Gran Hombre (1964) es una memoria ficticia, una narración de aventuras con toques de humor, una novela con mucho de histórica y de homenaje a la vez al viejo Oeste norteamericano.

Un desocupado coleccionista y aficionado a las antigüedades indias tiene oportunidad de entrevistar a un irascible anciano de más de ciento diez años, el viejo Jack Crabb, superviviente de la batalla de Little Bighorn, aquella en la que sioux, cheyennes y otros aliados hicieron picadillo a Custer y a parte de su séptimo de caballería. Pero Jack Crabb no solo fue el único superviviente de aquella legendaria batalla. En su relato nos cuenta que primero fue niño blanco, luego, tras el asesinato de su familia por los indios, niño cheyenne, y adolescente blanco y guerrero cheyenne después (con el nombre de «Pequeño Gran Hombre»), y jugador de ventaja, y buscador de oro, y cazador de búfalos, y explorador del ejército, y confidente del general Custer, y amigo de «Wild Bill» Hickok. También conoció personalmente a Calamity Jane y a Wyatt Hearp, y recorrió la ruta de Chisholm y estuvo en los años duros de Denver. Valiéndose de esta vida itinerante y aventurera de Jack Crabb, Thomas Berger hace un recorrido nostálgico por destacados episodios históricos —las batallas de Washita, Sand Creek, Solomon's Fork, Little Bighorn, etc.— y personajes reales —Custer, Wild Bill Hickok, Toro Sentado, Cuchillo Sangriento, Dos Lunas, etc.— del legendario Oeste. Con un tono irónico y un acento nostálgico, Berger pone en primer plano de su novela el choque cultural entre los indios, pobladores originales de las praderas norteamericanas, y los hombres blancos, colonos que se expanden de forma inexorable. En definitiva, un relato fiel a la historia y a la aventura.

Lectulandia

Thomas Berger

Pequeño Gran Hombre

ePub r1.0

Titivillus 13.11.15

Título original: *Little Big Man*

Thomas Berger, 1964

Traducción: Santiago García

Ilustración de cubierta: Charles Russell: *First wagon tracks* (1908)

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRESENTACIÓN

Las memorias de un personaje ficticio del siglo XIX —guerrero indio, trampero, tahúr, buscador de oro, explorador... y muchas otras cosas—, ¿pueden considerarse narrativa histórica?... Bueno, supongo que eso es algo que entra dentro del campo de lo sometible a discusión. Si reflejan de forma fiel el modo de vivir en esa parte del continente americano hace siglo y medio... Si el autor no tergiversa los hechos históricos que sirven de trasfondo real a esa memoria ficticia... Si la reconstrucción es cuidadosa y evita anacronismos... Si intervienen en la acción personajes plenamente históricos y su actuación y semblanza es conforme a lo que se conoce de ellos... Si, además —y este es el caso—, el autor se interroga y pretende profundizar en la manera de ser y sentir de aquellos habitantes del Oeste americano del siglo XIX, pues... ahí queda la pregunta. Narrativa histórica o no, *Pequeño Gran Hombre* —la memoria de ficción que estábamos hasta el momento evitando mencionar—, lo que sí es, es un «western». Uno de los mejores westerns jamás escritos.

El western es un género adulto desde hace ya mucho tiempo. Y entiéndase por «adulto», de una dilatada trayectoria, puesto que géneros «no adultos», como sinónimos de poco aptos para tratar determinados temas, no existen. Tiene, en su vertiente literaria, antecedentes ilustres como Fenimore Cooper, Brett Harte o Twain, clásicos antiguos como Zane Grey o Ernest Haycox, autores de literatura popular como Luis L'Amour, Lewis B. Patten o Max Brand y una extensa nómina de escritores habituales, como Cook, Halleran, Todhunter Ballard, Loomis y otros, afiliados a la «Western Writers Association» que mantienen vivas colecciones, premios, revistas y simposios. Desde luego también están los «grandes», que trascienden del universo western a la literatura general —o viceversa— y son analizados como parte de la literatura no específica y atesorados, en cuanto a originales y papeles ligados a su proceso de creación, por universidades y departamentos de literatura. Escritores como Willa Cather, A. B. Guthrie, Doctorow o Conrad Richter que cualquier día, en edición de lujo, vemos editar en español y reseñar en nuestros suplementos literarios dominicales. Entre todos ellos —con el cine de por medio, desde luego—, han creado un imaginario que, nutriéndose de un momento histórico y un ámbito geográfico concretos de la historia de los Estados Unidos, ya no le es ajeno a nadie en el planeta: el western. Lo cual, a fin de cuentas, puesto que este imaginario se asienta en buena parte en escenarios reales, con individuos que existieron y pueden ser conocidos, ha convertido en personajes universales a seres humanos tan poco relevantes para nuestra historia como unos pocos criminales y agentes de la ley —Jesse James, Wyatt Earp o Billy el niño—, algunos militares y caudillos indígenas como Clister, Toro Sentado o Jerónimo y un

puñado de hechos de armas muy poco trascendentes, como Little Bighorn o El Álamo. Históricamente relevante o no, el hecho cierto es que ese momento histórico, convertido en mito, sí es trascendente desde el punto de vista cultural; y con sus personajes y en sus escenarios se puede plantear y escribir todo aquello que a un escritor le apetezca plantearse, serio o divertido; profundo o banal.

A ese universo temático se asoman también, ocasionalmente, escritores que suelen navegar por otras aguas. Desde el clásico de la novela negra W. R. Burnett (*Adobe Walls*), hasta Katherine Anne Porter, desde E. R. Burroughs, el autor de Tarzán (*Apache Devil*), hasta Howard Fast, responsable de un buen número de novelas históricas. Los hay que solo una vez han dado fin a esa tentación de llegarse al western para brindarle una nueva obra. No sabemos cuántas veces sintió el impulso de hacerlo, pero sí que Thomas Berger, autor de más de una veintena de novelas que nada tienen que ver con el western, llevó ese impulso hasta el final en 1964, cuando da a luz *Little Big Man*.

Thomas Berger, norteamericano, nacido en 1924, con experiencia militar, bibliotecario, editor asociado, crítico de cine y profesor visitante y lector en unas cuantas universidades norteamericanas, es autor de un buen número de novelas de corte humorístico, en las que ha pasado revista a algunos consabidos escenarios literarios. Ya en 1958, con *Crazy in Berlin*, sobre los soldados norteamericanos en Alemania, se coloca en vanguardia de la narrativa humorística anglosajona; *Little Big Man* (1964) y *Killing Time* (1967), le consolidan en ese puesto y reafirman su prestigio como cultivador de la sátira y el humor negro, un prestigio que ha mantenido con posteriores obras como *Regiment of Women* (1973) sátira del feminismo o *Arthur Rex: A legendary Novel* (1978). Con todo, su repercusión en el ámbito del western y la cultura popular, viene de la adaptación que el cineasta Arthur Penn hace en 1970 de *Little Big Man*. La película, protagonizada por un actor en ascenso, Dustin Hoffman, conoció un notable éxito. Venía al día en ese momento en que revisionismo y/o humor generaban películas como *Mash* o, en el ámbito del western, *Soldado azul* y *Un hombre llamado caballo*, ambas, con *Pequeño Gran Hombre*, fruto de la cosecha western de ese año 1970.

La adaptación a imágenes no fue del todo fiel, puesto que Penn abordó la extensa novela de Berger, muy pródiga en episodios, remezclando unos y descartando otros como medio para conservar en lo posible el espíritu del libro. O quizá, intencionadamente, buscó el director de cine extremar hasta casi el esperpento lo apuntado más elegantemente por el escritor... Lo cierto es que el aliento suavemente irónico del original literario resultó en el film excesivamente subrayado, cercano casi a la parodia. Con todo, la novela había llamado la atención previamente a su adaptación al cine y, ya en el año 1968, *Little Big Man* se había publicado en España, con el título de *Memorias de un rostro pálido*, en la editorial Luis de Caralt. Desafortunadamente, la versión de Caralt, quizá por precauciones ante la censura, quizá por desconocidas exigencias de tipo editorial, presenta cortes considerables de

texto, la falta de al menos todo un capítulo, y una cierta dulcificación en las expresiones más rudas del original de Berger, original que es presentado en su traducción íntegra y fiel ahora en Valdemar.

Si daba comienzo esta presentación con un leve apunte sobre el western como género literario y sobre el escenario históricamente real que le sirve de sustento, es porque ellos dos son los asuntos de los que trata fundamentalmente *Pequeño Gran Hombre* —nos referiremos a la novela desde ahora con su título en español—. Es una memoria ficticia, una narración de aventuras con toques de humor, una novela con un mucho de histórica, desde luego que un gran western..., pero también es un homenaje y una reconsideración sobre el mito del western. Hay a quienes nos da pánico una novela presentada bajo parámetros como «mito», «en clave de», «homenaje» o «reconsideración». En demasiadas ocasiones tras esa terminología se ocultan peligrosas mezclas de tópicos e ínfulas seudointelectuales. También es justo recelar, al seleccionar lectura, de solapas e introducciones donde palabras como «arquetipo» y «entrañable» abundan en demasía. Sin embargo todo eso y más encontraría lógico acomodo en un intento de análisis de *Pequeño Gran Hombre*. Comenzando por el final, por las intenciones que hayan podido mover a su autor, da la impresión de que Berger, no sé si pretendiéndolo o no —puede suponerse que sí— reviste su novela de una fuerte sensación crepuscular, de intento de aprehender una época que termina, de último vistazo a un momento histórico que acaba.

El planteamiento inicial es el de un desocupado coleccionista y aficionado a las antigüedades indias, que tiene la oportunidad de entrevistar a un irascible anciano de más de ciento diez años, superviviente de la batalla de Little Bighorn. El viejo Jack Crabb afirma que ya no queda nadie que, como él:

... haya participado en la gloriosa historia de la Vieja Frontera y que conociera al General Custer, a Toro Sentado, a Wild Bill, a ese hombre tan malo que fue Earp, etc. o que sobreviviera a la llamada batalla de Little Bighorn o la Última Batalla de Custer.

Y esa sensación de era que finaliza, la de los indios de la pradera, es también percibida y vinculada a Little Big Horn por el auténtico protagonista indio de *Pequeño Gran Hombre*, su abuelo adoptivo Old Lodge Skins (Vieja Tienda) que antes de morir, tras la victoria sobre Custer, se dirige al Gran Espíritu diciendo:

... y ahora has decidido que los Seres Humanos (los cheyennes) pronto tendrán que caminar por un nuevo camino. Gracias por dejarnos vencer una vez antes de que eso ocurra. Aunque mi pueblo tenga que acabar desapareciendo de la faz de la tierra, seguirá viviendo en cualquier hombre que sea feroz y fuerte.

Pero Jack Crabb no solo fue el único superviviente blanco que puede contar lo que pasó en Little Bighorn cuando sonó la hora final de Custer. Fue primero niño blanco, y luego niño cheyenne, y adolescente blanco y guerrero cheyenne después, y jugador de ventaja y buscador de oro y cazador de búfalos y explorador del ejército y confidente de Custer y amigo de Wild Bill Hickok. También conoció personalmente a Calamity Jean y a Wyatt Earp y recorrió la ruta de Chisholm y estuvo en los años iniciales de Denver. En resumen: durante esos veinticinco años que son el núcleo histórico fundamental del oeste real que da sustento al oeste mítico, Jack Crabb estuvo en todas partes y conoció a todo el mundo. De *Pequeño Gran Hombre* se puede decir que las personas importantes, aunque secundarios como personajes, son casi todas reales: Custer, Wild Bill Hickok, Black Kettle, Cuchillo Sangriento, Dos Lunas y muchos otros, y que los integrantes del reparto pertenecientes a la ficción son arquetipos representativos de las personas anónimas que conformaron ese Oeste real. El predicador y su encantadora esposa, Lucy Pendrake, la sobrina que llega a gran dama, el timador... Con personajes históricos y arquetipos, Berger, a un tiempo, homenajea, pone en solfa y retrata a los dos Oestes: al histórico y al mítico. Pero el plato fuerte del empeño va a ser el choque entre indios y blancos, la revisión del tópico del enfrentamiento entre civilización y salvajismo.

Las guerras de los anglosajones contra las tribus nativas se extienden por más de trescientos años. Las inician los ingleses en el siglo XVI y las acabarán los estadounidenses prácticamente en el XX. Historia aparte, han dado lugar a tres ambientes narrativos míticos y diferenciados: el de los prewesterns coloniales a lo *Último mohicano*, el de las guerras apaches y la frontera sur y el del choque entre la caballería yanqui y las tribus de la pradera (sioux, cheyennes, etcétera). Cada uno de estos escenarios, avalado por centenares de novelas, relatos y decenas de películas. *Pequeño Gran Hombre*, saltando según los azares del destino de un bando a otro, da noticia del punto álgido de las campañas contra las grandes tribus de la pradera. La novela de Berger refleja con humor y un realismo entre idealizado y caricaturesco la vida cotidiana y los tipos humanos de la frontera yanqui de mediados del XIX. Y de un modo más exacto aún, aunque con técnica parecida, mezclando realismo, profundidad psicológica, ironía e incluso crudeza, la cultura de los indios de las llanuras y su choque con los blancos; básicamente, las guerras contra cheyennes, sioux y sus aliados entre 1860 y 1876.

Berger hace a Jack Crabb cheyenne hacia 1852, y hasta 1857, adolescente cheyenne es; lo cual nos permite conocer, desde dentro, esta cultura de la pradera, nómada y guerrera en torno al caballo y la caza, que, aunque nos parezca la quintaesencia del ser piel roja, se debió a los blancos y apenas duró un par de siglos. De hecho surge con la introducción del caballo por el hombre blanco y su difusión y desarrollo entre las tribus indígenas; algo que no tiene lugar hasta el XVIII. Luego, a veces como blanco, a veces como indio, *Pequeño Gran Hombre* estuvo en Solomon's Fork (1857) y conoció por testigos directos la masacre de Sand Creek (1864), y

estuvo en Washita (1868) y en Little Bighorn (1876). Y estuvo allá de donde ningún blanco volvió, entre los últimos soldados que murieron con Custer. Evidentemente alguien así tenía que ser de ficción, y ese es Jack Crabb, el invento de Berger.

Aunque, ciertamente, *Pequeño Gran Hombre* tiene un carácter humorístico, y bastante de recreación y homenaje, no conviene ignorar lo mucho que tiene de reconstrucción de una época histórica. El mundo blanco es bien captado a través de arquetipos y personajes reales en los que Berger pone un cuidado especial, siendo cuidadoso incluso en la descripción exacta de la apariencia física (Wyatt Earp, por ejemplo). En cuanto a las guerras indias y las tribus de la pradera, hay que señalar que la recreación del ambiente cheyenne con que inicia su novela es, no solo realista, sino un esfuerzo de rehuir tópicos. Son históricos casi todos los jefes indios que se mencionan: Black Kettle, Dos Lunas, Lobo Amarillo, Satanta, Pequeño Cuervo, etc. La exactitud con que se abordan aspectos como el sistema de caudillaje y jefatura basados en el prestigio personal, las relaciones entre las distintas tribus, o la existencia de sociedades guerreras, sirven como ejemplos de lo cuidado de la reconstrucción del ámbito indio que Berger lleva a cabo. El comerciante William Bent, casado con una cheyenne y cuyos hijos mestizos, George y Charlie, lucharon en el bando indio, es un personaje real; exploradores como Charley Reynolds o Cuchillo Sangriento, el auxiliar indio favorito de Custer, también lo son. De hecho Cuchillo Sangriento murió exactamente como se describe en las páginas de esta novela. También es cierto lo referido a Washita, Sand Creek y Solomon's Fork, el asalto a Julesburg, o el viaje de Custer a testificar y su choque con Grant. La descripción de la batalla de Little Bighorn que Berger pone en boca de Jack Crabb responde a lo que se sabe y supone de aquel hecho histórico. La investigación que, previamente a la novela, llevó a cabo Berger, le permitió ser minucioso hasta en lo anecdótico, como cuando refleja que, precisamente el día que muere en Little Bighorn, Custer llevaba el cabello corto en vez de su habitual larga cabellera —sobrenombre por el que le conocían los indios—; o la anécdota final, narrada por Jack Crabb, de que Crazy Horse murió asesinado mientras sujetaba sus brazos un guerrero sioux llamado precisamente como él, Pequeño Gran Hombre. El western siempre se mueve entre el mito y la realidad histórica que lo sustenta. Una buena parte de sus autores —Loomis, Horgan, Fisher, Wellman, etc.— tienen muy presente que narran en un escenario histórico. Y Berger es uno de los primeros en emprender, no solo la senda de historicidad, que ya era frecuentada por otros autores del género, sino la de la revisión de la historia oficial de la frontera. Una senda que también recorría en aquellos días el investigador Dee Brown, quien con *Enterrad mi corazón en Wounded Knee*, abundó, pocos años más tarde y con inmenso éxito, en esa nueva visión del choque entre blancos y pieles rojas.

Alfredo Lara López

Pequeño Gran Hombre

A Mary Redpath

Prólogo de un hombre de letras

Tuve el privilegio de conocer al difunto Jack Crabb —hombre de la frontera, explorador indio, pistolero, cazador de búfalos, cheyenne adoptado— en sus últimos días de vida. Tal vez no sea impropio que haga aquí un relato de mi relación con tan destacado individuo, pues hay razones de peso para creer que sin mi función catalizadora, por así llamarla, estas extraordinarias memorias no habrían visto nunca la luz del día. Confío en que tan aparentemente inmodesta afirmación quede justificada por los párrafos subsiguientes.

En el otoño de 1952, tras una operación para corregir el seno derecho desviado de mi nariz, estuve convaleciente en mi casa al cuidado de una enfermera de edad madura llamada Winifred Burr. La señora Burr era viuda, y puesto que ya ha fallecido (como consecuencia de un desgraciado accidente relacionado con su Plymouth y un camión de reparto de cerveza), no le perjudicará que la describa como una mujer rechoncha, fisgona y maliciosa. También era increíblemente fuerte y, aunque soy un hombre de cierta envergadura, cuando me lavaba me manejaba como si fuera un niño.

Debo añadir aquí, debido a la actual corriente de las confesiones literarias, que de dicho tratamiento no derivaba excitación sexual alguna. Sentía pavor por dichas abluciones, y utilizaba todos los argumentos posibles para librarme de ellas. De forma, no obstante, infructuosa. Creo que intentaba provocar que la despidiera, lo cual era un empeño autodestructivo, ya que se ganaba la vida como enfermera. Pero la señora Burr era una de esas personas que se entregan a su código moral de la misma manera que un borracho a su sed. Su difunto esposo había sido maquinista de trenes de transporte de mercancías durante treinta años, y de ahí procedía su idea de que un varón adulto americano era una persona que llevaba un abrigo manchado de hollín y una gorra con visera hecha de gamuza a rayas.

La señora Burr no consideraba que mi incapacidad física fuera lo bastante grave como para requerir una enfermera (aunque mi nariz estaba hinchada y tenía los dos ojos morados). Desaprobaba mi medio de vida: un modesto estipendio procedente de mi padre, que era pudiente, me había dado la oportunidad de dedicarme a mis intereses literarios e históricos con relativa indiferencia e inmunidad al mundo laboral, por el cual, no obstante, sentía el mayor de los respetos. Y, como uno podría esperar de una viuda, tenía una visión muy turbia de mi soltería a la edad de cincuenta y dos años, y llegaba incluso a dejar caer ciertas alusiones que estaban completamente injustificadas: había estado casado una vez; tengo numerosas amigas del género femenino, varias de las cuales vinieron a visitarme durante mi periodo de incapacidad; y no poseo ningún vestido de seda.

La señora Burr me hizo pasar muchas horas desagradables, y podría parecer extraño que le conceda un lugar tan prominente en el espacio limitado de este prólogo, cuyo propósito es presentar un documento fundamental de la vida en la

frontera americana para luego retirarme a mi oscuridad habitual. Bueno, como ocurre a menudo en los asuntos de los hombres, el destino utiliza como instrumento a personas por lo demás tan poco gratificantes como mi antigua enfermera para alcanzar sus inescrutables designios.

Entre sus acometidas con la esponja y sus preparativos del té aguado, la tostada y el caldo de gallina que constituían mi sustento durante aquel periodo, la señora Burr se sentía impulsada por su insaciable curiosidad a husmear por el apartamento como un vulgar ladrón. En el dormitorio, actuaba bajo el disfraz de su piadosa profesión.

—Voy a ponerle unos pijamas limpios —decía, y, sorda a mis instrucciones, procedía a saquear todos los cajones del armario. Una vez estaba fuera de mi vista, sin embargo, ya no simulaba ningún rastro de decencia, y desde mi cama podía oírla asaltar, uno por uno, los diversos reservados a través de las otras habitaciones, escritorios, gabinetes y cofres, muchos de ellos muestras valiosas de artesanía colonial española que había acumulado durante mis años en el norte de Nuevo México, adonde había ido a fortalecer mis débiles pulmones con el aire de las alturas.

Fue al oír que corría una de las puertas de cristal de la vitrina que contenía mi amada colección de reliquias indias cuando me sentí obligado a protestar, aunque la vibración de un grito hiciera que mi pobre nariz palpitase de dolor.

—¡Señora Burr! ¡Debo insistir en que deje en paz mis objetos indios! —exclamé.

Apareció de inmediato en la puerta del dormitorio, vestida con un magnífico tocado indio, supuestamente el gorro de guerra del gran Caballo Loco^[1] en persona, por el cual había pagado a un comerciante seiscientos cincuenta dólares algunos años antes. En aquel momento estaba demasiado alterado para apreciar la grotesca imagen de aquella mujer gorda bajo la espléndida cresta. Su herejía me había impresionado demasiado. Entre los indios, las plumas de águila pertenecían exclusivamente a los guerreros, y una *squaw* no podría llevar un tocado, ni siquiera de broma, de la misma manera que una mujer moderna no se pondría los suspensorios atléticos de su marido. Los lectores me disculparán la grosera comparación; sin embargo, no carece de justificación, pues hay pocos extremos que nuestras mujeres no se atrevan a alcanzar, y lo que la señora Burr estaba haciendo, aunque involuntariamente, era dramatizar los males de nuestra cultura blanca.

Lanzó un alarido y realizó una burda danza de la guerra en la puerta de entrada. La energía que poseía aquella persona era impresionante. No me atreví a seguir protestando, por temor a que se ofendiera y causara algún daño al raro tocado, que ya tenía casi un siglo de antigüedad. Algunas de las plumas de águila de la parte inferior ya se habían soltado y flotaban como los paracaídas cargados de semillas de esa planta de los bosques que estalla para perpetuar su raza.

Permaneciendo en silencio y evitando su visión, logré sobrevivir al mal gusto de la señora Burr. Como no consiguió que emitiera ningún otro sonido, por fin devolvió el tocado de Caballo Loco a la vitrina y volvió al dormitorio sumida en lo que en ella pasaba por ser un humor reflexivo.

Se dejó caer pesadamente sobre la cubierta del radiador.

—¿Alguna vez le he hablado de cuando trabajé en el hogar de ancianos de Marville?

Una persona más sensible habría interpretado mi murmullo como una disuasión conveniente, pero la señora Burr era inmune a la sutileza.

—Ver estas cosas indias me lo ha traído a la cabeza —se aclaró la garganta con un sonido desagradable—. Había allí un viejo verde que afirmaba tener ciento cuatro años de edad. Y debo decir que los aparentaba, el viejo chivo, chupado como un pájaro y con la piel como un hule desgastado. No podía tener menos de noventa años, aunque todo lo demás fuera un sucia mentira.

Al intentar reproducir el habla de la señora Burr, sé que me enfrento a una tarea quijotesca. Lo máximo a lo que puedo llegar es a describirla como la vocalización de la hostilidad en grado sumo.

—El caso es que además afirmaba haber sido vaquero y combatiente indio en los viejos tiempos. Allí ven mucho la televisión, viejos *westerns* y cosas por el estilo, y él siempre estaba diciendo que eran todo pamplinas porque él lo había vivido de verdad. El viejo desgraciado siempre les estaba aguando la diversión a los demás, si es que le hacían caso, cosa que normalmente no ocurría. El viejo demonio tenía las manos muy activas, como solía decir yo, y no podías acercarte para remeterle la manta alrededor de sus viejas piernas en la silla de ruedas sin que intentara plantarte una de sus garras de pajarraco en el trasero. Y menudos pellizcos daba, si te agachabas cerca de él para recoger una almohada del suelo. Imagínese, a una mujer de mi edad, aunque por supuesto por entonces era más joven, ya que esto ocurrió hace siete años, y el difunto señor Burr solía decir, cuando había tomado un par de copas, que yo no tenía muy mal tipo. Pero volviendo al viejo pervertido del asilo, afirmaba haber estado en la Última Batalla de Custer, lo cual es una mentira como la copa de un pino porque resulta que vi una película sobre eso y acabaron matándolos a todos de una u otra forma. Siempre digo que al final los indios son los únicos americanos auténticos.

Basta de mi enfermera. *Requiescat in pace*. Una semana después dejó de estar empleada por mí, y fue a mediados del mes siguiente, creo, cuando leí la nota sobre su accidente fatal. Me complace decir que no soy el típico patán sádico que a menudo escribe los prólogos que solemos leer, y que se utilizan para entregarse a la autoindulgencia. No veo razón alguna para hacer que el lector me acompañe en cada giro y revuelta de mi búsqueda del individuo que resultaría ser el más importante de los hombres de la frontera.

Para empezar, en cuanto la señora Burr vio mi interés por el «viejo verde que afirmaba haber sido un combatiente indio», etc., me arrastró a una larga, penosa e infructuosa carrera a través del circuito de obstáculos de su memoria. Para continuar, nadie del personal de la residencia para ancianos de Marville (que visité en cuanto mi nariz hubo recuperado su forma normal) había oído hablar jamás de la persona en cuestión, cuyo nombre la señora Burr había pronunciado como «Papp», o «Stab» o

«Tarr».

Las referencias al «vaquero» tampoco encendieron ninguna luz.

Y en cuanto a la supuesta avanzada edad de mi sujeto, los médicos se me rieron a la cara; nunca habían conocido ningún paciente que sobreviviera hasta más allá de los 103 años. Tuve la clara impresión de que estaban decididos a conservar esa marca y que serían capaces de dar el golpe de gracia a cualquier vejestorio arrogante que intentara mejorarla. Como todas las instituciones del ramo, estaban terriblemente sobrecargados, y el tráfico de sillas de ruedas era un auténtico terror para los peatones en los paseos de grava.

Fui informado por la oficina de la seguridad social del estado de la existencia de instalaciones semejantes para los jubilados en las ciudades de Carvel, Harkinsville y Bardill. Viajé a cada una de ellas y mantuve muchas entrevistas tanto con miembros del personal como con los ancianos, algunas de las cuales darían para buenas historias por sí mismas; hablé durante media hora con una mujer que tenía la voz grave y llevaba un batín creyendo que era un hombre; incluso encontré a varios abuelos con recuerdos del oeste, a los que se aferraban animosamente tras una o dos astutas preguntas hasta descubrir su impostura. Pero no encontré ningún Papp, ni Stab, ni Tarr, ningún superviviente de 111 años de edad de la Batalla de Little Bighorn.

A estas alturas podría preguntárseme cómo justificaba mi aparente fe en la veracidad de la declaración de la señora Burr de que existía el hombre llamado Papp, o por qué había aceptado la autenticidad de su historia. Es cierto que soy dado a actuar por impulso, y, puesto que poseo los medios para hacerlo, no me disculpo por esta debilidad. También es cierto que, como podría deducirse de la referencia a mi colección india, que tiene un valor de miles de dólares, siento pasión por el Antiguo Oeste. Por último, obra en mi poder una edición extraordinaria del *Bismarck Tribune*, Territorio de Dakota, con fecha de 6 de julio de 1876, que incluye la primera lista de bajas de la masacre de Custer, y en esa lista constan los nombres de Papp, Stab y Tarr. Por supuesto, figuran como muertos, pero debido a la mutilación de los cadáveres, pocos pudieron ser identificados con certeza.

Stab, como al principio temí, debe ser eliminado por la razón de que era un explorador indio arikara. Si el anciano de la señora Burr hubiera sido un indio, sin duda lo habría dicho; por otra parte, hizo referencia a la piel del viejo: «como hule desgastado». Aunque no especificó el color. Por supuesto, no todos los indios son morenos, por no mencionar que no hay ninguno que sea realmente de piel roja.

Pero he faltado a mi promesa de no caer en digresiones... No estaba fuera del alcance de lo imaginable que Papp, digamos, o Tarr —o incluso Stab— hubieran sobrevivido a aquella terrible matanza y que por sus propias y peculiares razones hubieran eludido el alcance de las autoridades, los periodistas, los historiadores, etc., durante los siguientes tres cuartos de siglo —quizás hubiera tenido amnesia durante la mayor parte de esos años—, y que de pronto hubiera decidido revelarse en un lugar

y momento en el que no le creerían ni sus ancianos compañeros ni los auxiliares como la señora Burr. No era imposible, pero, después de meses de búsqueda infructuosa, decidí que era muy improbable. Además de lo cual, la señora Burr había visto por última vez al individuo en cuestión en 1945. ¡Si resultaba poco razonable que un hombre viviera hasta los 104 años de edad, cuánto más absurdo era que llegara hasta los 111!

Completamente ridículo, de hecho. Cuando visité a mi padre para cobrar mi estipendio mensual —exigía mi aparición personal regular—, cometí el error de responder con sinceridad a su pregunta:

—¿En qué andas metido este mes, Ralph?

Mordisqueó salvajemente la boquilla de su puro.

—¡Buscar a un superviviente de ciento once años de edad de la Batalla de Little Bighorn!

Afortunadamente, en aquel momento uno de sus secuaces entró en el despacho con informes de Hong Kong relativos al hotel que mi padre estaba construyendo en aquella colonia, y me evité nuevas difamaciones sobre mi supuesta debilidad mental. Mi padre tenía casi ochenta años. Nunca habíamos mantenido una relación cercana.

En el momento en que estaba a punto de abandonar el empeño y empezar, en su lugar, a trabajar seriamente en mi largo tiempo demorada monografía sobre los orígenes de la luminaria del Sudoeste (la linterna de Navidad formada por una vela encendida dentro de una bolsa de papel llena de arena), proyectada años antes durante mi residencia en Taos, Nuevo México, justo cuando me encontraba revisando mis notas sobre el tema, recibí una carta curiosa, que tenía toda la apariencia de ser un fraude.

Querido señor, me he enterado de que estaba buscándome. Imagino que es a mí a quien busca, porque no conozco a nadie más entre los viejos desechos de este asilo que haya sido un héroe como yo y que haya participado en la gloriosa historia de la Vieja Frontera y que conociera al General Custer, a Toro Sentado^[2], a Wild Bill, a ese hombre tan malo que fue Earp, etc. o que sobreviviera a la llamada batalla de Little Bighorn o la Última Batalla de Custer.

Aquí me tienen prisionero. Tengo ciento once años, y si tuviera mi Colt saldría de aquí a tiros, pero no lo tengo. Como usted es un escritor, le venderé mi historia por 50.000 dólares, que creo que sale barata teniendo en cuenta que probablemente sea uno de los últimos que quedan de la vieja guardia.

Su amigo
Jack Crabb

La caligrafía era espantosa (aunque en absoluto temblorosa), y tardé el día entero en descifrarla; la redacción aquí publicada solo puede describirse como probable. La

carta fue escrita en una hoja que llevaba la rúbrica del Centro Marville para Ciudadanos de la Tercera Edad, que como hemos visto fue el primer sitio que visité y que había arrojado resultados negativos. La petición de cincuenta mil dólares sugería que podía ser obra de un posible estafador.

Sin embargo, al día siguiente me encontré, tras un viaje en coche de cien millas entre nubes de polvo dispersas, aparcando mi Pontiac en uno de los espacios con la indicación de «Visitantes» del aparcamiento de Marville. Era a primera hora de la tarde. El director administrativo parecía ligeramente irritado al volver a verme, y se mostró completamente despectivo cuando le mostré la carta. De inmediato, me dejó en manos del jefe de la sección psiquiátrica. Era una persona de tez pálida llamada Teague, que estudió impasible la nudosa caligrafía de mi documento, suspiró, y dijo:

—Sí, me temo que es uno de los nuestros. De vez en cuando consiguen que se nos pase una carta. Lamento que le haya causado molestias, pero le aseguro que este paciente es completamente inofensivo. Su alusión a la violencia en el último párrafo es una fantasía. Además, está físicamente debilitado hasta tal extremo que no puede levantarse de su silla sin ayuda de un auxiliar, y sus facultades perceptivas están menguadas. Así que no tema que pueda llegar hasta la ciudad y hacerle daño.

Indiqué al doctor que la amenaza del señor Crabb, si así se le podía llamar, se dirigía al personal del Centro Marville, y no a mí, pero por supuesto se limitó a sonreír compasivamente. No carezco de experiencia con estos caballeros, ya que tuve que cumplir mi pena, a cincuenta dólares la hora, dos veces a la semana, durante varios años, cuando era una década más joven, sin que mis pesadillas y mis dolores de cabeza disminuyeran lo más mínimo.

—No obstante —añadí—, debo insistir en ver al señor Crabb. He conducido durante cien millas y he perdido una mañana que habría sido más provechosa si la hubiera pasado con mi asesor fiscal.

Accedió al instante. Es muy fácil imponerse a los miembros de su profesión, siempre y cuando uno lo haga en términos económicos, y no emocionales.

Subimos un tramo de escaleras y caminamos cerca de media milla, pasillo tras pasillo; la sección psiquiátrica era el departamento más nuevo de Marville, hecha toda de baldosas, cristal y filodendros. En realidad, parecía un invernadero, en el que de vez en cuando asomaba un grupo de calvas como las setas entre la maleza. Llegamos a una balconada acristalada llena de geranios. Los inicios de diciembre ya se habían asentado en el exterior, pero, gracias al termostato, Marville conservaba un verano interior a lo largo de todo el año. De pronto, me sentí asaltado por una terrible ilusión. En una silla de ruedas, dándonos la espalda, estaba posado un abominable pájaro negro, el buitre más grande que hubiera visto jamás. A través de la ventana, escudriñaba absorto el terreno de más abajo, como si buscara el almuerzo, su cabecita desnuda y arrugada temblando ligeramente.

—Señor Crabb —dijo el Dr. Teague al pájaro—, tiene una visita. Sean cuales sean sus sentimientos hacia mí, estoy seguro de que se comportará con exquisita

educación hacia este caballero.

El buitre se dio la vuelta lentamente y miró sobre su hombro inclinado. Mi horror disminuyó al ver una cara humana en lugar de un pico. Marchita, sin duda, y cubierta por el hule desgastado que decía la señora Burr, con muchas costuras, pero una cara no obstante, una cara pequeña y furiosa, con ojos tan calientes y azules como el cielo sobre una meseta.

—Chico —dijo el viejo al Dr. Teague—, una vez me metieron una bala en las nalgas cerca de Rocky Ford y me la saqué yo solo con un cuchillo y un espejo, y la visión de mi peludo trasero fue un auténtico placer al lado de tener que ver lo que llevas encima de los hombros.

Hizo girar la silla. Si como pájaro había sido grande, como hombre era claramente diminuto. Sus pies eran verdaderamente minúsculos, y los llevaba calzados con zapatos de montar, supongo que por las connotaciones equinas. Lo que había tomado por un oscuro pelaje era en realidad un viejo abrigo con faldones, que se había vuelto de un negro verdoso con los años. La temperatura del solarío era lo bastante alta como para obligar a salir a un capullo de geranio, pero bajo su abrigo aquel viejo llevaba un grueso jersey de lana encima de una chaqueta de pijama de franela. Sus pantalones eran de pijama, y en el sitio donde se levantaban sobre sus flacas piernas, podían verse unos calzones largos grises que se unían con sus medias negras.

Su voz la he reservado para el final. Imaginen, si pueden, el tañir de una guitarra cuyo vientre está lleno de cenizas; una nota reverberante que rápidamente pierde la resonancia en medio de un crudo tamizar.

El Dr. Teague sonrió con toda la compasión de su rencor reprimido, y nos presentó.

Repentinamente, Crabb deslizó entre sus encías marrones un juego de dientes falsos que había mantenido oculto en su mano y se los enseñó al médico, gruñendo:

—Lárgate de aquí, larguirucho hijo de perra.

Teague dejó que sus párpados cayeran en señal de divertida tolerancia, los volvió a levantar, y dijo:

—Si es satisfactorio para el señor Crabb, no veo razón alguna por la cual no pueda hablar tranquilamente con él durante media hora. Puede pasarse por mi consulta cuando se marche, señor Snell.

Jack Crabb me miró bizqueando ligeramente, escupió sus dientes, y los guardó en un bolsillo interior del abrigo. Me sentí incómodo, sabiendo que todo dependía de mi capacidad para establecer una relación entre los dos. Tan pronto como hube distinguido al hombre del buitre, creí que era absolutamente cierto todo lo que afirmaba ser en la carta. Sin embargo, decidí proceder con cautela.

Volvió a dirigir aquellos ojos increíblemente azules hacia mí. Esperé, y esperé, y le dejé que me mirase a gusto.

—Usted es mariquita, ¿verdad, hijo? —dijo al fin, a pesar de todo no sin cierta

amabilidad—. Sí, señor, vaya cacho de mariquita. Estoy seguro de que si le apretara el brazo le quedaría la marca durante mucho tiempo, como si estuviera hecho de sebo. Conocí a un tipo que se parecía a usted en el oeste, y se mezcló con los kiowas y le ataron y dejaron que las *squaws* le molieran con ramas de sauce. ¿Ha traído mi dinero?

Comprendí que el viejo explorador me estaba poniendo a prueba, y por tanto no mostré que me hubiera ofendido, ya que realmente no lo había hecho.

—¿Por qué hicieron eso, señor Crabb?

Hizo una mueca, lo cual supuso la desaparición completa de sus ojos, su boca y la mayoría de su nariz, de la cual únicamente su extremo asomaba como un dedo en un puño cerrado que llevara un andrajoso guante de piel.

—Los indios —dijo— se vuelven locos por averiguar cómo funcionan las cosas. Por supuesto, no todo les interesa. Lo que no les interesa, ni siquiera lo ven. Pero les interesaba aquel mariquita, ¿sabe?, y querían ver si lloraría como una mujer si le golpeaban. No lo hizo, aunque le quedaron marcas en la espalda como si estuvieran azotando un queso. Así que le dieron regalos y le dejaron marchar. Era un hombre valiente, hijo, y eso es lo que importa. Ser un mariquita no cambia nada en absoluto. ¿Ha traído mi dinero?

—Señor Crabb —dije, algo aliviado por la historia, aunque seguía pareciéndome un tanto oscura—, tendremos que aclarar una cuestión. Mis medios son muy modestos.

—Si no tiene dinero, ¿entonces qué tiene, hijo? —repuso—. Sus ropas no me parecen gran cosa.

Sacó su bastón de detrás de la silla de ruedas, donde había estado colgado, y me lo hundió en el tronco; afortunadamente, la punta estaba cubierta con un extremo de goma y no me hizo daño, aunque me dejó manchado el chaleco beige.

—Eso lo discutiremos luego —tuve la astucia de decir, mientras encontraba una silla de mimbre tras una arboleda de plantas de plástico, que atraje hacia terreno abierto, para sentarme en ella—. Primero, espero que no se sienta ofendido si compruebo la autenticidad de su historia.

La declaración le provocó una prolongada y seca carcajada que me sonó como si estuvieran rallando una zanahoria. Su cabecita amarillenta, desnuda como un feto y traslúcida como un pergamino, cayó sobre su pecho, y mi corazón dio un respingo de aprensión: le había descubierto demasiado tarde; había caído muerto.

Corrí a la silla de ruedas y puse la mano sobre su cabeza de pajarito, luego mi oído... ¡Ojalá mi corazón latiera tan firme y seguro! Simplemente se había dormido.

—No me gustaría que se dejara engañar por su propio entusiasmo —dijo el Dr. Teague unos minutos después, sentado tras su mesa de metal, sobre la cual estaba montada una lámpara fluorescente soportada por una estructura parecida a una grúa

—. Recuerdo a su señora Burr, que fue miembro de nuestro equipo de celadores, más que una enfermera. Fue despedida, según creo, por suministrar intoxicantes a ciertos pacientes, especialmente a Jack Crabb. Aunque un trago ocasional de algo levemente alcohólico podría tener un efecto físico favorable sobre los ancianos, ayudando a la circulación, una bebida fuerte puede ser muy perjudicial para un corazón envejecido. Por no mencionar los efectos físicos. Y creo que las tendencias paranoicas del señor Crabb resultan obvias incluso para un lego.

—Pero es cierto que podría tener ciento once años de edad. ¿Puede concederme al menos eso, Dr. Teague? —pregunté.

Teague sonrió.

—Tiene una forma curiosa de plantearlo, señor. El señor Crabb tiene los años que tiene realmente, y eso no tiene nada que ver con lo que yo le conceda o usted acepte. Existen ciertas técnicas a través de las cuales la ciencia médica puede determinar la edad aproximada de un hombre, pero los métodos pierden precisión a medida que el sujeto envejece. De tal manera que un bebé...

Saqué mi pañuelo justo a tiempo para detener un estornudo. Lo imaginaba: un efecto secundario de aquellos malditos geranios. Y mis gotas para la nariz estaban a cien millas de distancia. Me dolía mi corregido seno derecho; la incisión apenas había sanado. Sin embargo, pude sacar una moraleja de aquella situación. Recordé la historia del señor Crabb sobre el muchacho inofensivo que había sido golpeado por los indios, y la entendí con retraso: cada uno de nosotros, no importa lo humilde que sea, se encuentra día tras día en situaciones en las que tiene la posibilidad de actuar bien de manera heroica, bien de manera cobarde. Una pequeña élite es elegida por el destino para agazaparse en aquel montículo sobre Little Bighorn, y ellos dan ejemplo a los muchos individuos vulgares cuyo único desafío es una rueda pinchada en una carretera desierta, el insulto de un bravucón en la playa, o un ataque de estornudos en ausencia del inhalador nasal.

Me llené la mano de agua en el lavabo de acero inoxidable del Dr. Teague y sorbí un poco por mis conductos nasales. Era un remedio provisional y no muy eficaz. Estornudé regularmente durante los siguientes cuarenta y cinco minutos, y la nariz se me hinchó hasta el tamaño de una batata, y los ojos se me estrecharon como aberturas orientales. Sin embargo, mi voluntad no vaciló ni un instante.

El interés del Dr. Teague resultó estar limitado exclusivamente a la cuestión monetaria, o, más apropiadamente, a la escasez general en Marville, y más concretamente en la sección psiquiátrica, de ese bien supremo de nuestra cultura. La ciencia médica podía determinar la edad de un bebé a cambio de casi nada; en el caso de un hombre mayor, hacía falta dinero. Las sillas de ruedas requerían dinero. Los auxiliares como la difunta señora Burr, por no mencionar a las enfermeras auténticas, tenían que recibir un sueldo. Parece que incluso aquellos detestables geranios pesaban sobre el presupuesto.

Hasta aquel momento nunca había sido consciente de que mi padre mantuviera un

trato íntimo con cierto número de legisladores estatales. Fuera la que fuese la eficacia del Dr. Teague en su propio oficio, o ciencia, o chanchullo, dio pruebas de ser un avanzado estudiante de política. El resultado de nuestra pequeña sesión en su consulta, en la cual todos los artículos excepto nosotros parecían estar fabricados de metal, fue que acepté comentar con Padre lo aconsejable de aumentar los fondos asignados a los centros dedicados a los ciudadanos de la tercera edad. Por su parte, el Dr. Teague se ocuparía, siempre que recibiera suficiente dinero para programar ciertas pruebas químicas y de rayos X, de determinar el contenido de calcio de los antiguos huesos de Jack Crabb, estimando aproximadamente la edad del viejo explorador en «noventa y tantos».

Dudo de que ni siquiera Crabb en su plenitud, con su Peacemaker Colt, pudiera haberlo hecho mejor contra Teague. Decidí que cumpliría con mi compromiso escribiendo una carta a mi padre. Si actuó siguiendo sus sugerencias, no lo sé. Nunca la mencionó en mis apariciones regulares. Por supuesto, el celo del Dr. Teague, y el del director, que era quien le animaba, nunca flaqueó durante los cinco meses de mis entrevistas casi diarias con Jack Crabb. No puedo recordar una sola vez que avanzara por los pasillos en que no me encontrase con uno o con otro. El diálogo se convirtió en habitual:

—¿Qué tal va, señor?

—Es estimulante, doctor.

No he vuelto a Marville desde principios del verano de 1953, fecha en la cual seguían preguntándome.

Ahora, algunas palabras sobre la redacción de estas memorias. En su forma original, consistían en cincuenta y siete rollos de cinta grabados con la voz del señor Crabb. A partir de febrero a junio de 1953, me senté con él cada día entre semana por la tarde, activando la máquina, animándole cuando su entusiasmo flaqueaba, haciendo de vez en cuando preguntas pertinentes que le ayudaran a clarificar su relato, y normalmente prestando ayuda sin estorbar.

Al fin y al cabo, era su libro, y me sentí especialmente honrado por haberle prestado mis pequeños servicios. El lugar donde se celebraron estas sesiones fue su pequeño dormitorio, una desangelada habitación amueblada con metal gris que daba a un respiradero cuyos repugnantes vapores procedían de la cocina, dos pisos por debajo. El balcón acristalado en el cual le había conocido sin duda habría resultado más cómodo de no ser por mi alergia a su flora, por no mencionar las posibilidades que daba a las interrupciones por parte de otros ancianos y miembros del personal.

Además, el señor Crabb fue empeorando visiblemente a lo largo de aquellos meses. En marzo ya no podía levantarse de la cama. Para junio, en las últimas cintas, su voz apenas era audible, aunque su mente seguía siendo vigorosa. Y el 23 de aquel mes, me saludó con ojos vidriosos que no alteraron su enfoque cuando atravesé la habitación. El viejo explorador había llegado al final de su senda.

Después de darme de baja en el motel en el que había residido durante cinco

meses, asistí al subsiguiente funeral, en el cual esperaba ser el único doliente, ya que no tenía amigos. A la hora de la verdad, la mayoría de los otros residentes del ambulatorio estuvieron presentes, mostrando, como suele ocurrirles a las personas mayores en semejantes ocasiones, expresiones de petulante satisfacción.

Las exequias se celebraron el 25 de junio de 1953, que casualmente coincidía con el setenta y cinco aniversario de la Batalla de Little Bighorn. En la muerte, como en la vida, Jack Crabb parecía especializado en el arte de la coincidencia.

En cuanto al texto: es fiel a la narración del señor Crabb, tal y como fue transcrita literalmente de las cintas. No he sustraído nada, y he añadido solo los signos de puntuación necesarios. Cuando estos a veces parecen escasos, mi motivación ha sido indicar el ímpetu con el que estas páginas emergieron del orador, sin tomar aliento. No he hecho ningún intento por reproducir la voz o pronunciación peculiares del viejo explorador, o de lo contrario el libro entero se parecería a la carta que me escribió desde Marville.

Era un narrador de talento y tenía un oído agudo. No puedo explicar ciertas inconsistencias de ninguna otra manera. Observarán que, mientras que la narración directa, en *propia persona*, es incorrecta gramaticalmente, un personaje cultivado tal como el general Custer habla con estilo formal. Y el discurso indio traducido parece impecable en cuanto a gramática y sintaxis. En realidad, el discurso propio del señor Crabb no era siempre uniforme, ya que decía, por ejemplo, «traje» o «trají» indistintamente, por ejemplo, o «había días» o «habían días» sin distinción. Pero escuchen ocasionalmente a los individuos de las clases bajas que se cuentan entre sus conocidos, su mecánico o su limpiabotas, y verán que conocen las reglas de la retórica civilizada. Al fin y al cabo, no han estado viviendo en la luna. Pueden, si así lo desean, hablar bien, y en ocasiones lo harán, aunque solo para ganarse una propina. Está claro que su habla habitual es producto de la autoindulgencia.

Podrían cuestionar que el señor Crabb posea en su ineducado vocabulario una palabra como «aprehensión». Pero hay que recordar que el hombre de la frontera de antaño recibía su burda cultura de muchas fuentes. Por ejemplo, las compañías shakespearianas viajaban hasta los campamentos más alejados; de la misma manera lo hacían los ministros del evangelio, con la Biblia del Rey Jacobo en la silla de montar. Además, como leeremos más adelante, bajo la tutela de la señora Pendrake, el joven Jack fue expuesto a Alexander Pope y sin duda también a otros notables poetas.

Creo que estarán de acuerdo conmigo en que el señor Crabb es pasmosamente circunspecto respecto al lenguaje. Hay groserías ocasionales, sí. Tengamos en cuenta al hombre, sus circunstancias y su época. Pero su actitud hacia las mujeres posee una galantería pasada de moda: romántica, sentimental... Para ser sincero, en ocasiones creo que incluso empalagosa. Puede que haya exagerado su retrato de la señora Pendrake, por ejemplo. Sospecho que tal vez no fuera más que la típica lagarta que todos nosotros hemos encontrado de vez en cuando en nuestro propio tránsito por la

vida. Mi propia esposa, por ejemplo. Pero este es el libro del señor Crabb, no el mío.

Sin embargo, cuando no estaba dando dictado, Jack Crabb, de hombre a hombre, probablemente fuera el individuo peor hablado con quien he tratado jamás. Era incapaz de decir una frase entera que pudiera ser pronunciada palabra por palabra desde una plataforma pública o citada en un periódico. Era «Dame el... micrófono, hijo. Me pregunto cuándo esa... enfermera va a traer el... almuerzo». Así que debo pedir al lector que haga sus propias sustituciones en el curso del relato en que el señor Crabb se presenta a sí mismo diciendo a Wyatt Earp, en aquel famoso enfrentamiento en las llanuras de los bisontes:

—Desenfunda, maldito.

Pueden estar seguros de que las palabras eran más fuertes.

Una última nota: la palabra «culo». Como tantos escritores aficionados —y con el pensamiento de que su narración oral acabaría finalmente apareciendo impresa—, el señor Crabb se vio frecuentemente amenazado por los peligros de la nobleza, pero esto no es una muestra de ello. No, él creía que este término era la locución educada para el *derrière*. Observarán que a menudo utiliza otra forma en el discurso de aquellos que considera especialmente brutos.

Y basta de eso. Ha pasado una década desde que Jack Crabb habló delante de mi grabadora. En el ínterin mi padre por fin murió de causas naturales, y así dio inicio una prolongada batalla legal por la herencia entre un supuesto hermanastro ilegítimo que salió de la nada y yo. Lo cual no debería interesarnos aquí, si no fuera porque como consecuencia de ello sufrí un colapso emocional que me dejó *hors de combat* durante casi diez años. De ahí el largo retraso entre la gestación de este libro y su difusión.

Ya he dicho suficiente, y ahora cedo la escena a Jack Crabb. Volveré a aparecer en un brevísimo epílogo. ¡Pero antes tienen que leer esta insólita historia!

Ralph Fielding Snell

CAPÍTULO 1

Un terrible error

Soy un hombre blanco y nunca lo he olvidado, pero me crie con los indios cheyennes desde los diez años de edad.

Mi padre era evangelista en Evansville, Indiana. No tenía una iglesia regularizada, pero se las arregló para convencer al propietario de una taberna para que le dejara utilizar su local para el servicio religioso el domingo por la mañana. Aquella taberna estaba junto al río, y la clase de gente que la frecuentaba eran barqueros del río Ohio, estafadores de Indiana camino de Nueva Orleans, carteristas, matones, rameras y gente de esa calaña, el tipo de congregación favorito de mi padre, debido a las posibilidades que ofrecía para la mejora de un buen número de sabandijas.

La primera vez que entró en la taberna y empezó a predicar, aquella turba se preparó para lincharle, pero él se subió encima de la barra y empezó a gritar, y al cabo de uno o dos minutos todos se habían callado y le estaban escuchando. Mi padre podía dominar con su voz a cualquier hombre blanco que haya vivido jamás, aunque no pasaba de tener una estatura mediana y era delgado como el asa de un pico. Su truco consistía en hacer que la gente se sintiera culpable de algo que nunca se les hubiera ocurrido pensar. Lo suyo era la distracción. Se quedaba mirando con los ojos abiertos a algún enorme y atroz demonio recién bajado de un barco y gritaba:

—¿Hace cuánto que no ves a tu pobre madre?

Lo más probable era que aquel tiarrón arrastrara los pies y se sonara la nariz con la manga, y cuando mis hermanos y hermanas pasaban con las escupideras limpias para la colecta, tuviera un recuerdo amable para nosotros para compensarnos por nuestras molestias.

Papá dividía la colecta con el propietario de la taberna, lo cual era en parte la razón por la que utilizaba el local. La otra parte era que el bar permanecía abierto durante el servicio. Mi padre no era ningún puritano. Se tomaba un par o tres de tragos mientras predicaba, y nunca se le oyó decir una palabra contra la bebida, o las mujeres, o las cartas, o ninguno de aquellos placeres.

—Todos los entretenimientos han sido inventados por el Señor, y por tanto no pueden ser malos en sí mismos —decía—. Solo son malos cuando su práctica convierte a un hombre en una sucia sabandija que jura y escupe y mastica y nunca se lava la cara.

Estos fueron los únicos pecados concretos que jamás oí mencionar a mi padre. No le molestaban los cigarros, pero se oponía frontalmente a masticar tabaco, a las palabrotas y a que las personas anduvieran sucias. Mientras un hombre fuera limpio,

a mi padre no le importaba que bebiera hasta la muerte, que se apostara hasta el último centavo aunque sus hijos se murieran de hambre, o que contrajera enfermedades por frecuentar mujeres públicas.

En aquella época no lo sospechaba, ya que era un muchacho, pero ahora me doy cuenta de que mi padre era un lunático. Cada vez que no estaba desvariando, caía en el malhumor y apenas contestaba cuando se le hablaba, y a la hora de comer era tan obsesivo como un animal cuando se llena la barriga. Antes de dedicarse a la religión fue barbero, e incluso después nos cortaba el pelo a los niños, y le aseguro que si el espíritu se posaba sobre él en esos momentos, se producía una experiencia aterradora: aullaba y saltaba y lo más probable era que se llevara un pedazo de la piel de tu cuello con sus tijeras de la misma manera que se llevaba el pelo.

A mi padre le iba bien en aquella taberna, aunque es cierto que se organizó un movimiento entre los predicadores habituales para expulsarle de la ciudad porque estaba robando feligreses a aquellas mujeres maduras que preferían la clase ordinaria de cristianismo que lo prohíbe todo, cuando repentinamente decidió que tenía que irse a Utah y convertirse en mormón. Entre otras cosas, le gustaba la idea de los mormones de que un hombre tiene derecho a poseer cierto número de esposas. La cuestión es que, salvo jurar, masticar, etc., mi padre estaba a favor de las libertades de todo tipo. No le interesaba tener una esposa extra personalmente, pero le gustaba como principio. Por eso era por lo que a mi madre no le importó. Era una mujer menuda de rostro redondo e inocente y levemente pecoso, y si papá se entusiasmaba demasiado un día en que no iba a predicar y se ponía demasiado caliente, ella le hacía desvestirse y sentarse dentro de un barril y le frotaba la espalda con un cepillo, lo cual le tranquilizaba al cabo de quince minutos.

Papá nos llevó a todos a Independence, Missouri, donde compró un carro y una yunta de bueyes, y partimos rumbo a la Ruta de California. Por lo que yo puedo colegir, aquello fue alrededor de la primavera de 1852, pero todavía nos encontramos con un buen número de pobres diablos que iban a ver si sacaban algo de la fiebre del oro iniciada en el 48. No tardamos en reunir a nuestro alrededor una caravana de siete carros y dos caballos, y los otros eligieron a papá como líder, aunque no sabía más sobre cruzar las llanuras de lo que yo sé sobre el idioma pagano de los chinos que en años posteriores trabajarían dieciséis horas al día construyendo el Central Pacific. Pero como era dado a gritar, imagino que pensaron que ya que no eran capaces de hacer que se callara, sería mejor convertirle en el jefe. Además, cada noche predicaba alrededor del fuego, que era algo que todos le demandaban, porque igual que todo el mundo que lo entrega todo a cambio de una gran idea, ellos también perdían periódicamente sus esperanzas. Debería ofrecer algún ejemplo de la forma en que predicaba mi padre, ya que si no hablamos de él pronto no tendremos otra oportunidad, pero no tendría mucho sentido a cien años de distancia, y sentado en un sillón Morris o donde quiera que esté sentado el lector, y si tenemos en cuenta que sus sermones fueron pronunciados originalmente al anochecer en las praderas

abiertas, junto a un fuego de olor dulzón por la bosta seca de bisonte. Podría parecer un mero desvarío, sin revelar nada de la inspiración que había en él, que era algo que tenía que ver más con el sonido que con el sentido, creo, aunque puede que eso sea porque en aquella época apenas era un crío. Lo más irónico es que mi padre era un poco parecido a un indio.

Los indios. Una y otra vez, al cruzar el Territorio de Nebraska, siguiendo el cenagoso Platte, encontramos pequeños grupos de pawnees. Para mí, los indios eran indios, y por supuesto, de niño sentía buena predisposición hacia ellos en general porque no parecían tener ningún propósito. Los que veíamos siempre parecían llegar sobre el horizonte, cuando la caravana estaba a un cuarto de milla de distancia, y avanzaban inclinados sobre sus caballos como si fueran a pasar de largo, y de repente daban la vuelta cuando se ponían a nuestro lado y se acercaban a mendigar comida. Lo que querían era café, e intentaban que te parases y les hicieras un cazo, en vez de aceptar un pedazo de corteza de beicon o un terrón de azúcar mientras seguíamos rodando. Sin embargo, creo que lo que les gustaba todavía más que el café era detener nuestro avance. No hay nada que vuelva tan loco a un indio como el movimiento regular y monótono. Por eso no solo no inventaron la rueda, sino que ni siquiera la imitaron cuando la trajo el hombre blanco, mientras siguieron siendo salvajes, aunque se dieron bastante prisa en hacerse con el caballo, las armas de fuego y el cuchillo de acero.

Pero el café les gustaba de verdad, y se sentaban en sus mantas, asintiendo y diciendo después de cada sorbo:

—Jau, jau.

Luego masticaban el bizcocho que mi madre también les ofrecía, y después de cada bocado volvían a decir:

—Jau, jau.

Padre, como se puede imaginar, estaba encantado con los indios porque hacían lo que gustaban, y él siempre intentaba enzarzarse con ellos en alguna discusión filosófica, lo cual no tenía ningún futuro debido a que no sabían inglés y él no conocía ni siquiera el lenguaje de los signos. Y es una lástima, porque como descubrí en los tiempos venideros, a nadie le gusta más gastar saliva en balde que a los pieles rojas.

Cuando los pawnees acababan, se levantaban, se escarbaban los dientes con los dedos, decían «Jau, jau» un par de veces más, se subían a sus caballos y se marchaban cabalgando, sin decir una palabra de agradecimiento; pero algunos de ellos sabían estrechar la mano, una costumbre que estaban aprendiendo del hombre blanco, y como cualquier cosa que adoptan los indios se había convertido en una manía, y había algunos que estrechaban las manos a todos los individuos que había en la caravana, fueran hombres, mujeres, niños o bebés en la cuna; me sorprendía que no agarraran a los bueyes por la pata derecha.

Nunca decían gracias porque no formaba parte de su etiqueta en aquella época, y

ya habían mostrado su cortesía con sus incesantes «jau-jau», que era como decir «bien, bien». Se puede buscar por todo el mundo sin encontrar a nadie tan educado como un indio. La razón de aquellas visitas tenía que ver con los modales, porque aquellos tipos no eran pedigüños en el sentido de los blancos, de la clase degenerada que he visto en las grandes ciudades, y que no tiene otros medios de subsistencia. Según el código indio, si ves a un desconocido, o comes con él o peleas con él, pero lo más frecuente es que comas con él, ya que el combate es una empresa demasiado importante como para desperdiciarla con alguien a quien apenas conoces. Podríamos haber tropezado con uno de sus campamentos, y entonces ellos habrían tenido que alimentarnos a nosotros.

Aquel entretenimiento se fue haciendo más grande cada día, porque me imagino que un pawnee le decía a otro:

—Tienes que ir a esa caravana a tomar café con bizcochos.

Y como viajábamos con los bueyes a solo unas dos millas por hora cuando nos movíamos, y las paradas para hacer café nos frenaban cada vez más, estuvimos al alcance de la tribu durante varias semanas. Aparecían grupos cada vez más grandes, incluyendo mujeres e incluso niños en asientos atados a pértigas que arrastraban tras los caballos, los llamados *travois*. Así que para cuando llegamos al territorio cheyenne, en ese rincón del sudeste de lo que es ahora el estado de Wyoming, y empezamos otra vez con lo mismo con otra tribu, todo el mundo en los carros ya había gastado su café, convirtiéndolo en el principal suministro que pretendíamos adquirir en la parada de Fort Laramie, en la unión de los ríos Laramie y North Platte.

En Laramie, sin embargo, se habían quedado sin granos y no esperaban que llegara otro cargamento hasta por lo menos una semana más tarde, ya que aquello era algunos años antes del ferrocarril. Curiosamente, mi padre se mostró dispuesto a esperar, pero los otros tenían prisa por llegar a California, puesto que ya iban con tres años de retraso.

Jonas Troy era un expleado del tren procedente de Ohio. Le recuerdo con una pequeña tirilla de barba y con una mujer flaca y un crío, un chico aproximadamente un año mayor que yo, un niño muy desagradable que tenía la costumbre de dar patadas y mordiscos cuando nos caíamos jugando, y que cuando se lo devolvías se echaba a llorar.

—A los indios —dijo el señor Troy— les gusta el whisky aún más que el café, o eso me han dicho. Además, es más fácil de servir. No hay que pararse, solo inclinar la jarra.

En aquel momento, Troy y mi padre estaban delante de las tiendas que habían sido levantadas dentro de la empalizada de Laramie. Debió de pasar una docena de personas junto a ellos que pudiera haberles dicho que no hicieran eso, y así habrían salvado sus vidas —tramperos, exploradores, soldados, incluso indios—, pero por supuesto no se les ocurrió preguntar. A Troy, porque creía en cualquier cosa que se le ocurriera a él solo y se la confirmara mi padre, y a mi padre porque juzgando por sus

encuentros con los pawnees, pensaba que conocía a los indios hasta la médula.

—Claro —dijo mi padre—. Te digo, Hermano Troy, que la naturaleza del líquido no le importa al piel roja. Es el acto de la libación en sí. Recuerda que está escrito en el Libro de Mormón que los indios forman parte de las tribus perdidas de Israel. Eso explica mi dificultad para hablar con aquellos nobles especímenes a lo largo del Platte, ya que no sé ni palabra de hebreo, aunque pienso estudiarlo cuando lleguemos a Salt Lake. Pero el Señor me ha permitido con Su inescrutable visión comunicarme directamente, de corazón a corazón, con nuestros hermanos de piel roja, y lo que oigo es amor y justicia entremezclados.

Así que compraron a los comerciantes cierta cantidad de jarras llenas de whisky y poco después partimos de Laramie sin nada de café. Todavía recuerdo ver los campos al lado oeste del fuerte cubiertos de basura tirada por otros que habían pasado antes: mesas y sillas de roble, vitrinas con puertas de cristal, un sofá forrado de felpa roja... Es asombroso lo que algunas personas son capaces de arrastrar a lo largo de miles de millas de praderas de bisontes, desiertos, ríos y montañas. Incluso había muchos libros allí tirados, todos abiertos por las inclemencias del tiempo y desencuadernados, y mi padre se tomó un rato para revisar unos cuantos con la esperanza de encontrar el Libro de Mormón del que había hablado pero del cual en realidad nunca había visto ninguna copia, ya que había recibido toda su información sobre los Santos Modernos a través de un calderero ambulante que había visitado la taberna de Evansville y que además estaba borracho. De hecho, ahora que lo pienso, no creo que mi padre supiera leer, y las partes del Evangelio que era capaz de citar las había aprendido de otros predicadores cuando todavía era barbero.

A uno o dos días del fuerte, en el lado sur del North Platte, todavía en el territorio de las praderas, aunque más adelante empezaban los riscos y más allá de ellos las montañas de Laramie mostraban picos de nieve, y la fecha creo que debía de ser a primeros de junio, tuvimos la oportunidad de poner a prueba la teoría de Troy. Pues fue allí, llegando desde la dirección del río, las pezuñas de sus caballos todavía goteando agua, donde llegó un grupo de cerca de dos docenas de guerreros cheyennes. Los cheyennes son un pueblo hermoso, a menudo altos y de miembros delgados, y como todos los grandes guerreros, los hombres tienden a ser vanidosos. Como exigía la cortesía cuando se hacía una visita, aquellos individuos iban engalanados con collares de cuentas y con pecheras de huesos engarzados, y el pelo lo recogían en trenzas con cintas de las que vendían los comerciantes. La mayoría llevaba una sola pluma de águila, y uno de ellos un sombrero de copa al cual habían recortado la corona, de manera que su cabeza pudiera respirar.

Como de costumbre, aparecieron de repente en lo alto de un promontorio cuando la caravana estaba a una distancia de aproximadamente un cuarto de milla. Raras veces se encuentra una partida de indios desplazándose a través de un espacio llano; se mueven por el terreno liso, por supuesto, pero el hombre blanco normalmente no conseguirá verles haciéndolo. Incluso después de haber vivido entre pieles rojas

durante algunos años, no era capaz de explicar cómo sabían que había otra gente en las proximidades. Oh, sí, meten la hoja de un cuchillo en el suelo y escuchan el mango, pero así normalmente no puedes oír a tu presa a menos que esté galopando. O apilan un pequeño montículo de piedras en lo alto de una elevación, y con eso tapándoles la cabeza, vigilan todo el valle. Pero las llanuras son una marea tras otra, como si las olas del mar se hubiesen quedado congeladas en una posición, y como lo único que se puede ver desde un risco es el trecho intermedio hasta lo alto del siguiente, te pierdes lo que haya detrás de él. Y los indios no suben a todas las elevaciones, solo a algunas; y cuando miran, normalmente siempre ven algo.

La idea de Troy de servir el whisky desde los carromatos en marcha fue un fracaso antes incluso de ponerla a prueba. Un carromato en movimiento de aquella época era tan firme como un trineo arrastrado a través de un campo de guijarros secos, y los baches bastaban para hacer migas un trozo de pan antes de que llegara a la boca, así que más difícil aún era beber, por más que lo intentaras. Además, los cheyennes venían con intenciones muy formales, y querían estrecharnos la mano primero, así que no tuvimos más remedio que parar.

El tipo del sombrero de copa era su líder. Llevaba una de esas medallas plateadas que el gobierno entregaba a hombres prominentes en las firmas de tratados; creo que la suya mostraba la imagen del presidente Filmore. Era más viejo que los otros y llevaba un antiguo mosquete con un cañón de cuatro pies de largo.

Bueno, no he hecho referencia a ella antes, pero mi hermana mayor medía seis pies de altura y, al ser de rasgos muy marcados, todavía no se había casado a pesar de tener más de veinte años de edad. Era una muchacha huesuda con la cabeza de pelo naranja flamígero. Solía turnarse con padre para conducir la yunta de bueyes, y sabía utilizar el látigo mejor que cualquiera de los hombres, excepto Edward Walsh, que era un irlandés de Boston que pesaba doscientas libras y, como católico, nunca se interesaba por los sermones de padre, aunque era tolerante con ellos porque aparte de su familia no había nadie más de los suyos; los otros le toleraban a él porque era enorme.

El nombre de esta hermana era Caroline, y debido a su tamaño y a que hacía el trabajo de un hombre en la caravana, iba con ropas de hombre, botas, pantalones, camisa y sombrero, aunque había algunos que tenían mal concepto de ella por eso.

Como era una persona muy atlética y completamente ignorante del miedo, saltó del pescante al suelo al acercarse los indios, y Sombrero de Copa se dirigió a ella, extendiendo su mano derecha marrón mientras la izquierda sujetaba el viejo mosquete delante de él al tiempo que impedía que se cayera su manta roja.

—Encantada de conocerle —dijo Caroline, que era mucho más grande que el viejo jefe, y le estrechó la mano tan inerte que se pudo ver cómo el dolor subía por su sombrero y bajaba por el otro brazo. Casi se le cae la manta. Llevaba el pecho desnudo debajo, y así es como vi su medalla y también una cicatriz que cruzaba su vientre y que parecía como una soldadura en una pieza de hierro. Eso le había

proporcionado el nombre con el cual era conocido entre los blancos, Cicatriz del Vientre^[3], aunque los cheyennes le llamaban Vieja Tienda^[4], Mohk-se-a-nis, y también Trueno Pintado^[5], Wohk-pe-nu-numa, y nunca supe su nombre verdadero, que entre los indios es secreto; y si lo descubrieras y le llamabas por el nombre, se sentiría como mínimo terriblemente insultado, y en el peor de los casos tendría diez años de mala suerte.

Vieja Tienda (en el momento presente no se identificó, lo cual siempre parecía irrelevante a los indios, pero en el futuro tendría mucho trato con él), cuando se recuperó del apretón de Caroline, pronunció un discurso en cheyenne, lo cual era una forma de mostrar cortesía, y la otra fue que entre las frases decía las palabras inglesas que conocía, «maldición» y «Jesucristo», que le habían enseñado en broma inmigrantes anteriores y los soldados de Laramie, y por supuesto no entendía que estaba blasfemando y no lo habría entendido aunque se lo hubieran explicado, porque los indios no tienen palabrotas en sus idiomas, aunque tienen muchas cosas que son tabú. Por ejemplo, una vez que te has casado, no puedes mencionar el nombre de tu suegra.

Mi padre estaba en pie al lado de Caroline, y no recuerdo qué fue lo que más le irritó, si las blasfemias o la atención que prestaban a mi hermana, pero se plantó delante de ella, diciendo:

—Si estaba buscando al jefe de la caravana y el líder espiritual de este rebaño, ese soy yo, Señoría.

Él y Vieja Tienda se estrecharon las manos, y este sacó de una bolsa que llevaba cerca del vientre un sucio y andrajoso cacho de papel en el cual algún otro bromista blanco había garabateado lo siguiente:

Serbidor es Cara-de-Culo y es un buen indio y se vaña una vez al año le aga falta o no no te cortara la jarganta vajo ninguna condizion ziempre y cuando le apuntes con una piztola su corasón es tan negro como su trazero tu amijo Q. M. Aspen

Evidentemente, el jefe creía que aquello era una recomendación, porque se mostró orgulloso mientras mi hermano Bill la leía en voz alta a petición de padre (esa es la razón por la que dije anteriormente que no creo que padre supiera leer; pero hace más de cien años y no lo recuerdo todo).

Padre era una persona considerada con los extraños, especialmente si eran salvajes, así que fingió que la nota decía algo bueno e invitó a todo el grupo a tomar un trago, cosa que no creo que los cheyennes entendieran inmediatamente. Puede que «whisky» lo hubieran entendido, pero padre lo dijo de forma ampulosa, «libación» o algo así, y seguían sin entenderlo cuando Troy y nuestros hombres abrieron las frascas. Verá, los indios piensan que ningún hombre blanco en sus cabales les daría licor a menos que tuviera mucha ventaja sobre ellos. Los comerciantes siempre

dejaban el ofrecimiento del whisky para el final. Sacaban los barriles, y salían cabalgando tan rápido como podían.

Los indios son los primeros en reconocer que no saben beber, e incluso en aquellos tiempos, algunos de los jefes intentaban mantener el alcohol apartado de sus jóvenes, aunque un líder piel roja solo tiene poder para aconsejar, y frecuentemente se le ignora. Vieja Tienda no podía creer que diez hombres blancos, contando a los chicos más grandes, la mitad de ellos desarmados y con solo dos caballos y teniendo siete carromatos llenos con doce mujeres y chicas y ocho niños más pequeños, dieran whisky a cuarenta guerreros cheyennes en mitad de una pradera abierta. Si lo hubiera creído, habría advertido a mi padre antes de tomar un trago, porque los indios tienen cierto sentido de la justicia. No sienten culpa por lo que hacen bajo la influencia del alcohol, ya que lo consideran una especie de poder misterioso como un tornado, y uno no encuentra razón alguna para culparse por tumbar a un hombre si un viento fuerte le levanta y le tira encima de él; aunque si lo ves venir, deberías decirle que se apartara. Es lo mismo cuando un indio le da a la botella, si es que no tiene nada en contra tuya.

Vieja Tienda tomó la taza de lata que mi padre le ofrecía y la vació de un solo trago, como si fuera agua o café frío, inclinando la cabeza hacia atrás hasta tal punto que se le cayó el sombrero. La bebida ya había bajado por su garganta antes de que hubiera comprendido completamente su naturaleza, y podría decirse que de manera simultánea a ese reconocimiento, quedó instantáneamente borracho, sus ojos flotando en el líquido como dos huevos crudos. Se cayó de espaldas sobre el suelo y pateó con tanta fuerza que uno de sus mocasines salió volando y golpeó la cubierta de nuestro carromato. Se le cayó el mosquete, con la boca para abajo, y se le metió algo de polvo en el extremo del cañón, lo cual tendría su importancia más adelante.

Mientras, nuestros hombres le ignoraron educadamente y pasaron a los demás indios. Al no haber traído más tazas, distribuyeron las frascas, sonriendo y estrechando manos, y Troy pensó que su idea estaba funcionando tan bien que empezó a dar palmaditas en el hombro a los guerreros, como si fueran compinches de taberna. Con apenas diez años, yo era capaz de darme cuenta de que los cheyennes no entendían el sentido de aquello: darles un regalo con una mano y golpearles con la otra, y ambas cosas hechas por un individuo de raza diferente, era algo que ponía en duda todo su código de conducta, de la misma manera que si alimentásemos a un caballo al mismo tiempo que le azotamos.

Los otros no fueron tan rápidos en emborracharse como Vieja Tienda, a quien afectó más la sorpresa que la bebida. Habiéndole visto, estaban más o menos preparados —al menos tanto como puede estarlo un piel roja—, y cayeron bajo la influencia del alcohol por etapas: una especie de patética gratitud cuando les entregaban la frasca, desconcierto cuando Troy les golpeaba en el hombro, y luego un lento inicio de euforia cuando el líquido llegaba al estómago, todo ello bastante pacíficamente, excepto, por supuesto, por los «jau-jaus» y los murmullos de

satisfacción.

Todavía habríamos podido escaparnos después de que todos hubieran bebido una ronda, pero Vieja Tienda volvió a la vida, se levantó, e indicó por señas que cambiaba su caballo pinto, su sombrero de copa, su medalla del gobierno, su mosquete, y, de hecho, todo hasta los calzones, por un segundo trago.

—No se preocupe —dijo padre—. A un patriarca del desierto no le costará nada compartir nuestra hospitalidad. Solo me gustaría saber hablar hebreo.

Dicho eso, ofreció al jefe una frasca entera para él solo.

Troy dio un segundo trago a un guerrero de nariz chata y le palmeó la espalda. Aquel individuo, cuyo nombre era Hump, tragó lentamente, se lamió los labios, devolvió la frasca, hizo un gesto como si oliera algo apestoso, y luego empezó a aullar como un coyote bajo la luna llena. Todos los demás seguían callados en aquel instante, así que resultó gracioso, y Vieja Tienda tomó aliento entre trago y trago de su propia frasca y miró con los ojos vidriosos a Hump, lo cual pareció molestar a este, pues sacó su *tomahawk* de hierro y se dirigió al jefe, que levantó el antiguo mosquete y disparó al otro, pero recuerde que había tierra en la boca, y el cañón se peló como la piel de un plátano, casi hasta la altura del cierre.

No obstante, Hump se asustó por la explosión y además era incapaz de responder de la misma manera, porque no poseía un arma de fuego, sino solo un arco que colgaba de su hombro junto con una aljaba llena de flechas. Se dio la vuelta lentamente, lamiéndose los labios, y vio a Troy, que estaba entregando un refrigerio a un joven guerrero llamado Sombra Que Aparece A La Vista^[6] (estos nombres los aprendí después). Hump examinó la espalda de Troy durante un rato, y luego le dio una palmadita con la mano izquierda, como Troy había hecho con él, ante lo cual el hombre blanco se volvió, cordial como un socio en una reunión de una logia (él y padre y el resto de los nuestros habían ignorado el disparo), y Hump le hundió la hoja del hacha en la frente. Era uno de esos *tomahawks* cuyo extremo opuesto a la cabeza era una pipa que se podía fumar haciendo un agujero en el mango.

Troy miró con los ojos bizcos durante un minuto el asa de madera que se extendía por encima y en paralelo a su nariz, y luego Hump retiró el arma, dejando que su víctima cayera de espaldas, vomitando sangre. Sombra Que Aparece A La Vista, con aire de aturdimiento, recogió la frasca de Troy mientras este se caía. Hump arañó a Sombra, que le golpeó en la cara con el recipiente de piedra, tan fuerte que lo rompió y ambos se quedaron empapados en licor. El agujero derecho de la nariz de Hump quedó separado de su nariz, colgando de un fino hilo de piel, y parecía que hubiera una redecilla de sangre cubriendo toda su cara, pero se unió a Sombra, ahora que el motivo de sus diferencias estaba calando el suelo, en un nuevo ataque a la frasca más próxima.

A partir de aquel momento, el altercado se hizo general, y el ruido se volvió bárbaro. Aullidos, berridos, chillidos y gritos, el rechinar del acero sobre el hueso, el rumor sordo de la carne al abrirse, el estampido de las armas de fuego, y el viento de

las flechas al salir disparadas y el golpe sordo de su impacto.

Las mujeres y los niños nos quedamos atrás, junto a los carromatos, y aunque no podía distinguir a mi padre en medio del tumulto, pude oír su parloteo por encima del estrépito.

—Hermanos, ¿dónde hemos fallado?

Luego gorgoteó con la garganta llena de líquido y su chispa vital se apagó. La siguiente vez que le vi, la mañana después, las flechas le tenían clavado al suelo como una piel extendida para secarse. Sin embargo, todavía conservaba su cabellera, pues aquello había sido por whisky y no por guerra, y al no estar en sus cabales, los indios no tomaron trofeos. Lucharon entre ellos de la misma manera que con los blancos, y Montón de Huesos^[7] le voló la nuca a Contrario Blanco^[8] y con una pistola de avancarga y sus sesos chorrearon como agua que escapara de una cantimplora pinchada; se balanceó un rato largo antes de caer, agarrado a la frasca que le había costado la vida, y Montón de Huesos tuvo que quitársela cortando las manos a un cadáver.

Walsh, que al ser irlandés había probado los licores del carromato antes de servir a los cheyennes, sacó un cuchillo de la bota, pero con las prisas se le dio la vuelta y le cortó su propio vientre; murió emitiendo sonidos espantosos. Por lo demás, nuestros camaradas cayeron sin resistencia. En la lejanía, pude reconocer a Jacob Worthing por sus botas, con las suelas nuevas que les había puesto en Laramie. John Clairmont, un nativo de Illinois, yacía con la cabeza hacia los carromatos; le reconocí por su calvicie. Y del centro del tumulto que ya había terminado, brotaba un pequeño matorral de flechas entre la hierba aplastada. Luego resultó que estaban clavadas en mi padre, aunque en aquel momento yo no lo sabía, sino que creía que los extremos emplumados eran alguna clase de arbusto de la pradera.

Durante un rato, después de que los blancos hubieran sido exterminados, los cheyennes restantes sorbieron las frascas y no prestaron atención a las mujeres y los niños, lo cual explica cómo pudieron escapar la esposa y el crío de Worthing. Levantó a su hijo y echó a correr, con los carromatos ocultándola a los indios, hacia las montañas de Laramie, con las cumbres nevadas y tan lejanas, aunque aparentemente próximas, tal y como suele ocurrir con los promontorios en las praderas. Se podía ver a la señora y el niño hasta a una milla de distancia, intermitentemente entre los momentos en que se hundían entre montículos y los momentos en que volvían a aparecer otra vez a la vista en la pendiente ascendente. Por fin desaparecieron sobre una elevación y hasta el día de hoy no he vuelto a saber nada de ellos. El resto nos quedamos allí parados, atónitos, sin ni siquiera llorar.

Pero en aquel momento, el pequeño Troy emprendió una acción desesperada. Corrió hasta el cuerpo de su padre, sacó un cuchillo de carnicero de una vaina que le colgaba del cinturón, y lo hundió en el costado de un cheyenne alto que cantaba una letanía de borracho entre los tragos que daba a una frasca. Los indios admiran semejante osadía en los niños, y si este espécimen en concreto no hubiera estado

embriagado, podría haberle dado un regalo y un nombre poderoso, pero estaba en las garras del demonio, de manera que alzó la lanza sobre la cual estaba inclinado y levantó al muchacho del suelo con su punta, que asomó por la espalda de su camisa azul, acompañada de una gran flor escarlata. El cheyenne le dejó libre de una patada, y cayó sobre la pradera con el sonido de un trapo húmedo que fuera sacudido sobre la barra de un bar.

Aquel chico habría huido de un muchacho de su misma edad, y sin embargo había atacado a un salvaje de seis pies de altura. En cuanto a servidor, creo que en aquel momento los otros niños me vieron como un abusón, aunque me faltaba peso y no era más grande que un gorrión, pues era el más joven de mi familia y mis hermanos y hermanas me zarandeaban bastante, tratamiento del cual me resarcía con aquellos con los que no estaba emparentado. Pero al ver a los hombres blancos recibir semejante castigo por parte de los indios, tengo que reconocer que permití que se me mojaran los pantalones.

Aproximadamente una docena de cheyennes seguía consciente cuando se acabó el whisky, aunque algunos estaban tan tumbados como los muertos y heridos y miraban con ojos vidriosos el cielo. Otros se sentaban sobre sus flacas ancas, mirándose turbiamente la entrepierna, y algunos gemían como perros heridos. Vieja Tienda estaba acuclillado, con su cara remendada mirando a Caroline. Después de aquel disturbio, en el cual, al tener su propia frasca, no había participado, excepto quizás para iniciarlo, todavía estaba intentando adivinar a qué jugaba, mientras que mi hermana, por su parte, le estaba estudiando en medio del horror de aquella matanza. Desde hacía un año o así, había sido una persona muy peculiar, más bien directa con el sexo opuesto, pero al estilo de un hombre, más que de una furcia.

Hump rompió la última frasca con su hacha y repasó cada fragmento con la lengua. De su nariz goteaba sangre fresca, justo del sitio donde había tenido el agujero, que ya se había desprendido completamente, y su mentón estaba enrojecido y teñía su pechera de huesos, pero básicamente era un indio de aspecto amistoso, incluso en aquellos momentos. Tenía la boca más grande que jamás hubiera visto a un ser humano, y su nariz, que ya de por sí era ancha, lo parecía aún más al estar aplastada. Para ser cheyenne, sus ojos eran grandes. Los dirigió hacia nosotros, examinándonos uno por uno.

Es cierto que salvo la señora Worthing y su hijo, nadie intentó escapar; y excepto el joven Troy, nadie plantó cara. En nuestra caravana no había pioneras que supiesen disparar con rifle. Ni siquiera Caroline conocía otra arma que su látigo, el cual había estado sujetando por el mango todo el tiempo con la mano izquierda, la larga cola arrastrándose sobre la hierba detrás de ella. No le faltaban objetivos sobre los que utilizarlo, pero se limitó a quedarse parada mirando al viejo jefe.

Una de nuestras parejas procedía originalmente de Alemania. Todos los llamaban Rudy el Holandés y Katy la Holandesa, y estaban los dos solos, sin descendencia. Eran individuos redondeados, de cara sonrosada, que pesaban doscientas libras cada

uno y no habían perdido ni un gramo durante las semanas pasadas en la caravana, porque llevaban su carromato lleno de patatas. Pude ver que la barriga de Rudy el Holandés se elevaba como un otero sobre la llanura, proyectándose a varias yardas de distancia. Katy la Holandesa estaba inclinada sobre su carromato, a dos de distancia del nuestro, vestida con su gorro de sol azul, y el pelo que le asomaba era pálido y fino como el hilo de trigo. Como todas las mujeres de aquellos tiempos, vestida era más o menos amorfa, excepto que ella abultaba mucho más que la mayoría. Era un enorme cacho de carne, y fue sobre ella sobre quien se posaron los ojos de Hump después de su recorrido.

Avanzó tambaleante, y Katy supo que se dirigía hacia ella, y empezó a suplicar en holandés, pero al poco quedó claro que no pretendía matarla, o al menos no pretendía hacerlo hasta que se hubiera dado gusto. Ella cayó al suelo lentamente, como si el sol la hubiera derretido, y Hump le rompió el guingán y lo que llevaba debajo hasta que dejó sus gruesos flancos desnudos, y apretó su figura morena entre ellos, todo cubierto de polvo, de sangre y de sudor, tosiendo como una mula. Katy la Holandesa, como todos sus paisanos, siempre había sido una maniática de la limpieza. Acostumbraba lavarse en cada parada, y se metía en el río vestida con un vestido amplio por pudor, y varias veces escapó por los pelos de las arenas movedizas, que eran abundantes en el Platte. Recuerdo que una vez tuvieron que echarle un cabo y sacarla tirando con un buey.

Aquel suceso provocó un movimiento general de los cheyennes hacia nuestras mujeres, y como había más de los primeros que de las segundas, otra vez empezó la reyerta que había acabado recientemente por culpa del whisky, y otra vez los indios derribaron a los indios, pero quedaron suficientes para montar a las viudas de Troy y Clairmont, y a las hermanas Jackson. Y si cree que las víctimas armaron un escándalo, se equivoca; mientras las que no estaban siendo violadas permanecían en pie observando a las que lo estaban siendo como si esperasen su propio turno, sus hijos se arracimaban alrededor de ellas.

Cuando Lobo Moteado se acercó a mi madre, Caroline por fin reaccionó. Gritó a Vieja Tienda, que se limitó a sonreír como única respuesta. Bill, mi hermano de quince años, y Tom, que tenía doce, echaron a correr bajo el carromato, entre los cubos que colgaban allí.

Aquello me dejó a mí con los pantalones mojados, y a mis hermanas Sue Ann, de trece años, y Margaret, de once, todos abrazados a madre.

Caroline intentó una vez más atraer la atención del jefe, pero es probable que él no supiera lo que ella quería y es seguro que no habría podido hacer nada si lo hubiera sabido, y la sombra de Lobo Moteado^[9], un indio enorme, ya caía sobre nosotros y podíamos oler su hedor. Mi madre rezaba con un gemido grave. Levanté la mirada y vi la cara del cheyenne, que no mostraba lo que uno normalmente consideraría una expresión cruel o indecente, sino más bien ensoñadora y afable, como si tuviera todas las bendiciones necesarias para satisfacer su lujuria.

En aquel momento, el látigo negro de Caroline se enrolló alrededor de su garganta, enganchándose al collar de garras de oso que llevaba. Se cayó de espaldas, abriéndose la cabeza con una piedra, y no se levantó.

—Coge a los niños y métete en el carromato, madre —dijo Caroline, recogiendo con frialdad su látigo en un gran lazo—. Ninguno de estos individuos te causará más problemas.

Caroline estaba completamente serena cuando dijo aquellas palabras; era tan arrogante como mi padre.

Vieja Tienda señalaba el cuerpo inconsciente de Lobo Moteado y se reía a mandíbula batiente. Aquello irritó a Caroline, pero también la complació, y agitó su látigo de forma algo coqueta delante del jefe. Él se tumbó de espaldas con los brazos en cruz y se rio con la boca abierta, aquella boca oscura como una cueva llena de murciélagos, abierta al sol. Su pie seguía descalzo y su arma averiada yacía cerca de él como el esqueleto de un paraguas abierto.

Madre hizo lo que le dijo Caroline, nos reunió a todos los niños, incluyendo los dos cobardes que estaban entre la mierda de buey, y nos metimos en el carromato, donde encontramos espacio para todos aunque realmente casi no había sitio, entre los muebles, las cajas y las bolsas que representaban todas nuestras posesiones terrenales. El zapato de Tom se apoyaba sobre mi cara, lo cual resultaba más bien desagradable teniendo en cuenta lo que había pisado, y me abracé a un barril que ahora estaba lleno de loza, aunque antes lo había estado de pescado en salazón, y nunca había perdido el aroma. Pero teníamos suerte de estar vivos, así que nadie se quejó.

Nos quedamos allí toda la tarde; fue como estar metidos en una bolsa tirada bajo el sol, porque toda la chatarra que llevábamos en el carromato impedía el paso del aire pero no nos aislaba del calor. Fuera, los ruidos se fueron extinguiendo en menos de una hora, y cuando pasada la media tarde Bill reunió valor para levantar el toldo del lateral y echar un vistazo desde debajo, informó de que no había nadie en pie hasta donde alcanzaban sus ojos.

Entonces todos nos estremecimos al oír el rechinar de alguien subiéndose al pescante en la parte delantera, pero Caroline no tardó en meter la cabeza a través de la abertura y dijo:

—No hagáis ruido. Si os quedáis aquí no tendréis que preocuparos de nada. Me quedaré sentada aquí toda la noche.

Madre susurró:

—¿Puedes hacer algo por tu pobre padre, Caroline? ¿Qué ha sido de él?

—Está muerto —dijo Caroline, asqueada—, y los demás con él, y ahora mismo tengo suficiente que hacer aquí como para preocuparme de mantener a los buitres alejados de ellos.

—¿Sabéis? —dijo madre, dirigiéndose a todos nosotros—, si hubiera tenido tiempo de aprender hebreo, todo habría salido bien.

—Sí, madre —contestó Caroline, y se retiró.

Pasado un rato, conseguí quedarme dormido, y abrazado a aquel barril dormí hasta el amanecer, cuando Sue Ann me despertó con el asa de una pala que se movía a través del equipaje. Todos los demás se habían levantado y salido, y yo me arrastré con el cuerpo dolorido pero con la mente vacía, hasta que toqué la tierra y oí el ruido de las palas. Las mujeres supervivientes —y creo que lo fueron todas, pues habían sido lo bastante listas como para no resistirse, y cuando acabaron, los indios borrachos estaban demasiado débiles para causar mayores daños y se desplomaron— estaban cavando tumbas con la ayuda de los niños mayores.

Ya antes de que oscureciera la tarde anterior, debido a lo mucho que calentaba el sol, los coyotes y los pájaros carroñeros se habían enterado de lo ocurrido y habían hecho una visita al campo de batalla. El resultado era aborrecible. Ahora, con personas moviéndose, los pájaros daban vueltas en lo alto y los coyotes permanecían sentados en la pradera, justo fuera del alcance de las armas de fuego.

Los cheyennes habían desaparecido, y sus muertos con ellos. Cuando le pregunté a Caroline, que afirmó haber permanecido despierta toda la noche y que por tanto debía saberlo, dijo:

—No te preocupes por eso. Vete a ayudar a los demás con padre.

Fue entonces cuando vi a mi padre por última vez, tal y como he descrito anteriormente. Madre y el resto de la familia desclavaron su cuerpo del suelo, y le metimos en la tumba poco profunda cavada por Caroline y la rellenamos, para lo cual hicieron falta unas cuantas paletadas, si recuerdo bien, hasta cubrir el extremo de su nariz. Cerca, Katy la Holandesa prestaba el mismo servicio a Rudy el Holandés. Llevaba un vestido nuevo y su pelo rubio estaba oscuro por la humedad. Estaba claro que había ido al río para darse su baño. No diré que nunca vi a un alemán sucio, pero los limpios lo eran hasta el exceso.

Acabábamos de depositar bajo tierra a nuestros hombres cuando alguien levantó la mirada y chilló como un cuervo, y allí estaban los cheyennes bajando del risco. Ahora solo había tres, Vieja Tienda y dos guerreros, estos últimos llevando cuatro caballos sin jinete. No mostraban una actitud violenta, pero aquella segunda aparición fue demasiado para la mayoría, y por vez primera nuestra gente empezó a gritar y a llorar. Tom y Bill volvieron a meterse debajo del carromato. Caroline fue la excepción. Recuerdo, mientras me agarraba a sus huesudas caderas, muerto de miedo, que le miré a la cara y observé que las aletas de su nariz parecían estar atentas, como las de un caballo cuando huele agua.

Los otros dos, con su rebaño, se quedaron a unas treinta yardas de distancia, mientras Vieja Tienda seguía adelante sobre su caballo marrón y blanco, que tenía anillos pintados alrededor de los ojos. Levantó la mano y peroró durante unos quince minutos con un *falsetto* chillón. Su sombrero de copa estaba un poco más aplastado que el día anterior, pero por lo demás parecía en perfecto estado.

Fue curioso cómo en poco tiempo todo el mundo pasó de estar aterrorizado a sentirse insoportablemente aburrido, y las mismas mujeres que ayer habían sido

víctimas indefensas y apenas minutos antes estaban aullando de pánico, ahora empezaron a avanzar hacia él amenazándole con los puños y diciendo:

—¡Lárgate de aquí, vieja sabandija!

Lo cual explica cómo son las mujeres. Capaces de sufrir cualquier atrocidad siempre y cuando sea interesante, pero si las aburres, no conocen el miedo.

Pero Caroline habló en voz alta.

—Calmaos —dijo, contoneándose delante de la muchedumbre—. ¿Es que no entendéis que han vuelto por mí? Para eso son los caballos, para pagar por mí. ¿Es que no notasteis que ayer no me tocaron, mientras os hacían todas esas cosas horribles a vosotras? Me estaban reservando, eso era lo que estaban haciendo.

Las mejillas de mi hermana estaban mucho más sonrojadas de lo que podía atribuirse al sol, y agitaba su pelo cobrizo como si tuviera moscas delante de la cara.

—Más vale que dejéis que se me lleven —continuó—, a menos que queráis que os maten como a los hombres.

—Pero Caroline —preguntó madre lastimeramente—, ¿se puede saber para qué te quieren?

—Probablemente para torturarme de formas diversas y perversas —contestó Caroline muy orgullosa. Me pareció que era algo muy extraño de lo que alardear, pero me mantuve en silencio, porque me di cuenta de que mi hermana me recordaba sobre todo a mi padre. La pobrecilla estaba decidida a ser extravagante.

Entonces dijo la viuda Walsh:

—Pues adelante. Yo no pienso detenerles.

Y se dio la vuelta, y el resto de las mujeres con ella. Habían perdido a sus hombres y habían sido violadas y estaban perdidas en medio del desierto, y no había otro camino de regreso que aquel por el que habían tardado meses en llegar, así que era difícil que las conmoviera lo que pudiera ocurrirle a una sola chica.

Vieja Tienda estaba sentado impasible sobre su caballo, observándonos bajo sus párpados adormilados. Su escudo colgaba de la silla de madera, redondo, hecho de piel, y adornado con diez cabelleras negras. En lugar del mosquete reventado, ahora llevaba una lanza de cuya asa colgaban otro par de madejas de pelo. No era mal parecido, el viejo perro, o en todo caso no lo había sido en su juventud, cuando quiera que hubiera sido; ahora sus coletas estaban salpicadas de gris y los músculos de los brazos eran nudosos. Cuesta distinguir la edad de un indio, pero debía de estar a tiro de piedra de los setenta. Le salía una gran nariz con una larga curvatura, y en la comisura de los labios tenía ligeras arrugas hacia arriba, mientras que sus ojos eran tristes. En general su expresión más habitual era de melancolía bonancible. No se podía decir que pareciera peligroso en ningún aspecto; en realidad, era Caroline quien parecía más salvaje en aquel momento.

Caroline había sido un marimacho, pero empezaban a notársele los años, y los hombres nunca le tuvieron mucho aprecio en Evansville, excepto como camarada. Había estado enamorada del herrero local, un viudo de cuarenta años, y había

rondado la forja, pero a lo más que llegó él fue a dejar que sujetara la pezuña de un caballo mientras le ponía la herradura. Luego vino el hijo de un granjero: creo que durante un tiempo echaron el estiércol juntos, removieron la paja, y cosas así. Ni siquiera los vendedores ambulantes, de quienes se decían que eran capaces de follarse a una serpiente si alguien le sujetaba la cabeza, se fijaron en ella como mujer. Los hombres blancos nunca le habían dado demasiado, ¿sabe?, y ahora padre y los demás de los carromatos se habían hecho matar.

Menciono esto para explicar el peculiar comportamiento de Caroline en aquellos momentos. Creo que también se sentía humillada por no haber sido violada.

—Bueno, Caroline —dijo madre allí en pie, vestida con su largo vestido desteñido y su gorro de sol; parecía una de esas muñecas que se hace con una malvaloca y a las que se les pone un capullo por cabeza. Mi madre era baja, poco más de cinco pies, y creo que mi corta estatura se la debo a ella—. Bueno, Caroline, supongo que tendremos que volver a Laramie. Se lo contaré a los soldados y vendrán a buscarte.

—Yo no contaría con eso —dijo Caroline—. Los indios saben cómo ocultar sus huellas.

—Bueno, pues entonces —dijo madre— debes dejar caer un botón de vez en cuando, o un pedazo de tu camisa, para dejar un rastro.

Caroline se limpió con impaciencia el sudor de la frente y se secó la mano en el trasero de los pantalones. Creo que creía que madre estaba intentando disminuir su peligro y la gloria que se había creado, y el resultado directo de ello fue que yo acabé pagando el pato.

—Tal vez no me causen daños irreparables —dijo Caroline—. Tal vez solo me retengan a cambio de un rescate. No creo que quieran asesinarme. De lo contrario, ¿por qué querrían que nos acompañara Jack también?

Aquel espantoso sollozo, según descubrí al cabo de un momento, procedía de mi propia garganta. Lo había provocado el oír mi nombre.

Hay que reconocerle a mi madre que se acercó al caballo de Vieja Tienda y le suplicó que no se me llevara, porque era su hijo más joven y solo tenía diez años y estaba muy flaco. Él asintió con simpatía, pero cuando hubo terminado, ordenó a sus seguidores que se acercaran y ataran los ocho caballos a nuestro carromato, como si el trato se hubiera cerrado. ¡Incluso entonces los sucesos siguientes podrían no haberse producido si los cheyennes no se hubieran quedado esperando que les ofrecieran una taza de café! Los indios nunca entendían a los blancos y viceversa.

—Bill se llevará uno de los caballos y volverá a buscar a los soldados lo más rápido que pueda —dijo madre, dándome un fuerte abrazo—. No tengas mala opinión de tu padre, Jack. Hizo lo mejor que pudo, dados sus conocimientos. Tal vez al llevaros a ti y a Caroline los indios estén intentando a su manera compensarnos por lo que hicieron ayer. No creo que sean, mala gente, Jack, o no habrían traído caballos.

Ahí está. A nadie se le ocurrió preguntar a Caroline cómo sabía lo que pretendían

los cheyennes si no hablaba su idioma. Hubo un momento en que sospeché que mi madre realmente quería librarse de nosotros, porque los soldados nunca vinieron; fue antes de que descubriera, al cabo de unos años, que Bill había vuelto a Laramie, había vendido el caballo, había conseguido un trabajo con los comerciantes, y no solo nunca informó sobre nosotros al Ejército, sino que tampoco volvió a reunirse con los carromatos. No, mi madre tenía buenas intenciones, pero era ignorante. Mi padre estaba loco y mi hermano era un traidor. Y luego estaba Caroline. No eran una familia excelente, supongo, pero tampoco estuve mucho tiempo con ellos.

Madre nos dio un beso a cada uno, y Caroline se subió a uno de los caballos que habían traído los indios, y me subió detrás de ella. Los otros niños se despidieron moviendo la mano en silencio, Bill con una sonrisa perversa y asustada. Vieja Tienda, que se demoraba montado en su caballo, gruñó enigmáticamente y se tapó los labios. Entonces no sabía que así era como los indios mostraban su asombro. Abren la boca de golpe y la tapan para que su alma no pueda salir de un salto y escaparse.

Acto seguido dio la impresión de querer hacer otro discurso, pero Caroline le hizo un gesto para que siguiera adelante, clavó los tacones en la montura, que estaba asustadiza debido a su poca familiaridad con las posaderas de los blancos, y salimos disparados como una bala, en dirección norte.

En lo alto del risco, tiró de la brida de cuero de vaca y esperó a los tres cheyennes, que no tenían ninguna prisa, eso sí puedo asegurarlo. Luego seguimos cabalgando hacia el río, que estaba amarillo y crecido por las lluvias de primavera, y cruzamos a nado con los caballos, yo sujetándome a la cola del nuestro y girando detrás de él como un cebo en un sedal.

CAPÍTULO 2

Perro hervido

Al otro lado del río, Caroline me volvió a subir a la grupa del caballo, y dijo con un nuevo aire de lo más bobo y romántico, que habría resultado patético si yo no hubiera estado aturdido por el miedo y ahora empapado por las aguas cenagosas del Platte:

—Quién sabe, Jack, tal vez esté destinada a ser una princesa india con plumas y cuentas.

Yo nunca había montado mucho a caballo, y ya empezaban a salirme rozaduras en la entrepierna y las nalgas de tanto saltar arriba y abajo con cada zancada; y si hundía los talones en las ancas amarillentas del animal, este hinchaba el vientre e intentaba sacar su trasero de debajo del mío. No conseguí hacerme amigo de aquel animal, lo cual fue una lástima ya que era mi único soporte en una tierra inmensa y extraña poblada por salvajes.

Uno de estos se acercó a nosotros en aquel momento, precisamente Vieja Tienda en persona, que había cambiado de personalidad al cruzar el río. Luego descubrí que tenía una relación especial con el Platte, el cual consideraba la frontera sur de su territorio, y cuando estaba al otro lado se sentía insensato e irresponsable, mientras que al norte de él volvía a la normalidad, fuera la que fuera. En todo caso, una vez hubo salido del agua, nos lanzó una severa mirada desde debajo del sombrero, señaló hacia atrás por encima del huesudo hombro que asomaba de su manta, como para decir «Seguidme», e hizo que su montura subiera la orilla al trote.

Le seguimos, nuestro caballo subiendo la escarpadura en un par de intentos debido a su doble carga, no porque yo añadiera un peso excesivo, sino porque no perdía oportunidad de darme a entender que yo era una imposición.

El caso es que cuando los indios viajan, cada uno lo hace siguiendo su propio gusto personal. Los dos guerreros que habían venido con el jefe no cruzaron por el mismo sitio que nosotros. Uno de ellos fue cien yardas más abajo y cruzó nadando con su potro, y el otro subió río arriba hasta más allá de una milla, donde el río hacía una curva y desaparecía de la vista. Imagino que conocía un sitio mejor. No volvimos a verle hasta una hora después, cuando apareció en lo alto de una elevación, y allí permaneció sentado sobre la tierra, su montura paciendo próxima. Vieja Tienda pasó a su lado sin dedicarle ni una mirada, y el guerrero le devolvió el cumplido. Este, sin embargo, empezó a cantar, con una especie de gemido que pudimos oír durante mucho rato, cuando ya estaba tan lejos que parecía un pequeño arbusto.

Cuando ya hube vivido algún tiempo con los cheyennes y hube aprendido sus peculiaridades, recordé el incidente y comprendí que aquel individuo estaba

«deprimido». Algo le había ofendido, tal vez el vado del río que había utilizado había aparecido lleno de arenas movedizas, o una rana en la orilla le había insultado, y se sintió muy abatido y, habiendo decidido morir, se sentó y empezó a cantar su canción de la muerte. En los días de antaño, antes de la llegada de los blancos, aparte de en combate, los indios nunca palmaban, excepto de vergüenza. Pero los blancos trajeron cierto número de enfermedades, como la viruela, que exterminó a toda la nación mandana, y eso eliminó los motivos para morir por razones morales, así que la mayoría dejó de hacerlo, aunque algunos individuos obstinados como nuestro amigo podían intentarlo en ocasiones.

Según parece, esta vez no funcionó, porque volví a ver al mismo tipo al día siguiente en el campamento, donde estaba mirándose en un espejito y arrancándose el vello facial con unas pinzas de hueso. Su vanidad había ganado la batalla, así que ya debía de haberse recuperado.

La cabalgata resultó algo más cómoda porque el jefe avanzaba a paso lento y cada media milla o así se paraba por completo, se volvía hacia nosotros, y hacía ciertos gestos con la mano acompañados de ruidos en su lengua de hereje, comunicaciones que Caroline interpretaba como declaraciones de admiración hacia ella y tonterías por el estilo. Luego nos miraba con tristeza durante un minuto y reanudaba la marcha.

Será mejor que explique ya parte de aquel misterio, siempre y cuando quede claro que ni Vieja Tienda ni yo nos entendimos hasta bastante después. En cuanto a Caroline, bueno, es inútil especular sobre lo que pensaba que sabía o lo que imaginaba, porque siempre mezclaba una cosa con la otra.

Lo principal es que el jefe no había negociado para comprarme a mí y a Caroline en la caravana. Lo que había hecho, en lugar de eso, fue formular una larga declaración sobre la matanza, disculpando a los cheyennes por cualquier responsabilidad que hubieran podido tener en ella; pero para comportarse decentemente, y como en aquella época el hombre blanco todavía le caía bien, y como también imaginaba que le acabarían culpando cuando la historia llegase a oídos de las tropas en Laramie, trajo los caballos para pagar por los hombres que habían sido asesinados.

Así que allí estábamos, gracias a la afición de Caroline por el romance y su don para sacar conclusiones precipitadas heredado de nuestro padre, siguiendo a Vieja Tienda a través de la pradera, víctimas de un terrible malentendido. El jefe pensaba que le seguíamos para sacarle mayores compensaciones, y los discursos que hacía en sus paradas eran para protestar contra lo injusto que era que le acosáramos como coyotes, que a veces te siguen durante millas.

Caroline le miraba llena de amor, y aquel pobre indio lo interpretaba como una mirada de extorsión implacable. En años posteriores llegué a tomar mucho aprecio a Vieja Tienda. Había tenido peor suerte que ningún ser humano que haya conocido, blanco o piel roja, y no hay nada que haga tan comprensivo a un hombre.

Como digo, ninguno de nosotros entendía la situación, pero Caroline y yo

estábamos en bastante mejor posición que el jefe, porque nosotros solo esperábamos de él que nos mantuviera en el futuro inmediato, mientras que él por fin había decidido que éramos demonios y que solo estábamos esperando la oscuridad para robarle el cerebro de la cabeza; y mientras cabalgaba, murmuraba plegarias y encantamientos para atraer sobre nosotros la mala medicina, pero tan mala era su suerte que no vio a ninguno de los hermanos animales que le ayudaban en su magia, tales como la Serpiente de Cascabel o el Perrito de las Praderas, sino solo al Conejo, que le guardaba rencor desde antiguo porque una vez había alejado un incendio de la pradera de su campamento exhortándole a quemar en su lugar los hogares de las liebres. Lo cual hizo, alejándose de sus pieles después de acercarse tanto que los tipis quedaron chamuscados. Desde aquel incidente, todos los conejos le conocían, y cuando le encontraban solo se alzaban sobre sus enormes patas traseras y decían:

—Pensamos malos pensamientos para ti.

También le llamaban por su nombre auténtico, que es lo peor que se puede hacer, y se marchaban dando saltos, enseñando su cola blanca o negra, según el caso, pues tanto una familia como la otra odiaban a aquel indio en concreto.

Y diré esto: nunca en mi vida vi más ejemplares de ese animal que cuando acompañaba a Vieja Tienda. Apenas asomaba el dedo gordo de su mocasín por la entrada de su tipi, se levantaban de un salto en millas a la redonda, numerosos como las chispas cuando tiras una herradura a la fragua.

Pero la única defensa que tiene un piel roja contra el acoso al que le sometíamos Caroline y yo estaba, sin que nosotros lo supiéramos, causándole una gran pérdida de interés. Si un indio no puede conseguir su objetivo con una rapidez razonable, le aburre mortalmente y lo olvida de inmediato. Solo le interesa la actividad. Así ocurrió con Vieja Tienda, que pasado un rato se cerró la manta escarlata, lo cual le mantenía más fresco bajo el sol caliente que si llevara expuesta su espalda desnuda, y siguió cabalgando como si fuera el único ser vivo al norte del Río Platte.

El tercer guerrero (si consideramos segundo al tipo que se quedó sentado bajo la ilusión de que se estaba muriendo) estaba especializado en estar siempre a media milla de distancia, a la izquierda, a la derecha o delante. Supongo que buscaba tanto enemigos como algo de comer. En cualquier momento dado, un cheyenne podía verse saturado de los primeros y escaso de lo segundo.

De esta manera nos dirigimos al campamento cheyenne, que calculo que no podía estar a más de diez millas en línea recta desde el Platte, en dirección norte por el noreste; pero nuestro pequeño grupo tardó tres o cuatro horas en llegar, debido a la convulsa forma de avanzar que el jefe había elegido para desanimarnos a Caroline y a mí.

El sol todavía estaba a una mano de altura sobre el horizonte, pero la maleza de la pradera ya empezaba a volverse púrpura. Una persona que conozca el terreno puede fijar su mirada en un pie cuadrado de suelo, sin mirar en ningún momento al cielo, y decirte la hora del día en cualquier momento por la luz que cae sobre él. Me refiero a

un blanco. Los indios no llevan la cuenta del tiempo de la misma manera porque ellos no van a ningún sitio, en el sentido en que lo hacen los blancos. Podemos imaginarnos a Colón diciendo:

—Será mejor que nos pongamos en marcha. Estamos en 1492 y tengo que cruzar el mar antes de la medianoche del 31 de diciembre o América no será descubierta hasta el 93.

Sin embargo, un piel roja calcula el tiempo de otra forma. El término que significa «día» en su lenguaje de signos es el mismo que el que significa «sueño». Si mira a un pedazo de tierra, un indio verá qué animales han pasado por él en las dos últimas semanas, qué pájaros han volado por encima, y dónde está el agua más próxima, todo lo cual es aparte de las cuestiones sobrenaturales, porque él no separa los diversos tipos de vitalidad unos de otros.

Así que si digo que Vieja Tienda continuó absorto, me refiero en lo que a nosotros se refiere. Sabía dónde estaba, sí, y en un momento determinado atrajo la atención del guerrero explorador, cuyo nombre será mejor que dé ya: se llamaba Arde Rojo Bajo el Sol^[10]. Señaló un altozano más adelante y le mostró un dedo en forma de gancho. Arde Rojo vino desde el flanco izquierdo y se bajó de su potro, soltando la única rienda de la brida de guerra de su cinturón y atándola a una lanza que clavó en el suelo. Dejó caer la manta y se quitó las perneras. Vestido solo con los calzones y llevando el arco y las flechas, subió sigilosamente por la larga pendiente a cuyo pie nos quedamos esperando los demás, pegándose al vientre justo antes de llegar al punto de división. La hierba de alrededor había sido allanada por un gran rebaño de bisontes, y hacía poco tiempo, ya que todavía no se había levantado. Siguió arrastrándose como una serpiente hasta que las suelas de sus mocasines se levantaron, y desapareció.

Pronto el viento que soplaba desde él hacia nosotros nos trajo el ruido de dos flechas al salir del arco, y el corretear de pequeñas pezuñas, y entonces Vieja Tienda subió al trote y, naturalmente, Caroline y yo le seguimos. Allí, agazapado en un abrevadero de bisontes medio lleno de agua, estaba Arde Rojo Bajo el Sol. Junto a él yacía un antílope de tres cuernos cuya garganta palpitante estaba cortando en aquel momento, ya que el animal había sido derribado pero no muerto por una flecha hundida en su anca izquierda. El otro disparo había fallado completamente; sin embargo, Arde Rojo había hecho un buen trabajo, arrastrándose hasta menos de cincuenta pies de la pequeña manada, cuyos cuatro miembros restantes se encontraban ahora a una distancia de un cuarto de milla y no pararon de correr. Es un animal que sabe correr.

Lo siguiente que hizo Arde Rojo fue cortar el rosetón negro y blanco de la cola del trasero del antílope, que conservaría como ornamento, ya que era un artículo bonito. Luego le abrió el pecho en la división entre las costillas, y metiendo el puño, arrancó el corazón sanguinolento, caliente y todavía palpitante, y me lo ofreció.

Al ver aquellas visceras goteantes me estremecí, pero Arde Rojo me agarró el

cogote con una mano y metió el corazón en mi boca con la otra. Aquello era una señal de preferencia, pues era muy aficionado a los corazones frescos de antílope, a los cuales debía su distinción como corredor más rápido del grupo de Vieja Tienda, pero por supuesto yo no lo sabía entonces. Sin embargo, tenía miedo de Arde Rojo Bajo el Sol, que poseía la peculiaridad mencionada en su nombre, como muchos otros indios, aunque algunos son casi negros, y para proteger sus mejillas las embadurnaba con una capa de barro que al secarse se convertía en un blanco grisáceo lobuno, debajo del cual sus ojos asomaban pequeños y centelleantes como los de una serpiente.

Así que di un bocado al corazón sangrante, lo cual no fue fácil, debido a las duras venas que lo recorren, y luego me ahorró el resto y se lo tragó. Mis náuseas desaparecieron una vez que ingerí por completo aquel crudo bocado, cuyo sabor solo puedo describir como enérgico y veloz. De inmediato, los músculos de mis pantorrillas empezaron a zumbiar como flechas de arco estiradas, y sentí que podría haber corrido más que el viento si no hubiera sido porque todos volvimos a montar, Arde Rojo con el cadáver de antílope goteando sangre sobre la grupa de su potro, donde lo cargó.

Vieja Tienda había localizado a los animales al otro lado de la loma, aunque no había forma humana de que hubiera podido verlos. Tenía un don para ese tipo de cosas, que era extraordinariamente agudo incluso para un indio. Lo sabía porque lo había soñado. Soñaba mientras cabalgábamos aquel día, en medio de la pradera. No necesitaba que fuera de noche. Ni siquiera necesitaba quedarse dormido.

Poco después de matar al antílope llegamos al campamento cheyenne, que estaba instalado en un pequeño arroyo tan ancho como el cañón de un rifle y que recibía la sombra de no menos de tres álamos, dos de los cuales apenas eran pimpollos. Nos paramos en el montículo que lo dominaba, para darles tiempo a identificarnos y que no nos confundieran con crows que hubieran venido a robar los potros cheyennes. Vieja Tienda siempre tenía alguna cortesía de estas, que es como podríamos considerarla, porque en aquel campamento nunca había nadie alerta por si llegaban intrusos; al menos una vez a la semana les robaban con éxito ladrones de caballos de las tribus enemigas, a veces a plena luz del día.

Lo que podía verse desde el montículo era lo siguiente: un par de docenas de tipis de piel, levantados en la orilla derecha del cauce. En la pradera que había detrás, cierto número de niños sonrientes con el culo al aire, salpicándose agua. Un puñado de jóvenes perfectamente sanos sentados en corro, fumando y abanicándose con plumas de águila, otros pocos paseándose arriba y abajo, luciendo sus galas delante de un grupo de mujeres que daban patadas en el suelo. Un par de muchachas que arrastraban desde la pradera una piel de bisonte llena de montones de excrementos secos del mismo animal, los llamados *chips* que usaban como combustible, dado que en las llanuras había poca madera disponible. Una recia mujer masticaba lentamente un pedazo de piel. Otras iban a buscar agua y cargaban con fardos y remendaban

pieles y hacían mocasines, zurcían perneras, ponían flecos a las camisas, sacaban el tuétano de los huesos, molían bayas, cosían cuentas y cumplían con el resto de las obligaciones a las que se dedica una mujer india desde el amanecer hasta que se tumba sobre su cama por la noche y su hombre la monta.

Mientras bajábamos hacia el arroyo, nadie en el campamento nos prestó la menor atención, pero cuando Arde Rojo Bajo el Sol, que iba el último, cruzó el río chapoteando con el antílope colgado detrás, provocó un gran revuelo entre las mujeres. Luego descubrí que no habían probado un pedazo de carne en diez días y que se alimentaban de nabos de la pradera y de cuero viejo, y estaban planteándose la ingestión de saltamontes, como los paiutes, que para un indio es lo más bajo que se puede caer. Esto era a finales de la primavera, cuando en aquellos días las praderas estaban normalmente cubiertas de bisontes y, si se acuerda, la hierba de la colina cerca del abrevadero había sido aplastada por un gran rebaño. Sin embargo, el grupo de Vieja Tienda no había comido carne durante más de una semana. A eso era a lo que me refería con lo de su mala suerte.

Ahora hay que hacer una mención especial a sus perros. A pesar de lo pequeño que era el grupo, tenían treinta mestizos o más, cuyo color predominante era un amarillo purulento, aunque también estaban representados todos los tonos restantes, incluidos muchos de la variedad manchada. Esta muchedumbre mantenía un ruido constante durante todo el día, gruñendo, ladrando, aullando y disputando entre ellos, de manera que por lo general eran inútiles como vigilantes, incluso por la noche, que pasaban contestando a los coyotes que aullaban desde los oteros mientras los pawnees se colaban y robaban una docena de potros sin provocar ni un gruñido.

Los perros nos recibieron en el arroyo, rodeando las patas de los caballos y saltando a la cabeza del antílope que colgaba sin vida sobre ellos. Pero también tenían la fusta de cuero anudada a la muñeca izquierda de Arde Rojo, que agitaba negligentemente sobre ellos como un caballo que espantara moscas con la cola, así que aunque armaban un gran jaleo y abrían y cerraban las fauces, no llegaron a morder nada. El secreto para soportar a un perro indio es ignorar el ruido que hace; no tiene mucho más. Al principio no lo sabía, y pasé algunos malos ratos, como por ejemplo en aquel momento. Había un perrucho blanco y sucio, de ojos rojos y boca babeante, que decidió otorgarme su atención a mí en lugar de al cadáver de antílope. Se agazapó bajo el anca izquierda de nuestro potro, y mientras examinaba mi cara, retiraba lentamente su labio superior al mismo tiempo que dejaba caer su mandíbula inferior, lo cual resultaba en conjunto una exhibición salvaje de marfil amarillento. Caroline tuvo que darme un codazo en las costillas para recuperar el aliento, de lo fuerte que la estaba abrazando.

—No me avergüences delante de nuestros amigos, Jack —dijo, obligándose a sonreír a las mujeres cheyennes que nos rodeaban, ninguna de las cuales nos había dirigido aún ni una mirada. Creo que en aquel momento fue cuando Caroline empezó a perder los nervios. No sé dónde creía exactamente que se estaba metiendo, pero

ante la primera visión de un campamento indio, incluso los corazones más fuertes pueden vacilar. Sin conocerlos, uno piensa: bueno, ya he visto el vertedero, ¿pero dónde está el pueblo? Simplemente el olor ya se hace muy raro: no es precisamente un hedor tal y como lo considerarían los blancos, sino cierto número de tufos mezclándose en una especie de bruma invisible que sustituye al aire, de manera que cada vez que se toma aliento se asimilan todos los fundamentos de la vida referidos a la humanidad y los animales cuadrúpedos. En aquel momento había un olor principal, debido a que nuestro potro estaba evacuando debajo de nosotros en aquel mismo instante. Excepto en el caso de que un acontecimiento similar se produjera en las cercanías, no había ningún olor predominante. En el instante en que uno llenaba sus pulmones con aquella atmósfera, entraba en otro plano de la existencia.

Pero, al igual que todo lo demás, vivir allí dentro lo convertía en tu realidad, y la siguiente vez que entré en una población blanca, eché de menos aquel olor que me parecía la vida misma, y sentí que iba a ahogarme.

Arde Rojo Bajo el Sol desmontó y caminó con orgullo por el campamento, dejando que el tropel de mujeres se ocupara del antílope, sobre el cual cayeron despellejándolo en el tiempo que se tarda en rellenar y encender una pipa, y empezaron a descuartizarlo a toda velocidad. En cuanto a Vieja Tienda, llevó su potro hasta un tipi grande pero harapiento, cuya piel, en los huecos que quedaban entre los parches, lucía desgastados dibujos azules y amarillos —hombres de palo, animales garabateados, montañas-triángulo, soles-botones y semejantes—, se bajó, entregó la única rienda a un chico que estaba parado, vestido con un calzón de cuero y nada más excepto mocasines, y agachándose hasta ponerse casi de rodillas para que su sombrero de copa pudiera pasar y sujetándolo por el costado, entró a través del hueco de entrada.

—Creo —dijo mi hermana Caroline— que esto va a ser nuestra casa. —Lo que pude ver en su cara cuando se volvió en la silla parecía definitivamente enfermizo—. Pero —continuó—, ¿resultaría indigno que le siguiéramos al interior? Esa es la pregunta.

—Caroline —contesté—, me duele todo y estoy lleno de rozaduras por la cabalgata, y papá ha muerto y mamá está lejos, y ese perro blanco sigue a nuestro lado relamiéndose. Me da miedo bajarme.

Entonces mi hermana recobró parte del ánimo.

—No voy a dejar que un perrito me detenga —dijo acaloradamente, y habiendo echado la pierna sobre la silla, golpeándome con el tacón mientras lo hacía, se dejó caer al suelo. El perro la ignoró por completo. Siguiendo el ejemplo del jefe, también le dio la rienda al niño indio, que me miraba con sus ojos negros y brillantes. Por razones raciales no me caía simpático, pero señalé con el pulgar al perro, que lo único que esperaba era que me bajase para poder atacarme convenientemente.

Como era un chico listo, captó la idea y dio una patada en la grupa al chucho que le hizo lanzar un gemido. Así que a mi prejuicio natural contra él se añadió aquel

favor, y salté al suelo con la nariz levantada y por puro despecho seguí a Caroline mientras tomaba una bocanada de aire y entraba en la tienda.

Allí dentro se percibía una oscuridad maravillosa, cuando se entraba desde el brillo exterior de la tarde, y todo lo que se veía se debía a la presencia de un pequeño fuego de *chips* de bisonte en el centro del suelo, y de la luz que entraba a través de la chimenea en lo alto del cono. Bueno, si el olor del exterior era notablemente denso, uno ya no era capaz de recordarlo después de tomar una o dos bocanadas en el interior de un tipi: era como intentar respirar bajo el agua en un pantano.

Pasado un rato conseguí distinguir a una mujer robusta removiendo un cazo sobre el fuego, pero ella no levantó la cabeza hacia nosotros. Alrededor de la circunferencia de la tienda había figuras oscuras, sus cabezas apoyadas en la pared de piel y los pies apuntando hacia el medio, que bajo una inspección más atenta resultó que no eran personas acostadas, sino hirsutas pieles de bisonte. Estaba tan oscuro que tuvimos que andar a tientas de una a otra, sin saber si la siguiente podría estar ocupada por algún salvaje que pudiera tomarse a mal nuestra intromisión. Tuvimos que rodear medio círculo antes de localizar a Vieja Tienda, cuya cama estaba directamente enfrente de la puerta. Estaba sentado en silencio, y Caroline casi se cayó encima de él, agarrándose en el último segundo a un poste del tipi del cual colgaba cierto número de bolsas de piel y de fardos que contenían las pocas pertenencias privadas que posee un indio.

El jefe sujetaba una pipa de piedra que tenía la caña de madera y una longitud de pie y medio, y que estaba decorada con una serie de tachuelas de metal que parpadeaban bajo la luz del fuego. Nos quedamos mirándole, porque no teníamos ningún otro sitio adonde ir. Él llenó la cazuela de su pipa con el contenido de un saquito de cuero y luego la mujer recia metió un palo en el fuego hasta que se prendió y se convirtió en un carbón ardiente, acercándose a él, que a continuación encendió la pipa, y chupó con tanta fuerza que sus mejillas se hundieron como las de una calavera. Debido a la longitud del tallo, era muy difícil mantener encendidas las pipas, pero consiguió llevarla hasta un estado en que se sintió satisfecho, y a continuación se la ofreció a Caroline.

Mi hermana, por varonil que pudiera ser, nunca había fumado ni masticado tabaco en su vida. Admiró la pipa amablemente y se la devolvió a Skins. El jefe supuso correctamente que ella no entendía lo que quería, e indicó con sus dedos que debía sentarse sobre la piel de bisonte que tenía a su derecha. Entonces Vieja Tienda se inclinó y colocó el extremo del tallo en su boca, mientras con sus propios labios hacía el gesto de fumar.

Caroline aceptó la boquilla y empezó a chupar siguiendo el ejemplo de Vieja Tienda. Imagino que para ella, por supuesto, sería alguna especie de rito sexual o algo parecido. El jefe, sin embargo, murmuraba encantamientos contra lo que creía que era la mala medicina que ella estaba dirigiendo contra él, y el hecho de que ella hubiera tomado la pipa le animó a creer que sus encantamientos funcionarían, porque para los

indios fumar está por encima de todas las cosas.

Cuando llegó al punto en que ella solo exhalaba un vapor fino, Vieja Tienda por fin le quitó el instrumento, y Caroline tragó saliva y mordió un poco su pañuelo de cuello. Siguió jadeando un buen rato, pero no pasó nada y no llegó a devolver. Caroline era una chica dura.

El jefe sacó las cenizas de la pipa y las dejó caer sobre la punta de las botas de Caroline, como para darle mala suerte, aunque en aquel momento no lo sabíamos. Luego volvió a cebarla con su saquito, utilizando algo que en realidad solo era tabaco en una pequeña parte, mientras que el resto estaba compuesto de corteza de sauce rojo, hojas de zumaque, tuétano de huesos de bisonte, y otros ingredientes diversos. Por supuesto, los indios inventaron la costumbre de fumar, y prácticamente nada más.

Cuando se hubo fumado su propia cazuela, Vieja Tienda cambió por completo de comportamiento. Sonrió, habló mucho en cheyenne utilizando un tono muy afable, y dijo algo a la mujer del fuego que pareció una serie de órdenes, pues se marchó directamente y volvió con un pedazo fresco de antílope de la pieza a la que antes me he referido.

Aquella mujer con cara de luna troceó la carne y la arrojó al cazo con el potaje que ya hervía allí. Imagino que fue por el olor por lo que, mientras la carne se cocinaba, un puñado de indios empezó a aparecer en el tipi. Primero vino el chico que había recogido los caballos, y luego otra mujer robusta que por detrás era hermana gemela de la cocinera, y una niña pequeña que no llevaba nada puesto y un chico algo mayor sin más ropas que ella; a continuación apareció un individuo alto de unos veinticinco años de edad; y por último, Arde Rojo Bajo el Sol, el sostén de la familia en persona, todavía con su máscara de barro, y detrás de él una procesión que empezaba con una mujer esbelta de pelo negro sujeto en trenzas sueltas y ojos suaves como los de una cierva. Le seguían tres o cuatro críos, el mayor de ellos de unos seis años.

Esta gente se acuclilló alrededor del círculo que formaba la pared de piel, y no tenían ojos más que para la cazuela. La mayoría llevaban sus propios cuencos de madera y algunos tenían cucharas del mismo material o de cuerno. No emitieron ni un sonido, y ni una sola vez me dedicaron una mirada a mí o a Caroline.

Pasado un rato, la cocinera sirvió un cuenco para mi hermana y para mí, y luego los otros la rodearon y recibieron lo suyo. Vieja Tienda no probó bocado, limitándose a permanecer sentado sobre su piel de bisonte y a mostrarse magnánimo.

Ocurrió entonces que recordé que los pieles rojas que habían venido a nuestros carromatos siempre decían «Jau, jau» cuando comían bizcochos y bebían café. Yo todavía me sentía muy incómodo en aquella situación, y aunque estaba terriblemente hambriento la comida no me tranquilizaba demasiado: tenía un sabor muy fuerte, se lo puedo asegurar. Los pedazos de antílope no estaban muy bien hechos. Por un lado, los indios no tienen prejuicios contra la grasa; y por el otro, en aquellos días no estaban acostumbrados a utilizar la sal. Junto con la carne, había algunas cerezas que

habían sido cocinadas hasta convertirse en gachas, y una o dos raíces que no tenían sabor hasta que las tragabas y las sentías caer camino de tu estómago, y entonces sabían como si uno se ahogase con arena.

Pero, tal y como digo, recordé aquel gesto de cortesía y lo apliqué. Quería caerles bien. Todavía no nos habían prestado atención, pero ya había visto cómo cambiaban los indios.

—Jau, jau, jau —dije directamente a Vieja Tienda. Hacía falta cierto valor para intentar aquello. Caroline me dio un codazo, pero el jefe se sintió considerablemente complacido.

De hecho, me contestó directamente:

—Jau, jau —y luego dijo algo que, cuando aprendí a hablar cheyenne, resultó ser mi primer nombre indio: Pequeño Antílope^[11], que era *Voka* en aquella lengua que sonaba como una tos. Como nombre no tenía una importancia excesiva, ya que acabaría recibiendo otros con el tiempo, pero era un principio. Al menos no me habían descabellado por pronunciar aquel cumplido, lo cual no había considerado improbable, pues usted no se puede hacer a la idea de lo que era ser un chico de diez años que acababa de unirse a una pandilla de bárbaros.

Con aquello le hice un favor a Caroline, porque mientras el jefe me sonreía vi cómo ella sacaba un buen pedazo de carne de su cuenco y lo deslizaba al exterior, bajo la piel del tipi, donde se pudo oír cómo un perro empezaba a roerla al instante, porque no se podía encontrar un resquicio en un campamento indio donde no hubiera un perro cerca.

Imagino que fue el aspecto colorido de los indios, junto con su crueldad, lo que la había atraído en los carromatos; pero cuanto más estábamos con Vieja Tienda, más vulgar nos parecía la vida del salvaje. Pues es cierto que un indio puede asesinar a una persona en un momento y al momento siguiente sentarse a comer tan tranquilamente como un cura en las colonias. No establece separaciones entre las diversas tareas de la misma manera que un hombre blanco. Los indios son completamente distintos de cualquier persona que haya conocido.

A continuación, el jefe dijo una palabra a la cocinera, porque, tal y como reconoció más tarde, sus sentimientos hacia nosotros estaban divididos: le parecíamos alternativamente benignos y malévolos. En aquel momento se sentía predispuesto hacia nosotros porque estábamos compartiendo el pan, o más bien el antílope, en su tipi, lo cual es tan gran honor para un indio que el anfitrión no prueba bocado hasta que los invitados han terminado; por esa razón Vieja Tienda no estaba comiendo. Como digo, el jefe dio una orden a la cocinera y ella me indicó que la acompañara, lo cual hice con cierta aprensión, y mientras recorría el semicírculo de la tienda pasé junto a todos los indios que masticaban como cabras. Cuando salimos al exterior a través del hueco de la puerta, el cielo estaba medio oscurecido con grandes manchas púrpura en el oeste, separadas unas de otras por jirones bermejos.

Le diré que a esa edad no me interesaba demasiado el paisaje, y la razón por la

que estaba mirando al cielo se encontraba en la reaparición, apenas asomó mi cabeza por la abertura del tipi, de mi enemigo el perro blanco. Yo intenté ignorarle, pero agarró la vuelta de mis pantalones y empezó a masticarla, y se la habría comido si la mujer no hubiera vuelto la mirada en ese momento.

Era Mujer Baño de Bisonte^[12], esposa de Vieja Tienda, y la otra que estaba en el interior y que la honraba era su hermana pequeña, Mujer Vaca Blanca^[13], que según la práctica cheyenne había venido a vivir con su hermana cuando la primera se casó y que estaba obligada en el mismo grado que la esposa legítima a prestarse a disposición del jefe para todos los usos que un indio otorga a una mujer.

El caso es que Mujer Baño de Bisonte se rio y, señalando al perro, me hizo una pregunta. Interpretando mi llorosa mirada como respuesta suficiente, cogió al animal, que empezó a aullar con angustia, aunque no consiguió nada, pues Mujer Baño de Bisonte le llevó directamente dentro del tipi, donde le abrió la cabeza con un martillo de piedra, lo pasó por el fuego para quemarle el pelo, cortó el cadáver en cierto número de pedazos sanguinolentos y los metió en una cacerola que puso a hervir. Tardó en hacerlo tanto como se tarda en contarlo, pues era una mujer de espíritu generoso y ánimo poderoso, y no dejó de sonreír todo el rato.

Vieja Tienda se sentía tan orgulloso que podría estallar. Para un indio no hay comida mejor que el perro, y el perro blanco es lo mejor de todo. La prueba de la elevada opinión que tenían de esta vitualla es que no tuvieron carne fresca durante más de una semana, y sin embargo evitaron tocar a sus perros.

Me temo que Caroline y yo no conseguimos entender el honor que se nos estaba haciendo en aquellos momentos. Mi hermana había aguantado firme la matanza de personas, incluido de su propio padre, pero cuando se trató de ver cómo descuartizaban aquel feo perro ante nuestros ojos, empezó a balancearse sobre las piernas cruzadas e intentó tragarse el puño.

Fue entonces cuando Vieja Tienda miró a Caroline y estornudó tan fuerte que su sombrero de copa se le resbaló sobre un ojo. Volvió a estornudar, y se le cayó por completo. Agitó dos veces más su gran nariz —sonó como el ladrido de un zorro— y sus coletas volaron y su medalla saltó hacia arriba, volviendo a caer con un ruido sordo sobre su esternón.

El grupo entero dejó entonces de echarse comida al buche y nos miró como deberían habernos mirado cuando aparecimos por vez primera, cosa que supongo que no hicieron porque, como tienen una mentalidad monotemática, estaban fascinados por la idea de comerse el antílope. La mujer guapa de los ojos de cierva llegó a sentarse directamente en la misma piel de búfalo de Caroline y a escudriñar incesantemente a mi hermana, que había hecho todo lo que estaba en su mano para no vomitar por culpa del perro blanco, al cual ya se podía oler en el humo de la cazuela, con un olor parecido al de un abrigo húmedo que se hubiera colgado cerca del fuego para que se secase.

Estrella Fugaz^[14] era el nombre de la mujer, y era la esposa de Arde Rojo Bajo el

Sol, y había dado a luz varios niños que había llevado al tipi del jefe, incluyendo un bebé diminuto que iba en una cuna que colgaba de un poste, y que tenía unos ojos pequeños y brillantes como de pájaro. Su artilugio estaba colgado de tal manera que pudiera orinar sin bajarse de su soporte.

La curiosidad de Estrella Fugaz sirvió para apartar los pensamientos de Caroline de las perturbaciones de su estómago, y reunió fuerzas suficientes para decir:

—Es un honor conocerla, señora.

Y ofreció una de sus grandes zarpas para que la estrechara. Pero lo que hizo la mujer india en su lugar fue meter la mano en la bifurcación de los vaqueros de mi hermana y palpar lo que había allí, y luego hizo lo mismo con la pechera de su camisa. Al concluir lo cual, dijo otra palabra a Vieja Tienda:

—*¡Vehoa!*

Y se puso una mano sobre la boca. El jefe siguió su ejemplo y todos los presentes le imitaron en el mismo gesto.

El hombre indio no tarda mucho en estornudar cuando está en presencia de una mujer blanca. Algunos dicen que eso se debe al perfume de los polvos de talco, pero nunca vi que mi hermana empleara nada más que jabón amarillo.

El caso es que fue entonces cuando los cheyennes se enteraron de que Caroline era una chica.

CAPÍTULO 3

Me gano un enemigo

La diferencia entre los hombres y las mujeres es muy importante para los cheyennes. De hecho, es incluso más importante que la diferencia entre los vivos y los muertos, y se sintieron satisfechos de haberla establecido en lo tocante a mi hermana. Además, para entonces ya se había acabado el antílope y el perro todavía no estaba listo. Así que el resto de los indios nos rodearon para dar rienda suelta a su curiosidad.

Esto era lo educado, según sus costumbres. En su mayor parte se limitaron a mirar; y algunos manosearon nuestras ropas, pero sin tocar nunca la piel. Creo que si hubiéramos podido entender las observaciones de Estrella Fugaz, la habríamos podido oír disculparse extensamente con Caroline por ponerle las manos encima, lo cual estaba justificado por los hechos que se habían derivado de ello. Lo menciono porque, al ser blanco, siempre me parecía extraordinario que los salvajes nunca fueran desconsiderados, excepto por ignorancia.

Por supuesto, los críos me prestaron una atención especial. A Caballo Pequeño^[15], el chico que se había ocupado de los potros, le había causado una fuerte impresión desde el principio. Como dije, no me cayó simpático; pero incluso a esa edad ya era astuto, y tuve que serlo porque en caso contrario no habría sobrevivido ni una década, y mucho menos un siglo, de manera que, cuando vi que admiraba mis botas, me las quité rápidamente y se las ofrecí. Pero la idea de confinar sus pies de semejante manera es una de las muchas cosas que asustan a los indios, así que fingió no entender lo que le proponía.

Sirvieron el perro de inmediato. Afortunadamente, era un animal pequeño y tenía que llegar para muchos comensales, aunque, como invitados, Caroline y yo recibimos los pedazos más grandes. Los cheyennes se quedaron despiertos hasta la medianoche, pues calculo que esa era la hora que debía de ser. Cuando digo eso, quiero decir que varios de ellos iban y venían, nuevos individuos entraban en la tienda y nos examinaban a mi hermana y a mí, ciertos indios se enrollaban en sus pieles de bisonte y se echaban a dormir junto a grupos de otros que parloteaban y reían (pues en contra de la opinión del hombre blanco, nadie es más sociable que un piel roja entre los suyos). Las actividades de diverso género continuaron durante horas, tiempo en el que el fuego siguió ardiendo. Las mujeres, por ejemplo, se dedicaban a sus tareas, y Vieja Tienda se fumó cuatro o cinco pipas con varios de sus compinches. Uno de estos era Hump, precisamente, que aparte de por una gran costra en la nariz, parecía en plena forma, y nos gruñó a Caroline y a mí de forma amistosa. No sé si nos reconoció o no del día anterior, pero fue muy decente al no culparnos por la rapiña y

los asesinatos que él había cometido, que sería la forma en que lo interpretaría un indio.

En cuanto a Caroline, a partir del momento de la investigación de Estrella Fugaz permaneció sentada sobre su piel, sumida en una especie de aturdimiento, e incluso comió su perro con el mismo ánimo. Vieja Tienda no le prestó más atención. No la estaba insultando, era simplemente que no estaba interesado.

Por fin el fuego menguó porque Mujer Baño de Bisonte dejó de echarle *chips*, ya que se había ido a la cama con más merecimiento del que nunca hubiera visto yo. Como descubrí al día siguiente, Caroline y yo nos habíamos apropiado de la suya, junto a la de Vieja Tienda; así que desplazó a uno de sus hijos aún más lejos, y así se fue sucediendo todo alrededor del círculo como en el juego de las sillas musicales, hasta que mi admirador Caballo Pequeño acabó siendo el hombre que sobraba y tuvo que irse a la puerta de al lado, al tipi de su hermano, que era nada menos que Arde Rojo Bajo el Sol.

Finalmente, mi hermana y yo nos quedamos solos mirando el fuego que se extinguía, del cual se alzaba el humo en un fino hilo que llegaba hasta el agujero en la unión de los postes, y allí se reunía con la noche, en un cielo de color azul oscuro, más que negro, debido al polvo de las estrellas amarillas.

A nuestro lado, Vieja Tienda estaba disfrutando de su silencioso descanso, su sombrero colgado en lo alto de un cordel de cuero, la silueta de su nariz picuda levantándose en perpendicular. Se podía oír cierto número de respiraciones pesadas, pero ningún ronquido, debido a que a los indios se les enseña desde pequeños a no hacer ruido sin necesidad. También se oía de vez en cuando un ruido leve y arenoso cuando un último trozo de bison se disolvía en cenizas.

Era extraño estar allí, pero si he de hablar por mí, ya no tenía miedo. Puede pensar lo que quiera de mí, lejos de casa y con mi padre asesinado y todo eso, pero había empezado a sentir que la situación no era tan desesperada. En aquella tienda se estaba caliente y la gente había resultado ser tolerante. Si no nos habían tratado con violencia aquella noche, no podía imaginar que fueran a hacerlo la siguiente. No das de comer a un hombre por la noche y le asesinas a la mañana siguiente. También es cierto que uno no podía ignorar el hecho de que no eran blancos.

—Un penique por tus pensamientos —le dije a la desplomada figura de mi hermana, que apoyaba la mandíbula en las manos extendidas y cuyo sombrero estaba calado hasta las orejas desplegadas. Parecía muy triste bajo las sombras, y su voz sonaba en el mismo tono.

—Los salvajes no son gran cosa, Jack —contestó, en voz desconsideradamente alta, según pensé, ya que sus anfitriones estaban intentando conciliar el sueño—. ¿Has visto lo que le han hecho a ese perrito? Y después se han puesto a palparme como si fuera a ser la siguiente en ir a la cazuela, aunque nunca he oído decir que los indios fueran caníbales. No creo que puedas fiarte de ellos, Jack.

Con un gruñido intentó poner las plantas de los pies en el suelo, lo cual no es lo

más fácil del mundo cuando has tenido el trasero encima de ellas durante varias horas con las piernas cruzadas.

Repitió casi la misma observación, con una diferencia significativa que no me llamó la atención en aquel momento:

—Será mejor que no te fíes de ellos, Jack.

Y avanzó tanteando a gatas hacia la puerta, imaginé que para hacer sus necesidades antes de acostarse para pasar la noche. Yo, por mi parte, decidí aguantar hasta la mañana porque me daban miedo los perros que merodeaban por el exterior.

Bueno, esa fue la última vez que vi a Caroline durante algún tiempo. Se dirigió a la pradera, sacó un potro del rebaño, se marchó, y pasaron años antes de que volviera a encontrármela, suceso al que llegaremos en su debido momento. Mientras tanto, debe comprender que durante un tiempo la consideré desaparecida y luego me olvidé de ella por completo. Nadie puede decir que le debiera más.

Probablemente habría podido oír las pezuñas del caballo cuando huyó si no me hubiera dormido de inmediato, ya que hay pocas cosas tan acogedoras a la hora de taparse como una piel de bisonte cuando uno sabe cómo hacerlo. Aunque al principio tiende a ser algo rígida por el lado del pellejo, mientras que el pelo del otro lado es áspero como un cepillo, pronto se adhiere al cuerpo por nuestra calidez natural y es como si formara parte de nosotros.

Lo siguiente que supe fue que el joven Caballo Pequeño me despertó al alba.

—Vamos —indicó; y sacudiéndome los restos del sueño, lo cual no fue difícil de hacer debido al frío de aquella hora de la mañana, le seguí al campo donde pastaban los potros. Había bastantes menos que cuando había visto el rebaño el día anterior: el robo de uno por parte de Caroline no era nada comparado con los que algunos utes habían robado un poco después, o tal vez hubieran sido los pawnees. El caso es que, a menos que la gente de Vieja Tienda saliera pronto y recuperase algunos caballos, les tocaría caminar a todos.

Caballo Pequeño ya sabía, como saben los indios, que Caroline se había escapado e imaginaba correctamente que yo iba a quedarme y formar parte de la tribu, ya que no tenía alternativa, y me había despertado para que le acompañara porque esa era la obligación de los chicos de mi edad: atender a los potros a primera hora de la mañana. Lo que significa que él sabía más de mí de lo que sabía yo mismo en aquel momento, pero su sonrisa no era en ningún modo burlona o maligna mientras salíamos del tipi lleno de cheyennes adultos dormidos. Los indios no se levantan especialmente pronto si no hay nada que hacer, excepto los chicos.

Fuera, el alba era azul, y además fría. Hacía un par de días que no me quitaba ni una pizca de mis ropas, y llevaba el mismo tiempo sin bañarme, y disfrutaba de mi abandono. Menciono esto porque recuerdo pensar en ello y sentirme extasiado. Incluso siendo un crío, el hombre blanco se hace esta idea cuando vive entre los indios: ¡Todo vale! Estoy entre salvajes, no tengo que lavarme, puedo ir al servicio exactamente en el mismo sitio donde estoy parado, y así con todo. Lo que quiero

decir es que, por el contrario, el cheyenne se baña todos los días en la corriente de agua más cercana, y aunque no hubieran seguido esa costumbre, habría habido otras exigencias que habrían ocupado su lugar. Cuando eres un ser humano, no puedes rehuir tus obligaciones.

De camino a la pradera, Caballo Pequeño y yo nos encontramos con otros muchachos que iban a cumplir con la misma tarea, con edades entre los ocho y los doce años; y debido a los robos quedaban tan pocos potros que los ganaderos casi superaban en número al ganado. Nuestro trabajo consistía en conducir a los animales al arroyo para que abrevasen. Después de eso, los llevamos a un pasto nuevo, pues habían comido un buen puñado del anterior, y, al fin y al cabo, la pradera nos pertenecía a nosotros hasta donde alcanzaba la vista.

Caballo Pequeño y los otros chicos se gastaron muchas bromas y se rieron mucho, y por lo que yo sé puede que fuera a mi costa. Era el único que llevaba pantalones, camisa, botas y sombrero; pero después de que maneamos a la yegua líder para impedir que la manada se alejase y fuimos directos al arroyo y nos desnudamos para tomar el mencionado baño, solo me distinguí por mi piel, y cuando salimos del agua, que estaba bastante fría al principio pero que se calentaba una vez habías entrado, especialmente debido a las payasadas a las que los chicos indios dedicaban mucho tiempo, abandoné todas mis ropas excepto los pantalones de lana. De hecho, lo regalé todo, lo cual hizo que me ganase un montón de amigos instantáneos.

Cuando volvimos a las tiendas, los receptores de los regalos entraron en ellas y volvieron a salir con cosas cheyennes a cambio. Fue entonces cuando por fin me quité los pantalones y me puse el calzón de ante que me dio uno de los chicos, y lo sujeté con el cinturón que recibí de otro. También me puse mocasines; y recibí una manta color amarillo sucio de un chico alto llamado Oso Más Joven^[16], que aceptó mis pantalones y al momento los amputó para usarlos como perneras sueltas, arrojando a un lado la cintura y las posaderas. Nadie quiso las botas, que quedaron tiradas en el suelo y abandonadas en la misma posición cuando el campamento se trasladó. Si un indio no está interesado en un objeto es como si no lo viera, es capaz de tropezarse repetidas veces con él sin pensar en apartarlo de una patada.

Aquella primera mañana no desayunamos, por la sencilla razón de que no había comida. El antílope se había acabado completamente la noche anterior, y no podían permitirse cocinar más perros durante un tiempo, dado que los potros estaban desapareciendo rápidamente y se necesitaba cierto número de animales de carga para trasladar el campamento. Además, Caroline no había vuelto, pues en aquel momento yo todavía pensaba que podría volver, aunque nunca consideré la posibilidad de que pudiera haber muerto, y no tenía nadie con quien hablar en mi propio idioma.

Pero antes de que el sol hubiera subido muy alto en el cielo, ya había aprendido un vocabulario bastante decente del idioma de los signos, y conversaba con Caballo Pequeño sobre cosas que podían expresarse con las manos. Por ejemplo, si quieres

decir «hombre» levantas el dedo índice con la palma mirando hacia dentro. Por supuesto, me ayudó bastante en el aprendizaje de la lengua la costumbre de Caballo Pequeño de hacer la señal y luego apuntar directamente a la cosa. El gesto que significaba «hombre blanco», un dedo que cruzaba la frente para sugerir el ala de un sombrero, fue un tanto difícil de dominar debido a que Caballo Pequeño llevaba el sombrero de fieltro que yo había desechado. No hacía más que pasar el dedo por el borde y señalarme a mí, y al principio creí que quería decir «tu sombrero», o «tú», antes de entenderlo correctamente. Por supuesto, el signo que decía simplemente «hombre» quería decir «hombre indio».

Para decir «cheyenne» te pasas el dedo índice derecho por la izquierda como si te estuvieras despellejando, pues las características guías de flecha usadas por todos los cheyennes estaban hechas de plumas arrancadas al pavo silvestre. Por cierto, en su lenguaje oral los cheyennes nunca se llaman a sí mismos «cheyennes», sino *Tsistsistas*, que significa «la Gente» o «los Seres Humanos». Lo que sean los demás es algo que no les concierne.

Después de nuestro baño, los chicos cogieron arcos y jugamos a la guerra entrando y saliendo de un baño de bisontes cerca del campamento, disparándonos unos a otros con flechas sin punta. Y luego luchamos un poco, lo cual no se me daba demasiado bien y además me daba vergüenza intentarlo con demasiado ardor, pero después de que me hicieran daño estrujándome, recurrí al boxeo e hice sangrar como mínimo una nariz marrón. Era propiedad de Oso Más Joven, y el acontecimiento hizo que se burlaran mucho de él, porque yo diría que los indios sienten mayor inclinación por la burla incluso que los blancos. Sentí lástima por Oso Más Joven cuando vi el ridículo en el que le había hecho incurrir.

Lo cual fue un grave error. Nunca debería haberle golpeado para empezar, pero una vez que lo hice debería haberme pavoneado jactándome de ello y tal vez haberle castigado todavía más para consolidar mi superioridad. Así es como lo hacen los indios. Nunca debes sentir remordimientos por haber pegado a nadie, salvo si habiendo conquistado su cuerpo también quieres su espíritu. Todavía no lo entendía, así que durante el resto del día intenté congraciarme con Oso Más Joven, y el resultado fue que me gané el primer enemigo auténtico de mi vida, que me causaría incontables problemas durante años, pues los indios se toman muy en serio la venganza.

Lo siguiente que recuerdo que hicimos los chicos fue salir y jugar a los campamentos con cierto número de chicas. El nombre que le doy imita lo que hacen los adultos. Las chicas levantaban tipis en miniatura y los chicos se comportaban como si fueran sus maridos, saliendo en partidas de guerra y haciendo cacerías de bisontes falsas en las que un chico, que interpreta al animal, lleva una chumbera al extremo de un palo. Los cazadores disparaban sus flechas contra dicha fruta, y si alcanzaban el objetivo se consideraba que habían abatido al bisonte. El chico bisonte podía pinchar en el trasero con la chumbera a quien quiera que fallase. Se puede

apreciar que cualquier cosa que hacían los cheyennes incluía la amenaza del dolor, si no su cumplimiento.

En las actividades anteriores yo había participado en términos de igualdad, pero no fue así cuando llegó el momento de jugar a los campamentos, y creo que eso fue debido a Oso Más Joven, que era de común consenso el jefe de aquella colonia debido a que sabía disparar flechas excepcionalmente bien y a que era muy convincente descalabrando enemigos imaginarios con una porra de guerra de aspecto terrible a la que había dado forma él mismo. Así es como un hombre se hace jefe de guerra entre los cheyennes: sabe luchar mejor nadie. Solo es jefe en la batalla. Para la paz tienen otro tipo de líder. Vieja Tienda, por ejemplo, era un jefe de paz. El jefe de guerra principal de nuestro grupo era Hump. Los dos se llevaban bien, excepto que como recordará por la pelea del whisky, tan pronto tomaban un par de tragos se lanzaban el uno contra el otro. Sin embargo, cuando el arma de Skins estalló, se olvidaron de todo y se fueron por caminos separados.

En todo caso, con once años de edad Oso Más Joven ya estaba muy avanzado en el camino hacia su verdadera profesión, y era un tipo alto y grande que caminaba sacando el pecho. Diré esto sobre la pelea que tuve con él: podría haberme matado, excepto que no sabía nada de boxeo. Pero su ignorancia no era responsabilidad mía. Yo nunca he sido grande, pero siempre he sido inteligente.

En aquellos primeros días, dependía de lo que me prestaran los chicos: arco, flechas y un cierto tipo de palo con el que corrían entre las piernas como si fuera un potro. Pero cuando se trataba de jugar a la guerra bajo la dirección de Oso Más Joven, se marchaban al galope, incluido Caballo Pequeño, dejándome atrás con las chicas y los niños más pequeños que se suponía que eran los críos del campamento de juguete. Cuando los chicos lo repitieron tantas veces que se convirtió en costumbre, empezaron a llamarme «Chica Antílope»^[17], porque ayudaba a desmontar los tipis de juguete, que es un trabajo de mujer.

La danza del sol era otra ocupación adulta que los niños imitaban en el campamento de juego. Los chicos se metían espinas en la piel, les alaban cuerdas y se colgaban calaveras de perritos de las praderas o de coyotes. Podría haberme sentido lo bastante desesperado como para probarlo si no hubiera sido porque ya a tan temprana edad había entendido la siguiente proposición: el hombre blanco es mejor que el piel roja, que es un salvaje. ¿Por qué es mejor? Porque utiliza su inteligencia. Siglos antes los indios habían descubierto que se pueden trasladar objetos pesados haciendo rodar troncos debajo de ellos, y sin embargo cuando viví entre ellos todavía no habían hecho un corte en sección en uno de ellos para fabricar una rueda. Podía considerarse una ignorancia invencible o mera tozudez; fuera lo que fuese, era simplemente bárbaro.

Me metí detrás de uno de los tipis de juguete y experimenté con una espina, pero tan pronto la punta me tocó la piel, me puse amarillo. Nunca conseguí despertar el interés por hacerme daño a mí mismo. Así que decidí conseguir una flecha. Robé una

auténtica con punta de hierro y la partí en dos con una piedra afilada. Los cheyennes hacen una goma de mascar con el zumo evaporado del algodoncillo. Mujer Baño de Bidente me dio un poco, pero me lo puse en el ombligo en lugar de en la boca, y le pegué el extremo de la flecha que termina en las plumas. La otra parte, la de la cabeza de hierro, la coloqué de manera que pareciese brotar de la hendidura de mi culo, apartando el calzón para acomodarlo mejor. Parecía que estuviera atravesado por el medio, en ángulo de cuarenta y cinco grados. Cuando estuve preparado, salí de detrás de la tienda, caminando de forma artificiosa con las nalgas pegadas, y sujetando disimuladamente el extremo emplumado con una mano que pegaba a mi estómago como para contener el dolor, lo cual era una infracción de las reglas, porque el objetivo era mostrar una indiferencia varonil al dolor, pero pensé que el número sería lo bastante espectacular como para compensar un mero detalle.

Acerté. Las chicas fueron las primeras en verme y se dieron una palmada tan fuerte en la boca que es un milagro que sus dientes delanteros permanecieran firmes. Y luego me vieron los chicos, con sus miserables espinitas y sus pequeñas calaveras de animales. Disgustado, Coyote se arrancó la suya de la espalda y la tiró lejos de sí, y la sangre manó en riachuelos escarlata de su grupa. Caballo Pequeño empezó a bailar y a jactarse de que era mi amigo. El pobre Oso Más Joven se limitó a darse la vuelta y se marchó caminando pesadamente, las pequeñas calaveras arrastradas por el suelo detrás de él, saltando cuando tropezaban con una piedra, y cuando alguna de ellas se enganchaba en un arbusto se rompía la cuerda en lugar de su piel.

A partir de aquel momento participé en términos de igualdad en los juegos de guerra, y Arde Rojo Bajo el Sol no tardó en hacerme un pequeño arco. Arde era hijo de Vieja Tienda por parte de una de sus antiguas esposas, ahora muerta. Mi propia posición resultó ser la de huérfano adjunto a la casa del jefe, lo cual me daba derecho a ser tratado con benevolencia por parte de toda la familia, igual que si estuviera emparentado con ellos por vínculos de sangre. Casi todos los tipis tenían algún muchacho parecido, aunque el resto eran indios puros. Las mujeres estaban obligadas a darme comida y ropa, y los hombres a asegurarse de que me convirtiera en un hombre. No recuerdo que nunca me tuvieran en cuenta la raza cuando era pequeño. Nunca se referían a Caroline, por ejemplo. Para empezar, porque era motivo de gran vergüenza para Vieja Tienda haber fumado la pipa con lo que resultó ser una mujer. En los tiempos de antaño, los cheyennes no fumaban ni siquiera cuando había una mujer dentro del tipi; ataban la puerta para impedir que entrasen.

Otra razón por la que fue fácil para mí integrarme en aquella tribu fue que ninguno de los indios quería pensar en el incidente de los carromatos. Como hemos visto, mi hermano Bill nunca informó de la matanza en Fort Laramie, y los soldados no vinieron, así que los cheyenne no tenían que preocuparse por eso. Lo que les molestaba era que mientras estaban borrachos casi se habían matado entre sí; eso es lo peor que un cheyenne puede hacer: matar a otro cheyenne. Estar borracho no es excusa. Siempre se consideraba un asesinato, y el asesinato les pudre por dentro las

entrañas, emitiendo un hedor que captan los otros miembros de la tribu, ensuciando las Flechas Sagradas y expulsando a los bisontes. Semejante individuo no puede fumar la pipa, y nadie comerá de un plato que él haya tocado; generalmente se le expulsa del campamento.

Sé que a estas alturas usted pensará que me ha pillado. Por la forma que describí la pelea del whisky, parecía que algunos de los indios hubieran muerto. Por ejemplo, dije que Montón de Huesos le había volado la nuca a Contrario Blanco y que a este se le desparramaron los sesos. Juro que por lo que cualquiera hubiera podido decir en el acto, eso fue lo que ocurrió. Pero imagine mi sorpresa cuando aquella primera mañana en el campamento cheyenne, inmediatamente después del baño que tomamos los muchachos en el arroyo, ¿quién estaba esperando que le entregásemos su caballo sino Contrario Blanco en persona, vivito y coleando, y sin mostrar ninguna señal de haber sido herido? Caminé detrás de él, fijándome especialmente en su nuca, pero si había un agujero en ella, yo no podría decirlo. Vi uno o dos piojos arrastrándose por sus coletas, pero ni siquiera una costra de sangre seca. Y era Contrario Blanco, sí, pues tenía una verruga inconfundible en el reborde izquierdo de la nariz.

Tal vez empiece a comprender por qué, cuando hice el truco de la flecha que salía del culo, ninguno de los niños pensó que les estaba engañando. Los indios nunca esperan que los engañen, mientras que siempre están dispuestos a aceptar un milagro.

CAPÍTULO 4

Matanza de antílopes

No está mal ser chico entre los cheyennes. Nunca te pegan por hacer algo malo, sino que te dicen:

—Así no es como se porta un Ser Humano.

Una vez Coyote empezó a reírse mientras encendía la pipa de su padre, porque tenía un tábano caminándole por la barriga. Fue una grave falta de educación por su parte, comparable a si un chico blanco se hubiera tirado un pedo en la iglesia. Su padre dejó a un lado la pipa y dijo:

—Debido a tu falta de autocontrol, no podré fumar en todo el día sin disgustar a ciertas Personas en el otro mundo. Me pregunto si no serás un pawnee en lugar de un Ser Humano.

Coyotese fue a la pradera y se quedó allí solo toda la noche para ocultar su vergüenza.

Cuando eres un cheyenne, tienes que hacer las cosas bien. Un niño no puede llorar sin más, la tribu podría estar escondida en esos momentos y el sonido revelaría su posición al enemigo. Por tanto, las mujeres cuelgan las cunas en los arbustos a cierta distancia del campamento hasta que los jóvenes de su interior entienden que llorar no les servirá de nada, y se acostumbran a estar callados. A las chicas hay que adiestrarlas para que dominen sus risitas. He visto a Sombra Que Aparece a la Vista poner en fila a sus hijas delante de él y contarles chistes ante los que ellas se suponía que tenían que con tener sus carcajadas. Al principio todas fracasaban, chillando como pájaros; luego se limitaron únicamente a sonrisitas afectadas, y por último, después de muchas sesiones, podían responder con una mirada gélida a los chistes más hilarantes. Eran libres de disfrutarlos, pero no de demostrarlo. En el momento adecuado, podían reírse a mandíbula batiente, porque a los indios les encanta el humor y Sombra Que Aparece a la Vista era muy ingenioso.

Aparte de esa educación especial, los cheyennes no tenían escuela. Nunca leían ni escribían en su idioma, así que, ¿qué sentido tendría? Si uno quería saber algo de historia, le preguntaba a un viejo que tenía la historia en la cabeza. Los números se volvían aburridos cuando se te acababan los dedos, así que informar del tamaño de un grupo enemigo que habías descubierto sería algo parecido a esto:

—Los utes están cerca del lugar de ayuno del Butte. Hay tantos como las flechas que Mete Todo Bajo Su Cinturón^[18] disparó sobre el antílope fantasma cuando las cerezas estaban maduras.

Como se trataba de una historia famosa, todos los de Vieja Tienda sabrían que el número de utes a los que se refería con una variación de uno o dos, y en un momento

de emergencia, cuando una persona tiende a temer lo desconocido, podrían relacionarlo con algo familiar.

Los cheyennes creen que sus animales también son cheyennes y que ellos lo saben.

—Dile a tu potro —decía Arde Rojo— que la gente hablará de su valentía en el campamento. Cuéntale historias sobre potros famosos y sus hazañas, para que él intente emularlos. Cuéntale todo sobre ti mismo. Un hombre no debe tener secretos para su potro. Hay cosas de las que no habla con su hermano, su amigo o su esposa, pero él y su potro deben saberlo todo el uno del otro porque probablemente mueran juntos y recorran el Camino Colgante entre la tierra y el cielo.

El problema para mí era que me sentía como un idiota hablando con un animal estúpido. Eso es lo malo de ser blanco: hay muchas cosas que no puedes tragarte. Nadie espera otra cosa de un indio; con él las estupideces son, por así decirlo, normales. Tal y como yo lo veo, te sentirías decepcionado con un indio si no hablase con los caballos, pues están locos de nacimiento. Pero, al ser blanco, sabía demasiado incluso con diez años de edad.

Comprenda que no puedo hacer un relato día por día de mis años mozos. Debí de tardar un par de meses en aprender a cabalgar sin ir atado, y más en ser realmente eficaz con el arco y las flechas. Pero ahora tengo que volver a aquella primera mañana y despertar a Vieja Tienda, a quien dejamos sumido en el más profundo sueño. El indio se levantó dispuesto a ayunar otras veinticuatro horas. Había vuelto a soñar con un antílope. Como aquel sueño había llegado después del que había tenido el día anterior, significaba que tenía que ponerse a trabajar.

Por la tarde, el jefe subió puede que trescientas yardas por el arroyo y justo más allá de la maleza erigió un pequeño tipi aproximadamente del tamaño de las riendas de juguete que teníamos los críos, lo bastante grande para sentarse dentro de él. Entró al anochecer e hizo cierto número de cosas secretas hasta el alba del día siguiente.

Mientras estaba allí, durante la noche otros cheyennes se acercaban y batían la cubierta del tipi. Todo aquello tenía que ver con los preparativos para una gigantesca caza de antílopes. Si cuando los otros hombres golpeaban la piel de la tienda caía alguna cantidad de pelo de antílope de la cubierta, entonces la caza tendría éxito.

Mientras esto tenía lugar, un grupo de utes se llevó todo el rebaño de caballos, y la mañana siguiente los únicos potros cheyennes que quedaban eran los pocos que sus propietarios habían atado a la puerta de sus tipis. Sin embargo, el suelo alrededor de la tienda-medicina se estaba poniendo perdido de pelo de antílope, así que las perspectivas eran buenas.

Vieja Tienda salió del pequeño tipi la mañana siguiente. Parecía algo distinto de lo acostumbrado porque sus ojos estaban fijos a millas de distancia en cualquier dirección en que los volvía. Llevaba dos pértigas negras y cortas, cada una con un aro al extremo, y decoradas con plumas de cuervo, y cuando salió a campo abierto, el campamento entero salió detrás de él: hombres, mujeres y perros. Ya he hablado de

los antílopes, cuando encontramos aquella pequeña manada el día anterior en el baño de los bisontes; pueden recorrer una milla en un minuto y salen de estampida con que solo cambie el viento.

Este veloz animal tiene un solo defecto que le impide vivir hasta una edad avanzada: la curiosidad. Enséñale a un antílope algo que aletee y no podrá resistirse. Ese era el sentido práctico de las pértigas con anillos que llevaba Vieja Tienda: los cheyennes las llamaban flechas de antílope, y eran más letales que si estuvieran dotadas de puntas de hierro, porque hacían que la asustadiza bestia sintiera tanta curiosidad como para conducirlo al suicidio a él y a sus hermanos, con tal de echar un vistazo más de cerca. Una vez aceptado eso, en una cacería había muchas otras cosas que hacer que solo tenían sentido desde el punto de vista de la magia.

Supongo que debimos de caminar unas tres millas por la pradera, todo el mundo menos una vieja decrepita y un guerrero que se quedó atrás porque estaba deprimido. Nos detuvimos en un lugar concreto en un espacio llano, y Vieja Tienda se sentó en la pradera. Había dejado atrás su sombrero de copa, y llevaba dos plumas de águila trenzadas en su pelo. Las mujeres solteras se pusieron delante de él, y eligió a las dos más robustas agitando las flechas antílope delante de ellas, como si estuviera hechizándolas para que se sentaran a su lado. Una de las chicas tenía una gordura típica, pero la otra estaba tan rolliza que había que fijarse con atención para encontrar los rasgos de la cara; sus ojos eran como pequeñas semillas.

Qué gran idea, mandar a una chica gorda a cazar un antílope.

Los guerreros que todavía conservaban sus caballos montaron, y el resto nos pusimos a cada lado del jefe y de las gorditas para formar un semicírculo con ellos en medio. Otras dos chicas, más delgadas, agarraron repentinamente las flechas antílope de Vieja Tienda y salieron corriendo en trayectorias divergentes como las patas de una V con él en el vértice. Los jinetes salieron en su persecución, los dos líderes alcanzaron a las chicas y les arrebataron los bastones medicinales, y luego continuaron todavía a lo largo de las patas de la V, sujetando en alto los pequeños aros con las plumas de cuervo aleteando. En ese momento, un único antílope apareció a la vista en un montículo aproximadamente a un cuarto de milla delante de los jinetes, en el centro exacto entre sus dos trayectorias, en línea recta con la posición de Vieja Tienda. Igual que los hombres, los antílopes que pastan ponen centinelas. Estos hacen señales a la manada levantando su cola blanca como si fueran banderolas. ¿Qué pensaría usted que hace un vigilante astado cuando ve a veinte cheyennes galopando a cada lado y otro puñado sentado en medio de la pradera alrededor de un indio viejo y dos chicas gordas?

Bueno, este en concreto se quedó mirando con tanta intensidad que uno habría pensado que las orejas se le iban a salir disparadas de la cabeza. Mientras tanto, los jinetes estaban alcanzando sus costados. Miró a izquierda y derecha, pero las fuerzas iguales que procedían de ambos flancos forzaron su atención hacia el centro, e incluso desde la distancia se podía ver que le temblaban las ancas aunque sus mejillas

amarillas y su hocico negro estaban paralizados por el asombro.

Vieja Tienda se arropó con la manta roja, el penacho blanco del extremo de sus dos plumas ondeando al viento suave. Las dos chicas gordas estaban quietas como montículos de tierra, y entre la jauría de los perros ni un solo chuchó se atrevió a sacar la lengua; ellos también eran cheyennes.

El centinela avanzó, bajando cada pezuña melindrosa como si fuera producto de una decisión distinta, las franjas blancas de su cuello hinchándose como un collar fruncido. A lo largo de la elevación que había detrás de él apareció una hilera de pequeños cuernos, seguidos a distancia por pequeñas cabezas color canela que miraban en nuestra dirección. Los jinetes de la avanzadilla llegaron a lo alto del montículo y lo superaron, el embudo que formaban cada vez más ancho, con su cuello apuntando a Vieja Tienda, sentado muy atrás, en la semiluna de su tribu. Apenas había jinetes suficientes para indicar las líneas del flanco, con espacio suficiente entre indio e indio como para que una nación entera de antílopes pudiera pasar, pero los animales, al estar fascinados, no tenían intención de escapar.

El centinela bajó la pendiente al trote; a su espalda, el horizonte estaba lleno de animales, y cada vez se acumulaban más. Bajó cien yardas, y seguía sin verse el final de la enorme manada, que había adoptado la forma de una inmensa cabeza de flecha detrás de él, apuntando a Vieja Tienda. Los cheyennes y los animales estaban armonizándose en un ritmo grandioso, cuyo compás llevaba Vieja Tienda. Supongo que se suponía que los dioses eran quienes habían escrito la música. Si no le gusta verlo de esa manera, tendrá que explicarme por qué cerca de un millar de antílopes echaron a correr hacia su destrucción; y también cómo Vieja Tienda podía saber que la manada estaría allí, pues ni un solo animal había asomado un pelo antes de que nos sentáramos en la pradera.

Los jinetes de cabeza, con los bastones y los aros, habiendo llegado al final del rebaño y cruzado por detrás de él, cambiando lados de uno a otro, volvieron galopando hacia Vieja Tienda y le dieron los objetos medicinales. Ahora había un cordel mágico atado alrededor del antílope, y con una vara en cada mano, el jefe empezó a tirar de él.

Levantó los brazos, y la enorme manada empezó a correr, la cabeza a unas setenta yardas de distancia, la cola apenas llegando a la elevación. Había unas trescientas yardas de pradera atestadas de animales, pegados anca con anca; el ancho de la masa en la parte trasera cubría aproximadamente la misma medida de este a oeste; una enorme y palpitante cuña de antílope puro. Entonces nosotros nos movimos, extendiendo los cuernos de la media luna, redondeando la base de la V hasta convertirla en una U, y los animales vinieron hacia un corral viviente con las paredes hechas de cheyennes, hombres, mujeres y niños, que se solidificaba gracias a las mantas extendidas y los perros situados entre las piernas.

Yo, que estaba en la mitad del brazo izquierdo, intenté darle en el ojo al primer centinela, pero este desapareció en la avalancha cuando le alcanzaron animales más

rápidos, y pronto todo detalle se perdió en el revoltijo de patas innumerables y nubes de polvo. El jefe agitó sus aros cuando los primeros alcanzaban la trampa y se desviaron hacia la izquierda, pero allí se encontraron con la valla cheyenne; luego se desviaron hacia la derecha para encontrarse con una decepción similar. Vieja Tienda cruzó las varas dos veces, y los ojos de la primera bestia le siguieron, con el hocico resoplando, hasta doblar las pezuñas y caer de rodillas, formando una barrera para los que venían detrás que estos no pudieron superar.

El amontonamiento se produjo justo delante de mí, y a partir de entonces fue el puro pánico, mientras los animales se subían encima de los animales y se abrían la cabeza unos a otros, se desgarraban los vientres y algunos sencillamente se desmoronaban sobre el suelo. Entonces estrechamos el cerco, y los jinetes completaron el gran círculo, todos con una cachiporra o un hacha o puede que solo una piedra grande, pero sin ningún tipo de proyectil para este trabajo a corta distancia. Yo diría que tardamos una buena hora en matar a golpes a todos los antílopes, aunque no paramos de repartir, y cierto número de animales murieron por sus propios esfuerzos.

Vieja Tienda no bajó en ningún momento sus varas, sino que siguió gesticulando hasta que no quedó viva bestia alguna que pudiera verlas; esa era su obligación, y no tomó parte en la matanza. Por lo que a mí respecta, a esa edad no tenía fuerzas para causar mucho daño ni siquiera a un animal tan frágil, pero uní mis esfuerzos a los de la turba general, golpeando con una piedra sobre el pellejo color canela cada vez que veía un hueco. Puede que golpeará una o dos veces a Oso Más Joven en medio de la confusión, pues estaba muy cerca de mí. El chico intentó partirle el cuello a un antílope con las manos desnudas, como hacían algunos de los hombres más fuertes, retorciéndoles los cuernos. No pudo conseguirlo, y por fin tuvo que hundirle el hacha entre las orejas, y sus ojos abiertos se llenaron con la sangre del interior y su lengua se sacudió, y por fin murió.

CAPÍTULO 5

Mi educación como Ser Humano

Puede que haya notado que Vieja Tienda empezó este relato comportándose como un payaso. Debo decir que eso solo ocurría cuando estaba con hombres blancos. Entre los cheyennes era una especie de genio. Fue él quien me enseñó todo lo que aprendí de niño que no fuera físico, como cabalgar o disparar. Lo enseñaba mediante historias. Calculo que debió de contarnos a mí y a los otros niños muchos centenares de historias, y a veces los adultos también escuchaban, pues se le tenía por un sabio indio viejo y no habría llegado hasta su avanzada edad de no haberlo sido.

Voy a contarle dos de esas historias. Una de ellas me salvó la vida cuando salí en mi primera incursión para robar caballos. La otra, que contó en una reunión del consejo con algunos sioux, le dará una idea más clara de la diferencia entre los pieles rojas y los blancos que cualquier otra cosa, excepto haber vivido entre ambos, como yo.

Varias nieves habían caído y se habían derretido desde que me uní a los cheyennes, y debía de estar llegando a los trece años de edad. Un día, los chicos estábamos jugando a la guerra y Oso Más Joven, que cada mes estaba más alto, disparó una flecha de punta roma con tal fuerza que cuando alcanzó a un chico llamado Perro Rojo^[19] en la frente, le dejó inconsciente. Creo que me había apuntado a mí, pero yo siempre fui un objetivo móvil. Vieja Tienda apareció en aquel momento en compañía de un indio de nombre Dos Niños^[20], que iba desnudo y pintado de negro desde la cabeza hasta los pies, y que se disponía a salir a capturar una cabellera enemiga en cumplimiento de un juramento.

Dos Niños caminaba como si estuviera hipnotizado; pero cuando Vieja Tienda vio a Perro Rojo inconsciente, se inclinó sobre él y dijo:

—¡Vamos a comer!

El muchacho se levantó al instante y el jefe le mandó a Mujer Baño de Bisonte para que le diera de comer, que es un remedio capaz de curar a los indios casi de cualquier cosa.

Entonces Skins dijo a Oso Más Joven:

—Es un guerrero valiente el que intenta matar a sus amigos.

Y Oso se sintió lleno de vergüenza.

Vieja Tienda extendió su manta sobre el suelo y nos sentamos alrededor de él. Llevaba las coletas envueltas en una piel de comadreja, y una especie de pañuelito decorado con las cuentas de antaño que se remontaban a antes de que los blancos

llegaran con sus joyas de cristal; estaban hechas con la sección púrpura de una concha de mar, y como los cheyennes vivían en medio del campo, debieron de llegar hasta el jefe tras una larga historia de intercambios, iniciada tal vez un siglo antes cuando algún salvaje costeño de Oregón o Massachussets abrió una almeja, chupó la carne gomosa, y le dio por hacerse un adorno aplicando su taladro de piedra a la concha.

El jefe dijo:

—Os voy a hablar de un guerrero que amaba a sus amigos. Esto ocurrió hace muchas nieves, cuando yo era un joven. En aquellos tiempos, era raro ver un arma entre nosotros, porque comerciábamos muy poco con los blancos y por supuesto los otros indios se quedaban todas las armas de fuego que podían conseguir. Ni siquiera teníamos muchas puntas de flecha de hierro, y en la batalla nos acercábamos al enemigo, esperando que nos disparase sus flechas para conseguir algunas puntas.

Se rio calurosamente, y se levantó la pernera para mostrar la pantorrilla derecha y su acumulación de antiguas punciones.

—En aquella época no había otra forma de conseguirlos. Para conseguir caballos, normalmente íbamos al sur, a la tierra del pueblo serpiente, pues son excelentes jinetes y tienen los mejores potros. Se dice que la razón de ello es que se aparean con los caballos, pero yo nunca lo he visto con mis propios ojos.

Estaba hablando de los comanches, los mejores jinetes del mundo, por encima de los otros indios. En cuanto a si se apareaban o no con las yeguas, sé con certeza que montaban a sus propias mujeres al estilo de los sementales, desde detrás, relinchando y bufando; estaban locos por los caballos.

—A veces no necesitábamos realmente los caballos, pero íbamos solo para pelear, porque los serpientes son un pueblo valiente y te eleva el espíritu ver cómo cargan, especialmente a primera hora de la mañana, cuando el sol todavía es un joven en el cielo; luego, cuando ya es un hombre maduro, hace demasiado calor en su tierra y entiendes por qué años antes los Seres Humanos les expulsamos allí y nos quedamos para nosotros con este sitio, que es perfecto.

Hablar de la guerra siempre animaba a Vieja Tienda. Perdía varias décadas delante de ti, sus ojos se calentaban y sus mejillas se llenaban, y se reía alegremente ante cada giro especialmente sanguinario.

—Una vez, una partida de seis Seres Humanos fue a buscar caballos al País de los Serpientes: Visita de Halcón, Pequeña Túnica, Jefe Caballo, Camisa de Hierro, Mula Loca y Pequeño Hombre^[21]. Con ellos también iba un hombre llamado Hairy, de los arapahos que sabéis que siempre han sido nuestros amigos y que habitualmente acampan con los Seres Humanos. Bueno, pues esta partida había salido con la intención de capturar caballos salvajes en vez de robar los de los serpientes. De lo contrario, Hairy no les habría acompañado, porque aquel año los arapahos estaban en paz con los serpientes.

»Cerca de la cabecera del Washita, nuestros hombres dieron con la pista de un

gran poblado serpiente y decidieron saquearlo tras la caída de la noche, aunque no tenían armas de fuego y solo les quedaban unas pocas flechas y no podrían luchar mucho tiempo si los serpientes les alcanzaban después.

»Habiendo localizado el campamento, se escondieron hasta que oscureció. Luego se arrastraron y robaron una manada de preciosos potros. Hairy no participó en la incursión, debido al tratado que su pueblo tenía con los serpientes. Esperó en las afueras del campamento, sujetando los potros de los Seres Humanos, y cuando llegaron con la manada se fue con ellos. Cabalgaron toda la noche y la mitad del día siguiente sin detenerse hasta que el sol estuvo tan alto que podría haber mirado directamente debajo a la chimenea de un tipi. Para entonces ya habían llegado a Stinking Creek, donde pueden beber los caballos pero no los hombres. Así que dieron de beber a la manada.

»Pero como tenían que llevar los caballos robados, no pudieron cabalgar rápido, y antes de que salieran de Stinking Creek, llegaron los serpientes, en número de más de diez por cada Ser Humano, incluyendo a Hairy. Nuestros hombres montaron en sus potros y subieron a un pequeño altozano, mataron a los animales para construir una fortificación, se quitaron las perneras y las camisas, y cantando sus canciones se prepararon para morir.

»Antes de que cargaran los serpientes, un jefe suyo llamado Luna se acercó al montículo lo bastante para que le vieran claramente y dijo, mediante señas:

»—Tú, Muchos Tatuajes —que es como los serpientes llaman a nuestros amigos los arapahos—, ¿por qué estás robando nuestros caballos con el pueblo de la flecha desnuda? Tu tribu y la mía están en paz. ¿Eres una mala persona?

»Hairy se levantó y contestó:

»—Yo no entré en vuestro campamento ni robé vuestros caballos. Estos son mis amigos. He vivido con ellos, he comido con ellos, y he luchado a su lado. Así que, aunque es cierto que no tengo ninguna disputa con vosotros, creo que es un buen día para morir con ellos.

»—Te entiendo.

»Luna hizo una señal en respuesta y se reunió con su gente, y cargaron contra el altozano, matando a Camisa de Hierro, a Visita de Halcón, y a Pequeña Túnica, pero los cuatro restantes lucharon con tanta fiereza que los serpientes se retiraron, habiendo perdido a varios de los suyos, y teniendo a algunos otros heridos. Luego los serpientes volvieron a cargar, pero con solo unos diez de sus guerreros en vez de la partida entera, y Hairy murió con una lanza atravesándole el pecho, pero metió su última flecha en el cuello del hombre que lo hizo mientras le abatían. El serpiente se cayó de su caballo, agarrando la crin, y al levantarse y caer, el potro golpeó a Mula Loca en el estómago y otro serpiente se agachó mientras pasaba al galope y le descalabró con una porra. A Jefe Caballo también le causaron una grave herida, de la cual murió pronto.

»Ahora solo quedaba vivo Pequeño Hombre, y ya no tenía flechas. Tuvo que

esperar hasta que un serpiente le arrojó una flecha para sacársela del cuerpo y devolvérsela. De esta forma había matado a uno de los jinetes y herido a otro cuando la carga llegó a la cumbre del altozano. Pero ahora los serpientes volvieron por el otro lado, seis o siete de ellos, cayendo sobre él con sus lanzas cortas.

»El primer serpiente acababa de llegar a la cumbre cuando Hombre Pequeño agarró una manta del montón de ropas que nuestra gente había desechado, y gritando “¡Ju, ju, ju!” la agitó ante la cabeza del potro, asustando al animal lo suficiente para que se apartase de la línea de carga correcta, de manera que la lanza no alcanzó a Pequeño Hombre, haciendo un gran desgarrón en la manta. Agarrando el cinturón del jinete, Pequeño Hombre le tiró de la grupa del potro. Apenas tocó suelo el serpiente, Pequeño Hombre le hizo tres rápidos cortes con el cuchillo en el cuello, pero no pudo quitarle la cabellera, pues los otros serpientes cayeron sobre él. Saltó sobre el potro, y con la lanza capturada derramó tanta sangre que los serpientes retrocedieron por la llanura hasta donde esperaba su fuerza principal.

»Pequeño Hombre cabalgó arriba y abajo de la colina, cantando su canción de muerte, mientras los serpientes celebraban consejo. Luego Luna se adelantó y dijo con señas:

»—Eres un hombre valiente. Hemos recuperado los caballos que robaste y no queremos seguir luchando. Puedes irte a casa.

»Pero Pequeño Hombre dijo:

»—No te oigo.

»Y Luna se dio la vuelta y los Serpientes cargaron otra vez, esta vez con veinte hombres, y Pequeño Hombre mató a varios con su lanza mientras que él seguía ileso. Los Serpientes sintieron mucho miedo; nunca habían intentado pelear contra una medicina tan poderosa.

»Luna volvió a adelantarse y dijo por señas:

»—Eres la persona flecha desnuda más valiente que hemos visto nunca. Quédate el potro sobre el que cabalgas y quédate la lanza, y también te daremos otro caballo. Vuelve con tu gente. No queremos seguir luchando.

»—No, gracias —dijo Pequeño Hombre—. Todos mis amigos están muertos, incluido uno que era leal a los Seres Humanos, aunque era arapaho. Sin mis amigos, tendría que quedarme todo el día sentado llorando. Será mejor que también me matéis a mí. Hace un buen día para morir.

»Dicho esto, Pequeño Hombre levantó la lanza sobre su cabeza, y profiriendo el grito de guerra y el nombre de su pueblo, cargó contra toda la fuerza serpiente. Luna era un jefe valiente, pero cuando vio a Pequeño Hombre galopando hacia él, lanzando aquellos gritos terribles, chilló e intentó escapar, pero Pequeño Hombre le alcanzó y metió la lanza en su cuerpo hasta la mitad de la empuñadura, donde se quedó clavada. Así que Pequeño Hombre sacó su cuchillo y siguió embistiendo contra el ejército serpiente, que se apartaba ante él. Cabalgó entre ellos como el torbellino, apuñalando y cortando por todas partes con tanta furia como si tuviera un cuchillo en cada dedo,

y los serpientes aullaron de miedo aunque eran un pueblo valiente.

»Por fin, un serpiente con un mosquete disparó a Pequeño Hombre en la espalda, y cayó al suelo y los serpientes le cortaron la cabeza. Pero cuando lo hubieron hecho, el cuerpo de Pequeño Hombre se levantó y empezó a pelear de nuevo con el cuchillo todavía sujeto en la mano. Y la cabeza, que estaba clavada en una lanza, empezó de nuevo a gritar el grito de guerra. Los serpientes no podían más. Se alejaron al galope tanto como pudieron y los que miraron atrás vieron el cuerpo decapitado de Pequeño Hombre corriendo detrás de ellos, agitando su cuchillo. Luego, cuando ya estaba fuera de su alcance, subió a lo alto de la colina y se tumbó entre sus amigos. Nadie sabe qué pasó con la cabeza, que fue abandonada por el hombre que llevaba la lanza cuando empezó a gritar.

»Luna se recuperó después pero quedó giboso como un bisonte para el resto de su vida. No sintió vergüenza por huir porque Pequeño Hombre tenía una medicina contra la que aquel día ningún serpiente podría haber resistido. Luna me contó esta historia en un momento posterior, cuando hicimos las paces entre nuestras tribus, y los serpientes también encontraron al hermano de Pequeño Hombre y le dieron el caballo que le habían prometido, de manera que pudieran volver al lugar donde Pequeño Hombre había muerto sin que les atacara su cadáver».

No había visto a ningún blanco desde que Caroline se escapó del campamento aquella noche. Una vez, cuando estábamos acampados en el río Surprise y los chicos habíamos salido a perseguir gallinas de pradera, vimos unos objetos moviéndose a varias millas de distancia que confundí con bisontes, pero Caballo Pequeño, con sus ojos de indio, me dijo que no, que eran blancos, que uno tenía el pelo amarillo, iba armado con una escopeta, y montaba un bayo que cojeaba ligeramente del pie delantero izquierdo; y el otro llevaba barba e iba montado en un ruano y le dolían las posaderas de tanto montar. Además, se habían perdido, pero notaba que el bayo había captado el olor del agua y en breve llegarían al río y sabrían dónde estaban. Así que nos fuimos en dirección contraria.

Había una razón para que no anhelásemos conocer a aquellos blancos: el encuentro había empezado a significar mala suerte para los cheyennes. Recordará lo que ocurrió con la caravana de carromatos de mi familia blanca: los cheyennes casi se habían matado unos a otros. Luego habían pasado algunas cosas malas de vez en cuando en Fort Laramie, alrededor del cual cierto número de indios acampaban para comerciar. Un hombre joven podía emborracharse y disparar a un soldado o escapar con algunos caballos. Y una vez un sioux tropezó con una vieja vaca enferma perdida de alguna caravana de emigrantes, y la mató para sacarle la piel. Harto de esto, el ejército atacó el campamento indio y varios individuos de ambos lados perdieron la vida.

Estábamos a sesenta y siete millas de Laramie en War Bonnet Creek cuando se

produjo ese incidente, pero nos enteramos rápidamente. Algunos minneconjous, que era un tipo de sioux o lakota, vinieron a celebrar consejo con Vieja Tienda, Hump y el resto de nuestros hombres principales. Cualquiera puede asistir a tales reuniones, y decir cualquier cosa que no sea ridícula, pero por lo general son los jefes los que hablan porque son más sabios, que es por lo que son jefes.

Afortunadamente, había un hombre entre los minneconjous que sabía cheyenne, pues aunque los Seres Humanos y los sioux han sido aliados durante generaciones, hablan idiomas completamente distintos y normalmente tienen que conversar mediante señales como si no tuvieran más relación que un portugués y un ruso. Así que este hombre hacía de intérprete.

Alce Grande^[22], un minneconjou, se levantó y contó lo que había pasado en Laramie, concluyendo:

—He conocido a muchos wasichus —que es como los sioux llaman a los blancos —, y he bebido su café y he comido su melaza, que es buena.

En ese momento, muchos de los cheyennes que estaban sentados alrededor del tipi dijeron:

—Jau, jau.

—Pero nunca he sabido por qué vinieron a nuestra tierra —continuó Alce Grande—. Primero había solo unos pocos desgraciados sin hogar, y los lakotas se apiadaron de ellos y les dieron comida. Luego llegaron muchos con el ganado feo que no se puede comer porque ha perdido los testículos y tiene la piel dura, y solo sirve para tirar de los carros wasichus que están llenos de cosas inútiles excepto el café y el azúcar y los aros de hierro de los barriles, con los que se pueden hacer cabezas de flecha. Las mujeres wasichus tienen aspecto enfermizo y me hacen estornudar. Luego llegaron los soldados con sus grandes y débiles caballos; y no tienen una esposa para cada hombre, sino que comparten entre todos unas pocas mujeres a quienes uno debe dar un regalo cada vez que yace con ellas.

»Si un wasichu hace algo que no gusta a los otros wasichus, le atan una cuerda alrededor del cuello y le dejan caer desde un sitio elevado, como para sacar su espíritu de su cuerpo. Hablan de los grandes poblados que tienen en el sitio donde se alza el sol, pero si es así, ¿por qué vienen a nuestra tierra y asustan a los bisontes?

»Os diré por qué: los wasichus está enfermos, y si alguna vez han tenido los grandes poblados de los que alardean, todo el mundo que ha vivido allí está muerto por acostarse con mujeres enfermas o por comer ese beicon que apesta, y ahora el resto vienen aquí y si no los matamos a todos, infectarán a los lakotas y a nuestros amigos los shyelas.

Este era el nombre que los sioux daban a los cheyennes.

Alce Grande se sentó y se rascó los piojos, y otro sioux habló en los mismos términos, y luego se levantó nuestro Hump y habló. No era un gran orador, pero tenía un gran sentido práctico.

—Si vamos a luchar con el hombre blanco, será mejor que consigamos armas y

pólvora. El único sitio donde podemos conseguir suficientes armas y pólvora y cartuchos para luchar contra el hombre blanco es donde está el hombre blanco. No creo que quiera dárnosla con este fin. Tenemos muy poco con lo que pudiéramos comprárselo aunque quisiera vendérselo con este fin. Y, ciertamente, no podemos quitárselo, pues si pudiéramos hacer eso, no necesitaríamos armas y pólvora con este fin.

Hump pensó un momento, abriendo y cerrando su boca para obtener aire, ya que su nariz estaba permanentemente obstruida por el daño que había sufrido en los carromatos.

—Yo tampoco sé qué hace aquí el hombre blanco. Creo que podrían estar locos. Creo que es mejor que nos mantengamos alejados de ellos, ya que no tenemos armas ni pólvora ni cartuchos.

Alce Grande se levantó otra vez y dijo:

—En el fuerte había un joven jefe soldado que dijo que con diez hombres podía eliminar a toda la nación shyela, y con treinta hombres, a todos los pueblos de las llanuras. Pero los minneconjous, junto con algunos oglalas, le eliminamos a él. Este que llevo en un cordel alrededor del cuello es su anillo. También tenía su dedo, pero lo perdí.

Por fin llegó el turno de Vieja Tienda, y adoptó ese *falseto* que requiere la auténtica oratoria. Las siguientes observaciones nacieron en lo más profundo de su pecho, pero salieron altas y temblorosas después de tener que luchar para pasar a través de su tensa garganta. La primera vez que lo oías, habrías pensado que el pobre diablo estaba muriendo estrangulado: pero una vez que cogías el estilo, llegaba a inflamarte.

Durante un rato halagó a los minneconjous y al resto de los lakotas. Luego les recordó la teoría cheyenne de que ellos ya estaban establecidos en las Black Hills y eran ricos en caballos cuando aparecieron los sioux, pobres y con solo los perros como medio de transporte, y los Seres Humanos se apiadaron de ellos y les dieron un caballo de vez en cuando, lo que permitió que los sioux prosperasen y se convirtieran en la gran tribu que eran en el momento actual.

—En cuanto al hombre blanco —dijo después de aproximadamente una hora—, entre mi pueblo fue el abuelo de mi abuelo quien lo vio por vez primera. Su nombre era Camina Sobre el Suelo^[23]. En aquellos días, nuestra gente vivía cerca del Lago Al Otro Lado del Cual No Puedes Ver^[24], en casas de tierra, y cultivaba trigo. Una mañana Camina Sobre el Suelo y otros Seres Humanos estaban siguiendo a un oso a lo largo de un arroyo cuando tropezaron con el rastro de otra clase de animal que nunca habían visto. Las nuevas huellas eran casi del tamaño de las de un oso, pero no tenían señales de dedos y eran redondas y suaves. Nuestra gente creyó que aquellas huellas habían sido hechas por un animal acuático, cuyos dedos estaban unidos los unos a los otros para poder nadar bien.

»Siguieron el rastro hasta que llegaron a un claro en el bosque, y allí vieron seis

de estos nuevos animales, y además el oso pardo, que también les había estado siguiendo. Los nuevos animales les parecieron extraños a nuestro pueblo. Parecían ir desnudos, pero cada uno tenía una clase distinta de piel o pelaje y otra de cabeza. Entonces nuestros hombres pensaron que eran primos o incluso hijos del oso pardo porque al igual que él se alzaban sobre las patas traseras y tenían cuerpos voluminosos y usaban sus patas delanteras como manos.

»Pero al momento siguiente, el oso pardo embistió contra los nuevos animales, y varios de estos se sacaron de entre las piernas el pene, que era más largo que los brazos, y se lo pusieron sobre el hombro, y, haciendo un gran ruido, dispararon fuego y humo contra el oso y este cayó muerto.

»Nuestro pueblo se sintió terriblemente asustado por esto y volvió corriendo a través del bosque hacia su poblado para decírselo a los otros, y los otros se entusiasmaron mucho y quisieron ver por sí mismos a esos animales. Así que todos los guerreros del poblado volvieron al claro donde estaban los animales y se escondieron entre los arbustos y los observaron. Uno de los animales se quitó la piel del cuerpo y de la cabeza y nuestros hombres se llevaron las manos a la boca atónitos. Pero cuando el animal se hubo quitado el pelaje, pareció igual que cualquier ser humano, excepto que su piel era blanca y tenía pelo por toda la cara. Se lavó en el arroyo y se volvió a poner la piel, y entonces nuestros hombres comprendieron que lo que habían tomado por piel era realmente ropa.

»Varios de los animales tenían caras peludas, y nuestra gente supuso que estos eran los machos, mientras que los de cara suave eran las hembras. Y vieron que los palos que disparaban relámpagos no eran los penes de esos animales, sino que a veces permanecían en pie sujetándolos entre las piernas, y por eso se lo habían parecido.

»Nuestros hombres se retiraron al bosque y celebraron consejo. Oso Hambriento^[25] dijo:

»—No creo que debamos molestar a estos animales o ponerles furiosos, porque son muy extraños y no se sabe qué pueden hacer.

»Lobo Negro^[26], que no había ido con el primer grupo que vio los disparos, dijo:

»—Podríamos matarlos fácilmente, pero esa carne blanca no parece buena para comerla, aunque la piel podría servir para hacer una camisa bonita.

»Pero Camina Sobre el Suelo, que era muy sabio, dijo:

»—Esos animales no son Seres Humanos, pero son hombres. Conocéis la vieja profecía que hizo nuestro gran héroe Dulce Medicina^[27], que un día llegaría un nuevo pueblo entre nosotros, su piel blanca y sus costumbres extrañas. Y sabéis que dijo que nos traerían mala suerte. Pero ahora están aquí, y es mejor que nosotros los encontremos que no que ellos caigan sobre nosotros por sorpresa.

»”Esto es lo que debemos hacer: yo entraré en su campamento y los miraré. El resto observad desde los arbustos. Si las personas blancas me atacan, entonces debemos luchar con ellos y alguien debería volver al poblado y mandar esconderse a las mujeres y los niños. Si no me atacan, entonces algunos de vosotros podéis entrar

en el campamento, también.

»Camina Sobre el Suelo se quitó el calzón y entró solo en el claro. La primera persona blanca que le vio empezó a levantar el palo del rayo, pero otro, sin pelo en la cara, así que parecía una mujer, se puso delante del primero y levantó la mano hacia Camina Sobre el Suelo. El abuelo de mi abuelo se detuvo y le miró a los ojos, pues nuestra gente nunca había oído hablar de darse la mano en aquella época. Luego llegaron otros hombres que rodearon a Camina, y nuestros hombres entre los arbustos empezaron a estirar los arcos, pero pronto vieron que los blancos no intentaban hacer daño al Ser Humano, sino que al contrario, le sonreían y hablaban, de manera que algunos de ellos salieron de los arbustos y entraron en el campamento.

»Las personas de cara suave resultaron ser hombres como los de mejillas peludas, y uno de ellos llevaba una cruz dorada alrededor del cuello y cuando se quitó el sombrero su cabeza estaba casi toda desnuda excepto por un reborde alrededor de las orejas. Cogió dos palos y haciendo una cruz con ellos, los clavó en la tierra, y luego todos los hombres blancos se hincaron de rodillas mientras que el calvo cerraba los ojos, unía las manos y hablaba. Luego los blancos mostraron a los Seres Humanos sus palos de rayo y dejaron que apretaran los gatillos, pero nuestra gente siguió asustándose cuando salieron los disparos.

»Los primeros blancos se quedaron en aquel lugar durante una luna y empezaron a construir una casa cuadrada de madera. Nuestra gente los visitaba todos los días, y el hombre de la cruz les daba regalos y hacía señales para que se arrodillaran en el suelo mientras hablaba con los palos cruzados que eran su medicina, y lo hacían para mostrarse educados.

»Pero entonces, una noche, mientras la mitad del grupo de los blancos estaba dormido, la otra mitad los mató y se quedó con todas sus cosas y quemó la casa y fue a la Gran Agua, y se metió en un barco que tenían allí, y se marchó.

»Esa es la verdad tal y como me ha llegado —dijo Vieja Tienda—. Y lo mismo ocurrió muchas veces después, cada vez que aparecían los blancos. No se caen bien unos a otros, y tarde o temprano uno acaba matando al otro, y normalmente no en la batalla, tal y como lo hace nuestra gente para demostrar su coraje y disfrutar de las muertes valientes de nuestros enemigos y morir en un buen día, sino disparando por la espalda o estirando el cuello o infectándose unos a otros con las enfermedades de la tos y con el mal que hace que la gente pierda la cabeza con el whisky.

»Pero yo digo que son blancos, y no son como nosotros, y puede que haya alguna razón por la que actúan de esta manera que uno no puede entender si uno mismo no es blanco. Si alguna vez me atacan, me defenderé. Pero hasta entonces, los evitaré.

Fue entonces cuando fuimos al país del río Powder, aunque no teníamos prisa y primero fuimos al sur durante un día o así a lo largo del río Surprise y allí cazamos bisontes. Eran los días antes del ferrocarril y de los cazadores blancos profesionales, y podían encontrarse rebaños que llegaban a centenares de miles, puede que una milla cuadrada o más de bestias apretadas tan densamente que no se veía la hierba entre

ellas, y los cheyennes los cazaban rodeándolos y derribando a uno tras otro con flechas o lanzas, sin que se notara ninguna diferencia apreciable en el tamaño de la manada. Entonces llegaban las mujeres para descuartizarlos y cuando habían terminado llevaban las partes útiles al campamento arrastrándolas sobre el pellejo, que después curaban y estiraban en un marco para utilizarlo como piel o como cubierta de tienda. Comíamos lengua hervida y joroba asada, la mejor comida del mundo, al lado de la cual el mejor filete sabe como una suela de bota quemada. Pero todo eso ya pertenece al pasado.

Es cierto que no había blancos en el Powder, pero había indios crows por los alrededores. Los cheyennes y los crows eran normalmente enemigos, pero habían hecho una paz años antes cuando el gobierno reunió a la mayoría de las tribus enfrentadas en Horse Creek al este de Laramie y las obligó a firmar un tratado para que no pelearan los unos contra los otros. Aquello funcionó perfectamente entre tribus que nunca entraban en contacto la una con la otra, pero no duró mucho con las que sí lo hacían, siendo normal que un cheyenne luchara con un pawnee.

Y si no peleabas, te convertías en una mujer.

Así ocurría con los crows, que por cierto eran amigos de los blancos, y afirmaban no haber matado nunca a un blanco y por esa razón siempre les dejaron conservar su país. Los crows eran valientes cuando luchaban contra los cheyennes y los sioux solos, pero cuando hacían de exploradores para la caballería de los Estados Unidos, a menudo se volvían cobardes. No sé por qué.

El caso es que tan pronto llegamos al Powder, algunos de nuestros hombres que habían salido a espiar volvieron con noticias de que se había localizado un gran campamento de crows en el Crazy Woman's Creek.

—Si es un gran campamento, tienen que tener muchos potros —dijo Hump.

Sombra que Aparece a la Vista, uno de los espías, dijo:

—Esos crows son muy ricos en potros. Tienen los potros más hermosos que he visto nunca. Me he escondido todo el día entre los matorrales solo para mirar los potros.

—Te he oído —dijo Hump, y suspiró. Luego, el grupo fue a hablar con Vieja Tienda, y un puñado de los chicos les seguimos.

—¿Necesitas potros? —dijo el jefe después de que hubo sido informado.

Sombra asintió con gran tristeza y dijo:

—Nunca he sido tan pobre.

Vieja Tienda repitió la pregunta a los demás y recibió la misma respuesta. Luego habló, manoseando su manta:

—He recibido esta medalla por dejar mi señal en el papel de la paz entre nosotros y los crows. En ella está la cara del Padre que vive en el poblado principal de los blancos. Dije que no lucharía con los crows mientras el sol siguiera brillando eternamente, y yo no hablo con doble sentido. Pero ninguno de vosotros puso la señal en el papel y ninguno de vosotros lleva esta medalla. No creo que el Padre sepa

quiénes sois. Mi clase favorita de caballo es el pinto.

Así que al crepúsculo se formó un grupo de saqueadores: Sombra que Aparece a la Vista, Cara Fría^[28], Águila Amarilla^[29], Oso Pájaro^[30], y Mandíbula Larga^[31]. Era el otoño, y las noches estaban refrescando, pero por supuesto se desnudaron por completo para que ninguna ropa les estorbara en sus rápidos movimientos. Los chicos realizábamos pequeños servicios para aquellos hombres que admirábamos: afilar cuchillos, llenar carcajes de flechas, y así, cuando Oso Más Joven se dirigió a Sombra y dijo:

—Estoy listo para ir.

Sombra, quitándose un mocasín, contestó sin mirarle:

—Muy bien.

Oso Más Joven dijo:

—He practicado muchas veces, robando carne a las mujeres.

Se refería a un juego que practicábamos, que al igual que los demás nos servía de preparación para asuntos más serios: las mujeres cortaban carne de bisonte en rodajas finas y las colgaban de cuerdas de cuero para que se secaran al sol, y nosotros nos arrastrábamos sobre la barriga y las robábamos, y cada rodaja significaba un potro. Si la mujer te veía, te golpeaba levemente con un palo y quedabas eliminado. En realidad, Oso Más Joven era de los peores en este juego, ya que su especialidad era la fuerza, más que el sigilo. Pero ya tenía casi catorce años, y como tuviera que seguir siendo un chico mucho más tiempo acabaría dándole un síncope.

—Maté a un bisonte hace dos días —continuó. Eso lo sabía todo el mundo porque su padre había ido por todo el campamento cantando sobre ello después de la cacería y luego había celebrado un banquete.

—Ya lo sé —dijo Sombra—. Puedes venir.

—Soy el chico más fuerte del campamento —dijo Oso Más Joven.

—También hablas mucho —dijo Cara Fría, que se estaba atando un pequeño paquetito medicinal detrás de la oreja para tener suerte—. Nosotros nos quedaremos aquí y tú puedes ir a dar un discurso a los crows, que adoran a los bocazas.

—Puedes venir —dijo Sombra—, si no dices nada más. Los Seres Humanos son el mejor pueblo sobre la faz de la tierra, son los guerreros más valientes, tienen las mujeres más bellas y virtuosas y viven en un lugar perfecto. Esto lo sabe todo el mundo, incluidos nuestros enemigos. Un Ser Humano simplemente es, y no tiene que hablar de ello.

Bueno, aquello me molestó mucho más incluso que el hecho de que Oso Más Joven se ofreciera voluntario a unirse a la partida. Los cheyennes me caían bien y para entonces ya creía realmente que tal vez fuera primo segundo suyo, pero cada vez que tropezaba con su arrogancia solo servía para recordarme que yo era básicamente blanco. ¡El mejor pueblo de la tierra! Dios, pero si ni siquiera tendrían cuchillos de metal si Colón no se hubiera tropezado con sus costas. ¿Y quién les había traído los caballos para empezar?

Yo estaba al lado de Pequeño Caballo y le susurré:

—Voy a ir.

Él dijo:

—Yo no —y se fue del tipi de Sombra. Aquella fue la primera señal que yo recuerdo que mostró cuál iba a ser la dirección de su vida.

Me dirigí a los hombres y pregunté:

—¿Puedo ir?

No me encontraba en el estado mental adecuado para emprender una aventura tan peligrosa, cuando se necesita solidaridad, mientras que yo me unía precisamente por ser diferente de mis camaradas. Los cheyennes me miraron y luego se miraron unos a otros. Tenía unos trece años, era bastante canijo, y tenía el pelo rojo, los ojos azules y una piel que podría estar sucia y quemada por el sol y arañada, pero que también era pálida como el vientre de un pescado.

Creo que en aquel momento se les pudo ocurrir que los crows eran amigos de los americanos, y que probablemente era una temeridad llevar a una expedición que posiblemente sería fatal para algunos a un individuo cuya lealtad no estaba asegurada por lazos de sangre. Por no mencionar que era un crío bisoño.

Pero Sombra dijo:

—Está bien.

Si das a elegir a un indio, es seguro que elegirá la alternativa más imprudente: se siente inclinado a dejar que todo el mundo haga lo que quiera. Especialmente los cheyennes, que no tienen ceremonias de iniciación para los chicos. Si quieres ser un hombre, intentas hacer lo que hacen los hombres, y nada te va a detener excepto el enemigo.

CAPÍTULO 6

Un nuevo hombre

Me quité las perneras y la camisa y me embadurné con pintura negra para que mi piel blanca no me pusiera en desventaja bajo la luz de la luna, y Caballo Pequeño apareció otra vez, llevando la piel entera de un lobo negro que era tan grande que podía meterme dentro sin que asomara casi nada. Y de eso se trataba: la cabeza caía sobre mi propio cráneo, y yo miraba por los agujeros de los ojos.

Los siete partimos tan pronto como fue noche cerrada, y cabalgamos veinte millas al trote sobre la pradera; luego caminamos, conduciendo a los animales, durante otras tres. Buena parte de este tramo fue a través de terreno áspero, entrando y saliendo de barrancos llenos de matorrales, y la única luz era una media luna que parecía arrastrar consigo la misma luna como si fuera una sombra. Habría conseguido ver a duras penas mi propia mano a la distancia de un brazo si no hubiera estado ennegrecido, pero Sombra avanzaba con tanta desenvoltura como si estuviéramos al mediodía; y yo, que iba tres hombres detrás de él, abandoné mi caballo para seguir su paso.

Fuimos a parar a una profunda hondonada que bajaba hasta el Crazy Woman's Creek, y allí, al otro lado del río, aparecieron las tiendas del campamento crow, cada una brillante como una linterna por el fuego del interior, pues cuanto más vieja es la piel de un tipi, más se parece al papel aceitoso, y a veces uno puede mirarla de noche e identificar a los habitantes desde fuera. Todavía estábamos demasiado lejos para eso, pero lo que vi era muy bonito, como si fuera de juguete, y el viento venía de ellos hacia nosotros, trayéndonos el olor de la carne cruda. No habíamos comido en todo el día, pues uno no se atiborra cuando va a robar caballos. Águila Amarilla olisqueó a mi lado y dijo:

—Tal vez deberíamos hacer una visita primero.

Podríamos haber entrado pacíficamente en el campamento y los crows habrían tenido que darnos de comer a todos, pues esa es la costumbre india.

—Dejaremos los potros aquí —susurró Sombra Que Aparece a la Vista—, y tú y tú los vigilaréis —dijo tocándome a mí y a Oso Más Joven; a mí me pareció bien. Pero Oso Joven empezó a protestar con tal intensidad que uno habría pensado que estaba llorando.

Lo cual enfureció a Águila Amarilla. No conocía bien a aquel hombre, que se había unido a nuestro campamento solo un par de meses antes, pero poseía muchas cabelleras y una carabina de cápsula fulminante, lo cual era un accesorio raro entre los cheyennes en aquellos días. Durante mucho tiempo fue la única arma de fuego de nuestro grupo, y no servía para nada debido a la carencia de cápsulas, pues evitábamos a los blancos, incluso a los comerciantes, como dijo Vieja Tienda. En

otros sitios, sin embargo, los sioux y otros grupos de cheyennes tenían pequeños encuentros con los americanos a lo largo del Camino de Oregón, y obtenían su café de los emigrantes sin esperar a que les fuera ofrecido, y a veces también todo lo demás. Observé entre la colección de cabelleras de Águila Amarilla algunas que parecían demasiado claras para que procedieran de un pawnee o un serpiente. La carabina probablemente tuviera el mismo origen.

Águila echaba chispas por el impropio comportamiento de Oso Más Joven.

—Has vivido suficientes nieves —le reprendió— para comprender que entre los Seres Humanos un guerrero veterano sabe más que un chico sobre robar caballos. No tiene nada que ver con quién es valiente y quién no lo es: ningún Ser Humano ha sido nunca cobarde. Se te pide que te quedes porque alguien tiene que vigilar a los potros, que es un trabajo tan importante como entrar en el campamento crow; y sabes que compartiremos a partes iguales contigo lo que capturemos. No oigo que Pequeño Antílope se queje. Es mejor Ser Humano que tú, y eso que es blanco.

Nadie más dijo una palabra, y Águila Amarilla había estado susurrando. No obstante, un silencio terrible cayó sobre nosotros, como el que suele producirse después de un estrépito. Oso Más Joven se había equivocado, pero Águila Amarilla se había equivocado aún más. Nadie había dicho una palabra sobre mi raza desde que me uní a la tribu, ni siquiera Oso, que me odiaba. Eso era algo que no se hacía, no servía para nada bueno, como dicen los indios, y Águila Amarilla apenas lo hubo soltado cuando reconoció su error.

—No debería haber dicho eso —me dijo—. Un diablo dominaba lengua.

En aquel momento me estaba poniendo la piel de lobo, que había llevado a la espalda mientras cabalgaba, alineando los agujeros de los ojos para poder ver a través de ellos. La luz era pobre y todo parecía peludo.

—No pienso mal de ti —fue mi respuesta—, pues no llevas mucho tiempo en nuestro campamento.

—No creo que sea una buena noche para robar potros —dijo Sombra, y empezó a desandar el camino mientras los otros murmuraban dándole la razón y le seguían.

—No —dijo Águila Amarilla—, yo me llevaré la mala suerte que he traído.

Saltó sobre su caballo y se alejó en la dirección en que había venido.

—Yo me quedaré a cuidar de los potros —declaró Oso Más Joven contrito, con la cabeza agachada—. Con el otro —refiriéndose a mí.

Así que tomó los roncales de tres, y yo tomé el mismo número, y para que nadie pudiera vernos bajo la luna, nos apretamos contra el costado de la hondonada, que tenía en aquel punto unos siete u ocho pies de profundidad, adecuado para ocultar hombres y animales a cualquiera que pasara por la llanura de arriba. Los cuatro cheyennes adultos caminaron hacia el campamento crow resplandecientes sobre el agua. Al cabo de un minutó ya no podía vérselos, y al cabo de dos, ni oírseles. Pasado un rato, la luna por fin se sacudió aquella nube y brilló un poco, aunque no lo suficiente para proyectar una sombra.

Me senté vestido con aquel traje de lobo, que me alegré de tener solo por lo cálido que era, y desde luego no lamenté no estar camino del campamento. Por otra parte, si hubiera tenido que ir, no habría podido elegir mejores camaradas que aquellos cuatro. Había empezado a hacerme una idea de lo que querían decir los cheyennes cuando hablaban de la muerte: empezaba a entender la lealtad hacia los amigos, pero lo que temía era la sensación de ser prescindible.

Ahora que el resto había desaparecido, Oso Más Joven reanudó sus quejas.

—No deberían haberme hecho esto —murmuró—. Yo debería haberles acompañado. Tú puedes sujetar seis potros solo.

—Por la misma razón —dije yo—, tú podrías haberlos sujetado a todos y yo podría haberlos acompañado.

—Tendrías miedo —me respondió—. Tu medicina será fuerte en el campamento de juguete, pero no engañaría a un crow. Esta es la hora de ser un hombre.

Estaba sacando el pecho como de costumbre, aunque no se le veía tan fornido como antes, ya que había adoptado la delgadez propia de la adolescencia.

No sé qué me habría visto obligado a hacer en aquel momento para no dejar que aquel indio me ridiculizara; probablemente habría soltado los ronzales si él se hubiera negado a tomarlos, perdiendo por tanto los caballos, y habría corrido hacia el campamento enemigo para unirme al grupo de saqueadores, perdiendo por tanto mi vida y poniendo en grave peligro las de los demás.

Me salvé de una forma curiosa. De pronto, un crow enorme saltó desde lo alto al suelo de la hondonada y dejó inconsciente a Oso Más Joven con una porra. Todo esto lo hizo en el más absoluto silencio, excepto por el impacto de sus mocasines sobre la arena, que apenas hizo ruido, y el sonido de la porra contra la cabeza de Oso, que fue un ruido seco parecido al de lanzar una piedra contra un barrilete.

En un instante sacó el cuchillo y su mano izquierda estaba tirando de las coletas de Oso para que la cabellera empezara a soltarse al cortarla.

Entonces me lancé sobre el crow, que no se había fijado en mí porque tal vez creyera que era un lobo auténtico, con el cual Oso estaba hablando —a un indio eso no le habría parecido extraño—, me lancé sobre él como si trepara por un árbol, pues era monstruosamente gigantesco, y tenía todos sus tendones en tensión, y la piel áspera como una corteza. Pero ahora que estaba sobre él, no sabía qué hacer con el hijo de perra. Estaba demasiado cerca para disparar el arco, que de todas formas había tirado, y buscaba mi cuchillo, pero la piel de lobo se había remangado y no lo encontraba.

Por supuesto, el crow no estaba exactamente esperando en un gesto de divertida tolerancia. El gran demonio flexionó su piel y me lanzó contra el otro lado de la hondonada, y quedé inconsciente cuando mi mentón chocó con mi propia rodilla derecha.

Me desperté al instante, cuando la punta de su cuchillo ya había cortado la piel sobre mi oreja derecha y empezaba a avanzar hacia mi nuca. Me asusté mucho, y el

cuchillo arañó hueso. Eso hace un sonido de la leche, que te reverbera hasta los testículos.

Bueno, mi pelo era entonces más largo que cuando había estado con mis hermanos blancos, pero no era tan largo como el que llevan los indios. La razón era que de forma natural crecía como una madeja de alambres; si lo dejaba crecer un mes no parecía ni indio, ni blanco, ni hombre, ni mujer, sino más bien como el vientre de una cabra que hubiera estado caminando entre el estiércol fresco, pues además de enmarañarse, el color rojo se oscurecía y se volvía marrón, y cualquier clase de grasa animal que le aplicara lo volvía verde.

Por eso me lo cortaba de vez en cuando, si me llegaba hasta más allá de la mitad del cuello. Así que aquel crow, que ya estaba descabellándome, vaciló durante un brevísimo instante por la extraña sensación que le produjo el pelo corto, que seguramente no podía pertenecer a un cheyenne de nacimiento.

Aquella interrupción me sacó del aturdimiento en el que estaba sumido, soportando en silencio que me rebanaran la tapa de los sesos, con la sangre cálida derramándose en mi oreja derecha. No podía luchar con él, no tenía arma alguna, por lo que sabía, Oso Más Joven estaba muerto, y los otros cheyennes estaban en el poblado, demasiado lejos para ayudar, y si hacía algún ruido el resto de los crows se despertarían y matarían a mis amigos. Era para este tipo de situación para lo que Vieja Tienda nos había contado aquella historia de Pequeño Hombre luchando contra los serpientes. Sabía que tarde o temprano resultaría útil. ¡No podía dejar que un crow le hiciera esto a un Ser Humano!

Me sacudí hacia atrás y mostré los dientes.

—¡*Nazestae!*— siseé—. ¡Soy cheyenne!

Habría sido más impresionante si hubiera podido permitirme gritarlo como grito de guerra; ya he explicado por qué no podía.

Pero al oír aquello, el crow retiró el cuchillo, se dejó caer sobre las nalgas, y se tapó la boca con la mano izquierda. Su pulgar había resbalado con mi movimiento y había corrido sobre mi frente, trazando una raya blanca a través de la pintura hecha de hollín y grasa de bison. No entendía lo que había dicho, pues los crows y los cheyennes hablan lenguas distintas, pero habló como si quisiera contestar en inglés:

—¡Hombrecito blanco! ¡Pobre crow tonto! Ja, ja, gran tonto. ¿Quieres comer?

Tenía miedo de que me hubiera ofendido, porque los crows siempre hacían la pelota a los americanos, y a su manera estúpida quería invitarme a ir a su tienda. No era culpa suya, por supuesto, y aquel pobre desgraciado siempre ha pesado sobre mi conciencia. Parece ser que por alguna razón había salido solo en mitad de la noche cuando se encontró conmigo y con Oso, y actuó con mucho silencio porque no sabía cuántos más podría haber en las proximidades. Pero en aquel momento yo no podía saberlo; en el tiempo que tenía a mi disposición no podía explicarle la situación; y mucho menos podía ir al campamento como invitado suyo, o dejar que siguiera hablando con esa voz tan alta.

De modo que tuve que matarle. Tuve que asesinar a un tipo amistoso como aquel. Aún más, dispararle por la espalda. Al recuperar mi piel de lobo, que se había caído durante el forcejeo, había encontrado mi arco y mi carcaj en el suelo. En aquel momento el crow estaba trepando la pared de la hondonada para coger el potro que había dejado en la llanura.

Tres flechas cheyenne, pum, pum, pum, en línea recta a lo largo de su espinazo. Sus manos perdieron asidero y su gran cuerpo se deslizó una vez más hasta que sus mocasines tocaron fondo, y se quedó rígido en la pendiente.

Aquella fue la primera vez que tomé una vida humana, y piense lo que piense, fue un momento de gloria para mí. Estaba salvando a mis amigos, y uno nunca debe disculparse por eso. Y al fin y al cabo, él casi me había medio descabellado, lo cual, aunque luego diera un giro amistoso, le aseguro que me causó una profunda impresión. El lado derecho de mi cara y de mi cuello estaba pegajoso como la melaza debido a la sangre —sangre mía, muy querida para mí—, y tenía miedo de palparme por si se me soltaba toda la tapa de los sesos. Entonces fue cuando perdí el conocimiento.

Cuando abrí los ojos, estaba tumbado dentro de un pequeño tipi de arbustos y alrededor de mí un individuo estaba agachado, vestido con la parte de arriba de una cabeza de bisonte, con cuernos y el pelo apelmazado, y cantaba y agitaba una cola de bisonte delante de mi cara. Tenía un terrible dolor de cabeza, y sentía el cráneo como si se me hubiera encogido como un guisante reseco. Parecía que llevara una gorra de barro. Palpé alegremente con mis dedos, pero el hombre medicina lanzó un fuerte bufido de bisonte en ese momento y me escupió a la cara una bocanada de pétalos de flor masticados.

Por entonces ya llevaba suficiente tiempo entre los cheyennes como para saber guardar silencio. Además, el dolor de cabeza lanzó una última y gran embestida y luego empezó a difuminarse. Me senté, y Lobo Zurdo^[32], pues ese era el nombre del hombre medicina, empezó a bailar alrededor de la piel sobre la que yacía, cantando su monótona canción sanadora intercalada con gruñidos y berridos. Y siguió masticando más flores secas que sacaba de una bolsita que llevaba en el cinturón y soplándolas hacia mí desde los cuatro puntos cardinales.

Luego se inclinó y dio unos golpecitos con un palo sobre mi cráneo, y la gorra de barro se partió en dos mitades en las que quedaron incrustados algunos pelillos enmarañados. Sentí la cabeza especialmente fresca, como si me faltara la cabellera entera, pero escupió más flores sobre ella y dejó de dolerme.

Bailó lentamente delante de mí y agitó la cola de bisonte justo fuera de mi alcance. Intenté agarrarla débilmente, pero retrocedió un poco cada vez que lo intentaba. Sentí la fuerza subiendo desde la planta de mis pies, y cuando llegó a mis rodillas, me levanté y le seguí, intentando todavía agarrar la cola que agitaba ante mí

mientras berreaba y movía los cuernos. Tenía la cara pintada de negro, con los ojos y las narices ribeteados de escarlata.

Lobo retrocedió a través de la puerta del tipi y yo le seguí, intentando alcanzar la cola cada vez con mayor vigor, y cuando salí al exterior vi el campamento entero, con guerreros, mujeres, niños, bebés y perros, alineados en filas paralelas desde la entrada de la tienda hasta el río. Con su presencia, todos estaban trabajando en favor de mi cura. Ningún cheyenne sufre solo. Me sentí muy emocionado por aquella demostración y obtuve energía de ella, que me permitió enderezar mi espalda y caminar casi con fuerzas normales.

Cuando llegamos a la orilla, Lobo dijo:

—Estírate.

Lo hice, y un poco de sangre negra manó del sitio por encima de mi sien donde el crow había insertado su cuchillo por vez primera, y al caer al agua se perdió en la rápida corriente del Powder. Luego salió la sangre roja buena, que Lobo restañó con flores secas.

—Ya estoy bien —dije. Juro por Dios que era verdad, y aquello fue el final del incidente. Después, me miré en un espejo y vi una fina marca azulada en las raíces de mi pelo, pero incluso eso desapareció al cabo de uno o dos días.

Los efectos morales fueron de largo alcance. Para empezar, un pregonero empezó inmediatamente a cantar por todo el campamento que yo era un gran héroe y a invitar a la gente a un banquete que Vieja Tienda iba a celebrar en mi honor. Como celebración, el jefe regaló la mayoría de sus caballos a un pobre cheyenne que no tenía ninguno, y después de comer hizo regalos a todos los que vinieron: mantas, joyas y así, hasta que acabó casi desnudo. También pronunció un discurso que por modestia omitiré, excepto en sus puntos más importantes.

Después de recordar mi hazaña con gran extensión de una forma poética que sonaría estúpida en inglés, dijo:

—Este chico ha demostrado que es un Ser Humano. Esta noche se llora en las tiendas de los crows. La tierra tiembla cuando él camina. ¡Los crows lloran como mujeres cuando él se acerca! ¡Es un Ser Humano! ¡Como el gran Pequeño Hombre, que acudió a él en un sueño y le dio fuerzas para matar a los crows, él camina!

Esto era un poco exagerado, pero tal y como le he dicho, pensé en Pequeño Hombre y me aparté del cuchillo, lo cual provocó que la mano del crow resbalara, demostrando que yo era blanco. A Vieja Tienda solo le había contado la inspiración de Pequeño Hombre, imaginando que le agradaría. Él se inventó el resto.

Después de algunos minutos de lo anterior, que no me avergonzaron lo más mínimo, pues todo el mundo me miraba con orgullo, incluidas algunas de las chicas a quienes se permitió mirar por debajo de la piel del tipi, y en aquella época empezaba a interesarme por las chicas, después de aquello, digo, el jefe añadió:

—La medicina de este chico procede de la visión de Pequeño Hombre. Él también es pequeño de cuerpo y ya es un hombre. Pero su corazón es grande. Por

tanto, su nombre a partir de ahora será Pequeño Gran Hombre.

Y ya está, así fue como me llamaron a partir de entonces los cheyennes. Según las costumbres indias, nadie utilizaba mi nombre verdadero; nadie lo conocía, ni siquiera. Era Jack Crabb.

La expedición de robo de caballos también fue en otros aspectos un trabajo bien hecho. Los cuatro guerreros se habían deslizado en el poblado crow sin despertar a un alma y capturaron treinta caballos, más o menos, llevándolos de regreso a nuestro campamento durante lo que quedaba de noche y la primera hora de la mañana. Cuando llegaron donde estábamos Oso Más Joven y yo, Oso ya había despertado con un chichón en la cabeza, pero aparte de eso perfectamente. Por suerte para nosotros, aquel crow iba sin su arco, o de lo contrario nos habría ensartado desde lo alto de la hondonada sin que nos enterásemos. Así que me ataron a mi potro y me transportaron.

Yo obtuve cuatro caballos del botín común, convirtiéndome por tanto en un hombre de cierta importancia, pero me entusiasmó aún más que un muchachito de ocho o nueve años de edad, llamado Nariz Sucia^[33], me preguntara:

—Ahora que eres un guerrero, ¿puedo cuidar tus potros?

Lo que significaba que podía quedarme en la cama por la mañana, cuando los chicos se levantaban para hacer sus tareas. Tal vez pudiera, pero no era costumbre cheyenne abusar de tus ventajas. Sombra Que Aparece a la Vista, por ejemplo, el guerrero veterano que había dirigido la incursión, se quedó con tres caballos, y solo conservó el menor de ellos, dando el mejor a Vieja Tienda y el siguiente a Hump, no porque fueran jefes, pues eso no otorgaba semejantes privilegios, y ningún cheyenne hacía la pelota a la autoridad, sino porque le habían dado buenos consejos. Entonces Pájaro Oso^[34] y Cara Fría dieron uno de sus potros cada uno a Águila Amarilla, que aunque había cometido un error había hecho lo correcto para corregirlo. Yo le di uno de los míos, por la misma razón, y dado que había estado implicado. Luego ofrecí otro a Lobo Zurdo, que lo rechazó porque se supone que no tienes que pagar por tu tratamiento. Pero podía regalárselo a su hermano, cosa que hice.

Por tanto, contesté a Nariz Sucia de la siguiente manera:

—Matar a un crow todavía no me convierte en el igual de los grandes guerreros de los Seres Humanos. Seguiré atendiendo a mis propios caballos, pero eres un buen chico y voy a darte el caballo negro que he estado montando.

Todo el mundo dijo:

—Jau, jau.

Así que ninguno de los que pusimos en peligro nuestra vida acabó mucho más rico excepto en orgullo y honor, pero un cheyenne estaba dispuesto a morir por esas cosas en cualquier momento.

Oso Más Joven no se presentó en la fiesta, y creo que la razón es obvia. Duró hasta muy avanzada la noche, y comí demasiado perro hervido, que constituía el menú: a esas alturas ya había desarrollado gusto por esa vitualla, pero no había

desarrollado aún la capacidad de los indios para atiborrarme por un lado, y ayunar por el otro. Cuando por fin se acabó la parranda, salí a la pradera y evacué, y luego me preparé para echar una cabezada en una elevación cercana. La luna estaba un pelo más delgada que la noche anterior, pero lucía clara. No obstante, llovería por la mañana, se notaba en la nariz y a través de las suelas de los mocasines sobre la hierba de otoño e incluso a través de las nalgas posadas en el suelo. Nadie me había contado esas cosas. Uno las aprendía de forma natural viviendo a nuestro estilo, igual que un hombre de la ciudad sabe por el aspecto de un escaparate que dentro venden tabaco.

A una milla de distancia, un coyote ladró un rato, y luego gimió, y luego aulló, y luego lloriqueó en varios tonos distintos. Sonaba como una manada entera, pero era solo un animal, pues los coyotes son ventrílocuos naturales. Fue contestado desde el norte por el vagido largo y triste de un lobo gris, o de saqueadores crows imitándolo, pues esa era una de sus especialidades; pero continuó intermitentemente durante una hora en el mismo lugar, así que debía de ser un animal auténtico.

Cuando llevaba allí sentado el tiempo suficiente para calentar la tierra con mi trasero, una serpiente de cascabel vino arrastrándose hacia mí, ya que siempre tienen frío y se meten en tu cama si lo toleras, buscando calidez. Pero bajo el ruido del viento oí cómo se deslizaba, así que imité el aleteo de las alas de un águila y se dio la vuelta.

De manera que yo, Jack Crabb, era un guerrero cheyenne. Había matado con mi arco y mis flechas. Había sido descabellado y curado con magia. Tenía como padre a un viejo salvaje que no sabía hablar inglés, y como madre a una mujer gorda y morena, y como hermano a un tipo cuya cara apenas veía debido al barro o la pintura. Vivía en una tienda de piel y comía perros. Dios, qué raro era aquello.

Así era como divagaban mis pensamientos en aquellos momentos, y eran blancos hasta el tuétano. Los niños con quienes jugaba en Evansville nunca me creerían, y tampoco los de nuestros carromatos. Siempre supieron que yo era un chico duro, pero no imaginaban que tanto. La noche de mi gran triunfo me quedé sentado, completamente humillado. Aparte de mi padre verdadero, el que murió en los carromatos, que estaba loco, no podría encontrar un hombre en la ciudad que no pensara que los indios eran aún peores que los esclavos negros.

Entonces oí un sonido que me hizo pensar que la cascabel se lo había pensado mejor y había decidido a su manera lenta y tozuda: ¿Qué hace aquí un águila en mitad de la noche?, y había vuelto para probar suerte de nuevo, acercándose a algo caliente.

Pero era Oso Más Joven, que se había sentado a mi lado. Eso demuestra lo peligroso que puede ser pensar como un blanco en mitad de la pradera. No le había oído llegar. Si hubiera sido un enemigo, podría haber perdido la cabellera que acababa de recuperar.

Se sentó a unos diez pies de distancia, mirando la noche y, supongo, inflamado de ira. No dije nada. Por fin, miró en mi dirección y dijo:

—¡Eh, ven aquí!

—Yo he llegado primero —dijo yo.

—Tengo una cosa para ti —dijo—. Ven aquí y te la daré.

No pensaba aguantar sus tonterías ahora que había salvado su vida, así que simplemente me di la vuelta y vino arrastrándose hacia mí.

—Toma —dijo—. Un regalo para Pequeño Gran Hombre.

No podía ver lo que llevaba detrás de la espalda. Me incliné para mirar, y me tiró la gran y peluda cabellera del crow a la cara, riéndose a carcajadas.

—Eso es una estupidez —le dije—. Eres el estúpido más grande que he conocido nunca.

Soltó el pelo y se recostó sobre los brazos.

—Creí que era una buena broma —dijo—. Es una cabellera preciosa y está perfumada con almizcle. Huélela si no me crees. Es tuya. Yo la cogí, pero debería pertenecerte a ti. Tú le mataste y salvaste mi vida. Si quieres que haga algo por ti, lo haré. Puedes quedarte con mi potro y mi mejor manta, y yo cuidaré de tus caballos.

Todavía seguía molesto por la tontería que había hecho; aunque era una broma típica india, demostraba mal gusto y peor intención en aquel momento. No me sentí conmovido por su aparente cordialidad.

—Sabes —dijo— que un Ser Humano no paga a otro por salvarle la vida.

—Sí —contestó Oso Más Joven con voz tétrica—, pero tú eres blanco.

En cheyenne no existen las palabrotas, y la mayoría de los insultos toman la forma de llamar al otro mujer o cobarde, etc., e incluso en mi cólera nunca pensé en aplicar esos términos a Oso Más Joven. Además, tenía bastante razón. Yo estaba pensando lo mismo. Sin embargo, ya sabe lo que pasa: hay mujeres que aceptan que las paguen por dejar que uno juguete con ellas, pero no consienten que se las llame «putas».

Para pinchar al indio que era yo lo peor que podía decirme era que no era cheyenne. Me había herido en mis sentimientos. Lo que debería haber hecho era aceptarlo al estilo indio, irme malhumorado y ayunar hasta que se disculpara, lo cual habría hecho aunque solo fuera por mi elevado prestigio en la tribu en aquellos momentos. En realidad, Oso ni siquiera se medio creía su propia acusación. Tenía celos y por eso me había arrojado el peor insulto que se le ocurrió. Si hubiera sido listo, le habría devuelto la moneda: él habría tenido que demostrar que era cheyenne, pues yo ya lo había hecho.

En vez de eso, dije impulsivamente:

—Exacto, estúpido. Como te la he devuelto, me debes la vida. Y no puedes pagármela con esa cabellera ni con una manta ni con todos tus potros. Solo servirá otra vida, y ya te haré saber cuándo la quiero.

Se metió la cabellera de crow bajo el cinturón y se levantó.

—Te entiendo —dijo, y volvió al campamento.

Había dicho eso porque estaba enfadado y quería exagerar. No sabía muy bien lo

que pretendía. Probablemente fuera una fanfarronada de crío. Yo la olvidé inmediatamente, aunque recordé durante un buen tiempo el desdén de Oso Más Joven hacia mí. Luego también me olvidé de eso, pues no volví a ver más muestras de tal animosidad. Dejó de dispararme flechas de juguete, no volvió a meter erizos debajo de mi silla, y de hecho pareció que hacía todo lo posible por fingir que era tan Ser Humano como él me había demostrado que no era.

Pero el caso era que nunca olvidó lo que dije en aquel altozano junto al río Powder, y aproximadamente veinte años más tarde, y a unas cincuenta millas de donde habíamos estado sentados aquella noche, me pagó completamente la deuda.

He dicho que empezaba a interesarme por las chicas. Aproximadamente en la época en que eso empezaba a ocurrir, la situación cambió, de manera que no pude acercarme a ninguna de las chicas cheyennes de mi edad. Habían empezado a tener el periodo, y a partir de ese momento se las apartaba de los chicos, iban siempre en compañía de sus madres y sus tías y llevaban un cinturón de cuerda entre las piernas hasta que se casaban. (También lo llevaban después del matrimonio, cada vez que el marido se marchaba de viaje). Lo único que podías hacer era exhibirte cuando la chica que te gustaba estaba mirando. Eso probablemente le resulte sorprendente. Puede que piense que los indios se dedican a darle como conejos, pero no es el caso de los cheyennes con sus propias mujeres, a menos que estén casados con ellas, y como los hombres casados siempre se abstienen antes de ir a la guerra, y nosotros estábamos luchando la mayor parte del tiempo, los cheyennes siempre estaban cachondos a todas horas. Por eso eran guerreros tan feroces, o eso creían ellos. Nunca conocí a ningún hombre que no tuviera un interés especial por su propio miembro, pero para los cheyennes era una varita mágica.

Cuando Oso Más Joven se marchó y me hube tranquilizado, empecé a pensar en una chica llamada Howaheh, que significa, y le pido que me crea, «Nada». Cuando éramos pequeños y jugábamos a los campamentos, yo me había visto obligado frecuentemente a elegir a Nada como mi esposa fingida, debido a que los otros chicos sabían cómo conseguir a las guapas, de modo que yo me quedaba con esta chica, que era bastante fea. Pero últimamente, tal y como les ocurre a las chicas, de pronto se había vuelto bonita como un potro color de ante, con ojos grandes y tímidos como los de un antílope y los miembros gráciles de una cierva. Yo siempre le había gustado cuando no le prestaba atención, pero como puede imaginarse, ahora que me gustaba, me ignoraba por completo.

Bueno, no podía hacer nada con Nada, así que por fin me levanté y volví al campamento. Había un perro despierto, a punto de ladrar en respuesta al coyote, aunque sabía que no debía hacerlo porque podría alertar a los crows sobre nuestra posición, así que le dije:

—Los cheyennes no hacen eso.

Y cerró la boca y desapareció de la vista.

Todo el mundo estaba dormido, y todos los fuegos apagados. Encontré mi piel, no muy lejos de la puerta, y empecé a meterme en ella cuando comprendí que debía de ser la de Pequeño Caballo, porque estaba envuelto en ella, de manera que me trasladé a la que había vacía al lado, aunque normalmente dormía a su izquierda.

Pero él estaba despierto y susurró:

—Esta es la tuya.

—No importa —dije—. Quédate con ella.

—¿Quieres? —preguntó, con tono decepcionado.

Y entonces me dormí, sin volver a pensar en ello. Si un cheyenne cree que no puede llevar una vida de hombre, no está obligado a hacerlo. Puede convertirse en un *heemaneh*, que es un medio-hombre, medio-mujer. Estos tipos tenían su utilidad y todo el mundo los apreciaba. A veces eran boticarios, especializados en la fabricación de pociones amatorias, y en general eran buenos cómicos. Llevaban ropas de mujer y podían casarse con otro hombre, si tal era su gusto.

Pequeño Caballo empezó a prepararse para ser un *heemaneh* poco después de este incidente. Tal vez aquella noche confundiera las camas por error y no tuviera nada en mente. Sea como fuere, personalmente no era mi tipo.

CAPÍTULO 7

Nos enfrentamos a la Caballería

Los crows vinieron a buscarnos al día siguiente y libramos una buena batalla, que quedó en tablas respecto al vencedor. Y luchamos con los utes y luchamos con los shoshones, y después de intercambiar algunos caballos con los pies negros, también luchamos con ellos. El combate era placentero para los cheyennes cuando mataban a los enemigos y muy triste cuando ocurría lo contrario. En este caso se oía el lamento de los dolientes desde la mañana hasta la noche. Pues aunque los indios adoran la guerra, no quiero que se haga la idea de que les gusta perder a sus parientes en ella. Dentro de la misma tribu se tienen gran afecto.

Y en cuanto al enemigo, le odian por lo que es, pero no pretenden convertirle en otra cosa.

Cuando los cheyennes eran quienes repartían, había una celebración. Si ocurría cerca de nuestro campamento, las mujeres y los niños salían y aporreaban y apuñalaban a los enemigos heridos que había caídos, y mutilaban a los muertos, quedándose como recuerdo con artículos tales como las narices, las orejas y las partes íntimas. Era un auténtico festín para ellos. Si hubiera visto lo mismo que yo, habría desarrollado un estómago resistente. Mujer Baño de Bisonte era un poco mi madre, un alma bendita. Son incontables las veces que siendo pequeño me estrechó contra su gordo vientre, sonriendo con su cara de luna cubierta por un lustre de grasa; o que me dio un pedazo especialmente jugoso de carne de perro, me arrojó en la cama de noche, me dio un poco de goma de mascar india, puso adornos en mis ropas y cosas así. Era una mujer al ciento por ciento, igual que Vieja Tienda era un hombre, y no creo que fuera fácil aproximarse a su calidad aunque se hirviera una veintena de mujeres para sacarles su esencia. Pero ¿qué pensaría si viera a esa persona tan dulce abriendo en canal a un crow indefenso y sacándole las tripas?

Le diré algo: al cabo de un tiempo, yo no pensaba nada. Los crows, los utes y los shoshones no protestaban nunca, porque ellos hacían lo mismo, así que aquello no era asunto mío. Recordará la actitud de Vieja Tienda hacia los blancos: sus costumbres no tenían sentido para él, pero se imaginaba que tendrían sus razones. No iba a dejar que los indios me superasen en tolerancia. Si Mujer Baño de Bisonte o algún crío de cara tostada volvía del campo con un montón de menudillos humanos, caminando tan ufano, yo le decía el equivalente de:

—¡Genial!

Tenía un problema más grave que ese. Todavía era joven pero había matado a un hombre, así que si había una guerra de cualquier calibre, no me resultaba fácil escaquearme. No sentía inclinación por convertirme en un *heemaneh* como Pequeño

Caballo, aunque no lo digo como crítica hacia él. No había ninguna otra alternativa. Lo que intenté, al no ser realmente un cheyenne, fue matar al menor número posible de quienes estuvieran luchando contra nosotros; es decir, que iba a por todas si se trataba de una acción defensiva, pero me mostraba menos entusiasta si éramos nosotros quienes habíamos tomado la iniciativa.

Por tanto, intenté conservar alguna noción de civilización al mismo tiempo que no hacer nada que pusiera en peligro a mis amigos bárbaros. Caminaba sobre la cuerda floja. Y tampoco era siempre posible evitar ciertas prácticas bárbaras, si entiende lo que quiero decir. Demonios, supongo que no. Muy bien, pues. No me tomaba muchas molestias en hacerlo, pero de vez en cuando tenía que arrancar cabelleras. Ya que he confesado eso, también debería saber que en tales casos la víctima no siempre está muerta o ni siquiera inconsciente, y que el cuchillo no siempre está afilado y que a veces se produce un feo ruido cuando la cabellera se separa del cráneo. Lo mantuve en el mínimo, pero a veces Oso Más Joven estaba cerca de mí en el campo de batalla, lo cual no me dejaba elección. A la edad de quince años ya llevaba tantas cabelleras sobre su persona e indumentaria que a cierta distancia parecía que estuviera cubierto completamente de pelo, como un oso pardo.

No quiero poner excesivo énfasis en esta práctica. Había otra, afortunadamente para mí, que tenía preferencia sobre esta: me refiero a dar *coups*, que consistía en cabalgar hasta irrumpir en medio del enemigo y golpear a uno de ellos con el asa de un arma o con un pequeño palo que se llevaba con ese propósito. Esto representa un éxito mayor que matarle porque es más peligroso para el que lo practica, y si uno tuviera que reducir la condición de cheyenne a una sola frase, podríamos describirla como la toma constante de riesgos.

Siempre podía intentar dar *coups* cuando quería evitar el derramamiento de sangre, y a menudo lo hacía, aunque no estaba entre los más destacados en ese empeño. Para sobresalir en ello, tenías que estar loco. Me limitaba a aguantar el tipo, y nunca intenté competir con Coyote, que entre los chicos de mi edad era el campeón y se convirtió por ello en un héroe mayor que Oso Más Joven a pesar de todo su pelo. Oso se esforzaba, pero en el último momento no podía evitar cambiar el palo por un hacha y en vez de tocar, dar un hachazo. Pero Coyote cabalgaba desarmado en mitad del enemigo y, agitando rápidamente su pequeña vara, repartía golpes más rápidamente de lo que podías contarlos, y aunque sus adversarios hacían todo lo que podían para quitarle la vida, normalmente volvía sin un arañazo, ya que poseía una gran medicina.

Podría continuar relatando incidentes de guerra durante horas, pero aunque todos son distintos en los hechos concretos y nunca te aburres cuando tu vida está en juego, todos parecen iguales cuando se cuentan. Así que no los agotaré hasta el punto de que crea que luchar es tan rutinario como montar en tranvía. Tampoco entraré a mencionar mis numerosas heridas, de muchas de las cuales todavía me quedan rastros, como si fueran tatuajes difuminados.

Aquel mismo verano que estábamos en el Powder, un coronel llamado Harney atacó a los sioux brulé en su campamento del Río Azul, sobre el North Platte, y mató a ochenta. No hace falta decir que aquellos indios eran amistosos, de lo contrario el ejército no los habría encontrado; y no ofrecieron resistencia, de lo contrario no habrían sufrido un castigo tan severo. Parte del número lo sumaron mujeres y niños, debido a que los guerreros se retiraron de la carga de la caballería. Dicho así parece una cobardía, pero en realidad fue por ignorancia. Me refiero tanto a los indios como a los blancos. Un cobarde mata a mujeres, pero un soldado de aquella época a galope tendido a menudo no podía distinguirlos de los guerreros, y los críos murieron por la descarga indiscriminada de plomo.

En cuanto a los guerreros a la fuga, hay que conocer las costumbres indias para entenderlo. Cuando luchan unos contra otros, un bando carga y el otro se retira; luego se dan la vuelta y se invierte la situación. Así hay una competencia justa en la que todo el mundo tiene su oportunidad. El ejército no combatía siguiendo las reglas y sin duda no lo habría hecho si las hubiera conocido, pues el hombre blanco no obtiene placer de la guerra misma; no lucha nunca si puede conseguir lo que quiere sin hacerlo. Lo que persigue es tu espíritu, no tu cuerpo. Eso sirve tanto para los militaristas como para los pacifistas, ninguna de cuyas dos especies se encuentra entre los cheyennes, que luchaban por el bien que les hacía. No tenían interés en el poder tal y como lo conocemos.

Bueno, en el río Powder supimos de este incidente mientras se producía, por los medios indios que ya he dicho que no puedo explicar, así que acéptelo sin más tal y como lo hago yo. Perro Rojo me lo mencionó, y por lo que yo sé, a él se lo dijo un águila, pues él capturaba águilas, que es una profesión especial entre los cheyennes. Al cabo de uno o dos minutos, se sabía en todo el campamento. Esta vez los jefes no celebraron ningún consejo, porque para empezar no apareció ningún sioux con ningún proyecto, y para continuar, solo había servido para demostrar la sabiduría de Vieja Tienda al mantenerse apartado de los hombres blancos, evitando así que tuvieran la oportunidad de romper las reglas.

Permanecimos el resto del año en aquel territorio, que era una zona más bonita que junto al Platte, más cerca de postes para las tiendas, leña, alces, y osos, pues las Montañas Big Horn se alzaban a cincuenta y seis millas al oeste con su base púrpura elevándose hasta una cima plateada, y era muy rica en madera y caza, y las corrientes de agua seguían siendo frescas en verano gracias a las nieves que se derretían. Cuando llegó el invierno, abandonamos el combate a gran escala, aunque de vez en cuando podíamos encontrarnos con pequeños grupos enemigos que atrapaban bisontes en los neveros mientras uno había salido a hacer lo mismo, y la blancura acababa salpicada de rojo.

Pero a veces hacía demasiado frío, y la nieve llegaba hasta los hombros de un toro, y recuerdo una vez cuando cuatro de nosotros que volvíamos de una cacería

infructuosa nos encontramos con seis crows en una ventisca y echamos mano cansinamente a nuestros arcos, pero ellos nos dijeron por señas:

—Lucharemos cuando haga mejor tiempo.

Y siguieron adelante. Fue un alivio. Apenas se les veía.

Cuando hacía peor tiempo, cuando tus mismas palabras se congelaban según emanaban de tus labios y volvían convertidas en escarcha punzante contra las mejillas, nos pegábamos a los tipis y comíamos la carne seca que habíamos cazado el verano anterior y que habíamos almacenado en saquitos de cuero, y *pemmican*, cuanto más grasiento mejor, porque un bocado de grasa fundida te calienta más rápido y te dura más que casi cualquier otra cosa que yo conozca. El valor de las mujeres robustas también subía durante la época de las nieves, y creo que fue aquel invierno cuando la enorme chica gorda de la cacería de antílopes elevó el precio de su mano hasta seis caballos y otros regalos demasiado numerosos para contarlos (todos los cuales fueron para su familia) y la condujeron a la tienda nupcial.

Una vez, cuando Nada estaba junto a su tipi recogiendo nieve en un cazo para derretirla y obtener agua, me dejé caer por sus proximidades y gorjeé como un pájaro, pero ella no me prestó más atención que si no hubiera estado presente, y pronto su madre salió y me tiró un huesecito y me dijo que me fuera, chico malo. A aquello se redujo toda mi vida amorosa aquel invierno.

Para cuando llegó el deshielo, todos, hombres y animales, habíamos adelgazado hasta quedarnos en músculo y nervio puros, con las lenguas anhelantes de forraje nuevo. La primavera era algo que uno esperaba en los días en que estaba flaco y hambriento y era joven. Vieja Tienda no era esto último desde hacía más de cincuenta años, pero la savia subió en él antes que en los árboles y dejó embarazada una vez más a su esposa más joven, Mujer Vaca Blanca. Anteriormente he mencionado solo a Arde Rojo y Pequeño Caballo como sus vástagos, porque estaba más unido a ellos, pero había otros de diversas edades, de los cuales yo no prestaba mucha atención a las niñas pequeñas, y tenía prohibido por la costumbre dedicársela a las chicas de mi edad, ya que eran por así decirlo mis hermanas; y otros estaban muertos.

Estrella Fugaz, la esposa de Arde Rojo, también estaba embarazada, igual que muchas de las otras mujeres después de aquella temporada alejados de la guerra. Los nuevos niños compensarían nuestras pérdidas en la batalla, al menos los varones, si es que llegaban a hacerse adultos, claro. De momento había cinco o seis mujeres por cada guerrero adulto. He dejado caer el tema de la muerte como si venciéramos constantemente. Perdíamos casi el mismo número de veces. En general, a largo plazo, el marcador quedaba igualado. Lo que hacía especiales a los cheyennes era que eran menos numerosos que la mayoría de sus enemigos; siempre superados en número, pero nunca superados en la batalla, como suele decirse.

En cuanto al castigo que sufríamos, no contaré las heridas, algunas de las cuales aparentemente eran mortales, aunque las curaba el hombre medicina de la forma que he descrito, pero se podrá hacer una idea si le digo que antes de que terminara el

invierno, tres de aquellos cinco adultos con los que había ido en la incursión habían muerto: Cara Fría, Mandíbula Larga y Águila Amarilla. Lobo Moteado, que si lo recuerda iba a atacar a mi madre blanca cuando Caroline le dejó tieso, murió luchando contra los pawnee la primavera anterior. Esto lo digo solo por mencionar algunos nombres que tal vez reconozca. A nuestra máxima potencia, nunca pudimos montar más de cuarenta guerreros.

Durante mucho tiempo creí que la banda de Vieja Tienda constituía la nación cheyenne entera; luego, que era al menos una de las bandas principales que constituían la tribu. Al final, resultó que eran una gran familia: la mayoría de ellos estaban emparentados unos con otros mediante lazos de sangre, de matrimonio o de adopción, y había unos pocos rezagados de aquí y allá, pero no los suficientes como para alterar la situación general.

El cheyenne no difunde cotilleos vergonzantes sobre sí mismo o los suyos. Así que tardé algún tiempo en descubrir por qué el campamento de Vieja Tienda se mantenía aislado.

Hacia algunos años, cuando Vieja Tienda era un chico, su padre había matado a otro cheyenne en una disputa por una mujer y había sido exiliado del grupo de Arteria Quemada^[35]. Él y sus parientes partieron a vivir solos. El padre por fin murió, pero la familia había vivido tanto tiempo por su cuenta que tuvo miedo de volver. Ellos también cargaban con su vergüenza, y cuando se encontraban con otros Seres Humanos, apoyaban el mentón en el pecho y miraban por el rabillo del ojo, como mucho. Dieron en ser conocidos como los *tatoimana*, es decir, el pueblo tímido.

El caso es que Vieja Tienda se convirtió en su líder, habiendo demostrado ser sabio, valiente y generoso, y llegó el momento en que fueron invitados a volver con los burnt arteries con ocasión de la gran danza del sol, donde todas las tribus se reúnen. Y por Dios que aquel indio se buscó la misma clase de problemas que su padre —una vena de lascivia debía de correr en la familia—, pues raptó a la esposa de un hombre de la banda de Cuerda de Pelo^[36] y aunque dejó dos caballos como pago, al otro individuo no le gustó el trato y le persiguió, y en la bronca recibió una flecha en la garganta y murió ahogado.

Skins no se molestó en volver a la danza después de aquello, sino que el resto de su familia se unió a él en la pradera y vagaron en soledad una vez más durante años. En algún momento al cabo del tiempo, fueron rehabilitados. Para cuando yo me uní a ellos, ya podían acudir a las reuniones de cheyennes, pero no se les recomendaba acampar en el círculo de Burnt Artery. Siguieron siendo bastante tímidos durante mucho tiempo.

Pero ahora que la chica gorda se había quedado con prácticamente el último marido libre en nuestro campamento, pues los cheyennes no aceptan el incesto y no habíamos recogido gente nueva desde la llegada de Águila Amarilla, que había muerto dejando dos viudas y un tipi lleno de huérfanos que Sombra que Aparece a la Vista tuvo que adoptar.

No creo que se pueda criticar a Vieja Tienda por decidir volver al sur cuando la primavera ya estaba avanzada, aunque iba en contra de su intención de mantenerse apartado de los blancos. Teníamos que conseguir sangre nueva antes de que pudiéramos permitirnos perder más, y la mayoría de las otras tribus cheyennes estaban bajo el Platte. Había sioux alrededor del Powder, y eran nuestros aliados en el combate, pero Skins era un snob en lo referente a las relaciones familiares. Nunca olvidó aquella versión de la historia cheyenne que mencionó a los minneconjous: los Seres Humanos tenían caballos cuando los lakotas todavía usaban perros. No lo decía en voz alta, pero sé que pensaba que los sioux eran de clase inferior.

Así fue como las mujeres levantaron el campamento y convirtieron los postes de las tiendas en *travois*, sobre los cuales empaquetaron las pieles de tipi plegadas y el resto del equipo, e hicieron lo mismo con los artículos más ligeros sobre los perros más grandes, incluyendo entre el equipaje algunos niños pequeños atados a la grupa, y los que teníamos caballos los montamos y otros caminaron, y en una gran y diversa caravana que se extendía a lo largo de una milla, los guerreros cabalgando a los flancos, nos dirigimos al sur, dejando un amplio rastro de bosta de caballo, atuendos desgastados, huesos limpios y cenizas de muchas viejas fogatas.

Iba camino de volver a convertirme en hombre blanco, aunque en aquellos momentos no lo sospechaba.

Viajamos hasta Solomon's Fork, en el Río Kansas, al norte del estado actual del mismo nombre, y allí, en un gran campamento que cubría una milla o más de tierras bajas, encontramos a la nación cheyenne entera, que exceptuándonos a nosotros había invernado junta durante la estación precedente. Era un grupo enorme, el mayor que yo hubiera visto hasta entonces, y me hizo sentir orgulloso. Probablemente hubiera mil tiendas formadas en círculo, con los tipis de cada banda trazando un pequeño círculo dentro del superior. Y allí estaban todas las bandas: la de Cuerda de Pelo, la Scabby People, etc., que hasta aquel momento solo había conocido a través de relatos, por no mencionar las sociedades militares tales como los Dog Soldiers, que actuaban como fuerza policial, y los contrarios, que lo hacían todo al revés.

Vieja Tienda se sintió algo incómodo al llegar. Lo noté, porque la cara de un indio es tan expresiva como la de cualquiera cuando está entre los suyos, pero nadie intentó detenernos y nadie vino a preguntarnos:

—¿Adónde vais? ¿Qué queréis?

Lo cual habrían hecho con alguien que no perteneciera allí, y al cabo de un rato pude notar que, bajo su dignidad de jefe, el viejo se sentía considerablemente aliviado.

Pronto llegaron algunos de los cabecillas de Burnt Artery y le saludaron como a un hermano, invitando a nuestro grupo a acampar en su círculo. El viejo crimen había sido purgado. Así que todo estaba perfecto, y habían cazado bisontes en una gran

cacería ritual en la cabecera del Río Republican, de manera que todos tuvimos que comer seis o siete comidas consecutivas ese día porque todos los indios con quienes te encontrabas te metían en su tienda y te obligaban a darte un festín.

Luego hubo algunos discursos por parte de los oradores y canciones por parte de los cantantes, y un poco de baile a cargo de los *heemaneh*, con quienes Pequeño Caballo ya había comprometido su destino definitivamente, que fueron muy elegantes y muy bien recibidos. Se intercambiaron rumores, Sombra que Aparece a la Vista contó sus chistes, y se dieron regalos en ambas direcciones, hasta que acabó siendo un problema recordar qué te quedaba para dar al siguiente sin pasar por alto algo que acabaras de recibir.

Yo participé de todo esto. Había algunos entre los nuevos que me calibraron, y supongo que se habló de mí sin que yo lo oyera hasta que lo tuvieron claro, pero nunca tuve que soportar un momento de bochorno, excepto tal vez debido al exceso de aprobación que se manifestó después de que Vieja Tienda, Arde Rojo y Pequeño Caballo acabaron de alardear de mí.

Todo parecía ir bien, pero después de que las cuestiones puramente indias hubieron acabado, se planteó el tema de los blancos y eso fue como una tormenta que oscureciese el cielo. La primavera anterior, se había producido una disputa por cuatro caballos que los cheyennes decían que eran caballos perdidos que encontraron rondando por la pradera, pero que los soldados afirmaban que eran suyos, así que mataron a un Ser Humano y metieron a otro en el cuartel del puesto, donde murió. Luego, en verano, una partida de hombres jóvenes tropezó con un carromato de correo y pidió tabaco al conductor, pero él les disparó, así que le metieron una flecha en el brazo, y al otro día las tropas atacaron su campamento, matando a seis indios y robando sus caballos. Mientras los cheyennes huían de aquel asalto, tropezaron con una caravana de carromatos, así que se vengaron de los blancos y mataron a dos hombres y un niño.

Había habido otros problemas, y un jefe llamado Big Head había resultado herido mientras realizaba una visita amistosa a Fort Kearny. Los cheyennes se sentían especialmente ofendidos, pues, según su entendimiento, siempre habían sido amistosos con los hombres blancos. Incluso después de todas aquellas cosas malas, enviaron una delegación a ver al Gobierno Indio y se disculparon. También devolvieron a una mujer que habían capturado. Pero la complicación residía en que los indios nunca estaban organizados. Los que iban a disculparse no eran los mismos que habían matado a los blancos. Los que los soldados solían castigar no eran nunca los mismos que habían cometido las atrocidades y los blancos sobre quien se vengaban los indios no tenían relación con los soldados.

Muy pronto llegué a comprender que las situaciones más graves de la vida, o de mi vida en todo caso, serían como aquella vez que me cargué al crow: él me perdonó porque era blanco, y yo le maté porque era crow. Ninguno de los dos podía hacer nada por evitarlo, y habría sido ridículo si no hubiera sido mortal.

El caso es que ahora a los cheyennes les había dado por creer que pronto tendrían que destruir a todos los hombres blancos de las llanuras, una idea que no parecía completamente ridícula si uno veía el tamaño de aquel campamento. Incluso yo llegué a contemplar la posibilidad: nosotros podíamos montar a puede que mil quinientos guerreros, y ahora éramos amigos de los kiowas y los comanches, que vivían al sur, y nuestros viejos amigos los arapahos nos ayudarían, y también los sioux del norte. Me iba bien como indio y no pensaba perder el sueño por lo que pudiera ocurrirle a mi raza nativa cuando pensaba en lo poco que habían hecho por mí. Además, no estaban hablando de invadir San Luis, Chicago o Evansville, que era donde debía estar la gente blanca.

Aquello fue antes de que oyera la oratoria de los hombres medicina. Dos de ellos, llamados Ice y Dark, tenían grandes poderes. Solo tenían que hacer ciertos gestos hacia los soldados, y cuando estos disparasen sus armas, las balas rodarían lentamente por los cañones y caerían inofensivamente al suelo.

Solía plantarme en el camino que Nada seguía cuando iba al río a buscar agua, y cuando pasaba le agarraba el borde de la falda y le daba un tironcito, y luego la soltaba. La única compensación que obtenía por ello era que no mostrara más interés por Coyote, que ahora también estaba encaprichado con ella, que por mí. Él y yo nos turnábamos en llamar su atención: de manera que si yo estaba esperando en el camino del río, él me dejaba e intentaba aproximarse a ella cuando estaba recogiendo *chips* de bisonte. Como ninguno de los dos conseguía ningún resultado, no teníamos celos el uno del otro y manteníamos las relaciones neutrales que Coyote y yo siempre habíamos tenido. Ya sabe cómo es eso: uno tiene amigos y enemigos, y luego hay un montón de gente que le da igual. Ocurre lo mismo entre los indios.

También había desarrollado el sentido del tiempo indio. Debía de tener unos quince años cuando estábamos en Solomon's Fork, y yo estaba enamorado de Nada, pero no me sentía más impaciente que ella al respecto: los cheyennes tardan cinco años aproximadamente en cortejar a sus esposas, y yo era joven para empezar ya. Seguro que no sabía que los pieles rojas eran tan lentos en ese aspecto. Pero como eran guerreros, los cheyennes querían mantenerse embotellados. Intente pelear después de estar un rato dándole de lo lindo y entenderá lo que quiero decir. Lo único que quieres es irte a dormir.

Bueno, pues era interesante estar en aquel gran campamento con todas aquellas actividades, y muy pronto celebraron una danza del sol que continuó durante ocho días de actos sumamente elaborados que no significarían nada para un individuo que no compartiera sus creencias, pero que reafirmaba a los Seres Humanos en su sensación de superioridad, si es que era posible hacer eso cuando nunca habían creído que hubiera nada que se aproximase a hacerles la competencia. Por supuesto, en las autotorturas, Oso Más Joven se distinguió. Se arrancó las pinzas del pecho menos de

quince minutos después de que se las hubieran puesto, e hizo que se las engancharan en sitios nuevos y que le colgaran ante las hileras de cueros durante toda la noche. Al día siguiente, todo su tronco era como una herida abierta, y no lo curó con bálsamo ni barro ni nada, sino que se paseó por ahí dejando que la sangre se secara.

Podríamos decir que era típico de los cheyennes que después de todo lo que se había hablado de cómo iban a exterminar a los blancos, y todas las ceremonias que les habían preparado para hacerlo, empezaran a levantar el campamento y marcharse con la intención de no meterse en líos. Al fin y al cabo, habría sido un tanto anticlimático ir a luchar de verdad, y los indios, que hacen la guerra entre sí todo el tiempo, no obtenían placer alguno de enzarzarse con el hombre blanco, lo cual les resultaba desagradable incluso en la victoria.

Los grupos viajaban individualmente, pero durante algún trecho formaron dos movimientos generales: hacia el norte o hacia el sur, pues la tribu como conjunto estaba dividida la mayor parte del tiempo en un segmento mayor que merodeaba como partes separadas alrededor del Platte, y otro que se movía alrededor del fuerte de William Bent el comerciante, en los ríos Purgatory y Arkansas en el sur de Colorado.

Los que seguíamos a Vieja Tienda éramos, por supuesto, cheyennes del norte, y ahora nos trasladábamos con la banda de Burnt Artery en aquella dirección. Debería decir antes de seguir adelante que habíamos hecho un buen negocio en aquella reunión y habíamos casado a la mayoría de nuestras mujeres disponibles, cuyos maridos venían ahora con nosotros. Eso y que le hubieran aceptado de nuevo en su grupo había puesto a Vieja Tienda de tan buen humor que imagino que habría vuelto a meterse en un lío debajo de la piel de bisonte equivocada si no hubiéramos levantado el campamento cuando lo hicimos. Le había visto mirar con ojuelos codiciosos varias siluetas gordas. Yo mismo todavía no había llegado a tener un pensamiento cachondo hacia Nada, solo habría querido oír su voz tímida y suave o recibir una mirada de sus ojos negros y resplandecientes.

No habíamos llegado muy lejos cuando nuestros exploradores volvieron con noticias de una columna de tropas a medio día de viaje por delante de nosotros, que se movía en nuestra dirección. En el gran campamento tenían algunas escopetas de horquilla, de manera que tres de nuestros guerreros iban armados de esta manera, y Hump, que llevaba años esperando esta eventualidad, quiso cargar y luchar contra los soldados. Pero Vieja Tienda y los cabecillas de los burnt arteries estaban preocupados por las mujeres y los niños, así que nos dimos la vuelta y nos dirigimos al sur en busca de nuestros otros hermanos. Viajando hacia el este, alcanzamos a algunos de los del sur y nos reunimos con ellos cerca de Solomon's Fork. No era la muchedumbre de antes, pero tal vez tuviéramos trescientos hombres aptos para el combate y digamos que diez o quince escopetas de horquilla que a los cheyennes les parecían un armamento formidable.

La emoción era tan grande que no tuve tiempo de decidir mi nuevo punto de

vista: ya había decidido teóricamente, como he dicho, que la aniquilación completa de los rostros pálidos en las praderas del oeste no era nada que tuviera que molestarme. No conocía a ningún hombre blanco al este de Saint Joseph excepto los restos de mi propia familia que a estas alturas ya debían de haber llegado a Salt Lake. Pero cuando reflexionaba, nunca me veía participando realmente en aquella matanza. Se aproximaba una batalla con la caballería de Estados Unidos y yo pasaba por ser un guerrero cheyenne de cierta reputación. Tenía que elegir entre ser un cobarde o una especie de traidor. Recuerdo desear que todavía estuviéramos combatiendo a los crows.

Era un grave problema, pero mientras lo estaba pensando me desnudaba, embadurnándome de pinturas de guerra amarillas y rojas, y afilando las puntas de mis flechas con una pequeña piedra de amolar. Hay quienes en momentos de indecisión detienen todo movimiento corporal para dejar paso libre a la mente, pero yo soy del tipo contrario: ocupo las manos, pensando que mi cerebro seguirá su ejemplo. Si esto no funciona, no hay razón para creer que habría llegado más lejos quedándome sentado con el mentón apoyado en los nudillos.

Mandamos a las mujeres y los niños al sur, bajo el Arkansas, aunque debido a la confianza que los cheyennes sentían en aquel momento montaron las tiendas otra vez y las dejaron en pie. Luego Hielo, el hombre medicina, nos llevó a un pequeño lago cercano, en el cual nos hicimos invulnerables sumergiendo nuestras manos en el agua. Cuando los soldados dispararan, levantaríamos las palmas de las manos y las balas apenas llegarían a salir de los cañones y chorrearían sobre el suelo.

Fue entonces cuando todo me quedó claro: iba a morir.

Uno puede seguir la corriente a los indios hasta cierto punto, y luego le viene esa idea a la cabeza. Sé que la medicina de Lobo Zurdo me había curado de mi herida en la cabeza, pero creo que eso había ocurrido porque estuve inconsciente durante la mayor parte del proceso, y cuando has perdido la cabeza no hay reglas que dicten lo que es posible. Borracho, un hombre puede resistir una caída que cuando estaba sobrio le habría hecho papilla como si fuera un tomate. No quiero ser intolerante: no digo que una bala de rifle no pueda ser detenida por la magia. Lo que estoy diciendo es que no va a ser detenida por alguien que no cree que pueda hacerse eso aplicado a él. Que era mi caso. En cuanto a Hump, Arde Rojo Bajo el Sol o Oso Más Joven, ese era su punto de vista.

Si ha estado atento, recordará la parte en que conté lo de la pelea con el crow. El primero a quien había matado había descubierto que era blanco incluso en la oscuridad: ¿y aquellos contra los que cabalgábamos a plena luz del día? Me pintaba la cara y el cuerpo, pero ¿y mi pelo rojo? Le explicaré. Después del entusiasmo por mi primera hazaña, no quería mencionar las peculiares condiciones bajo las que se había producido a ninguno de los Seres Humanos, pues el descubrimiento de mi raza, los modales amistosos de mi víctima, etc., solo les habrían confundido en caso de conocerlos. Pero cuando salíamos a hacer la guerra, le presenté mi problema a Vieja

Tienda de la siguiente manera:

—Abuelo —dije, que es como se dirige uno a un hombre de su edad—, quiero hacer una cosa y no sé la forma correcta de hacerlo. No quiero que los crows vean el color de mi pelo, pero no quiero que piensen que soy tan cobarde que me he cortado el pelo para que no me descabellen. Todavía soy demasiado joven y he dado muy pocos *coups* como para llevar un sombrero de guerra completo.

El jefe pensó en aquello, y luego se quitó su sombrero de copa y lo puso sobre mi cabeza. Era un poco grande y me caía sobre las orejas, pero así me tapaba mejor.

—Cada vez que luches, ponte esto —me dijo—, pero devuélvemelo entre tanto porque va con la medalla que el Padre me envió desde el pueblo principal de los blancos.

Y eso era lo que hacía, metiéndome un poco de relleno dentro del cintillo para que fuera más cómodo y atándomelo al mentón con un cordel de cuero. En cuanto al pelo de la nuca, lo tapaba con pintura. Todavía no tenía coletas, por supuesto, y los crows probablemente no me tomaran por un cheyenne ciento por ciento, pues los indios tienen la vista muy aguda incluso bajo la presión de la guerra, pero podría haber sido un mestizo.

Ahora estábamos a punto de enfrentarnos a las tropas, así que fui donde Vieja Tienda y los otros líderes estaban planeando nuestro orden de batalla, cosa que hacían de manera tan formal como si se tratara de un ejército entrenado, y llamé su atención y le pedí el sombrero, que llevaba puesto.

Me llevó aparte; de hecho, montamos a caballo y subimos a los altozanos sobre el río, él sobre uno de sus maravillosos pintos que cumplían con sus deseos sin necesidad de pronunciar una palabra y sin tocar la brida. En el punto más alto nos detuvimos y él miró a la distancia y señaló que había 250 soldados a unas cinco millas de distancia, seguidos dos o tres millas más atrás por un cuerpo de infantería. Yo no podía ver nada más que la enorme pradera.

Entonces dirigió sus viejos ojos brillantes hacia mí y dijo:

—Hijo mío, lo que vamos a destruir son blancos. Esta será la primera vez que me enfrento a los blancos como enemigos. Siempre he creído que tenían una razón para lo que hacen, y sigo creyéndolo. Son extraños y no parece que sepan dónde está el centro del mundo. Y debido a eso, nunca me han gustado, pero tampoco los he odiado nunca. Sin embargo, recientemente se han estado portando muy mal con los Seres Humanos, y por tanto debemos eliminarlos.

Pareció algo embarazado y se rascó la nariz.

—No sé si tú puedes recordar tanto, antes de que te convirtieras en un Ser Humano y fueras un hijo tan querido para mí como los que he engendrado con Mujer Baño de Bisonte y las otras, llenando mi corazón de orgullo y trayendo honor a mi tipi... No hablaré de aquel tiempo anterior, que probablemente haya quedado borrado de tu memoria. Solo deseo decir que si tú lo recuerdas y crees que cargar contra estos hombres de piel blanca es mala medicina, puedes quedarte fuera del combate y nadie

pensará nada malo de ti. Has demostrado muchas veces que eres un hombre, y un hombre debe hacer lo que le dicta su corazón y nadie puede cuestionarlo.

No dijo que yo fuera blanco, pero me estaba dando una salida si quería aprovecharla. Con su arrogancia habitual asumió que cualquiera que tuviese la oportunidad elegiría ser cheyenne; pero con su consideración, que también era habitual, estaba reconociendo la realidad de mi nacimiento.

—Abuelo —dije—, creo que es un buen día para morir.

Dile eso a un indio, y no empezará inmediatamente a tranquilizarte y a decirte que estás equivocado, que todo se va a arreglar, etc., pues no es el discurso vacío que sería entre los blancos. Tampoco es suicida, como alguien que adopta la actitud de que la vida ha perdido el gusto para él, así que tendrá que deshacerse de ella. No, lo que significa es que lucharás hasta la extenuación. Lejos de ser amarga, la vida es tan dulce que la vivirás hasta la empuñadura y serás consumido por ella. Una vez antes de que me uniera a la tribu un grupo de cheyennes se contagió de cólera a través de algunos emigrantes, y los que aún no se estaban muriendo se pusieron el atuendo de batalla, montaron en sus potros de guerra y desafiaron a la enfermedad invisible a que saliera y luchara como un hombre.

Sinceramente, no sé si yo lo dije en el sentido indio, pero Vieja Tienda se lo tomó así y me dio el sombrero de copa. En aquel momento apareció un conejo y se sentó a una distancia segura, frunciendo el hocico mientras le miraba. Se le puso la preocupación en los ojos, dio la vuelta y galopó de regreso a las tierras bajas. Pasarían varios años antes de que volviera a hablar con él.

Las tropas llegaron al río a unas dos millas al oeste y luego empezaron a avanzar corriente abajo hacia nosotros. Sabían que estábamos en las cercanías, pero les sorprendió un poco doblar una curva del Solomon y encontrar a trescientos jinetes cheyennes esperando en línea de combate, nuestro flanco izquierdo contra el río y nuestro derecho bajo los riscos.

Los Seres Humanos lucían todas sus galas, con guerreros y potros pintados, y un gran despliegue de plumas, y muchos con el sombrero completo, el sol recogiendo los colores chillones y refulgiendo en las cabezas de las lanzas y los cañones de los mosquetes. Algunos de los guerreros hablaban con sus caballos, mientras los animales hacían cabriolas y respiraban por sus dilatadas narices como si ya estuvieran cargando. Olieron las grandes monturas de la caballería y empezaron a relinchar ferozmente, mostrando la misma actitud hacia ellas que los cheyennes humanos hacia los blancos.

Yo iba en un caballo del color del ante, uno de los que habíamos tomado en aquella incursión contra los crows, que era un excelente animal aunque pasara por la vida sin recibir mucha conversación aparte de los saludos habituales. En aquel momento fue cuando estuve más cerca de discutir cuestiones filosóficas con él.

Estaba muy nervioso debido a mi sospecha de que no todos mis camaradas habían adoptado la misma posición que Vieja Tienda respecto a mi presencia en medio de la primera fila. Especialmente Oso Más Joven, que había caído al ala derecha, pero que al verme se hizo un sitio a mi lado. Iba pintado completamente de negro desde la cintura hacia arriba, con escarlata en la parte del pelo, los ojos rodeados de blanco y barras blancas horizontales sobre las mejillas.

No sabía si me estaba sonriendo o si solo estaba enseñando los dientes; era la primera vez en mucho tiempo que me prestaba atención. No se la devolví; no me sentía demasiado bien, y agradecí la pintura de guerra que yo mismo llevaba puesta. Eso es lo bueno de la pintura: no importa cómo te sientas por dentro, sea como sea tienes un aspecto espantoso.

Hump y los otros líderes bélicos cabalgaban línea arriba y abajo y el hombre medicina Hielo también estaba allí, pronunciando sus abracadabras y sacudiendo cascabeles, colas de bisonte, y otras porquerías en dirección a la caballería, que se había detenido a media milla y parecía estar examinándonos. Yo esperaba que empezaran a mondarse de risa. Me refiero a los soldados. Porque eso es lo que yo me sentía inclinado a hacer. Es la curiosa emoción que uno siente antes de una carga; y cuanto más tarda en empezar, más intensa se vuelve, de manera que cuando por fin te lanzas, haces lo que necesitas más que nada en el mundo en ese momento.

Pero añade a la situación que estaba desnudo y llevaba un sombrero de copa, que nos enfrentábamos a unos trescientos o cuatrocientos hombres blancos dotados de armas de fuego, y que estaba en mi quinto año de fingir que era un indio, y me encontré riéndome hasta que me dolieron las tripas, como preparación, sin duda, a que me las llenaran de plomo caliente.

Sin embargo, hice lo que pude para sofocar la risa, de manera que sonó como un murmullo o un cántico gutural y profundo, como algo propio de un cheyenne. Pareció impresionar a Oso Más Joven, pues él lo continuó, y luego los guerreros que tenía a cada lado, y pronto sonó como si procediera de todos los pechos y se hubiera convertido en la canción de guerra cheyenne, y empezamos a avanzar al paso sobre su música, algunos de los potros desviándose, pero la fila delantera básicamente ordenada. Todavía estábamos conteniendo nuestras fuerzas, embotellándolas mientras se efectuaba el hechizo, paralizando a los blancos con nuestra magia mientras caminábamos por el camino sagrado.

Me olvidé de mí mismo, convirtiéndome en parte del círculo místico en el cual los cheyennes creían que nos uníamos constantemente, que es el círculo de la tierra y el sol, y también de la vida y la muerte, pues la separación entre ambos es una cuestión de apariencias y no de verdadera sustancia, así que todos los cheyennes que han vivido alguna vez y los que viven ahora forman un solo pueblo: los invulnerables e invencibles Seres Humanos, el producto supremo de toda la naturaleza.

Habíamos avanzado dos o trescientas yardas de esta manera, con las tropas todavía observándonos, obviamente cautivadas como el antílope en aquella cacería y

a punto de ser masacradas de forma similar. Cierta número de guerreros habían tensado sus arcos y estaban agarrando porras de guerra y hachas, con la intención de derribar a los indefensos soldados de sus sillas, cuando de las filas azules salió un brillo múltiple y por encima de nuestra canción llegó el *staccato* de metal del toque de corneta.

Habían sacado los sables, y acto seguido cargaron.

Nos detuvimos. Entre ellos y nosotros se extendían seiscientas yardas de tierras bajas. Pronto solo fueron cuatrocientas, y luego trescientas, y nuestro cántico se extinguió. La corneta ya había terminado, y no se oyó ningún sonido excepto el retumbar de mil pezuñas herradas entremezclado con el entrechocar de las vainas. Y si debo hablar por mí mismo, yo no vi ni banderines, ni uniformes, ni siquiera caballos, sino más bien una especie de artefacto, una enorme máquina cortadora con muchos centenares de hojas brillantes que reducían a picadillo cualquier forma de vida que encontraban a su paso y que la vomitaban en su estela durante un cuarto de milla de polvo amarillento.

Nos quedamos paralizados, y permanecimos pegados al suelo hasta que las primeras filas estuvieron a menos de cien yardas, y luego a setenta y cinco, y luego saltamos hechos añicos y huimos en desbandada. La magia valía contra las balas, pero no contra los cuchillos largos, ¿sabe?

Digo «nos» por decir algo, porque al verme ante el filo de la navaja, o del sable, corté mis lazos con los cheyennes, tiré el sombrero de Vieja Tienda al suelo, donde pronto fue pisoteado por las pezuñas al galope, y con la faja suelta de mi calzón empecé a frotarme la pintura de la cara, mientras todo el tiempo no dejaba de gritar en inglés, que llevaba cinco años sin hablar, de manera que parte de mi urgencia derivó en cuestiones retóricas.

¿Qué se dice cuando uno no quiere sonar como un indio? Mi vocabulario era muy limitado, debido a la falta de uso, y le aseguro que la imaginación no está en su mejor momento cuando un soldado de seis pies, montado sobre un bayo enorme, se te viene encima con su espadón y a tu alrededor hay un montón de señores parecidos persiguiendo a tu familia y amigos, que huyen como bisontes en estampida.

Esto es lo que yo dije. Grité:

—¡Dios bendiga a George Washington!

Mientras tanto, me iba limpiando la frente con la faja del calzón, para lo cual tenía que inclinarme hacia delante en la silla, lo cual me salvó la vida, porque aquel enorme soldado lanzó su hoja precisamente por donde habría estado mi nuez en condiciones normales. Bueno, aquello de Washington no había funcionado, así que mientras volvía para un segundo mandoble, grité:

—¡Dios bendiga a mi madre!

Para evitar su tajo salvaje tuve que tumbarme del costado de mi potro, al estilo indio, agarrándome con las pantorrillas, y cabalgué en círculo mientras él me perseguía todo el tiempo, cortando el aire pero riéndose de manera formidable.

Mientras tanto, el resto de la caballería seguía atacando, y esperaba que me ensartaran por detrás antes de que aquel hijo de perra me golpeará o entendiera lo que intentaba decirle. Pues era grande, y no me importa lo que digan, por cada pulgada que un hombre crece por encima de cinco pies con cinco pulgadas, su cerebro disminuye proporcionalmente. Toda mi vida he tenido prejuicios contra los patanes hipertrofiados.

Aquel juego del escondite continuó lo suficiente y con suficientes variantes como para que yo viera que no me daría nunca, por un lado, y que no dejaría de intentarlo nunca, por otro. No era un gran jinete: al final de cada acometida la inercia del brazo que blandía el sable hacía que levantara la rodilla del otro lado y aflojara su asiento cuando el animal giraba. Lo hizo demasiadas veces, de modo que le metí el mocasín entre las costillas y con una sacudida repentina le descabalgué en un estrépito de vainas y espuelas y del resto de la sobrecarga que llevaban encima aquellos soldaditos.

Me bajé de mi potro, sujetando la brida con mi cinturón, puse una rodilla sobre cada hombro del aturdido soldado y coloqué la hoja de mi cuchillo de descabellar en su erizada garganta, por el lado romo, para evitar que se me presentara la tentación.

De pronto, recordé una serie de frases que había oído decir a los adultos en Evansville.

—Bueno —dije con gran energía—. ¿Tengo que... cortarte... el cuello... para que te entre... en esa dura cabezota... que soy... un hombre blanco?

Su mirada estúpida no se alteró, pero dijo:

—¿Entonces por qué demonios vas vestido así?

—Es una larga historia —dije, y le dejé levantarse.

CAPÍTULO 8

Adoptado de nuevo

Probablemente pueda leer sobre el combate en los libros de historia porque fue el primer enfrentamiento auténtico entre el ejército y los cheyennes, lo cual fue muy sonado en su época. Los soldados afirmaron haber matado a treinta indios en la carga con sable, el coronel informó de nueve, y la verdad es que hubo cuatro muertos y varios heridos. Tuvo lugar en el mes de julio de 1857.

Esa es una de las cosas que descubres cuando vuelves a la civilización: qué fecha es y la hora del día, a cuántas millas estás de Fort Leavenworth y cuánto están sacando allí los avitualladores por el tabaco, cuántas cervezas se bebió Flanagan y cuántas veces lo ha hecho Hoffmann con una puta. Números, números, había olvidado lo importantes que eran. Kansas también se había convertido en un Territorio, como si a mí me importara.

Aquel soldado, cuyo nombre era Muldoon, me llevó ante el coronel cuando se acabó el jaleo, y tal y como yo lo conté fue como si los cheyennes me hubieran obligado so pena de muerte a unirme a su partida de guerra, después de que cinco años antes mataran a toda mi familia y me sometieran desde entonces a un encierro brutal. Muldoon confirmó que podía haberle matado pero me contuve. Completamente limpio de pintura, y con una camisa de lana gris y unos pantalones azules que Muldoon me dejó de su muda, aproximadamente ocho tallas demasiado grande, tenía un aspecto bastante inofensivo.

No tenía de qué preocuparme. En aquellos días se podía decir cualquier cosa de los indios y todo el mundo se lo tragaba, y los militares antes que los civiles, porque el soldado blanco mantiene el valor creyendo que su enemigo es despreciable hasta un extremo cómico. Algunos de los soldados creían que los indios comían carne humana, por ejemplo, y que mantenían relaciones con sus propias hijas.

Así que el coronel me expresó sus simpatías, luego intentó sacarme alguna información respecto a la localización de las tiendas cheyennes y su manada de caballos, pues se proponía quemar las primeras y capturar los segundos, pero me porté como si las torturas que me habían infligido durante años me hubieran vuelto medio idiota y me escabullí. Resultó que encontró el campamento de todas formas siguiendo el rastro, y quemó los tipis abandonados. Me alegré de ver que el de Vieja Tienda no estaba entre ellos; Mujer Baño de Bisonte y Mujer Vaca Blanca debían de haberse tomado el tiempo de plegarlo antes de huir. A partir de allí, el rastro general se desviaba en muchos menores, como es la costumbre india para la evasión. Los guerreros, que se habían marchado hacia el este, volverían en círculo más tarde. Todo el mundo volvería a reunirse más tarde, cuando hubiera pasado el peligro.

El ejército revolvió aquella zona durante la mayor parte del verano, llegando en un momento dado hasta Fort Bent y haciéndose con los suministros que había allí y que se suponía que tenían que destinarse como renta vitalicia a los indios según el tratado existente, y volviendo luego de regreso al Solomon. Pero no encontraron más cheyennes, y por fin regresaron a Fort Laramie.

Por supuesto, yo estuve con ellos todo el tiempo, al cuidado de Muldoon, que encontró conveniente olvidar que podría haberle matado con las manos atadas a la espalda y decidió fingir que yo era un crío indefenso. Bueno, se lo permití, ya que era un patán amable. Me obligaba a lavarme frecuentemente con el fuerte jabón del ejército, afirmando que todavía olía a cabra semanas después de haber dejado a los cheyennes. A mí me parecía que el que olía era él, y el resto de los soldados; pero solo era un caso de olores relativos, supongo, y podía recordar lo que me había parecido el hedor del campamento cheyenne cuando Caroline y yo llegamos a él años antes.

Los otros soldados me trataron igual, y aparte de tener que escuchar su estúpida charla, nunca sufrí ningún inconveniente serio. Sumarme a una campaña como aquella fue la forma más fácil de volver a la vida de los blancos. Al menos estábamos al aire libre y dormíamos sobre el suelo, y aunque el rancho del ejército, compuesto principalmente de cerdo y galleta, era una basura, de vez en cuando cazaba alguna pieza, pues había conservado mi arco, mis flechas y mi potro cheyenne, y a los soldados también les gustaba la carne roja, así que eso me hizo muy popular entre ellos, aunque nunca hablaba mucho, cosa que ellos achacaron a la debilidad mental que había adquirido tras años de cautiverio.

Uno podría haber pensado que el coronel estaría interesado en mis experiencias de cinco años de barbarismo, pero no. No tardé mucho en descubrir que es rara la persona del mundo blanco que quiere descubrir cómo viven los demás, y especialmente si su interlocutor sabe realmente de lo que habla.

Puedo decir que mi medicina falló cuando llegamos a Laramie. No tenía nada en mente cuando me volví blanco en la batalla del Solomon, excepto salvar la vida sin retirarme. No imaginaba lo que una decisión como esa significaría a la larga. Había estado alejado de la civilización durante tantos años que había olvidado lo organizado que estaba todo allí: uno no puede meterse en el tipi de alguien y ya está.

Por ejemplo, no llevábamos mucho tiempo en Laramie, donde todavía dormía con los soldados, cuando el coronel me hizo llamar.

—Los archivos de este departamento dejan mucho que desear —dijo—. El desafortunado incidente en el cual los demonios rojos asaltaron los carromatos de tu padre nunca ha sido inscrito, por lo que podemos deducir de nuestros archivos. Me temo que castigar a esos malhechores concretos será bastante difícil, debido a la carencia de información suficiente respecto a su identidad, y eso, por supuesto, como añadido al problema de poner las manos encima a los indios responsables si es que llegaran a ser claramente identificados.

»Pues, como bien sabes, son una gente astuta. Supongo que tendremos que acabar matándolos a todos, no veo otra posibilidad dada su salvaje obstinación en no abandonar la vida de las bestias.

»Así que olvida esos recuerdos desdichados. Lo importante es la vida que se abre ante ti ahora.

Y continuó en la misma onda, con el resultado final de que me envió al este, a Fort Leavenworth, la base departamental, con una columna que se iba a dirigir allí al día siguiente. Leavenworth estaba en el río Missouri, cerca de Westport, que más tarde se llamó Kansas City, y de Independence, donde mi padre había comprado su carromato y su yunta de bueyes. Aquello era la civilización, o lo que pasaba por civilización en aquellos días, en grado extremo.

Cuando me enteré, tuve una sensación de ahogo. En Laramie ya había tantos hombres blancos que apenas podía respirar, y no dormía bien en los barracones rectangulares, debido a que los cheyennes me habían enseñado a preferir las moradas circulares. Creo que ya he dicho lo que opinaban sobre los círculos, el círculo de la tierra y así. Estaban en contra del ángulo de noventa grados, que detenía en seco la continuidad. Vieja Tienda solía decir:

—El cuadrado no tiene poder.

Ahora volvía a un mundo entero de esquinas, mientras que en algún lugar de la pradera los Seres Humanos habían vuelto a reunirse, y tras haber llorado a los muertos, comían joroba asada y soñaban y contaban historias junto al fuego de *chips* de bisontes y robaban potros a los pawnees y a cambio les robaban los suyos, y Nada estaba allí con su vestido con flecos de antílope blanco.

Sabían dónde estaba yo, aunque no se lo hubieran dicho, igual que sabían todo lo referente a su pueblo y nada más. De lo que no sabían nada ni habrían entendido nada era de los conflictos de la esclavitud, de John Brown y de todo lo que estaba pasando en Texas en aquellos momentos.

Pero no lamentaba dejar Laramie, que se había convertido en un sitio feísimo, o eso era lo que pensaba antes de ver otros sitios blancos. Muchos indios habían puesto sus tiendas alrededor, entre ellos, lamento decirlo, algunos Seres Humanos, pero no parecían los que yo había conocido, y las tribus individuales no eran tan importantes como que todos pertenecieran a un tipo de indio degradado que se conocía con el nombre de Los Que Rondan Por Los Fuertes. Los grupos libres no tenían una buena opinión de ellos. Muchos de estos se sentaban literalmente sobre las mantas alrededor de las empalizadas, mirando estúpidamente lo que pasaba, pues se les permitía ir y venir a voluntad, y si un soldado quería el espacio que ocupaban los espantaba como quien echa a un perro. Algunos comerciaban con pieles de segunda categoría, y otros prostituían a sus mujeres, y todos ellos subsistían con limosnas que les daba el gobierno por ser «amistosos». Por supuesto, solían ser menos que la mitad de lo que estaba autorizado por la ley, pues los agentes indios se quedaban con el resto y se lo vendían a los emigrantes blancos, o el ejército se lo quedaba para su propio uso, ya

que la intendencia generalmente no daba abasto debido a los proveedores corruptos del Este o a los robos de los oficiales de provisiones.

También iba contra la ley vender alcohol a los indios, pero Los Que Rondan Por Los Fuertes solían estar borrachos, pues las tropas les pasaban whisky a hurtadillas a cambio de un revolcón con sus esposas e hijas, un desahogo despreciable, pero presumiblemente mejor que nada, ya que había pocas mujeres blancas en las inmediaciones. Además, los comerciantes hacían un buen negocio con el aguardiente, de forma bastante abierta, y nunca supe que alguno fuera arrestado por ello, probablemente porque cuando los indios del fuerte estaban borrachos eran más inofensivos que cuando estaban en posesión de sus facultades.

Menciono esto porque cuando estaba en Laramie tropecé con alguien que conocía de los viejos tiempos. Había vagado por el campamento indio por nostalgia de mi vida anterior, pero estaba a punto de volver al fuerte para huir de unas viejas y sucias *squaws* que querían venderme unas roñosas pieles de bisonte cuando vi una tienda de lona de la que de vez en cuando asomaba un joven indio tambaleante que luego se caía de bruces antes de llegar a su destino, o vomitaba en el suelo.

Cuando me asomé, vi cierto número de varones dentro, cada uno cantando una canción distinta o rezando con voz ronca a nadie en concreto. El olor era indescriptible. Al fondo de la tienda había un barril abierto con un cazo polvoriento colgado encima, y al lado se alzaba un hombre blanco vestido con sucias pieles de ciervo. Parecía que nunca se hubiera lavado la cara desde el día de su nacimiento; se le podía pelar la mugre como si fuera una cáscara. Tampoco había visto nunca una navaja de afeitar.

—¿Cómo estás, socio? —dijo, enseñándome sus dientes mohosos. Uno de los indios dio una sacudida en ese momento, y quitándose los mocasines, se los entregó a este individuo asqueroso, que después de examinar los artículos sacudió la cabeza. Así que el indio se quitó la camisa, que era de lana gris, negra por la grasa, y se la entregó.

El blanco levantó el dedo índice, con las dos articulaciones dobladas, y dijo:

—Medio, hijo de perra culo negro. Medio, comemierda.

Y llenó a medias el cazo oxidado, y el indio lo tomó y se lo echó al gaznate.

—Tómame uno de mi parte —invitó el blanco a servidor.

Le miré, y dijo:

—No me refiero a este pis de caballo. Aquí tengo una botella de material auténtico.

La sacó de una bolsa que tenía en el suelo, mientras guardaba la camisa y los mocasines que acababa de conseguir.

—Para lo del barril he usado una pinta de whisky por galón, y he añadido pólvora, tabaco, sulfuro, tabasco y pimienta negra, y luego lo he aguado para equilibrarlo. Estas sabandijas no lo distinguen. Pero te juro que este es del bueno. Bebe.

Me ofreció la botella.

—No, gracias —dije.

—Bueno, quédate de todas formas. No suelo tener muchas oportunidades de conversar durante el día, tratando con estos...

Levantó el culo de la botella y echó un buen trago, y uno de los indios lo vio y avanzó tambaleante hacia él, pero le dio una patada en la entrepierna y el indio, que a juzgar por sus coletas era un cheyenne, cayó al suelo y se desmayó. Los otros no prestaron atención a este incidente.

—Por supuesto —dijo el individuo, bajando la botella—, normalmente voy al fuerte por la tarde y ceno con el oficial al mando, amigo personal mío, pero durante el día me siento muy solo. No es agradable tratar con esta basura, teniendo en cuenta que asesinaron a toda mi familia delante de mis ojos y... a todas las mujeres. Creo que cuando Kansas se convierta en estado un día de estos, me presentaré al Congreso como senador —dio otro trago—. ¿Seguro que no quieres probarlo? Todavía conserva la fuerza.

Pero le di la espalda y, pasando sobre el Ser Humano acostado, salí de la tienda. Todavía no había bebido whisky, y nunca soporté las mentiras de mi hermano Bill. Di gracias porque no me reconociera.

En Leavenworth, un fuerte bastante grande, me alojé con un capellán del ejército que tenía una casita para él y su familia. Era un tipo delgado con dientes de caballo y una esposa que se le parecía mucho, y varios niños de pelo claro que no se parecían a ninguno de los dos. Me quedé allí varias semanas, durante las cuales cuando la esposa y los críos estaban fuera de la casa y yo estaba con el capellán, este me pedía que pasara a su despacho y empezaba a hablar aceitosamente sobre mi bienestar espiritual, en el curso de lo cual, para hacerme entender lo que quería decir, depositaba su mano de araña sobre mi rodilla. Creo que era un *heemaneh*, aunque nunca fue más lejos. No lamenté irme cuando surgió la oportunidad, pues, además de eso, su esposa decía que todavía apestaba y hacía que me bañara mucho.

Por fin me llevaron a ver al oficial en jefe, un general con bigotes, que dijo:

—Bueno, Jack, hemos encontrado un hogar excelente para ti. Serás escolarizado y recibirás ropas adecuadas y tendrás un padre espléndido que cuidará de ti. Tienes mucho que recuperar, pero eres un chico listo. Y si en años posteriores deseas emprender la carrera militar y seguir el estandarte con nuestros valientes chicos, con mucho gusto permitiré que utilices mi recomendación.

Dicho eso, metió la cabeza en un montón de papeles, y su ordenanza me hizo salir a la calle, donde el capellán militar con el que me alojaba estaba hablando con un hombre inmensamente gordo sentado en una calesa.

Solo quiero decir aquí que fue la primera y última vez que vi al general. Nadie en Leavenworth me preguntó nada sobre los indios con quienes había vivido durante

cinco años. Pero tampoco a los cheyennes se les había ocurrido preguntarme por los hombres blancos, ni siquiera cuando les estaban destruyendo. Para hacer que un hombre te escuche, antes tienes que tumbarle y ponerle un cuchillo en la garganta, como hice yo con aquel soldado. La verdad le parece odiosa a casi todo el mundo.

Así que me llevaron ante la calesa, y el capellán dijo:

—Aquí está nuestro pequeño salvaje.

El otro hombre tenía barba negra y cuadrada, y llevaba un hábito negro, pero su vientre era demasiado grande para abrochárselo. Su grasa era dura y no blanda, ya me entiende. Los forzudos de antaño solían ser así, con barrigas enormes de grasa pero que parecían puro músculo si las golpeabas. Había visto fotos de tales personajes, y pensé que tal vez aquel individuo fuera uno de ellos.

Así que inmediatamente me imaginé que iríamos de gira por los teatros, dando espectáculos, levantando dieciséis enanos con una mano, rompiendo cadenas de hierro y todo eso, pues el capellán dijo:

—Jack, este es el buen hombre que ha consentido generosamente en adoptarte. Tienes que honrarle como honrarías a tu propio padre, pues en eso se ha convertido por ley.

El gordo me miró por encima de la barba, agitó sus poderosos músculos, y dijo con una voz profunda como si reverberase en el fondo de un desfiladero:

—¿Sabes llevar un carromato, muchacho?

Yo le admiraba y quería agradecerle, así que dije:

—Sí, claro, perfectamente.

—Eres un mentiroso, muchacho —gruñó—. ¿Dónde has aprendido a llevar un carromato si te has criado entre los indios? Tendremos que sacarte las mentiras a golpes.

Se agachó, agarró mi pechera, y me levantó a la calesa utilizando solo el brazo izquierdo. Fue como si me hubieran levantando haciendo palanca con el tronco de un árbol.

El capellán chilló:

—Oh, Jack, tienes que ser respetuoso con el reverendo y mostrarle que has aprendido unos mínimos modales en el breve tiempo que has pasado con nosotros.

Ya está: mi nuevo padre no era un artista del teatro sino otro maldito predicador, como si no estuviera harto de ellos, y se llamaba reverendo Silas Pendrake. Además de la barba negra, tenía cejas negras y pobladas, y la piel blanca como la arcilla reseca. Tenía un aspecto terrible. Yo había conservado mi cuchillo de descabellar en la cintura de los pantalones del ejército que todavía llevaba, debajo de la camisa, y pensé en clavárselo en el espinazo mientras avanzábamos hacia el río Missouri. Pero me desanimó su enorme envergadura, que alcanzaba los cuatro pies de hombro a hombro y que llegaba hasta casi el mismo grosor. Pensé que mi hoja se partiría contra él, como si apuñalase un muro de piedra.

El cuchillo y la ropa talla seis pies formaban el conjunto de mis propiedades.

Cuando llegamos a Leavenworth, se quedaron con mi potro y no volví a verlo. Creo que el capellán lo vendió como compensación por mi manutención, y sus niños de estopa se pusieron a jugar con mi arco cheyenne y lo rompieron.

En el río, Pendrake metió su calesa en la cubierta de un barco de vapor que estaba allí atracado. Su caballo, por cierto, era un animal grande, gris y paciente, y uno podía imaginar lo fuerte que tenía que ser para tirar de su gigantesco propietario. El caballo me tenía un poco de miedo, como podía notar por la curvatura de sus narices. Supongo que podía oler el indio que había en mí a pesar de que me había lavado al menos cuatro o cinco veces en los meses transcurridos desde que dejé las tribus.

Pasado un rato, pusieron en marcha el barco, y fue interesante pero no me gustó mucho, porque recordé que Vieja Tienda decía que si un Ser Humano, fuera como fuese, viajaba sobre demasiada cantidad de agua, moriría. Por supuesto, yo me había criado junto al Ohio en Evansville, pero eso había sido hacía mucho, y el Missouri tiene un aspecto que inspira poca confianza. Siempre está socavando sus orillas ante tus propios ojos, y creo que cuando llegue a pasar el número de años suficientes, se habrá abierto camino hasta Nevada e irrigará los desiertos.

No le diré adónde nos dirigíamos, excepto que era una ciudad bastante destacada del oeste de Missouri. La razón para mi discreción quedará clara en el relato, como suele decirse. Así que simplemente pasaremos aquí a cuando atracamos tras un viaje de varias horas, nos bajamos del barco, y atravesamos la ciudad hasta llegar al mejor barrio, donde Pendrake tenía una iglesia propia y a su lado una casa de dos pisos de cierta importancia, con un cobertizo en la trasera en el que metimos la calesa, y me dijo las primeras palabras que recuerdo que hubiera pronunciado desde que salimos de Leavenworth:

—¿Sabes cómo desenganchar un carro, muchacho?

Había aprendido la lección.

—No, señor, no lo sé —dije—. Para nada.

—Entonces tendrás que averiguar cómo hacerlo —murmuró, aunque no de forma tan imponente como cuando había hablado en Leavenworth, y de inmediato capté la idea de que tal vez aquel tono tenía la intención de compensar los remilgados modales del capellán, de manera que no pensara que todos los predicadores eran iguales. Le diré una cosa de Pendrake: parecía que no supiera cómo comportarse de forma natural, excepto cuando comía; de lo contrario, parecía que estuviera intentando estar a la altura de una obligación hacia alguien o algo. Creo que si se hubiera cortado, se habría muerto desangrado antes de comprender laboriosamente que lo que tenía que hacer era ponerse una venda.

Bueno, no era muy difícil averiguar cómo desenganchar aquel caballo, y aparte de agitar un poco la cabeza, pero de forma lenta y pesada, el animal no me dio problemas y le metí en el establo. Cuando hube terminado, sin embargo, me enfrenté a un dilema, ya que todavía no tenía ninguna confianza en que Pendrake no castigaría de forma espléndida una mala decisión. Si me quedaba en la cuadra y esperaba que

me presentase en la casa, tendría que sufrir las consecuencias. Por otro lado, si iba a la casa, tal vez preferiría que me hubiera quedado en el cobertizo. Me decidí a favor del movimiento, como de costumbre, y me dirigí a la casa, pero en vez de volver por la puerta trasera que había utilizado fui hasta la delantera, pensando que así podría evitarle durante un tiempo y que además así me familiarizaría con el edificio en caso de que tuviera que salir por piernas.

Subí al porche y atravesé la puerta principal, y entré en un vestíbulo donde se alzaba un sombrerero decorado con astas de ciervo, y luego pasé a un salón que supongo que hoy no parecerá gran cosa, pero que entonces me resultó una visión prodigiosa, con lámparas metálicas de parafina y las fundas en los muebles para evitar la grasa, pues aunque Pendrake no era exactamente rico, tampoco era un muerto de hambre como mis padres y no pertenecía al ejército como aquel capellán.

Entonces aquella voz poderosa dijo detrás de mí:

—¿Estás en el salón?

No se sentía exactamente irritado, solo desconcertado.

—No he roto nada —dije.

Hasta entonces no me había vuelto. Cuando lo hice, esperando ver su masa directamente detrás mí, estaba mucho más lejos de lo que yo pensaba. Con su voz, podría estar a cien yardas de distancia y sonaba como si te hablara al cuello.

Pero ahora, entre él y yo había una mujer de pelo rubio oscuro recogido a ambos lados de la cara en un moño sobre la nuca. Tenía ojos azul pálido y piel blanca, aunque no del blanco mortal de la de él, y llevaba un vestido azul. Calculé que debía de tener unos veinte años de edad, mientras que Pendrake tenía cincuenta, así que creí que era su hija.

Me sonrió y mostró dientes más pequeños que la media sobre un grueso labio inferior. Siguió mirándome mientras hablaba con Pendrake.

—No creo que haya visto un salón nunca —dijo con una dulzura de terciopelo—. Siéntate, Jack, por favor. Aquí —señaló una especie de banco cubierto con felpa verde—. A eso se le llama el sillón del amor.

Pendrake gruñó en las profundidades de su tráquea, no con ira, sino con una especie de suave estupor.

—No, gracias, señora —dije yo.

Y luego me preguntó si quería un vaso de leche y un pedazo de tarta.

No había nada que quisiera menos que la leche, por la que si alguna vez había tenido gusto lo había perdido hacía mucho, pero pensé que sería mejor seguirle la corriente a aquella chica si es que quería tener alguna amiga en la casa, de manera que la seguí a la cocina, y al hacerlo al menos conseguí desaparecer de la vista de Pendrake durante un rato, pues se dirigió a una habitación junto al salón donde escribía sus sermones y a veces los decía en voz alta; podías oírle pasear sobre la madera, y la cristalería tintineaba en todo el cuarto.

En la cocina, conocí a otra persona que desde el principio se mostró amistosa.

Tampoco tenía otra alternativa, al ser de color. Aunque liberada, no se mostraba muy orgullosa, eso se lo puedo asegurar, pues la ley de Missouri permitía tener esclavos en aquellos tiempos. Supongo que una vez que lo has sido, piensas que siempre puedes volver a serlo. Sin embargo, me atacaba un poco los nervios con su constante buen humor, que sospecho que era en parte fingido, y habría tenido más en común con su tatarabuelo, armado con una lanza en África. El nombre de esta cocinera era Lucy, y estaba casada con un individuo que trabajaba allí, en el exterior de la casa, cortando la hierba y esas cosas, otro liberto llamado Lavender. Vivían en una casita junto al establo, y a veces les oía discutir en mitad de la noche.

La mujer que confundí con la esposa de Pendrake era realmente su esposa. Tenía cinco o seis años más de los que yo había pensado al principio, igual que él era algo más joven. Sin embargo, existía una distancia entre ambos que ya me había hecho sentir mis dudas la primera tarde que la vi. Y puedo adelantarle que nunca averigüé cuál era esa distancia. Imagino que fue uno de esos matrimonios arreglados por los padres, pues el de ella había sido juez, y un hombre como ese no querría tener a un cantinero como yerno.

La señora P. se sentó al otro lado de la mesa mientras yo me bebía la leche, y me impresionó el interés que mostró por mi vida anterior, o así me lo pareció. Era el primer ser vivo que me preguntaba por mis aventuras, lo cual me sorprendió viniendo de una refinada mujer blanca de las colonias de Missouri, mientras que a la negra Lucy, aunque reía incesantemente y decía «Cielos» sin parar, le importaba un pimiento, y yo sabía que me tomaba por un gran mentiroso.

Vi que mis historias me serían útiles, así que no las agoté todas de golpe. También intenté observar los modales en la mesa que me había enseñado la esposa del capellán, ya que la primera vez que me senté a comer cogí la carne del plato con las manos. Ahora sabía cómo hacerlo y corté la tarta que me dio la señora Pendrake pedacito a pedacito, y delicadamente me la metí en la boca con la punta del cuchillo.

Cuando hube terminado, me dijo:

—No sabes cuánto me alegro de que estés con nosotros, Jack. En esta casa no hay más gente joven. Tu llegada ha traído la luz del sol.

Pensé que eso era muy bonito.

Lo siguiente que hizo fue llevarme a comprar ropa nueva. Cogió el gorro y la sombrilla, y los dos nos dirigimos a la zona comercial de la ciudad, pues no estaba muy lejos y hacía un tiempo excelente para ser primeros de octubre, según recuerdo. Nos encontramos con cierto número de gente que la señora Pendrake conocía y que me miró con la boca abierta, y que a veces habló con ella sobre mi identidad. Las mujeres normalmente hacían un ruido como de cloqueo y sonreían afectadamente, aunque merecí una mirada beligerante de algunas que eran viejas solteras, profesoras, bibliotecarias y demás, pues no me había cortado el pelo decentemente en cinco años y probablemente tuviera un aspecto lamentable, a pesar de mis esfuerzos por parecer presentable.

En cuanto a los hombres que encontramos, no creo que ni uno solo de ellos hubiera podido decirle luego si yo era alto o bajo, pues mantenían los ojos fijos en la señora P. Causaba un gran efecto sobre ellos. No creo que le haya hecho justicia con mi descripción, que he intentado hacer desde mi punto de vista aquel primer día. Como había pasado mis años de formación entre los indios, mi gusto básico en mujeres me llevaba hacia el pelo negro y los ojos oscuros. También se suponía que era mi madre adoptiva, así que me sentía un tanto cohibido de mirarla puramente como mujer. Pero debo decir que al igual que los hombres blancos, yo también consideraba una belleza a la señora Pendrake, y la mayoría de los que encontramos aquella tarde se portaron como si hubieran sido capaces de ponerse de rodillas y sacar la lengua si ella se lo hubiera pedido.

CAPÍTULO 9

Pecado

Por supuesto, en aquel pueblo tuve que ir a la escuela, y puede que le sorprenda saber que no me importaba demasiado. Estar sentado sobre un duro asiento durante largas horas era lo peor, y tampoco me entusiasmaba la vieja solterona amargada que nos daba clase, y también era embarazoso tener que estar con los niños pequeños, pues hasta aquel momento no había recibido demasiada educación. Sabía leer un poco antes de irme con los indios, y sabía contar, y sabía que George Washington había sido presidente, aunque no sabía cuándo.

Digamos simplemente que trabajé con diligencia en mis estudios, y la señora Pendrake me hizo de tutora en casa, y al llegar la primavera había avanzado tanto en la lectura que podía hacer perfectamente los deberes de niños de doce o trece años en redacción, aunque la ortografía nunca fue mi fuerte, pero en aritmética seguí siendo prácticamente un recién nacido. Pero eso fue hace muchos años, y no fui mucho tiempo a la escuela, de manera que si el hombre que está escuchando mi historia pone por escrito lo que estoy contando, leerán las memorias de una persona sin educación, eso por descontado.

Los Pendrake debieron de hablar el uno con el otro en mi presencia, pero juro que no recuerdo ocasión semejante. En mi recuerdo al cabo de los años, estamos sentados tomando la cena en el comedor, el reverendo a la cabecera de la mesa, la señora al pie, yo a un lado, Lucy sirviendo cacerola tras cacerola de comida humeante. Después de dar las gracias, con voz no fuerte, sino tan penetrante que creo que podía ablandar la carne dura, Pendrake se zambullía de cabeza en su bistec. Era un devorador prodigioso, capaz de superar incluso a un cheyenne en ese aspecto, pues mientras los indios son capaces de hartarse de forma impresionante, también pasan hambre; lo que comen al cabo de un mes acaba equivaliendo, tal vez, a algo menos que la ingesta media de un hombre blanco que nunca se salte sus tres comidas.

Pero Pendrake se hartaba día sí y día no, y le contaré lo que comía en un día cualquiera, pues no puede hacerse una idea de cómo era ese hombre sin conocer su apetito.

Para el desayuno, Lucy le freía seis huevos, una gran masa de patatas, y un filete del tamaño aproximado de dos manos gigantes juntas. Para cuando ya se lo había tragado y se lo había metido en la barriga con un par de cuartos de café, le sacaba las tortitas a la plancha, diez o doce de ellas coronadas con un pedazo de mantequilla tan grande como una manzana y goteante de melaza. Para el almuerzo, se comía dos pollos enteros con relleno, patatas, algunas verduras, cinco pedazos de pan, y medio pastel nadando en crema. Por la tarde visitaba a los parroquianos enfermos, y parece

que nunca estaba tan mal que no pudiera sacarles un enorme pedazo de pastel o una docena de galletitas junto con un café o un té.

Luego llegaba la cena. Se bebía un cuenco de sopa en el que echaba tanto pan que era más sólido que líquido. Luego venía una fuente de pescado, a continuación un enorme asado de ternera que él solo reducía a huesos después de que la señora Pendrake y yo cogiéramos como mucho una rodaja cada uno; una montaña de patatas, un pantano de verduras, y rábanos hervidos y guisantes y zanahorias al vapor, cuatro tazas de café y aproximadamente cinco libras de pudín, y si quedaba tarta del almuerzo, también se la metía para el cuerpo.

Y sin embargo, a pesar de toda su glotonería, no he visto a nadie comer con mayor limpieza. No ponía el dedo en ningún tipo de comida salvo en el pan; para el resto, usaba el cuchillo y el tenedor con tanta elegancia como una mujer haciendo ganchillo. Y cuando había terminado, el plato brillaba como si lo acabaran de lavar, y los huesos sobrantes se alzaban en un pequeño y recogido montoncito en un plato extra que hacía que Lucy le pusiera con ese propósito. Verle comer era un auténtico espectáculo, y yo disfrutaba pasando el rato así, después de satisfacer mi propio apetito.

La señora Pendrake solo probaba sus propias vituallas, lo cual no era extraño porque no hacía ningún trabajo que le exigiera comer mucho. Yo estaba acostumbrado a las mujeres indias, que estaban ocupadas desde el alba hasta que se acostaban en sus pieles de bisonte, y antes de eso, a mi propia madre, que incluso con la ayuda de mis hermanas se quejaba de que el día no le llegaba para terminar sus obligaciones. Pero la señora P. tenía a Lucy para cocinar y había otra chica de color que venía frecuentemente para limpiar, aunque no vivía en la casa, y Lavender se ocupaba de todas las labores de jardinería y hacía recados y todos los trabajos al aire libre. Así que allí estaba aquella mujer perfectamente sana, en la flor de su vida, sin nada que hacer excepto durante la hora o así que pasaba ayudándome con mis lecciones cuando volvía a casa de la escuela.

Como me habían criado los salvajes, tenía modales que puede que no fueran muy refinados, pero que sí eran considerados. Así que no me dirigí directamente a la señora Pendrake y le dije:

—Me da la impresión de que es usted bastante inútil.

Aunque eso era lo que pensaba, y no era ninguna crítica, porque me caía bien y la ayudaba siempre que podía. Se había creado la idea de que era mi madre, así que para corresponderse, de vez en cuando fingía que necesitaba cuidados maternos.

Los primeros meses de escuela recibí muchas burlas de los otros chicos de mi edad por estudiar con los de diez años. Dejé que se burlaran un tiempo, y ya sabe lo que pasa: cuando creyeron que no sabía defenderme, insistieron con más fuerza, y empezaron a decir cosas como «sucio indio».

Por fin, la pandilla entera me esperó una tarde en la esquina de un callejón camino de casa desde la escuela. Mientras me acercaba, empezaron a insultarme por

ser indio, lo cual podría tener su lado injusto que tal vez no entienda hasta que comprenda que ellos pensaban que había sido capturado y mantenido prisionero durante cinco años. Podría decir que merecía sus aguijonazos más de lo que ellos sabían, pero yo no creo que haya que perdonarlos con la excusa del error.

Seguí caminando sin hacer ningún comentario hasta que uno de ellos se puso delante de mí. Medía aproximadamente cinco pies con diez pulgadas a los dieciséis años de edad, y tenía algunos granos.

—No ha amanecido el día —dijo— en que no pueda pegar una paliza a un sucio indio.

Estaba dispuesto a creer eso en lo referente a peleas a puñetazos, que los cheyennes no practican. Los chicos indios luchan, pero, tal y como he indicado sobradamente, no tienen muchas razones para pelear con sus amigos cuando el enemigo normalmente está tras el siguiente abrevadero de bisontes. Y cuando se enzarzan con el enemigo, no es para darle una lección o hacerle morder el polvo, sino para matarle y arrancarle la tapa de los sesos.

Así que miré al muchacho con desprecio y le empujé al pasar, y él me golpeó con su grueso puño debajo de la oreja derecha. Debí de tambalearme durante ocho o diez pies, ya que su mano era grande y estaba al extremo de un brazo pesado, y dejé caer los libros por el camino. Los otros chicos se rieron a carcajadas, cacarearon y silbaron. Desde la carga con sable no me había metido en una bronca, y no estaba acostumbrado a ellas en la ciudad, y como uno tiende a seguir la costumbre de donde quiera que esté, me puse de rodillas lentamente, pensando, y el individuo lanzó la bota en dirección a mis cuartos traseros.

Eso hace que el pateador pierda el equilibrio: debería haberlo sabido, si quería ir por ahí dando patadas a la gente, pero lo averiguó entonces. Rodé bajo el pie levantado y le hice perder el apoyo de la otra pierna. Cayó como un saco de azúcar. Le metí la pezuña bajo el cuello y saqué el cuchillo de descabellar de debajo de mi camisa...

No, ni siquiera le arañé. Al mismo efecto, le podía haber dejado ahogarse si no hubiera levantado el pie de su cuello, pues le cortaba la respiración y se estaba poniendo morado. Pero yo no era indio, y pensé que lo había demostrado retirando mi cuchillo, recogiendo mis libros y siguiendo mi camino.

Cuando llegué a casa, el ángulo de mi mandíbula debajo del oído estaba hinchado como si estuviera masticando un puñado de nueces. La señora Pendrake lo vio de inmediato, y dijo:

—Ah, Jack, tengo que llevarte al dentista.

Dije que no, que no era la muela del juicio. Estábamos en el salón, donde siempre dábamos las clases, aunque estaba lejos de ser el mejor lugar de la casa para ese fin, porque se podía oír al Reverendo murmurando en su estudio cercano, pero supongo que a ella le gustaba.

Pues entonces qué va a ser, preguntó. Ese día iba vestida de azul brillante, que le

sentaba muy bien, especialmente cuando sus ojos tristes adoptaban exactamente el mismo tono que el vestido. Hay un momento del año, más adelante, en que la pradera de los bisontes se vuelve de un color leonado, y cuando estás subiendo a una elevación y el sol le da oblicuamente, ese es el color de su pelo. Estábamos sentados como de costumbre, hombro con hombro en el sillón del amor afelpado, yo lo más lejos que podía, debido a que cuando estaba al lado de una dama tan exquisita siempre tenía miedo de que todavía apestase, aunque mientras estuve con los Pendrake me bañé todos los sábados, aun cuando no lo necesitara.

—Una pelea —dije yo—. Un chico me ha pegado.

Hizo una O con la boca, que se quedó medio abierta, de forma que se podía ver un rastro de marfil más allá de su labio rosado, y puso su fresca mano sobre la mía. Estaba intentando ser una madre, pero no sabía cómo. Por pelear, una madre te pega si no te han hecho daño, o te cura si te lo han hecho. Pero la señora P. pensó que lo oportuno era mostrarse triste, pues tenía un concepto ideal de todas las cosas.

A esto es a lo que me refiero cuando digo que la ayudaba: dejé que mis ojos cayeran hacia el bulto de su pecho, y levanté su mano hacia mi mandíbula.

—Cómo palpita —dijo—. Pobre Jack.

Y ya sabe cómo son las cosas, no sabría decir si fue principalmente ella o yo, pero pronto tuve la cara apoyada en su pecho y mis palpitaciones se alternaban con las de su corazón.

Imagino que estará pensando que yo era un tipejo nauseabundo. Bueno, crea lo que quiera, pero recuerde que la señora Pendrake era solo unos diez años mayor que yo. Me costaba considerarla mi madre, pero al mismo tiempo nunca antes de aquello pensé en ella como una chica, ya me entiende. Cuando se trataba de idealismo, yo no andaba corto. Le he contado que los cheyennes eran mojigatos, y que el combate requiere la misma clase de energía que el sexo. La paz es la época de estar cachondo. La mayoría de los comerciantes gordos de la ciudad eran auténticos sátiros comparados con un guerrero indio. Y los otros chicos blancos de mi edad ya estaban colándose en los burdeles o tirándose a las doncellas.

Con la inactividad a la que yo estaba sometido, y especialmente con los estudios... no sé mucho sobre los eruditos, pero imagino que deben de ser una caterva de lo más carnal, porque en mi experiencia con la vida de la mente, aunque estuviera interesado en ella, pasado un rato la tensión se acumulaba debido a la naturaleza invisible de lo que se estudiaba. No puedes verlo ni ponerle las manos encima, pero reclama tu absoluta atención. Al cabo del tiempo, me ponía nervioso. Luego pensaba en chicas para aliviarme.

Ahí tiene el trasfondo de ese incidente, antes del cual nunca había tenido un pensamiento indecente hacia la señora Pendrake, y ya puede cerrar la boca, porque no pasó nada más. Era una dama exquisita: si no lo hubiera sabido por otros medios, lo habría sabido por la dureza de su pecho, que si acaso, me hizo daño en mi mandíbula magullada. Llevaba puesta una ballena. Si Mujer Baño de Bisonte te apretaba contra

ella, era como hundirse en una almohada.

Además, en aquel momento apareció una pequeña delegación en la casa: el chico con el que me había peleado, su padre, y un alguacil de la ciudad, listos para ahorcarme, imaginaba, por atacarle con un arma mortal.

Aunque la señora P. como madre dejaba algo que desear, en este tipo de situaciones no había quien la superase. En relaciones educadas, por así llamarlas, era la Reina de Inglaterra.

En primer lugar, mantuvo a la gente en el vestíbulo mientras ella y yo seguíamos en el sillón del amor. No quiero decir que dijera «No pasen de ahí»; es que simplemente tenía esa fuerza de voluntad. La cuestión es que el alguacil, un individuo fornido, llenaba la puerta entera, y si el padre del chico quería decir algo, tenía que hacerse a un lado. Estaban todo el rato chocando el uno con el otro. Al chico no llegamos a verle.

—Señora —dijo el alguacil—, si esto le resulta inconveniente, podemos venir en cualquier otro momento. —Esperó un rato, pero la señora Pendrake no contestó a dicho comentario—. Bueno, pues entonces aquí tengo a un chico, Lucas English, hijo de Horace English, propietario de la tienda de pienso...

—¿Es ese el señor English, el que está detrás de usted, señor Travis? —preguntó la señora P., y entonces el alguacil y English, un tipo vestido con chaleco y ligas en las mangas, hicieron un pequeño baile para intercambiar posiciones y Travis se quitó el casco, y English dijo:

—Sí, señora, y no hay nada personal en esto, señora Reverenda, pues he estado agradecido al Reverendo durante muchos años por permitirme cubrir sus necesidades en el aspecto alimentario...

La señora Pendrake siguió sentada con su sonrisa fría:

—Imagino que se refiere a los apetitos del animal del Reverendo Pendrake, ¿verdad, señor English?, y que no estará sugiriendo que el señor Pendrake coma avena.

English tragó saliva con una risa falsa, que hizo que la pezuña se le hundiera aún más en la garganta, y el alguacil le apartó y volvió a ocupar el marco de la puerta.

—Lo que ocurre, señora —dijo—, es que parece que ha habido una pelea entre dos chicos. Uno de ellos tenía un cuchillo, y según la declaración del primero, dijo que le arrancará la cabellera con él como es la costumbre de los pieles rojas —y sonrió—, lo cual, por supuesto, no está permitido por la ley.

—El poeta nos dice que errar es humano —dijo la señora Pendrake—, señor Travis. Estoy segura de que el hijo del señor English no quiso utilizar su cuchillo contra mi querido Jack, sino simplemente proferir una amenaza infantil. Si Jack puede perdonarle, no presentaré cargos.

Me miró y preguntó:

—¿Querido?

—Claro —dije yo, sintiéndome muy raro al oírla llamarme así por vez primera.

—Ah, entonces, señor Travis —dijo la señora P.—, por lo que a mí respecta, asunto concluido.

Le dio las gracias, y llamó a Lucy para que les acompañara a la puerta.

Después de aquella grandiosa actuación, debía algo a la señora Pendrake. Oh, supongo que incluso entonces sabía que no lo había hecho por mí, aunque era obvio para una mujer lista como ella que era yo quien tenía el cuchillo. Simplemente no estaba dispuesta a dejar que ningún hombre le cantara las cuarenta, ni siquiera de forma indirecta. El hecho de que yo perteneciera a ella me daba inmunidad absoluta, desde su punto de vista. Nunca había conocido a una mujer, blanca o piel roja, que tuviera semejante opinión de sí misma, lo cual le concedía un poder, aunque se podría decir que utilizado de forma negativa. Si lo hubiera usado de forma positiva, habría sido varonil, pero nadie podría haber tomado jamás a la señora Pendrake por nada menos que una mujer al 110 por ciento, aunque costaría confundirla con una madre.

Pero en aquel momento, pensé que podría complacerla fingiendo para provocar esa misma confusión. Puede que llamarme «querido» hubiera sido tan solo un numerito por su parte, pero le aseguro que me gustó oírlo delante de aquellos patanes.

Así que dije:

—Madre —«Madre» fue lo que dije—, madre, ¿qué poeta es el que escribió esa frase?

Bueno, aquella palabra obró maravillas, aunque la primera vez quizás no la pronunciara con demasiada convicción. Por supuesto que no dijo eso, sino que fue a la estantería y volvió con un libro.

—El señor Alexander Pope —dijo—, que también escribió: «Los necios se precipitan donde los ángeles temen pisar».

Me leyó algunos versos de aquel hombre, que sonaban como el trote de un caballo si uno no prestaba atención a las palabras o no entendía la mayoría, como yo. Lo que entendí me pareció bastante sensato, como si ese tipo tuviera la última palabra en todo.

Mi única queja era que para ser poeta no era demasiado romántico. Pensará que un chico que ha vivido la vida que he vivido yo sería de lo más realista, si no directamente cínico. Tal vez, pero nunca lo apliqué a las mujeres, o al menos a las mujeres hermosas blancas que no servían para ningún propósito práctico.

En aquel momento me encapriché de la señora Pendrake. Supongo que incluso en el momento actual de mi vida, sigo sintiendo debilidad por las mujeres elegantes y finas. También me atrae que muestren autoridad, como cuando se desembarazó de aquel alguacil y del vendedor de piensos, y que tengan un conocimiento de las cosas más delicadas, como la manera en que sujetaba las obras del señor Pope, con la cabeza inclinada contra el sol de la tarde que llegaba por la ventana del oeste, de manera que los bordes de su nariz y de su frente eran cristalinos y su pelo como oro viejo. Siempre sabía qué era lo correcto en lo tocante a la civilización, igual que un indio sabe lo que es para lo salvaje. Y comprendí entonces que la inutilidad formaba

parte de ello. Si uno pone a trabajar a una mujer así, pierde lo que le da un valor especial, y es como convertir una estatua en un poste para amarrar el caballo.

Pensé que entonces ya me había hecho una idea de lo que era la vida de los blancos. No tenía nada que ver con el motor de vapor, ni con la aritmética, ni siquiera con los versos del señor Pope. Su objetivo era producir una señora Pendrake.

He dicho que estaba encaprichado, pero podríamos llamarlo amor, y me sentí profundamente abrumado por él y conmovido hasta el borde de mi asiento.

Fue justamente entonces, mientras deslizaba mi trasero sobre la felpa, cuando apareció el Reverendo en la puerta detrás de nosotros, que daba a su estudio. Había dejado de murmurar allí dentro cuando llegaron los hombres. Ahora se puso a dar vueltas pesadamente delante de nosotros, y durante algunos instantes su esposa siguió leyendo el poema en el que estaba enfrascada, así que esperó hasta que hubo terminado. Luego habló conmigo.

—Muchacho —dijo, con mucha amabilidad—. Muchacho, en mi opinión has trabajado intensamente en tus estudios durante los tres meses transcurridos desde tu llegada a esta casa.

Lo siguiente que hizo fue detenerse y mesarse la barba. Los prodigios de aquel día eran incesantes. Después de la primera tarde, no me había hablado más de lo que había hablado a la señora Pendrake.

—No quiero que tengas la idea equivocada —dijo por fin— de que aquí pensamos que la vida es solo obligación. Por tanto mañana, que es sábado, y si la señora Pendrake no te reclama y si te sientes favorablemente inclinado a ello, desearía llevarte a pescar.

Bueno, dado que estábamos en noviembre, y aunque todavía no era invierno, el tiempo ya era frío y húmedo, y no era la época que ninguna persona cuerda hubiera elegido para pescar por deporte, no perdí tiempo en aceptar la invitación. Añádase a las otras razones en contra de hacerlo que no soportaba al Reverendo excepto cuando comía, y no comprenderá por qué lo hice hasta que diga que si él parecía estar en deuda con su esposa, yo acababa de sentirme en deuda con él.

Así que al día siguiente salimos, camino del arroyo con un tiempo detestable, con el aire parecido a una gran esponja llena de agua, y tan pronto llegamos al arroyo alguien la apretó y empezó a llover a cántaros. Habíamos venido en un carro descubierto conducido por Lavender, y a él fue al único que se le ocurrió llevar protección contra las inclemencias del tiempo, pues tenía un dedo gordo que era infalible como medidor de sus variaciones.

Desde el primer momento me di cuenta de que el Reverendo no sabía nada de pescar, por la forma en que ponía en el anzuelo la masilla, que era lo que usamos, dado que Lavender afirmó que no había podido encontrar lombrices a finales de noviembre. Y el día era lo suficientemente desagradable como para desalentar a un loco del deporte. Pero Pendrake había dicho que iba a pescar, y eso era lo que estaba decidido a hacer, aunque el agua que hacía remolinos en el ala de su sombrero

chorrease por su abrigo negro. Por cierto que iba vestido como siempre, sin ningún tipo de preparación especial para el ocio.

Lavender nos ofreció su paraguas de forma poco sincera, por lo cual no le culpo, pero Pendrake dijo que no, que no lo necesitaba, así que Lavender se lo quedó para él y extendió una manta bajo un árbol y se instaló allí y miró una revista ilustrada que alguien le había dado, aunque no sabía leer. Pero parecía sacarle más provecho que los que sí sabían, porque se reía con ella.

El Reverendo y yo bajamos a la orilla caminando junto a unos sauces que ya estaban parduzcos y dijo:

—¿Qué opinas de este sitio, muchacho?

—Me parece tan bueno como cualquier otro —dije yo. Tenía el pelo apelmazado por la lluvia y el agua caía a chorros por mi pecho; parecía ridículo si pensaba que lo que se suponía que estábamos haciendo era pasarlo bien, pero no me molestó calarme en sí, ya que siendo indio me había empapado muchas veces tanto dentro como fuera de la tienda, pues las pieles de tipi normalmente tienen goteras cuando han sido usadas un tiempo, especialmente en las costuras.

Pero él me miró con aquella barba negra y dijo con auténtico sentimiento, pues su voz sonó menos densa:

—Ah, muchacho, te estás calando.

Y al tiempo sacó un gran pañuelo y me secó la cara suavemente.

Creo que no sabría explicarlo, pero esa fue una de las cosas más auténticamente amables que nadie había hecho nunca por mí. No importaba que no me sintiera molesto o que su repentino descubrimiento de la lluvia después de que hubiera diluviado durante algunos minutos hubiera podido parecer estúpido. Me puso la manaza sobre el hombro empapado y pareció sentirlo más allá de toda medida. Nunca le había mirado directamente. Sus ojos eran del color de la avellana y no tenía demasiados párpados. Sin la barba, habría perdido gran parte de su fiereza, aunque sin duda poseía una enorme fuerza muscular.

—No tenemos que quedarnos si no quieres —dijo—. Podemos volver. Ha sido una idea desafortunada. —Sacudió la cabeza como un bisonte y las gotas salieron despedidas de la barba; se volvió y miró el río turbio y dijo—: Envía la lluvia sobre los justos y los injustos.

—¿Quién? —pregunté yo, pues no lo sabía.

—Pues nuestro Padre Celestial, muchacho —dijo Pendrake y, volviéndose hosco de nuevo, echó el sedal al agua, que estaba tan revuelta por la lluvia que el corcho no paraba de bailar, de modo que uno no podía saber si había picado una ballena.

Los indios siempre habían pescado con lanza, que a mí me parece una actividad más interesante que con sedal y anzuelo. Además, la lluvia empezaba a molestarme: en apenas un mes me había ablandado. Sin embargo, no quería herir los sentimientos del Reverendo, así que le hice una astuta sugerencia.

Siguiéndola, hizo que Lavender bajara el carromato a la orilla, la cual era lo

bastante ancha y llana para permitirlo, y que desenganchase el caballo y lo llevara otra vez bajo el árbol, y nos arrastramos bajo el coche, dejando que asomaran nuestras cañas; así tuvimos un techo contra los elementos.

Aquello se le habría ocurrido a cualquier imbécil, pero el Reverendo quedó muy impresionado por lo que llamó mi «agudeza». Pareció aliviado al ver que ya no me estaba empapando. En cuanto a él, la cosa era más complicada: su problema era que no podía permitirse ningún placer aparte de comer. Habría preferido estar calado e incómodo, que es la única razón que soy capaz de imaginarme para que fuéramos en el carro abierto en vez de en la calesa cerrada que también tenía. Nunca pude entender qué hacía allí Lavender, excepto que tal vez el Reverendo estuviera incómodo solo conmigo.

Un hombre de su tamaño estaba estrecho bajo el carro. Nos quedamos allí un rato oliendo a lana mojada, durante el cual la corriente enredó nuestros sedales y los arrastró inútiles hasta la orilla, y sin duda no tardó en deshacer las masillas.

Por fin, Pendrake dijo:

—Muchacho, por lo que preguntaste antes sobre la lluvia, comprendo mi delito.

Estaba doblado, con la barba apretada contra su abultado vientre, y miraba la corriente a través de la manta de agua que caía del cielo.

—Te he dejado vivir en la ignorancia de un animal, aunque se me ha encargado específicamente la misión de conducir a los hombres al conocimiento de Dios. Ayer —continuó— llegó a mi atención la conciencia de que te estás acercando rápidamente al territorio de la edad adulta, y que pronto el muchacho se convertirá en un hombre.

Durante un minuto tuve miedo de que me hubiera visto sobre el pecho de su esposa y hubiera malinterpretado aquella escena.

—La señora Pendrake —empezó, y recogí las piernas por si tenía que salir corriendo—, la señora Pendrake, al ser una mujer, es completamente inocente en estas cuestiones. Ella no ha sido partícipe de una mentira. Al mirarte a través de los ojos de una madre, no ha visto ninguna mácula en el muchacho que conoce, y eso la honra.

»Pero yo soy un hombre, y como tal, no soy extraño a la impureza. Yo también he pasado por los años en que tú te encuentras ahora. Conozco al Diablo, muchacho. Le he dado la mano. Le he abrazado y he olido su fétido aliento y he pensado que era el más exquisito perfume.

Se acaloró con aquellas observaciones y apretó la cabeza contra el suelo del carromato, espachurrando su sombrero negro, mientras el carromato se levantaba algunas pulgadas del suelo.

Luego se tranquilizó y habló con voz suave.

—He oído el coloquio a través de la puerta de mi estudio. Sé que eras tú quien tenía el cuchillo, muchacho, y me imagino muy bien tus motivos para utilizarlo contra otro... La identidad de la chica no me interesa. Estoy dispuesto a creer que

aunque estabas haciendo la obra del Diablo, no le reconociste bajo su apariencia femenina. ¿Tiene mejillas de terciopelo, muchacho, y pelo de satén y ojos con largas pestañas ceñidas de damasco? No importa, bajo esa máscara hay una calavera de hueso blanco con cuencas vacías, y la boca rosa y suave es la cueva de la muerte.

Tiré de mi sedal como si hubieran picado, pues, ¿qué podía contestar a eso? En cuanto a las chicas con las que había tratado hasta el momento, tenían diez años y estaban en mi misma clase de la escuela.

—No te condeno, muchacho —dijo Pendrake—. Te digo que conozco el fuego que se enciende en la entrepierna y sube consumiendo todo el cuerpo. Sé que los pueblos primitivos entre quienes has pasado tu mocedad elevan a sagrada dicha conflagración. Pero en eso nos diferenciamos de ellos, ¿no? En que nosotros encauzamos nuestras energías bestiales. En que nosotros no profanamos, sino que preservamos. La mujer es un recipiente, y está en la mano del hombre hacer que ese recipiente sea un cáliz dorado o el cubo del agua sucia.

Más o menos en aquel momento, Lavender bajó a la orilla bajo su paraguas, cargado con una enorme cesta cubierta con hule. Se agachó y nos miró debajo del carromato.

Cuando hablaba con el Reverendo adoptaba un estilo perezoso, lloriqueante y estúpido que yo sabía que reservaba para esas ocasiones, pues sabía que por lo demás era muy inteligente, aunque analfabeto, como he dicho.

—Señoría —dijo—, ¿va... a querer... su... comida?

—Déjala. Buen chico —contestó Pendrake de una forma entrecortada que probablemente pensaba que estimulaba a Lavender a moverse más deprisa pero que parecía tener el efecto inverso.

Cuando Lavender por fin se alejó pesadamente, Pendrake dijo:

—Ahí tienes un ejemplo. ¿Puedes creer que Lavender y Lucy habrían vivido en común, desafiando las ordenanzas de Dios y del hombre, si yo no hubiera insistido en casarlos?

Este es el momento para decir, y no volveremos a mencionarlo, que no sé si Pendrake era abolicionista o proesclavista. Había liberado a Lavender, si es que eso significaba algo. Y si era abolicionista, habría sido por la razón de que la libertad hacía que la gente de color fuera menos lujuriosa. Sé que en los libros de historia dirán que el tema de la esclavitud era un tema candente en Missouri en aquellas fechas, y que había guerras internas a causa de él, y tiroteos en mitad de la noche, un reino de terror y así. Bueno, eso no es mentira, pero se podía vivir en mitad de aquello y no enterarse de lo que estaba pasando. Recuérdelo la próxima vez que lea algo. Conocí a un hombre que cruzó las llanuras durante las guerras indias y nunca vio a un solo salvaje hostil. Así es cómo funciona la realidad. Yo nunca estuve interesado en la política, así que nunca vi nada. En aquellos días siempre había alguien a quien disparaban o apuñalaban, y uno no le daba mayor importancia. Y además tengo la idea de que Pendrake era tan respetable que nunca habría tomado

partido en voz alta por uno u otro bando.

El Reverendo se interrumpió en ese punto y levantó el hule de la cesta. Lucy nos había metido más comida de la que el grupo entero de Vieja Tienda comía durante un invierno completo. Había dos o tres pollos fritos fríos, un gran pedazo de jamón, media docena de huevos cocidos, dos rebanadas de pan y un pastel de chocolate, por mencionar únicamente los artículos más grandes.

Hasta entonces no habíamos hecho nada más que quedarnos sentados bajo el carromato, así que no tenía demasiada hambre. También estaba un poco revuelto por estar vestido con lana empapada; los cheyennes vestían cuero, que aguanta la lluvia casi como si fuera tu propia piel. O tal vez me sintiera avergonzado porque Pendrake estuviera parloteando sobre asuntos que deberían ser privados. Supongo que ya lo sabía con diez años, antes de irme con los indios, pero había olvidado que los blancos consideran sucia la unión de hombres y mujeres, así que la mezclaban con la ley. Lucy y Lavender compartían el mismo cuarto, pero iba contra las leyes de Dios y del hombre hasta que Pendrake dijo unas palabras delante de ellos, y después de eso ya no había problema.

Bueno, ver al Reverendo consumir aquel almuerzo fue toda una diversión. Yo me comí un muslo, un huevo y un pedazo de pan y otro de pastel, y me sentí incómodamente lleno. El resto no tardó en acabar en la gran barriga de Pendrake. Lo que quedó del contenido de la cesta al cabo de quince minutos fue un montón de huesos mondos y de cáscaras de huevo.

Luego se cepilló la barba con los dedos, aunque durante mi relación con él nunca vi que se le cayera una miga en esa maleza —sospecho que era muy limpio con la comida porque no quería dejar que se le escapara ni un bocado— y se hurgó en los dientes y se aclaró los conductos con un gran trago de una jarra de agua que Lucy había incluido.

—Me ha producido una gran satisfacción tener esta charla contigo, muchacho —dijo entonces—. Y confío en que sacarás algo bueno de ella. Antes de este momento no habíamos tenido ocasión de conocernos, pues aunque soy tu padre sobre la tierra, estoy muy ocupado sirviendo a mi propio padre en el cielo. Pero Él también es tu padre, y al servirle a Él te estoy sirviendo a ti, si lo hago correctamente. Ese esfuerzo me deja poco tiempo para el delicioso entretenimiento que estamos disfrutando hoy, aunque disfrutar con moderación no es ningún pecado.

No he mencionado que los domingos me tenía que sentar en la iglesia y escuchar la cháchara de Pendrake. Mi único consuelo era que la señora P. también tenía que ir, vestida con sus elegantes ropas, y que me sentía orgulloso de sentarme al lado de la mujer más bella de la ciudad, a la cual los hombres, incluidos los mayores, lanzaban miradas furtivas que irritaban a sus mujeres. ¡Pero qué sermones! El problema de Pendrake era que no tenía ningún fuego. Al contrario que mi viejo, no se desahogaba con la religión, sino que esta le hacía sentirse embotellado. Tal vez eso impidiera que le mataran los salvajes, pero tal vez sea peor no abrir nunca tu espíritu al viento.

El caso es que siempre hablaba mucho del «pecado», y lo que empecé a preguntarme ahora que estábamos allí sentados fue qué constituía tal en su opinión. Puede que recuerde que para mi padre era maldecir, masticar tabaco, escupir y no lavarse la cara. Parecía probable que Pendrake tuviera otra perspectiva. El caso es que era obvio que no íbamos a pescar nada, y la comida se había acabado, y a pesar de las observaciones del Reverendo sobre la satisfacción proporcionada por nuestra pequeña charla, todavía tenía aspecto de sentirse incómodo. Sospecho que un hombre que no para de decir palabras se pregunta si alguna vez las escucha alguien.

Así que para complacerle, por la misma razón por la que había llamado «Madre» a la señora P., le pregunté por el pecado. No era mala gente, y me había limpiado la cara. Soy como los indios: si se me trata bien, intento corresponder.

Su definición de pecado era más amplia que la de mi padre, y contenía una lista de detalles mucho más larga que la que me había dado mi padre, probablemente porque papá era solo un aficionado a predicar y no sabía leer. Pues la lista de Pendrake no era exactamente suya, sino más bien, como luego reconoció, la del San Pablo bíblico.

—Las obras de la carne —contestó el Reverendo—. Y «las obras de la carne son manifiestas, que son estas: el adulterio, la fornicación, la suciedad, la lascivia, la idolatría, la brujería, el aborrecimiento, la discrepancia, las imitaciones, la ira, el conflicto, la sedición, la herejía, la envidia, el asesinato, la embriaguez, el abandono y semejantes».

Era curioso que los años más importantes de mi educación hasta aquel momento hubieran sido dirigidos por mi segundo padre, que era Vieja Tienda. Si uno quita la «envidia» de esa lista —pues él no codiciaba demasiado, debido a su creencia de que ya tenía todo lo que era importante—, tendría la descripción perfecta del carácter de aquel indio. Y sin embargo, entre los cheyennes tenía tanto éxito como era posible.

En cuanto a mí, solo había cometido algunos de aquellos delitos; por otra parte, todavía era joven.

Durante el resto del día, sin embargo, me mantuve bastante puro e incluso amplié el periodo durante varias semanas más. Eso era lo que me había hecho la vida de los blancos. La primera vez que me empapaba en la civilización, y cogía una neumonía.

CAPÍTULO 10

A través del postigo

Me puse muy malo, como no lo había estado desde mi primera infancia. No me importa que me hieran, pero aborrezco estar malo. No es que me guste recibir una herida, pero si uno tiene que pagar un precio, prefiero que sea eso que no alguna enfermedad la que te meta en cama. No me gusta quedarme tumbado a menos que me falte algún pedazo de carne y pueda ver cómo se remienda.

Verá a qué me refiero con lo del precio. A pesar de mis cínicas maneras propias de acercarme a los dieciséis años de edad, el Reverendo me había conmovido con su palabrería puritana, y la noche después de la expedición de pesca había tenido sueños en los que hacía todo lo que podía, aunque sabía que era malo, para convertir el cáliz dorado de la mujer en un cubo de agua sucia, como él decía.

Podría decir que fue él quien me dio la idea, igual que fue él quien me dio la neumonía con aquella salida bajo la lluvia, pues eso era lo que tenía por la mañana, aunque al principio pensé que era un resfriado y me levanté como de costumbre. Pero durante el desayuno me sentía tan mal que me mareé cuando Pendrake se zambulló en su gran masa de huevos, aunque fue tan limpio como siempre, de modo que la señora P. me puso su fresca mano sobre la frente, que se sonrojó al mismo tiempo que yo sentía un escalofrío en los huesos.

Pronto estuve de vuelta en la cama, y por fin vino un viejo médico de blancos bigotes, pero puedo asegurarle que no tenía la medicina de Lobo Zurdo. Estuve malo tres semanas, y luego supe que creyeron que moriría durante los primeros días y que el Reverendo vino y rezó por mí.

Me lo contó Lavender. Cuando empecé a mejorar, se dejó caer por mi cuarto frecuentemente. Recuerdo que la primera vez que le vi en pie junto a la cama al despertar del sueño que me dominaba la mayor parte del tiempo, tuve la ilusión de que volvía a estar entre los cheyennes. Tenía un semblante muy negro, pero los indios a veces se pintaban con ese color. En todo caso, no era blanco.

Así que hice un comentario en cheyenne.

—¿Perdón? —dijo él, abriendo mucho los ojos, y luego vi quién era y me sentí avergonzado.

—Vamos —dijo—, descanse tranquilo. No se preocupe por el viejo Lavender. Solo ha venido a ver cómo estaba.

Solía referirse a sí mismo de esa manera, como si estuviera hablando con una tercera persona. Imagino que tenía la teoría de que no toleraríamos que dijera «yo» o «mí».

—Creí que eras un indio —dije.

A veces una frase sirve para ganarte un amigo, y normalmente cuando no estaba previsto, pues he descubierto que raras veces se puede hacer de forma intencionada un cumplido que tenga éxito. No quiero decir que fuera enemigo de Lavender antes de que dijera aquello; más bien era que los dos aceptábamos sin más nuestra posición como muchacho y criado. Supongo que había venido a verme por curiosidad.

—Me he colado aquí aprovechando que todo el mundo menos Lucy está fuera —dijo—, y Lucy tampoco lo sabe o se enfadaría mucho.

Tenía mi propio cuarto en el segundo piso, con una gran cama blanda a la que tardé en acostumbrarme a dormir sin marearme.

—¿Nunca habías estado aquí antes?

—He subido muebles —dijo Lavender—, y he lavado las ventanas, pero nunca he venido de visita. Si se supiera que he estado aquí, usted podría decir que me llamó.

—Claro —le dije, y ya sabe cómo uno alimenta su autocompasión cuando está enfermo—. Parece que eres el único a quien le importa si vivo o muero. Eres el único que ha venido.

—Lo que pasa es que no se acuerda —dijo—. La señora se pasa aquí todo el tiempo, y el Reverendo ha hecho sus plegarias y creo que si no lo hubiera hecho, estaría muerto y ya habrían cavado un agujero en el suelo y le habrían amortajado y habrían vuelto a echar la tierra encima y la habrían allanado.

—Bueno —dije—, como no ha ocurrido, te agradecería que no entraras en tantos detalles. ¿Crees que ha sido Dios quien me ha salvado porque se lo pidió el Reverendo?

Lavender puso una mirada de inteligencia.

—No creo que fuera cosa de ese médico, que prohibió a Lucy darle su tónico hecho de raíces y semejantes, capaz de curar cualquier mal. Hubo una vez en que todo lo que comía se convertía en veneno y mi estómago era como una red de pesca. Lucy me dio su tónico y en menos de una semana podía tragarme un hueso como un perro, sin distinguirlo de un tazón de gachas.

—¿Por qué no te sientas en esa silla? —dije.

—No me importaría —dijo, y así lo hizo, un poco rígido al principio, pero luego sintiéndose poco a poco más cómodo—. Ha sido gracioso que me tomara por un indio. No sabía que eran negros.

En ese momento me di cuenta de que debía tener un emplasto de mostaza en el pecho, porque empezó a picarme, así que me rasqué mientras hablábamos.

—Vi un cheyenne tan oscuro como tú en Solomon's Fork —dije—. Le llamaban Mohkstavihi, que es el mismo nombre que dan a cualquier persona de color como tú.

—¿Negro?

—No, Hombre Blanco Negro.

Se rio en voz alta, y luego se detuvo y asintió seriamente.

—Ahora tengo que quemar hojas —dijo, y se marchó. Me pregunto si le herí los sentimientos, pero era la verdad, que se supone que le hace libre a uno.

Sin embargo, volvió al día siguiente, cuando la señora Pendrake había salido a comprar de nuevo y el Reverendo estaba en su estudio, y esta vez Lavender no temía a Lucy porque había reunido valor para pedir permiso a Pendrake para verme, y le fue concedido.

También tomó la silla sin que se la ofreciera, lo cual me pareció perfecto, pues debido a mi educación nunca pensé en cuánta confianza se podía dejar que se tomara un negro, aunque era algo que preocupaba mucho a los blancos de Missouri.

Resultó que a Lavender le fascinaban los indios. He dicho que la señora P. escuchó aquel primer día el relato de mis experiencias, pero allí se acabó todo su interés, así que supongo que lo hizo solo por mostrarse educada. Y creo que cualquier otro con quien me encontrara habría preferido la muerte antes que preguntarme por el tema.

Pero Lavender nunca tenía suficiente. Si no hubiera sido analfabeto, habría pensado que iba a escribir un libro.

Pasado un tiempo, dijo:

—He estado pensando en el indio oscuro que me dijo que había visto en el río Solomon, y creo que podría ser pariente mío.

Lavender era un tipo listo; no sabía leer ni escribir, ni había ido un solo día a la escuela, pero sabía muchas cosas. Empezó a hablar sobre el capitán Lewis y el capitán Clark, a quienes todavía no habíamos llegado en la escuela, pues sus nombres eran nuevos para mí.

—Los hombres blancos —dijo— subieron por el río hasta que se hizo tan fino que podían mantenerse con un pie en la orilla izquierda y otro en la derecha, y luego encontraron el agujerito del que manaba, y podrían haber metido un dedo y haberlo cortado, y ya no habría habido río Missouri, sino solo una gran zanja de barro de dos mil millas de largo, secándose y cuarteándose al sol.

No le creí, pero luego supe que era verdad. Me refiero a que Lewis y Clark eran gente de verdad, lo de que pudieran detener el río Missouri con un dedo era otro tema.

—El capitán Lewis y el capitán Clark llevaban con ellos a un hombre de color llamado York, y los indios nunca habían visto un hombre de color antes y pensaron que York iba pintado de negro, así que se escupieron en las manos e intentaron limpiar el color de York, y cuando vieron que no podían, se lo dijeron a los otros pieles rojas en millas a la redonda y todos vinieron a intentar quitarle la pintura.

»York era la cosa más interesante que los indios habían encontrado con el capitán Lewis y el capitán Clark. Y ¿sabe lo que hizo el muy guasón? Les dijo a los indios que había empezado su vida como un animal salvaje y que el capitán Clark le había cazado y le había domesticado hasta convertirle en un hombre. Luego rugió y enseñó los dientes, y los indios salieron corriendo. Pero tomaron mucho aprecio a York, le dieron regalos e hicieron que yaciera con algunas de sus mujeres para tener bebés negros.

Lavender levantó las cejas.

—Es probable que si hoy fuera allí —dijo— encontrase algunos de sus descendientes, cosa que me parece que ha hecho. York era primo primero de mi abuelo. Creo que era la persona más famosa de mi familia.

—Podría ser —dije yo.

—Cuanto más pienso en ello, más seguro estoy —dijo Lavender, y luego se inclinó sobre mí, manteniendo la voz baja—. No me importa decirle que me estoy preparando para ir allí yo mismo... Si se lo menciona a Lucy tendré problemas.

—¿No te la vas a llevar?

—Ella es la razón por la que me marché —susurró, mirando temerosamente hacia la puerta—. Si dejas que una mujer te atrape, lo lamentarás cada minuto de cada día. El Reverendo me compró a mi antiguo amo y me liberó según la ley. Le he oído decir: «Ningún hombre debe ser dueño de otro». Luego me obligó a casarme con Lucy, pues supongo que le parece bien que una mujer sea dueña de un hombre. Tal y como yo lo veo, saqué un beneficio y un perjuicio de la ley, así que ahora estoy en paz y antes de perderla quiero ir a donde no tengan ninguna ley y sean puramente salvajes.

—Tal vez deberíamos ir juntos —dije. Hasta aquel momento, nunca había pensado en huir de los Pendrake, pues me habían tratado bien, pero llevaba un par de meses en la civilización y seguía sin encontrarle el sentido cada vez que no estaba con la señora P. Ahora me sentía enfermo de una manera vergonzosa; se suponía que uno no tenía que sentirse enfermo por la lluvia, que es una cosa natural. Eso significaba que no vivía como es debido. La única vez que me sentí bien en la ciudad fue cuando tiré a Luke English al suelo y saqué el cuchillo. Y creía que mi sangre se estaba aguando por la falta de hígado de bisonte crudo. Lo único que había aprendido que parecía haberme calado era la lujuria, y el Reverendo me había dicho que era algo malo.

—Si pudieras esperar hasta que me sienta mejor... —empecé.

Pero Lavender frunció el ceño y dijo:

—No pienso escuchar eso. La diferencia entre usted y yo es que yo soy de color y usted es un chico. Nadie tiene derecho a impedir que un hombre de color que no es esclavo se escape, pero si se lleva a un chico con él, volverá a tener problemas con la ley.

—Escucha —dije—, cuando lleguemos más allá de Fort Leavenworth, seré yo quien te lleve a ti.

Aquello le hirió el orgullo, de manera que murmuró algo con la vista baja, y dijo:

—Bueno, de todas formas me voy esta noche. Esperaría si pudiera, pero no puedo.

—¿Qué más te da esperar unos días? —pues pensé que eso sería lo que tardaría en levantarme.

—Cada hora que pasa es una agonía viviente —dijo Lavender—. Es una

monstruosidad de la naturaleza que un hombre sea gobernado por una mujer.

Pensé que había sacado las palabras de algo que había dicho Pendrake, así que le pregunté que si Lucy le causaba tantos problemas, por qué no le pedía consejo al Reverendo.

—Oiga —me dijo Lavender—, no pienso decir nada contra su papá.

—Es mi padre —dije— solo por la ley de la que hablabas, y es algo prodigioso que un hombre pueda conseguirse nuevos parientes firmando un pedazo de papel.

A Lavender le impresionó mucho que yo tampoco tuviera una opinión elevada de la ley, y que al igual que él mismo fuera una víctima de ella, aunque no sufriera su inclemencia.

Hizo como si se encogiera de hombros con la boca y dijo en voz baja:

—De la forma normal no va a conseguir ninguno.

La espalda empezó a dolerme por un calambre muscular, y me removí en la cama.

—¿Qué quiere decir eso? —pero lo sabía muy bien, y la espalda me dolía más en el nuevo ángulo.

Lavender hizo una mueca y se echó atrás.

—No quiero buscarme un lío.

—Creía que esta noche te ibas a fugar.

Abrió los ojos.

—Es verdad —dijo, y sonrió aliviado—. Claro que voy a hacerlo.

—Alcánzame ese papel y el lápiz que hay sobre la mesa, y te dibujaré un mapa para encontrar a los cheyennes.

Le conté algunas cosas útiles para llevarse bien con los indios, concluyendo con:

—Puedes ser amistoso, pero nunca te arrastres sobre el estómago ante un cheyenne, no importa lo que haga, porque entonces será peor. Lo menciono porque últimamente han tenido muchos problemas con los blancos y podrían tener prejuicios.

—¿Contra los blancos?

—De los cuales tú eres uno de color —dije—. Me refiero a lo que ellos creen, que es la verdad cuando vives entre ellos, como la ley lo es aquí.

Dibujé el mapa, apoyando el papel en un libro. Lavender no sabía leer, pero podría seguir las líneas de los ríos.

—Si esperases un poco, te podría enseñar un poco del lenguaje de signos y tal vez también algo de cheyenne —dije.

—No —me dijo—, no puedo demorarme. Pero muchas gracias.

—Aguarda —dije cuando empezaba a levantarse de la silla—. No terminaste de contarme lo que habías empezado a decir del Reverendo.

Lavender salió y miró pasillo arriba y abajo, y luego volvió junto a mi cama.

—No se acuesta con su señora —dijo—. Supongo que porque es un predicador, pero otros predicadores de la ciudad tienen hijos, así que no debe de ir contra la ley.

—¿Quieres decir que no lo hace nunca? —pregunté—. Pues he conocido indios que no lo hacían durante un tiempo porque habían tenido un sueño, o porque era

antes de la guerra.

—Nunca —dijo Lavender—. Lucy lo ve en la yema del huevo. Es un don que recibió de una bruja. Por eso me marchó. Cada vez que voy con otra mujer, Lucy lo ve en un huevo.

Lavender no se escapó aquella noche. Volvió a verme al día siguiente y ni siquiera se disculpó por no llevar a cabo su plan. En vez de eso, habló como si se refiriese a la noche siguiente, y lo mismo pasó la siguiente, y así. La gente que habla en lugar de actuar me saca de quicio. Supongo que Lavender solo quería tener alguien a quien quejarse, y eso está muy bien, pero me hubiera gustado que lo reconociera. Por otra parte, supongo que uno debe tener un rasero diferente para juzgar a un hombre que había sido un esclavo hasta cumplir los veintidós años de edad. Tarda un tiempo en saber lo que puede hacer, y tal vez habría que reconocerle el mérito de ser capaz de concebir la idea de la libertad verdadera.

El caso es que no debería quejarme de su presencia, pues era la única persona de la ciudad con quien podía hablar con comodidad. El chico a quien había pegado, Luke English, vino a visitarme mientras estaba enfermo. Todavía me odiaba a muerte y pensaba que le había engañado, en vez de vencerle en buena lid —los blancos siempre creían lo mismo cuando les vencían los indios—, pero su padre quería hacer la pelota a los Pendrake, así que le envió con un pastel que había hecho su madre. Luke se detuvo por el camino y pasó la lengua por el recubrimiento, lo cual no me importó, porque todavía no podía comer y no habría sido capaz de comerme una bomba como aquella ni siquiera cuando estaba bien.

Tan pronto como la señora Pendrake, que le había abierto la puerta, volvió abajo, Luke empezó a hablar indecentemente. Él y el Reverendo podrían haber montado un espectáculo ambulante, manteniendo debates en público, porque representaban los polos opuestos.

—Oye —observó Luke, examinando mi cuarto con sus ojos malignos—, menudo tipi tienes aquí montado. ¿Alguna vez has metido aquí a una chica?

—¿Y tú? —le pregunté con desdén.

—Yo no tengo algo tan privado. Yo tengo que dormir con tres hermanos. Mi viejo y mi vieja le dieron tanto al asunto que han llenado la casa. También tengo cuatro hermanas. La mayor solo tiene dieciocho años. Un tipo se mete en su cama todas las noches y se aprovecha de ella. Papá no sabe qué hacer.

Fui lo bastante tonto como para preguntar:

—¿Por qué no le pega un tiro?

—Oh —dijo Luke, cacareando—, porque es su marido.

Se sentó al pie de mi cama.

—¿Cómo es con las *squaws* indias? Dicen que huelen mucho. Dicen que si quieres a una, tiras una judía a través del fuego y la que le caiga más cerca tiene que

ir contigo aunque esté casada con el jefe. Nunca he probado con una india. Las que he visto me han parecido muy feas. Si no tuviera otra cosa preferiría hacerlo con una oveja gorda.

»Claro que no me va nada mal. El otro día entré en el cuarto mientras la morena estaba limpiando. No había nadie más en el piso de arriba, aunque mi madre y mis hermanas estaban en la cocina. Así que sobé un poco a la negrita, y luego la tumbé y se la metí...

Nunca me han gustado las historias guarras, sean falsas o verdaderas; si son buenas, solo sirven para ponerte ansioso, y si no, creo que no hay nada más aburrido en el mundo. En cuanto a Luke, a medida que hablaba, más me convencía yo de que su experiencia consistía únicamente en toquetearse él solo hasta el punto de la idiotez.

No obstante, cuando la señora Pendrake vino y nos preguntó si queríamos un vaso de leche y yo dije que no y mostré que estaba cansado y él dijo que sí y ella se lo llevó a la cocina, con él mirándola de arriba abajo tan pronto como volvió la cabeza, sentí muchos celos, pues incluso un crío repugnante como aquel pertenecía al sexo masculino, y la señora P. lo sabía. No podía evitar recordarte que era una mujer. No quiero decir que hiciera ni lo más mínimo que se pudiera percibir a simple vista, y como ya he dicho, se mostraba muy fría con la mayoría de los hombres y se comportaba como si todos estuvieran plantados en un montón de estiércol de caballo a unos diez pies por debajo de donde estaba ella.

Después de que hubo pasado tiempo suficiente para beberse un galón, Luke volvió arriba, donde había olvidado su gorra. Se estaba lamiendo sus gruesos labios, que supongo que era lo lógico teniendo en cuenta que tenía un cerco de leche alrededor. Pero yo tenía mi cuchillo bajo la almohada, y recuerdo jurar que si hacía una sola referencia a la señora Pendrake, le arrancarí su negro corazón.

Pero se limitó a decir:

—Bueno, le diré a mi padre que no vas a morirte de la paliza que te di. Yo no te guardo rencor si tú no me lo guardas a mí. Cuando te levantes, te presentaré una buena puta en casa de la señora Lizzie.

Yo había sido hombre antes de tiempo, y ahora estaba siendo un niño después de mi hora, tumbado allí día tras día, y cuando nadie hablaba conmigo, miraba el techo y veía una mujer desnuda grabada en él. Me apresuro a decir que no se trataba ni de la señora P., ni de las mujeres indias que había visto de vez en cuando sin ropas, aunque los cheyennes son pudorosos, y por ejemplo si hubiera tropezado con Nada desnuda nos habríamos llevado un sobresalto, sino que se trataba de una foto de una mujer desnuda que solía colgar de la barra de la cantina de Evansville años antes, cuando mi padre predicaba allí.

Es una cosa curiosa que me viene de vez en cuando a la memoria aunque no significa nada. Le ponían una manta encima durante los servicios, y recuerdo que Bill se reía y que mis hermanas se sonrojaban, pero para mí era simplemente aburrida:

estaba gorda de pecho y caderas, y tenía una nalga carnosa cruzada sobre la otra para esconder la entrepierna. Sus pezones eran púrpura, y eso era todo lo que podía decir a la edad que tenía entonces, porque me recordaban a ciruelas.

Pero allí estaba, en el techo de mi cuarto. Supongo que hacía juego con todo lo demás de la casa, la imagen y no la realidad: la maternidad de la señora Pendrake, la autoridad espiritual del Reverendo, la libertad de Lavender y mi mujer que nunca había existido.

Por fin me sentí lo bastante fuerte como para dar paseos por el exterior siempre y cuando me abrigara, pues ahora era invierno y habían caído un par de copos de nieve mientras estaba acostado. Y una tarde, cuando habíamos terminado la cena, durante la cual el Reverendo había superado su propia marca al acabar con un pavo él solo, pues la señora P. comió muy poco y yo todavía estaba a sopas, la señora Pendrake dijo:

—Querido, te vendría bien como distracción acompañarme a dar un paseo al centro. Podríamos beber un refresco y comprar ropas nuevas.

No entraré en las compras, que la señora P. liquidó en un tiempo asombrosamente breve para ser una mujer, aunque compró muchísimas cosas tanto para ella como para mí. Imagino que era con las ropas como el Reverendo con la comida: glotona, pero limpia. No obstante, yo todavía no me sentía muy fuerte, e incluso cuando estaba bien me mareaba en las tiendas. Ella se dio cuenta y dijo:

—Vamos a tomar ese refresco.

Nunca había estado en el sitio al que fuimos, que acababa de abrir mientras yo estaba enfermo. Era muy elegante, con pequeñas mesas de mármol y sillas de alambre y algunos bronce, y había una gran barra de mármol y encima de ella un recipiente parecido a una urna fúnebre chapada en plata, con un cupido sentado en lo alto y dos cabezas de elefante saliendo del cuenco. En la base de la estructura había seis o siete manijas bajo las cuales ponían tu vaso, derramaban algún sabor sobre él, luego lo ponían debajo de la trompa del elefante, giraban su oreja, y salía la soda.

El individuo que llevaba el negocio me cayó antipático de inmediato, pues tenía una elevada opinión de sí mismo, llevaba un chaleco brocado y una flor artificial en la solapa y era muy alto. Supongo que podría decirse que a algunos les parecería guapo, afeitado y con el pelo negro y rizado. En todo caso, él pensaba que lo era. Lo que no me gustaba era la manera tan presumida en que llevaba un local al que las mujeres y los niños entraban para tomar un refrigerio.

Este individuo servía los refrescos personalmente, luego ponía los vasos en una bandeja de plata que un chiquillo de color que iba vestido como un pequeño árabe, con turbante y pantalones de globo, te llevaba a la mesa. Le di de propina un penique que el Reverendo me había dado, y no se mostró nada agradecido, sino que lo mordió para ver si era auténtico, y se lo metió en su zapato de punta curva. Lo hice porque a esas alturas quería hacerme el adulto que acompañaba a la señora P., en lugar de viceversa, ya que tenía casi dieciséis años. De pie, era más bajo que ella, pero sentados éramos aproximadamente de la misma estatura.

Ella captó la idea, pues la señora Pendrake sabía en cada instante cuál era la situación exacta en lo tocante a hombres y mujeres, y sin llamar la atención me pasó un dólar para que pudiera pagar la cuenta cuando llegara el momento.

Fue perfecto durante aproximadamente dos minutos, ella y yo juntos, y ella me llamó «querido» muchas veces y el refresco de sabor a cereza que bebía dejó un resplandor en su labio inferior. Nunca había visto nada tan adorable como su vello facial entre el sombrero de piel y el cuello. Solo existíamos el uno para el otro, y odiábamos a todos los demás que había en aquella tienda, y puede que al resto del mundo también.

Entonces llegó aquel miserable propietario haciendo una mueca con sus dientes delanteros, aunque supongo que pretendía formar una sonrisa, y dijo a la señora P.:

—A lo mejor al chaval le apetece comer un pastel.

No hablaba de forma cultivada, como ella, ni ignorante, como yo, sino vulgar. También fue el primer hombre a quien vi que no cediera el paso ante la señora Pendrake, sino que la miraba insolente con los párpados caídos.

En respuesta, ella hizo un gesto vacilante hacia él, y luego me dijo:

—Te presento al señor Kane, Jack.

Para entonces ya sabía lo que eran los modales, y me levanté para no avergonzarla, pero él no estiró la mano ni respondió a la presentación de ninguna otra forma, sino que volvió al mostrador de mármol y preparó una bandeja de dulces y confites e hizo que el chico de color me los entregara.

—Qué amable —dijo la señora Pendrake. Cogió su manguito de la silla libre—. Me pregunto, querido, si mientras estás ocupado con esto, me permitirás que termine mis compras. Tengo que adquirir algunos otros artículos, y nunca me perdonaría agotarte el primer día que sales.

Para mí siempre era tal placer oírla hablar, que a veces no era capaz de captar el sentido de lo que decía. Tal era el caso. No me di cuenta de que se iba hasta que me tocó en el hombro y se dirigió a la puerta, que tuvo que abrir ella misma, pues el encargado siguió dándole la espalda, aunque un minuto después, cuando dos mujeres feas y escuálidas que reconocí como la esposa de uno de los padres de nuestra iglesia y su hermana solterona hicieron el gesto de irse, saltó como un muelle y con sus babosos modales las despidió haciendo una reverencia.

Bueno, pensé, si se cree que va a quedarse con la mayor parte de mi dólar a cambio de estos pasteles, se equivoca. Además, no tenía hambre, y estaba un poco dolido porque la señora Pendrake no hubiera recordado que el médico había dicho que debería tomármelo con calma con los dulces. Malhumorado, miré al techo de aquel lugar y vi a mi vieja torturadora, la mujer de la foto de la cantina, impresa encima. Debió de ser por pensar en Luke English, pues recordé lo que había dicho sobre la puta de casa de la señora Lizzie. Sin duda había mentido, pero yo sabía dónde estaba la casa de la señora Lizzie, encima de una cantina al otro lado de la ciudad, y seguro que allí había putas, que se podían ver asomadas a las ventanas, y a

veces, si uno era un chico de mi edad, te llamaban:

—Te hago hombre por un dólar.

A la señora Pendrake le habría estado bien empleado que hubiera ido allí con su dólar. No tenía que haberme dejado solo, pensé. Me levanté y fui al mostrador a pagar mi cuenta, comprendiendo entonces que ya no me quedaría el dólar entero, pues los refrescos costaban un dólar cada uno y podía ser que aquella sabandija me cobrara los pasteles aunque no había comido ni uno, y sin embargo me sentí aliviado por no tener que ir a casa de la señora Lizzie. En aquel momento de mi vida estaba hecho un lío, ya que no era capaz de tener una idea que no fuera anulada por la siguiente.

Sin embargo, no encontré a la sabandija; no sabía dónde se había metido, ya que había dejado a un viejo con bigote retorcido que dijo que mi cuenta ya estaba pagada. Así que, según parecía, todavía tenía mi dólar, lo cual me pareció una desdicha cuando salí a la calle, pues sentí una gran debilidad en las corvas. Busqué a la señora Pendrake arriba y abajo, deseando verla para no tener que seguir caminando. No había nada en el mundo que deseara tan poco como una puta en aquel momento, pero sentí que era un desafío una vez que me había levantado en vez de quedarme esperando en el local.

Entonces vi las huellas de sus botas en el aguanieve. No podría decir qué las hacía distinguibles de las otras huellas; simplemente las reconocí, pues estaba familiarizado con todos sus detalles. Podía oler una habitación y decir si había estado en ella durante los dos últimos días. Ese era el único aspecto en el cual mis sentidos no se habían visto amortiguados por la vida en la ciudad. Las huellas continuaban por el paseo hasta una esquina, allí giraban a la izquierda, seguían una manzana más hacia el norte, volvían a girar a la izquierda —las seguí mientras hacía como si estuviera perdiendo el tiempo como cualquier crío atontado— y cuando giraron por segunda vez a la izquierda en una calle residencial que era paralela por la parte de atrás a la manzana de las tiendas, comprendí que me había mentido.

A mitad de la manzana había un callejón que volvía a la calle comercial. Un carro lo había atravesado recientemente, tirado por una mula conducida por un hombre de color de aproximadamente setenta años de edad: un indio también habría sabido la edad de la mula.

El caso es que las botitas de la señora Pendrake habían ido por aquel callejón, de vuelta a las tiendas, excepto que llegaban hasta la trasera de una de las tiendas, giraban atravesando una puerta, cruzaban un pequeño patio hasta más allá del retrete, llegaban hasta una puerta y allí terminaban.

Me detuve ante la valla, pues volvía el individuo de color con su carro, y desde luego que parecía de setenta años y llevaba una mula grande. Los negros eran fenomenales para hablar, como Lavender, de los secretos que se pueden descubrir en los huevos y esas cosas, pero creo que la razón por la que sabían todo en aquellos días era porque siempre estaban transportando cosas por los callejones traseros,

limpiando dormitorios y cosas parecidas, y así se puede recoger mucha porquería sin necesidad de buscarla. Me deseó los buenos días y continuó su paso crujiente, y entonces un perro negro empezó a gruñir al otro lado del callejón y luego se calló.

Hubo un minuto en que el callejón se quedó sumido en el silencio y la calma, y decidí atravesar la puerta siguiendo el rastro de la señora P. Vale, había llegado hasta la misma puerta que ella, pero ¿ahora qué? No tenía cerradura y probablemente diera a un vestíbulo oscuro. Apreté mi oído contra ella y no oí nada. ¿Y si irrumpía y le estaban tomando las medidas para un corsé? Me sentí fatal al imaginar aquello, pero al mismo tiempo muy excitado. Tiene que recordar que entonces tenía quince años de edad, y no era el carcamal que soy ahora. Ahora soy un viejo verde, pero en aquellos tiempos era solo un chaval verde, y espero que no le resulte tan repugnante, pues debe creer que nunca, ni antes ni después, he sufrido tanto.

Desde luego que no se puede decir que me precipitara. Al lado de la puerta había una gran caja de madera y junto a ella una ventana que daba al porche. Una persona de mi estatura podía encaramarse a la una y asomarse a la otra, a través de una pequeña grieta de los postigos cerrados, y nadie que pasara por el callejón se enteraría.

A pesar de todas las cosas en las que había reparado camino de allí, nunca me di cuenta de que estaba en la parte de atrás del mismo edificio cuya delantera estaba ocupada por el local de refrescos. Lo comprendí, al menos, cuando me aparté tambaleante unos minutos después y no sé cómo me las ingeníé para volver arrastrándome a casa.

Lo que había visto a través de la grieta era al propietario y a la señora Pendrake. Llevaban la ropa puesta, pero estaban muy apretados el uno junto al otro. Y justo cuando me asomaba, él había mostrado sus grandes dientes, le había bajado un poquito la camisa, y había mordido su cuello blanco. Habría sido capaz de irrumpir y matarle, si no hubiera sido porque parecía que ella estaba disfrutando inmensamente.

CAPÍTULO 11

Desesperado

Acción de Gracias fue durante la temporada que pasé enfermo en cama, y por esa razón me lo perdí. Así que las Navidades eran la primera fiesta blanca que iba a celebrar en más de cinco años. Durante el otoño la había esperado con impaciencia, pero cuando llegó el momento había visto aquel episodio a través del postigo y había perdido la gracia antes de empezar, como todo lo demás.

Aquel invierno lo pasé en un borrón de dolor, pero parece que la ruptura de mi corazón fertilizó en parte mi mente y se me dieron muy bien los estudios. Cuando superé la neumonía, la señora Pendrake olvidó que solía darme clases por las tardes y cada vez salía más a menudo. Así que me dio por quedarme hasta más tarde en la escuela, donde una joven y bonita profesora había sustituido a la vieja y fea solterona que se había retirado, o muerto, o algo. No quiero que piense que me enamoré de aquella nueva mujer. Eso se había terminado para mí: no me refiero al amor ni a la lujuria, me refiero a esa cautividad medio estúpida que me había impuesto a mí mismo respecto a la señora Pendrake, que era producto de mi falta de decisión. Nunca había sido capaz de decidir si era mi madre o mi amorcito, hasta que miré a través de aquel postigo y vi que no era ni una cosa ni la otra.

De manera que si me quedaba horas de más en la escuela era porque el hogar se había vuelto odioso para mí y porque también obtenía satisfacción en compañía de aquella nueva profesora por el hecho de que no tenía ningún interés en ella aparte de la educación que pudiera impartirme, pues era muy lista. Por tanto, supongo que era inevitable que una vez que vio mi inmunidad, por así decirlo, se sintiera atraída por mí, ya que si hay algo que son las mujeres blancas es contradictorias. Se llamaba Helen Berry, y solo tenía unos dieciocho años. Era muy guapa, un tanto rechoncha y con la nariz chata. Me sonreía en clase, pero cuando me quedaba a solas con ella se volvía tímida si la miraba a los ojos.

Podría haberla besado cuando hubiera querido. La razón por la que no lo hice fue que el Reverendo me había influido con sus discursos sobre el pecado, de una forma un tanto equívoca, debido a que su esposa había sido mordida en el cuello por aquel comedor de pasteles. Para mí se habían acabado los cálices dorados que podían convertirse en cubos de agua sucia, de la misma manera que había dejado de ver aquella imagen de las tetas púrpura. Esto lo conseguí acudiendo directamente a los cubos de agua sucia. Para cuando cumplí los dieciséis años, a principios de febrero, era un cliente habitual de casa de Lizzie.

Confesar que visitaba a las putas es fácil comparado con lo siguiente que tengo que reconocer en referencia a mis actividades de aquel invierno, pero no puedo

evitarlo si quiere conocer toda la verdad. Me convertí en una versión reducida de ese Kane que llevaba el local de los refrescos. Para empezar, me volví un dandy vanidoso. Antes me había sentido incómodo vistiendo las ropas elegantes que la señora P. me compraba, con pieles y todo, pero ahora no había nada que me gustase más que las indumentarias floridas.

En aquellos días los chicos iban con vaqueros y cosas así a clase, pero yo me arreglaba tanto que me habrían tomado por el director, de no ser por mi estatura: pantalones pardos, abrigo oscuro, chaleco de satén y zapatos de cuero. Todo lo cual le parecía muy bien a la señorita Berry, que ya sabe que sentía mucho apego por mí, y si cree que tuve algún problema con Luke English y su pandilla, se equivoca. Tan pronto como empecé a vestirme así y adopté los modales altaneros correspondientes, aquella pandilla empezó a hacerme la pelota de la forma más desvergonzada, Luke el primero de todos.

Por supuesto, eso incluía también a las chicas de la misma edad, que solían invitarme a fiestas de cumpleaños y semejantes, a las cuales llegaba con una sonrisa de superioridad y hacía observaciones sarcásticas incluso a sus padres, y por Dios si no oí a más de una madre comentar favorablemente qué caballeroso era inmediatamente después de que según mi entendimiento la hubiera insultado.

Así pasó el invierno, y supongo que la señora Pendrake siguió visitando la trastienda de la heladería, aunque nunca volví a acompañarla, debido a que mi corazón no hubiera podido soportarlo. Pues le aseguro que la amaba. Si acaso, la amaba aún más que antes de mirar a través de aquel postigo. La odiaba, pero la amaba por hacer que la odiase. Imitaba a Kane porque ella le amaba. Acudía a las putas porque la amaba.

Todavía la amo, pues si sabe algo sobre esa clase de sentimientos, sabrá lo íntimamente relacionados que están con la desesperanza y que por tanto son lo único que existe en la civilización que no degenera con el tiempo.

Llegó la primavera. Puede que fuera abril, pues recuerdo que cayó mucha lluvia la noche anterior, pero el día siguiente estaba despejado y brillante y la magnolia del jardín delantero de los Pendrake había mostrado todas sus copas rosa.

A eso de las dos de la tarde, un individuo flacucho entró en el local de los refrescos, sacó al tal Kane a rastras a la calle y le dio tal paliza con una fusta que le dejó medio muerto.

No, no fui yo. El hombre que lo hizo se llamaba John Weatherby, y era propietario de una cuadra de caballos de alquiler. Medía aproximadamente cinco pies con cinco pulgadas, era calvo y tenía cuarenta años, y una hija de dieciséis años que yo conocía superficialmente. Resultó que Kane también conocía a aquella muchacha, pero en el sentido carnal, y le había proporcionado el inicio de su propia familia.

Kane no intentó defenderse, se limitó a taparse la cara —supongo que no quería

que le estropeasen el gesto de desdén— y aguantar la paliza. Creo que su levita quedó hecha trizas. Yo no vi el incidente personalmente, pero Luke English sí lo vio y probablemente mintió al respecto. (Puede que Kane fuera un cobarde, pero no me lo imagino poniéndose de rodillas y llorando como un niño). Sé que Kane no tardó en casarse con la hija de Weatherby, cerrar su establecimiento y mudarse a San Luis. Y al cabo de un mes o así, aproximadamente cuando empezó a hincharse, ella volvió, pues le había dado esquinazo en la gran ciudad.

—Ese Kane sería capaz de tirarse a una serpiente si alguien le sujetase la cabeza —señaló Luke—. Aunque nunca me di cuenta mientras vivió aquí, ¿sabes? Me pregunto qué otras esposas, madres, hermanas e hijas se habrá...

—Qué importa —dije yo, y cambié de tema. La madre y las hermanas de Luke eran las mujeres más feas de la ciudad.

Anhelaba ver los efectos que el nuevo desarrollo de los acontecimientos tendría sobre la señora P. No fueron visibles, excepto que empezó a quedarse en casa por las tardes con más frecuencia. Estaba dulcemente triste, como siempre, creo que no debido a esta decepción en concreto, sino por la naturaleza de la vida en general. Supongo que no había respondido a lo que aquel juez, su padre, le había hecho esperar, y no sería la primera vez que un abogado transmite una impresión falsa. O tal vez leyera demasiado. Puede que hubiera sido más feliz de haber sido bizca o de haber tenido los dientes saltones.

Pero como era un idiota perdido, volví a caer en mi romance imaginario con ella, olvidé y perdoné, y volví a leer al señor Pope, y esas cosas. Dejé de visitar la casa de la señora Lizzie. Cuando llegó el tiempo cálido, el Reverendo tomó conciencia repentinamente de mí como si hubiera estado ausente todo el invierno, y sugirió que deberíamos volver a ir de pesca. Pero conseguí evitarlo respondiendo con vaguedades hasta que la idea se borró de su mente. Así que el mes de mayo fue perfecto. Desde entonces, durante toda mi vida, mayo ha conservado el significado adquirido entonces, aunque nunca pasé otro como aquel.

Pero hacia primeros de junio, en lugar de leer por la tarde, caminábamos hacia el barrio comercial, la señora P. sujetándome la mano, los dos auténticamente magníficos. Ella había decidido que yo necesitaba un nuevo par de botas. Ya tenía cuatro o cinco, pero dijo que el nuevo zapatero era un artesano increíble con el cuero, que procedía de Florencia, Italia, y que era casi vergonzoso no llevar sus productos, ahora que estaban disponibles.

Así que fuimos a su taller, que era propiedad de un individuo de rostro flácido llamado Cushing, el cual salió apresuradamente cuando llegamos y le faltó besar el suelo donde pisaba la señora P. El zapatero italiano estaba sentado en su banco, al fondo, un individuo moreno y nervudo de veintitantos años. Llevaba un chaleco de cuero sin mangas y sus antebrazos eran peludos como los de un animal, y creo que también el pecho, pues allí donde se abría su indumentaria, en la base de su cuello, se veía todo negro y rizado.

Cushing trajo un par de zapatillas de cuero ruso que la señora Pendrake había encargado antes, sin que yo lo supiera. Eran un par de cositas rojas monísimas, pues tenía los pies pequeños. Cushing estuvo a punto de babear, pues los pies de una mujer eran en aquellos días algo casi irresistiblemente erótico.

—He supervisado el trabajo personalmente —dijo—. No siempre se puede confiar en ese italiano cuando se trata de artículos femeninos. ¿Ve esta costura, señora...?

—¿Sería tan amable de entregarlas en mi domicilio, señor Cushing? —dijo la señora P.

—Oh —dijo él con un dedo en el diente de oro del que tan orgulloso estaba—. Muy bien, señora, enviaré al italiano ahora mismo.

—No haga eso, señor Cushing. Necesitaré que Angelo tome las medidas de este joven caballero para hacerle un par de botas.

Pensé que Angelo se llevaría una bronca cuando volviera el viejo desgraciado, y sentí lástima, pues aquel italiano me cayó bien desde el primer momento, aunque solo fuera porque en aquella ciudad era todavía más extranjero que yo.

Se levantó de su banco y sacó una plantilla de mi pie. Fue entonces, cuando levantó la mirada para sonreír a la señora Pendrake, cuando vi en su cara la misma expresión que había mostrado con Kane.

La diferencia era que Angelo mantenía la cabeza agachada mayormente, cubierta con los rizos negros, y si deslizaba una mirada a la señora P., su cara era educada, inocente e ignorante. Los italianos tienen reputación de ser muy ardientes, pero él ni siquiera parecía tibio. Aún más, no sabía mucho inglés. Parecía conocer solo dos palabras: «señora» y «sí», que pronunciaba a su manera.

—Angelo —dijo ella—, estoy muy contenta con estas zapatillas. Las has hecho como si hubieras sujetado mi pie mientras trabajabas.

—Sssí, ssseñora —contestó.

—Pero... —dijo ella.

Él levantó la mirada desde debajo de sus gruesas cejas.

—¿Ssseñora?

—Pero creo que preferiría que me las hubieras hecho en azul. ¿No te parece que el azul me sienta mejor?

—¿Sssí? —preguntó, sin dejar de aplicarse a la plantilla de mi pie, y pronto hubo terminado, pues era maravillosamente hábil con los dedos.

No creo que entendiera una palabra de lo que dijo, pero ella continuó mientras él asentía, y dijo lo habitual y sonrió con una sonrisa vacía y, haciendo una pequeña reverencia, volvió a su banco, donde cogió un pedazo de piel y cortó una suela a mano alzada casi en el mismo tiempo que se tarda en decirlo.

Nunca he sentido animosidad hacia Angelo. Es difícil odiar a un hombre por el breve tiempo en que le has visto, cuando parecía más interesado en el cuero de lo que jamás pudiera estarlo en la señora Pendrake. Estaba harto de todo aquello.

Así que a eso de las tres de la mañana del día siguiente, con mi lámpara emitiendo una luz muy tenue, me puse las ropas más prácticas que pude encontrar, reuní todo mi dinero —tenía tres cuartos de dólar ahorrados—, metí mi cuchillo de descabellar en la cintura, me deslicé escaleras abajo y me marché para siempre.

Antes de irme, sin embargo, escribí una carta, pues a su manera, todos habían sido amables conmigo, y la dejé donde pudieran encontrarla.

Querido Reverendo y señora Pendrake:

Tengo que irme, pero no es culpa suya, pues han sido muy buenos conmigo. El problema es que no creo que pueda llegar nunca a ser tan civilizado como ustedes, pues no consigo entender sus costumbres, aunque sé que son las correctas. Por favor, no hagan que me busquen. Prometo no revelar nunca mi relación con ustedes para no avergonzarles. Den mis recuerdos a Lucy y Lavender, a quien estoy agradecido por sus muchos favores.

Crean lo que les digo, su amante «hijo»,

Jack

Ahora comprenderá la razón de que no dijera el nombre de aquella ciudad, ni la confesión de la iglesia del Reverendo, y a todos los efectos, aquella gente no se llamaba «Pendrake».

Fue en parte por la promesa que hice en aquella nota, pero sobre todo porque a pesar de todas las cosas que he hecho en mi vida, algunas de ellas muy poco respetables, nunca he caído tan bajo como para hablar mal de una dama en público. Al menos no de tal manera que pudieran reconocerla. Al tipo que sea capaz de hacer eso deberían matarle.

CAPÍTULO 12

En busca de oro

Por supuesto, cuando dejé a los Pendrake, lo que tenía en mente era volver con los cheyennes. Dios sabe que lo había pensado mucho y no hacía más que repetirme que era básicamente indio, igual que entre los indios solo veía que en el fondo era realmente blanco.

Pero cuando llegué a la orilla del río a primera hora de la mañana de mi partida, donde pensaba tomar un barco para cruzar a la ribera occidental y seguir el camino del emigrante, de pronto perdí mi interés por aquella empresa. No me veía volviendo a dormir en una piel de bisonte en el tipi de Vieja Tienda. No soportaba seguir con los Pendrake, pero la respuesta a mi problema no parecía que fuese volver al salvajismo después de nueve o diez meses alejado de él. No es fácil acostumbrarse a ser primitivo si uno conoce otra cosa. Si te muestran una forma más regular de llenar el estómago, por ejemplo, cuesta mucho volver a un método que no lo garantiza.

Imagino que esa fue una de las cosas que me pasaron por la cabeza. Era demasiado ignorante para reflexionar que comía igual que los Pendrake porque no era yo quien tenía que proporcionar la comida. Además, en nuestra ciudad se oía hablar mucho de San Luis, y pensé que ya que estaba en el mismo estado, debería ver esa gran ciudad. Siempre tendría tiempo de ir al oeste, y ya que estaba allí, no debería dejar pasar la oportunidad de ver las vistas.

Así que fui al este, a San Luis, caminando durante la mayor parte del recorrido para ahorrar mi dinero, que no obstante ya había menguado para cuando alcancé la ciudad, y el resto se fue en mi primera comida allí, por la cual me cobraron cincuenta centavos, ya que en San Luis los precios eran criminales.

No entraré en detalles sobre cómo sobreviví allí, pero fue difícil. Vendí mis ropas, limpié retretes, mendigué y robé. Menos de un mes después de ser el niño mimado de la señora Pendrake, era un viejo mendigo que dormía en establos.

No me pregunte por las funciones de teatro que daban en San Luis o por sus excelentes tiendas o por los grandes restaurantes o por los barcos lujosos que surcaban el río Mississippi, pues mi conocimiento de ellos se limitaba al exterior, donde permanecía en pie como un mendigo harapiento, reuniendo muy poco dinero, hasta que los agentes de la policía me espantaban.

Pero San Luis era uno de los centros para el comercio que iba hacia el oeste, y al cabo del tiempo tuve un golpe de suerte: me contrataron como guía para una caravana de mulas que transportaba telas y similares con destino a Santa Fe, en Nuevo México. Para conseguir lo cual tuve que mentir, aunque por supuesto pude respaldar esas mentiras con mi fluido cheyenne. Nunca había estado en Santa Fe, pero descubrí que

tras años de viajes, el camino estaba claramente señalado, así que pensé que no tendría dificultades para seguirlo. El caso es que los dueños de la caravana eran tontos de remate y no costaba mucho convencerles de cualquier cosa improbable. Nunca habían estado al oeste de Saint Joseph, sino que habían reunido todo el dinero posible para esta expedición, con la que esperaban sacar un pico de lo que ellos creían que era un puñado de mexicanos idiotas. Se llamaban los hermanos Wilkerson.

Lo que hizo que cambiaran de planes fue que los comanches nos atacaron, mataron a los Wilkerson junto con todos los muleros y las mulas, y robaron los bienes y quemaron los carros. Este desastre tuvo lugar junto al río Cimarrón, después de que hubiéramos cruzado las cincuenta millas de llanura sin agua que hay desde Arkansas.

Observaré que a mí no me mataron en aquella emboscada. De hecho, ni siquiera me hirieron. Yo sabía cómo desenvolverme, y cuando todo el mundo había caído, no vi razón alguna para seguir defendiéndome de cincuenta salvajes si lo único que tenía para hacerlo era un viejo mosquete.

Bueno, allí estaba, dentro de una barricada formada por cajas de nuestros productos comerciales, y el círculo de comanches que chillaban se estrechaba cada vez más, y cuando disparas una vez un mosquete te pasas los quince minutos siguientes recargándolo; si te enfrentas a más de tres enemigos, casi podrían matarte a golpes con las manos desnudas antes de que encuentres la baqueta. Así que me vi obligado a emplear el arma que llevaba encima de los hombros. ¡Recordé la valiosa historia de Pequeño Hombre!

Agazapado bajo la barricada, me quité rápidamente la camisa, hice una bola con ella del tamaño de mi cabeza, y le puse mi sombrero de fieltro encima, con el ala bajada, que es la forma en que un hombre lo llevaría bajo el sol brillante junto al Cimarrón. También tenía una chaqueta, y me la volví a poner, subiéndome el cuello como una tortuga y abotonándome la prenda sobre la cabeza. Los brazos quedaban sueltos, con los míos dentro, y deslicé una mano hacia arriba y agarré la cabeza de camisa, con el sombrero encima, y la puse encima del cuello de la chaqueta.

Me erguí, unos seis pies con cinco pulgadas de altura hasta lo alto del sombrero, mirando por un agujerito entre los botones de la parte de arriba de la chaqueta, y empecé a caminar hacia el anillo galopante del pueblo serpiente. Lo único que esperaba era que conocieran la leyenda de Pequeño Gran Hombre, el Gran Cheyenne. Y puede estar seguro de que antes de que se decidieran, se pusieron a disparar flechas sobre mí, y una atravesó el brazo muerto de mi chaqueta.

Pero de inmediato empezaron a aflojar su velocidad hasta quedarse en un trotecillo, y luego siguieron al paso, todavía dando vueltas pero como hipnotizados. Bueno, señor, allá vamos, pensé: voy a jugármela. En aquel momento, pasé junto al cuerpo de uno de los Wilkerson, que miraba con los ojos vacíos hacia el cielo con dos flechas en el pecho. Levanté aquella cabeza falsa sobre mis hombros falsos. Cayó al suelo y rodó, pero la había apretado bien y el sombrero no se soltó.

Los comanches se pararon en seco. Recuerdo pensar: Os he pillado, ¿verdad,

hijos de perra? ¿Verdad? Había olvidado la canción de guerra de Pequeño Hombre o la habría cantado.

Pero no los había pillado, ni mucho menos. Un guerrero se acercó de repente, recogió la cabeza de camisa con la punta de su lanza, la miró y la arrojó, y entonces me tomaron cautivo.

Bueno, no se puede considerar un fracaso. Si no hubiera hecho aquello, me habrían matado. Y aprendí una lección valiosa: no intentes engañar a un indio que ha visto muchos blancos. Los comanches llevaban cuarenta años asaltando el camino de Santa Fe.

No me trataron mal, y creo que pretendían intercambiarme por armas o algo, pero como me pusieron a cuidar sus caballos, una noche robé uno y me escapé. Fue un viaje rápido y duro, y el caballo no tardó mucho en morírseme, así que continué a pie hacia Nuevo México. El fin del verano llegó antes de que llegara a Taos, en las montañas al norte de Santa Fe. Hacía algún tiempo que no veía una ciudad de menor tamaño, así que me alegré de encontrar la morada de los indios pueblos, aunque nunca llegué a sentir mucho afecto por ese tipo de indios, que habían sido siempre granjeros y habían vivido arracimados como murciélagos desde tiempos inmemoriales. Con el mundo entero a su disposición, se habían asentado y habían plantado pequeños cultivos de judías. Los comanches los saqueaban de vez en cuando, y también los navajos y los apaches. A los indios salvajes no les gustan los indios domesticados.

Había una ciudad blanca bajando por el camino a cierta distancia de la ciudad india, así que continué hasta allí. Fue una imagen reconfortante después de tantas semanas en los desiertos y las montañas. Me arrodillé y bebí de un charco con los ojos cerrados para no ver mi horrible reflejo.

No puedo culpar a un héroe famoso por lo que hizo cuando aparecí ante la puerta de su casa. Yo vi una casa de adobe, construida alrededor de un patio interior, y pensé que allí podrían darme algo de comer. Así que me acerqué a la terraza, ya que la puerta estaba abierta, pues hacía calor, y pregunté dirigiéndome al interior fresco y oscuro:

—¿Hay alguien en casa?

Un tipo de estatura parecida a la mía, es decir, bajo, con bigote arenoso y muy estevado, salió de las sombras del interior y dijo:

—Fuera de aquí, asqueroso hijo de puta.

Y me marché, porque la verdad era que daba miedo. Luego, un mexicano de quien mendigué un par de tortitas me dijo que era el *señor*^[37] Kit Carson.

Al cabo de un día más o menos llegué a Santa Fe, en el fondo de su valle entre las montañas, con sus mujeres mexicanas vestidas con colores brillantes y los hombros desnudos, y los indios pueblos sentados vendiendo sus porquerías y uno o dos utes con mantas rojas paseándose con aspecto arrogante, y vaqueros españoles con sus pantalones apretados abiertos en el tobillo, junto con los tipos más habituales que se

ven en cualquier sitio.

Era una ciudad importante para aquel momento y aquel lugar, pero no lo habría adivinado de un simple vistazo. La mayoría vivía en casas de adobe, que es solo barro seco; en consecuencia, al principio parecían un poco infantiles, como niños que estuvieran jugando con arcilla. Incluso el Palacio del Gobernador, en la plaza del pueblo, estaba hecho del mismo material. Si San Luis era tu ideal de ciudad, no habrías tenido un buen concepto de Santa Fe, que una lluvia intensa convertía en una porqueriza.

Sin embargo, a mí no me molestaba, y me fue mucho mejor allí que en San Luis. No quiero decir que me enriqueciera, y tampoco lo intenté. Me encariñé de una mujer mexicana que vendía *chili con carne*^[38], tamales y cosas parecidas directamente en la calle, y que también las cocinaba allí mismo sobre una fogata. Se apiadó de mí al verme tan flacucho, y así empezó todo. Cuando quise darme cuenta me había mudado a su pequeña casa de adobe, que también compartíamos con cinco o seis de sus críos, pero su marido les había abandonado o lo habían matado, no estaba muy segura de qué había sido. A veces creía que había sido lo primero, en cuyo caso me amenazaba con que volvería y me apuñalaría; y otras veces lo segundo, y entonces quería que fuéramos a ver al cura y nos casáramos.

Estrellita siempre estaba gritando y regañándome, y de vez en cuando se enfadaba tanto que llegaba a amenazarme directamente con un cuchillo, pero descubrí que era lo propio del temperamento mexicano, y era muy fácil volver a ponerla de buen humor haciendo algo romántico como llamarla «mi pequeña guindilla de chili» o algo así. Hablando de guindillas, mi estómago quedó destrozado durante años por la comida española, y me hizo más callos en la lengua de los que tuve en las manos durante aquellos meses. Pues no trabajaba. Me limitaba a pasarme el día tumbado a la sombra, y luego, al atardecer, cuando el aire se había refrescado lo suficiente como para que el esfuerzo de caminar no me derregase, reunía fuerzas suficientes para arrastrarme hasta una *cantina*^[39] y meterme un vaso de pulque tras otro, que pagaba con el dinero que me daba Estrellita.

En aquella época tenía la moral muy baja, y apenas dieciséis años. Pensé que era cosa de familia, tras haber visto a mi hermano Bill, y no me preocupé lo más mínimo. Si alguna vez quiere relajarse, húndase hasta el fondo y será un hombre feliz. La mayoría de los problemas proceden de tener que cumplir con unas exigencias.

Con aquella dieta podría haber muerto con el hígado destrozado, pero me salvó un veterano con quien tropecé en aquella cantina. Tenía unos setenta años, la cara cubierta de pelo blanco, un defecto en el habla que aseguraba procedía de las torturas apaches que había sufrido de niño y afirmaba ser experto en localizar oro. Todo el mundo le llamaba Crazy Charley, o el Loco Carlos, dependiendo del idioma, y de ahí puede deducir lo que pensaban de sus habilidades como prospector.

La razón por la que hice migas con Charley, hasta el punto de invitarle a beber con el dinero ganado con tanto esfuerzo por Estrellita, fue mi debilidad natural por las

personas con una visión positiva. Puede que fuera un viejo borracho sin un chavo, pero no se podía negar que lo que contaba parecía maravilloso. Después de buscar oro durante cincuenta años, afirmaba haber localizado el mayor filón de oro del «mundo organizado» (que es como se refería a él, pues Charley siempre hablaba en términos grandiosos), y en aquel momento precisamente los utes le habían robado sus animales de carga, que llevaban todas sus herramientas, y siguiéndolos se perdió en el desierto sin agua, enloqueció durante un tiempo, desgastó sus botas y caminó hasta Taos con los pies desnudos. A pesar de aquellas «horripilantes desventuras», recordaba el sitio exacto donde estaba el oro: en una región de Colorado entre el río Arkansas y el South Platte.

Charley tomaba un sorbo de alcohol, lo hacía rodar dentro de su boca desdentada, se lo tragaba con los bigotes aleteando y decía:

—Si tuviera tu dotación pecuniaria, chaval, me procuraría unas reses y emprendería la travesía hacia el norte, volviendo al cabo de seis meses como un hombre de posibles inimaginables incluso en los sueños más febriles del álgebra.

Esto es lo más que puedo aproximarme a su estilo, y debe comprender también que todas las eses sonaban atragantadas debido a la cicatriz de su lengua. En realidad, siempre me llamaba «Shaval». Cuando terminábamos de beber, y si no le invitaba a más, iba por toda la sala causando tantas molestias que el enorme mexicano dueño de aquel local no tardaba en echarle, y luego, cuando salías, te lo encontrabas allí tirado, durmiendo junto al camino con los cerdos hozando al lado.

Entonces, un día llegó a Santa Fe la noticia de que habían encontrado oro en Cherry Creek, en Colorado, justo en la zona de la que siempre hablaba Charley. De vagabundo pasó a convertirse en todo un héroe. Gracias a ello pudo beber gratis durante algún tiempo, y de inmediato recibió toda clase de ofertas para dirigir la expedición, que empezó a prepararse en seguida. Pero tan pronto como fue reivindicado, Charley se volvió engreído.

—Id a meteros arena por la abertura de vuestros cuartos traseros —les decía a los demás—. El Shaval fue el único que me concedió un refrigerio, y será a él a quien haga rico.

No fue hasta bien avanzado el otoño del 58 cuando llegamos a Colorado después de un viaje agotador, pues por el camino fuimos asaltados por los apaches y recibí una flecha en la pierna, caí y me noqueé. Cuando desperté, nuestros caballos y nuestras mulas habían desaparecido, y también los primos del propietario de la *cantina*.

—¿Han caído? —pregunté al viejo Charley, que parecía estar perfectamente, y que simplemente se estaba frotando las encías desdentadas mientras sus ojos legañosos permanecían fijos en el horizonte.

—Oh —dijo—, tuve que entregárselos a los apaches. No me ha llenado de placer hacerlo, pero tú y yo nunca habríamos llegado hasta el oro si no lo hubiera hecho.

Como la mayoría de los indios fronterizos, los apaches sentían un rencor especial

hacia los mexicanos. Así que para poder matar a los tres primos de alguna manera horrorosa, nos habían dejado marchar a Charley y a mí. Estará de acuerdo conmigo en que era un viejo chivo traicionero. Y aunque debería haberle dado las gracias, el resultado fue que a partir de entonces dormí muy poco, pues ahora no teníamos a nadie sobrante para sacrificar si surgiera la necesidad, excepto a mí. Y yo estaba herido, no de gravedad, pero durante algún tiempo no pude correr.

No encontramos más indios, pero nuestro equipo había desaparecido, igual que nuestras armas, así que lo único que pudimos cazar fueron serpientes de cascabel a bastonazos, que tampoco era el peor alimento del mundo si uno era capaz de matarlas a golpes sin escrúpulos.

Se suponía que Charley conocía el territorio, pero lo había olvidado debido a tantos años de bebida. Dijo que su memoria podría volver si tomaba un trago de alcohol, pero por supuesto, no teníamos nada. Cuando vagábamos sin esperanzas por la Gran Área de Dunas del sur de Colorado, yo me habría conformado con un trago de agua turbia. Habríamos muerto allí si el grupo que venía siguiéndonos no hubiera acudido al rescate.

Ya debe de haber comprendido que Charley era el peor prospector del mundo. Sencillamente, no conocía su profesión. Eso fue una revelación para mí. Hasta aquel momento, había pensado que si un individuo practicaba un oficio acabaría dándosele bien de forma natural. Pero no era cierto. Podía dársele fatal toda la vida.

Dado el estado en que nos hallábamos cuando nos encontraron, no pudimos negarnos a que aquel grupo se nos uniera, y por fin llegamos a Cherry Creek cuando empezaba el invierno. El resto del mundo había llegado antes que nosotros, debido a que la noticia había corrido por los periódicos de todo el país. Ya habían construido ochenta cabañas, y por si no lo sabe, aquello fue el principio de Denver, Colorado, aunque los primeros años lo llamaron Auraria.

No tengo ninguna intención de entrar en detalles sobre la suerte que corrimos buscando el oro. Por lo que yo sé, todas las vetas de oro son iguales: alguien encuentra un poco de oro en el tamiz, no puede evitar irse de la lengua, y llegan millares corriendo al mismo sitio, y ni un solo individuo consigue demasiado debido a la congestión, y por fin alguna gran empresa compra la mayoría de las prospecciones y lo convierte en un negocio rentable aplicando la maquinaria adecuada. Los que salen mejor parados son los que prestan sus servicios a los que buscan el oro: los que montan las tiendas y las tabernas, etc., pues desde el principio ganan lo que les dé la gana cobrar, y cuando se asienta el polvo se han sacado un buen fajo.

La primavera y el verano siguientes se supone que llegaron ciento cincuenta mil personas a Colorado, a lo largo de los ríos Platte, Arkansas y Smoky Hill. Esa fue la época de las pintadas de SACA ORO O REVIENTA en los costados de los carromatos, pues muchos de ellos tenían que anunciarlo de esa forma estúpida. Luego, dos tercios tuvieron que volverse a casa a finales de año, momento en el que escribieron

REVENTADOS, POR DIOS, bajo el otro lema.

Yo y el puñado de los nuestros buscamos oro durante un tiempo, nos conseguimos una prospección, e incluso nos hicimos una esclusa muy científica, pues éramos seis o siete, pero no nos rindió mucho. Oh, sí que había oro, sacamos unos setenta y ocho dólares en polvo en tres meses y solo gastamos unos cien dólares en picos y palas, y no tuvimos tiempo para cazar, así que teníamos que comprar comida que habría sido más barata en el mejor hotel de San Luis, y la mayoría del oro que sacamos de aquel esfuerzo se lo gastó Charley en whisky y uno de los mexicanos en putas, pues estas últimas aparecen en todas las vetas de oro poco después de que encuentren la primera pepita.

Pero algunos eran demasiado listos para seguir con aquello. No me refiero a mí, porque yo nunca supe nada de negocios, sino a un par de los muchachos, John Bolt y Pedro Ramírez, que montaron una tienda rápidamente y organizaron una caravana de suministros regular que bajaba hasta Santa Fe y volvía con artículos diversos, y yo fui el director de la caravana. Nos fue bien y sacamos tajada, que dividimos entre nosotros tres, los que quedábamos del grupo original, pues otro par había muerto en discusiones de taberna y Charley había desaparecido. Resultó que había vuelto a Santa Fe, donde volvía a pasarse el rato en la cantina hablando de los viejos tiempos en Colorado, arrastrándose de bebida en bebida y durmiendo con los cerdos.

Aunque ese viaje periódico me habría vuelto a poner al alcance de Estrellita, no hubo ningún problema porque para cuando volví por vez primera ya se había buscado otro hombre. También tenía un crío nuevo, que podría haber sido mío por lo que yo sé, pero en aquellos días era un irresponsable, ya que solo tenía diecisiete años. Si era mío, y si sigue vivo, hoy solo tendría unos noventa y cuatro años.

Fue durante este periodo que me compré un caballo, de hecho un potro indio, y además pinto, pero se lo compré a unos blancos que llegaron a Denver con una manada. También me procuré mi primera arma de fuego, una Colt Dragoon, y practiqué con ella camino de Santa Fe hasta que fui lo bastante bueno como para no tener que morder el polvo ante nadie para seguir vivo, cosa que no es fácil cuando tienes mi tamaño. Debió de ser en esos años cuando crecí hasta cinco pies con cuatro pulgadas y dejé de crecer para siempre. En Santa Fe me hicieron un par de botas con alzas que me añadían dos pulgadas, y también llevaba un sombrero mexicano con la copa muy alta. Era negro y tenía ribetes de plata. En silueta medía seis pies de altura, pero en gran parte era solo aire.

No muy lejos de las colonias blancas del primitivo Denver había un gran campamento de arapahos, que como bien sabe son amigos íntimos de los cheyennes, y grupitos ocasionales de Seres Humanos pasaban por las proximidades. No vi a nadie que conociera, pero por otra parte nunca buscaba con demasiado interés. No sé por qué sentía esa indiferencia, ya que era blanco y estaba haciendo lo que se supone que hacen los blancos, pero la cuestión era que me sentía un tanto avergonzado en lo referente a los indios.

Podía estar perfectamente alegre y de pronto veía a un grupito de indios que pasaba cabalgando y me sumía en la melancolía. No recordaba lo desaliñados que eran los indios hasta que veía alguno. No porque siempre fueran pobres, sino porque había algo terriblemente sórdido en un indio cuando iba de punta en blanco, según su entendimiento. Vieja Tienda endomingado parecía un pordiosero según el criterio de los blancos. Nunca me había dado cuenta hasta que fui a las colonias del Missouri y volví.

Nuestro comercio estuvo instalado primero en una tienda y luego, cuando el negocio prosperó, nos construimos una edificación de madera, y entre los viajes a Santa Fe me quedaba allí un tiempo. Algunos de los arapahos se dejaban caer para comerciar con pieles y caza si tenían algo de sobra. Y fue entonces cuando me di cuenta de lo mucho que apestaban los indios. Mete a tres en un espacio cerrado y apenas podrás respirar por el aroma. No podíamos tolerar su presencia dentro del edificio de madera, así que el comercio indio se llevaba a cabo en el exterior, en un establo abierto. En todo caso, sus artículos no valían demasiado, pues para cuando nos traían una pierna de venado fresca ya estaba medio podrida y llena de gusanos, y las pieles estaban poco pobladas y tiesas como la madera.

Cuando habías visto aquel grifo de soda en Missouri, y las preciosas botitas que un tipo como Angelo podía fabricar, y a la señora Pendrake con su falda de aros con el armazón de una ballena, no podías evitar darte cuenta de que los indios eran burdos, feos, malolientes, groseros e ignorantes. Usted sabe que yo estaba predispuesto en su favor, y no era fácil para mí reconocer la verdad. Pero ahora había llegado a odiarlos, por lo cual me sentía avergonzado, así que nunca reconocí ante mis socios que tuviera mayor relación con los pieles rojas que cualquier otro blanco. De todas formas no me ocupaba del trabajo dentro de la tienda, así que no me costaba demasiado ahuecar el ala cuando aparecían los arapahos para comerciar.

Denver se había asentado sobre sus antiguos territorios de caza, pero no protestaron por ello. De hecho, recuerdo que una vez en los días de antaño un jefe llamado Pequeño Cuervo^[40] vino desde el campamento indio y dio un discurso a una asamblea de ciudadanos blancos. En realidad, vino dos veces: el primer día su intérprete se desplomó borracho, así que tuvieron que posponerlo hasta la mañana siguiente, cuando el jefe volvió y dio un largo discurso al estilo de Vieja Tienda, lo cual divirtió a algunas personas pero quemó a otras, pues estaban impacientes por volver a tamizar oro en vez de escuchar la palabrería de un viejo indio sucio. Pequeño Cuervo era un individuo de cara ancha y complexión fuerte, con grandes pendientes de metal y con el pelo suelto. La esencia de sus observaciones, una vez quitada la paja, se redujo a lo siguiente:

—Los arapahos dan la bienvenida al hombre blanco a este lugar, que ha pertenecido a los arapahos desde el tiempo en que... (un largo relato de cuánto aman a la tribu los espíritus, con varios ejemplos históricos del género mítico).

»A los arapahos les gustan los blancos y los consideran hermanos. (Y la

explicación de esto, que tenía que ver principalmente con conseguir café gratis con mucho azúcar).

»Los arapahos se sienten muy felices de ver que los hombres blancos consiguen el metal amarillo, si el metal amarillo es lo que tanto les agrada. Nuestra madre la tierra proporciona muchas cosas a todos los hombres, y cada pueblo tiene una parte de la tierra a la que llama hogar, una parte que ha bañado con su propia sangre. Los hombres blancos habéis acampado ahora en dicho lugar, y los arapahos a quienes pertenece os dan la bienvenida en paz y amistad. Esperan que no hagáis nada malo. También esperan que no os quedéis demasiado tiempo.

Dieron un puro a Pequeño Cuervo, y una comida que comió con tenedor y cuchillo, y luego volvió a su campamento. No mucho después, los guerreros arapahos se marcharon al oeste a combatir a los utes, y en su ausencia un puñado de mineros borrachos fueron al poblado indio y violaron a varias mujeres. Los arapahos expresaron su rabia cuando volvieron, pero nunca hicieron nada concreto al respecto.

Bueno, hasta entonces yo no había sido un gran admirador de la civilización, pero pensaba que eso era porque no había tenido nada que ver con la construcción de ninguna de sus partes con las que había entrado en contacto. Si se acuerda, no me gustaba mucho Missouri, no le veía el sentido. Fue diferente con Denver, que crecía ante mis ojos. El verano siguiente ya era una auténtica ciudad, pues la gente seguía llegando desde el otro lado de las llanuras, y aunque no muchos de ellos llegaron a encontrar una cantidad de oro que valiese la pena, y otros reventaron, por Dios, y se volvieron a casa, también hubo muchos que se quedaron, y los edificios permanentes sustituyeron a la lona y empezó a publicarse un periódico, y no pasó mucho antes de que levantaran una iglesia, cuyo pastor, debo decir, hice lo posible para evitar, junto con los indios, pero en aquellos días no tenías una ciudad de verdad hasta que no tenías una iglesia.

Así que no parecía que fuéramos a marcharnos tan pronto como esperaba Pequeño Cuervo. Hablando por la persona en la que me había convertido, como socio de un negocio que ganaba dinero suficiente para comprarme ropas bonitas y darme un revolcón con las chicas españolas de Santa Fe, me pareció perfecto que la iniciativa blanca estuviera reclamando las tierras vacías de los indios. Incluso la cabaña más lamentable era un triunfo sobre la naturaleza salvaje.

O al menos eso era lo que yo creía en aquellos días.

Durante el año siguiente o así, tuve noticias de los cheyennes de vez en cuando, aunque nunca las busqué, pues los buscadores de oro que venían del este tenían que pasar justo por en medio de las tierras de la zona sur de la tribu, y luego los que habían reventado volvían atravesando la misma región camino del hogar. Ya se imaginará lo que significó todo este tráfico para las manadas de bisontes de las cuales dependían los indios para sobrevivir. Ahora también había una línea de diligencia

regular que seguía el río Republican a través del mismo territorio, y creo que ya he mencionado cuánto alteran a los indios las cosas periódicas, con su calendario.

Pero con esta provocación se produjeron menos incidentes de los que uno podría pensar. A pesar de todo su salvajismo, o tal vez precisamente por ello, el piel roja es un tipo paciente en principio y siempre tolerante con lo extraordinario. Los cheyennes pensaron que la gente que corría al oeste en busca de oro estaba loca, y no les molestaron mucho por esa misma razón. De vez en cuando, los jóvenes robaban sus caballos a un blanco, y era práctica común cuando se divisaba un carromato conducido por civiles que los indios se acercaran para conseguir café o tabaco, y ya no lo pedían igual que antes, sino que más bien lo exigían amenazadoramente. Lo hacían porque con los blancos parecía que eso funcionaba mejor que esperar la hospitalidad. Pero si los emigrantes les plantaban cara, los indios normalmente no les hacían daño. Una de las razones para ello era que los cheyennes nunca iban bien armados. Si conseguían un par de rifles modernos, entonces no tenían pólvora ni plomo. Ni siquiera les resultaba fácil procurarse flechas con punta de hierro; tenían que conseguir los materiales, un aro de barril o lo que fuera, del hombre blanco.

Menciono estos datos porque en Denver se oían muchas tonterías. Creo que los indios nunca habrían sido populares en esa ciudad a menos que hubieran decidido suicidarse en masa. Le he dicho que tengo el gusto blanco por construir una comunidad donde antes solo «vagaban sin rumbo los salvajes y las bestias», que es una cita del periodismo de la antigua escuela, y como consecuencia encontraba a los arapahos locales poco estimulantes. Pero no hacían daño a nadie, excepto que apestaban y tenían piojos, lo cual también se puede decir de buena parte de la ciudadanía blanca de Colorado, podría añadir. Sin embargo, siempre se estaba hablando de exterminarlos, y si recuerdo bien eso lo decían menos los prósperos que los que no habían tenido suerte en su búsqueda del oro. Si vendías todas tus pertenencias para ir al oeste en busca de fortuna y acababas reventado, parecía que era culpa de los indios.

Pero volviendo a mis asuntos, debido a las operaciones comerciales rivales procedentes de Missouri, Bolt, Ramírez y yo descubrimos que estaban vendiendo más barato que nosotros, ya que a nosotros nos costaba más comprar los artículos en Santa Fe que lo que les costaba a ellos en las colonias del este, pues muchos tenían que venir por tierra desde Missouri en primer lugar, y el descenso hasta Nuevo México, aunque breve, se hacía más arduo debido a las montañas, los desiertos y la ausencia de agua, que a través de las llanuras. Fue en aquella época cuando Bolt y Ramírez tuvieron la idea de que hiciera el viaje a Westport, Missouri, lo que ahora es Kansas City, y volviera con una caravana de suministros que tendrían «precios más competitivos», tal y como decían ambos, ya que a los dos se les daban muy bien los negocios.

Hice el viaje a Missouri solo, con un caballo de carga, sin incidentes, llevando un fajo de dinero con el cual comprar artículos. Pensaba contratar muleros en Westport

para el regreso, y eso es lo que hice, y cogí los suministros y los animales y los carromatos, y partimos para Colorado al cabo de un par de semanas.

Un día a finales de agosto estábamos tomándonos el descanso del mediodía junto a un tramo del río Arkansas en el oeste de Kansas que no tenía un árbol en millas a la redonda, y me había metido a rastras debajo de un carro para ponerme un poco a la sombra, tumbado sobre una manta de montar enrollada y chupando una pipa corta con la que últimamente me había enviciado. Puede que incluso hubiera empezado a dar unas cabezadas, lo cual habría sido lógico, cuando noté una quietud repentina. No me llevaba extraordinariamente bien con los muleros, que estaban dolidos por haber sido contratados por un crío, y tuve que hacer notar la presencia de mi Colt Dragoon.

Bueno, a pesar de todo sospeché que estaban a punto de atacarme, y esa sospecha hizo que despertara de mi sueño con la pistola en la mano.

Pero lo que vi desde debajo del carro fueron unas perneras con flecos y un par de mocasines con una cintita azul y roja asomando del empeine y una franja discontinua de blanco que iba del tobillo al dedo gordo. Una vez había visto a Estrella Fugaz aplicar aquellos abalorios, hilados con tendones y zurcidos con una aguja de hueso.

Pertenecían a Arde Rojo Bajo el Sol, que debía de llevarlos en aquel momento, aunque desde donde yo estaba solo podía verle hasta la cintura. No iba solo, sino que le acompañaban otros quince o veinte pares de mocasines. Y había algo en aquellos pies y piernas que no resultaba demasiado amistoso.

Puede que le interese saber de qué se trataba. Bueno, desde allí debajo no podía ver la culata del arma de nadie. Lo que significaba que las tenían en posición de uso.

CAPÍTULO 13

Bienvenida cheyenne

No tenía ninguna prisa en especial por salir de allí debajo; y cuando tuviera que hacerlo, prefería que no fuera a los pies de los indios. Respecto a esto, sin embargo, no tenía elección, pues también estaban al otro lado del carro y a ambos extremos.

Así que salí arrastrándome y me erguí tan pronto como asomé bajo el borde del carro, y allí me encontré con la cara de Arde Rojo Bajo el Sol. Pintado profusamente, no hace falta decirlo, y mejor así, porque de lo contrario no le habría reconocido.

No debería omitir que mientras me levantaba otros dos indios me agarraron por los brazos y me quitaron la pistola y el cuchillo. Este grupito no iba en misión de paz. Me mantuvieron inmovilizado, y sin llamar la atención pude observar que mi compañía de muleros estaba en pie o caída por todas partes en diversos grados de cautividad, aunque no parecía que se hubiera producido ninguna lucha.

Aun con mis credenciales, me resultó un momento delicado. Arde Rojo no me estaba reconociendo demasiado rápido, precisamente. También había olvidado que, si te la encuentras de golpe, una cara pintada te pone los pelos de punta.

Dejé caer mi sombrero, de manera que Arde podía ver claramente mis rasgos. Yo era un año o así mayor que la última vez que nos habíamos visto, y tenía un inicio de bigote, aunque no tanto como para engañar a nadie.

Sin embargo, se mostró muy frío cuando habló. Sus ojos me miraron sin simpatía sobre mejillas escarlata y a cada lado de una nariz por la cual bajaba una línea blanca. Llevaba un tocado completo de plumas de águila inclinado hacia abajo.

—Tú —preguntó, por supuesto en cheyenne—, ¿robaste el caballo de mi padre?

Fue entonces cuando me di cuenta de que cerca de mí otro indio sujetaba las riendas del pinto que había comprado en Denver. Era un viejo conocido, Sombra Que Aparece a la Vista, que había liderado mi primera incursión contra los crows, si se acuerda, en la que me había ganado mi reputación. Sin embargo, en aquel momento parecía sombrío.

—Hermano —dije a Arde con cierta impaciencia—, ¿no me conoces?

Pensaré que lo lógico era que pensara en cómo era capaz de hablar cheyenne con fluidez. Pues no.

—Ah, los hombres blancos —dijo con gran disgusto—. Os recogimos y os alimentamos cuando teníais hambre y os perdimos porque los sueños del polvo amarillo os volvieron locos. Luego nos robáis nuestros caballos. Sois muy malos, y no queremos hacer un pacto con vosotros.

Los otros que había alrededor murmuraron malhumorados en asentimiento. A mí me parecía que sus quejas no tenían ni pies ni cabeza, así que me limité a explicar

cómo había conseguido el potro y dije que a pesar de eso, podía quedárselo por principio, ya que era mi hermano.

Ya había usado la palabra «hermano» un par de veces, y estaba empezando a penetrar a través de las plumas de águila de Arde y del grueso cráneo que había debajo. De modo que después de criticar a los blancos un poco más, hizo algunos gestos desagradables con su rifle, momento en el cual los dos que sujetaban mis brazos me sacudieron de lo lindo y el resto de los indios miraron con el ceño fruncido y murmuraron algo a mis muleros. Aunque normalmente estos eran la típica pandilla vulgar, mal hablada y desaseada que se dedica a esa profesión, ahora estaban paralizados por el miedo. Pasado un largo rato, durante el cual casi perdí las esperanzas, pues aunque hayas vivido cinco años con los indios, pueden llegar a intranquilizarte mucho, Arde Rojo Bajo el Sol por fin dijo con un tono de irritación personal, en contraste con las acusaciones meramente raciales que había hecho antes:

—¿Por qué me llamas «hermano»? Quiero que dejes de hacer eso. Yo no soy tu hermano. Yo soy un Ser Humano.

Entonces el tipo moreno que sujetaba mi brazo derecho, y que llevaba un cinturón lleno de cabelleras, una de las cuales era rubia como el trigo y no procedía de ningún pawnee, dijo:

—Creo que deberíamos matarle primero y hablar después.

Yo no conocía a aquel hombre, pero entre los otros reconocí a Oso Pájaro, Hombre Delgado^[41] y Toro Que Embiste^[42], este último sujetando mi brazo izquierdo.

—Bueno —dije con desparpajo—, parece que ya no se puede confiar en los Seres Humanos más que en los blancos que os hicieron tanto mal. Hace apenas dos nieves que era tu hermano, vivía en el tipi de Vieja Tienda, cazaba y luchaba con los Seres Humanos y en una ocasión al menos casi muero por ellos. Supongo que dirás con tu lengua-que-dice-dos-cosas-distintas que nunca has oído hablar de Pequeño Gran Hombre.

Arde Rojo Bajo el Sol dijo:

—Pequeño Gran Hombre cabalgó a mi lado en la Batalla de los Cuchillos Largos, donde los blancos no sabían cómo luchar. Murió allí después de acabar con muchos casacas azules. Pero los blancos no consiguieron su cuerpo. Se convirtió en una golondrina y se marchó volando sobre los riscos.

—Te digo —chillé— que yo soy Pequeño Gran Hombre. ¿Cómo iba a conocerle si no?

—Todo el mundo le conoce —dijo Arde Rojo con la tozudez del piel roja—. Es un gran héroe de los Seres Humanos. Todo el mundo conoce a los Seres Humanos, así que todo el mundo le conoce a él. No seguiré hablando de esto.

Se pasó el rifle a la mano izquierda y puso la derecha sobre el mango de su cuchillo de descabellar.

—Además de ladrón de caballos eres el mentiroso más grande que jamás haya

oído —continuó—. Y también un necio. Te digo que vi a Pequeño Gran Hombre caer y convertirse en pájaro. Por tanto tú no puedes ser él. Además, eres un blanco. Pequeño Gran Hombre era un Ser Humano.

—Mírame —dije.

—Oh —dijo Arde Rojo—, Pequeño Gran Hombre tenía la piel clara, pero eso no significa que fuese blanco. Además, lo que me estás enseñando eres tú y no él.

Bueno, ya está. No hay nada en el mundo, ni siquiera la mula más intratable, que sea más obstinado que un maldito indio. Pensé que ya estaba perdido, especialmente porque Arde dijo que me iba a cortar la lengua por decir mentiras, momento en el cual el tipo especialmente desagradable de mi brazo derecho se sintió considerablemente animado. Solo era un crío, aproximadamente de mi edad cuando yo maté al crow. He dicho que no le había reconocido, pero de pronto lo hice.

Era Nariz Sucia, que había crecido desde que fuera aquel crío a quien había regalado un potro después de la hazaña en la que me había ganado mi nombre de adulto.

Arde Rojo sacó su cuchillo. Miré a Nariz Sucia. Cuernos, tenía que intentarlo.

—¿Todavía tienes el caballo negro que te di en el río Powder? —pregunté.

Su mirada de ferocidad desapareció, y contestó:

—No, los pawnees lo robaron cuando estábamos acampados en Old Woman Butte hace dos nieves.

—¿Has oído eso? —pregunté a Arde Rojo Bajo el Sol.

Su cara se quedó en blanco, al menos por lo que uno podía adivinar debajo de la pintura.

—Es cierto —dijo— que aquí ocurre algo que no entiendo.

Procedí a disparar en rápida sucesión toda una serie de detallados recuerdos sobre él, pero no se sintió más impresionado. Sin embargo, apartó su cuchillo. Lo que salvó mi vida, o al menos mi lengua, fue aquel detalle concreto del caballo. En aquellos tiempos la gente iba y venía, pero los caballos eran algo serio.

Así que los indios decidieron llevarme a su campamento y dejar que los ancianos juzgasen aquel asunto. Ya no estaba físicamente constreñido, pero tampoco habían llegado al punto de devolverme mis armas. Dejaron una guardia con los muleros, a quienes dije que aceptaran aquella molestia de la mejor manera posible. Tampoco tenían elección.

El grupo cheyenne había dejado sus propios caballos en una hondonada a media milla de distancia, al cuidado de dos guerreros más jóvenes. Sombra seguía llevando el pinto, pero pensé que no me correspondía montar ese caballo en aquel momento, y mi segundo caballo estaba en los carromatos.

—¿Qué voy a montar? —pregunté a Arde.

Aquello fue un auténtico problema para el pobre diablo. Ahora que su tozudez había sido desafiada en la cuestión de mi identidad, no sabía qué pensar de nada.

Me miró con la cara arrugada.

—Hay un dolor —dijo— entre mis oídos.

Metió la mano entre las plumas del tocado y se rascó la cabellera. Entonces se me ocurrió pensar por vez primera en lo tonto que era. De crío, había pensado que Arde Rojo era un tipo listo por su conocimiento del arco y la flecha y por cómo montaba, en todo lo cual me había instruido. Supongo que sabía mucho de esas cosas, pero en todo lo demás era bastante estúpido.

—No voy a ir caminando todo el rato —dije—. Eso te lo aseguro.

Se notaba que sentía que no se le hubiera permitido cortarme la lengua, no porque Arde fuera extraordinariamente cruel, sino porque habría evitado que surgiera esta dificultad.

—Monta detrás de mí —dijo Nariz Sucia, que confiaba en mí por lo menos en siete octavas partes desde que había mencionado el caballo que le regalé. Así que salté detrás de él y me agarré a su cinturón, pues no me atrevía a hundir los tacones en el animal, y partimos. Viajamos hacia el norte durante dos horas, y subimos por un pequeño arroyo que no tenía igual en cuanto a pobreza del agua.

En la otra orilla se alzaban los tipis del grupito de Vieja Tienda, que parecían del tamaño que siempre habían sido, pero, por Dios Bendito, pensé, ¿siempre habían tenido ese aspecto tan miserable? Y es extraño que el hedor me afectara ahora más que cuando tenía diez años y entré en aquel primer campamento con mi hermana Caroline. Para que se haga una idea de lo fuerte que era aquel olor general, incluso disperso en el aire que removía una fresca brisa que soplaba en aquel momento, diré que se impuso en mí al olor personal de Nariz Sucia, que era bastante fuerte al estar pegado a él.

Fuimos hasta el conocido tipi del jefe, que había sido mi hogar durante cinco años, con sus dibujos borrosos y sus remiendos y sus trapos harapientos. A juzgar por el aspecto que tenía todo, imaginé que Vieja Tienda debía de estar sufriendo otra de sus largas temporadas de mala suerte. Llegaron corriendo los críos sucios y los perros ladrando, y la mayoría de los adultos del campamento se apiñaron, pues nuestra partida había regresado por secciones, como de costumbre, y los primeros en llegar habían informado a los otros indios sobre el tema candente.

Entonces empecé a ponerme nervioso, pues entre los americanos uno tiende a considerar a la gente menos temible a medida que la conoce, pero no se puede decir lo mismo de los indios, según mi experiencia, ya que la relación prolongada con ellos solo me había llevado a entender que eran capaces de cualquier cosa. Cuando Nariz Sucia y yo desmontamos, mis rodillas no estaban tan firmes como de costumbre.

Tras pasar entre un grupo de guerreros, me colé por la entrada del tipi. Dentro estaba más oscuro que antaño, pues no había ningún fuego encendido y mis ojos llevaban algún tiempo desacostumbrados a pasar del sol ardiente a la penumbra. Nos volvimos a la derecha y esperamos un minuto, como dictaban los modales correctos, y la voz gutural de Vieja Tienda salió de la oscuridad que tenía delante.

—Deseo que salgáis —dijo a los indios—, y que me dejéis hablar a solas con el

blanco.

Se marcharon y rodeé el círculo para llegar hasta donde estaba sentado el viejo jefe. Pensaré que habría sido más lógico cruzar directamente por el diámetro, pero eso no se hacía nunca: dentro de la tienda, había que moverse en forma de circunferencia.

Pasó un rato antes de que mis ojos se adaptaran a la luz y pudiera distinguirlo. Mientras, él permaneció sentado en silencio. Observé que tenía la cabeza desnuda, y al recordar cómo había tirado su sombrero prestado en la batalla del Solomon, me sentí culpable. Ahora llevaba puesto mi sombrero mexicano, que había recogido y llevado en la cabalgata. Era muy bonito, con su cinta de medallones plateados y su ala bordada.

—Abuelo —dijo—, te he traído este regalo.

Y le di el sombrero.

Ya había llegado a mi límite. Si el cheyenne estaba decidido a darme muerte como impostor, no podía hacer nada más.

—Hijo mío —dijo Vieja Tienda—, verte de nuevo hace que mi corazón vuele como un halcón. Siéntate a mi lado.

Eso me produjo cierto alivio. Tomé asiento sobre la piel de bison a su izquierda, y se inclinó y me abrazó. Le diré que me sentí muy emocionado por aquello. Luego cogió el sombrero^[43], cortó rápidamente la copa con su cuchillo, metió una pluma de águila en la faja plateada y se lo puso en la cabeza.

—¿Es el mismo que llevaba antes? —dijo—. ¿Se ha vuelto blando de piel y ha engordado?

—No, abuelo, es otro.

—Debemos fumar por tu regreso —dijo, y pasó por todo el galimatías de llenar la pipa, encenderla, ofrecérsela a los cuatro puntos del compás y todo eso, de manera que pasó un rato hasta que pude dar una calada a aquella picante mezcla de corteza de sauce.

—Te vi en un sueño —dijo al cabo de un rato—. Bebías de un manantial que salía de la larga nariz de un animal. No reconocí el animal. Junto a la nariz tenía dos cuernos. El agua que salía de aquella nariz estaba lleno de aire.

Me da igual que me crea o no, pero sin duda se dará cuenta de que si tenía que inventarme algo, probablemente sería más ambicioso que eso. Por supuesto, de lo que estaba hablando era de aquel surtidor de soda con cabeza de elefante del establecimiento de Kane. No tiene explicación.

Estuvimos allí sentados puede que durante una hora antes de llegar a lo que para mí era el asunto de la mayor importancia, pero con los indios no se puede ir con prisas.

Por fin, Vieja Tienda dijo:

—No te enfades con Arde Rojo Bajo el Sol y los otros. El año pasado tuvieron una experiencia desdichada con algunos hombres blancos a quienes encontraron

vagando, enfermos y hambrientos, en un sitio sin agua. Estos blancos habían perdido el juicio en la búsqueda del polvo amarillo, y nuestro pueblo se apiadó de ellos, los alimentó y los curó de la enfermedad de la mente, y cuando estuvieron bien, los blancos robaron veintiséis de nuestros caballos y el rifle de Perro Moteado y huyeron durante la noche.

Vieja Tienda chupó con calma la pipa y dejó que el humo le saliese de la boca y la nariz.

—Lo que molestó especialmente a algunos de los Seres Humanos —continuó— fue que habíamos venido a asistir a la conferencia de paz del fuerte de Bent, a la que el Padre de los blancos nos pidió que acudiésemos, y por eso íbamos vestidos con nuestras ropas buenas, y entonces Arde Rojo Bajo el Sol y los otros tropezaron con tus carros de mulas y vieron el pinto que estaba entre los que nos habían robado el año pasado.

Tomé la pipa de sus manos.

—No entiendo por qué no me reconocieron.

—Sí —dijo Vieja Tienda—. ¿Quieres comer?

Nunca decía nada a la ligera, así que sabía que se suponía que según la etiqueta tenía que tomar un refrigerio en aquel momento y decir que sí, de manera que entró Mujer Baño de Bisonte, que encendió el fuego e hirvió un cachorro y lo sirvió en tazones con las patitas asomando por el borde como señal de distinción especial. Sin embargo, mantuvo la mirada baja, y no nos saludamos, pues Vieja Tienda todavía no me había dado su consentimiento delante de ella. Para cuando terminamos, ya estaba anocheciendo.

El jefe se limpió la grasa de la boca con el ala del sombrero. No lo hizo por descuido, sin embargo. Después de varias comidas, la prenda quedaría tan impregnada de grasa que la lluvia no la empaparía.

Retomó la conversación justo donde la había dejado.

—No entiendo qué te pasó exactamente en la Batalla de los Cuchillos Largos, en la que sus jinetes no sabían cómo se debe luchar —dijo—. Todos nos marchamos debido a la mala medicina. Pero cuando los Seres Humanos se reunieron de nuevo y tú no estabas allí en tu propio cuerpo, vimos una golondrina que voló sobre nosotros durante mucho tiempo. Lo natural era suponer que eras tú. También era agradable pensar eso, pues eras un hombre por quien los Seres Humanos sentían honor y afecto. Luego, soñé con el animal de nariz larga que te dio de beber en la aldea de los blancos, pero no se lo dije a nadie porque podría haberte traído mala suerte si lo hubiera hecho.

»Por tanto —dijo—, Arde Rojo Bajo el Sol no puede ser culpado por su ignorancia.

Se levantó de la piel y, haciendo un gesto para que le siguiera, salió por la parte delantera del tipi, donde el campamento entero llevaba esperando todo el rato. El sol se estaba poniendo sobre el infinito de la pradera hacia el oeste, con rayos naranja,

escarlata y rosa, y aquella luz daba cierto resplandor a todos los colores de la gente que había allí.

Vieja Tienda parecía muy listo con ese *sombrero*. Parado con su manta roja, conmigo al lado, soltó una buena arenga, como ya se imaginará. No entraré en detalles, excepto por la conclusión.

—He pensado y hablado y fumado y comido sobre este asunto —dijo—. Y mi decisión es que Pequeño Gran Hombre ha vuelto.

Volvió a su tienda y el resto del campamento vino a saludarme con más cariño del que haya sentido nunca, dándome abrazos y cumplidos y diciendo todo tipo de cosas afectuosas, y tuve que comer cinco o seis veces más y hablar durante horas, y creo que me sentí muy conmovido por todo aquello, pues a pesar de todo sabía que nunca podría volver a ser un indio.

Bueno, me informaron de lo que habían estado haciendo desde la batalla del Solomon: lo mismo que habían estado haciendo desde tiempos inmemoriales, ir al norte como de costumbre la mayor parte del año y bajar al sur para la reunión tribal durante los dos veranos transcurridos. No tuvieron más problemas con los soldados, pues se habían apartado de su camino. Y parecía que todavía eran aceptables para la tribu principal, lo que significaba que Vieja Tienda no había puesto las manos encima de la esposa de nadie.

Lo que un indio elige para describir doce meses enteros es algo como:

—Esa fue la época en que Running Wolf se rompió la pierna.

O:

—Durante el invierno un álamo cayó encima del tipi de Pájaro Oso.

En tanto en cuanto llevaban un diario mental, lo llenaban con acontecimientos de ese tipo, y puede que no contuviera ninguna observación sobre nada realmente importante. Por ejemplo, la retirada del Solomon solo me la mencionaron Arde Rojo y Vieja Tienda; todos los demás la habían olvidado lo antes posible. Si hubiera preguntado a un cheyenne qué hizo aquel verano que fuera digno de recordarse, podría haber dicho algo como:

—Mi caballo castaño ganó una carrera contra el caballo negro de Barriga Cortada^[44].

Como había dicho Vieja Tienda, ahora estaban en aquella zona debido a la conferencia de paz convocada por el gobierno en el fuerte de Bent. El Comisario Indio en persona había prometido hacer acto de presencia, o así deduje, y eso había impresionado en extremo al jefe. Esperaba que le dieran otra medalla y tal vez un nuevo sombrero de copa. Aparte de eso, sin embargo, no tenía muy claro qué esperar.

Una de las muchas comidas de celebración que se dieron en mi honor fue en el tipi de Hump, que todavía era jefe de guerra y no había cambiado lo más mínimo.

—Bienvenido, amigo mío —me dijo cuando nos vimos—. ¿No me habrás traído

por casualidad un regalo de pólvora y cartuchos?

Así que le ofrecí los cartuchos extra y las cápsulas que llevaba para mi pistola Dragoon, conservando solo las cargas que ya estaban en las cámaras. Creo que si el ejército lo hubiera descubierto, me podrían haber colgado.

—Ven a comer —dijo. Vieja Tienda también estaba invitado, y Sombra que Aparece a la Vista, Arde Rojo, y varios otros de mis viejos amigos, y ahí fue donde hablamos del tratado.

—No sé —dijo Vieja Tienda cuando nos acabamos la lengua de bisonte hervida— si es correcto que un Ser Humano se haga granjero, aunque eso fue idea de Lobo Amarillo^[45], y es un hombre sabio.

Hump dijo:

—Lobo Amarillo fue un gran jefe, pero los hombres blancos le han sometido a un hechizo maligno o nunca habría tenido esa idea. Ha andado demasiado alrededor de los fuertes.

—Quiero hablar ahora —dijo Sombra Que Aparece a la Vista—. Yo creo que preferiría morir antes que plantar una patata.

Arde Rojo Bajo el Sol seguía dolido por la jugarreta que les habían hecho los buscadores de oro. Dijo:

—No importa lo que hagamos, los hombres blancos nos engañarán. Si intentamos cazar el bisonte, espantarán a las piezas. Si luchamos, no harán la guerra como se debe.

No llegó a ninguna conclusión, sino que cayó en uno de esos estados de ánimo depresivos que le duraban el resto del día y la mañana siguiente, durante los cuales se quedaba sentado en el tipi de Hump, sin hablar, ni beber ni comer, y la familia de Hump le dejaba en paz, caminando alrededor de él.

—Podría ser —dijo Vieja Tienda—. Por otra parte, los hombres blancos están viniendo en número cada vez mayor y están construyendo moradas permanentes. Si no encuentran madera, cortan ladrillos de la tierra o excavan en el suelo como perritos de la pradera. Se puede decir lo que se quiera del hombre blanco, pero hay que reconocer que no puedes librarte de él. Nunca se acaba. Siempre ha habido un número limitado de Seres Humanos, porque tenemos que ser especiales y superiores. Obviamente, no todo el mundo puede ser un Ser Humano. Para que esto sea así, tiene que haber muchos pueblos inferiores. Según yo lo entiendo, esa es la función del hombre blanco en el mundo. Por tanto, debemos sobrevivir, porque sin nosotros el mundo no tendría sentido.

»Pero sobrevivir si el hombre blanco echa a los bisontes no será fácil. Tal vez deberíamos probar eso de la granja. Otros pieles rojas lo han hecho. Cuando yo era chico, un pueblo llamado mandano trabajaba las tierras a lo largo del Gran Río Turbio. Es cierto que los lakotas siempre estaban atacando sus poblados y que mataron a muchos de ellos. Y luego los mandanos cogieron la viruela de los comerciantes blancos que les visitaban y todos ellos murieron. Ya no hay mandanos.

—Vieja Tienda arqueó las cejas—. Tal vez no fueran un gran pueblo.

—Nunca he oído hablar de unos granjeros que lo fueran —dijo Hump. Luego me preguntó—: Supongo que llevarás mucha pólvora y plomo en tus carromatos.

No contesté, ya que no quería entrar en ese tema. Lo cual dio lo mismo, porque me estaba preparando para soltar un discurso. En aquel entorno gozaba de una alta consideración, no porque fuera lo bastante importante para dirigir una caravana —a los cheyennes eso no les importaba, ni tampoco me preguntaron cómo había pasado el tiempo desde que nos vimos por última vez—, no, tenía influencia porque, aunque parecía que me habían matado en Solomon's Fork, había vuelto.

Esto era lo que estaba pensando: Vieja Tienda había pasado más de setenta años en las praderas y, ¿qué había sacado en limpio? A los indios les encantaban sus tierras, pero lo singular era que la más miserable cabaña del hombre blanco tenía una relación con la tierra que ningún piel roja nómada podía reclamar. Una forma de verlo era que en toda verdadera relación, las cosas que se unen dejan una huella la una sobre la otra. Digamos que un árbol está unido a la tierra, y viceversa. En Denver estaban erigiendo edificios con cimientos: no solo estaban sobre el suelo, sino dentro de él; así que si un día los blancos se marchaban, todavía conservarían su marca durante mucho tiempo. No conocía ninguna fuerza natural que pudiera arrancar las paredes de un sótano de la tierra.

¡Tal vez el hombre blanco fuera más natural que los indios!, era lo que había llegado a pensar. Incluso los perritos de las praderas tenían poblados fijos... Ahora sé que ningún ser vivo es más natural ni menos que otro, pero entonces era joven y las distinciones me preocupaban, dadas las afirmaciones contradictorias que oía: los indios creían que eran más «naturales» que los blancos, y estos insistían en que ellos eran más «humanos».

Fuera cual fuese la decisión, supe entonces que el modelo de vida cheyenne estaba acabado. No lo vi en aquel campamento, sino en Denver; pues las verdades a veces se detectan antes en un sitio alejado de aquel al cual se aplican. Piense que si hubiera estado en China cuando se inventó la pólvora, habría sabido que a miles de millas de allí los castillos de piedra estaban acabados.

Así que planteé mi discurso desde un punto de vista práctico. Me puse en pie en el tipi de Hump. Llevaba la mejor manta roja de Arde Rojo. Habíamos intercambiado regalos, y él, según su costumbre india, me dio su mejor posesión.

—Hermanos —dije—, cuando me siento entre vosotros, pienso en el precioso territorio del río Powder donde hicimos tantas cosas felices cuando yo era un crío. ¿Recordáis la vez en que Pequeño Halcón dormía en su tipi y de pronto se despertó por el olor del perfume de glándula de castor y levantó la tapa de la tienda y vio a un crow robando su caballo y le mató? Y luego Dos Niños regresó de su solitario sendero de guerra contra los utes, después de estar fuera un año entero, su cinto lleno de cabelleras y cantando la canción que un águila le había enseñado mientras yacía herido en un cauce seco.

»¿Recordáis lo precioso que estaba el Pico de las Nubes con su caperuza de blanco y sus hombros púrpura y azules? Y pensad en las aguas claras y frías del Crazy Woman's Creek, que corre fresco todo el verano por las nieves que se derriten en las montañas. Los bosques llenos de leña y de postes para las tiendas, el alce con sus grandes astas, el oso con su pelaje...

»Creo que es mejor vivir en el río Powder que aquí.

»No sé nada de este tratado, pero sí sé que cada vez vendrán más hombres blancos a este sitio donde estamos ahora acampados, porque está en línea recta siguiendo el vuelo del pájaro desde un poblado blanco llamado Denver hasta un sitio blanco grande llamado Missouri. He estado en ambos sitios y sé que ninguno de los dos desaparecerá, sino que se harán más grandes. En mi opinión, a medida que lo hagan, ellos y la tierra intermedia serán cada vez menos bonitos a los ojos de un Ser Humano.

Tomé aliento; no es fácil ponerse sobrenatural cuando uno ha perdido la práctica.

—Tuve un sueño —dije— después de la Batalla de los Cuchillos Largos. Volaba sobre este país y veía debajo de mí a los hombres blancos construyendo casas cuadradas, pero hacia el norte, a lo largo del río Powder, veía a la gran nación de Seres Humanos viviendo feliz, luchando con los crows y los serpientes de la montaña, matando bisontes y alces, y robando caballos.

Habló Vieja Tienda:

—Creo que he oído palabras sabias —dijo—. Pensábamos hablar en este tratado en apoyo de nuestros hermanos del sur. Caldero Negro^[46] y Antílope Blanco estarán presentes, y son grandes jefes. Creo que los arapahos, los kiowas y el pueblo serpiente también hablarán. Es una visión hermosa ver a todas las tribus en una conferencia de paz con sus incontables potros y sus mejores ropas. El Padre de los Blancos da regalos a todo el mundo. Solo porque vayas a un consejo de paz, eso no significa que tengas que coger la pluma.

»El Padre quiere comprar a los Seres Humanos y los otros la tierra donde se encuentra el polvo amarillo. Bent estará allí y es un buen hombre que se ha casado con una mujer de los Seres Humanos. Yo quería ir y hablar de las granjas porque Caldero Negro y Antílope Blanco, que son hombres sabios, han dicho que los Seres Humanos deben pensar en asentarse.

»Pero los sueños no hablan con doble sentido, y tiene que haber alguna razón por la cual Pequeño Gran Hombre ha vuelto a nosotros para contarnos esta visión.

No le había dado ninguna idea nueva. Los indios no son necesariamente estúpidos en lo tocante a lo que deben o no deben hacer. A veces simplemente tienen razones que un blanco encuentra difíciles de entender. Vieja Tienda iba a ir al consejo principalmente para que le dieran otra medalla de plata y para ver los entretenimientos que se organizaban cuando todas las tribus se juntaban y exhibían sus habilidades cabalgando y se ponían sus mejores ropas para impresionar al representante del gobierno. Puede que incluso fuera capaz de firmar el tratado sin

ninguna intención de dedicarse a granjero como consecuencia de ello.

Ahora, siguiendo mi sugerencia, había decidido olvidarse de todo aquello y volver al territorio del norte. Pero le aseguro una cosa: no lo hizo debido a mi «sueño»; lo hizo porque sabía muy bien que yo era blanco y sabía de lo que hablaba respecto a la situación de Kansas y Colorado.

Así lo hicieron todos, y si uno piensa en el mito que habían levantado alrededor de Pequeño Gran Hombre, entenderá lo que quiero decir. No tenía nada que ver conmigo en persona, y en tanto en cuanto a mí me identificaban con él, tenía que cumplir con sus expectativas en lugar de al contrario. Si hacía algo que no encajara con la leyenda, eso significaba que no era Pequeño Gran Hombre. A través de ese medio los indios mantenían sus ideas claras y sus héroes impolutos, y no tenían que mentir. Aunque me imagino que era algo que no servía para una persona que entendiera los principios de cosas como el dinero y la rueda.

Después de la conversación en la tienda de Hump, mi otro hermanastro, Pequeño Caballo, vestido como una mujer cheyenne, entró y nos entretuvo con canciones y bailes muy elegantes. Mi corazón se alegró al ver que había tenido tanto éxito como *heemaneh*.

Me quedé a pasar la noche en el tipi de Vieja Tienda. A la mañana siguiente encontré a otro viejo amigo. Volvía de lavarme en el arroyuelo cuando vi a un indio que parecía estar ciego o que caminaba deliberadamente entre los arbustos y los cactus en su trayecto de un lugar a otro. Después de observarlo decidí que se trataba de esto último, pues solo de forma intencionada podría haberse buscado un curso tan agreste. Finalmente, llegó al arroyo, donde procedió a lavarse. Pero no con agua, sino con arena de la orilla.

Le había reconocido a la primera. Era Oso Más Joven. Así que cuando hubo terminado sus curiosas abluciones, me acerqué a él. No sabía si todavía se consideraba mi enemigo o no. Había pasado mucho tiempo y yo no había vuelto a pensar en ello.

Al oír mi saludo se volvió, no de forma hostil, pero en vez de decir el hola cheyenne, me dijo adiós. Luego, de la misma manera que una persona que acaba de darse un baño se sienta en la orilla a secarse, él se metió en el arroyo y se sentó en el agua. Supongo que tenía sentido, dado que acababa de bañarse con tierra. Entonces me di cuenta de que estaba haciendo todo al revés, y comprendí en qué se había convertido.

Luego me lo confirmó Pequeño Caballo, que dejó a un lado sus abalorios y salió de entre las mujeres con quienes andaba habitualmente para darme un poco de palique.

—Es cierto —dijo—. Oso Más Joven se convirtió en un Contrario el año pasado. Compró el Arco de Trueno a Contrario Blanco.

Debo dar una explicación. Ya sabe que el cheyenne normal es un guerrero sin igual. Pero el Contrario va aún más lejos. Es un guerrero de tal calibre que todo lo

que es su vida, aparte de combatir, lo hace al revés. No camina por los senderos, sino que atraviesa los matorrales. Se lava con tierra y se seca con agua. Si le pides algo, hace lo contrario. Duerme sobre el suelo desnudo, preferiblemente en un pedazo incómodo y nunca sobre una cama. No puede casarse. Vive solo a cierta distancia del campamento; y cuando lucha, lucha solo, no con el cuerpo principal de cheyennes. Lleva a la batalla el Arco de Trueno, que tiene una cabeza de lanza fija en un extremo. Cuando está en su mano derecha, no puede retirarse.

Bueno, hay otro millón de reglas que observar, supongo, y debido a que es algo muy especial, no se encuentran más de uno o dos Contrarios en cada campamento.

—Entonces —dijo Pequeño Caballo—, recuerdas a Coyote. Los pawnees le mataron. Los utes mataron a Perro Rojo... —continuó con las noticias, que eran bastante sangrientas. Luego dijo, de forma bastante maliciosa:

—Estoy pensando en mudarme a la tienda de Escudo Amarillo^[47] como su segunda esposa.

Le felicité y le di un pequeño espejo de afeitarse que llevaba en la caravana, lo cual le complació mucho, y cuando nos separamos se quedó sentado admirando su propia imagen durante horas.

Pero, antes de eso, le pregunté por mi vieja amiga Nada.

—Con ella es con quien se casó Contrario Blanco —dijo—. Está gorda de hijos.

La vi poco después, sentada ante su tienda, triturando unas cerezas. Era sorprendente cuánto había cambiado en un par de años. Aunque no hubiera tenido la tripa del embarazo, habría estado muy gorda. Su nariz se había extendido sobre la cara, y no recordaba que tuviera aquel aspecto grasiento en los viejos tiempos. Lo que había sido pelo negro brillante parecía ahora la cola de un caballo que hubiera cabalgado a través de un matorral de espinas.

Pero el cambio más notable parecía haberse dado en su personalidad. Cuando me acerqué a ella, estaba echando la bronca a un perro con la voz más recia que hubiera oído jamás, y luego su marido salió del tipi y la emprendió con él. Las mujeres cheyennes son esposas fantásticas, pero a veces también son terribles viragos.

Podría decirse que la carga de los sables en Solomon's Fork me había salvado de tener que escucharla durante el resto de mi vida.

Bueno, al cabo de un rato empezaron a levantar el campamento y a prepararse para el traslado hacia el norte. Vieja Tienda y yo nos quedamos allí y vimos cómo las mujeres recogían los tipis y hacían *travois* para que los potros los arrastraran con los postes de las tiendas y los llenaban hasta arriba. Vieja Tienda llevaba el *sombrero*, que debido a la diferencia de tamaño de nuestras cabezas le quedaba un poco alto sobre sus trenzas. Como solo era un sustituto para su sombrero de copa que yo había perdido, realmente no le había regalado nada todavía, así que pensé que ya solo podía ofrecerle mi pistola Colt Dragoon. Por un lado, era muy poco. Por otro, eso me dejaría sin potro y sin ninguna clase de arma, sin sombrero, sin chaqueta —se la había dado a Hump— y a cambio había recibido una manta, una pipa de piedra, un

collar de cuentas, y cosas semejantes, con las que reunirme con los muleros hostiles y recorrer el resto del camino hasta Denver.

—Abuelo —dije—, no puedo acompañarte al Río Powder.

—Te oigo —contestó Vieja Tienda, y eso fue todo. Nunca preguntó la razón.

Sin embargo, no podía dejarlo así. Tal vez fuera a mí mismo a quien tenía que convencerme, pues este segundo día con los cheyennes noté que ya me resultaban un poco menos repelentes. Me estaba acostumbrando otra vez al olor del campamento. Era concebible que al cabo del tiempo volviera a ser lo que había sido antes.

Tal vez no, pero noté el riesgo. Lo más importante era que en Denver me había ido bien. Se me había metido dentro la idea de la ambición. No se puede llegar a nada en el mundo de los blancos si no se entiende ese concepto. Pero en cheyenne ni siquiera existe una forma de expresarlo.

Los chicos indios quieren convertirse en grandes guerreros y algunos sienten la llamada de ser jefes, pero todo eso son metas personales, pues un jefe no tiene poder tal y como nosotros lo concebimos. Lidera solo mediante el ejemplo. Tomemos como modelo el desplazamiento al Río Powder. Vieja Tienda no ordenó a su pueblo que fuera allí. Lo que hizo fue decidir adónde iría él, y Hump decidió que él también iría, y así sucesivamente, y los otros les siguieron porque pensaban que estos hombres eran sabios, o puede que no lo hicieran si pensaban que no lo eran. Arde Rojo todavía no se había decidido. Seguía sentado en el sitio adonde había estado la última morada de Hump, y las esposas y las hijas de Hump habían desmontado el tipi a su alrededor.

Por otra parte, en lo que yo había estado pensando mientras llevaba aquella caravana de mulas de regreso a Colorado era en montar mi propio negocio. He dicho que no tenía ni idea de comercio, pero había llegado a creer que no hacía falta tenerla para hacerse rico en un sitio nuevo como Denver. Ya había un movimiento para convertir Colorado en Territorio. Al cabo de unos años, si había ganado dinero suficiente, incluso podría presentarme a gobernador. Sabía leer y escribir, que era más de lo que podía decir la mitad de la población actual en la ribera del Cherry Creek.

Pero ¿cómo podía hacer que un indio como Vieja Tienda entendiera mínimamente aquello?

En ese momento me ayudó la aparición de Oso Más Joven, que cabalgaba hacia nosotros. Iba sentado sobre su potro al revés, por supuesto, con la cara hacia la cola, lo cual, sin embargo, hacía que sus órdenes inversas y sus movimientos de brida fueran correctos. Indicaba «izquierda» cuando quería decir «derecha», y como iba mirando la grupa, el sentido cambiaba de nuevo respecto a la dirección en la cual iba el potro, y hacía lo correcto.

—Oh —dije—, ¿Oso Más Joven se ha convertido en un Contrario?

Como esperaba, el jefe me dio la explicación tradicional:

—Porque tenía miedo del trueno y el rayo.

—Por eso tengo que ir yo al oeste con mis carros de mulas —dije. Y había algo de cierto en aquella afirmación.

Tal y como acabó saliendo el tratado, me sentí orgulloso de haber desempeñado un papel en evitar que mis amigos sufrieran daño. Caldero Negro, Antílope Blanco y los otros cheyennes del sur y arapahos que cogieron la pluma obtuvieron una reserva a lo largo del Arkansas en el sudeste de Colorado, un sitio sin caza, con poca agua y suelo árido. Unos años después, mientras estaban pacíficamente acampados en Sand Creek, dentro de esa región, fueron asesinados por la Tercera Columna de Caballería de Voluntarios de Colorado.

CAPÍTULO 14

Nos asaltan

La matanza de Sand Creek tuvo lugar en el 64, a finales del año. Para entonces la Rebelión ya estaba liquidada o eso no habría ocurrido, pues las tropas habrían estado ocupadas.

Respecto a mí, después de aquel viaje de ida y vuelta a Missouri con las mulas me convertí en una persona más de puertas adentro. Se me metió en la cabeza la idea de convertirme en un empresario importante y tal vez dedicarme a la política. También había empezado a sospechar de mis supuestos socios, Bolt y Ramírez, que supuestamente tenían que dividir sus ganancias conmigo, pero ¿cómo podía comprobar que lo hacían si siempre estaba de viaje? Para confirmar mis sospechas, debería haber oído sus protestas cuando dije que a partir de ahora no iba a salir de la tienda.

Bueno, no sabía mucho de contabilidad, así que nunca pude demostrar que me habían robado en el pasado, pero mi parte aumentó notablemente desde que dejé de salir de viaje. ¡Y lo siguiente que hice fue construirme una casa y casarme!

En aquel momento tenía unos veinte años de edad. La mujer con quien me casé —sería mejor decir la chica, pues tenía dieciocho años—, era una sueca, nacida en Suecia y llegada a este país con sus padres unos años antes. Se habían instalado en Spirit Lake, en Iowa, donde su madre y su padre murieron en la famosa matanza de la banda de forajidos de los sioux santees. Aquello había ocurrido cinco años antes, así que todavía era lo bastante pequeña como para esconderse en una bodega de patatas, cosa que hizo y que le permitió sobrevivir. La chica se llamaba Olga. Cuando me casé con ella, habría hecho falta una cavidad mayor para esconderla: medía cinco pies con nueve pulgadas como mínimo, y tenía el peso correspondiente, aunque ni una onza de grasa. Era un poco más alta que yo, incluso cuando llevaba mis botas con alzas.

Olga tenía rasgos muy claros, con el pelo tan rubio y exquisito que incluso en los días de lluvia parecía que el sol brillaba sobre ella. Había llegado a Denver con una gente que la había acogido después de sus problemas, a cambio de lo cual la hicieron trabajar un montón. Les hacía la comida, cuidaba a los niños, y limpiaba y cortaba toda la madera, mientras la mujer se tumbaba en la cabaña, malhumorada, y el hombre siempre intentaba plantar la mano en el culo de Olga.

Me encapriché de ella la primera vez que la vi, no solo porque fuera guapa, que lo era, y el tamaño extra la hacía el doble de atractiva para mi gusto, sino principalmente porque era la persona con mejor carácter que hubiera conocido jamás. Era casi imposible enojar a aquella muchacha, y yo siempre he tenido debilidad por las mujeres tolerantes. Por ejemplo, nunca sospeché ni lo más mínimo que aquella

familia recibiera un beneficio de al menos el 300 por ciento a cambio de lo poco que habían hecho por ella. Después de que nos casamos, me costó impedir que volviera todas las tardes para hacer sus tareas cuando había terminado con las nuestras.

Al año siguiente, Olga y yo tuvimos un crío y yo mandé construir la mencionada casa, una preciosa morada de madera con techo de pino y cuatro habitaciones. Todavía no podía compararse con la residencia de los Pendrake, pero estaba bien para Denver. El hijo de Olga fue un chico y le pusimos Gustav por su padre, que fue asesinado por los santees, y ya de niño parecía talmente un sueco con su pelo amarillo como el trigo y sus ojos azules,

Mi mocedad entre los cheyennes me había convencido de que era inteligente, y ni siquiera aquella ocasión en Missouri había alterado tal convencimiento, pues supongo que la inteligencia no se aplica al amor. Pero sí a los negocios, y pensaba que estaba siendo astuto. Bolt, Ramírez y yo ni siquiera teníamos un acuerdo escrito sobre la sociedad. Bolt solía mencionarlo todos los sábados por la noche, cuando sumábamos los ingresos de la semana, restábamos los costes, y luego dividíamos lo que quedaba en tres partes, aunque pasado un tiempo observé que solo yo me llevaba un puñado de efectivo en dichas ocasiones. Él y Ramírez preferían dejar su dinero en la caja. Cuando se lo comenté, me informaron de que «reinvertían sus ganancias». A Bolt se le daba bien utilizar frases de ese estilo para explicar cualquier peculiaridad.

—¿Entonces qué usáis para los gastos diarios? —pregunté.

Ramírez se rio con sus fuertes dientes blancos, pero Bolt dijo con sobriedad:

—Créditos, por supuesto. Aquí tenemos una civilización, Jack, que no se basa en el dinero como tal sino en la idea del dinero. Toma como ejemplo a esos indios que comercian con nosotros: traen una piel de animal y quieren a cambio de ella algo de valor equivalente al instante. Nunca se les ocurriría abrir una cuenta con nosotros, gracias a la cual podrían llevarse suministros y otros artículos cuando los necesitaran, y el precio de estos se anotaría bajo sus nombres para ser sufragado por los depósitos de pieles con posterioridad.

»Con este método podrían equilibrar los altibajos de su economía salvaje y vivir al mismo nivel durante todo el año, en los malos tiempos y en los buenos, pagando en las épocas de caza abundante la deuda acumulada en las de escasez.

Bueno, tenía muchas más cosas que decir sobre la teoría de los negocios, y sobre cómo él y Ramírez preferían reinvertir su parte en la tienda en vez de ir por ahí gastándola dólar a dólar. Tenían cuentas de cargo en la barbería y la taberna, etc., y en cuanto a la mayoría de sus otras necesidades, las cubrían con nuestra propia mercancía y se la cargaban ellos mismos en los libros, en contraposición a mi costumbre de comprar a Olga unas telas y poner el dinero real en la caja, aunque por supuesto que me hacía el descuento de propietario.

Pero vayamos con aquello que él mencionaba frecuentemente: que nuestra sociedad estaba fundada únicamente en un apretón de manos. Se sentía muy orgulloso de eso, mientras que para mí era motivo de cierta preocupación. Supongo

que fue porque él hablaba tanto de ello por lo que yo sugería con aproximadamente la misma frecuencia que preparásemos los papeles legales necesarios.

Sin embargo, con esta táctica solo consiguieron levantar mis sospechas hasta el punto de que tuve que plantarme con lo de la firma, y contratamos a un abogado que preparó los papeles con los cuales mi tercio del negocio quedaba certificado. O al menos eso era lo que yo creía, pues examiné los documentos meticulosamente, ya que como bien sabe, yo sabía leer. Pero supongo que la ley es un idioma diferente.

Con Olga me sentía muy cómodo, y una de las razones era que nunca había aprendido demasiado inglés, y por supuesto yo no sabía hablar una palabra de sueco. Al no poder hablar el uno con el otro, nos llevábamos de maravilla, y nunca intercambiamos una mala palabra.

Nuestro crío, Gus, era un niño listo, y disfrutaba meciéndole en la cuna con el pie, mientras gorgoteaba y hacía gugú y ese tipo de cosas que hacen las criaturitas, y al otro lado del pequeño cuarto Olga estaba sentada zurciendo y sonreía a su estilo sueco si miraba hacia ella y preguntaba si quería comer, pues se parecía a las indias en que siempre esperaba que todo el mundo tuviera hambre a todas horas.

Entonces, un día, a finales del otoño del 64, Bolt y Ramírez de repente se largaron de la ciudad, dejándome para responder por todo su crédito. Entonces fue cuando descubrí que aquel había sido nuestro acuerdo: entregarme toda la responsabilidad legal del negocio y todas las deudas a su nombre, y ya le he indicado que incluso ponían los cortes de pelo y los afeitados en la cuenta de la empresa.

Bueno, mi «agudeza», por usar el término del Reverendo Pendrake, me había metido en un buen lío. A pesar de las apariencias externas en sentido contrario, la tienda llevaba algún tiempo de capa caída. Ocurría que Bolt y Ramírez habían bajado los precios de tal manera que cuanto más vendíamos, más perdíamos. Es decir, más perdíamos idealmente, debido a que nunca pagaban con dinero real, como ya he dicho.

Decidí que no quería quedarme allí. Olga, que no creo que llegara nunca a entender la razón para ello, el pequeño Gus y yo llenamos un morral y cogimos la diligencia a primera hora del día siguiente, abandonando la casa, el negocio y mis ambiciones de alcanzar la respetabilidad. Todavía no tenía ni veintitrés años, y ya estaba arruinado financieramente.

A pesar de todo, sentí cierto alivio. Claro que me gusta tener éxito, pero uno no puede ignorar que el fracaso otorga gran libertad. Así que mientras avanzábamos traqueteando por la carretera del sur hacia Colorado City y Pueblo, sentí una gran tranquilidad de espíritu, si no auténtica alegría como Olga. Tengo la impresión de que creía que nos íbamos de vacaciones, pues estábamos a mediados de diciembre de 1864, y la ruta de la diligencia giraba al este en el río Arkansas, y si uno se quedaba hasta el final del trayecto llegaba a Fort Leavenworth a tiempo para las Navidades. Había comprado billetes para el recorrido completo, lo cual me dejó el dinero justo para pagar la comida y el alojamiento en las paradas, aunque pudimos ahorrar un

poco en comida al principio porque Olga trajo consigo una gran cesta de manduca.

Puede que se me hubiera pasado por la cabeza la idea de cruzar el Missouri en Leavenworth e ir a la ciudad donde vivía el Reverendo Pendrake y pedirle un préstamo. Digo que puede. También podía buscar a aquel oficial al mando de Leavenworth que prometió ayudarme cuando era un niño, y enrolarme en el ejército. No tenía ningún plan determinado, eso seguro. Pensé que había aprendido mi lección de tomar lo que venía sin intentar forzarlo, y Olga y el pequeño Gus me resultaron un gran consuelo en aquel estado mental.

Gus tenía unos dos años y nunca le cortábamos su pelo rubio y rizado porque era precioso, y sus ojuelos, azules como la turquesa, miraban codiciosos todo lo que había de interés. Aquel era el primer viaje que experimentaba, y cuantos más baches tenía el terreno, más le gustaba, y se reía y se reía cuando rebotábamos como judías en una calabaza, pues un viaje de diligencia en aquellos días bastaba para que se te soltaran todos los dientes. Se parecía a su madre en todos los sentidos, lo cual me alegraba, pues yo no habría deseado mi jeta para nadie, y tampoco mi personalidad, ya puestos.

Lo que no he mencionado es que la matanza de Sand Creek había tenido lugar dos semanas antes, cuando el coronel Chivington atacó el campamento de los cheyennes y arapahos al alba y los aniquiló, siendo mujeres y niños dos tercios de los muertos.

Bueno, yo no estuve en Sand Creek, así que no tengo derecho a comentarlo en profundidad, aunque lo que ocurrió allí tuvo influencia sobre mi futuro. Lo que pasó fue que en los días siguientes los cheyennes fueron a la guerra a lo largo de toda la frontera. Pero al coronel Chivington lo encontramos con sus tropas junto al Arkansas, corriente abajo desde Fort Lyon, donde todavía estaba siguiendo los restos de los indios de Sand Creek.

La columna se detuvo y se acercó un joven teniente. Hizo un gesto con el sombrero hacia Olga, que estaba mirando por la ventanilla de la diligencia, y dijo al conductor:

—Saludos del coronel para todos los que van dentro. Hemos limpiado el río corriente abajo y podemos asegurarle que es seguro hasta los límites de nuestra jurisdicción.

El conductor expresó su alivio al oír la noticia, que a su vez me agradó, pues en la última parada de lo único que hablamos era de la posibilidad de encontrarnos con indios hostiles, y aunque Olga no entendía mucho ni de eso ni de ningún otro tema, si alguien mencionaba la palabra indio se volvía repentinamente elocuente.

—¿Has oído eso? —dije yo, dándole palmaditas en la mano, que puede que no fueran tan suaves como las de la señora Pendrake, pero que eran las mías.

Acercó al pequeño Gus a la ventanilla, y le dijo:

—Mía, caallo onito.

No se refería a la montura del teniente, sino a un gigantesco semental que iba a la cabeza de la columna a unas cincuenta yardas de distancia. Encima de esa bestia iba

Chivington en persona, a quien había visto en Denver. De hecho le había estrechado la mano una vez, y la mía quedó dormida el resto de la tarde. Era grandísimo, sobre todo de pecho, aunque su cabeza sola ya era tan grande como el cuerpo entero del pequeño Gus.

Nos había visto observándole, de modo que permaneció sentado sobre su montura como una estatua, y luego saludó con una gran manaza y gritó con su voz retumbante de predicador:

—¡Oh, cómo hemos castigado a esos diablos!

Así que las tropas continuaron hacia el oeste y nosotros seguimos hacia el este, y creo que no pasó una hora desde donde los habíamos encontrado, justo después de vadear un arroyo de poca profundidad y subir por la pendiente al otro lado, yo sujetando a Gus un poco asomado a la ventana para que pudiera ver las gotas de agua que todavía salían disparadas de la rueda posterior, cuando oí a Olga exhalar un sollozo y vi su cara rosa volverse del color de la tiza y sus ojos azul cielo anocheciendo.

Entonces miré adelante, donde unos cincuenta jinetes habían aparecido a la vista sobre los riscos del norte: indios, y no hacía falta que nadie me dijera que eran cheyennes. El pequeño Gus los vio al momento y empezó a gorgotear feliz, dando palmadas con sus manecitas, y mientras yo se lo devolvía a su madre, bajaron hacia nosotros.

Bueno, no tardamos en alcanzar la cumbre de la pendiente, y desde allí descendimos sobre la pradera, y empezamos a correr en la clara tarde de invierno, el aire frío colándose entre las cortinas de los laterales. Saqué mi pistola, pero todavía estaban demasiado lejos. El idiota del guardia que iba encima, sin embargo, perdió de inmediato los nervios y empezó a descargar su escopeta sin sentido, pues el indio más próximo no estaba ni a un cuarto de milla, y cuando por fin estuvieron lo bastante cerca para usar el arma, ya se había quedado sin cartuchos.

La razón de llevar una escopeta era que excepto de casualidad, ningún hombre podría alcanzar un objetivo con un rifle o un revólver desde una diligencia en movimiento, pues no solo él iba dando botes, sino que también los iba dando su objetivo. Puede hacerse una idea de la situación tirando un guisante seco a un saltamontes que esté saltando mientras usted corre a toda velocidad. La única ventaja era que los indios tampoco lo tenían más fácil para alcanzar a nadie en la diligencia. Mientras siguiéramos rodando, todavía no estaríamos perdidos. Nuestros animales no estaban frescos, pero por otra parte eso también significaba que la próxima posta, donde habría que cambiarlos, estaba a menos de cinco o seis millas.

Pero no había contado con nuestros compañeros de pasaje. Eran tres, una especie de desenfadado viajante que llevaba con nosotros desde Colorado City y que había intentado vender cosas a todo el mundo. Llevaba un baúl atado arriba, pero también llevaba un maletín sobre el regazo, y es asombrosa la cantidad de basura que podía sacar de él. Luego había un robusto rancharo de unos cincuenta años, que no hacía

más que intentar emprender una conversación sobre la victoria de Chivington y «si realmente había solucionado el problema indio». Por fin, en la última parada, se había subido un pasajero de aspecto temible sin dirigir la palabra a nadie, y tras empujar al viajante fuera del rincón del fondo a la derecha, se hundió en él y deslizó la culata del gran Colt de su cintura para poder sacarlo ante cualquiera que respirase en dirección a él. Le aseguro que yo no habría soportado que el hijo de perra me tratara así, pero como no lo hizo, yo tampoco hice nada, pues no era pariente del viajante.

Sin embargo, ahora estábamos bajo ataque, y di gracias por la presencia de aquel tipo de aspecto temible. Con el guardia aterrorizado en lo alto y el viajante desarmado y aquel ranchero, que respondía al nombre de Perch, que sugirió que nos parásemos e intentáramos comprar a los cheyennes, pues resultó que en una ocasión había comprado tierras a los amistosos osagas y basándose en eso creía que todos los indios tenían su precio, en vista de semejantes compañías, digo, tomé un rápido aprecio por el otro hombre, a quien llamaré Black por el color negro de su gran bigote, ya que nunca averigüé su nombre. Estaba muy tranquilo, y se limitó a quedarse sentado mirando hacia delante, sin ni siquiera mirar hacia atrás, a nuestros perseguidores, pero con la culata de su pistola, brillante por el uso, lista para cuando fuera necesaria.

Este resultó ser el caso antes de lo que yo me había imaginado. Corrimos que durante media milla a lo largo de la pradera abierta, manteniendo la distancia, pero entonces los potros cheyennes empezaron a ganarnos terreno rápidamente. Yo iba mirando hacia atrás, en la esquina izquierda del coche, y cuando el indio de cabeza apareció a menos de cien yardas, me incliné y le disparé, pues si bien no tenía sentido malgastar cartuchos como había hecho el guardia, ahora que la distancia se había acortado era sabio hacerles saber de lo que éramos capaces.

Me quedé muy lejos de aquel guerrero, pero giró y se puso al otro lado del coche. Le dije a Black:

—Inténtalo ahora tú, socio.

Pero no respondió en modo alguno, y siguió mirando adelante muy concentrado. Pensé que si salíamos de aquella iba a enterarse, pero ahora no había tiempo para eso, así que lo dejé correr, y de todas formas el viajante estaba tirándome de la manga.

—Tengo un aceite y disolvente para pistolas que le quita la porquería del plomo a todas las cámaras —dijo. Sacó un frasquito de su maletín y me dijo que probase una muestra sin cargo, y que si me gustaba me haría un buen precio por una pinta.

Ya ha visto lo útiles que resultaban mis compañeros. Le quité el frasco de la mano y se salió el corcho, de manera que el contenido se derramó sobre las botas de Perch, donde juro que inmediatamente devoró el extremo de su dedo gordo, ya que creo que era ácido puro, y tuvo que quitarse rápidamente la bota izquierda y tirarla por la ventanilla.

Bueno, señor, pues qué le parece que cuando los indios más próximos llegaron junto a esa bota, dos de ellos tiraron de las riendas y desmontaron para examinarla. Eso me dio una idea, así que subí al techo, con un pie apoyado en la ventana, lo cual

no es nada fácil cuando un diligencia corre a todo trapo, y llamé a gritos a los tipos de fuera. El conductor no tenía tiempo para cotorrear, y el guardia dirigió su escopeta hacia mí cuando mi cabeza llegó a la altura del techo y creo que me habría volado la tapa de los sesos si no hubiera gastado todos sus cartuchos. Creyó que era indio.

Necesité un buen rato y mucha saliva para que me oyera por encima de sus gritos histéricos y del ruido del viento, pero por fin conseguí transmitirle mi plan, y volvió arrastrándose donde iba atado el equipaje, lo abrió pieza por pieza, y empezó a arrojar las ropas y demás. El baúl del viajante proporcionó la mayor variedad: abrigos, trajes y cuellos, rollos de tela que se desenrollaban al viento y se extendían hacia atrás, uno de los cuales azotó a un indio, estirándose por ambos lados. Se envolvió en sus extremos al galope, pero una vez que lo hubo hecho no fue capaz de seguir adelante, sino que tuvo que pararse para sacar su espejo y mirarse. Bueno, el baúl también contenía espejos, pero se rompían en destellos al golpear el suelo, y también los frascos de aceite para el pelo, pero los platos de lata no, y cuando un cheyenne tenía uno al alcance, se detenía y lo recogía, aunque eso no fue nada comparado con el efecto que causaron los sombreros femeninos al salir disparados. Estos y el contenido de nuestro morral, que fue lo siguiente en abrirse, fueron lo que acabó con aquella fase de la persecución. Lo último que vi, antes de que la diligencia se hundiera en un terreno descendente, fue a dos cheyennes disputándose los calzones ribeteados de cintas de Olga, estirados de un caballo a otro, y a media docena de indios que habían cogido los sombreros, festoneados de aros y volantes.

Entonces la diligencia perdió una rueda y arrasamos doscientas yardas de pradera antes de que los animales pudieran pararse, pues estaban cansados pero asustados, y tan pronto como el conductor los soltó, salieron corriendo, unidos por el arnés.

El conductor y yo conferenciamos sobre si deberíamos quedarnos donde estábamos o seguir a pie. Estábamos situados en las tierras altas sobre el río, pues el suelo era demasiado blando para soportar a un vehículo. Al otro lado del Arkansas, muy poco profundo en invierno y cubierto con una fina capa de hielo, se extendía un trecho de colinas arenosas donde podríamos aguantar hasta que advirtieran el retraso en el horario previsto y salieran las tropas de Fort Larned. Aunque esto podría llevar un tiempo, pues en aquellos días nadie se preocupaba cuando una diligencia llegaba con un retraso de un día.

Una cosa era segura, los cheyennes no estarían eternamente distraídos por sus nuevas pertenencias. Vendrían detrás de nosotros de inmediato, aunque dado que estábamos en un valle poco profundo debajo de ellos, todavía no habían visto nuestro accidente.

Nadie salió herido, pues el coche no volcó, y puede que la sacudida sentara bien a nuestro grupito, al menos a Perch y el viajante, que, por así decirlo, se vieron arrojados a la cruda realidad. Olga también parecía menos preocupada que cuando parecía que íbamos a la carrera. Todo el mundo se había bajado y yo ya había charlado con el conductor cuando me di cuenta de que Black no había salido del

coche, así que miré dentro, pues estaba muy inclinado, y le vi en su rincón, mirando directamente hacia delante con esa cara terrible, excepto que sus ojos tenían ahora una capa vidriosa como un charco cubierto de verdín. Así que agité la mano delante de él sin ningún efecto, le quité el Colt y la munición del bolsillo y busqué un poco sus papeles, pero no podía perder mucho tiempo y no encontré nada.

Imagino que murió de un ataque al corazón en algún momento. Si fue por miedo o no, nadie puede saberlo, y yo no se lo mencioné a los otros por el momento, pues pronto íbamos a vadear el Arkansas, nos íbamos a mojar los pies con agua helada y no tendríamos medio de secarlos, porque al principio no nos atrevíamos a encender fuego y luego, cuando nos descubrieron, estábamos demasiado ocupados con otros asuntos. Fue poco después de llegar a las colinas de arena de la orilla sur cuando vimos a los cheyennes llegar a lo alto de la elevación y bajar sobre la diligencia abandonada, que pensaron que seguía ocupada. Aullando, la rodearon. Luego se bajaron y sacaron el cuerpo de Black, lo desnudaron, le echaron un lazo al cuello y le arrastraron por la pradera tirado por un potro hasta que se hizo pedazos. Pero supongo que ya le daba lo mismo.

Muchos de ellos iban vestidos con prendas de vestir femeninas: vestidos elegantes, como he dicho, y algunos cubrecorsés. El guerrero que por fin había obtenido los calzones de Olga los había partido en dos y llevaba cada pernera como una manga. Los platos de lata los habían perforado con cuchillos y habían pasado cintas rojas a través de ellos, atándolos a sus animales para que traqueteasen. Alguno iba envuelto en telas. No todos los frascos de tónicos crecepelos habían reventado, pues vi a algunos indios bebiéndolos, y pregunté al viajante por su contenido. Como ya no podía venderlos, por una vez me dijo la verdad: no eran más que agua con colorante, gracias a Dios.

Entonces vieron que nuestro rastro cruzaba el río. Habíamos trazado una línea de defensa a lo largo de la duna más alta con Olga, Gus y el viajante, que no era cobarde sino que iba desarmado, detrás de ella. El conductor tenía una carabina y el guardia afortunadamente llevaba un par de revólveres además de su inútil escopeta. Yo le di mi Remington de bolsillo a Perch y utilicé el gran Colt que había cogido a Black. Los cheyennes solo poseían dos o tres rifles, probablemente en mal estado. Si organizábamos nuestras descargas para obtener el mayor efecto a una distancia superior al alcance de las flechas, los Seres Humanos podrían desanimarse.

Así que asigné un objetivo específico entre los jinetes de primera línea a cada uno de nuestros chicos, mientras sus animales cruzaban crujiendo el borde de hielo de la corriente, pisando cautelosamente para no cortarse los pies. Cuando llegaron al agua libre y arrancaron al galope, nosotros disparamos.

Yo no estaba familiarizado con mi arma, así que disparé demasiado alto y corté la blanca pluma del tocado de un guerrero. Pero con mi pequeña pistola y mucha suerte, Perch alcanzó la rodilla de un caballo, probablemente astillando más que rompiendo el hueso, pero lanzó a su jinete a un chapuzón, y para evitarlo otros dos guerreros

colisionaron, y nuestro conductor hizo añicos el arco que uno de ellos llevaba en la mano y lo dejó caer como si estuviera caliente.

Aquello fue suficiente para frenar aquel flanco de la acometida y para desmoralizar el ánimo general, pero dos indios habían salido con la intención de dar un *coup*, de modo que habrían sido capaces de meterse en la boca de un cañón. Bueno, nuestro conductor estaba recargando nuestra única arma de larga distancia, el guardia disparaba enloquecido siguiendo su costumbre y Perch no tenía más suerte.

Dos veces fallé por completo, y para entonces los guerreros, manteniéndose el uno al lado del otro, uno sobre un pinto al galope y otro sobre un negro, salpicando sobre el poco profundo Arkansas, estaban a setenta yardas de distancia y avanzando rápidamente. Yo tenía el vientre y el mentón sobre la arena, y se me habían metido granos en la boca y sentía como si tuviera espinillas bajo la lengua. El tipo del pinto empezó a aullar su canción de la victoria, y yo por supuesto la entendí y me sentí extraño, sabiendo que estaba preso del frenesí cheyenne y que no se detendría a menos que le arrancasen la vida a tiros.

Cuarenta yardas, y mi objetivo ya había dejado atrás el río y estaba fustigando a su animal para que subiera por nuestra pendiente. Entonces fallé con mi última bala, pero el conductor ya había cargado su carabina y alcanzó al cheyenne de lleno en el tronco, con un disparo excelente y difícil, incluso desde tan cerca, y cayó sobre la cola del potro con un aleteo de los volantes del sombrero de señora que llevaba pero que yo no había notado hasta entonces. Rebotó hasta casi caer al río, perdió el sombrero, y perdió su canción, también. No volvió a levantarse, aunque al anochecer seguía vivo, pues todo quedó tan en silencio que podíamos oír su respiración entrecortada.

No recuerdo qué fue del otro: tal vez se diera la vuelta, ya que su medicina se había estropeado. Hubo otras dos acometidas antes del crepúsculo, y en estas participó el grupo entero. Hay experiencias más agradables que permanecer tumbado sobre la arena fría con cincuenta cheyennes aullantes dirigiéndose hacia ti. Pero los rechazamos, hiriendo a unos cuantos de paso, aunque la segunda vez, antes de retirarse, alcanzaron a Perch en el hombro con una flecha.

Mientras el sol se ponía, los indios cubrieron la otra orilla, ya sin lanzar provocaciones ni agitar las lanzas; estaban aburridos de ese aspecto de la pelea en lo tocante a aquel día. Podíamos esperar la reanudación con la primera luz del día siguiente. Mientras, miraron silenciosamente al otro lado, y entonces algunos prendieron fuegos a medida que la luz se desvanecía, pues cada vez hacía más frío. Luego todos se envolvieron en mantas y comieron *pemmican* que sacaron de sus bolsas de cuero.

Nosotros nos quedamos sentados mientras la oscuridad caía y el viento se levantaba. Hacía demasiado frío para que nevase. Perch tenía el hombro herido y su pie se había congelado por haber tenido que desprenderse de una bota y vadear el río. Pensé que perdería la pata, pero en aquel momento rechazó una burda operación,

afirmando que el dolor estaba equilibrado en un punto muerto debido al que sentía en el hombro. El viejo pájaro era más duro de lo que yo me había imaginado.

El conductor había traído una gran cantimplora, así que tuvimos agua suficiente al menos para pasar la noche. Pero nada de manduca. Tampoco podíamos encender un fuego en aquellas desoladas colinas de arena. Sin embargo, todo el mundo llevaba sus gruesas prendas de invierno, y el hoyo que había tras nuestro risco nos servía de protección contra el viento, así que todos nos metimos en él cuando la oscuridad se volvió impenetrable, dejando un único centinela por turnos en lo alto.

He mencionado que Olga se tranquilizó tan pronto como la rueda se salió de la diligencia y nuestra situación se volvió crítica. Continuó de esa guisa, y vendó el hombro de Perch con jirones de sus enaguas e intentó calentar la sangre de su pie helado. Y el guardia, que era el tipo flaco, narigudo y nervioso que había disparado a lo loco y que entre las acometidas sentía sacudidas y olisqueaba y se rascaba el cuerpo como si tuviera piojos, bueno, pues cuando entró en el hoyo, Olga le secó la frente, que a pesar del frío tenía cubierta de sudor, y luego dijo que Dios le bendiga, señora, y se quedó dormido como si fuera un niño.

Lo que quiero decir es que era una buena mujer, y muy práctica. Y el pequeño Gus, cuando las pistolas dispararon por vez primera, deleitándole de forma maravillosa, quiso disparar una él también, y con esa intención subió arrastrándose por la pendiente, pero Olga le detuvo. Luego perdió interés por el conflicto y jugó solo en el hoyo, haciendo unas rayitas preciosas en la arena. Yo me sentí orgulloso de los dos, y también preocupado por ellos, y decidí que si quería salvarles la vida tenía que arriesgarme.

Tomé la decisión de dirigirme a Larned, un viaje de puede que cuarenta millas, pero en las diez millas siguientes había una parada de diligencia donde, a menos que los cheyennes la hubieran arrasado, podría conseguir un caballo. Tenía intención de volver con el ejército al anochecer del día siguiente. Estaba seguro de que nuestra gente podría aguantar hasta entonces.

Los otros estuvieron de acuerdo, aunque el valiente viajante quiso ir en mi lugar, pues decía que era inútil como combatiente, y el conductor quiso que fuera el guardia, por el mismo motivo, pero yo sabía que era el más experimentado y me mantuve firme.

Estreché las manos de todos y luego besé a Olga. El pequeño Gus dormía en sus brazos, y yo no quise despertarle, así que apreté mis labios sobre su mejilla regordeta y luego le cerré la caperuza de lana, aunque el muchachote parecía tan caliente como un carbón encendido en la noche gélida.

—No te pasará nada, chiquita mía —le dije a Olga.

—lo espero aquí —dijo ella, dando palmaditas en la arena, y la creí porque era de fiar, así que no fue con ánimo desesperado como entregué mis armas al viajante y partí a través de la más completa oscuridad, vadeando hasta la orilla norte y bajando aproximadamente una milla, y luego poniéndome las botas y corriendo a la siguiente

parada de la diligencia. Donde todo fue bien, excepto que al aparecer en mitad de la noche casi me pegan un tiro. Allí solo había tres hombres, insuficientes para volver y rechazar a cincuenta cheyennes, y de todas formas uno de ellos estaba completamente borracho y los otros eran tan cobardes que cuando supieron que había enemigos cerca se metieron corriendo en un refugio subterráneo y se echaron tierra encima. Pero conseguí un caballo, que casi maté cabalgando hasta el fuerte, donde conté mi historia al oficial al mando. Este organizó una columna sin demasiada demora, tomé un animal de refresco y volvimos. Tardamos poco tiempo, para ser el ejército.

Faltaba una hora para el amanecer cuando llegamos a lo alto de una elevación del terreno que, con unos gemelos prestados, me permitió ver nuestra diligencia abandonada. Los cheyennes habían desaparecido de sus inmediaciones. Tampoco pude ver a nadie al otro lado, en las dunas, pero estarían escondidos, pues a la distancia a la que estábamos, no podían distinguirnos de los indios.

En todo caso, eso era lo que me repetía constantemente, mientras nos acercábamos al trote, y por fin eché a correr hacia la otra orilla, fustigando a la cansada montura de la caballería a través del suelo blando que se había deshelado bajo el sol diurno. Entré en el agua, y mientras llegaba tambaleante por el agotamiento a la orilla contraria, me bajé de un salto y corrí, gritando, pendiente arriba.

Al primero que encontré fue al viajante. Una procesión de hormigas ya había alcanzado sus ojos, aunque no podía llevar muerto más de unas horas. Tenía clavada tres flechas, y la cabeza desnuda y despellejada. Cerca estaba el conductor en una situación parecida, y su mano derecha también había desaparecido. Era un buen tirador, y los cheyennes habían reconocido ese hecho mediante dicho gesto.

El guardia tenía muchos cortes, pero Perch no tenía ninguno, ya que el hombro vendado y el pie congelado lo habían estropeado como trofeo, por así decirlo, y además era calvo.

No sé cómo, los habían invadido. Puede que hubieran liquidado al conductor, y entonces el resto se vino abajo. No lo sé. Cuando bajé al hoyo me sentía aturdido, pero allí no encontré a Olga ni al pequeño Gus. Ni tampoco en ningún otro lugar de aquella región. Los cheyennes se habían llevado a mi familia.

CAPÍTULO 15

Union Pacific

No entraré en los detalles de la desesperada búsqueda que emprendimos al día siguiente, pues siguiendo su costumbre los cheyennes se dispersaron en muchos grupos menores y no había forma de saber cuál era el que incluía a Olga y Gus. Mejor así, pues si nos hubiéramos acercado con las tropas, los indios probablemente habrían matado a mi esposa y a mi hijo por pura maldad.

De momento, podría ocurrir que más adelante los ofrecieran a cambio de un rescate. Si los cheyennes no los habían matado en el Arkansas, no iban a hacerlo después de tomarse la molestia de secuestrarlos. Estaba bastante seguro de eso, aunque no se puede contar con que un salvaje tenga siempre en mente lo que más le interesa desde un punto de vista práctico. Si les vencían en algún encuentro con los blancos, o si algún guerrero se emborrachaba... Bueno, no tenía sentido hacer especulaciones de ese tipo, dado que no podía hacer nada.

En aquel momento, solo pensé: esos cabrones tienen a mi esposa y mi hijo. Supongo que podría haber culpado incluso a Vieja Tienda, si no hubiera estado en el río Powder.

Por supuesto, ahora me doy cuenta de que él y su grupo habrían sido el mejor medio a mi disposición para localizar a mi familia y recuperarla. Siempre y cuando hubiera podido encontrar al jefe sin que me mataran mientras le buscaba, ya que no se podía telegrafiar a un indio o escribirle una carta. Bueno, el caso es que nunca lo intenté. Volví a Fort Larned con las tropas y me contraté como explorador durante un tiempo, pero no hubo más problemas a orillas del Arkansas. El ataque contra nuestra diligencia había sido una circunstancia aislada. El verdadero jaleo tenía lugar a lo largo del Platte, donde los cheyennes habían fumado la pipa de la guerra con los sioux y los arapahos, y juntos, formando una fuerza de mil guerreros, arrasaron la ciudad de Julesburg a principios de enero, saqueando las tiendas. Durante un mes aterrorizaron el South Platte, destruyendo ranchos y paradas de diligencia, arrancando las líneas de telégrafo, y capturando caravanas de carros. Luego, en febrero, volvieron a atacar Julesburg, y tras saquearla una vez más, la quemaron hasta los cimientos.

En primavera, los indios hostiles se trasladaron al norte, a las Montañas Negras, y luego al Powder. El ejército llegó en verano y fue más o menos derrotado en una serie de encuentros. Luego quedó atrapado en una tormenta de principios de otoño que mató a la mayoría de sus animales y volvieron, harapientos y descalzos, gracias únicamente a que Frank North y sus exploradores pawnees los encontraron y los guiaron. Al año siguiente, los sioux y los cheyennes echaron al coronel Carrington

del territorio del norte e hicieron que el ejército abandonase los fuertes que había construido para proteger la ruta a las minas de oro de Montana.

Estoy intentando reunir valor para reconocer que en vez de buscar en serio a Olga y el pequeño Gus, me volví un borracho. Es algo difícil de confesar sobre uno mismo, y nunca lo había hecho, pero es la pura verdad. Perdí el valor. Me habían derrotado en todos mis empeños, y ese tipo de cosas pueden dejar marcado a un hombre. Cuando patrullamos el Arkansas durante los meses siguientes y no encontramos enemigos, me sentí aliviado, pues había empezado a pensar que mi familia estaría más segura si los indios con los que estaban seguían evitando o venciendo al ejército. Tal vez cuando todo se calmara podría conseguir algún artículo canjeable, mantas, cuentas y demás, vagar entre las tribus como comerciante y encontrar a Olga de esa manera.

Mientras tanto, me dedicaba a beber, y cuanto más bebía, menos veía en los indios en general y en los cheyennes en particular que me pareciera aceptable. No entraré en eso, porque solo fue una prolongación de algo que había empezado a sentir en Denver. Me limitaré a decir que ahora ya no me parecía una estupidez cuando oía decir a alguien que lo que deberíamos hacer era exterminarlos a todos. De hecho, puede que fuera yo mismo quien expresara ese sentimiento a voz en cuello, pues siempre lo oía cuando ya había llegado hasta el fondo de la jarra, y a veces estaba sentado yo solo junto al muro de la empalizada.

Casi preferiría tener que volver a pasarlo todo que recordar mis vagabundeos subsiguientes durante el verano del 65, pues cuando no estaba borracho, estaba sufriendo las consecuencias de la borrachera, que es peor. Vagué hacia el este, y Kansas estaba creciendo ahora que la Guerra había acabado, y había ranchos e incluso ciudades donde antes solo había campos de bisontes, y una caravana de carros metía la nariz en el culo de la siguiente, y donde quiera que encontraras hombres blancos, encontrabas whisky.

Yo no tenía dinero para pagar en las tabernas, y no estaba en condiciones de prestar ningún servicio en ningún campamento, como pudiera ser, por ejemplo, la caza, pues no tenía arma y no podría haber mantenido firme la mano si la hubiera tenido. Puede que consiguiera que me invitasen a una o dos bebidas por pura hospitalidad, pero difícilmente habría podido consumir el volumen de alcohol que entonces necesitaba sin dar algún tipo de recompensa a quienes me lo servían.

Así que eso explica cómo y por qué me había convertido en un bufón. O sea, me acercaba a una caravana de carromatos durante su parada nocturna, o iba a un rancho, o entraba en una taberna de la ciudad, y decía:

—¿Les apetece un poco de entretenimiento? Si me invitan, yo se lo proporcionaré.

En aquellos tiempos la gente era muy curiosa, y siempre había alguien que decía que sí y me las pagaba. Yo me metía suficiente matarratas en las tripas como para detener los temblores que me recorrían el cuerpo cada vez que estaba vacío, y luego hacía el ridículo. Cantaba y bailaba, sacando mi talento de la bebida, pues no tenía

ningún don natural en ninguno de ambos aspectos, ya que era ronco de nacimiento y el aguardiente había hecho aún más áspero mi paladar, y me imagino que debía de sonar como un cuervo anunciando al resto de la bandada que acababa de descubrir una jugosa carroña pudriéndose en la pradera.

Una de las canciones que croaba la aprendí en Santa Fe, y hablaba de una mulita, y puedo recordar vagamente cantarla una vez en una taberna de Omaha, Nebraska. Algunos de los chicos presentes eran muleros, y cogieron unos cinturones y otros trastos para hacer una silla de montar de pega, y me la pusieron a la espalda. Yo troté a cuatro patas sobre el suelo mientras ellos me daban patadas en la grupa, y uno especialmente canalla me azotó con su látigo. Creo que estaba a punto de despellejarme los cuartos traseros cuando otro personaje se acercó a él y dijo:

—Yo me quedaré con eso.

—Y una mierda —dijo el otro.

En aquel momento me había desplomado y estaba observándolos a través de mis ojos sanguinolentos. Me daba igual que me azotaran o no. Ni siquiera era capaz de recordar cómo había llegado a Omaha, o por qué. Digo esto porque si alguna vez alguien se había merecido una buena paliza, ese era yo.

—Muy bien, sabandija culo pelado, huevos de bisonte, bebepís, entonces te voy a saltar los p... dientes —dijo mi salvador, y procedió a hacerlo tal y como había dicho, con un poderoso golpe que fue de sudeste a sudoeste, alcanzando al hombre del látigo en la boca, y sus paletas delanteras salieron escupidas como un puñado de maíz en medio de un torrente de sangre.

Sus amigos se lo llevaron de inmediato, y el resto del público silbó y gritó.

—Maldita sea, eres el prodigio tetudo, melenas, etc.

Todo aquello no significaba nada para mí. Entonces el vencedor de aquella pequeña escena se inclinó, desató la silla de mi barriga, me levantó como si fuera un niño, me echó al hombro como si fuera un poncho doblado, y se largó de allí.

Lo siguiente que supe fue que me habían tirado en un abrevadero de caballos del exterior, y que cada vez que intentaba levantarme, una mano enorme metía mi cabeza en el agua. Así que pensé, vale, me ahogaré si eso es lo que quieres, pues ya no tenía voluntad propia. Pero cuando estaba dispuesto a tragarme el agua salobre, de pronto vi cómo mi torturador me sacaba, me daba un par de palmaditas en la espalda, me volvía a echar sobre su hombro, me subía por una estrecha escalera hasta una habitación y me tiraba sobre una cama de hierro.

Entonces pude ver bien por vez primera a aquel extraño, pues se quitó el sombrero y su largo pelo rojo cayó de la copa, donde había estado recogido. No era un hombre, sino una mujer. Vino a sentarse a mi lado en la cama.

—No sé por qué lo he hecho, hombrecito —dijo—, pero me siento muy atraída por ti. Lo sentí tan pronto te vi arrastrándote por el suelo. Me vuelves loca, bonito, siendo como eres una mofeta inútil, y voy a amarte. Eres mi hombrecito —y cosas semejantes.

—Aguarda un momento, Caroline —dije yo—. ¿No reconoces a tu hermano Jack?

Tuve que decirlo varias veces antes de que surtiera efecto, ya que mi voz estaba muy débil. Tal y como he dicho, estaba empeñada en aquella idea que se le había metido en la cabeza.

Pero por fin abrió la boca y casi se le cayó la tableta de tabaco que estaba masticando, y entonces dijo:

—Oh, Dios mío.

Y luego:

—¡Hijo de perra!

Y entonces otro par de juramentos surtidos, pues pocos sabían maldecir como mi hermana.

Y por fin empezó a llorar y me besó y me abrazó como una hermana, y me trajo algo de agua en una palangana y me lavó la sucia cara y me reconoció definitivamente, y entonces volvió a empezar.

Bueno, me alegré de ver a la vieja Caroline, y me alegré aún más de tener a alguien que me cuidara un poco, pero después de meses de disipación y vergüenza, no me quedaban muchas energías y mi mente estaba débil, así que pronto me quedé dormido.

Al día siguiente me sentía fatal y necesitaba whisky para seguir respirando, pero Caroline no me dio ni una gota. Por el contrario, me dejó en remojo durante horas en una bañera de lata que tenían en aquella casa. Me dejó empapándome el día entero y el día siguiente, echándome cazuelas de agua hirviente cada vez que la bañera se volvía soportable para mi pellejo, y cuando por fin emergí de aquel tratamiento, tal vez hubiera sudado el veneno, pero también se había llevado el resto de mis jugos, y tenía las piernas de goma como un potrillo.

Caroline no había cambiado mucho. Sus rasgos se habían endurecido un poco, y siempre masticaba tabaco, lo cual no beneficiaba a sus dientes. Aunque se lavaba con tanta regularidad como la mayoría, el olor a mula se podía percibir en su presencia, pues a las mulas se dedicaba para ganarse la vida: llevaba una yunta, que salía de Omaha hacia el Union Pacific Railroad, y luego continuaba a lo largo del río Platte.

Mientras seguía estando débil, me relató la historia de sus experiencias entre el momento en que me había dejado en el tipi de Vieja Tienda y la fecha presente. Eran variadas y se caracterizaban por violentos altibajos, pues creo que ya se habrá hecho la correcta idea de que Caroline era del género romántico y siempre estaba insatisfecha.

Había ido más hacia el oeste, y había estado en el mismo San Francisco. Fue allí donde intentó contratarse como marinera en un barco, pero la tripulación fue más rápida que los cheyennes en descubrir su sexo y la tiraron al agua. No sé por qué Caroline no conseguía meterse en la cabeza que la forma de atraer a los hombres no era hacer lo que hacían ellos, sino más bien... no, no lo sé: ella creía que era fea, eso

era lo que pasaba. Pero no lo era. No era bonita, ni mucho menos, pero tampoco era espantosa, era solo que tenía unos rasgos fuertes.

Bueno, cambió de idea cuando empezó la Guerra Civil y se fue al este y se dedicó a curar a los heridos, lo cual imagino que debía de dársele bien, dadas sus cualidades de fuerza y vigor sumadas a una auténtica naturaleza femenina subyacente. No nos equivoquemos, a Caroline le gustaban los hombres; de hecho, sus problemas nacían del fervor de ese gusto. Al cabo, se enamoró de un hombre que había conocido en un hospital militar cerca de Washington, D. C., lo cual demuestra lo lejos que llegó hacia el este. No era un herido, sino un enfermero que incluso escribía poesía en su tiempo libre. Según Caroline, era tímido, pero ella estaba segura de que le correspondía en sus sentimientos, pues le dio algunos de sus escritos y estaban llenos de pasión ardiente, y aunque nunca lo reconoció delante de ella, sabía que era a ella a quien iban dirigidos, y juntos bañaban y vendaban a los pobres desgraciados, y el mismo sufrimiento que les rodeaba cimentó su amor, etcétera.

No veo la necesidad de contar la historia entera, pues el caso es que cuando este individuo llegó al punto en que se dio cuenta de que Caroline sentía una gran simpatía hacia él le confesó que estaba enamorado de un pequeño tamborilero de pelo rizado al que una bala Minie había descortezado el hombro rosáceo. A mi hermana nunca se le ocurrió preguntarse por qué un hombre fuerte y sano se ofrecería voluntario para vaciar cuñas cuando podía estar luchando. Recuerdo el nombre de aquel individuo, pero no lo mencionaré, pues en años posteriores alcanzó cierta reputación por sus versos robustos, según me dijo una vez un individuo, y no quiero estropearle el placer de su lectura a nadie, en caso de que todavía los lea alguien a estas alturas.

Aquello fue el final para Caroline, que recogió su corazón roto y volvió al oeste y se dedicó a mulera. No le avergonzaba lo más mínimo haberme tomado en principio por un posible amante, ya que los diversos reveses que había sufrido en ese aspecto la habían endurecido. Supongo que pensaba que la única forma que le quedaba de conseguir un hombre era cargar con él como había hecho conmigo.

Le pregunté si alguna vez se había encontrado con el resto de nuestra familia en sus viajes.

—No, nunca —dijo, echándose la bota sobre la rodilla y escupiendo un fino chorro de tabaco en una escupidera que le había dado la casera—, aunque un soldado del hospital me dijo que había servido con un tal Bill Crabb que había muerto como un héroe en Fredericksburg, y supongo que era nuestro hermano pequeño. Que Dios acoja su alma.

Nada me parecía más improbable que Bill se hubiera corregido de cómo le vi en el 58, pero no se lo dije. Además, tampoco estaba en situación de lanzar calumnias sobre otro hombre.

Lo siguiente que dijo Caroline fue:

—Háblame de ti, Jack, cuéntame cómo has acabado tan mal.

A eso se le llama ser directa. De modo que le relaté mi historia, y hay que reconocer que Caroline nunca me había prestado mucha atención cuando era un crío e incluso me había abandonado entre los indios, pero al cabo de un tiempo comprendió que había hecho algunas cosas dignas de su atención y me la concedió generosamente. Y es extraño que aunque su propia suerte había sido desastrosa, fue su actitud hacia mis calamidades la que me sacó de la desesperanza en la que me había sumido.

Cuando le hablé de la captura de Olga y el pequeño Gus, dijo despiadadamente:

—Será mejor que te olvides de ellos, Jack. Seguramente haga mucho que los mataron.

—No digas esas cosas, Caroline.

—Solo digo lo que parece que tú mismo has decidido hace mucho, Jack, muchacho —afirmó mi hermana, volviendo a usar la escupidera—. Deberías saber cómo se portan los indios, si has vivido con ellos tanto como dices. Y supongo que no habrás olvidado que mataron a papá y me maltrataron a mí y a nuestra madre. Yo nunca he conseguido sobreponerme a esa experiencia. Tú probablemente fueras demasiado joven para recordar lo atractiva que era yo de joven, antes de que mi doncella fuera robada brutalmente por esos sucios animales. Todavía tengo pesadillas sobre aquello.

Supongo que Caroline creía lo que decía, pues le daba una excusa para sus fracasos amorosos; igual que mi hermano Bill utilizaba su propia versión para justificar haberse convertido en lo que yo había visto. Para que no piense que estoy siendo muy duro con mi propia familia, diré que no fueron los únicos que encontraron muy útiles a los indios para explicar cualquier fracaso en aquellos días.

Y allí estaba yo, en la misma situación. Mi esposa y mi hijo habían sido capturados por los salvajes, y ciertamente era posible que los hubieran matado. Pero eso no era excusa para dejar de ser un hombre, y no importaba cuántas desventuras sufra uno, nunca serás un fracaso absoluto hasta que eso ocurra.

Pero había perdido mis viejas costumbres libres durante los años de respetabilidad en Denver, y el salvajismo de la experiencia del Arkansas me había acobardado.

—Oh, puede que no hayan matado a tu mujer —continuó Caroline—. Puede que solo...

Es curioso cómo los miembros de tu propia familia, aunque no te hayas sentido especialmente ligado a ellos, poseen la capacidad de hundir el cuchillo en el punto más débil con una precisión absoluta. En este caso, sin embargo, era más complicado: si lo recuerda, siempre pensé que Caroline se había sentido decepcionada porque los indios no la hubieran tratado con violencia. Sin haberla visto, tenía celos de Olga por varias razones: por estar casada, por tener un hijo, porque probablemente la habían violado; todo esto además de que una mujer siempre desaprueba de forma natural a la mujer que se ha quedado con su hermano.

Todo lo cual produjo un cambio en la actitud de Caroline. Interrumpió el

procedimiento de rescate que había emprendido para recuperarme —baños, comida sólida, y demás—, me trajo una frasca de whisky y me animó a ahogar mis penas en ella.

Supongo que me encontraba más satisfactorio como indigente. Mi hermana tenía el mismo gusto que los hombres que se divertían con el espectáculo de mi degradación. Los cheyennes se habrían sentido deprimidos si un compañero de la tribu se hubiera corrompido; habrían considerado que suponía un descrédito para todos los Seres Humanos. A los americanos, por el contrario, les encanta ver que otra persona no vale un pimiento.

Y mi hermana no era ninguna excepción.

Bueno, a mí me produce un gran placer decepcionar las expectativas. Supongo que si no me hubiera encontrado con mi hermana, me habría muerto por la bebida, y si ella hubiera seguido intentando reformarme, eso podría haber acelerado el proceso. Pero desde el momento en que tomó un interés activo en ayudar a mi ruina, supongo que con la intención de cuidar de mí el resto de mi vida, sacarme de las tabernas, castigar a mis torturadores, etc., desde ese momento, no volví a probar un trago. Al menos durante aquella fase de mi carrera.

No quiero decir que al momento siguiente me levantara y me convirtiese en una persona normal. Tardé un par de semanas en poder caminar con cierta entereza, y un mes o más antes de que pudiera volver a trabajar como un hombre, pues no bromeo cuando digo que había tocado fondo. Durante algún tiempo, una mano me temblaba cuando la agarraba con fuerza con la otra, y en ocasiones pasaba horas enteras en las que mi visión era como si estuviera mirando debajo del agua. Hasta el otoño, seguí pensando que me desmayaría por efecto del sol del mediodía.

Esto lo digo porque a finales del verano me busqué un trabajo. El mismo que Caroline, llevar una yunta de mulas, aunque intentó impedírmelo, y llegó incluso a decirle al contratista que nos empleaba que era un alcohólico incorregible, y como consecuencia de ello me vigiló estrechamente y tuve que trabajar el doble que los demás.

La única razón por la que conseguí el trabajo fue porque necesitaban a todos los hombres posibles para construir el UP, que había tardado tanto en arrancar y que ahora tenían prisa por terminarlo. Se suponía que tenía que haber empezado en el 63, pero primero el acero no estuvo puesto hasta el verano del que hablo, el del 65, y para octubre solo se habían terminado diez millas. Sin embargo, lo que pasó durante aquel invierno fue que se dejaron sentir los efectos del final de la Guerra y el dinero del gobierno era inminente, así que para el abril siguiente el final de la línea estaba en North Bend, y para julio, ochenta y nueve millas más adelante, en Chapman.

Para el trabajo duro utilizaron a muchos irlandeses que habían emigrado a América, pero también hubo cierto número de veteranos de Guerra que hicieron ese trabajo, y cogieron buen ritmo en el 66, poniendo dos o tres millas de vías diarias, con enormes tiarrones sudorosos clavando clavos como si fueran chinchetas de

alfombra, y otros poniendo mientras tanto las traviesas en su sitio y extendiendo nuevos raíles. Y justo detrás de ellos iba la locomotora, resoplando y rugiendo. Sus chispas prendían fuego de vez en cuando a lo que quedaba de la hierba de la pradera cuando aquel rebaño humano la había pisoteado, y los bisontes hacía mucho que se habían marchado hacia otros lugares.

Al final de la línea, se montaban garitos en tiendas que iban siguiendo al ferrocarril, ofreciendo bebida, juego y furcias, y había proveedores y comerciantes, e incluso predicadores, y soldados y algunos indios amistosos, que venían a negociar con algún artículo o a vender a sus mujeres o simplemente a mirar. Si nunca ha visto mirar a un indio se ha perdido un auténtico fenómeno, pues pueden tirarse así el día entero. Recuerdo ver a un pawnee examinando la chimenea de la locomotora durante horas, y al cabo de un rato no pude evitar preguntarle, por señas, para qué creía que servía.

—Primero pensé que era un gran cañón para disparar a los pájaros —dijo—, pero entonces vi que espantaba a los pájaros antes de que pudieran volar encima de ella. Luego pensé que era un gran caldero para cocinar sopa, pero entonces vi a los hombres blancos comiendo en otro sitio. Oso Luchador^[48] ha mirado esta cosa y cree que es para hacer whisky, porque todos los hombres blancos están borrachos todas las noches.

Entonces se calló y pareció desconcertado, de manera que pensé en aclarárselo, pero tan pronto había empezado a hacerlo, me dijo:

—¿Me puedes dar tabaco?

Le corté el extremo de una tableta, que tomó, luego clavó los tacones en su potro achaparrado y se marchó al galope, abandonando el sitio donde había estado parado durante tres o cuatro horas. Tal vez fuera eso lo que tenía en mente desde el principio.

Caroline y yo tuvimos trabajo sin falta contratándonos con las distintas empresas que ponían la capa de balasto a medida que el UP avanzaba hacia el oeste. Los contratistas locales firmaban para echar la grava en una milla o dos y siempre contrataban a cualquier carro y yunta disponible, pues tenían que trabajar por delante de las vías y estas avanzaban tan rápidamente que siempre existía el peligro de que te atropellaran. Me asombró lo rápido que construyeron aquel ferrocarril en el mismo terreno donde mi familia y yo habíamos avanzado penosamente con los bueyes apenas una docena de años antes. Fue impresionante.

Caroline y yo habíamos empezado simplemente como carreteros, trabajando para los dueños de las yuntas, pero en Lone Tree adquirimos mulas y nuestro propio carro. Reunimos lo que habíamos ganado hasta el momento, y Caroline tenía un poco de pasta en un viejo calcetín que ella consideraba su dote por si alguna vez se presentaba la oportunidad, pero la suma no llegaba ni de lejos para nuestro propósito, así que tuvimos que aceptar un socio para cubrir el precio. El nombre de aquel individuo era Frank Delight^[49]. No sé si era su nombre de nacimiento, pero era bastante apropiado para su negocio actual. Tenía dos de esas tiendas de placer portátiles que seguían al

ferrocarril para prestar servicio a los obreros de las vías: una era una taberna donde podías beber el peor whisky que jamás se haya hecho —yo había dejado el vicio, pero se podía valorar la calidad del producto respirando profundamente al caminar junto a la puerta— y el otro era una casa de putas ambulante. Los dos establecimientos daban muchos beneficios debido a lo a mano que quedaban. Un hombre que se pasa todo el día poniendo vías no está de humor por la noche para buscar muy lejos su bebida y su diversión.

Conocí a Frank porque Caroline había hecho algunas amigas entre sus mujeres, a quienes había conocido lavando ropa en el río. Las ramera creían que era una vergüenza que una chica tuviera que trabajar tanto llevando mulas, y siempre estaban intentando convencer a mi hermana de que se uniera a su profesión, que se practica acostada. Caroline, por su parte, desarrolló un enorme celo en redimir a las putas, y como no tenía ningún éxito, a Frank no le importaba. De hecho, llegó a encontrarla divertida, y era capaz de invitarla a beber solo para oír cómo le denunciaba como proxeneta.

Cuando descubrió que necesitábamos ayuda para comprar nuestra yunta, Frank se ofreció a cambio de un porcentaje de nuestras ganancias, principalmente como favor a Caroline, creo, aunque nunca dejaba pasar la ocasión de ganar un dólar. Yo no era muy amigo de las sociedades después de lo que pasó con Bolt y Ramírez, pero Frank no era mala gente, y sería yo quien manejara el dinero.

Así que cruzamos Nebraska en el 66, y nos frenamos un poco en invierno, pero para abril del 67 el final de trayecto ya estaba en Paxton, apenas a cincuenta millas del extremo noreste de Colorado, donde la línea caería hacia el sur para llegar a Julesburg, en aquel Territorio, y luego volvería al norte para cruzar el resto de Nebraska y llegar a Wyoming.

Fue entonces cuando, a medida que el tiempo se volvía más cálido, empezamos a encontrar cheyennes y sioux. Nos robaban los animales de noche y acosaban a los obreros de día, llegando siempre en pequeños grupos que atacaban y huían. Provocaban algunos daños, aunque sin llegar nunca a perjudicar realmente el avance de las vías de acero. Ahora que lo pienso, para ellos debía de ser desmoralizador volver al día siguiente y descubrir que el ferrocarril había avanzado tres millas más, y otras tres millas al día siguiente, hasta que el continente entero quedó partido en dos. Claro que nunca reunieron a todo el mundo para un ataque a gran escala, que podría haber causado algún efecto. Pero si lo hubieran hecho, solo habrían conseguido que el ejército de Estados Unidos se hubiera tomado muy en serio su exterminio y habrían provocado de golpe la ruina en la que de esta manera iban cayendo poco a poco. Habían perdido Colorado, y ahora llegaba esta extraña máquina rugiendo y echando humo a través de Nebraska, dejando un rastro permanente de metal. Creo que he dicho antes que el ferrocarril cortó en dos la manada de bisontes continental, pues los animales no cruzaban las vías aunque no viniera el tren, y los indios lo sabían.

En cuanto a mí, imaginaba que los indios hostiles aparecerían una vez entrásemos

en su región, y por eso era exactamente por lo que había elegido aquel trabajo: parecía la forma más eficaz de establecer contacto con los cheyennes y localizar el paradero de mi esposa y mi hijo. Lo había pensado durante mi periodo de convalecencia en Omaha.

La idea que tenía era dejar que los cheyennes acudieran a mí, por así decirlo, y por tanto durante dos años había conducido mulas concienzudamente y había comido mi manduca al final del día y había aguantado a Caroline, que nunca llegó a tener ni pizca de sensatez, y me había acostado temprano en mi pequeña tienda, esperando y esperando que llegara este momento.

No sé si alguien ha reparado alguna vez en la paciencia que hace falta para llevar una vida violenta. Para lo que hace falta el valor no es para la acción, sino para los minutos, las horas, los días e incluso los meses de intervalo entre los encuentros. Cuando los indios por fin empezaron a atacar el ferrocarril, parecieron evitar mi zona inmediata, y dedicarse a los grupos que ponían el suelo más hacia el oeste o a los que extendían las vías más hacia el este. Y aunque robaban ganado, nunca se acercaron a mis mulas, que ataba cerca de mi tienda, y luego me quedaba dormido buena parte de la noche con un lazo enrollado en mi mano. Mi intención era capturar al guerrero que se acercara, no matarlo. No quería su cabellera, sino que devolvieran a Olga y Gus, y necesitaba estar en posición de negociar. Pero, tal y como digo, donde quiera que estuviera yo, los cheyennes atacaban en otro sitio; a eso es a lo que me refiero cuando digo que hace falta paciencia.

El verano estaba muy avanzado cuando por fin tuve la oportunidad. El final de la línea estaba justo más allá de la vieja parada de la diligencia de Lodgepole, y en aquel momento trabajaba con los niveladores al oeste de allí, pero había bajado a Julesburg por un recado y estaba a punto de volver cuando una locomotora se paró para repostar agua del depósito que tenían allí. Vi que tiraba de varios vagones de mercancías cargados con Frank North y sus exploradores pawnees, a quienes el gobierno había contratado como protección contra los indios hostiles.

—¿Qué pasa, Frank? —pregunté, pues le conocía.

—Los cheyennes han causado problemas en Plum Creek —contestó—, y vamos allí para combatirlos.

—¿Te importa que os acompañe?

Dijo que era un país libre, así que me subí. Iba armado con un rifle Ballard del calibre 56, junto con mi Remington 44 de percusión que llevaba al cinto. No tuve tiempo para ir a por mi caballo, al que estaban poniendo herraduras nuevas en la herrería, pues la locomotora arrancó mientras el depósito seguía echando agua. Le pregunté a North si podrían darme una montura, y me dijo que tal vez los pawnees tuvieran algún potro de sobra, pero que hacía falta un jinete especial para montarlo.

Me reí para mis adentros. No le había contado a nadie mis años entre los cheyennes, que por razones obvias no eran una tribu demasiado popular por entonces, y en aquellos días la gente desconfiaba si pasabas algún tiempo con los indios

hostiles y volvías vivo.

Mientras saltábamos vía abajo, un pawnee se acercó tambaleante al rincón del vagón donde yo iba sentado —no pretendo decir que estuviera borracho, lo que ocurría era que el camino era tan irregular que prácticamente tenías que arrastrarte si querías moverte— y empezó a mirarme. Los pawnees combatían a los blancos en el camino de Santa Fe, pero se volvieron amistosos cuando el tráfico se volvió demasiado intenso para dominarlo, y además eran enemigos hereditarios de los sioux y los cheyennes, así que en algún momento decidieron hacer causa común con los americanos. Los pawnees se afeitaban la cabeza a ambos lados, sin dejarse más pelo que una franja de cabellera levantada, lo que se llama una cresta. Todo el mundo tiene sus preferencias en cuanto a indios, y a mí me daba igual su aspecto. Esto era lo natural teniendo en cuenta cómo me había criado. Recordará cómo había hecho la guerra contra ellos cuando era un jovencito entre los cheyennes.

Bueno, pues este guerrero me examinó durante un momento, y luego se dirigió a North y hablaron en pawnee. Tenía que gritar, porque el tren armaba un ruido tremendo, pero no pude entender ni una palabra, ya que no conocía el idioma.

Entonces Frank se tapó la boca con la mano y me dijo:

—Dice que luchó contra ti una vez en el río Niobrara, cuando eras cheyenne... No te rías o le ofenderás.

La advertencia no era necesaria: no me hacía ninguna gracia, pues indudablemente aquel indio de ojos agudos estaba diciendo la verdad. Recordé que una vez unos pawnees habían saqueado nuestra manada de potros a plena luz del día junto a aquel río, que nosotros llamábamos Surprise, y los Seres Humanos salimos en su persecución. Un caballo pawnee fue alcanzado, tirándole al suelo, y como era el que estaba más cerca, quise derribarle, pero me contuvo con una rápida descarga de flechas hasta que volvió uno de sus camaradas y saltó sobre la grupa del potro. Lanzando el grito pawnee de la victoria, escaparon ilesos en medio de una tormenta de flechas y de balines de mosquete, a pesar de nuestra rápida persecución, aunque cazamos al resto del grupo y les arrancamos la cabellera.

Aquel hombre debía de ser uno de los dos que se escaparon, aunque lo que más me preocupó fue que pudiera reconocerme tantos años después, sin pintura y sin ropas americanas. Bueno, no dije nada más hasta que llegamos a la estación de Plum Creek y bajamos de los vagones. Dejé que North pensara que era un chiste, pues no quería explicarme, pero mientras él y otro oficial blanco revisaban la situación, me dirigí al pawnee y le dije por señas:

—Aquel día tuviste gran medicina.

El nombre del indio era Oso Loco^[50]. Sin mostrar ninguna expresión, dijo:

—Entonces eras un cheyenne. Ahora eres un blanco. —Y luego dijo por señas—: No lo entiendo.

—Es una larga historia —contesté—. Pero después los cheyennes me robaron mi esposa y mi hijo, y voy a combatirlos a tu lado, y no quiero que nada malo se

interponga entre mi corazón y el tuyo —a lo cual añadí, ya que era una idea india—: Todo cambia excepto la tierra.

—Y ahora la tierra también cambia —dijo, señalando al ferrocarril. Continuó—: Te creo, pero no por lo que me has dicho, pues me pareces un mentiroso. Te creo porque el jefe pawnee (es decir, Frank North) dice que solo eres un idiota que lleva un carro. Me pidió que te protegiera si entrábamos en combate.

Antes de contar lo que pasó cuando libramos ese combate, debería contar lo que habían hecho los cheyennes en Plum Creek, pues fue un gran éxito para ellos que no habían conseguido nunca antes, y que yo sepa tampoco lo consiguieron después. ¡Hicieron descarrilar a un mercancías! De alguna forma sacaron los clavos y doblaron un raíl levantándolo, y luego lo retorcieron para que cuando llegase la siguiente locomotora se saliera de las vías arrastrando a los vagones. No sé cuándo se habían vuelto tan listos los indios. Anteriormente se había informado de guerreros cheyennes que cabalgaban junto a los trenes e intentaban echarles el lazo, y eso era creíble, pues los indios salvajes no tienen ningún sentido de la masa ni de la magnitud en relación con un pedazo de metal tan grande, y el hecho de que un hombre blanco pudiera gobernarlo lo interpretarían como un signo de que un piel roja podía echarle el lazo.

Nos quedamos en Plum Creek un par de días, y los pawnees patrullaron el territorio, encontrándolo libre de enemigos. North y sus oficiales casi habían decidido volver al final de la línea cuando apareció un grupo cheyenne en la orilla sur, volviendo, supongo, al lugar de su victoria anterior, como es propio de los indios: recuerde que habían atacado Julesburg dos veces.

Los pawnees aullaron sus gritos de guerra y se dirigieron al puente cerca de la vieja parada de la diligencia, que era demasiado pequeño para acomodar a todas sus fuerzas, de manera que muchos se metieron en el agua y vadearon la corriente. Pero al salir por el otro lado sus caballos se quedaron atascados en el barro, de modo que los exploradores desmontaron y subieron la orilla a pie. Aquel movimiento confundió a los cheyennes, que no esperaban encontrar resistencia donde hasta entonces solo habían tenido facilidades, y cuando los pawnees lanzaron un fuego asesino con sus carabinas de repetición Spencer, causando media docena de bajas, los Seres Humanos se dieron la vuelta y huyeron a pesar de su ventaja numérica.

Crucé el puente con North. Como he señalado, no tenía un alto concepto de mí, pero cuando empezó la acción no tuvo tiempo de preocuparse de lo que estaba haciendo, y una vez llegamos a la otra orilla galopé con libertad sobre el potro pawnee prestado. Tener una montura como esa volvió a proporcionarme una sensación de liberación. Hacía muchos años que no montaba sobre una montura de manta, pero una vez te han entrenado al estilo indio, ya no lo olvidas, igual que no te olvidas de nadar si te tiran al agua después de años sin tocarla.

Allá embestimos repartiendo golpes, unos pocos blancos y cuarenta pawnees, con

puede que ciento cincuenta cheyennes corriendo a toda velocidad, desplegados por media milla de pradera, con el rugido de las pezuñas y los gritos de los pawnees y el frecuente estampido de los Spencer, los Seres Humanos lanzando algunas flechas fútiles pero principalmente huyendo en desbandada.

El terreno ascendía lentamente hacia una hilera montañosa. De vez en cuando un cheyenne caía de su potro y un pawnee saltaba para administrarle el golpe de gracia si todavía respiraba, y para arrancarle la cabellera. Yo todavía no había abierto fuego y no pensaba hacerlo excepto en defensa propia, pero aquel pawnee, Oso Loco, se mantenía a mi lado, vigilante, su cresta aplanada por el ímpetu del viento, de manera que por fin solté un tiro con mi Ballard, apuntando deliberadamente a mitad de camino entre los dos cheyennes más próximos. Pero tenía poca práctica en disparar desde un caballo a la carrera, debido a que no había tenido armas de fuego en los días en que iba en potro, y por puro azar le corté una coleta al hombre más alejado. Llevaba entrelazadas cintas azules, pues la vi caída sobre el suelo cuando pasamos por encima, y la verdad era que tenía un aspecto raro allí tirada.

Ahora estábamos llegando a las pendientes, y más arriba podíamos ver a las mujeres y los niños cheyennes con el equipaje de su campamento cargado en los *travois* de los potros. Ellos también huían, pero no tan rápido como sus perseguidores, de manera que sus guerreros los rodearon, se volvieron y cabalgaron contra nosotros, pero los pawnees rompieron su frente con las carabinas de disparos de repetición. Entonces los cheyennes desmontaron, entregaron sus potros a las mujeres y los niños, que abandonaron el equipaje y huyeron tras la barrera que formaban sus hombres, quienes retrocedieron a pie.

Consiguieron llevar a cabo la retirada tan eficazmente como eran capaces de hacerlo los indios, carentes de disciplina y de estrategia. Ya no iban en desbandada, aunque perdían hombres continuamente. Aquella tarde murieron diecisiete cheyennes, y resultaron heridos incontables, y durante una hora o así pareció que el grupo entero podría quedar exterminado al anochecer, pues, como de costumbre, tenían pocos rifles, y los pawnees siguieron abriendo fuego desde más allá del alcance de las flechas entre acometida y acometida, derribándoles de uno en uno.

Luego los rodeamos, ya que ellos iban a pie y su poblado en fuga se dispersaba por las colinas y los valles intermedios, y a pesar de que North hizo lo que pudo para impedirlo, sus hombres mataron a algunos no combatientes, pues la medicina pawnee era grande aquel día y se alimentaba con sangre fresca, y para un indio, un enemigo es una presa legítima sin importar la edad o el sexo. Vi a una mujer cheyenne derribada de su caballo por un disparo. Era gorda y por alguna razón me pareció conocida, y me acerqué mientras el pawnee ponía su cuchillo sobre su oreja y lo hundía. Durante un segundo pensé que era mi madrastra Mujer Baño de Bisonte, pero me había equivocado, así que seguí galopando.

Sin embargo, sirvió para darme un susto, pues aquel combate era algo distinto del conflicto en el que había perdido a Olga y Gus. No obtenía ninguna satisfacción

corriendo con los pawnees: me habían criado para odiarlos. Me sentía incómodo con todo aquello y no me gustaba disparar contra los cheyennes que estaban defendiendo a sus familias. Y supongamos que aquel mismo grupo fuera el que retenía a Olga y Gus: pronto encontraría sus cadáveres con las cabezas abiertas. Había sido un necio al subir a aquel tren en Julesburg.

Con estos pensamientos negativos seguí cabalgando, y antes de que me diera cuenta, me había separado de los pawnees que ahora embestían a la derecha de la línea cheyenne, la cual seguía retrocediendo continuamente, aunque de una forma tozuda. Yo estaba a la izquierda y descendía por el valle tras la primera hilera de montañas. Delante de mí, y ampliamente dispersas, las mujeres y los niños cheyennes azotaban sus potros, perseguidas aquí y allá por jinetes pawnees.

El ambiente era muy seco, y las nubes de polvo se elevaban para mezclarse con las de humo, y luego el viento dispersaba la mezcla como una fina niebla que cruzaba el terreno, filtrando la luz del sol, y los colores parecían intensos como suele ocurrir a cierta hora de la tarde. Ahora estaba aproximadamente a media milla del fuego concentrado, de manera que se oía como una serie de chasquidos, más que como estallidos o estampidos junto a mi oído.

Para hacer estas observaciones y para dar descanso a mi babeante potro, le detuve al borde de un profundo barranco. Era un mal sitio para detenerse en mitad de una pelea, y como era una montura india, también lo sabía, e intentó seguir adelante, a pesar de lo cansado que estaba. Y luego suspiró profundamente y se desplomó debajo de mí, como si de pronto estuviera sentado sobre un enorme saco de grano que tuviera un pequeño agujero por el cual se había derramado el grano continuamente. Pero me aparté de un salto antes de que se hubiera desmoronado del todo, ya que era lo bastante buen jinete para darme cuenta de que tenía una flecha clavada en el vientre, aunque ni la había oído volar ni había notado cómo entraba.

En el barranco había un cheyenne. Me quedé justo al borde, esperando que apareciese, mi caballo dando su último aliento a mi lado, y sin que se oyera ningún otro sonido. Puse mi sombrero sobre el hocico del Ballard y lo asomé justo por el borde. ¡Zasca!, una flecha apareció en el ala, atravesando plumas y todo, y al descender casi me alcanzó, aunque ya no tenía fuerza. Luego, antes de que pudiera retirar mi arma, me agarró el extremo del cañón con tal fuerza que si lo hubiera seguido sujetando me habría arrastrado al hoyo con él. Soy un hombre menudo. Solté y perdí el rifle, aunque conseguí descargarlo antes de que me arrancara la mano del gatillo, la bala levantando una nube de arena en la orilla opuesta, sin hacerle ningún daño excepto por la salida del cañón, del cual sus dedos marrones saltaron como si se hubiera quemado. Entonces el arma se levantó y desapareció de la vista.

Bueno, era un arma de un solo disparo y no le serviría de nada a menos que llevara cartuchos del 56. Así que saqué la pistola y me lancé a la pendiente, y si él hubiera seguido en la pendiente, donde había agarrado mi rifle, le habría matado en el acto, pero ya se había deslizado hasta el fondo con la Ballard sobre las rodillas, sucia

de arena y vacía. Él lo sabía y no le quedaban flechas, así que sacó su cuchillo y, levantándose, empezó su canto de muerte.

Reconocí a aquel hombre. Era Sombra Que Aparece a la Vista. Ojalá él hubiera hecho lo mismo, pues mientras yo empezaba a descender por la vertiente, él vino a recibirme con su arma afilada y las peores intenciones.

CAPÍTULO 16

Mi esposa india

—Aguarda, hermano —grité en cheyenne—. Hablemos.

Y entonces, con mi atención agotadoramente fija en él, tropecé en aquella pendiente tan escarpada por la que estaba descendiendo y caí directamente sobre él. Mi pistola se disparó involuntariamente al cerrarse mis puños.

Levantó el cuchillo con los dedos de la mano izquierda agarrando la muñeca derecha, como para dar un apoyo añadido para el impacto. Lo cual quería decir que yo estaba a punto de ser ensartado justamente bajo el arco de mi caja torácica. Mi disparo accidental se había perdido en el aire.

Bueno, solo caí desde seis pies de altura, pero el tiempo que consume cualquier acción es relativo, y recuerdo colgar inmóvil en el espacio como el sujeto de una fotografía o el retrato de un artista. Sombra llevaba dos plumas de águila, oblicua la una respecto a la otra. Había perlas de sudor sobre sus hombros morenos. Llevaba una gargantilla de púas de puercoespín dividida por líneas verticales de cuentas azules; y entre su bíceps izquierdo y la cavidad del codo, un brazalete de cobre; entre las piernas tenía una calzón sucio de franela roja. Los puntos negros de sus ojos de párpados estrechos estaban fijos en el objetivo de mi vientre superior, y sus piernas estaban preparadas para la colisión. El escarlata era el color predominante de su pintura facial, con una capa de relámpagos amarillos.

Casi lentamente, descendí flotando sobre la punta del cuchillo, y cuando la alcancé y pensé con indiferencia que tenía que estar destripado, el tiempo volvió a acelerarse y caí tropezando sobre él a gran velocidad, y todavía ileso, pues sin querer había modificado la forma en que caía y había recibido la hoja en la camisa, entre el brazo y las costillas. Me sentí acalorado por el roce del peligro que no se había cumplido. Si me hubiera cortado, no habría sentido nada; esa es la peculiaridad del combate a cuchillo. Bueno, rodamos sobre la arena y entre la maleza. Era un indio poderoso, aunque tuviera cincuenta años de edad. Yo había perdido mi pistola, pero él conservaba su cuchillo. A pesar de todo, yo todavía quería hablar, pero me metió el pulgar en la garganta hasta que casi me atravesó el suelo de la boca. Como era pequeño y más ligero, le di rodillazos en el bajo vientre, pero sus pelotas de hierro soportaron los golpes sin mostrar ningún efecto, y fallé todos los tajos que lancé sobre el nervio paralizante que hay bajo el oído izquierdo.

Pronto estuve sujeto entre sus muslos, que eran como pinzas de acero después de cuarenta años montando a caballo, y anhelé el cuchillo que se hundía en mí y que me liberaría de aquel cepo que me había atrapado, haciendo que mi visión se volviera negra mientras exhalaba.

Levantó la hoja, un arma de carnicero de Green River sin guarda. Nunca olvidaré ni su menor característica distintiva. Entonces apareció un agujerito bajo su mentón, y la sangre empezó a brotar gorgoteante. Tragó dos veces, como para pasar un huesecito que se le hubiera quedado atragantado en la garganta. Solo entonces oí el disparo. Sus hombros se sacudieron como si le hubieran empujado por detrás: otro disparo. Dejó caer el cuchillo y se inclinó hacia mí, el líquido manando de su cuello, pero con los ojos todavía abiertos. Entonces le empujé en el pecho y se cayó hacia atrás, doblándose por la cintura como si fuera de goma, pues sus piernas seguían apretadas alrededor de mis costillas y me estaban matando. Junté mis manos en una especie de martillo y le golpeé en el ombligo: ¡Bam! La presa de sus muslos se abrió como un juguete cuando presionas su resorte.

Entonces el pawnee Oso Loco bajó de un salto desde la cornisa de arriba, puso la boca de su Spencer a una pulgada de la frente de Sombra, efectuó un tercer disparo que le abrió un ojo central, y no tardó en arrancarle la cabellera, que soltó con un ruido seco. Me sonrió, arrancó el calzón de Sombra y restregó la cabellera con las partes íntimas del muerto, diciendo algo victorioso en pawnee.

Me había salvado la vida, sí, pero creo que supe cómo se había sentido Oso Más Joven cuando yo hice lo mismo por él muchos años antes. No me sentí agradecido. Sombra Que Aparece a la Vista me había llevado a mi primera incursión, y había sido siempre como un hermano mayor o como un tío para mí. Le apreciaba mucho. Lo que más me dolía no era que hubiera muerto, pues eso nos tiene que pasar a todos alguna vez. Tampoco que hubiera sido de forma violenta, pues como Ser Humano no habría querido morir de otra forma. Ni siquiera que de forma indirecta yo hubiera sido el instrumento de su caída. No, lo más triste era que Sombra no había reconocido quién era yo. Me había combatido como enemigo. Bueno, al fin y al cabo, ¿para qué había ido allí, sino para combatir a los cheyennes?

Maldita sea si no tenía piernas poderosas. Me costaba respirar. Me levanté y vi a Oso Loco trepar por la vertiente y reaparecer al poco sobre su potro, asomado al borde, sacudir muy ufano su rifle y marcharse al trote. Ni siquiera hizo ningún comentario sobre la pérdida de mi caballo, que él me había prestado.

No había tenido tiempo para plantearme qué hacía Sombra en aquel cauce, pero ahora, mientras le cavaba lentamente, pues estaba dolorido, una tumba poco profunda con su propio cuchillo y le cubría, pensé que podría haber otros Seres Humanos en algún lugar entre los matorros, y que si querían dispararme por la espalda, les invitaba a hacerlo. Prefería eso que enfrentarme a ellos cara a cara y ver que eran mis viejos amigos y hermanos.

Pero apenas acababa de cubrir la punta de su larga nariz con arena cuando oí un roce entre los arbustos un poco más abajo, y es curioso cómo mis instintos de supervivencia se despertaron sin intervención de mi voluntad consciente. Agarré mi revólver caído, lo soplé, limpié el cañón y cambié los cartuchos. Todo esto lo hice en un instante, y luego me arrastré por el fondo del cauce. Los matorrales temblaban,

pero fuera lo que fuese, estaba dentro. Aceché un momento, y luego separé las ramas y me arrastré con la pistola por delante y la cara detrás del martillo. Me encontré con un claro del tamaño justo para albergar a una persona, y esa persona estaba tumbada de espaldas. Era una mujer india con la falda levantada y las piernas desnudas separadas, y entre ellas nació un niño.

La cabecita marrón ya había emergido, los ojos cerrados y con aire de estar un poco malhumorado por su ingreso en la realidad, y en aquel momento los pequeños hombros asomaban estrechándose. No se oía ningún sonido, excepto el de una rodilla doblada que arañaba la maleza, que era lo que yo había oído. Ella observaba el desarrollo de los acontecimientos y de vez en cuando mordía una bolita de su cuello de ante; puede que sus ojos, al hacer una mueca, dejaran caer una gota de humedad, pero no había más alteración que aquella. Había estado allí todo el tiempo, y era la razón de la presencia de Sombra y el motivo por el que había luchado con tanta fiereza.

En un momento como ese, las mujeres cheyennes siempre se marchaban solas a la maleza, y cuando habían terminado, salían con el niño y volvían al trabajo como de costumbre. La única diferencia en este caso era que se había puesto de parto en mitad de una batalla. Pero el pequeñajo tenía que salir cuando tenía que salir.

Me sentí avergonzado por diversos motivos, ya que dar a luz era una ocasión de pudor poco habitual entre los cheyennes, tanto que imagino que aquella mujer se tomó menos a pecho la muerte de Sombra que el que yo la observara. Sin embargo, estaba fascinado, pues a menos de media milla de mis suelas levantadas, los disparos no habían disminuido, ni tampoco los gritos referentes al gran día de los pawnees... De su cuerpo brotaba el pequeño trasero hendido del infante, muy apretado. Ella hizo un último esfuerzo, y entonces el resto de él emergió suave como un pez sobre la manta azul que tenía extendida debajo. La mujer se sentó, cortó el cordón, ató el extremo del niño sobre su pequeño vientre, y le despertó dándole un par de bofetadas, a lo cual él reaccionó como un verdadero cheyenne: con un leve sobresalto pero sin hacer ningún ruido. Imaginé que ya sabía que un grito haría que el enemigo cayese sobre su tribu, así que se abstuvo de toda expresión innecesaria, como siempre haría a partir de entonces. Aquella fue también la primera y última bofetada que recibiría de su propia gente, mientras ingresaba en una vida en la que por lo demás conocería todo tipo de horrores.

Retrocedí y bajé hasta el montón de arena bajo el cual yacía Sombra. Dentro de un minuto la muchacha saldría de la maleza, caminando fuerte, vigorosa y despreocupada, la cabeza del niño asomando de la manta de su regazo. Al verme, buscó el cuchillo de su cinturón, y estoy seguro de que habría sido una enemiga difícil incluso a pesar del niño recién nacido. Pero yo levanté mi revólver, lo cual podría parecer brutal si todavía no ha entendido que el cheyenne, sea hombre o mujer, tiene una cabezota increíblemente dura en lo referente a hacer caso a los hombres blancos.

—Vamos —dije—, te dispararé a ti y a tu hijo si no me escuchas. Un pawnee ha matado a Sombra que Aparece a la Vista. Eso fue el disparo que oíste antes, y luego oíste cómo se marchaba a caballo. Si eres pariente de Sombra, entonces tal vez hayas oído hablar de Pequeño Gran Hombre, que es como yo me llamaba cuando vivía con el grupo de Vieja Tienda. Yo fui amigo de los cheyennes hasta que me robaron a mi esposa y mi hijo. Por eso estoy aquí. Voy a llevarte conmigo y a cambiarte por ellos.

Ella me examinó con sus ojos oscuros y dijo:

—Muy bien.

—No me gusta hacer esto —dije yo—, teniendo en cuenta que acabas de dar a luz y todo eso, pero no tengo elección.

—Muy bien —contestó, y se sentó, abrió su vestido bajo el brazo, y empezó a dar de comer al niño.

—Mira —dije yo—, será mejor que subamos a terreno abierto. Podría aparecer un pawnee que nos cogiera desprevenidos y que te matara antes de que pudiera explicarme.

—Antes tiene que comer —me dijo tranquilamente, y se sentó con firmeza.

Así que vigilé el borde de la hondonada durante la siguiente conversación. No conocía a aquella mujer —o chica, mejor dicho—, pues era demasiado joven en la época en que había vivido entre ellos para llamar mi atención, si es que había estado allí. Pensé que era la esposa de Sombra, lo cual explicaba que la estuviera vigilando, pero resultó que era una de sus jóvenes hijas, de las que mencioné que había enseñado mucho tiempo antes a controlar la risa contándoles chistes.

—¿Tu marido ha muerto?

—Lo mataron los blancos —dijo sin ninguna pasión aparente. Cuando me fijé, vi que era una india atractiva, ya que tenía la cara rolliza como una baya y ojos grandes y ligeramente rasgados como los chinos, con un brillo cruzándole los lacrimales, y finas aunque cortas cejas bajo la división escarlata de su pelo. Sus coletas resplandecientes estaban entrelazadas con piel de nutria, y llevaba cuentas brillantes con aros de metal en los lóbulos.

Empecé a preguntar Dónde, en lugar de Quién, pues probablemente no me habría dicho su nombre, cuando oí el retumbar de al menos tres jinetes en la llanura de arriba: caballos sin herrar, lo que significaba indios, pero no podía saber si pawnees o cheyennes, y de momento me desagradaba la llegada de los unos tanto como la de los otros. Al no hablar pawnee, podía no tener tiempo de usar las señas antes de que hubieran disparado a aquella mujer. Si eran cheyennes, bueno, el problema resultaba obvio.

Lo menciono porque podría cuestionar lo que hice a continuación: agarré a la chica y la volví a meter apresuradamente entre la maleza, el niño todavía pegado a su teta, y me agazapé a su lado, manteniéndola sujeta aunque no ofreció resistencia.

Llegaron los pawnees, pues es lo que eran, como pude averiguar por su conversación, y según parece inspeccionaron el fondo del barranco desde arriba, pero

no bajaron. No tardaron en marcharse, después, según me pareció por el sonido, de que uno de ellos evacuase sus aguas menores desde la silla y sobre la pendiente.

Sin embargo, la chica y yo nos quedamos donde estábamos durante algún tiempo, y se me ocurrió pensar que, sentada sobre los talones, apoyaba su firme cuerpo sobre mí, y que al agarrarla involuntariamente había deshecho los encajes del vestido de amamantar y que su pecho izquierdo, desocupado y pesado por la leche, se apretaba contra mi mano. Lo recogí suavemente, no sé por qué, pues puedo asegurar que no sentía lujuria en aquellas circunstancias. Pero en aquel momento, yo y ella y su muchachito, que ahora se había quedado dormido con su boquita todavía temblando sobre el pezón prominente, formábamos una especie de familia. La había protegido como lo haría un padre, y como no había podido hacer con Olga y el pequeño Gus.

Echó la cabeza hacia atrás y apoyó su cálida mejilla sobre mi frente. Olía a mama, una fragancia agridulce, y además a todas las cosas cheyennes que conocía de antaño: el fuego, la tierra, la grasa, la sangre, el sudor y el completo salvajismo.

—Ahora te creo —dijo—. Eres Pequeño Gran Hombre, y yo seré tu esposa para sustituir a la que perdiste, y este es tu hijo.

Lo depositó en mis brazos, y él despertó brevemente, y juro que, con lo pequeño que era, me sonrió con sus ojuelos negros y brillantes. Me sentí muy raro.

—Creo que será mejor que nos pongamos en marcha —dijo ella—. Probablemente se reúnan en Spring Creek.

—¿Quiénes?

—Nuestro pueblo —contestó como si no hiciera falta decirlo—. Los pawnees tuvieron una gran medicina hoy, pero la próxima vez les venceremos y les cortaremos las pollas y sus mujeres dormirán solas y llorarán toda la noche.

Yo todavía tenía el bebé en brazos.

—Tienes un hijo precioso —dijo, mirándonos a los dos con admiración, y luego volvió a cogerlo—. ¿Llevas algún equipaje con el que deba cargar?

Todavía estaba atónito y no contesté, así que se metió el bebé dentro del pecho, se ató el cinturón para asegurar las piernas, y luego salió arrastrándose por la pendiente hasta donde yacía mi caballo muerto, le quitó la manta, la silla y mi abrigo, que me había quitado y atado detrás, y volvió a bajar deslizándose. Parecía decepcionada de que eso fuera todo lo que tenía que acarrear.

—Los lobos se comerán a mi padre esta noche —dijo—. Deberíamos ponerle sobre un soporte fúnebre, pero aquí no hay madera y estamos demasiado lejos para llevarle donde haya árboles.

Entonces retrocedió para que pudiera tomar la delantera, como es propio de los hombres. Supongo que no fue hasta ese momento que comprendí cuáles eran sus intenciones.

—No podemos volver con la tribu —dije.

—¿Crees que los hombres blancos te dejarán tener una esposa de los Seres Humanos? —preguntó. En eso tenía razón, aunque exageraba. No sería ningún delito,

pero a Frank North le parecería raro que volviera del combate con una familia que había adquirido repentinamente del enemigo. Por supuesto, podría presentar a la mujer y el niño como legítimos cautivos, pero entonces quedarían expuestos a los abusos de los pawnees y luego serían entregados al ejército en algún fuerte, para intercambiarlos por blancos capturados por los cheyennes. Eso era lo que yo había tenido en mente con anterioridad, con la idea de controlar el intercambio y reclamar a Olga y Gus. Pero ahora, en un momento bastante fantástico, me volví realista. Nunca había tenido la menor noticia de que mi familia blanca siguiera viva, y había registrado todos los fuertes a lo largo del Arkansas. Y también los que había a lo largo del Platte mientras trabajaba en el ferrocarril.

La verdad era que ya había decidido que estaban muertos, aunque no lo reconociera.

—Dado el humor del que están ahora mismo —dije—, los cheyennes me dispararán en el acto.

—Yo iré contigo —contestó mi mujer.

Así fue como me reuní con los Seres Humanos. No sentía remordimientos, ya que solo había dejado atrás mi caballo en la herrería de Julesburg y mi participación en nuestro pequeño negocio de transporte. En cuanto a mi hermana Caroline, debería decir que justo antes de bajar a Julesburg, me dijo que Frank Delight, el proxeneta y cantinero, le había pedido la mano en matrimonio, y que se sentía inclinada a considerar su oferta de modo favorable.

No detallaré nuestro avance por el barranco hasta llegar a otro que lo intersectaba, del cual salimos por detrás de una colina que nos ocultaba a la vista de los pawnees, a quienes no volvimos a ver. Y continuamos a lo largo de milla tras milla de elevaciones y depresiones, durante las cuales nos alcanzó la noche. Aquella mujer preparó unos arbustos y los cubrió con mantas y dormimos dentro, mejilla contra mejilla para protegernos del frío que normalmente se siente de noche en la pradera, donde el viento no para de soplar.

Al día siguiente llegamos a Spring Creek, y a su vera encontramos reunida a la tribu, con algunos restos como nosotros todavía llegando. Como esperaba, escapé por los pelos de uno o dos de los jóvenes Dog Soldiers, pero mi mujer los alejó de mí tal y como dijo que haría, pues tenía una lengua feroz y un propósito definido.

Vieja Tienda había conseguido un nuevo tipi desde la última vez que le había visto, pero reconocí su escudo colgando ante la entrada.

—Espera aquí, mujer —dije. Hizo lo que le ordené, y entré.

—Abuelo —dije.

—Hijo mío —me saludó, como si le hubiera visto dos minutos antes—. ¿Quieres comer?

Tenía el temperamento más afable que jamás haya visto en hombre alguno.

Cuando pude distinguirlo, me pareció que estaba igual, excepto que tenía los ojos cerrados. Pensé que estaba soñando, y precisamente procedió a pintarme una imagen

verbal de los incidentes del barranco.

—Vi que volvías con nosotros —dijo—. No pudiste hacer nada por Sombra Que Aparece a la Vista. Sabía que un día moriría y así me lo dijo. Nuestra medicina no sirvió contra los rifles de muchos disparos. Tal vez no deberíamos haber atacado el camino de hierro, pero los jóvenes deseaban destruir otro carro de fuego si eran capaces de alcanzarlo. Es muy divertido ver esa cosa enorme gruñendo y bufando con una rociada de chispas como si fuera a comerse el mundo, según me han dicho, y verlo luego llegar a la tierra que habíamos doblado en el aire y volcar sobre su espalda, todavía echando humo y vapor, y morir con un gran chisporroteo.

Tomé asiento a su lado y fumamos, por supuesto. Y al observar que durante todo este proceso no abría los ojos, decidí por fin que era porque no podía, y tuve la mala educación, tal vez, de preguntar.

—Es cierto que estoy ciego —reconoció—, aunque la bala del rifle no alcanzó mis ojos, sino que atravesó mi nuca, cortando el túnel a través del cual la visión viaja al corazón. Mira —dijo, abriendo los párpados—, mis ojos todavía ven, pero se quedan todo dentro, y es inútil porque mi corazón no lo recibe.

Sus ojos parecían brillantes. Supongo que le habían cortado o embotado el nervio de alguna manera.

—¿Dónde ocurrió, Abuelo? —le devolví la larga pipa.

Pareció avergonzado, y el humo permaneció un buen rato dentro de él hasta que salió chorreando de su boca y su nariz.

—Sand Creek —dijo por fin.

—¡Oh, no! —gruñí yo.

—Recuerdo tu consejo —dijo—, pero al final no fuimos al río Powder. En su lugar, fuimos al consejo de paz. Te diré cómo fue. Hump nunca había asistido a una conferencia, y necesitaba tener una medalla de plata como la mía. Y entonces nuestros jóvenes dijeron: «¿Por qué no vamos a recibir nosotros los regalos de los blancos por hablar con ellos? Nosotros siempre estamos en el norte, y los cheyennes del sur se quedan con todo». Debo reconocer —continuó Vieja Tienda—, que a mí tampoco me importaba tener una manta roja nueva.

»Así que por eso fue por lo que nos dimos la vuelta y regresamos. Cogimos la pluma con los hombres blancos enviados por su Padre, y Hump recibió su medalla y los jóvenes sus nuevos hachas, cuchillos y espejos, y cuando ya nos íbamos para el Río Powder, el jefe de los soldados dijo: “Tenéis que quedaros aquí. Eso es lo que habéis aceptado al coger la pluma”. Pero te aseguro que yo no lo entendía. Sin embargo, sé muy poco sobre tratados, así que pensé que el jefe de los soldados tenía razón, y nos quedamos, aunque aquella región es muy fea, sin agua y sin caza. Y entonces los soldados atacaron el poblado donde estábamos acampados con Caldero Negro, y exterminaron a muchos de los nuestros, y fue entonces cuando me alcanzaron en el cuello y me quedé ciego.

Entonces temí lo peor y pregunté por Mujer Baño de Bisonte.

—La mataron en Sand Creek —dijo Vieja Tienda—. Y también a Mujer Vaca Blanca. Y a Arde Rojo Bajo el Sol y su esposa Estrella Fugaz. Y a Hump y a Lobo Alto^[51] y a Nariz Cortada^[52] y a Pájaro Oso.

—Mi hermano Arde Rojo Bajo el Sol.

—Sí, y su esposa y sus hijos. Y muchos más, a quienes solo nombraré si piensas llorar por ellos, aunque fue hace varios inviernos y ya habrán alcanzado el Otro Lado, donde el agua es dulce, los bisontes abundantes, y donde no hay hombres blancos.

Este último término lo pronunciaba hoy en día de una forma especial: no exactamente con odio, porque Vieja Tienda era demasiado hombre para quedarse injuriando a sus enemigos. Eso era para los perdedores, como los rebeldes que habían perdido la Guerra Civil. Y él no era un perdedor. Puede que no fuera un ganador, pero tampoco era un fracasado. No podías considerar fracasados a los cheyennes a menos que hubieran fabricado una locomotora propia que no hubiera funcionado tan bien como la de la UP o hubieran inventado un arma de fuego que no disparase recta.

Solo para comprobar que no me equivocaba, le pregunté:

—¿Odias a los americanos?

—No —dijo, cerrando sus ojos brillantes pero muertos—. Pero ahora los entiendo. Ya no creo que sean estúpidos o locos. Ahora sé que no espantan al bisonte por error o que no prenden fuego a la pradera accidentalmente con su carro de fuego o que no matan Seres Humanos por un malentendido. No, hacen todas esas cosas porque quieren, y tienen éxito en hacerlas. Son un pueblo poderoso. —Cogió algo de su cinturón con cuentas y, acariciándolo, dijo—: Los Seres Humanos creen que todo está vivo; no solo los hombres y los animales, sino también el agua, la tierra y las piedras, y también los muertos y sus cosas, como su pelo. La persona de quien procede este pelo está calva en el Otro Lado, porque ahora yo soy dueño de su cabellera. Así es como son las cosas.

»Pero los hombres blancos creen que todo está muerto: las piedras, la tierra, los animales, y la gente, incluso su propia gente. Y si, a pesar de eso, las cosas persisten en intentar vivir, los blancos las exterminan.

»Eso —concluyó— es la diferencia entre los hombres blancos y los Seres Humanos.

Entonces miré la cabellera que estaba acariciando, que era de un rubio sedoso. Durante un instante estuve seguro de que procedía de la querida cabeza de Olga, y pensé que también tenía el delicado cabello de Gus en algún lugar entre sus sucios efectos, aquel viejo y maloliente salvaje que apuraba su vida de asesinato, rapiña y vileza, y casi le apuñalo antes de contenerme y darme cuenta de que el pelo era más de color miel que el de mi esposa sueca.

Menciono esto porque demuestra que la pasión de una persona puede invertirse en el instante en que se le recuerda su propia pérdida. Acababa de conmoverme con Sand Creek, y al momento siguiente estaba dispuesto a matarle.

Vieja Tienda tomó conciencia de mi estado, aunque estuviera ciego.

—¿Sufres —preguntó— un gran pesar o es solo amargura?

Así que se lo conté, y no había oído hablar del incidente en el que Olga y Gus habían sido raptados. No podía mentirme. Ya he dicho que era asombroso cómo los indios conocían acontecimientos muy alejados de ellos; pero de la misma manera, hay cosas que no saben. En aquella época, la captura de mujeres y niños blancos era algo común. Podía ocurrir que un cheyenne de un grupo no supiera de los que habían sido capturados por otro hasta que acamparan juntos.

Entonces Vieja Tienda dijo:

—Nuestros jóvenes están furiosos hoy en día. Muchas veces no tienen la paciencia de esperar al rescate o de intercambiar prisioneros, sino que enloquecen de ira y los matan. ¿Pero no es la voz de Rayo de Sol^[53] lo que acabo de oír junto a mi tipi? Ella es la viuda de Pequeño Escudo^[54], que murió hace dos lunas, pero ahora será tu nueva esposa y te dará un nuevo hijo, para que tengas lo que tenías antes y aún mejor, pues por supuesto una mujer de los Seres Humanos es superior a cualquier otra.

No es que fuera despiadado, solo estaba mirando el lado bueno de las cosas, como tenía que hacer un indio dada la clase de vida que vivía. Sus dos esposas habían sido asesinadas, y había llorado por ellas el tiempo adecuado y luego se había buscado sustitutas. Estas habían entrado y salido del tipi mientras hablábamos: mujeres jóvenes, nuevamente hermanas, probablemente cincuenta años menores que el jefe, pero juro por Dios que me pareció que ambas estaban embarazadas.

—Muy bien —dije—. Pero te diré una cosa, si vuelvo a encontrar a mi primera mujer e hijo, se los arrebataré a quien quiera que los tenga retenidos. Y si los han matado, mataré a quien quiera que lo haya hecho.

—Por supuesto —dijo Vieja Tienda, pues no había nada que un indio pudiera entender mejor que la venganza, y me habría despreciado si yo no la hubiera deseado.

No podía haber un momento peor para estar con los cheyennes. Los perseguían por toda la frontera, y cada vez que eludían a sus perseguidores, cometían alguna nueva atrocidad contra los blancos. Así que por un lado sería un renegado por unirme a ellos, y estaría amenazado por mi propia raza. Por otra parte, estaba constantemente amenazado por los mismos cheyennes, pues para muchos de ellos la simple visión de una cara blanca proporcionaba la ocasión para el crimen. Supongo que lo único que me salvó fue que el grupo de Vieja Tienda se había reunido aparte de la fuerza principal del jefe Pata de Pavo^[55], que había dirigido la lucha en el ferrocarril, así que la mayoría del tiempo estaba en el grupo en el que me había criado y donde la leyenda de Pequeño Gran Hombre todavía conservaba algún poder. Mi mujer Rayo de Sol era una buena protección, y por supuesto Vieja Tienda también. Pero había guerreros que se habían hecho adultos desde que yo me había unido a la tribu, como Barriga Cortada, que un día asaltó una parada de la diligencia y volvió con una jarra de whisky y me dijo:

—Quiero que vayas a la pradera y te escondas, porque aunque no deseo matarte

ahora, lo haré cuando esté borracho. Lo siento, porque me han dicho que eres un buen hombre, pero eso es lo que va a pasar.

La mejor forma de hacerte matar es dejar que un jovenzuelo como aquel te dé órdenes, así que dije:

—Creo que es mejor que seas tú quien se vaya a la pradera a beber, porque a mí lo que me pasa es que cada vez que veo a un borracho me domina una fuerza superior y tengo que matarle, aunque sea mi hermano. No puedo evitarlo; así es como soy.

Siguió mi consejo al instante, y sobreviví a muchas otras amenazas por el estilo, pero no puedo decir que llegara a ser popular, lo cual me dolía cuando recordaba mi mocedad en el río Powder como Pequeño Gran Hombre. Pero ahora era adulto y eso siempre ha supuesto decepciones. Tuve mucha suerte de conservar la cabellera. Vivía el día a día, y uno se acostumbra a ese tipo de vida, aunque tengas objetivos a largo plazo como yo los tenía, pues dejaba que vinieran a mí en lugar de perseguirlos, y sabiendo que llegarían, podía vivir sin ningún rumbo aparente, como un indio, y comer joroba asada cuando encontrábamos bisontes y encoger mi barriga cuando no, y tumbarme debajo de un álamo y ver a mi mujer Rayo de Sol trabajar con aquel crío dormido en la cuna atada a su espalda. Se llamaba Rana Tumbada en una Ladera^[56], pues habíamos pasado al lado de una rana en la susodicha situación la tarde del combate del ferrocarril y el niño pareció despertarse en aquel momento y asentir en dirección a ella, y tanto Rayo de Sol como yo pensamos que es justo dejar que los niños elijan su propio nombre.

Cuando llegamos al campamento indio, Rayo de Sol tuvo que llorar por su padre muerto y aunque se le daba muy bien, y lloraba y aullaba con un estrépito espantoso, tenía que parar cada vez que daba de comer a Rana, y tampoco se sintió nunca libre para arrancarse el pelo o hacerse cortes teniéndole a él a la espalda. Así que sus parientes la ayudaron durante toda una noche y la siguiente también, pues Sombra había sido un hombre de elevada reputación y era especialmente terrible que no tuviera un soporte fúnebre para protegerle de los lobos. De modo que las mujeres aullaron y gimieron hasta que les faltó el aire, igual que un niño cuando chilla hasta ponerse histérico. Me refiero a los niños blancos, los indios no hacen eso.

Por ejemplo, Rana, atado en su cuna, con su cabecita asomando como una judía marrón; cuando no estaba durmiendo o comiendo, sus ojos negros y agudos examinaban lo que tenía más cerca, y nunca se disgustaba. Me recordaba frecuentemente al pequeño Gus, pues mi hijo había tenido el temperamento de su propia madre, pero también había una diferencia igual de marcada. A Gus siempre le había deleitado mi reloj de bolsillo, que yo colgaba delante de él para que oyera su sonido, como todo el mundo hace con los niños cuando algo les fascina. Rana no. No le molestaba, pues nada lo hacía, pero simplemente le daba igual: miraba a través de él y no lo oía, por así decirlo.

O tal vez lo que no le interesase era la persona que lo sujetaba. Por mucho que Rayo de Sol y Vieja Tienda hablasen de él como si fuera mi hijo, Rana no se dejaba

engañar. No me odiaba; sencillamente yo era para él como una herramienta que le levantaba de vez en cuando y que le abrazaba, o que le columpiaba en el aire y le dejaba caer otra vez, y a él le gustaba el movimiento y el contacto, pero no reconocía en ello nada personal.

Claro que puede que fuera un defecto mío, pues aunque le tenía aprecio, no había intervenido en su creación, y no veía ningún futuro para nosotros como padre e hijo, sin importar si volvía o no a encontrar a Gus y Olga. Los cheyennes estaban acabados. Ellos lo sabían, yo lo sabía, y el pequeño Rana había nacido sabiéndolo. Lo mejor que podría haber hecho para ser un buen padre era llevarle a Omaha y Denver y meterle en la escuela. Hacerle blanco, llevarle a vivir a una casa cuadrada permanente y hacer que se levantase todos los días para ir a trabajar cumpliendo un horario. Pero ya ha visto lo que el niño pensaba de aquel instrumento para medir el tiempo.

Sin embargo, no podría haber pedido una mujer más ardiente que Rayo de Sol. Su devoción hacia mí era absoluta, tanto —y detesto decir esto, pero era la verdad— que empezó a aburrirme. Imagino que las circunstancias de nuestro encuentro tuvieron que ver con nuestras respectivas actitudes. Le pareció algo especialmente emotivo que hubiera aparecido en la hora en que más lo necesitaba, aunque exageraba. Era lo bastante fuerte como para haber tenido el bebé y haber escapado sola. Ella, por su parte, había empezando siendo una carga para mí, y aunque yo la acepté libremente en aquel barranco como medida de emergencia, parecía que me pesara cada vez más mientras vivíamos en el campamento.

Aquí debo explicarme, pues como bien sabe, el cheyenne varón nunca hace lo que el mundo blanco entendería como un trabajo. Cuando no estaba cazando, pasaba la mayor parte del tiempo tumbado de espaldas bajo un árbol o, si no, a la sombra de un tipi. Jugaba un poco con los otros guerreros y ocasionalmente participaba en carreras con el potro que me había regalado Vieja Tienda, pero no sentía mucha inclinación por ganar debido a que no quería líos con los perdedores. No participé en ninguna guerra ni en incursiones, pues hoy en día eran todas contra hombres blancos. Podría pensar que mi posición era imposible de mantener, pero eso es porque no conoce a los indios, con quienes uno puede vivir casi bajo cualesquiera circunstancias, excepto la enemistad declarada, e imagino que se podría sobrevivir incluso a dicha situación mientras se tenga un solo defensor leal. Yo tenía dos: el jefe y mi esposa. A veces algún joven crispado llegaba con una cabellera blanca recién cortada e intentaba insultarme con ella, pero yo le trataba como a Barriga Cortada o miraba a través de él como si fuera de cristal, dependiendo de la situación y de cómo juzgara su carácter. O, si Rayo de Sol estaba presente, mi mujer la emprendía con él con tanta fiereza que yo normalmente acababa poniéndome de su lado en secreto, pues tenía la lengua afilada y le recuerdo, como ya he dicho, que mientras que las doncellas cheyennes eran tímidas y sosegadas, las mujeres casadas eran justo lo contrario y se especializaban en temas que en la civilización serían más comunes en una taberna

que en un lugar donde se reunieran las damas. Supongo que tenían licencia para hablar de esa manera, porque en la práctica eran muy respetables. Raras veces se veía a una mujer con la nariz cortada entre los Seres Humanos. ¿He mencionado que los indios de las llanuras cortaban la punta de la nariz a su esposa si retozaba con otro hombre?

Bueno, señor, supongo que un soltero se encuentra en una posición de especial desventaja frente a una mujer casada respetable en cualquier lugar del mundo, y Rayo de Sol exponía dudas sobre la potencia del jovencito y especulaba desfavorablemente sobre la calidad de su dotación, etc., mientras las otras mujeres se reían en las proximidades, incluida tal vez alguna muchacha de la que estuviera enamorado, y el pobre diablo, que había llegado como un héroe, se marchaba como un payaso.

Como si no fuera bastante malo que una mujer me defendiera de esa manera, la siguiente vez Rayo de Sol se dedicaba a alardear de mí. Primero era cómo la había salvado de los pawnees. La historia creció desde lo que había ocurrido realmente, que era que nos acurrucamos en aquel arbusto, hasta que yo rechacé a cinco o seis de ellos y derribé a tres. No era una mentirosa: supongo que en cierta forma así era como ella lo veía a través de los cristales deformantes de sus recuerdos. Luego, por supuesto, si no se callaba con las habilidades sexuales de otros hombres de quienes no sabía nada, piense en lo que podría decir del hombre sobre quien era la máxima autoridad local: me convertí en un semental de campeonato.

Y le aseguro que me avergonzaba ser descrito así, pero ya sabe que a veces una persona puede ser víctima de su propia vanidad, de modo que por las noches me dejaba la vida bajo nuestra piel de bison en un intento de estar a la altura de mi reputación. Dios, algunas mañanas no podía ni tenerme derecho, y me sentía como si un caballo me hubiera dado una coza en el trasero. Supongo que no está bien contar esto, pues Rayo de Sol era mi esposa, y aunque un hombre puede hablar interminablemente de sus adulterios y fornicaciones, es un tema de mal gusto en lo referente a una pareja respetable, no sé por qué.

La única forma en que conseguí librarme fue cuando Rayo de Sol apareció un día preñada. Debió de ser a finales de marzo del 68, basándome en lo que pasó nueve meses después; de lo contrario, no tendría ni idea del momento, pues para entonces ya llevaba tres estaciones con los cheyennes y había vuelto a fechar los acontecimientos siguiendo el vuelo hacia el norte de los gansos silvestres, por ejemplo, lo cual significaba que llegaba la primavera, igual que la aparición de pelo en los terneros nonatos que sacábamos de los bisontes hembras que matábamos.

Durante todo aquel tiempo nos movimos principalmente entre el Arkansas y el Platte, lo que ahora es el sur de Nebraska y el norte de Kansas, y en este estado se estaba construyendo otro ferrocarril: el Kansas Pacific, a lo largo del río Smoky Hill, que había sido un buen territorio de bisontes, así que la caza se volvió más escasa y comimos más raíces que carne. Las tropas nos perseguían, y también los pawnees,

pero bajo la dirección superior de Vieja Tienda, a pesar de su ceguera, los eludimos como pueblo, aunque nuestras pequeñas partidas de guerreros tuvieron muchos encontronazos a menor escala.

Nuestro grupo siguió viviendo aparte de los otros cheyennes, aunque a veces nos encontrábamos con algunos de ellos, y cuando lo hacíamos, preguntaba por Olga y Gus. Lo cual era un asunto delicado, dado que yo era blanco, y cabe la posibilidad de que no siempre me contaran la verdad. En todo caso, no conseguí nada excepto más amenazas, ya que algunos de estos grupos retenían a otros cautivos blancos y no querían que anduviera curioseando por sus tipis.

Vieja Tienda tampoco me sirvió de mucha ayuda en este asunto. Su ceguera había limitado su comportamiento rijoso —ya no podía echarle el ojo a las mocitas regordetas—, pero había reforzado su decisión de seguir su propio camino. Lo que pasó hacia el otoño del 67 fue que el gobierno firmó otro tratado con los cheyennes del sur, los arapahos, los kiowas y los comanches, según el cual los indios aceptaban quedarse en el oeste de Oklahoma, conocido entonces como las Naciones. Un mensajero encontró nuestro campamento y nos entregó una invitación para Vieja Tienda, pero el jefe estaba harto de tratados después de lo de Sand Creek, y no asistió a la conferencia. Tampoco tenía intención de seguir aquel acuerdo.

—No viviré en ese sitio malo —me dijo, refiriéndose a las Naciones del oeste—. Allí hay poca hierba, y el agua sabe amarga. Y es propiamente territorio del pueblo serpiente, que sé que ahora son nuestros amigos, pero copulan con caballos y eso hace que me parezcan extraños. Además, el pueblo del violín raspado —los apaches— también va allí, y son valientes pero extremadamente feos, ya que son bajos y de piernas arqueadas y no son en absoluto bellos como los Seres Humanos. Hace mucho tiempo, cuando solíamos combatirlos, capturé a una mujer apache, pero era como yacer con un cactus, así que la devolví a su pueblo con algunos regalos, lo cual fue un gran insulto...

»Me dicen que Caldero Negro asiste a esa conferencia. Conozco la clase de tratados a los que aplica la pluma. Estuve en Sand Creek con él y perdí mi familia, mis amigos y mi vista. Sin ojos, veo con más claridad que él.

Puede que permanecer en el sur hubiera redundado en mi propio interés, de la misma manera que instarle a unirse al cuerpo principal de cheyennes del sur, pues si mi propia familia seguía viva, allí era donde probablemente estarían. Pero no pude, sencillamente no pude. En lo referente a aquel viejo indio, sentía una debilidad especial.

Así que lo que dije fue:

—No entiendo por qué no subes al río Powder. Si lo hubieras hecho cuando lo sugerí por vez primera, no habrías estado en Sand Creek.

—Te diré por qué —dijo Vieja Tienda—. Me gusta el territorio del río Powder. Yo nací allí, en Rosebud Creek. De hecho, mi medicina solo funciona a mitad de potencia cuando estoy por debajo del río Shell —que es como llamaba al Platte—.

Pero a los americanos, aparte de a un par de tramperos, no les interesa ese territorio. Así que mientras los Seres Humanos se queden allí, los hombres blancos no les molestarán.

—Eso es exactamente lo que intento decir —dije yo, preguntándome si el viejo diablo había perdido la chaveta junto con la vista.

—Sí —dijo—, ¿y yo, jefe de los más grandes guerreros del mundo, debería evitar el peligro como si fuera un conejo? ¿Debería dejar que me echaran de esta tierra donde he matado bisontes y pawnees durante ochenta veranos? Un Ser Humano siempre ha ido a donde ha querido, y si alguien intentaba detenerle, lo mataba o moría a sus manos. Si yo fuera tan cobarde, mi pueblo no me respetaría. Hay muchos jóvenes excelentes en este grupo, y ya no tienen las dudas que tuvieron los guerreros de los días de antaño. Han decidido combatir a los blancos donde los encuentren, y arrancar esos raíles de hierro y expulsar a los carros de fuego. Una vez eso esté hecho, matarán a todos los americanos restantes, para que podamos volver a cazar sin que nos molesten y hacer la guerra contra los pawnees.

—Abuelo —dije yo—, ¿de verdad crees que eso es posible?

—Hijo mío —dijo Vieja Tienda—, si no es posible, entonces el sol iluminará un buen día para morir.

Se produjo la batalla de Beecher Island, en la que quinientos o seiscientos cheyennes rodearon a cincuenta exploradores blancos en un banco de arena en mitad de Arickaree Fork y los asediaron durante nueve días. Pero los blancos volvían a estar armados con los Spencer de repetición y rechazaron todas las cargas, matando a muchos indios, entre ellos el gran guerrero cheyenne, Nariz Recta^[57]. Luego llegó la caballería.

Yo no estuve allí, pero nuestros jóvenes sí estuvieron, y volvieron al campamento agotados y derrotados. No salí de la tienda durante algún tiempo para evitar los incidentes, pero estaban tan hundidos que no me habría hecho falta. Los cheyennes seguían sin tener armas de fuego que merecieran ese nombre, y debía de ser terrible para un hombre tener la ventaja numérica y sin embargo ser derrotado por el rival debido a que su armamento era superior. Hacía mucho que había enterrado mi pistola y normalmente mantenía el Ballard fuera de la vista; no convenía aumentar el rencor generalizado.

Así que ahora los indios empezaron a abordar el problema por el otro lado y a pensar en alguna medicina para hacerse invulnerables a las balas. Parecía que un tipo lo había conseguido, pues le habían disparado en el pecho en Beecher Island y se hizo un poco de abracadabra en la herida y esta se cerró sin efectos nocivos, de modo que adoptó el nombre de A Prueba de Balas^[58]. Aplicó su medicina a algunos otros guerreros y un par de semanas después de la batalla de la isla, volvieron a enfrentarse a la caballería. De los siete Seres Humanos que usaron esa medicina, dos murieron inmediatamente, y A Prueba de Balas los trajo de vuelta al campamento e intentó resucitarlos. Uno sacudió un poco la pierna, se detuvo, y no volvió a levantarse.

Entonces, A Prueba de Balas reconoció su fracaso.

Supongo que debido a esos acontecimientos Vieja Tienda y sus jóvenes feroces tuvieron que limitar sus ambiciones a la mera supervivencia, y pasado un tiempo nos encontramos en el poblado de Caldero Negro, a quien en días posteriores los hombres blancos a veces llamaron el gran estadista indio, supongo que porque siempre estaba firmando tratados para mantener la paz y regalar más territorios de caza cheyennes al ferrocarril y los rancheros.

El caso es que así es como acabé estando presente en la Batalla del Washita. Y, como de costumbre, nuestro bando fue el que perdió.

CAPÍTULO 17

En el valle de Washita

Nos unimos a Caldero Negro al final de la gran cacería de bisontes veraniega, en la cual todas las tribus se reunían, y luego bajaban hacia las Naciones, cruzando el río Canadiense, pasando las Montañas del Antílope y llegando al Washita, en la reserva que había sido asignada a los cheyennes por el tratado de Medicine Lodge. Allí había varios campamentos, desperdigados a lo largo del río durante unas diez millas, más cheyennes, y aparahos, kiowas, comanches y también algunos apaches. Los indios pensaban invernar en aquel valle, que tenía abundante madera de álamo.

Era muy agradable, y Vieja Tienda había exagerado con su desoladora descripción. Seguía afirmando que el agua era amarga, pero yo no notaba el sabor. Sin embargo, no le contradecía, pues en aquella reunión le superaban en rango, con Caldero Negro y el jefe Pequeño Cuervo de los arapahos y con Satanta, el famoso asesino kiowa que se pintaba de rojo hasta la cintura y hacía sonar una corneta de latón. Y ninguno de ellos hacía demasiado caso a Vieja Tienda, ya que había boicoteado el consejo de Medicine Lodge y era pobre y su grupo muy pequeño. Las personas que tienen el mando siempre son engreídas, sean blancos o indios.

Así que mi viejo jefe se pasaba casi todo el tiempo sentado solo y seguía soñando y de vez en cuando peroraba, pero no atraía a mucho público. Sus jóvenes le culpaban por no haber ido al consejo debido a que los otros indios alardeaban de los regalos que habían recibido por hacerlo, y de la gran exhibición hípica que las diversas tribus habían realizado ante los comisarios del gobierno, y los pieles rojas detestan dejar pasar una demostración o un espectáculo. En los viejos tiempos, cuando yo era niño, acampamos junto a algunos sioux en el río Surprise. Un verano empezaron a gritar y a disparar sus armas, y creyendo que les atacaban salimos a ayudarles, pero descubrimos que solo estaban de celebración. Hump preguntó por qué, y ellos contestaron que no lo sabían, pero que los soldados de Fort Laramie lo estaban haciendo y que los sioux no se quedarían atrás en lo referente a celebraciones. Así que Hump dijo que pensaba que sería mejor que los Seres Humanos también lo hicieran, y durante todo el día aullaron y gritaron y malgastaron munición. Luego me di cuenta de que debía de ser el Cuatro de Julio.

Puede que se pregunte qué fue de los dos indios que figuraron en mi juventud entre los cheyennes pero que parecían haber desaparecido en aquella segunda residencia: mi enemigo Oso Más joven el Contrario y Pequeño Caballo, que era un *heemaneh*.

Ninguno de ellos había muerto, pues pregunté por ellos y supe que iban con otros grupos, supongo que para conseguir la compañía de otros de su misma clase, ya que

el campamento de Vieja Tienda era demasiado pequeño para permitir más de un ejemplar de aquellas profesiones exóticas. Un Contrario debe de sentirse muy solo, ya que tiene que hablar al revés ante toda la gente normal, y aunque un *heemaneh* pasa mucho tiempo con las mujeres, cotorreando y cosiendo y todo eso, probablemente anhele la compañía de otros que comprendan su punto de vista.

Echaba de menos a ambos, por una razón parecida. No tenía ningún amigo, aparte de Vieja Tienda, y tampoco ningún enemigo privado, personal. Había mucho resentimiento hacia mí, tal y como he dicho, y apenas había conseguido pasar más o menos desapercibido entre los jóvenes del grupo de Vieja Tienda, nos unimos a la enorme agrupación que rodeaba a Caldero Negro, y volvieron los encontronazos, pues aunque se suponía que los cheyennes estaban oficialmente en paz, no pensaban que eso se aplicara a los blancos. Todavía saqueaban los ranchos y las granjas en cuanto hacía buen tiempo, así que cuando volvían y me veían en medio de nuestro poblado, iban a buscar sus armas. Ni siquiera era yo lo que disgustaba a los jóvenes guerreros, sino mi piel. Por eso añoraba a Oso Más Joven, que me conocía muy bien, tal y como ocurre con los enemigos personales; y ahora que ya no estaba, comprendía que había obtenido mucha satisfacción de su enemistad, que era concreta y especial, ya que nos habíamos criado juntos.

En cuanto a Pequeño Caballo, su estilo de vida hacía que no sintiera ninguna presión, y siempre era una compañía agradable, que valía para una canción, o para un baile, o para una conversación ligera, sin tener que preocuparse constantemente por su virilidad y su medicina como siempre les pasa a los guerreros cheyennes. En lo que respecta a los *heemanehs*, me quedo con los indios, pues conocen su lugar en el mundo, al contrario que los blancos.

Pequeño Caballo y Oso Más Joven. A los dos los encontré en el gran campamento del río Washita, y voy a contarle cómo fue.

Estábamos a finales de noviembre, el río estaba cubierto por el hielo y había un pie de nieve en el valle, que se calentaba un poco durante el día y luego se congelaba en una corteza durante la noche, de manera que si uno salía del suelo pisoteado del campamento, podía romper la corteza y caerse como una manada de bisontes, y de paso cortarse los tobillos. Los indios seguían llegando de todas direcciones a aquellos cuarteles de invierno: partidas de guerra junto con poblados enteros de mujeres, niños, manadas de caballos, y perros. Cuando se habían establecido, yo siempre husmeaba en busca de caras blancas, y como había tenido tantos encuentros desagradables con guerreros irritables, había dado en pintarme como lo hice en la batalla de Solomon's Fork años antes. Además, cambié un par de pieles de ciervo de Rayo de Sol a un hombre medicina por uno de esos tocados de cabeza de bisonte, con sus cuernos incluidos, para ocultar mi pelo rojo. Pero no usaba pintura de color, sino negro mate hecho con carboncillo y grasa. De lo contrario, dado que mis ropas de colono se habían desgastado, llevaba perneras y una manta azul. La gente seguía sabiendo que era blanco, pero creo que tenía mejor opinión de mí por haberme vuelto

tan indio como era humanamente posible.

Bueno, en el día del cual hablo, había llegado un poblado y se había instalado en el río, aproximadamente una milla por debajo de nosotros, cerca de la gran curva en forma de herradura del Washita, donde el agua tenía tal vez ocho pies de profundidad directamente al lado de la orilla, cosa que los que conocían el lugar comunicaban a los nuevos por si querían darse el baño frío que los cheyennes se daban todas las mañanas. Y por Dios que algunos lo hicieron, zambulléndose directamente mientras las mujeres levantaban las tiendas, y nadaron acompañados de los fragmentos de hielo. Fue entonces cuando me dejé caer y reconocí a Oso Más Joven en medio de la corriente. Tenía una forma curiosa de nadar: en brazadas alternas, su cabeza se levantaba del agua hasta el reborde de su nariz, los ojos cerrados mientras el agua caía sobre ellos, y como no respiraba por la boca, el efecto era parecido a ver un cadáver que hubiera subido flotando desde el fondo.

Mientras le observaba, oí que me saludaban con una voz que era demasiado melodiosa para ser un guerrero cheyenne o una mujer adulta, sino que era como la de una chica. Me di la vuelta y allí estaba Pequeño Caballo. Llevaba un vestido precioso de piel de antílope, con flecos de ocho pulgadas de longitud. El pecho estaba magníficamente bordado con cuentas de cristal de todos los colores, e incluso bajo la fría luz del invierno, producía un efecto parecido a la Aurora Boreal iluminando el Gran Cañón. Y llevaba media docena de brazaletes y una ristra de cuentas tan larga que deberían haberle hecho tropezar, y los lóbulos de sus orejas estaban estirados como melcocha derretida por el peso de los grandes discos de cobre que colgaban de ellos.

Por la forma en que me abordó, imaginé que estaba intentando ligar conmigo, de manera que le dije quién era rápidamente.

—Oh, sí, sé quién eres —dijo, y lanzó una risita, lo cual supongo que ya se había convertido en su costumbre, así que aunque me atacaba los nervios, intenté disimularlo por los viejos tiempos.

Celebramos una pequeña reunión a la orilla del río, entre la nieve pisoteada, y por supuesto no me preguntó qué hacía allí, pues eso habría sido de mala educación entre dos tipos que se habían criado juntos, pero tuve que someterme a un abrazo que fue más de hermana que de hermano.

—¿Has abandonado el grupo de tu padre? —pregunté después de desprenderme de sus zarpas.

—Así es —dijo, jugueteando con sus cuentas—. Fue después de Sand Creek. Mi padre me dijo que lo hiciera. Dijo que su medicina era mala y que había llevado el infortunio al resto de su familia y que no quería que me pasara nada porque era demasiado bonito. A pesar de todo, no me habría ido, de no ser porque Oso Más Joven —señaló hacia el agua— nos dejó después de Sand Creek. Allí tuvo un accidente. Sabes que un Contrario no puede sentarse ni yacer sobre una cama, sino que siempre duerme sobre la tierra desnuda. Bueno, pues la noche antes de que nos

atacaran, Oso Más Joven, sin despertar, en sueños, se levantó del suelo, echó una piel sobre una cama, se tumbó sobre ella y pasó el resto de la noche de esa manera. Horrorizado, se descubrió allí por la mañana. La blandura de la piel de bisonte le había quitado todo su poder de Contrario, así que cuando llegó el combate, estaba débil como un niño, y tuve que ayudarle a huir de los soldados y a esconderse en el lecho seco del río.

—Lo siento —dije, y con bastante sinceridad, pues la enemistad entre Oso Más Joven y yo había sido siempre solo en una dirección, aunque a veces me resultaba muy molesto.

Pero Pequeño Caballo, como supongo que es típico de los *heemaneh*, lo desdeñó con bastante negligencia.

—Oh —dijo—, no fue para tanto. Nos unimos al grupo de Pájaro Carpintero de Alas Rojas^[59], y Oso Más Joven vendió su Arco de Trueno y su poder de Contrario a otra persona, lo cual le dejó libre para casarse.

En aquel momento, el sujeto de aquellas observaciones salió del Washita, sacudiéndose el agua antes de que se le quedara congelada encima, y como Pequeño Caballo había interrumpido nuestra conversación para secar a Oso Más Joven con una manta roja y para ayudarle a vestirse, me imaginé quién había participado en aquella boda.

Así que cuando Oso estuvo vestido y me miró, no pude evitar pincharle un poco, pues aunque nadie entre los cheyennes condena a los *heemaneh*, está permitido meterse con quien vive con ellos.

De manera que dije:

—Estaba hablando con tu preciosa esposa.

—Muy bien —dijo, sonriendo sin maldad, según pensé, y escurriendo un cuarto de agua de cada una de sus coletas—. Ahora ven a conocer a la otra.

Cambió la manta húmeda por una seca de Pequeño Caballo, se envolvió en ella, y abrió el paso entre las tiendas, atravesando las multitudes de perros. Señalando a un animal de rostro afilado que tenía sangre de coyote, le dijo a Pequeño Caballo que lo cocinara para el invitado, así que Caballo le dio un golpe en la cabeza con una porra que llevaba en su cinturón de cuentas y arrastró su cuerpo inerte y amarillento por las patas traseras junto con la manta húmeda. Por fin llegamos a un tipi andrajoso y atravesamos la entrada.

Un fuego reconfortante ardía en su centro, y encima colgaba la típica cazuela negra que estaba siendo removida por la típica mujer robusta, excepto que su rostro era blanco bajo la mugre y su pelo rubio a pesar de la grasa negruzca. Era Olga.

Oso Más Joven se volvió hacia mí y me dirigió lo que tomé por una sonrisa maligna, pero ahora me doy cuenta de que era sobre todo puro orgullo, pues no tenía ni idea de que su esposa femenina y yo tuviéramos más relación que la racial.

—Ahora fumaremos —dijo—, y luego comeremos.

Olga tenía un aspecto terrible, vestida con un vestido de ante sucio y con perneras

y mocasines viejos que se habían convertido casi en harapos. Puede que Oso tomara su baño habitual sin importarle la temperatura, pero creo que Olga se abstenía debido a las mismas razones. He dicho antes que vi su pelo rubio, pero en realidad era verdoso, y la cola de un caballo salvaje estaría menos enredada.

Yo me había dejado todas mis armas en la tienda, para mostrar mis intenciones pacíficas a cualquier guerrero hostil que pudiera encontrar. Oso Más Joven era un tipo fornido de más de seis pies de altura y estaba en medio de un campamento sin duda lleno de amigos suyos. No pensé en nada de aquello. Lo único que había visto era a mi querida y dulce esposa degradada como esclava de aquel maldito salvaje. Mis dedos se cerraron en garras asesinas y me habría lanzado sobre Oso para abrirle la garganta al momento siguiente... si Olga no hubiera levantado la mirada en aquel instante y hubiera hablado con una voz que dejaba corta en ronquera a la de Caroline, o a la de Nada cuando la vi vociferando a su hombre, o a cualquier otra mujer blanca o piel roja que jamás hubiera atormentado mis oídos.

—¡A lo mejor tú puedes decirme qué vamos a comer, haragán inútil! —bramó—. Ya no recuerdo cuándo fue la última vez que trajiste algo de caza. Pequeño Caballo es más hombre que tú.

Este se había quedado fuera para preparar el perro, y ahora entraba con los pedazos chorreantes de carne y las mangas del vestido recogidas para no mancharlas. Intentó tranquilizarla, pero Olga siguió dirigiéndose a Oso Más Joven:

—¡Deberías cambiar tus ropas con Pequeño Caballo, si no fuera porque eres demasiado idiota y torpe para ser un *heemaneh*! ¿Y quién es este desharrapado estúpido que has traído para robarnos la poca comida que tenemos, ninguna de la cual nos has proporcionado tú? Dile que haga su baile del bisonte en otro sitio.

Oso Más Joven frunció el ceño y dijo:

—Si no quieres que te dé una paliza, mujer, cierra la boca.

—Sabes bien quién se va a llevar la paliza —gruñó Olga—. Te partiré una porra en esa espalda perezosa.

Se echó el pelo hacia atrás, dejando que un largo mechón cayera sobre su frente, y escupió al fuego con desprecio. Luego tomó pedazos de perro que le entregó Pequeño Caballo y los arrojó al cazo, que salpicó con sangre y agua hirviente, parte de la cual alcanzó a Caballo, quien gritó horrorizado porque su vestido se había manchado. Olga dijo:

—Lo siento, querido.

Y le llevó fuera para limpiar las manchas a la luz del día.

Cualquiera habría esperado que Oso Más Joven se sintiera avergonzado delante de mí. Se encogió de hombros y encendió su pipa.

—Normalmente —dijo—, esta mujer es dulce como una paloma. Creo que se ha portado así solo para impresionar al invitado, pues soy un buen cabeza de familia. ¿Acaso no acabo de traer ese perro? También soy un amante maravilloso, pues he almacenado mi fuerza durante muchos años como Contrario, cuando no se me

permitía tener a una mujer, y ahora...

Bueno, siguió fanfarroneando y mintiendo un rato, y le diré que su degeneración producía pavor. ¿Cuántas veces he dicho que los cheyennes desdeñaban esas indulgencias, y sin embargo este indio la había emprendido como si fuera un borracho de taberna?

No pensé en eso en aquel momento, no. Todavía estaba paralizado por haber visto a Olga. No era una víctima, eso estaba claro, pero toda su personalidad había cambiado. ¿Recuerda lo amable que era cuando se casó conmigo, incluso hasta el punto de ser mansa? En aquellos tiempos no había aprendido a hablar bien inglés, pero aquí ya dominaba los insultos en cheyenne. Puede que su garganta sueca aceptara de forma más natural otra lengua áspera, pero ¿y el miedo a los indios que había sentido desde la matanza de su familia a manos de los sioux santees?

Pero qué extraño era, Dios mío. Pensando en eso me había olvidado durante un rato del pequeño Gus, que de pronto apareció corriendo, vestido como un salvaje y con el pelo rubio sujeto en trenzas. Ya debía de tener cinco años de edad, y era un mocito robusto, su recio cuerpecito medio desnudo a pesar del frío. Llevó un arco a Oso Más Joven.

—Padre —dijo—, la cuerda está rota. Por favor, hazme una nueva, porque la necesito para nuestra guerra.

Oso sonrió muy orgulloso de Gus, aunque le reprendió:

—Los Seres Humanos no interrumpen a un invitado cuando está fumando.

Pero quitó el encaje de su propio carcaj que colgaba de un poste y sacó un cordón nuevo de él.

Por fin, recuperé el uso de la lengua y pregunté a Gus, el hijo de mis entrañas:

—¿Con quién combates? ¿Con los pawnees?

Mi voz debió de sonar forzada, pero no se fijó en mí lo suficiente como para que importara. Seguía jadeante por haber llegado corriendo, y como crío que era, estaba absolutamente concentrado en las necesidades del momento. Así que cogió el arco de Oso Más Joven, que ya lo había reparado, y contestó mientras salía al exterior.

—No, con los pawnees no —dijo con su voz chillona y feroz en aquel idioma gutural—. ¡Con los blancos!

—Querría que volvieras aquí y mostraras el respeto que se merece a nuestro invitado —dijo Oso Más Joven, pero de forma un tanto débil, según pensé, y antes de que lo hubiera terminado de decir, mi Gus se había reunido con sus compañeros de juegos. Podía oírseles aullar. Se creía un indio de pura sangre.

No sabía qué pensaba Olga, y tras haberla visto en acción, no quise averiguarlo. Aquello era lo más puñetero que había visto u oído jamás. Los kiowas tenían una mujer blanca en su campamento que servía como la más abyecta esclava. Yo no tenía mucha protección en ese poblado, así que no me había quedado más que el tiempo justo para comprobar que no era mi esposa, pero había visto a la pobre desgraciada y su niño de dieciocho meses, y era una visión espantosa.

Pero aquí el único sufrimiento se mostraba en el semblante de Oso Más Joven cuando Olga la emprendía con él. Ahora que estábamos solos, empezó a alardear de cómo había pagado diez potros por ella al guerrero cheyenne sureño que la había capturado en el Arkansas. El precio habitual por una chica india, pagado a su padre, era solo de tres o cuatro animales.

Se imaginará que yo estaría allí sentado apretando los dientes. Pues no. Sentía como si estuviera en un sueño, y dije con calma absoluta:

—Ese chico tiene la piel pálida.

—Y el pelo como el sol de la mañana —dijo Oso Más Joven—. Se llama Medicine Standing Up, aunque normalmente le llamamos Barriguita^[60]. Creo que se convertirá en el jefe guerrero más poderoso de los Seres Humanos. Ya sabes que el gran Caballo Loco de los oglalas tiene la piel clara y el pelo rubio, y las balas no pueden alcanzarle.

—¿Tú has engendrado a este niño?

Di una calada a la pipa de piedra y se la devolví. Esperaba que dijera que sí, dado el humor del que se encontraba, pero miró al fuego durante un rato a través de sus párpados medio cerrados y luego contestó:

—No, su padre fue el mismo pájaro medicina que vino a mí en Sand Creek y dijo: «¡Deja de ser un Contrario! ¡Huye! Que no te importe lo que piense la gente. Te aguarda un destino superior a combatir a los casacas azules aquí. ¡Tienes que casarte con una mujer de pelo pálido y criar a mi hijo!». Así que eso fue lo que hice.

Bueno, Olga y Pequeño Caballo volvieron a entrar y cocinaron el perro y lo sirvieron. Mi exesposa gritaba a Oso Más Joven de vez en cuando y no prestaba más atención que antes, y supongo que si Pequeño Caballo le había contado algo de mí, era alguna historia fantástica que nunca le recordaría a Jack Crabb.

Me las apañé para comer lo suficiente como para resultar educado, y cuando terminé incluso extendí la devolución de invitación que los buenos modales exigían.

—Estoy casado con la hija de Sombra que Aparece a la Vista —dije—, quien era un gran guerrero, como sabes.

Yo también tenía mi orgullo, y había empezado a molestarme que aquel indio fanfarronease de tener a mi esposa blanca en su tipi. Aunque la verdad era que no estaba furioso con él, y si le odiaba no era de la forma que imaginaba que odiaría al hombre que retuviese a Olga. Pues no la estaba reteniendo: eso al menos estaba claro. Y aunque parecía de mal humor, era con ese mal humor que las mujeres encuentran extrañamente satisfactorio. Olga tenía algún poder sobre él. Seguramente habría descubierto a través de Pequeño Caballo que había huido como un cobarde en Sand Creek, y no estaba dispuesta a dejar que lo olvidara nunca.

Yo no había visto ese lado de Olga cuando estábamos casados, gracias a Dios, aunque ahora comprendía que podría haberlo conocido si hubiera descubierto el revés empresarial que sufrí en Denver. Pero no lo descubrió. En aquellos días no sabía más que atender la casa y cuidar de Gus. Creo que la razón era que apenas hablaba inglés.

¡Pero juro por Dios que ahora se había adaptado a la vida cheyenne! Después de cocinar aquel perro, salió a trabajar y bromeó con las otras mujeres indias, y aparte del color de su pelo y de su piel, no se distinguía de ellas.

¡Maldita sea! Disculpe mi lenguaje. Es solo que me pareció algo prodigioso, y no sé cómo expresar en qué medida. No me sentía triste, no me sentía furioso. Ni siquiera me sentía avergonzado, aunque podría haberlo estado si no hubiera llevado aquel sombrero de bisonte y la pintura facial. Pues era Jack Crabb quien había perdido su esposa, no Pequeño Gran Hombre; así era como tenía que verlo. Tal vez crea que debería haberme muerto de ganas de conocer los detalles de los últimos momentos en que aquel grupito de blancos fue doblegado por los indios del Arkansas, y Olga y Gus fueron raptados; debería haber querido descubrir por Oso Más Joven el nombre del guerrero que se los había vendido, e ir a matar a aquel indio para proteger mi honor.

Pero en aquel momento no se me ocurrió nada de eso. No, al ver a mi esposa y mi hijo en el tipi de Oso Más Joven, los dos prosperando en apariencia a su propio estilo, me sentí impelido más bien a anunciar mi propio matrimonio con Rayo de Sol. Aún más: fanfarroneé de ello, porque debido a que su padre estaba muerto y ella no tenía hermanos, no había tenido que pagar a nadie ni un solo caballo.

Como la mayoría de los fanfarrones, Oso Más Joven no podía soportar que nadie le robase la gloria. Empezó a hacer mohínes y a masticar interminablemente el mismo pedazo de ternilla. Sus ojos se habían vuelto más orientales a medida que se hacía mayor, y ahora casi habían desaparecido tras el bulto de su frente baja y las ojeras dibujadas debajo con pintura, que no se había ido del todo con su baño. Durante toda la visita tuve la sensación de que no me reconocía. Es decir, por supuesto que sabía que era blanco, aunque iba vestido como un cheyenne, pero no me relacionaba con su juventud. La única vez que le había visto desde los viejos tiempos había sido cuando era un Contrario, perdido en sus ideas a la contra.

Bueno, señor, no dijo nada hasta que terminamos de jamar y nos limpiamos las manos con nuestras ropas y salimos. Allí encontramos a Olga y otras mujeres quitando la piel a un pellejo fresco que estaba clavado sobre un lugar del que habían barrido la nieve, con su enorme trasero apuntando hacia mí, y nunca la habría reconocido, pues en los viejos tiempos Olga era robusta pero no gruesa. El pequeño Gus pasó corriendo, eludiendo una bala imaginaria disparada desde un rifle de palo por un compañero moreno a quien debía de haber engatusado para que interpretara el papel de enemigo blanco. Solo un hijo mío podría haber hecho algo así, y, maldito sea yo, aquel incidente me emocionó más que ninguna otra cosa. Aquel fue el momento en que más cerca estuve de llamarle, diciendo:

—Soy tu padre, muchacho. ¿No recuerdas a tu viejo padre? Pero por supuesto que no lo hice, pues no era el momento ni el lugar, y, ¿cómo demonios iba a explicar la ropa que llevaba a un niño de cinco años? Le estoy contando la verdad, y la verdad siempre está hecha de pequeños detalles que suenan ridículos cuando se repiten. Pero

le aseguro que, a la hora de la verdad, tal vez no recuperé a mi esposa y mi hijo porque llevaba los cuernos de bison puestos.

Bueno, dejé a Oso Más Joven y renové la invitación para que viniera a comer a mi tienda al día siguiente, y por pura bravuconería, para disimular la emoción que sentía al ver a Gus, llegué a añadir:

—¡Y trae a la familia!

De pronto, Oso salió de su estupor y me dijo, con gran agudeza:

—Has decidido quedarte.

De modo que sí que me recordaba.

—Nunca te di las gracias —dijo— por traerme comida de sobra cuando me llevaban prisionero al fuerte. Quiero hacerlo ahora.

Temía que volviera a empezar con aquello de que me debía una vida, así que me dispuse a marchar, pero dijo:

—Espera, quiero disculparme por la grosería de mi esposa. Es una buena mujer, pero no soporta estar en presencia de hombres blancos, porque mataron a su padre y su madre...

»Escucha —añadió—, viniendo hacia aquí tropezamos con un rastro fresco de soldados blancos. Creo que están buscando este poblado, aunque los jefes cogieron la pluma y estamos en paz.

Oso Más Joven tenía la peculiar habilidad de recordarme siempre mi propia raza. Debería haber estado prevenido, pero no lo estuve. Cuando no había nada en juego, solía ser proindio, y también cuando Vieja Tienda o Rayo de Sol eran el blanco de las quejas, tal vez porque eran un poco mi familia. Pero Oso siempre sacaba mi sangre a colación.

—Tal vez —dije— estén siguiendo a la gran partida de guerra que acaba de llegar de asaltar ranchos pacíficos a lo largo del río Smoky Hill. O puede que estén buscando a la mujer y el niño blancos que retienen los kiowas.

Apretó su mandíbula con tozudez.

—Yo no sé nada de eso. No soy un kiowa, soy un Ser Humano. Yo no he saqueado nada en el río Smoky Hill. Pero supongo que si un soldado me ve, me disparará de todas maneras.

En eso tenía razón, y yo no sabía cómo explicárselo. Sin embargo, me dolía que sugiriera sin decirlo que era culpa mía. Y además supongo que estaba esa vieja rencilla entre Oso Más Joven y yo. Si para un soldado un indio era lo mismo que otro, sin importar que pertenecieran a razas distintas, para Oso yo era responsable de todo lo que hacían otros hombres blancos, aunque en aquel momento estuviera viviendo en su poblado, vestido como un salvaje.

Volví a mi propio tipi. Todavía no he mencionado que aunque el padre de Rayo de Sol estaba muerto y ella no tenía hermanos, sí que tenía tres hermanas, y vivían con nosotros. Una de ellas también era viuda y tenía dos hijos pequeños. Yo era el único hombre adulto de la casa y tenía que cazar para todo el grupo. A cambio, las mujeres

hacían el resto del trabajo, y creo que también podría haber yacido con cualquiera de ellas si hubiera querido, aunque nunca lo hice con ninguna más que con Rayo de Sol, debido a que, hasta que se quedó embarazada, ella sola se bastaba para agotarme, y además, aunque pueda parecer un puritano, mantener un harén nunca ha sido de mi agrado.

Mientras yacía sobre mi piel de bisonte y miraba el bulto del vientre preñado de Rayo de Sol, solo podía pensar en cómo en aquel mismo instante Olga podría llevar dentro de sí la semilla de aquel salvaje. Estaba mancillada para siempre. Yo podía abandonar mi tienda en cualquier momento y volver a la civilización, darme un baño y volver a ser blanco. Pero ella no. Lo cheyenne estaba dentro de ella. Los indios me daban asco. Apenas podía respirar por el olor que había dentro de mi propia casa, donde las mujeres desaliñadas a las que mantenía removían la mugre que íbamos a cenar. No teníamos carne fresca, porque aquella tarde, en vez de salir de caza, me había sentado a comer un perro preparado por mi esposa natural en el tipi de su antinatural marido.

Mientras estaba de aquel humor envenenado, el pequeño Rana se acercó trastabillante y me dio el caballito de madera que le había tallado. Tenía aproximadamente la misma edad de Gus cuando fue capturado. Le devolví el juguete. Me miró con mucha solemnidad, primero a mí y luego al juguete, lo depositó cuidadosamente sobre mi cama y se marchó. Aquella fue la primera señal que percibí de la atmósfera que había dentro de la tienda, pero luego me di cuenta de que las mujeres estaban extraordinariamente calladas y que los hijos de mis cuñadas, un chico y una chica, con quienes podía bromear o contar historias antes de que se sirviera la comida, se mantenían a distancia.

Rayo de Sol me sirvió un cuenco de raíces machacadas con algunas bayas. Los ingredientes habían sido recolectados el verano anterior, y se habían conservado en una versión reseca. Fue como tomar un trago de barro.

—¿Dónde están las patas de vaca que traje ayer? —pregunté irritado.

Pareció asustada, pero me corrigió.

—Fue hace tres días.

—Si he dicho que fue ayer, es que fue ayer, a menos que quieras llevarte una paliza, mujer.

Rápidamente me pidió perdón, diciendo:

—Tienes razón, fue ayer. Soy una persona estúpida y...

—Oh, cállate —dije—. Aquí hay demasiadas bocas que alimentar. Por eso nunca consigo traer carne suficiente. ¿Por qué no se casan tus hermanas?

Todas las mujeres inclinaron la cabeza. Yo tosí para liberar mi tráquea de un trago de aquel fango.

—Si creéis que voy a yacer con vosotras —me dirigí a ellas en general—, estáis locas.

Una de ellas se acercó a Rayo de Sol y susurró a su oído, y entonces mi mujer

dijo:

—Mi hermana saldrá a cambiar su vestido con cuentas por carne, si esperas.

Ocurre que sabía que la camisa que se había ofrecido era el único artículo de sus posesiones por el que le habrían dado algo más que un hueso seco. Y tampoco es que valiera demasiado, manchada y remendada y con sitios donde se habían caído las cuentas. No éramos una familia rica, eso se lo puedo asegurar, ya que solo había un hombre en la casa, y ese hombre era yo, que nunca saqueaba a los colonos, y no teníamos ninguna relación con los comerciantes, que además no quería que me vieran, y no tenía caballos aparte del potro que me dio Vieja Tienda.

—No —dije—, no tengo hambre.

Me sentí avergonzado, pero me daba más vergüenza aún demostrarlo. También sabía por qué ninguna de ellas se había casado. Porque vivían en el tipi de un hombre blanco, y los guerreros cheyennes no venían a pasar el rato delante de su puerta y a tocar sus flautas-medicina en cortejo. Especialmente dado que, a medida que pasaban los años, había un excedente cada vez mayor de mujeres en la tribu, debido a que habían matado a muchos hombres. Supongo que había hecho caer una maldición sobre las chicas. Pero ¿de quién había sido la idea de tomar a Rayo de Sol por esposa? Mía no.

—Siento que estés furioso conmigo —dijo Rayo de Sol. Había trabajado durante todo el día, incluyendo el cortar la leña, y luego había arrastrado un gran montón de madera sobre una piel de bisonte durante un cuarto de milla hasta nuestra tienda. Y estaba a punto de tener el niño. Cuando llegara el momento, tiraría al suelo su hacha, se retiraría detrás de un árbol y lo tendría sobre la nieve, y luego cortaría el resto de la leña y volvería con el niño y con los troncos de álamo.

—Siéntate aquí y come —dije—. No estoy furioso contigo.

Así lo hizo, metiéndose aquella bazofia con una cuchara de cuerno, y el resto hizo lo mismo, con un sonido parecido al de un ejército chapoteando en un pantano. Si no hubiera sido un idiota en los negocios en Denver, en aquellos momentos podría haber estado sentado en mi propia mansión, cenando con plata y porcelana y trayéndome de Inglaterra a un mayordomo calvo vestido con frac. Si mi padre no hubiera estado loco, Dios sabe lo que yo habría sido. Supongo que todo el mundo fantasea con esas ideas.

Cuando Rayo de Sol hubo terminado y recogió de su vestido las migajas de comida que se habían caído de la cuchara, y también algunas del suelo de tierra, como aún seguía inquieta —todas seguían inquietas, a pesar de que mi humor se había suavizado—, cuando terminó de hacer eso y se llevó su cuenco y el mío para limpiarlos, vaciló un instante y dijo en voz baja:

—¿Cuándo le matarás?

—¿A quién? —pregunté, volviendo a irritarme, pues sabía muy bien lo que quería decir, y recordé mi antiguo objetivo, aunque ya no lo deseaba, lo cual explicaba mi fastidio—. Será mejor —dije— que no te metas donde no te importa.

Rayo de Sol se agachó y estiró su piel de bisonte junto a la mía.

—Haré una buena cama para ella —dijo—, y le daré mi mejor manta roja. Y el niño blanco puede dormir al lado de nuestro sobrino Potro Moteado^[61], si le gusta.

Dije con voz serena:

—La mujer blanca que está con Oso Más Joven no es mi esposa y el chico no es mi hijo. Mi familia fue asesinada en el río Arkansas. —Levanté la mano hacia el arco que colgaba del poste detrás de mí, el cual usaba para cazar y ahorrar pólvora y plomo. Y dije—: Si vuelvo a oír hablar de este asunto, vieja, te daré una paliza que no olvidarás.

Rayo de Sol había entrado en carnes con su embarazo, aunque seguía siendo más delgada que Olga, y al sonreír mostró una cara tan redonda como la luna. Al instante, el resto de las mujeres y los niños se alegraron, aunque yo había hablado en voz baja y ellos hacían mucho ruido al comer, y empezaron a parlotear y reír como lo hacían normalmente, pues por lo general era una tienda muy alegre.

Todos habían creído que mataría a Oso Más Joven y me traería a Olga y Gus, y que eso explicaba mi mal humor anterior, porque estaba cobrando ánimos para matar, y no me extrañaría que pensaran que podría no detenerme con Oso y asesinarlas a todas ellas también, pues las mujeres cheyennes sabían hasta dónde era capaz de conducir la pasión a un hombre.

Bueno, podían estar tranquilas, porque Pequeño Gran Hombre no iba a causar problemas a nadie. Por otra parte, me sentía más o menos obligado por mi honor a invitar a Oso Más Joven y su familia al día siguiente. Después de eso, asunto zanjado. No tenía ninguna intención de hacer migas con el señor y la señora Oso y empezar a intercambiar cenas una tras otra. No esperaba que Olga, tan cambiada como estaba, descubriera la verdad de la situación, pues llevaría puesto el sombrero de bisonte y la pintura facial negra, y no me iría buscando, pero alguno de los indios sin duda se lo olería, pues eran agudos para esas cuestiones. Desde luego que no Oso Más Joven, con su estupidez y su orgullo, sino probablemente Pequeño Caballo, o una de mis propias mujeres. O tal vez Gus, y eso me dejaría devastado.

Así que pensé en huir después de la cena al día siguiente y volver al ferrocarril. Ahora tenía lo que me había llevado a reunirme con los cheyennes, por así decirlo.

En aquel estado mental, pasado un rato me eché encima un montón de pieles de animales y mantas sucias e intenté dormir. Las mujeres y los niños también se habían retirado, pero el fuego estaba alimentado con suficientes troncos como para mantenerlo ardiendo toda la noche, o de lo contrario nos habríamos congelado incluso dentro de nuestros múltiples envoltorios, pues el aire gélido se colaba entre los cordones de la puerta y por debajo de la piel de la tienda. De vez en cuando oía a mi potro pisotear fuera para sacudirse el frío. Le había atado cerca de la entrada en vez de en la pradera con el resto de la manada. Como era mi único animal en aquel momento, no podía permitirme que ningún pawnee me lo robara; aunque no había oído que hubiera ninguno en la zona.

En cuanto al aviso que me había dado Oso Más Joven de que había un rastro de soldados, lo consideré otra muestra de su estupidez. Estábamos en la reserva asignada a los cheyennes en el consejo de Medicine Lodge, así que, ¿por qué iban a perseguirnos? Me refiero al grupo de Vieja Tienda. Si buscaban a alguien, sería a la partida de guerra que había venido a los poblados del río. Pero era improbable que hicieran algo así con aquel tiempo. Nadie luchaba en invierno, y menos aún el ejército de Estados Unidos, cuyos grandes caballos no podrían avanzar sobre la corteza de nieve.

Pensé muchas cosas por el estilo, pues no conseguía dormir. Una cosa era que yo hubiera decidido dar por terminado el asunto de Olga y Gus, y otra que el asunto hubiera terminado conmigo. Me palpitaban las venas de las sienes, y la entrepierna me causaba molestias. Quiero decir que sentía como si estuviera hinchándose, como una manzana reseca. Pasado algún tiempo, se me ocurrió que sentía la lujuria de una forma distinta a como la hubiera sentido nunca, especialmente cuando estaba con los indios. Le he contado que Rayo de Sol era más ardiente que un servidor. Bueno, pues ahora fui yo quien estiré el brazo hacia ella, olvidando por completo su estado.

Lo que toqué fue la cumbre de su enorme barriga, a través de las ropas. Estaba completamente despierta, y sacó su mano y me frotó la mía.

—Wunhai se siente herida por lo que dijiste.

Se trataba de la hermana que se había ofrecido a vender su vestido con cuentas a cambio de comida. Su nombre significaba «Arde»; puede que se hubiera chamuscado el dedo cuando era una niña o algo así. Era muy agraciada y la más joven de las hijas de Sombra, un par de años menor que Rayo de Sol, y parecida a ella en los ojos y el pelo reluciente, pero delgada como una rama de sauce. Bien pensado, me recordaba a mi antigua novia Nada antes de que se casara y se volviera gorda e irritable; la pobre Nada fue otra de las víctimas de Sand Creek.

El caso es que hasta aquel momento había considerado a Wunhai una cuñada, al estilo blanco, sin haber adoptado nunca la visión de los cheyennes en tales asuntos. Lo que Rayo de Sol quería decir que había herido los sentimientos de Wunhai era la afirmación que había hecho antes de que no me acostaría con ninguna de las otras mujeres.

Di una palmadita en la barriga de Rayo de Sol y retiré la mano. Como de costumbre, mi problema consistía en decidir si definitivamente era blanco o indio. Si era lo primero, debería volver a dormir. Que Olga se hubiera vuelto salvaje era problema suyo, no mío. Por otra parte, empezaba a comprender la responsabilidad que tenía hacia las hermanas de Rayo de Sol: no era suficiente con mantenerlas. Por culpa mía se habían convertido en solteras. Debería hacer algo, pues eran buenas mujeres. Tal vez estuviera siendo hipócrita, no lo sé; decídalo usted. Lo siguiente que recuerdo es que me levanté y me deslicé a través del resplandor del fuego en medio del círculo del tipi y que me arrodillé junto a la túnica de Wunhai. Sus ojos centelleaban en la sombra que proyectaba sobre ella.

—Siento lo de antes —dije yo.

—Te entiendo —dijo ella. Y levantó sus mantas por aquel lado y yo me metí debajo, apretándome contra su ligero cuerpo moreno, que resultó estar desnudo y ardiente después de mi gélido desplazamiento sin calzones. Era una chica muy dulce. Resultó que no había conocido a ningún hombre antes, lo cual era una buena muestra de la elevada moral de los Seres Humanos. Sin embargo, sus instintos fueron certeros. Debía de tener dieciocho años de edad y era muy ágil.

Bueno, no aventuraré cuánto tiempo estuve dedicado a cumplir con mis deberes de cuñado, pero fue un buen rato, y por fin llegó el momento en que Wunhai hubo recibido disculpas suficientes para quedarse dormida en mis brazos. Vale, me salí y la arropé, experimentando una extraña sensación cuando una ráfaga de frío correteó por mi entrepierna. Supongo que me estremecí, y otra de mis cuñadas, que dormía cerca, se levantó y me llamó.

Cuando me acerqué a ella me susurró:

—¿Echo más madera al fuego?

—Está bien como está —dije, alejándome, pues había roto a sudar bajo las ropas de Wunhai y ahora sentía que el sudor se estaba convirtiendo en hielo.

—Bueno —dijo—, será mejor que te metas aquí antes de que te congeles.

El nombre de aquella chica era Osa Cavadora^[62], y era unos pocos años mayor que Rayo de Sol, tal vez de veintitrés o veinticuatro años, muy ancha en el centro de la cara, un efecto que se acentuaba porque a veces llevaba las trenzas detrás de las orejas. Tenía rasgos marcados pero bellos y era firme como una yegua. Llevaba el vestido puesto en la cama, pero cuando me uní a ella ya se lo había levantado. Era la única hermana más baja que yo; sin embargo, era de músculos poderosos. Habiéndome admitido en el campo de batalla, por así decirlo, me hizo luchar por la victoria, y durante mucho tiempo después, mis pantorrillas mostraron magulladuras donde ella había clavado sus tacones como si montara en un potro boca abajo.

Después, quiso hablar.

—Me han dicho que la mujer blanca que está con Oso Más Joven es fea y huele raro. Sabía que no podía ser tu esposa. Nadie más que un cobarde como él tendría una mujer de ese tipo —etc., etc.; era la hermana maliciosa, pero le diré que tener una vena maligna no es la peor cualidad para una mujer en la cama. Le da cierto sabor a la cosa. Los mejores potros de guerra siempre poseen cierta maldad, y no dejan que los aten a una traviesa.

Cuando conseguí separarme de Osa Cavadora estaba un poco mareado, y sintiéndome reanimado por sus comentarios, se aferró a mí para darle otro tiento.

—Quédate aquí —susurró—. Mujer Maíz^[63] está demasiado cansada.

Con aquello se refería a la hermana restante, la viuda. Juro que no había pensado en ella hasta aquel momento. Era la más grande, la más fofa, la más vieja, puede que llegara incluso a los veintiocho años, y tenía dos niños en las mantas de los lados.

—Yo también estoy cansado —le dije a Osa Cavadora—. Y tú también deberías

estarlo. Vete a dormir.

Pero pude sentir que me observaba mientras volvía a la cama junto a Rayo de Sol, y tuve que yacer allí un rato fingiendo antes de que su cabeza desapareciese bajo las mantas y yo pudiera volver a deslizarme hasta Mujer Maíz.

Sí, estaba cansado y dolorido, pero lo que quiera que fuese que me había impulsado a hacer esa ronda no estaba dispuesto a extinguirse mientras quedase una hermana. De todas formas, Mujer Maíz estaba dormida cuando llegué, y no me anduve con ceremonias, simplemente levanté su manta y me metí. Ella me agarró sin llegar a despertarse; había tenido un marido y dos hijos, y para ella no era novedad, como en el caso de Wunhai, ni un feroz ejercicio como para Osa Cavadora, sino algo tan natural como comer la comida. Estaba caliente y suave, y descubrí que resultaba muy relajante para un tipo nervioso y flacucho como yo.

¿Quién era la mejor? No es asunto suyo. Tal vez ya haya contado demasiado, pues no podría hacerle entender con la suficiente convicción que mis actividades de aquella noche eran lo contrario a una moral dudosa según los criterios de los cheyennes. Todas ellas eran mis esposas, y solo estaba cumpliendo con mi deber hacia ellas.

Cuando terminé apenas podía caminar, pero una gran calma me impregnaba. Seguía sin tener sueño, pero no me mantenían despierto ni la amargura ni los problemas sin resolver. Me volví a poner los calzones y las perneras —había llevado puesta la camisa todo el tiempo—, me envolví en una manta y salí al exterior.

Me dolió un poco respirar hondo, tan frío y despiadadamente limpio era el aire. Un perro ladró a una milla, en el poblado de Oso Más Joven; se le podía oír perfectamente. La luna ya se había puesto y todo estaba envuelto en una negrura absoluta, pues el alba no tardaría en llegar. Había consumido la noche proporcionando mis servicios viriles. No cabía duda de que por fin me había vuelto cheyenne al ciento por ciento, o al menos en todo lo que lo permitían los actos corporales. Con mi esfuerzo de aquella noche podría haber engendrado uno o dos seres humanos nuevos. No se me ocurrió pensar que fueran a ser pequeños mestizos, creciendo en un mundo que rápidamente se volvía hostil incluso para los de sangre pura. No, en aquel momento todo me parecía bien. Fue uno de los escasos momentos en que sentí que así era como son las cosas y así era como deberían ser. En aquel momento tenía medicina, es la única palabra que puede describirlo. Sabía dónde estaba el centro del mundo. Una sensación única, en la que el tiempo se convierte en un círculo, y el que está en el centro del círculo tiene poder sobre todo lo que tome la forma de línea, ángulo y cuadrado. Como cuando Vieja Tienda atrajo los antílopes dentro del círculo de su grupo, en círculos concéntricos alrededor de ellos estaban todos los demás cheyennes, presentes y pasados, vivos y muertos, pues el Misterio es continuo.

Fue un gran momento, y en él, saliendo de la noche, se introdujo Rayo de Sol. La oí más que verla, pues la negrura era completa.

—¿No puedes dormir? —pregunté, creyendo que había salido del tipi.

—Estaba en el bosque —dijo, y tomó mis brazos y depositó entre ellos un pequeño paquete dentro de una manta. Parecía un carbón caliente, pero era un niño recién nacido. Había salido y lo había tenido mientras yo me acostaba con sus hermanas—. Otro hijo para ti —dijo—. Será un gran orador. ¿No has oído su poderoso grito?

Pero, por supuesto, al estar con sus hermanas, no había estado escuchando. Ni siquiera me había dado cuenta de que había salido de la tienda.

—Espero que nuestros enemigos estén lejos —dijo—, pues cuando vino a la vida tenía grandes pulmones.

Bueno, aquello no anuló mi sensación de medicina, sino que más bien la enriqueció. Abracé al muchachito y Rayo de Sol apoyó su cabeza en mi hombro, y entonces ocurrió. Apareció una bola dorada y ardiente en el horizonte oscuro, y mientras ascendía lentamente en el cielo, cambió en colores maravillosos, del escarlata al verde esmeralda, del turquesa al azul intenso, y luego al púrpura y al índigo, y de nuevo volvió a brillar, como una mirilla móvil a través del techo del mundo que llegara hasta el gran arco iris por el cual cabalgaban los jefes en formación ceremonial en la Otra Vida. Por fin, cuando estuvo arriba del todo, hubo un momento de madreperla y luego los colores se volvieron incandescentes en un blanco radiante intenso.

—Así es como se llamará —dijo Rayo de Sol—, Lucero del Alba^[64].

Le devolví a mi hijo y volvió a meterse en la tienda para darle de comer.

Resultó que otra persona también fue bautizada con el nombre de aquel despliegue celestial, que estaba observando al mismo tiempo desde detrás de las montañas que dominaban el valle del Washita. Supongo que lo consideró una señal favorable del destino que le había convertido en general a la edad de veintitrés años. Y puede que tuviera razón, pues en breves momentos cabalgaría hacia la mayor victoria que jamás había conocido.

En años posteriores, sus exploradores indios crows le llamarían Hijo del Lucero del Alba. Su nombre real era George Armstrong Custer.

CAPÍTULO 18

La Gran Medicina de Pelo Largo

Poco después salió la primera luz por el este. Yo todavía estaba al raso, dominado por la sensación de maravilla, hasta el punto de que estaba planteándome romper el hielo del río y darme un chapuzón al estilo cheyenne. Pero mi potro, atado en las inmediaciones, se removía ansioso por tomar un trago matutino. En realidad —le costará creerlo— me miró con sus grandes ojos claros y dijo:

—Padre, llévame al agua.

No quiero decir que pronunciara esas palabras, pero lo dijo. Luego dijo:

—Nos espera un gran combate.

Al demonio con lo que usted crea. Lo dijo. Yo estaba allí.

Yo dije:

—Oh, lo dices porque oyes cómo se rompe la corteza de nieve valle arriba. Solo es la manada de tus hermanos y primos.

—No —dijo mi potro, agitando tozudamente la cabeza mientras desataba la rienda del asa de la valla. Su aliento y el mío producían grandes nubes en el frío.

—Ven —dije—, te lo enseñaré.

Monté sobre él y salí del claro de los álamos dentro del cual se había levantado el campamento. Mi propio tipi estaba cerca del borde, sin suficiente madera cerca para que le cayera encima en caso de tormenta, así que solo cabalgamos cuarenta yardas hasta el fondo abierto del valle y miramos pradera arriba donde estaba la manada. En aquel momento, oí un disparo lejano detrás de mí, procedente de las colinas al extremo opuesto del poblado. La razón por la que no me volví, sin embargo, fue porque justamente delante, galopando en una línea que se extendía sobre el suelo cubierto de nieve, llegaba una gran masa de animales. Pero el aire de la mañana engaña, y más cuando es cristalino, porque lo magnifica todo, así que en la distancia un hombre parece un caballo, y un caballo un bisonte. Teniendo en cuenta ese efecto, pensé que se trataba de nuestro rebaño de potros en una estampida provocada por saqueadores pawnees. Con intención de coger mi arma, me di la vuelta; cuando lo hacía, una banda de metal empezó a tocar con trompetas, flautas y tambores. Pensé que había perdido el juicio. Era una melodía irlandesa llamada «Garry Owen», que había oído tocar a la banda del destacamento en un concierto dominical en Leavenworth. Al oír los primeros compases, mi potro se levantó y me tiró.

—Te lo dije —relinchó, y salió corriendo enloquecido en dirección a la carga que llegaba hacia nosotros. Avanzó unos cincuenta pies antes de que sus patas delanteras se rompieran a la altura de las rodillas y se desplomó sobre la nieve, resbalando sobre un gran rastro rojo.

Le habían alcanzado en el cuello mientras yo todavía estaba montado, pues la línea entera había empezado a disparar cuando se oyeron las primeras notas. Yo quedé empapado con su sangre. A unos tres pies sobre el suelo, el aire se había vuelto sólido con el plomo chirriante. Sin embargo, me levanté y corrí ileso hacia mi tipi. Puede que gritara, pero no podía saberlo debido a la música. Ni siquiera podía oír las pezuñas o el fuego de las carabinas, solo el estruendo de la banda.

Osa Cavadora estaba saliendo por la puerta de la tienda, con mi arma y una bolsa de cuero llena de munición en las manos. Todavía a diez yardas de distancia, me tiró el rifle y echó el brazo hacia atrás para arrojarme la bolsa, pero apareció un agujerito negro en su sien, como si una mosca se hubiera posado allí, y cayó muerta sobre la nieve. Otra docena de balas atravesó la cubierta de la tienda detrás de ella, y cuando corrí al interior, vi que la joven Wunhai había recogido la mitad de ellas en aquel cálido pecho marrón que había acariciado varias horas antes, su seno de piel de ciervo devorado.

Rayo de Sol estaba sentada detrás, con Lucero del Alba pegado a su pezón.

—¡Abajo, abajo! —grité—. Túmbate.

Se enroscó alrededor del niño, y yo la cubrí con mantas de bisonte. Iba a hacer lo mismo con Rana Tumbada en una Pendiente y Mujer Maíz y sus hijos, pero habían desaparecido del tipi.

Para cuando llegué a la puerta otra vez, los casacas azules estaban tan cerca que disparaban más allá de nuestra tienda, apuntando a las que había entre los árboles detrás de nosotros. Si hubiera utilizado aquella salida, me habría situado directamente bajo sus pezuñas, así que con mi cuchillo abrí una rendija en la parte de atrás y me deslicé a través de ella. Los indios salían de todas partes. Algunos no llegaban muy lejos antes de caer, otros se tiraban detrás de los álamos y conseguían devolver el fuego, principalmente con flechas, pero los objetivos eran difíciles y sus propios compatriotas corrían entre ellos.

La caballería ya había penetrado entre las tiendas, y la banda todavía tocaba en el valle abierto donde estaban situadas. La música me estaba volviendo loco. Me tumbé detrás de un árbol. Todavía no había disparado, pero no por cortesía. No, habría abatido a aquellos soldados sin piedad si hubiera tenido los recursos para hacerlo. Estaban arrasando mi hogar, habían matado a dos de mis esposas, y por culpa de ellos mi mujer y mi hijo recién nacido sufrían un peligro extremo. En un momento así no ves semejanzas entre tú y tu enemigo, aunque sea tu hermano por vínculos de sangre o de costumbre.

Pero mi arma estaba vacía. En la tienda la mantenía descargada por si los niños jugueteaban con ella. La munición estaba en la bolsa bajo el cadáver de Osa Cavadora, a unas cincuenta yardas de caballería al galope de donde yo estaba.

Algunos cheyennes se habían metido en el río de un salto, y estaban usando la alta orilla como fortificación desde detrás de la cual cubrir la retirada por el centro de la gélida corriente de una gran masa de mujeres y niños. Me pareció ver a Mujer

Maíz y sus hijos entre ellos, pero el humo de los disparos era muy denso y cada vez se volvía más espeso, y cuando se despejó, el caballo de un soldado que había sido derribado con él montado me tapaba la línea de visión. Me distraje con la visión de las alforjas en las que la caballería normalmente llevaba su munición extra. Corrí hacia ellas, pero antes de llegar el animal se puso en pie y se alejó al galope sin jinete. Supongo que solo estaba aturdido. Sin embargo, el soldado no había salido tan bien librado. Estaba tumbado con la bota izquierda formando un ángulo extraño respecto a la pierna. Era un tipo joven, poco más que un muchacho, con un bigote incipiente. Nuestros ojos se cruzaron, y los suyos centellearon como si fueran ventanas detrás de las cuales alguien acabara de encender una antorcha. Pero aquel efecto era producto de la muerte, y no del reconocimiento, pues al momento siguiente su cabeza se inclinó hacia delante mostrando la parte de atrás del cráneo abierta como una naranja. El cheyenne que lo había hecho, utilizando una porra de guerra de madera con una hoja triangular de hierro oxidado incrustada, cogió la carabina del chico y su cinturón de cartuchos y corrió hacia el río, aullando, pero recibió lo suyo cuando saltaba sobre la orilla, vomitó sangre al mismo tiempo que alcanzaba el agua y por último se hundió en un revoltijo de espuma.

Las tropas ya habían llegado a la parte más baja del poblado, y el ruido parecía repentinamente distante, como si procediera de una pelea en la puerta de al lado. Pensé en volver a mi tienda y sacar los cartuchos de debajo de Osa Cavadora, pero sabía que los soldados no tardarían en dar la vuelta para hacer un barrido y que mi actividad podría atraerles hacia donde Rayo de Sol estaba oculta, así que corrí entre los otros tipis, y fue entonces cuando vi el cuerpo robusto de Caldero Negro, caído junto a la puerta de su tienda. Había firmado su último tratado. Primero Sand Creek y ahora esto. Su esposa estaba cerca, todavía moribunda.

Vieja Tienda, pensé: tengo que encontrarle. Estaría indefenso, sin hijos y ciego. Así que volví sobre mis pasos, pues su tipi estaba cerca del mío, y de camino pasé junto a numerosos indios muertos. Un guerrero herido que no conocía casi me dispara, pero cayó antes de poder tensar el arco. El incidente me hizo pensar en mi apariencia. No me había limpiado la pintura negra del día anterior de la cara —te mantiene caliente la nariz y las mejillas en invierno—, pero parte de ella debía de haberse raspado con las actividades que había realizado desde entonces. Aparte de eso, mi pelo estaba completamente expuesto. Bueno, de momento no sabía qué hacer al respecto.

Me lancé a través de la entrada del tipi de Vieja Tienda. Sí, allí estaba. Pero no le habían abandonado. Sus dos jóvenes esposas intentaban hacer que huyera. Una llevaba un niño atado a la espalda. La otra estaba especialmente nerviosa, y se lanzó sobre mí automáticamente con un cuchillo de carnicero, aunque me había visto muchas veces.

La contuve con la boca de mi rifle vacío, y dije:

—Vosotras escapad. Yo ayudaré al Abuelo.

—Pues mátame a mí también —chilló Tassel Woman, que tenía el cuchillo.

—¡Huera, estúpida! —chillé, y echándome a un lado le di un zurriagazo en sus amplios cuartos traseros con la culata de mi Ballard—. Bajad al río.

Pareció recuperar en parte el sentido, y la otra, que llevaba al niño, dijo:

—Confío en ti —y se marcharon.

—Hijo mío —observó Vieja Tienda, de forma casual—. Siéntate a mi lado y fumaremos.

¿Se lo puede creer? El viejo se sentó sobre su piel de bisonte y empezó a llenar la pipa.

—Abuelo, ¿has perdido el juicio? Los casacas azules nos están aniquilando. Solo tenemos el tiempo que tarda un pájaro en volar para escondernos tras la orilla del río antes de que den la vuelta.

—Caldero Negro ha muerto —dijo—. Lo sé. Estoy ciego y no puedo luchar. Pero tampoco voy a huir. Si este es el día en que debo morir, quiero morir aquí, dentro de un círculo.

Bueno, por la firmeza con que tenía cerrada su arrugada y vieja mandíbula me di cuenta de que mis palabras no conseguirían conmoverle.

—Muy bien, encenderemos la pipa —dije. Echó la frente hacia delante, cogí el tallo de la pipa con mi mano izquierda, y con mi puño derecho le golpeé con todas mis fuerzas en el mentón. Mi mano quedó tan aturdida que no podía abrirla. Vieja Tienda, sin embargo, siguió ileso, allí sentado como una piedra.

—Te preocupas demasiado, hijo mío —dijo—. Tu mano resbala sobre la pipa. Dame la brasa. La encenderé yo mismo. Luego fumaremos, y tus preocupaciones se marcharán volando como el pequeño pájaro bisonte.

Pensé que nunca recuperaría el uso de mi mano derecha, así que le di un carbón incandescente con la izquierda. Para entonces, los disparos ya volvían en nuestra dirección. Lo que había intentado hacer con aquel golpe era dejarle inconsciente y llevarle al río. Ahora estaba pensando en tumbarle con la culata de mi rifle, pero era posible que su cabeza fuera aún más dura que su mandíbula, además de que estaba acolchada con aquel pelo áspero y espeso.

Sopló en la pipa y ofreció las nubes de humo habituales al este y el oeste, etc. Dios mío, pensé, sigue fiel hasta el final, es un indio hasta la médula. Ya sabe lo que uno piensa sobre los extranjeros, los salvajes y demás: que en caso de emergencia serán como uno mismo, hasta el punto incluso de hablar en inglés. Pero aquí era yo quien tenía que convertirme en cheyenne.

De la desesperación saqué elocuencia.

—El río forma parte del gran círculo de las aguas de la tierra —dije con la voz más chillona y aguda que podría imaginar, mimetizando el *falseto* de la oratoria cheyenne clásica. Pareció funcionar. Vieja Tienda se mostró atento y dejó la pipa.

—Las aguas sagradas fluyen a través del cuerpo de la tierra como la sangre corre dentro de un hombre y la savia dentro de un árbol. Todas las cosas se unen en esa

gran corriente. ¡Oh, Gran Espíritu Bisonte, escúchame! ¡Conduce a tus hijos a la seguridad junto al río!

No quiero que piense que en aquel momento me estaba burlando de nada. Métase en una batalla y ya verá las ganas de guasa que le quedan. No, entonces sentí la llamada. Puede que fuera el instinto predicador heredado de mi padre, pero me sentí exaltado.

No tanto, sin embargo, como para no ver que Vieja Tienda recogía un viejo mosquete que estaba tirado a su lado. Dios mío, pensé, este viejo chivo loco va a dispararme por intentar salvarle.

Entonces oí un ruido en la puerta y me di la vuelta, y allí vi a un soldado agazapado, introduciendo una pistola e intentando ver bajo la escasa luz.

—¡Bummm! —Nunca había oído un estampido como el que produjo el arma de Vieja Tienda. Debía de llevar carga doble para hacer tanto ruido, y para escupir humo y fuego hasta la mitad del círculo del tipi, y cuando la bala alcanzó al soldadito, le expulsó por la puerta como si fuera una muda de ropa sucia.

El jefe se levantó de donde había estado recostado con el cañón de cinco pies entre sus mocasines. Había apuntado por el sonido.

—Arráncale la cabellera, hijo —exclamó—. Luego seguiremos hablando del río. Tal vez vaya.

—Probablemente ya sea demasiado tarde —dije—. Ahora caerán como coyotes sobre un cadáver podrido. Ya no seguiré discutiendo contigo.

Le cogí del brazo y le puse en pie. No se resistió lo más mínimo. Supongo que había decidido ir. De lo contrario, no habría podido moverle, de eso estoy seguro. Abrí la cubierta del tipi con mi cuchillo y me preparé a conducirlo al exterior.

—Espera —dijo—. Debo coger mi fardo de medicina.

Era un hatillo pringoso de unos tres pies de largo envuelto en pellejos andrajosos. Su contenido era secreto, pero yo había echado un vistazo al de un cheyenne muerto antes de que se lo pusieran en el soporte fúnebre, y lo que contenía era un montón de plumas, una pata de búho, un silbato de hueso de ciervo, la polla seca de un bisonte, y basura por el estilo. Pero él indudablemente creía que su fuerza estaba unida a aquella porquería, y quién era yo para decirle que no. Lo mismo pasaba con Vieja Tienda. Saqué su fardo de entre un montón de lo que parecían desechos que había detrás de su cama.

Luego volvimos a salir.

—Espera —dijo el viejo—. Mi sombrero de guerra.

Desde que le conocía, nunca había llevado aquella prenda, porque creo que ya he dicho que a los jefes cheyennes no les gustan las exhibiciones: normalmente eran los hombres más sencillos que imaginarse pudiera. Él guardaba el suyo en una funda de cuero redonda que colgaba de un poste del tipi.

—Tal vez quieras verlo —sugirió—. Es muy bonito y me recuerda los días en que luchaba, cuando era joven.

Empezó a abrir la funda.

—En otro momento, abuelo —dije yo, echándomelo al hombro por el cordón de cuero.

En aquel momento, cierto número de carabinas empezaron a derramar plomo sobre el tipi; sonaba como si estuviéramos dentro de una colmena. ¿Nos marchamos entonces? No, Vieja Tienda tenía que coger antes su arco sagrado y su carcaj de flechas, y luego una manta especial, y por supuesto su cuerno de pólvora y su saco de cartuchos, y su pipa y su bolsa de tabaco. Cuando hube recogido toda aquella basura, la caballería de Estados Unidos ya cargaba sobre nuestra puerta.

Empecé a maldecir en inglés y a aullar en cheyenne, e intenté empujarle a través de la rendija que había abierto, pero fue inútil, pues siguió clavado como un árbol y se puso el resto de sus joyas: brazaletes, collares con garras de oso, una pechera de huesecitos, y todo eso.

Los soldados prendieron fuego a la parte delantera de la tienda. Supongo que fue entonces cuando empecé a llorar. No me importaba que me mataran, de hecho habría dado la bienvenida a la muerte si hubiera podido acabar con la tensa espera. Digo que lloraba; puede que me riera. Sea como fuere, estaba histérico.

—Ven, hijo mío —dijo—. No podemos quedarnos en este tipi todo el día. Los soldados van a quemarlo.

Así que al fin y al cabo fue él quien me llevó fuera, mis piernas deshechas como tubos de arena. Por supuesto, ni siquiera la caballería era tan estúpida como para atacar solo la puerta del tipi. También estaban en la parte de atrás. Salimos directamente para ser recibidos por tres soldados. Nos dispararon a quemarropa, tan cerca que no sé por qué nuestro pelo no ardió con el fognazo.

De lo único que puedo dar fe es de que fallaron, y mientras la pavorosa detonación seguía reverberando en mis torturados oídos, oí que Vieja Tienda decía:

—No les hagas caso, hijo mío. Ahora he visto que hoy no es nuestro día para morir.

Si posee una pizca de sentido común, no creerá el relato de cómo llegamos al río. Yo mismo no me lo creo. Pero entonces tendría que encontrar otra forma de explicarlo, pues aquí estoy yo a día de hoy, y por tanto debí de sobrevivir a la Batalla del Washita de 1868.

Vieja Tienda me dio su rifle y levantó el fardo de la medicina delante de sí con las dos manos y empezó a cantar. Entonces vi que los ojos de los soldados no estaban fijos sobre nosotros, y pasó a su lado mientras volvían a disparar sobre el jirón por el que habíamos salido. Oí que uno decía:

—Hemos acabado con todos ellos, chicos. Vamos a echar un vistazo.

Pero otro creía que deberían efectuar un par de descargas más, así que siguieron soltando plomo sobre el tipi vacío.

Vieja Tienda caminó lentamente en línea recta hacia el río, cantando y sujetando su fardo de medicina. Los soldados ya estaban por todas partes, la mayoría a pie pero

algunos todavía montados, pero de una u otra forma, a nosotros nos daba lo mismo. Caminamos entre ellos sin despertar su interés por la vista o por el oído, aunque la voz del jefe sonaba alta, yendo de un tono grave y gutural a un trino en *falseto*. Debíamos de ser lo nunca visto, incluso en un campamento cheyenne: primero, Vieja Tienda, sus ojos ciegos cerrados, y luego yo, con la cara a ronchas negras y el pelo, las perneras y la manta arenosos, cargado con toda aquella basura y dos rifles vacíos.

Nos aproximamos a la retaguardia de una hilera de combatientes que disparaban a los indios que defendían la orilla del río, ya que la acción se había trasladado corriente abajo desde donde los había visto por primera vez, mientras los cheyennes se retiraban lentamente. El grupo principal de mujeres y niños había desaparecido de la vista, aunque algunos rezagados vadeaban por aquí o por allá el frío Washita.

Bueno, hasta aquel momento se había mantenido bien erguido, y no sabía por qué no nos habían visto y abatido, excepto quizás porque la pura audacia del movimiento nos había vuelto invisibles a los soldados, pero ¿sería capaz de cruzar entre los combatientes y meternos en el fuego cruzado?

No solo sería capaz, sino que lo hizo, y pasamos ilesos aunque, como si fuera el acompañamiento de su canción, oí muchos silbidos de plomo alrededor de mis oídos. Pero ocurrió una cosa: los indios dejaron de disparar hasta que llegamos a la orilla. Ellos sí que nos vieron, y creo que eso fue lo único que impidió que quedara irremediadamente trastocado por aquella experiencia. Eso, y la impresión de zambullirme hasta la cintura en el agua gélida, que me hizo sentir como si me hubieran desollado desde la punta de los pies hasta el ombligo.

Una vez que Vieja Tienda y yo estuvimos en el Washita, los otros indios nos empujaron corriente abajo en pos de las mujeres y los niños. Alguien dijo:

—Abandonad el río en la gran curva, donde cubre por encima de la cabeza de orilla a orilla.

Supongo que me tomaron por el enfermero personal del jefe debido a su ceguera. Yo no estaba decidido a irme, dado que Rayo de Sol y Lucero del Alba seguían escondidos bajo las mantas de nuestro tipi, por lo que yo sabía. Pero no podía hacer nada por ellos. Los soldados ya habían tomado posesión del poblado y estaban reuniendo a las mujeres y los niños que ni se habían resistido ni habían huido. Sin duda pronto descubrirían a los míos y los añadirían a los cautivos, y lo único que conseguiría intentando liberarles a estas alturas sería hacer que me ejecutaran como renegado, si es que no me abatían antes de que pudiera identificarme.

Así que el jefe y yo seguimos vadeando el río, y ahora era yo quien le conducía más que al revés, como había sido hasta aquel momento, pues al entrar en el agua había despertado de su sueño de medicina y ahora era un viejo ciego. Aquello era típico de su carácter, ahora que lo peor del peligro había pasado temporalmente. Daba lo mejor de sí mismo cuando se enfrentaba a una amenaza. Bajo la orilla, quedábamos fuera de la línea de fuego, y avanzamos a buen paso, aunque al cabo de un rato de estar en aquel elemento gélido mi cuerpo parecía de piedra.

Vadeamos durante tres cuartos de milla hasta alcanzar a las mujeres y los niños que habían salido antes, ya que a ellos les retrasaban los niños pequeños, a algunos de los cuales les cubría hasta el cuello. Solté las basuras de Vieja Tienda, incluidos nuestros rifles, y agarrando a un niño pequeño me lo eché al hombro. Así recorrimos otra milla hasta llegar a la curva en forma de herradura, y entonces todos salimos del agua para evitar la parte profunda, con la intención de atajar a través de la lengua de tierra y volver a entrar en el río más adelante.

El aire azotó ferozmente mis ropas mojadas. Deposité al niño en el suelo, y se reunió con su madre y los otros niños. Pero no habíamos avanzado demasiado cuando la mujer se sentó y empezó a arrancarse tiras del vestido y a atarlas alrededor de los pies de su vástago, que supongo que estaba a punto de congelarse, aunque los niños no habían emitido ni un sonido.

Fue entonces cuando un grupo de la caballería alcanzó nuestra retaguardia. Más tarde supe que era el destacamento comandado por el comandante Joel Elliot, a quien Custer envió corriente abajo para atacar a una gran concentración de cheyennes en la orilla sur, más abajo de nuestro grupo familiar. Con nosotros venían tres guerreros armados, que viajaban como guardias. Un hombre llamado Little Rock, que tenía un mosquete, se detuvo y disparó a un caballo sobre el que iba montado un soldado, y al instante, él mismo cayó muerto por el fuego de respuesta.

Las mujeres y los niños corrieron de regreso al río, y yo fui con ellos. Hubo un momento, cuando cayó Little Rock, en que pensé que debería recoger su arma y desempeñar un papel viril, pero uno de los dos guerreros restantes se me adelantó.

Bueno, casi todas las mujeres y los niños ya estaban en el agua, más allá de la curva, y Vieja Tienda y yo estábamos bajando por la empinada pendiente para unirnos a ellos cuando un hombre gritó desde lo alto:

—Podéis volver. Los hemos rodeado.

Así que empujé a Vieja Tienda para que volviera a subir, y parecía más ligero de mover que cuando iba pendiente abajo.

Ofreciéndome su fardo de medicina, me dijo muy animado:

—Dame mi rifle. Quiero matar algunos soldados antes de que los jóvenes acaben con todos.

—Lo dejé allí —dije, y aproveché la oportunidad para escabullirme. A partir de entonces había muchas mujeres que podían ayudarle, y un gran grupo de cheyennes subía corriendo desde el sur, mientras que otros se habían interpuesto entre el destacamento de caballería y el río, empujándoles a las hierbas altas del promontorio en dirección a los riscos.

El soldado descabalgado por el disparo de Little Rock se había parado antes para tomar cautiva a la mujer que estaba vendando los pies de sus hijos. Se rezagó hasta que quedó rodeado. Vi cómo una turba le avasallaba, y cuando los indios se dispersaron, yacía desnudo y rojo sobre la nieve pisoteada.

Las fuerzas de Elliot desmontaron y dejaron marchar sus caballos, que corrieron

salvajemente valle abajo. Los soldados se tumbaron entre las hierbas altas, donde quedaron ocultos excepto por el humo de sus carabinas. Dispararon sin tregua, pero asustados y sin apuntar, y la mayor parte de los disparos fueron directos al cielo invernal. Cuando los indios lo vieron, no se molestaron en seguir arrastrándose, sino que los que iban montados se lanzaron al galope y empezaron a matarlos como si fueran pollos, y las mujeres y los niños vinieron a mirar. El combate tal vez durase veinte minutos, y al final solo se podía ver el enjambre de espaldas cheyennes que se inclinaban para dar el golpe de gracia.

No sé si alguna vez habrá visto una matanza en invierno. No es agradable en ninguna estación, pero con el frío, la sangre no tarda en congelarse y el cuerpo se queda rígido antes de que uno se dé cuenta. Si esperas demasiado, tienes que romper los brazos para quitarle la camisa al cadáver.

Lo menciono no por ser macabro, sino para explicar el motivo por el que tenía prisa por llegar a la hierba: necesitaba uno de esos uniformes. Había cuarenta y cinco indios y solo quince cadáveres para compartir entre todos ellos. Tuve suerte: tropecé con Oso Más Joven, arrodillado y dándole al cuchillo. En aquel momento me di cuenta de que había sido uno de los tres primeros guerreros que se habían lanzado a caballo entre los soldados. Llevaba un gran sombrero de guerra que no había reconocido. La manga izquierda de su camisa estaba enrojecida y las gotas de sangre goteaban del extremo sobre la nariz y los labios del cadáver que estaba descabellando. También sudaba profusamente, pues imagino que su cuchillo estaba romo y que el brazo izquierdo no tenía fuerzas para arrancar el pelo mientras cortaba la piel.

Sin embargo, estaba muy tranquilo. Se fijó en mi pernera a su lado y dijo, sin levantar la mirada:

—Tú tira mientras yo corto.

Así lo hice. Me arrodillé y sujeté los rizos castaño claro y finos del hombre blanco muerto. Me pareció que era muy joven. Su boca estaba torcida en una mueca como en un grito silencioso. Intenté no fijarme en él, pues podría haber sido alguien que hubiera conocido, y no había nada personal en lo que estaba haciendo. Así que por fin se le soltó la tapa de los sesos y agradecí a Oso Más Joven que me la quitara de las manos rápidamente.

—Vi cómo cargabas antes para dar un *coup* —dije—. Has sido muy valiente.

Oso se secó el sudor de la frente y dejó una gran mancha de sangre en su lugar. Suspiró y se encogió de hombros, pero estaba complacido. Me ofreció su cuchillo y dijo, como uno podría decir a un invitado sentado ante un pavo asado:

—Cógete algo para ti. En la mano izquierda lleva un anillo muy bonito.

—Bueno —dije—, me vendrían bien la camisa y los pantalones.

Oso Más Joven hizo un gesto como diciendo que invitaba la casa, y yo saqué el uniforme y las botas al soldado, y luego descubrí su sombrero cerca. Me metí el fardo bajo el brazo, y Oso volvió a trabajar. El soldado se quedó en paños menores. Sin

saberlo, me había hecho un favor, y pensé que intentaría devolvérselo, aunque puede que tampoco llegara a saberlo nunca.

Dije a Oso:

—Será mejor que te vendas el brazo antes de que te mueras desangrado.

Miró como si lo notara por vez primera, tocó el músculo y frunció el ceño.

—Vamos —dije—, ¿dónde está tu potro?

Entonces vi su caballo un poco apartado, y, ¿quién sujetaba pacientemente su brida, sino Olga? Con ella estaba el pequeño Gus, observando cómo los otros indios exhibían sus trofeos sanguinolentos. Tenía un pequeño cuchillo de madera y lo blandía en un descabellamiento imaginario. Imagino que le habría gustado cortar de verdad con él, pero Olga le estaba sujetando con el otro brazo, eso hay que reconocérselo.

Oso se tomó un minuto más para hacer algo que le aseguro que no me quedé mirando, y luego se levantó.

—Muy bien —dijo—. Me voy y tú te puedes quedar con el resto. Gracias por tu ayuda.

Extendió la mano hacia mí, y yo la tomé... y me la quedé, pues no era la suya, sino la mano derecha del soldado, que había cortado y metido dentro de su manga, encogiéndolo su propio brazo.

—¡Ja, ja, ja! —se rio—. ¡Buena broma!

Todavía estaba riéndose cuando se fue con Olga, llevándose la cabellera y arrastrando aquellos calzones largos como si fueran una piel humana.

Ahora tenía que ponerme el uniforme, una idea espeluznante, pues tan pronto como lo llevara encima, sería un extraño para los indios, pero no podía volver al poblado vestido de otra manera. Mi intención, por supuesto, era buscar a Rayo de Sol y el niño. Ya los habrían hecho prisioneros. Vestido con las ropas azules, podría acceder a ellos, y en el desorden de la batalla, podríamos escapar a las colinas. Nadie cuestionaría a un soldado que llevara a una mujer india con un niño a la espalda.

Tras concluir la matanza entre las hierbas altas, los cheyennes empezaron a desplazarse corriente abajo una vez más. Vi a Vieja Tienda entre ellos, conducido por una mujer... no, era Pequeño Caballo, que al fin y al cabo era su propio hijo. Así era como debía ser. Yo había hecho mi trabajo y tenía mi propia familia de la que ocuparme.

Los disparos se habían extinguido, excepto algunas ráfagas dispersas por todo el valle, y el humo que ahora se elevaba sobre el campamento procedía de la quema de las tiendas. Nuestra gente se dirigía a los otros poblados a lo largo de la parte sur del Washita. Dudaba de que los soldados fueran a insistir en esa dirección, pues ya era por la tarde, y sobre los riscos al otro lado del río podía ver un grupo de indios montados que supongo que habían subido desde los campamentos río abajo para oponerse a su avance. Había mil quinientas tiendas en aquel valle, de las cuales apenas más de cincuenta estaban en el poblado de Caldero Negro y Vieja Tienda.

Pero los otros campamentos estaban desperdigados de forma discontinua a lo largo de diez millas. Creo que fue en el Washita donde los indios aprendieron una lección sobre cómo colocar los poblados, pues ocho años más tarde, en Little Bighorn, no dejaron espacio entre sus círculos de tipis para que Custer pasara a través.

George Armstrong Custer. En aquel momento de mi vida no había oído hablar de él, aunque tengo entendido que ya se había ganado un nombre en la Rebelión. Una cosa que tal vez no sepa es que los indios casi nunca sabían quién les había atacado hasta que terminaba la batalla, y a veces ni siquiera entonces. Fíjese en lo que me había pasado a mí aquel día: solo había visto dos soldados de cerca, uno el que disparó contra el tipi de Vieja Tienda, y el otro, la víctima de Oso Más Joven. Habíamos sido atacados al alba por hombres blancos vestidos de azul. Nadie sabía quién los dirigía, ni le importaba. Luego, si se celebraba otro tratado de paz, era probable que el soldado-jefe estuviera presente, y que dijera como declaración de principios a los cheyennes:

—Recordaréis cómo os derroté en el Washita.

Y sería la primera noticia que los indios tenían al respecto.

Después llamarían a aquel hombre no por su nombre blanco, sino por algún rasgo peculiar de su apariencia en aquella ocasión. Por ejemplo, en años posteriores el general Crook fue Tres Estrellas; el general Miles, Abrigo de Oso; y al general Terry algunos le llamaban El Otro, supongo que porque se quedaron sin nombres.

Cuando conocieron a Custer, los cheyennes y sus aliados le llamaron Pelo Largo, pero creo que el 99 por ciento de los individuos de la tribu no le habrían reconocido vestido con ropa de desfile al frente de sus tropas; y ni siquiera los jefes con quienes celebraba consejo le habrían reconocido con el pelo corto. Esa circunstancia se daría en el futuro.

De momento, allí estaba yo, siguiendo a mis camaradas indios mientras avanzaban río abajo por el Washita. Nunca había oído hablar de Custer, pero la insignia metálica de aquel soldado muerto me decía que estaba destinado en la Compañía G, del Séptimo de Caballería. ¿Y si tropezaba con otros tipos de la misma compañía? La arranqué del sombrero y la tiré. Luego, con el cuchillo, abrí un agujero donde había estado la insignia, como si la hubiera volado una bala.

Pero todavía tenía que ponerme el uniforme, aunque los otros indios que habían desnudado a los soldados se habían puesto algunos artículos obtenidos en su saqueo, aquí un guerrero llevaba una chaqueta de sargento, allá un niño una camisa de franela gris del Ejército puesta como si fuera un vestido, y tal vez una mujer con una prenda de ropa interior de lana sobre su piel de ciervo.

Por fin llegamos a donde el terreno se elevaba y me paré como si quisiera apretarme los cordones del mocasín, hasta que el último de los cheyennes desapareció sobre el montículo. Luego me arrastré doscientas yardas entre la nieve apelmazada de hierba, me levanté, me orienté, vi la ruta despejada hacia la orilla del río y la tomé, zambulléndome una vez más en el gélido Washita, que en aquel punto me llegaba

hasta el mentón. Apenas pude mantener el uniforme sobre la corriente, pero seguía seco cuando llegué al otro lado, y aunque solo fuera por entrar en calor, me alegré de cambiarlo por la piel de ciervo que se quedaba rígida de frío con cada paso.

También me acordé de restregarme el negro de la cara; lo que me dejé parecería consecuencia natural del hollín de la batalla. Como podría suponer, las ropas eran demasiado grandes. En el Ejército se llevaban los pantalones y las camisas voluminosos, sí, pero la chaqueta de la caballería era ceñida. Tendría que llevarla sin abotonar para disimular la situación, a pesar del frío. Mis pies tenían espacio para moverse con independencia dentro de las botas, y el sombrero me quedaba bastante flojo incluso con una cinta metida debajo.

Pero estaba listo, y asomé la cabeza sobre el macizo de arbustos que había utilizado como vestidor. Me encontré mirando directamente a un guerrero cheyenne a unas veinte yardas de distancia. Lanzó una flecha hacia mí antes de que pudiera parpadear. Pareció que la flecha avanzara lentamente a través de la atmósfera, y el único problema fue que yo la esquivaba a la misma velocidad, como si estuviera sumergido en un barril de melaza. La cabeza de hierro triangular, con sus bordes afilados, sentía afecto por mi nariz y la seguía donde quiera que yo dirigiese aquel rasgo de mi semblante. Quiero decir que eso era lo que parecía. Parecía que yo no paraba de hacer cabriolas, y que la flecha, adiestrada, seguía todas mis contorsiones a media pulgada de mis nupias. En realidad, lo que quiera que ocurriese solo duró un instante, pasado el cual la flecha desapareció, el cheyenne estuvo boca abajo y muerto, y un cabo de la caballería se acercó cabalgando con un arma humeante.

—Dios mío —dijo—, menudo sitio para ponerse a plantar un pino. —Que es lo que se pensó que había estado haciendo entre los arbustos, y qué iba a hacer yo excepto sonreírle—. Sube —dijo, señalando los cuartos traseros de su caballo—. ¿No te duele?

Entonces vi, por el rabillo del ojo, que la flecha se había alojado en el ala de mi sombrero, tan cerca de mi sien derecha como era posible que estuviera sin llegar a arrancarme la piel. Desde el punto de vista del soldado, con las plumas por delante y la cabeza por detrás, debía de parecer que mi cráneo estaba atravesado. La tiré y monté detrás de él, y volvimos al poblado.

Entramos entre los tipis del extremo inferior del campamento, y el soldado llegó trotando hasta un grupito de figuras vestidas de azul. Desmontamos, y el soldado saludó a un hombre.

—Señor —dijo—, he explorado el...

—Un momento —le interrumpió el oficial a quien se había dirigido, y se volvió hacia mí. Yo estaba apartado, intentando orientarme, pues había soldados corriendo por aquí y por allá, saqueando los tipis, reuniendo en un solo grupo a las mujeres y los niños cheyennes, y conduciendo potros cautivos. Apenas reconocía el sitio donde había vivido durante semanas.

—Soldado —ordenó el oficial—, venga aquí.

Vi que se refería a mí, así que me acerqué a él. Era un tipo bien parecido, alto y bien proporcionado, y recuerdo que el cuello de su camisa de franela azul estaba bordado con dos estrellas de oro en cada punta. Lucía un bigote amarillo y el pelo rubio le caía largo por la espalda, sus rizos apenas dejando a la vista los hombros.

Sus ojos eran de un azul gélido, y estaban bajo cejas tan pálidas que solo eran visibles por lo pobladas que estaban. Con una voz que fue como el grano raspando una tabla, dijo:

—¡Abróchese esa chaqueta!

Lo hice.

—Considérese bajo arresto —dijo—. Dele el nombre al sargento de guardia.

El soldado que me había recogido me hizo otro favor.

—Si al general le complace —dijo el soldado—, he encontrado a este hombre entre los matorrales y he tenido que matar a un injun para salvarle. Al pobre diablo le han dado con una flecha en la cabeza, y creo que ha perdido la chaveta.

No necesitaba más indicaciones. Tumbé la cara de lado y miré con los ojos desorbitados, mientras dejaba colgar la lengua.

Un espasmo de impaciencia recorrió la cara del general.

—Bueno, pues sáquele de aquí —dijo—. Esto es un cuartel general de campaña, no el laboratorio de un alienista.

—Ahora —dijo mi benefactor—, si el general desea oír el informe de mi exploración...

—No, no pienso hacerlo —respondió el oficial—. No puede tener mucho valor si en lugar de observar la disposición del enemigo estaba rescatando a lunáticos. —Nos dio la espalda, y dijo a los otros—: He decidido matar a los potros capturados.

Uno de los oficiales era un hombre grueso de aspecto paternal con la cabeza cubierta de pelo completamente blanco que asomaba bajo su sombrero. Le vi mirarme ligeramente divertido, como si supiera de qué iba aquello. Pero cuando oyó lo que decía el general, pareció muy alterado y empezó a protestar.

—Esa manada tiene ochocientos potros —dijo—. ¿No sería mejor que guardáramos nuestra munición para...?

—He decidido fusilarlos —dijo el general—, y no necesito sus sugerencias sobre este tema, Benteen.

Benteen le miró con desprecio sin disimular. Luego, con tono benévolo, se dirigió al cabo, que seguía en pie a mi lado:

—Será mejor que reúna un destacamento de quince hombre y vaya a ejecutar a nuestros prisioneros cuadrúpedos. Si se quedan sin munición, pueden subir a los riscos y pedírsela prestada a los cheyennes.

El cabo le saludó, y yo también, y juro que me guiñó un ojo. Sin embargo, el general no lo vio, pues paseaba vigorosamente arriba y abajo con sus preciosas botas, ordenando cosas a diversos oficiales y hombres, y uno de ellos debía de ser el director de la banda, pues al poco el grupo empezó a tocar.

Cuando habíamos avanzado un rato a pie, el cabo dijo:

—Pensaba que sabías que no puedes dejar que Culo Duro Custer te pille con la chaqueta abierta. Es un auténtico hijo de perra, ¿verdad? Maldita sea, pagaría al cheyenne que fuera capaz de meterle una bala en su corazón de lata.

—Pero ese Benteen no es malo —dije yo.

—¿Que no es malo? —exclamó el cabo, furioso por mi moderada observación—. Conozco gente en su compañía que te daría de azotes si no dices que es el mejor oficial que jamás ha cabalgado en la maldita Caballería de los Estados Unidos.

—Eso era lo que quería decir —dije yo. En realidad, por entonces estaba buscando la manera de escabullirme y llegar al sitio donde habían reunido a los prisioneros.

—¿Has visto cómo ha mirado a Custer? Le importa un rábano, te lo digo yo. No se puede luchar contra el rango, pero tampoco hace falta lamerle el culo, y el coronel no lo hace. Ahora mismo está preocupado por el comandante Elliot. Culo Duro no quiere mandar una patrulla a buscarle. Eso era lo que yo estaba haciendo en realidad cuando tropecé contigo. ¿Tú le has visto?

—No —dije. Fue entonces cuando me di cuenta de que probablemente fueran Elliot y sus hombres los que habían sido aniquilados por los cheyennes en la hierba al otro lado del río. Había sido listo al arrancar la insignia de mi sombrero.

—Benteen y Elliot sirvieron juntos en la Guerra —dijo—. Bueno, tenemos que ponernos a fusilar a esos caballos. Será mejor que te busques una carabina y des gracias a tu suerte de que Custer no se fijó en que habías perdido la tuya. Te habría despellejado sobre la nieve.

—Me la dejé en el catre —dije, pues había aprendido algo de su jerga cuando estuve con los soldados después de la batalla del Solomon—. Voy a cogerla.

—Muy bien, y luego vuelve corriendo, porque te tengo vigilado —dijo, adoptando un estilo imperativo ahora que había trabajo que hacer. Así funciona el rango entre los blancos; había olvidado lo rápidamente que pueden cambiar las relaciones.

Tan pronto como puse algunos hombres y caballos entre él y yo, me dirigí al corral de los prisioneros, que descubrí que estaba formado por varios tipis que habían dejado en pie cerca del centro del campamento, dentro de los cuales habían recogido a las mujeres y los niños. Al acercarme, pude oírlos cantar el triste canto fúnebre de los cheyennes. Por supuesto, las tiendas estaban rodeadas por una guardia de soldados, y esperaba encontrar alguna dificultad para obtener acceso, pues no quería explicar cuáles eran mis intenciones.

Además, no quería que volviera a cogerme nadie y me pusiera a cumplir alguna misión especial. La reciente incomodidad que había sentido entre los indios al ser blanco no era nada comparada con lo que sentía ahora, avanzando pesadamente con aquellas botas enormes, con el sombrero sujeto únicamente por mis orejas, y la chaqueta separada de mi cuerpo como si fuera un tonel vacío.

Pero entonces recordé el número que había montado Vieja Tienda caminando a través de aquel fuego cruzado, que por cierto era la única vez que recordaba que su medicina hubiera funcionado contra los blancos. Había sido porque se había comportado con seguridad, y supongo que el hecho de ser ciego le había ayudado; no le distraía nada de lo que veía. Bueno, yo no cerré los ojos pero adopté un estado de concentración: me hinché para llenar el uniforme lo más posible, y caminé firme y enérgicamente hacia un sargento que estaba en pie a la puerta de uno de los tipis.

—El general Custer me envía a interrogar a los prisioneros —dije.

—Muy bien —contestó, y se apartó. Pero antes de que pudiera entrar, me agarró del codo y me metió el bigote en el oído.

—Escucha —me dijo—, si le hablas bien de mí a una de esas *squaws* jóvenes, te compensaré. O sea, como hablas indio, no te costará trabajo. Dile que cuando oscurezca salga y silbe junto a la puerta, y le daré un regalo.

Me dio una palmadita en el hombro, y entré.

La tienda estaba atestada de mujeres y niños cheyennes, demasiado llena para que nadie pudiera sentarse. Estaban en pie, mirándome, con las mantas cerradas, y muchas de las esposas se habían soltado las coletas para que su pelo colgase libre y pudiesen arrancárselo por la mañana. Algunas se habían hecho largos cortes en las mejillas por la misma razón, y el sube y baja del gemido de sus cánticos fúnebres no disminuyó con mi llegada. Pero cuando los niños más pequeños vieron mi uniforme, se agarraron a las piernas de sus madres y enterraron sus cabecitas morenas en las mantas.

Una mujer vieja lloraba con gemidos hiposos que acababan agotando su aire hasta que por fin boqueaba y lloraba en un tono distinto mientras aspiraba. Por fin, sus pulmones se llenaban y volvía a los sollozos decididos. Pasado un minuto o así, durante el cual no hablé, se interrumpió y me dijo:

—Vete y déjanos morir de pena.

Resultó que la declaración, aunque pudiera haber sido sincera a grandes rasgos, también tenía la intención concreta de discernir si sabía entender su idioma. Pues tan pronto como indiqué que sí, se agarró a la manga de mi chaqueta y volvió a gemir, pero alternándolo con lo siguiente.

—Soy la hermana de Caldero Negro. Le dije que sería castigado si no impedía que nuestros jóvenes atacaran a los blancos. Pero no quiso hacerme caso. «Cierra el pico, mujer estúpida», dijo. Bueno, ¿acaso me equivocaba? Caldero Negro ha muerto, igual que todos nuestros guerreros, y nosotras, que estamos indefensas, moriremos a manos de los soldados. Le dije que era malo hacer la guerra contra los hombres blancos, que siempre han sido nuestros amigos. Son un pueblo maravilloso, bueno y amable, y comprendo por qué han castigado a los perversos Seres Humanos. Pero nosotras las desvalidas no podemos hacer nada, y ahora debemos sufrir por nuestros hombres malos.

—Cállate, mujer estúpida —dije. La conocía, se llamaba Pelo Rojo^[65] aunque lo

tenía gris, y sinceramente nunca había oído decir que fuera hermana del jefe. No diré que fuera mentira, pero en caso contrario, era la única parte de verdad de toda su arenga. No la culpo, pues era un buen argumento, y creo que más tarde lo utilizó con el general Custer en persona con cierto éxito. Pero yo tenía cosas mejores que hacer.

En un instante, dejó de sollozar y dijo:

—¿Quieres una jovencita preciosa para que lleve la luna y las estrellas a tu tienda esta noche?

Todo el tiempo, por supuesto, había estado examinando las caras que me rodeaban, pero no vi a Rayo de Sol.

—No van a mataros —dije—, así que puedes dejar de decir tus dobles verdades. Si no estuvieras tan ocupada mintiendo, verías quién soy. Sabes que no soy un soldado. Solo he vuelto para ayudar a que el resto de nuestra gente baje a salvo por el río, y voy vestido así para poder pasar entre los casacas azules.

La vieja bruja me miró estrechando los ojos astutamente.

—Sí, sé quién eres. Pero creía que te habías vuelto traidor.

Esto es una traducción libre. Lo que dijo en realidad fue que pensaba que al ver la piel de los hombres blancos me había convertido en su perro.

—Estoy buscando a mi esposa y mi hijo, vieja, y quiero encontrarlos antes de que lleguen a tu edad, en la cual el cerebro se encoge, se convierte en polvo y se escapa por los agujeros de las orejas con el viento nocturno.

La vieja empezaba a disfrutar de la conversación, como suele ocurrirle a esa clase de arpías, y me contestó con dudas sobre mi virilidad, etc., como si estuviéramos bromeando en medio de una vida india normal a mil millas de la Caballería de los Estados Unidos, pues las mujeres cheyennes eran duras y se endurecían más con la edad. Era una vieja zorra encallecida, y si le hubiera dado un cuchillo habría rajado a aquel sargento cachondo desde el ombligo hasta el esternón, siempre que hubiera pensado que podía salirse con la suya. En el estado actual de las cosas, supongo que podría servirle de alcahueta. Duraría tanto como pudiera, y me quitaba el sombrero ante ella.

Sin embargo, no sabía qué había sido de Rayo de Sol. La busqué en los otros tipis de prisioneros con el mismo resultado, y luego, con una terrible aprensión aferrándose a mis entrañas, subí al extremo superior del poblado, donde estaba mi tienda. Pero allí no había nada, salvo las cenizas de nuestro fuego, una tira o dos de piel de ciervo, un poco de pelo de bisonte y cosas así. Los soldados habían derribado todos los tipis y los habían quemado, con todo lo que había quedado después del saqueo, en un gran fuego sobre las orillas del Washita, cuyo humo había visto antes. A estas alturas dicho fuego había quedado reducido a una masa humeante de gris y negro, y la nieve se derretía alrededor en un gran círculo amarillo.

En la pradera, habían empezado a fusilar a ochocientos potros, y era un auténtico desastre, pues algunos de los individuos del pelotón de ejecución se debían de haber excitado al ver cómo los animales sanguinolentos retrocedían, tosían y se daban

patadas en la tripa unos a otros cuando el plomo los quemaba por dentro. Muy pronto las balas empezaron a volar por el campamento, y llegaron juramentos de las tropas al otro lado. Supongo que se quejaron a Custer, pues le vi pasar a caballo con un oficial que intentaba hablar con su tiesa espalda, pero como de costumbre, no le escuchaba, y lo que hizo cuando llegó a la manada fue despachar a un par de potros con su propia arma, supongo que para demostrarles cómo había que hacerlo.

La banda seguía tocando. A continuación, fui donde estaban cavando una trinchera para enterrar a los indios que habían muerto en el campamento. Los cuerpos estaban puestos en línea unos al lado de los otros, todavía vestidos excepto por los artículos más pequeños, que se habían convertido en recuerdos: collares y semejantes. Muy pocos habían sido descabellados, y no vi ninguna mutilación. Eso hay que decirlo: aquello no era Sand Creek y estos soldados eran regulares, no voluntarios; los combatientes profesionales siempre son menos sanguinarios que los aficionados.

Vi a Caldero Negro de nuevo; su medalla de plata había desaparecido. Y entonces vi a la joven Wunhai, y vi a Osa Cavadora... Puede que hubiera setenta y ocho cadáveres, e imaginaba que habría más entre los matorrales y los árboles que no se habían tomado la molestia de buscar, y además los indios de río abajo debían de haber recuperado algunos más.

Mujer Maíz y sus hijos y el pequeño Rana debían de haber escapado por el Washita; no estaban allí. Pero ¿y Rayo de Sol y Lucero del Alba? Gracias a Dios, no pude encontrarlos entre los muertos; por otra parte, cuando fui a ayudar a Vieja Tienda, se habían quedado bajo las pieles de bison. Si hubieran entrado en el río en un momento posterior, los habría visto bajo la curva en forma de herradura.

Dejé aquel cementerio antes de que enterraran a Wunhai y Osa Cavadora y les echaran tierra encima. Recuerdo sentirme trastornado, hasta el punto de que si me hubiera quedado me habría tirado a la trinchera junto a ellos. Wunhai parecía un pajarito muerto, pero Osa Cavadora no había muerto tan fácilmente como yo había pensado... No quiero hablar de ello, pues tenía un gran aprecio a ambas mujeres. Puede que solo fueran indias, pero habían sido más y yo no les había servido de mucho.

Busqué por el bosque y busqué entre los arbustos. Encontré tres cuerpos, pero ninguno de ellos era el de Rayo de Sol. Llegué hasta debajo de los riscos y los cheyennes que estaban allí vigilando me vieron y empezaron a bajar, y tuve que salir por piernas. Había suficiente cantidad como para reconquistar el poblado, especialmente mientras las tropas se dedicaban a fusilar potros, quemar propiedades, amontonar prisioneras y todo eso, pero Custer sabía cómo poner a los indios a la defensiva. Era invierno, y había quemado sus pieles. Vivían a caballo, y había matado a sus caballos. Tenía cautivos a cincuenta de sus mujeres e hijos. Le observaban impotentes.

Tenían miedo de que fuera a por los campamentos que había a lo largo de la parte inferior del Washita, y él sabía que lo tenían, así que había decidido desplazarse en

esa dirección, de manera que al plantear una amenaza para los poblados corriente abajo, los mantuviera demasiado preocupados para contraatacar. Esto lo descubrí luego. Por el momento, de vuelta en el bosque, oí que las cornetas llamaban a reunión. Calculo que no había pasado más de media hora desde que el regimiento entero había empezado a desfilar río abajo, llevando consigo a los cautivos, montados en potros salvados de la matanza con ese fin, y naturalmente la banda tocaba a toda marcha.

Yo no salí de mi escondrijo ni para vitorearles ni para ver qué estaban haciendo. Era bastante fácil adivinarlo de oído. En un valle fluvial endurecido por el invierno, se puede oír un disparo a cinco millas de distancia. Piense hasta dónde llega una banda de metal. Los cheyennes habían abandonado los riscos, corriendo aterrados a buscar a sus familias. Custer tenía un don, desde luego. Todo lo que hacía transmitía un mensaje a las demás criaturas vivientes: Yo gano y tú pierdes.

Bueno, cuando sonó como si la retaguardia hubiera llegado a la curva en forma de herradura, volví donde había estado nuestro campamento. Antes de irse, el ejército también había derribado los tipis donde habían retenido a las cautivas y les había prendido fuego. Todavía ardían. Los cadáveres de ochocientos caballos yacían en la pradera, aquí y allá una pezuña todavía se sacudía. Debido al frío, aún no estaban lo bastante maduros para atraer a los carroñeros, aunque había visto tres coyotes acechando a media milla valle arriba, y a un cuervo o dos en lo alto de los álamos. El viento crudo de última hora de la tarde levantaba fragmentos negros de la pila de desechos junto a la orilla.

Custer también había fusilado a todos los perros que no habían huido con los indios, y sus cuerpecitos estaban desperdigados entre cartuchos vacíos, flechas y más desperdicios. Había abundante sangre salpicando la nieve y la tierra, y cuando estaba a la sombra, se congelaba en un rojo brillante. Solo permanecía húmeda y marrón cuando le daba la luz del sol.

De los varios centenares de almas que habían ocupado aquel lugar recientemente, yo era el único que seguía vivo. Me senté sobre la fría orilla del Washita. Aunque el río ya había visto correr la sangre con anterioridad, los derrames y filamentos rojos no duran mucho en una corriente, sino que se mezclan con el conjunto y siguen adelante, y en algún lugar a miles de millas de distancia, alguien beberá un poco de agua y sin saberlo ingerirá una partícula del jugo de la vida de otra persona. El sol caía tras una cordillera azulada de humo ribeteado de oro, como una faja colgada sobre el cielo occidental. Podría decirse que Custer lucía sus colores personales incluso en el horizonte.

Debo decir que no me quedé allí sentado, consumido por la autocompasión ni por la ira. Solo intenté entenderlo. Las circunstancias parecían desintegrarse a mi alrededor en cuanto conseguía aceptarlas. Tenía veintiséis años de edad, y sin embargo, como recordará, esta era la primera vez en mi vida que podía localizar el origen de mis problemas en un solo individuo.

Habría vivido en aquel campamento junto al Washita durante todo el invierno, y cuando hubiera salido la hierba nueva en primavera, habríamos roto el tratado y habríamos ido al norte, habríamos matado bisontes y pawnees de camino, y tal vez habríamos hecho otra cacería de antílopes si Vieja Tienda se hubiera sentido capaz y si el ferrocarril no hubiera espantado todas las piezas, y así habríamos seguido hasta el río Powder buscando pelea con los crows, y organizando cacerías de osos y recogiendo madera para postes en las montañas Bighorn. Y todo el tiempo habría tenido a cuatro mujeres atendiendo hasta mis menores deseos.

Consideraba al general Custer responsable de mi pérdida. Y todavía no sabía cuándo ni dónde lo haría, pero decidí matar a aquel hijo de perra.

CAPÍTULO 19

Ida y vuelta al Pacífico

¿Qué había sido de Rayo de Sol? Si no podía encontrar su cadáver, entonces tenía que haber escapado; probablemente esperó hasta que la caballería pasó de largo junto a la tienda, y luego se escabulló y llegó hasta los riscos. Era una mujer decidida y con recursos, y mejor que yo para esas cosas.

Los indios estaban más dotados mental y anímicamente que yo para aguantar una derrota semejante. Yo, por un lado, estaba decidido a matar a Custer; y por el otro, también había decidido que no podría volver a vivir con los cheyennes, por la sencilla razón de que no podría permitirme vivir otra masacre en el bando de los derrotados.

La oscuridad cayó mientras seguía sentado a orillas del Washita, planeando un asesinato. Hacía un frío monstruoso, y yo solo estaba cubierto por una camisa de franela y una chaqueta de la caballería. Los soldados se habían llevado todas las mantas y pieles que habían encontrado en el poblado, aparte de las que habían quemado, pues habían dejado los abrigos y macutos en el sitio donde habían iniciado la carga aquella mañana, y los cheyennes habían vuelto trazando un círculo y se habían llevado dichos artículos. Hablando de no tener armas, primero tenía que buscarme algo para cubrirme el pellejo o el frío acabaría conmigo antes de que pudiera apuñalar a Custer.

Así que me dirigí hacia lo que habían dejado de las tiendas donde habían reunido a las cautivas. Afortunadamente, un pedacito de piel de un tipi no se había quemado del todo. Apagué la parte que todavía estaba candente y me envolví con ella. Era piel de bison, a la que habían quitado el pelo, así que no me daba demasiado calor. No solo hacía frío, sino que la luna había salido y brillaba sobre un campo de cadáveres de potros, y los coyotes ya habían llegado hasta ellos. También vi la gran silueta fantasmal del lobo gris, una criatura terrible, y el ruido de sus colmillos desgarrando la carne inerte, y los gruñidos y los gemidos eran muy desagradables.

Tenía que encender un fuego, porque la visión de tanta carroña da confianza al lobo para atacar a criaturas vivas. Estaba rebuscando entre las cenizas de los tipis, intentando encontrar un ascua que todavía ardiese, cuando oí el sonido de caballos que venían desde más abajo del río. Custer se había jugado su farol, amenazando a los poblados que había en aquella dirección para que los indios huyeran sin atacarle. Luego se dio la vuelta y regresó.

Los lobos, los coyotes y yo desaparecimos. No sé dónde se metieron las alimañas. Yo me retiré a los matorrales y escuché, más que vi, a la columna de soldados a través del poblado arrasado. Luego, cuando la retaguardia hubo pasado, me dejé caer un cuarto de milla más atrás y los seguí a dicha distancia durante varias horas,

subiendo por el valle del Washita hasta donde finalmente acamparon. Oh, qué marcha tan fría y árida fue aquella para mí, la desolación sumándose a la temperatura. Mi único consuelo era que las tropas sufrían de forma parecida las inclemencias del tiempo. Pero ellos tenían camaradas en el padecimiento, mientras que mis más recientes compañeros estaban muertos o dispersos.

Pronto encendieron grandes fogatas que iluminaron el río. Bueno, pensé que podía cortar el cuello a Custer después de calentarme un poco las zancas. Es más, temblaba tanto que era dudoso que pudiera levantar el cuchillo si no lo hacía. Así que me colé a través de la valla y me pegué a la multitud que rodeaba uno de los fuegos.

Un soldado envuelto en una manta india dijo:

—¿No tienes manta?

Negué con la cabeza. El reflejo de las llamas aleteó en sus ojos llorosos.

—¡Qué gran idea de Culo Duro la de dejar atrás los abrigo y las mochilas! —dijo—. Imagino que le darán otra medalla por eso.

Un tipo que tenía a mi otro lado dijo:

—Estoy seguro de que él sí que ha conservado su abrigo y un cacho de beicon que su ordenanza estará friendo ahora mismo.

—La suerte de Custer, ¿eh? —esto lo dijo el tipo de ojos llorosos, y alguien dijo que se callara o Culo Duro le oiría.

—Que le den —dijo Ojos Llorosos—. ¿Qué va a hacer, ponerme a media ración?

El otro soldado dijo:

—Hará que caven un agujero en la nieve y te tirará dentro, muchacho.

—¿Sí? —pregunté yo, intentando parecer parte natural del grupo.

—¿Lo dudas? Debes de ser un recluta nuevo, o sabrías que eso mismo es lo que hizo en la campaña de hace un año, el verano pasado. Pregunta a Gilbert —e hizo un gesto hacia un soldado alto y delgado de nariz aguileña y grandes bigotes que se frotaba las finas manos en dirección al fuego. El hombre dijo:

—Sí, estábamos en campaña y no tenía calabozo. Algunos nos presentamos tarde al toque de corneta, así que hizo que cavaran un agujero en el suelo de treinta pies cuadrados y puede que quince de hondo, y nos metieron dentro y luego le pusieron tablones encima. Cuando le daba el sol hacía mucho calor, y éramos demasiados.

—Entonces Culo Duro se fue a ver a la parienta —dijo Ojo Llorosos—. En mitad de una campaña india. ¿Y sabes qué le pasó? Le suspendieron del mando un año entero, y volvió a Michigan y lo pasó pescando.

—Yo no le critico por volver con su mujer —dijo Gilbert—, por más que le odie, porque es un bomboncito.

—¿Ah, sí? —dije yo. Ya había entrado en calor y empezaba a urdir mi plan.

—Oh, sí. ¿Nunca has visto a la señora Custer? Cuando la veas te pondrás a aullar y te echarás al suelo y empezarás a lamer la tierra, muchacho, y esa noche te acostarás con doña Rosa Palma y sus cinco hermanas. Esa es la diferencia entre un general y un soldado. Eh, ¿quién quiere ir donde las prisioneras a buscar alguna vieja

squaw?

A partir de aquel momento la conversación degeneró, como puede imaginarse si sabe algo del ejército, y yo me separé y crucé el campamento. Si iba a asesinar a Custer, antes tenía que localizarle sin despertar sospechas, lo cual no era fácil, ya que había seiscientos o setecientos soldados presentes y yo no era lo bastante alto para ver por encima de la cabeza de nadie.

Los cautivos cheyennes tenían una zona y un par de pequeños fuegos para ellos, y ahora estaban echados sobre mantas encima del suelo, los niños abrazados a sus madres: nada impide que duerma un piel roja. Un poco más abajo estaban atados sus potros, con una amplia separación entre ellos y los caballos de la caballería, a quienes los animales indios ponían nerviosos.

Exploré a fondo aquel vivaque, que estaba muy extendido y bien iluminado por los enormes fuegos de madera de álamo. Con los hombres congelados, cansados y hambrientos, cincuenta indios podrían haber hecho una matanza. Pero la tribu había sido derrotada y engañada, y además nunca peleaban de noche. Custer podría haber retirado todos sus guardias. Solo había un enemigo activo acechando en la zona.

Era yo, y mediante un proceso de eliminación, acabé encontrando a Custer. Los oficiales habían instalado su fuego al pie de un pequeño promontorio, pero el general no estaba allí, sino solo en lo alto de la leve pendiente. Tenía su propia hoguera, y estaba sentado en el suelo, al lado de ella, escribiendo bajo su luz amarillenta. De vez en cuando su ordenanza, que hacía las labores de un criado, se acercaba para echar otro tronco a las llamas, tronco que le proporcionaba un destacamento de pobres desgraciados que se pasaba toda la noche cortando madera en el bosque y llevándola al campamento.

Así que en uno de sus viajes de carga, me uní a estos y les ayudé a amontonar leña, cosa que no cuestionaron, y esperé que el ayudante de Custer volviera a por más, lo cual por fin hizo cuando casi tenía la espalda rota.

—¿Cómo está el general? —dije. Debo aclarar que la gente que adopta ese trabajo tiene la personalidad que requiere el cargo. El ordenanza ayuda a vestirse a su señor, le sirve la comida, y le vacía la letrina, y por lo que yo sé, podría hasta limpiarle el culo. Pero su apetito queda saciado lamiendo el culo a un solo hombre, y con todos los demás es especialmente petulante.

—No te preocupes por eso —dijo—. Limítate a darme dos de esos troncos de tamaño medio.

—Estaba pensando que debe de estar cansadísimo.

Se rio despectivamente.

—No verás el día en que el general no pueda agotar a cualquier hombre de este ejército. Si ha acampado ahora ha sido por vosotros. Él no necesita dormir ni comer. Aniquilar a una tribu de indios solo le abre el apetito para ir a por otra.

—Veo que está escribiendo algo —dije.

—Sí —dijo el ayudante—. Una carta para su señora. Le escribe casi todos los

días.

En aquella época no había buzones en las llanuras, así que cuando Custer mandaba sus cartas tenía que enviar a un explorador a través de un par de cientos de millas de tierra salvaje. Cada cosa que averiguaba sobre aquel hombre me pinchaba como una púa de cactus.

Pero cuando creí que ya me había ganado la confianza de aquel gusano, de pronto se paró y me miró entrecerrando los ojos con desconfianza.

—Oye, ¿no querrás quitarme el trabajo?

—Ni soñarlo —me apresuré a decir—. No, señor, reconozco que soy demasiado bruto para hacerlo. Pero es que los héroes me fascinan. Supongo que debe de ser porque yo soy un poco cobarde. Casi me meo en los pantalones en la carga de esta mañana, y lo único que lo impidió fue ver al general allí delante, su pelo flotando al viento y su brazo indicándonos que avanzáramos.

Puse una mirada lacrimógena y mansa, y él se la tragó.

—Bueno —dijo—, ¿quieres llevarle esta leña en mi lugar? No creo que pase nada porque vayas hasta el pie de la loma, desde donde puedes verle. Y ese favor no se lo haría al resto de esta escoria.

—Escucha —dije yo, apretando los dientes con un sentimiento muy distinto del que él interpretó—, para mí subir allí y echar la leña al fuego al lado de ese noble individuo vale un mes de paga.

Al principio la sugerencia le escandalizó, pero pasado un rato de charla, y cuando hube firmado un pagaré con nombre falso, comprometiéndome a darle más de trece dólares el próximo día de paga, que es lo que un soldado ganaba al mes, obtuve el privilegio de llevar la madera solo hasta lo alto del montículo, echarla al fuego, y volver de inmediato.

Salimos hacia el promontorio, y al llegar al pie, él se quedó allí y yo subí la pendiente con mis dos troncos. Aquellos soldados quejosos se habían equivocado: Custer no llevaba abrigo, e incluso había dejado el sombrero al lado y se había aflojado el cuello de la camisa. Claro, que estaba pegadito al fuego. Su pelo y su bigote estaban dorados por la luz. No levantó la mirada del papel, apoyado en un libro de órdenes que cubría con línea tras línea de fluida escritura. Mojaba su pluma ocasionalmente en un frasquito de tinta, y luego arrojaba las siseantes gotas sobrantes a las llamas.

Metí un tronco entre las ascuas, dando la espalda al ordenanza que estaba al pie de la pendiente, de manera que no viera que mi otra mano se metía debajo de la chaqueta y llegaba hasta la empuñadura de mi cuchillo. Se levantaron algunas chispas en el chorro de humo rosáceo que se dirigía al negro cielo abierto. Custer no levantó la cabeza, pues para hacerlo habría tenido que cambiar el ángulo con el que su noble perfil recibía la luz. Su postura era muy parecida a la que había adoptado cuando recorría el campamento cheyenne aquella mañana. Entonces era un «general sobre el terreno»; ahora era un «soldado al final del día».

Es curioso cómo un hombre de la personalidad de Custer puede influir a su presunto asesino, pero me vi a mí mismo en diversas imágenes: el cuchillo alzado sobre el desprevenido general, él con su halo de rizos dorados, yo con los dientes desnudos, y así a lo largo de toda una serie de cuadros que terminaba con «Asesino rodeado».

¿Quién sabe cuánto tiempo perdí con aquellas visiones infantiles? Si uno tiene la intención de matar, es mejor que se deje la imaginación en casa. La realidad debería bastar, al menos si uno es blanco.

Pues lo que pasó fue que Custer habló.

Todavía con la plumilla garabateando y los ojos pegados al papel, dijo:

—Tomaré una taza de café.

Puede que lo que pasara fuera que sencillamente en aquel momento perdí el valor; tal vez nunca tuviera estómago para matar a un hombre a sangre fría, pero lo que siempre he pensado que ocurrió fue que la confianza que mostró la voz de Custer fue lo que salvó su vida y cambió el curso de la historia. Llámeme cobarde, pero no podía abrirle la garganta a un hombre mientras estaba escribiendo a su esposa y preparándose para beber un café.

Así que el asesino contestó servilmente:

—Sí, señor.

Y bajó del promontorio hasta donde le esperaba el ordenanza.

—Sube corriendo —dije—. El general quiere que le des un baño.

No creo que haga falta que le explique cada paso de mi camino cuando abandoné el Séptimo de Caballería, pues me marché aquella misma noche, en mitad del invierno, y partí solo a través del bosque. No tuve más remedio. No había olvidado mi decisión. Mataría a Custer en algún momento, pero antes tenía que alejarme de él algún tiempo. Tampoco podía soportar estar en las cercanías de los cheyennes cautivos. Y continuar río abajo hasta alcanzar a los indios todavía libres era igualmente impensable. Estaba harto, hasta las narices.

Volvería a las colonias y conseguiría algo de dinero, no me importaba cómo o dónde, y me compraría una levita, un chaleco brocado y un revólver con culata de nácar. Y así vestido, un buen día me encontraría con el general Custer paseando con su señora por las calles de alguna ciudad, como por ejemplo Topeka, o Kansas City, pues sabía que le gustaban estas ciudades. Oh, había averiguado más cosas sobre él de lo que he dicho: le gustaban los buenos restaurantes y los teatros, se conocía incluso Nueva York como la palma de su mano; eso decía su ayudante.

—Mis cumplidos para su señora, caballero —diría, y entonces le pediría hablar en privado, y él se haría a un lado mientras su preciosa señora se quedaba posando bajo el parasol. Entonces diría:

—Señor, es usted un hijo de perra.

Y por supuesto, como caballero que es me exigiría una satisfacción, así que la siguiente escena estaba ambientada en una pradera al alba, nuestras espaldas pegadas, daba diez pasos hacia delante, me giraba, y disparaba, y entonces él estaba caído sobre el suelo, una mancha roja extendiéndose desde sus ojales bordados.

—Señor —me decía con su último aliento—, es usted más hombre que yo.

Entonces arrancaba una raíz fría del suelo congelado con un palo puntiagudo y la mordisqueaba, o me metía más hojas para aislarme del frío entre la camisa y la chaqueta, y seguía avanzando pesadamente. Pronto perdí la noción del tiempo. De hecho, perdí completamente la cabeza y no sé cómo pude sobrevivir. No veía más que una masa blanca, como si estuviera en medio de un desierto de algodón. Era la nieve, por supuesto, la ventisca. Pero no la recuerdo fría, pues había llegado al punto en que me afectaban más las texturas que la temperatura, y apenas podía reprimirme de tumbarme y quedarme dormido para siempre.

Supongo que por fin acabé doblegándome a la necesidad. Había estado desplazándome hacia el este, ya que llegué al Cimarrón y lo seguí: en el delirio, uno puede seguir prácticamente cualquier cosa que parezca que sabe adónde va. De modo que lo que hice fue cruzar el Territorio Indio horizontalmente en lugar de dirigirme al norte, a Kansas, que era lo que pretendía en principio, y supongo que había llegado al borde de la nación creek cuando me desplomé en una pradera blanca que parecía una cama enorme.

Cuando desperté, estaba en una cabaña de madera de los indios creek. El cabeza de familia había tropezado conmigo mientras cazaba y me había recogido, y aquella buena gente, él, su esposa y varios jovencitos, me habían cuidado y alimentado, y me habían dado ropas para sustituir el uniforme azul que ya estaba andrajoso. Los creeks eran pieles rojas de Georgia que habían sido derrotados por Andy Jackson, y poco después el gobierno federal les obligó a abandonar su país natal para ir a vivir al oeste de Arkansas, igual que hicieron los choctaws, los cherokees y otros. Pero eran tribus civilizadas, tenían cabañas de madera, llevaban ropas de estilo blanco, tenían cultivos, y antes de la guerra incluso habían poseído sus propios esclavos negros.

Me quedé con los creeks hasta la primavera del 69. Cuando me recuperé, cacé algo para pagar mi manutención, y les ayudé con las siembras de primavera, y aunque me alegré de poder echar una mano a aquella gente, me demostré que era un cheyenne en lo tocante a la granja.

En realidad, sin embargo, aquella vida civilizada en las naciones del este era más peligrosa de lo que uno podría pensar viendo sus pacíficas granjas. Aquella familia creek, al ver mi uniforme azul, me tomó por un desertor, algo habitual en las naciones.

Y les caí bien por ello, pues tenían viejas rencillas contra el ejército desde los tiempos de Jackson, y luego, durante la guerra, la mayoría de los creeks habían sido simpatizantes de los rebeldes. Lo cual es para mondarlo si tenemos en cuenta que les habían echado de Georgia. Pero lo que les gustaba del Sur era la esclavitud. En todo

caso, cuando terminó la Guerra, el gobierno federal los castigó, al igual que a los choctaws, los cherokees, etc., quitándoles la mitad occidental del Territorio Indio, que antes había pertenecido a las tribus, y convirtiéndola en reservas como las de los cheyennes. De lo cual siguió en progresión natural la Batalla del Washita.

Lo que quiero decir, sin embargo, es que había muchos desertores del ejército en las naciones del este, junto con esclavos liberados que ahora no tenían trabajo, y antiguos soldados rebeldes en situación similar, indios que se habían vuelto forajidos, fugitivos de la justicia de los estados, matones, asesinos y simplemente gente mala. Además, allí se encontraba todo tipo de mezclas: había algunos que eran en parte blancos, negros e indios al mismo tiempo, y que habían cogido los rasgos peores de cada cual.

He dicho que vivir en aquella parte del país era peligroso aunque uno no saliera de su cabaña y de su campo, pues bandas de los susodichos siempre andaban dando vueltas y matando gente. Era un sitio especialmente bueno para la práctica de esa profesión, pues no había autoridades locales que tener en cuenta. En general, si matabas a una persona nadie te perseguía excepto algún agente federal enviado por Fort Smith o Van Buren en Arkansas, donde estaba el tribunal, y en aquella época no estaban muy activos porque el tribunal lo formaban rebeldes y por tanto les habían dado la patada tras la guerra. Había un dicho que decía: «No hay domingos al oeste de San Luis ni Dios al oeste de Fort Smith».

El centro de los elementos más peligrosos era una ciudad al este de la nación creek llamada Mooskokee, que fue adonde me dirigí tras dejar la familia que me había ofrecido su amistad, con vistas a coger la diligencia y llegar a Kansas, donde tomaría el Union Pacific hasta final de trayecto, buscaría a Caroline y Frank Delight y me cobraría mi tercio de nuestro negocio de mulas, pues, como he dicho, necesitaba el dinero. En el peor de los casos, Frank siempre podría prestarme un fajo, pues a estas alturas ya sería mi cuñado.

Fui a pie hasta Mooskokee, a unas cuarenta millas. No tenía ni un centavo para pagar la diligencia, pero llevaba al hombro un puñado de pieles de mapache que esperaba vender en la ciudad, pues venían muy bien para las gorras. Yo mismo llevaba una. Bueno, señor, pues había llegado a lo que me pareció el exterior de la localidad, una enorme porqueriza llena de barro, rodeada de pocilgas destartadas, cuando vi a un hombre de color buscando sus cerdos, y dije:

—¿Podrías indicarme cómo llegar a la ciudad de Mooskokee?

Se rascó a través del pañuelo de la cabeza y me contestó:

—Ya casi se ha salido.

—Estaba buscando la diligencia.

—La parada está calle arriba, doblando la esquina —dijo—. Pero si yo fuera usted, de momento no iría por allí, porque creo que ahora mismo la están atracando.

Y apenas lo hubo dicho, una andanada de disparos sonó donde señalaba, y un grupo de hombres a caballo apareció al galope doblando la esquina y se lanzó hacia

nosotros, y nos habrían atropellado si no nos hubiéramos tirado a un cenagal al borde del camino. No sé qué prisa tenían, pues no los perseguía nadie. Alguien había matado al sheriff el día anterior, según indicó mi conocido mientras salíamos del barro.

Le di las gracias y fui a la parada de la diligencia, que pensé que ya sería segura. El agente estaba tirado en un charco de sangre, y enormes agujeros se abrían en las finas paredes de madera en los sitios donde uno de ellos se había desahogado con una escopeta. Bueno, estaba parado dentro de lo que quedaba de aquel sitio, pensando en que me daba igual, porque todavía no tenía el dinero para el billete, cuando oí ruido de caballos en el exterior y entraron tres tipos de muy mala catadura, erizados de armas de fuego.

Me miraron ferozmente con los ojos enrojecidos y luego se llevaron el cuerpo del agente muerto, y el que parecía su líder dijo a los demás:

—Os dije que llegaríamos tarde. Ese cabrón nos ha ganado.

Luego me dijo con el orgullo herido:

—Nosotros nos quedamos con la anterior, y también te habríamos ganado esta tarde si no hubiéramos estado ocupados con la diligencia en la carretera. La robamos y la quemamos y matamos al conductor, matamos al guardia y matamos a los pasajeros, pero uno de ellos era una chica, así que todos nos la... antes de matarla.

Como digo, de todas formas no tenía para pagar el billete. Lo que me preocupaba en aquel momento, sin embargo, era que no tenía un arma, lo cual aquellas sabandijas no tardarían en notar, y entonces me uniría al fiambre del suelo. Tenía que aprovechar al máximo el tiempo mientras seguían admirando con envidia cómo creían que había matado al agente.

—A mis chicos no les va a gustar —dije—. Se fueron a robar esa diligencia, y supongo que ya la habrán descubierto y estarán volviendo, y querrán conocer a quienes les han robado la gloria.

—¿Cuántos chicos tienes? —dijo el líder. Si alguna vez hubiera dejado que una gota de agua le tocara la cara, podría haber sido bien parecido. Era mezcla de indio y blanco, con el pelo claro y los rasgos finos, pero tenía la piel del color de las nueces. Otro era casi negro, con el pelo tieso de cuervo recogido en un moño detrás. El tercero parecía blanco puro, pero era el hombre más feo que haya visto jamás. Tenía un ojo malo, y un viejo corte de cuchillo que al curarse le había levantado el labio por el lado izquierdo, de manera que podías verle los dientes incluso cuando no sonreía ni gruñía a través de ellos, aunque parecía que siempre estaba haciendo alguna de esas dos cosas.

—Diecinueve o veinte —dije, y me di la vuelta con insolencia, ante lo cual supe que decidirían dispararme por la espalda o achantarse. Resultó que se tragaron el farol, pues el líder empezó a fanfarronear.

—Habrás oído hablar de mí —dijo—, soy Johnny Jump. Me he ganado una buena reputación en los alrededores como asesino y saqueador. Ningún *marshal* me ha

podido poner la mano encima, aunque muchos lo han intentado. El mes pasado le volé la cabeza a uno que había venido de Van Buren. Este es mi primo, Jim Smoker —señaló al tipo de la cara negra—, y al otro lo llamamos Cockeye. No tiene lengua. Se la arrancaron de un disparo o algo así. No puede hablar, pero es mala gente, por Dios.

—Nunca había oído hablar de vosotros, granujas de poca monta —dije—. Nosotros hemos venido de San Luis a través de Texas y nos hemos detenido en este vertedero para coger algo de dinero para tabaco. Luego seguiremos hacia Kansas, donde pensamos robar, mutilar, matar y violar todo lo que podamos a lo ancho y largo del estado.

Cockeye gruñó un poco y dejó caer un hilillo de baba de su labio cortado. Jim Smoker salió y al cabo de un minuto le oí disparar su rifle y vi que estaba practicando el tiro con la cola ondulada de un cerdo vagabundo.

—A mi primo —dijo Johnny Jump— le falta un tornillo, pero se le da muy bien robar y matar. Estaba pensando que a lo mejor nosotros podíamos unirnos a vosotros. Me gustaría robar y matar y el resto de lo que has dicho en Kansas.

Parecía un niño que le estuviera pidiendo a su padre que le llevara a pescar, con los ojos brillantes y anhelantes. Había algo realmente inocente en Johnny Jump, incluso agradable, no sé por qué. Puede que fuera el indio que había dentro de él.

Por fin, y con muchas reticencias, acepté admitirles a él y a sus chicos en mi inexistente banda. No pensaba viajar en su compañía más de lo necesario. Les dije que tenía que reunirme con mi grupo veinte millas más al norte. Podían acompañarme bajo su propio riesgo.

Me inventé que mi caballo se había perdido en algún sitio, así que Johnny Jump me dejó un animal de sobra que había cogido de la diligencia. Sin embargo, seguía sin tener arma. Cabalgamos hasta el crepúsculo, y entonces señalé un claro de árboles y dije que allí era donde mis chicos estarían esperando, o si no llegarían más tarde, así que nos detuvimos, encendimos un fuego y comimos beicon y judías de una bolsa que habían conseguido como botín, pues cuando viajaba por el campo aquella pandilla mataba a todos los que se encontraban y se quedaban con todo lo que llevaban. De hecho, en aquel viaje habíamos pasado junto a una pequeña granja, y solo conseguí impedir que la saquearan prometiéndoles una gran matanza cuando nos reuniésemos con el resto de mis chicos.

No me di cuenta de que Jim Smoker se había quedado atrás, pues de todas formas siempre iba detrás, pero cuando entramos en el claro había desaparecido, y solo reapareció más tarde, cuando estábamos comiendo. Llevaba un sombrero distinto y dos botellas de whisky, y le seguía un caballo nuevo, que iba cargado con un botín de lo más variopinto: bolsas de azúcar y grano, mantas, lámparas de aceite, e incluso un pequeño escabel.

Johnny Jump habló con él en creek y luego se rio a carcajadas.

—Mi primo no ha podido evitar dejarse caer por el sitio junto al que pasamos

hace un rato. Es incapaz de resistirse a algo así, en el fondo es un niño.

Lo sentí por la pobre gente que había vivido en aquella granja, pero supongo que ya no sufrirían más. Resultó que la mala suerte que les había proporcionado una muerte súbita me había salvado la vida a mí, pues no podría haber seguido fingiendo que me reuniría con mi banda después de la mañana siguiente, y habrían acabado conmigo sin dudarlo. Pero lo que pasó fue que Johnny Jump y Jim Smoker compartieron sus botellas de whisky, y cuando Johnny tuvo la tripa llena de alcohol, empezaron a ponerse sentimentales. Según parecía, además de un forajido, también era un poeta, y sentado junto al fuego, con las lágrimas rodando por sus mejillas y mezclándose con el whisky que le goteaba del mentón, recitó unos versos que él mismo había compuesto:

The darlin' love of all my life,
In women I never had no other,
The sweetest thang in this vale of strife,
Was always my dear Mother.
And now she is in heaven
When the angels play them harps,
For in years it is six or seven
Since I laid away her corpse...^[66]

Y tenía diez o veinte estrofas más, de las cuales no recuerdo ninguna otra. Cuando terminó, dejó escapar un gran aullido de dolor, cogió el rifle y disparó a Jim Smoker entre los ojos. Luego le metió un par de balas en la espalda a Cockeye, en el mismo sitio donde estaba dormido, y por fin vació el resto del cargador de su Henry de dieciséis disparos en la manta con la gorra de mapache encima que yo había dejado antes ocupando mi lugar.

Después de lo cual se recostó y se echó tranquilamente a dormir. Yo salí de detrás del árbol desde donde había observado todo aquello, recogí el Henry que había dejado caer, cogí los dos mejores Colts del grupo y todos los caballos, y me marché rumbo al norte. Pensé en meter una bala en la cabeza a Johnny Jump, y hacer así un gran favor a sus futuras víctimas, pero además de que me repugna el asesinato a sangre fría, sentía cierta debilidad por él. Puede que fuera por el poema.

El siguiente par de años lo pasé en tránsito, principalmente buscando a Caroline y Frank Delight para sacarles algo de dinero pues, como he dicho, no podía ir a matar a Custer estando como estaba sin blanca. Lo que no sabía cuando estaba en las naciones era que la UP había llegado a Utah y había enlazado con la Central Pacific en la época en que dejé a la familia creek con quien había pasado el invierno del 69. El ferrocarril ya estaba terminado, y cruzaba el continente de lado a lado. Pero con los beneficios de la venta del pequeño rebaño de caballos de Johnny Jump, que había

llevado a Topeka sin más incidentes, cogí la diligencia rumbo al oeste desde Omaha, pensando que mis parientes habrían establecido su cantina en alguna de las ciudades que habían brotado a lo largo de la línea férrea.

En todas las paradas preguntaba por Caroline y Frank, sin obtener resultado alguno, pero de todas formas siempre había querido echar un vistazo a San Francisco, así que continué hasta llegar, momento en el cual ya estaba bastante harto de tren para un buen rato. No cabía duda de que aquella línea transcontinental era una maravilla de la civilización, pero, con tantas escalas, llevaba montado en aquellos vagones saltarines una semana, y me había tragado una buena cantidad de humo y cenizas que entraban por las ventanillas abiertas, y de vez en cuando un ascua encendida prendía un pequeño fuego en la tapicería verde o en la ropa de alguien. Sin embargo, decían que el tren iba a veinticinco millas por hora, y yo no dudo de que era verdad.

En San Francisco no tardé en quedarme sin dinero, pues todo era terriblemente caro. No podías comer decentemente por menos de cincuenta centavos. Y no sé por qué, pero las colinas sobre las que estaba construida la ciudad empezaron a deprimirme. Cuando estás en la cima te sientes fabulosamente, pero luego siempre tienes que acabar bajando, y cuando lo haces, es como si te hubieran degradado. Había vivido demasiado tiempo en la llanura.

Tampoco pude localizar a Caroline y su marido, aunque debí de recorrerme todas las tabernas baratas y las casas de mala nota de la localidad, y eso me llevó meses, pues aquella ciudad no era inferior a ninguna otra en lo tocante a diversiones indecentes. Cuando se me acabó el dinero, conseguí trabajo en una cuadra de caballos de alquiler, moviendo la paja, retirando el estiércol y semejantes. En aquel momento no pude conseguir otra cosa. Un día llegó un individuo del sur de California y le oí decir que estaba buscando conductores de carro para llevar mercancías desde San Pedro a Prescott, Arizona, y que pagaba un buen dinero.

Era la primavera del 70 cuando llegué a San Pedro y encontré al propietario del negocio de transportes. Al principio dudó de que un hombre de mi tamaño y complexión pudiera hacer ese trabajo.

—Es un trabajo duro, amigo mío —dijo—. Si el desierto no acaba contigo, lo harán los apaches, y si no son ellos, entonces los forajidos. El Salton Sink son cien millas de infierno ardiente en las que tienes que alimentar a tus animales sin quitarles los arreos y seguir avanzando o te consumirás de pie. Tienes veinte días para recorrer cuatrocientas cincuenta millas, y no quiero que mis mulas mueran haciéndolo.

Baste decir que le convencí para que me aceptara, y dijo:

—Me arriesgaré contigo. Hace un par de años contraté a un chico de diecisiete años y me salió bien, aunque era muy alto para su edad.

Ese es el tipo de comentario que tienes que aguantar cuando mides lo que yo. Pero la razón por la que lo menciono es porque me dijo que el chico se llamaba Wyatt Earp. Era la primera vez que oía ese nombre, pero lo recordé porque sonaba raro, un poco como un eructo.

El jefe no había exagerado ni pizca la dureza del viaje, y durante el trayecto encontramos todos los obstáculos que había mencionado, pero bien pensado, prefiero el calor, la arena, los apaches y los bandidos antes que diez mulas. Lo que me resultó más difícil fue reprimirme de coger un bastón y matarlas a palos. Había llevado mulas cuando poníamos la grava para el UP, pero es un animal cuyo carácter empeora al mismo tiempo que el terreno que tiene que cubrir. Aunque supongo que puede decirse lo mismo de muchos humanos, y es precisamente su tozudez lo que hace que sigan adelante.

Lo mismo vale para mí. Me dediqué a esto durante la mayor parte de 1870 y siempre fue igual de difícil. Pero gané un buen dinero, y cuando volvimos a San Francisco en invierno, me compré ropa elegante y un revólver Smith & Wesson llamado «Americano» que acababa de salir, una preciosa arma del calibre 44.

Luego me compré un billete de primera en el UP con destino a Omaha pagando ciento dos dólares diarios por un coche cama, pues volvía para matar a George Armstrong Custer, y quería hacerlo de la forma más elegante posible.

CAPÍTULO 20

Wild Bill Hickok

Llegué a Kansas City en la primavera de 1871. Había crecido considerablemente desde que la conociera con el nombre de Westport, y, si se acuerda, Fort Leavenworth estaba cerca. Tan pronto llegué a la ciudad, encontré al Séptimo de Caballería invernando allí, con el general Custer al mando. Se le veía a menudo en Kansas City, visitando a su sastre, comiendo en restaurantes, y asistiendo a espectáculos teatrales, por los cuales sentía un extraordinario aprecio, como puede suponerse por su carácter. Su señora estaba siempre a su lado, y era tan guapa que se decía que hombres y mujeres se volvían a mirarla cuando pasaba. Por supuesto, el general también era bastante agraciado.

El hombre que me contó lo anterior tenía largos rizos rubios que le colgaban sobre los hombros y un bigote sedoso del mismo color, medía más de seis pies de altura, era delgado de cintura y ancho de pecho, y vestía como un auténtico dandy. Llevaba una levita negra con vueltas de terciopelo en las solapas, chaleco bordado, cuello doblado hacia abajo con corbata fina negra, y de remate un sombrero de seda.

No, no era Custer, sino que era más rubio y más rizado, y su cara era más suave, de nariz aguileña y mentón corto. Era James Butler Hickok, llamado Salvaje Bill^[67] desde que mató al hombre que le llamó Bill el Pato^[68].

Pero volvamos con Custer, para quien Wild Bill había sido explorador en la campaña de Kansas un año antes del Washita. Le conocía bien, y le caía bien y viceversa. Estaba inofensivamente enamorado de su esposa y dejaba que creyera muchas de las exageraciones que le rodeaban, exageraciones que Custer también creía, y así todo el mundo era amigo, como ocurre siempre con la gente grande, guapa, elegante y poderosa. Pues todo les sale bien hasta que algún desgraciado miserable, bizco y con la nariz rota les dispara por la espalda, como hizo Jack McCall con Hickok en Deadwood en el 76, apenas dos meses después de que los indios se cargaran al otro Pelo Largo.

Sin embargo, para eso faltaban cinco años, y ahora estábamos en Market Square, en Kansas City, y yo tenía la intención de encontrar a Custer y cumplir con mi deber antes de que terminara la semana. De Market Square diré que era el sitio donde paraban los cazadores de bisontes en verano, cuando las pieles escaseaban, y que los exploradores iban allí cuando no estaban en campaña, y los muleros entre viajes, y era donde uno iba a buscar noticias si se encontraba en una situación como la mía, en vez de leer los periódicos.

Así fue como conocí a Wild Bill, que era uno de los centros de atención de los alrededores, ya que se había ganado su reputación un año o dos antes como *marshal*

de Hays City, Kansas.

Durante el día, Hickok normalmente se sentaba en un banco junto a la comisaría donde su amigo Tom Speers, el *marshal* de Kansas City, animaba a los tipos fronterizos a congregarse, en parte porque los conocía y la mayoría le caían bien, pero también, creo, porque así evitaba que se metieran en problemas. Podían meterse unos con otros e incluso comparar su puntería siempre que no molestaran a los elementos respetables de los mejores barrios de la ciudad, y como Speers y sus ayudantes estaban cerca, las peleas de verdad eran raras.

De todas formas, tampoco es que los pistoleros más célebres pelearan mucho unos con otros. Los que se especializan en la violencia sienten el mayor respeto por los otros expertos del mismo campo.

En cuanto a mi venganza contra Custer, puede acudir a los libros de historia y leer que murió combatiendo a los indios el 25 de junio de 1876. Así que sabrá que no le maté en Kansas City. Si hubiera sido un don nadie, podría haber mantenido el suspense hasta el último minuto, pero dada la situación, tengo que confesar que fue hacia el uno de abril cuando llegué a Kansas City, y que el Séptimo Regimiento se había retirado de las llanuras en marzo, y Custer había vuelto al este. ¡Se me había escapado por unos pocos días!

Tal vez se pregunte por qué no le seguí. Al fin y al cabo, tampoco se había ido a China. Ya había cruzado la mitad oeste del país para matarle. Imaginar su asesinato era lo que me había mantenido vivo durante dos años, desde mi juramento en las orillas del Washita.

Lo único que puedo decir es que había algo en el río Missouri que me quitaba el fuelle. Vieja Tienda sentía lo mismo con el Platte, y mire lo que le pasó cuando bajó al sur de él: Sand Creek y Washita. Confiaba en que ya hubiera aprendido a fiarse de sus instintos en lugar de su orgullo, y que hubiera ido al norte para quedarse allí.

En mi caso, me detuve en Kansas City, donde el Missouri traza su gran curva para dirigirse a San Luis. Miré sus remolinos turbios y pensé: bueno, el caso es que Custer ha desaparecido de las praderas; eso es lo que importa. Tal vez fuera yo quien le había asustado, en el sentido espiritual o medicinal, pues era extraña la coincidencia entre mi llegada y su partida. En todo caso, no fui al este. Tenía un concepto muy particular de esa parte del país: pensaba que estaba urbanizado desde San Luis hasta el Océano Atlántico, y que se trataba sobre todo de barrios bajos, llenos de extranjeros procedentes de Europa que tenían la cara pálida y que lamían las botas de personas poderosas y flamantes como Custer. Allí estaría en clara desventaja.

En Kansas City no estaba muy lejos del sitio donde habían vivido los Pendrake trece años antes, y donde probablemente aún residían, pues la gente que está en su situación es capaz de mantenerla eternamente. Pensé en acercarme, darme una vuelta por la calle principal y olvidarme del tema, pero no tuve valor ni siquiera para eso. Aunque le aseguro que seguía enamorado de la señora Pendrake tan ardientemente como siempre, después de tantos años y batallas y esposas. Aquella era la auténtica

tragedia de mi vida, en contraposición con lo que habían sido solo meros contratiempos.

La idea me vino a la cabeza porque con la noticia de la partida de Custer me sentí más deprimido, abatido y vacío que nunca desde que había salido de Missouri años antes y, como es natural, al sentirme de ese talante, era inevitable pensar en la señora P.

Bueno, si Custer volvía alguna vez al oeste, le mataría. Lo juré, pero de forma mecánica, pues no tenía esperanzas de que lo hiciera.

Las llanuras centrales estaban despejadas de indios hostiles. El verano después de la batalla del Washita, las tropas bajo el mando del general Carr derrotaron a la banda cheyenne de Dog Soldiers en Summit Springs, matando a su jefe Tall Bull. Aquel fue el final de los Seres Humanos en Kansas y Colorado.

¿Y qué hice yo? Bueno, conocí a Wild Bill Hickok, y durante un tiempo conocerle se convirtió casi en una profesión en sí mismo. Pregunté por Custer, y un individuo me señaló a Wild Bill diciendo que a veces había ejercido de explorador para el general. Yo nunca había oído hablar de Hickok por entonces, pero era el tipo más famoso de Market Square, y recuerdo que cuando me acerqué a él por vez primera estaba enseñando a unos individuos un par de revólveres con culata de marfil que le había regalado un senador de Estados Unidos a quien había guiado en una gira por las praderas.

Me abrí paso entre la muchedumbre y dije:

—¿Eres Hickok?

Me habían indicado que era él, pero algo tenía que decir para empezar la conversación.

—Lo soy —dijo aquel hombre alto y esbelto de pelo largo y rubio, que apenas me dedicó una mirada fugaz de sus ojos azul cielo, y luego levantó la pistola con la mano derecha y disparó el tambor entero más rápido de lo que se podían contar los disparos contra un cartel en la pared de un *saloon* a cien yardas de distancia, oblicuo respecto a la plaza.

Tengo entendido que este incidente quedó luego reflejado en la historia —sin ninguna mención de mi papel—, pero en aquel momento no me sentí impresionado. Estaba concentrado en encontrar a Custer, y el pelo ondulado de este individuo me hizo pensar que se trataba de otro de la misma calaña.

Así que cuando hubo agotado los cinco disparos, dije con impaciencia:

—Bueno, Hickok, si me puedes conceder un momento, me gustaría hablar contigo.

Se lanzó el arma cargada de la mano izquierda a la derecha, mientras que al mismo tiempo y de la misma manera transfería el revólver vacío de la mano derecha a la izquierda. Aquella maniobra se llamaba el *border shift*, y era un truco muy espectacular, pues durante un instante ambas pistolas estaban en el aire a la vez.

Después de aquello, Hickok disparó otros cinco disparos al cartel, y entonces el

grupo entero cruzó la plaza para ver lo que había hecho. Uno de ellos, que estaba en la parte de atrás de la muchedumbre, se acercó a mí y me dijo:

—Supongo que debes de conocer mucho a Wild Bill, para venir a molestarle en un momento como este.

—No le conozco de nada —dije yo—, y no sé si quiero conocerle. ¿Por qué es tan importante?

Aquel tipo dijo:

—¿Nunca has oído hablar de cómo acabó con la banda de McCanles hace diez años en la parada de la diligencia de Rock Crick en el condado de Jefferson? Creo que eran seis, y fueron a buscar a Wild Bill, y él mató a tres con las pistolas, a dos con el cuchillo, y al otro lo mató a golpes con la culata de una escopeta.

De inmediato reduje la cifra mentalmente a la mitad, pues llevaba en la frontera desde los diez años y sabía cómo eran las peleas. Cuando uno se encuentra una historia en la que son más de tres contra uno y gana el uno, entonces es mentira. Luego descubrí que en este caso no me equivocaba: Wild Bill solo mató a McCanles y dos de sus compañeros, y todos en una emboscada.

—Sí, señor —continuó aquel individuo, que pertenecía al mismo género que el ordenanza de Custer—, eso es lo que hizo. Y en Hays City, cuando era *marshal*, tuvo un encontronazo con Tom Custer, el hermano del general, a quien encerró mientras estaba borracho por alterar el orden, y Tom volvió con dos soldados para tomarse la revancha, y Wild Bill apuñaló a uno y disparó al otro.

Eso me interesaba, así que pregunté cómo mató al hermano de Custer, si con el cuchillo o con la pistola.

—A quien mató fue a los soldados, no a Tom.

Vaya por dónde.

Hickok y los otros volvieron de mirar el cartel del *saloon* y el lameculos que había estado hablando conmigo preguntó qué había pasado y el otro hombre dijo:

—¡Ha metido las diez balas dentro del agujero de la O de *saloon*, por Dios! —y todo el mundo tragó saliva y silbó maravillado. Bueno, no todo el mundo exactamente, pues había otros exploradores y pistoleros allí, gente como Jack Gallagher, Billy Dixon, Old Man Keller, y más que eran muy conocidos en aquellos días, y se mostraron meditados para no revelar sus celos. Como en todo en la vida, por un lado están los especialistas, y por otro el público.

Me volví a dirigir a Wild Bill y dije:

—Si puedes concederme un momento...

Se sentía bien por su actuación y por la adulación que había provocado, y supongo que podría haberle irritado que yo estuviese exclusivamente preocupado por mis propios asuntos, así que dijo de forma bastante negligente a uno de los hombres, hablando por encima del hombro:

—Espántale.

De modo que aquel tipo se me acercó con una mirada de desprecio en su fea y

peluda cara, que era muy grande, pero de pronto se detuvo bruscamente, pues mi S & W del 44 apuntaba en línea recta a donde su barriga asomaba sobre el cinturón.

—Guárdate los cuernos —le dijo Hickok con una risotada—. Este cabroncete te tiene pillado... Vamos —me dijo—, aparta tu pistolita de agua y te invito a un trago.

Así que Wild Bill y yo fuimos a la cantina y pasamos bajo el cartel donde había metido los diez disparos en el agujero de la O desde cien yardas, y eché un vistazo y vi que sí que lo había hecho. Dentro, nos sirvieron un par de whiskys y luego buscó el rincón más alejado de la puerta, apoyó la silla en él y estiró la levita a ambos lados para exhibir las culatas de las pistolas que llevaba metidas en la cintura. Todo el tiempo que estuvo allí estuvo observando a cada individuo que entraba y salía sin que afectase lo más mínimo a la atención que prestaba a nuestra conversación, excepto una vez, cuando el camarero dejó caer un vaso, ante lo cual Hickok reaccionó automáticamente como un gato, medio saltando de la silla.

Allí fue donde me contó que Custer se había ido al este y todo eso, y lo que he relatado antes.

—¿Por qué te interesa el general? —preguntó, pero por supuesto yo no le conté mi verdadero interés, sino que le mentí diciéndole que quería que me contratase como explorador, y luego, para disimular cualquier emoción que pudiera haber mostrado, dije:

—Tengo entendido que has tenido problemas con su hermano Tom.

—Bueno —dijo—, eso ya es agua pasada.

Esto es un buen ejemplo de algo que quiero dejar claro. Wild Bill Hickok nunca fue un fanfarrón. No le hacía falta. Otros fanfarroneaban por él. Cuando digo que fue responsable de un montón de mentiras, no quiero decir que él dijera una sola palabra en su propio beneficio. Nunca dijo que le había dado para el pelo a Tom Custer, ni que había aniquilado a la banda de McCanles, ni tampoco mencionaría jamás los diez agujeros dentro de la O. Pero otros lo hacían sin cesar, y exageraban las estadísticas y alargaban el número de yardas y encogían el objetivo. Hasta hace unos treinta años, todavía me encontraba con gente que decía que había estado en Market Square el día que Wild Bill metió diez balas una encima de la otra en el punto de una i a doscientas yardas de distancia.

Fue justo después de aquello cuando el camarero dejó caer el vaso y Hickok se levantó de la silla, con las manos listas para agarrar las culatas de sus pistolas.

Cuando volvió a sentarse, dije:

—¿Por qué estás tan nervioso?

—Por si me matan —dijo, así sin más, y sorbió su brebaje. Luego me miró, arrugando sus ojos azules como si se estuviera divirtiendo, y dijo—: Tal vez tú creas que puedes hacerlo.

Aquello me hizo reír, y dije:

—Has sido tú quien me ha invitado a un trago.

—Mira —me dijo—, dímelo claramente, ¿ha sido Tom Custer quien te ha

enviado? Porque por lo que a mí respecta, aquello ya está terminado y liquidado. Pero si quiere volver a empezar, no debería enviar a un tipo con una S & W Americana metida en una cartuchera de piel de vaca. Te lo digo por tu propio bien, amigo.

Me sentí insultado, pues me sentía orgulloso de mi nueva arma, y también me molestó que se pudiera pensar que trabajaba para alguien llamado Custer.

—Mira, Hickok —dije—, yo no soy el matón de nadie. Si tengo que matar a alguien, será por mí y no por otro. Si quieres pelea, podemos dejar las armas y me pelearé contigo con los puños desnudos aunque seas más grande que un caballo.

—Siéntate —dijo—. No pretendía herir tus sentimientos. Deja que te invite a otra.

Llamó al camarero, pero se había metido en el almacén de la parte de atrás y no podía oírle, así que Wild Bill me preguntó si no me importaba traer la botella.

Todavía dolido, dije:

—¿Es que tú estás cojo?

Disculpándose, contestó:

—No quiero que me disparen por la espalda —y se apresuró a añadir—: No me refiero a ti. Confío en ti, amigo mío. Pero a los otros no los conozco.

Se refería a diez o doce inofensivas personas que compartían la taberna con nosotros en aquel momento. Como era a media tarde, no estaba llena. Había una mesa de cuatro, jugando a las cartas; dos o tres hombres más hacia el extremo inferior del bar.

Y recuerdo a una persona borracha sentada a una mesa en mitad del local. Su cabeza y sus hombros estaban completamente apoyados sobre la mesa en un charco de whisky derramado, como un arnés tirado en un charco de lluvia.

Así que sentí desprecio por el tal Wild Bill, pensando que bien estaba loco, bien era tan cobarde que no era capaz de cruzar una simple habitación. Entonces se me ocurrió que pudiera estar haciendo teatro para engañarme. Tal vez esperase que le diera la espalda para acribillarme.

Esto es una buena muestra de la desconfianza que trastorna la mente de los pistoleros. Yo la había adoptado rápidamente, solo con estar en las proximidades de Wild Bill. Sientes que todo tu cuerpo es un solo nervio a flor de piel. En aquel momento, uno de los jugadores, habiendo ganado una mano, lanzó un grito de triunfo, y tanto Hickok como yo saltamos de nuestras sillas, echando mano a nuestra pistola, y debo decir que tenía razón con lo de mi prieta cartuchera de piel de vaca, que se ajustaba como un guante al arma: cuanto más rápido tirabas de ella, más apretaba el revólver.

—Mira lo que me has hecho hacer —dije.

—Nunca —dijo Hickok— he llevado cartuchera.

Ahora que había visto mis defectos, creo que por fin confiaba en mí.

—Siempre llevo mis armas en la cintura. Necesitas que un sastre te haga una cintura muy suave, sin puntadas de más y sin botones para tirantes, y por supuesto el chaleco tiene que estar cortado para que las puntas no estorben. Y —continuó— mira

cómo he hecho que me diseñen el abrigo para que se abra por los lados.

—Lo único —dije yo— es que a veces, cuando caminas, las pistolas se te pueden resbalar y caerse por la pernera de los pantalones.

—Ah —dijo él—, abres el cargador y lo enganchas a lo alto de los pantalones.

Empezaba a caerme bien, con toda su charla técnica, ya que a un hombre normalmente le fascina su propia especialidad y las herramientas que se utilizan en ella. Bill continuó dándome una charla sobre las virtudes de los diversos métodos de transportar una pistola: cinta de seda, sobaquera, escondida dentro del chaleco, arnés con pistola de cañón corto en el antebrazo, bolsillos traseros forrados con cuero, y así. Incluso me aseguró conocer a un individuo que llevaba una pequeña pistola en la entrepierna, y que cuando se veía acorralado pedía echar un pis antes de morir, se abría la bragueta, y disparaba. El problema es que una vez se precipitó y se voló sus partes.

Aquella tarde aprendí mucho. Antes de llegar a Kansas City me creía muy hábil con el revólver, pero al lado de Wild Bill Hickok estaba todavía muy verde. Por supuesto, me daba cuenta de que él era un fanático. Tenías que serlo, para hablar de forma tan absorbente sobre cartucheras y cartuchos y longitudes de cañones y de cómo limar el fiador para hacer un explosivo y la técnica de atar el gatillo a la parte de atrás y levantar el martillo para disparar, etc., etc. Ya se había olvidado de aquel trago e incluso de sus sospechas, y empezaba a llamarme «socio» y «jefe», en vez de aquel siniestro «amigo».

Al cabo de un rato me cansé y le recordé que íbamos a remojarnos el gaznate. Me levanté, pero me dijo:

—Siéntate, jefe, yo la traeré.

Y se dirigió a la barra, a pesar de que el camarero hacía rato que había vuelto de la trastienda y podría habernos traído la botella.

Me fijé en una cosa que me pareció divertida: Wild Bill se llevó el sombrero de seda en vez de dejarlo en la mesa. Pensé que era el último rastro de desconfianza hacia mí, por si le robaba la prenda. O tal vez fuera que no quería olvidarse y sentarse encima cuando volviera.

Ya estaba a seis pies de la barra y había empezado a hacer su pedido, cuando el borracho que he mencionado de la mesa de en medio se levantó de pronto, revelando una pistola al extremo del brazo que tenía debajo del cuerpo, la dirigió cuidadosamente hacia la dirección de la ancha y alta espalda de Hickok y apretó el gatillo. Estimo la distancia en unos quince pies. Todo fue muy rápido. Si hubiera estornudado no me habría enterado de nada, pues al momento siguiente el «borracho» volvía a estar tirado exactamente en la misma posición de la que se había levantado, con la diferencia de que la sangre manaba de un agujerito entre sus ojos, sumándose al charco de alcohol.

Había disparado, sí, pero su bala acabó en el techo, pues en el instante entre que se levantó y el instante en que apretó el gatillo, Wild Bill le había visto en el espejo

de la barra, se había dado la vuelta, había hecho girar su sombrero de seda en la mano izquierda, revelando la pistola que llevaba en la derecha, y había matado a aquel hombre. Luego se puso el sombrero en la cabeza, se acercó e inspeccionó el cadáver. Los otros se reunieron alrededor y pronto llegó el *marshal* Tom Speers, y Speers dijo:

—¿Le conocías, Bill?

—No —contestó Hickok, expulsando el cartucho vacío y sustituyéndolo por una carga nueva. Luego se encogió de hombros, cogió la botella de la barra y se reunió conmigo una vez más.

—Es el hermano de Strawhan —dijo alguien.

Yo me sentía un tanto alterado por el suceso, ya que la violencia no me era extraña, pero no había venido a buscarla aquí. Me bebí de un trago lo que Hickok me sirvió con mano firme, tosí, y dije:

—¿Ese nombre significa algo para ti?

Volvió a encogerse de hombros, sorbió su whisky, y sus ojos parecieron tan pesados como si fuera a echarse a dormir. Por fin, contestó:

—Recuerdo a un hombre que se llamaba así en Hays.

—¿Tuviste problemas con él?

—Le maté —dijo—. Bueno, respecto a esa S & W que llevas es un arma preciosa, pero los cartuchos tienen la mala costumbre de estallar y atascar las cámaras. Yo la dejaría de lado y me buscaría otra cosa: una Colt, con conversión Thuer...

Mientras tanto, Speers había hecho que dos tipos sacaran a rastras el cadáver y dijo a Wild Bill:

—Pásate por la comisaría cuando tengas un minuto.

Supongo que el *marshal* tenía que rellenar un informe. Hickok le hizo un gesto con la mano, con la izquierda, por supuesto. Debería haber sabido que ocurría algo cuando vi que llevaba el sombrero con la derecha, que reservaba absolutamente para su arma. Señalar, saludar, rascar, buscar dinero, piense en cualquier cosa que haga con la mano derecha: él no hacía nada de eso, sino que la mantenía completamente libre en todo momento. La única excepción era cuando estrechaba la mano, en cuyo caso apenas te tocaba los dedos antes de retirarla.

Aquella tarde no, pero más tarde pregunté a Wild Bill si de verdad había sospechado de aquel supuesto borracho o si siempre cruzaba las habitaciones con una pistola en la mano.

—Sí que sospeché —contestó—. Sospecho de cualquier hombre cuya pistola no esté a la vista, aunque esté muerto. Me equivoco en noventa y nueve de cada cien ocasiones; pero acierto una vez en el mismo número, lo cual me compensa las molestias.

Hickok era un maravilloso observador de todo lo relacionado con el asesinato. Ahora se fijaba en cómo me había afectado el incidente, aunque por lo demás no creo que me hubiera reconocido si hubiera ido a la letrina y hubiera vuelto. Era igual de

obsesivo que un indio. Por ejemplo, nunca reaccionaba ante la calidad del whisky que bebía, que era bastante malo. Y luego me di cuenta de que había hablado del general y la señora Custer de aquella forma aparentemente interesada solo porque sospechaba que había ido a buscarle y quería ganar tiempo. En realidad no le importaban lo más mínimo, como no le importaba nadie en cuanto persona.

Pero podía ser atento, si se trataba de algo que cayera dentro del campo de su obsesión. Así que me dijo:

—A un hombre siempre le resulta más difícil ver un conflicto que participar en él. Lo mejor que puedes hacer ahora es buscarte una mujer. Vamos, te voy a enseñar el mejor sitio de la ciudad.

Antes tuvo que parar en un restaurante y comerse un gran filete, porque dijo que, era curioso, pero los conflictos le despertaban el apetito. Aparte de esas dos referencias, nunca oí a Wild Bill mencionar la muerte del hermano de Strawhan, aunque en la calle y en el restaurante varios individuos que se habían enterado le felicitaron y otros se apartaron de su paso de forma ostentosa.

Me llevó a un salón de baile, aunque para cuando llegamos ya estaba anocheciendo, pues había comido el filete lentamente y con gran deleite y luego se había tomado un pastel, y le había llevado tanto tiempo que yo había recuperado la calma, pues, al fin y al cabo, el asesinato no era algo novedoso para mí. Así que comí jamón asado, ya que el filete me pareció muy duro. Debo añadir que el jamón no era mejor, y me quejé a la dirección, pero Hickok no puso ninguna pega a la comida.

Luego fuimos al salón de baile. Como digo, era temprano, y nosotros éramos los primeros clientes. Las chicas salían perezosas por una puerta de la parte trasera, bostezando y estirándose, pues me imagino que acababan de levantarse después de pasarse el día entero durmiendo. En la entrada había un cartel que decía: POR FAVOR, DEJEN LAS ARMAS DE FUEGO EN LA ENTRADA, y cuando pasamos al lado, un hombre grande con una camisa de rayas salió y dijo:

—Lo siento, amigos, eso significa lo que significa.

Wild Bill se limitó a mirarle con sus ojos claros y azules y dijo con voz queda:

—¿Está Dolly?

—Tendréis que dejar las armas —dijo el otro. Y entonces, supongo que porque reconoció que Wild Bill era un tipo de aspecto intimidatorio, explicó—: Conmigo estarán seguras. Mira, pongo una etiqueta en cada una y escribo en ella a quién pertenecen.

Se metió la mano en el bolsillo del chaleco, sin duda para sacar la etiqueta y el lápiz, y conociendo los principios de Wild Bill, pensé: ¡Oh, Dios mío, allá va otro!

Sin embargo, en aquel momento apareció una mujer enorme que salía del despacho. Había cumplido los cuarenta, era gruesa y de pecho elevado, que mostraba la gran división a través del escote bajo de su vestido de satén rojo bordado con cuentas negras. Tenía una mata de pelo negro recogida sobre la cabeza y un leve bigote del mismo color.

—¡Billy! —gritó con voz grave, y se acercó y abrazó a Hickok hundiendo el pecho en su chaleco y plantándole un beso ardiente en la mejilla. Luego le dijo al portero:

—El señor Hickok tiene el privilegio.

—¡Hickok! —dijo el portero, y se le descompuso el rostro y desapareció de la vista. Lo cual demuestra cómo funcionan las reputaciones. Aquel hombre era portero de profesión y hacía bien su trabajo: posteriormente, le vi dar una paliza a tres cazadores de bisontes borrachos y violentos con la única ayuda de un bastón de tamaño mediano. Pero tan pronto como oyó el nombre mágico, se sintió incapaz de enfrentarse al individuo que lo ostentaba.

—¿Quién es el amiguito tan mono que nos has traído? —preguntó la mujer a Bill, y él oyó mi nombre por vez primera y se lo dijo.

Entonces Dolly me agarró, sofocando mi cara con su esponjoso escote, y maldita sea si no deslizó las manos hacia mi trasero y frotó sus muslos parecidos a troncos contra mí. No digo que no fuera interesante, pues era toda una mujer, aunque también fue un tanto perturbador, como si tu tía se propasara contigo, y además tenía que pensar en mi orgullo, así que la separé empujándola.

—Oooh —dijo ella, haciendo un gesto de coquetería con sus gruesos labios—, es un zorrito valiente, ¿verdad?

Riéndose, Hickok dijo:

—¿Tienes una chica maja para él? Está nervioso, ¿sabes?

Así que llamó a las mujeres, que eran de bastante mejor nivel que lo que podías encontrar en cualquier lugar del oeste antes de llegar a San Francisco. Una o dos hasta eran bastante guapas, y todas parecían muy limpias y no mostraban cicatrices de cuchillos ni picaduras desagradables. Dolly dirigía un local de primera, eso hay que reconocerlo.

Les eché un vistazo, y algunas me hicieron observaciones procaces mientras otras se mostraban impasibles o incluso frías, pues como grupo tenían que cubrir todos los gustos. La que elegí no era ni atrevida ni presumida. Tenía un aspecto un tanto triste y melancólico, era bajita y ligera de tipo, con un pelo mate color rojizo castaño que parecía que hubiera querido que lo rizaran pero que había acabado siendo ralo. En la piel tierna bajo sus ojos aparecían unas pecas leves. Llevaba un vestido rojo que mostraba sus hombros y sus piernas hasta la rodilla, y los tacones de sus zapatillas estaban torcidos, así que tenía las piernas ligeramente arqueadas.

No parece muy excitante, ¿verdad? Bueno, no lo era. Pero yo tampoco necesitaba una puta en aquel momento. Había sido idea de Hickok, no mía; y le aseguro que cuando un individuo como él sugiere algo, lo tienes en cuenta, especialmente cuando acabas de ver cómo acribilla a un hombre con tan poca ceremonia.

Así que como no sentía ningún deseo, elegí a aquella chica como la menos deseable en lo carnal, y bailamos un poco al son de un hombre calvo que tocaba un pequeño piano, al cual se referían como el «Profesor». Yo no bailo muy bien, y no

había que bailar muy bien en sitios como ese, donde tu acompañante te pegaba el vientre y lo rozaba contra el tuyo durante un minuto y luego te llevaba al cuarto de atrás y te metía en su pequeño cubículo o catre, de donde viene la expresión «las chicas del catre».

Eso fue lo que hizo aquella muchachita apenas sonó la música, empezar a frotarse contra mí, aunque no tenía un estómago que mereciese ese nombre, y en vez de eso me rozaba con sus afiladas caderas. Como yo también era flaco, lo que menos me provocó aquello fue lujuria. Así que la separé, intentando mientras tanto brincar un poco en mis botas pesadas, pues el Profesor estaba tocando una tonada muy alegre, pero ella interpretó aquella acción como si estuviera deseando ir al catre y cansina, mecánicamente, pero con fuerza decidida, me arrastró por el pasillo.

Su cubículo tenía una cama de hierro y una silla desvencijada que se habría desplomado si hubiera tenido espacio para hacerlo, pues su anchura consumía la distancia entre la cama y la pared, y en cuanto a la longitud del cuarto, se puede deducir del hecho de que la puerta tuviera que abrirse hacia el pasillo.

Encendió una lámpara de aceite en un soporte, y me senté sobre la cama, ya que no había otro sitio adonde ir. Con un solo movimiento se quitó el vestido, lo colgó de un gancho, y completamente desnuda se sentó sobre mis rodillas.

Yo sabía que era joven, pero hasta aquel momento no me había dado cuenta de hasta qué grado. Vi su pequeño pecho plano, sus delgados flancos y sus rodillas huesudas: no solo era flaca, es que era poco más que una niña, condición que su maquillaje facial había disimulado.

Le pregunté cuántos años tenía.

—Veinte —dijo.

Me eché hacia atrás para poner algo de distancia entre nuestras cabezas.

—Vamos —dije.

—Bueno, vale, dieciocho —dijo acercándose a mí y empezando a desabrocharme el cuello.

Así que le dejé caer y me puse en pie, cosa que un hombre más alto no podría haber hecho, y no entiendo cómo un hombre de la estatura de Hickok podría mantenerse erguido bajo aquel techo tan bajo.

Supongo que le preocupaba que pudiera estar a punto de irme, así que me aseguró consternada que sabía hacer de todo y que era capaz de hacer cualquier cosa, y que nunca había recibido ninguna queja.

—Lo único que necesito en este momento es saber la verdad sobre tu edad —dije—. Ahora mismo no necesito nada más, porque creo que el otro día cogí una gonorrea, pero con gusto te daré el dólar de todas maneras.

—¿El dólar? —gritó indignada, y tuve que olvidar todo pensamiento que tuviera de que era básicamente inocente y melancólica—. Tacaño cabrón, en esta casa cuesta cinco veces eso bajarse los pantalones.

—Bueno —dije—, que me aspen si le pago cinco dólares ni a la Reina de Rusia.

—Su rabia me divertía. Sus pecas se encendieron y su pelo se volvió más rojo. Me recordaba a alguien—. No, desde luego —continué—, y mucho menos a una niña flacucha de catorce años.

—Me falta poco para cumplir los diecisiete —dijo—. Y lárgate de aquí con tu dólar o llamo a Harry y hago que te eche.

Aquella cría tenía algo que me atraía. Sin embargo, no era la lujuria, pues siempre las he preferido curtidas y robustas con ese fin. Supongo que me gustaba su osadía.

—Muy bien, pagaré la tarifa —dije—. Pero te diré lo que quiero a cambio. Quiero quedarme aquí sentado el tiempo suficiente para que mi amigo crea que he pasado un buen rato. Tú recibirás tu dinero y no tendrás que trabajar para ganártelo.

Cuando vio que lo decía en serio le pareció bien, así que le unté la mano con la pasta. De hecho, creo que le gustó mucho más: en aquellos tiempos uno no tenía muchas oportunidades de ganar cinco dólares quedándose sentado.

Desde que había revelado su carácter real, ya no había vuelto a aquel estilo triste y melancólico, que era simplemente una impostura. He dicho que en aquel sitio intentaban ofrecer chicas de todos los tipos. Supongo que ella atraía al *hombre*^[69] que gustaba de imaginar que se acostaba con alguna criada agotada, tal vez huérfana por añadidura, bajo las escaleras de la parte de atrás de la casa.

Su auténtico carácter era claramente descarado. Podría haberse vuelto a vestir, pero no lo hizo, sino que se quedó recostada con las manos detrás de la cabeza y las rodillas levantadas bajo el resplandor de la luz de queroseno, y dijo:

—Oye, ¿no tendrás un cigarro?

—¿También fumas? —dije yo—. Vaya, eres una chica dura.

Empecé a pincharla por pura diversión. Tenía que matar el rato y no se me ocurría otra cosa que hacer. Volví a sentarme al pie de la cama, donde había espacio de sobra, pues aunque estaba tumbada a lo largo, era bajita y además tenía las rodillas levantadas.

—Esperaba —dije— que las chicas de Kansas City fueran más refinadas y femeninas.

Bueno, pareció que sus ojos verdes fueran a ponerse a centellear, y de pronto puso un brazo encima de ellos y su delgado pecho empezó a temblar, sollozante. Me sentí fatal y la abracé. La volví a sentar sobre mi regazo, y ella lloró sobre mi hombro, agarrándose a mí como si fuera su última esperanza en la tierra.

—Vamos, vamos —dije, dándole un beso paternal en los rizos rojizos y enredados del cogote y unas palmaditas en el espinazo desnudo y desigual—. Cuéntale qué te pasa a tu tío Jack.

Sorbió un poquito en mi cuello, y luego me contó lo siguiente.

—Nací y me crié en Salt Lake City, en una de las familias más respetables de la localidad, ya que mi madre se había casado a los quince años con un famoso líder mormón. Si te lo dijera, reconocerías el nombre al instante. La gente de fuera tiene ideas raras sobre los mormones debido al número de esposas que toman, pero te

aseguro que esa es la razón por la que no encontrarás un pozo de iniquidad como este en Salt Lake. Mi madre era la undécima esposa de mi padre, y las chicas que vivimos aquí con Dolly nos peleamos entre nosotras todo el tiempo, pero mis madres nunca intercambiaban una mala palabra las unas con las otras. Tenía quince hermanas y veintiún hermanos, y vivíamos en una casa que era como un hotel. Lo único que hacíamos era trabajar y rezar desde primera hora de la mañana hasta la noche.

»Hasta que cumplí los catorce, no creo que hubiera una chica más pura que yo en el mundo entero, pues consideraba el cuerpo humano como el templo sagrado de Dios y no me habría atrevido a profanar mi mente con algo que no fuera un pensamiento limpio. Para entonces ya era muy guapa. Un día mis madres me enviaron a la puerta de al lado a pedir algo de azúcar. Allí vivía otro de los padres mormones llamado Woodbine, que solo tenía seis esposas y diez hijos. Resultó que todas las mujeres y los jóvenes habían salido a trabajar en los campos en aquel momento, y el anciano estaba solo en casa, un hombre de cincuenta años con una gran barba negra.

»—Amelia, ¿verdad? —dijo al abrirme la puerta—. Te has convertido en una chica muy guapa. Creo que tenemos el azúcar en la alacena.

»Así que me acompañó hasta allí y dijo:

»—Creo que está en la estantería de arriba. Te levantaré.

»Cosa que hizo con sus manazas, y eso fue todo lo que ocurrió entonces, excepto que cuando me bajó tenía la cara morada y respiraba muy fuerte, aunque yo no debía de pesar mucho.

»Pero más o menos un día después, mi padre me llamó a su presencia y me informó de que el Padre Woodbine quería tomarme como su séptima esposa. No servía de nada protestar, pues mi padre ya lo había decidido y yo no me atrevía a contrariarlo, de manera que lo que hice fue fugarme aquella misma noche.

»—Bueno —dijo, sollozando al acordarse—, en muchas ocasiones me he arrepentido de mi insensatez, pues en los dos años transcurridos desde entonces solo he visto la peor cara de los gentiles, muchos de los cuales son tan barbudos como el Padre Woodbine e igual de viejos, y algunos con los cuerpos cubiertos de pelo como si fueran osos; mientras que en lugar de ser un instrumento de placer para el primer hombre que llame a la puerta, podría haber sido una honrada esposa mormona».

Podría ser cierto, supongo, aunque era la típica historia que te contaba cualquier puta. Según ellas, todas procedían de buenas familias. No digo que me lo tragara todo. La mención de Salt Lake City y los mormones, en sí misma, no habría merecido una atención especial por mi parte, aunque recordará que mi padre quería dirigirse a Utah, que es por lo que caí en manos de los cheyennes y tuve todas las aventuras posteriores.

Pero mientras Amelia, en pelota picada, estaba sentada en mi regazo, me fijé en un pequeño lunar que tenía en el hueco en la base de su cuello. Lo peculiar de dicho rasgo era que mi hermana Sue Ann, que tenía trece años la última vez que la había

visto, tenía un lunar parecido en el mismo punto exacto. Antes he dicho que aquella pequeña ramera me recordaba a alguien. Pero aparte de por aquella manchita, no era a mi hermana, que era más rubia y de rasgos distintos.

—Oye —le dije a Amelia—, puede que tenga parientes en Salt Lake. La última vez que los vi, hace años, tenían la intención de ir allí para convertirse en mormones. Puede que hayas oído hablar de ellos, si es que consiguieron llegar.

Levantó la cabeza y me miró a la cara. A pesar de sus lloros, tenía los ojos completamente secos, pero había conseguido limpiarse buena parte del maquillaje y el carmín en las solapas de mi abrigo negro. Debajo de todo aquello, era tan pecosa como yo; y su pelo era bastante rojizo.

—¿Cómo has dicho que se llamaban? —preguntó, entrecerrando los ojos.

—No lo he dicho —dije—, pero si te interesa, el apellido es Crabb. Se trata de mi madre y de mi hermana Sue Ann, que supongo que ahora debería tener más de... bueno, treinta años de edad, y además Margaret, que es un poco más joven...

—Sue Ann —gritó Amelia—. ¡Es el nombre de mi madre!

Se rio y se sacudió el pelo y empezó a llorar otra vez, agarrándose el cuello.

Fue entonces cuando por fin me di cuenta de a quién se parecía: a mí.

—¡Entonces tú eres mi tío Jack! —dijo.

—Vamos —dije yo—, será mejor que vuelvas a ponerte el vestido.

CAPÍTULO 21

Mi sobrina Amelia

Supongo que de todas las cosas que me han pasado jamás, esta fue la que me proporcionó la mayor sorpresa: encontrar a mi sobrina en semejantes condiciones. Imagine que hubiera... Se me pone la carne de gallina de pensarlo. Supongo que habría tenido que volarme la tapa de los sesos, pues maldita sea si alguna vez he sido un degenerado.

Cuanto más la miraba, más obvio resultaba el parentesco: nunca me gustó la forma en que mis nupias se doblaban hacia arriba como si alguien me hubiera empujado la cara cuando era pequeño y todavía moldeable, pero ¿sabe?, mi sobrina tenía el mismo tipo de nariz y le quedaba muy mona. Supongo que desde el principio percibí el parentesco, y fue por eso por lo que la elegí entre las otras y también por lo que no me atrajo de manera carnal.

Ese es el lado positivo de la situación. El negativo es que era una puta. A eso no se le podían dar más vueltas, y me avergonzaba mucho. No sabía qué hacer, así que volví a decir:

—Ponte la ropa.

No obstante, lo dije amablemente, como lo diría un tío, y bajé el vestido del gancho y me di la vuelta mientras se lo ponía.

Entonces me sentí súbitamente avergonzado por mi presencia en aquel tipo de establecimiento. Es curioso que me disculpara con ella, ¿verdad? Dije:

—Amelia, solo quiero que sepas que he venido como favor hacia ese otro tipo.

—¿El señor Hickok? —dijo—. Sí, siempre está aquí.

—Te voy a sacar de esta vida —dije—. A partir de este momento, has dejado de ser una chica de mala vida. Dentro de una semana habrás olvidado todas tus desgraciadas experiencias, y dentro de seis meses serás toda una dama.

De pronto había tenido una idea. Toda mi vida había anhelado tener un poco de clase, y decidí conseguirla a través de mi sobrina. La metería en una de esas escuelas dirigidas por una solterona. Tenía un poco de dinero para empezar, y luego, según lo que había entendido por lo que comentaban los cazadores de bisontes, se podía ganar mucho dedicándose a esa profesión. De dos a tres mil dólares en una sola temporada de septiembre a marzo, que la mayoría traía a Kansas City y se gastaba durante el verano en whisky y mujeres. Yo no. Yo tenía un objetivo, la rehabilitación de Amelia. Había perdido dos familias en circunstancias violentas; ahora había encontrado el inicio de otra en una casa de mala reputación.

Primero, sin embargo, teníamos que salir de aquella casa. Esperaba que nos planteasen problemas, así que saqué la pistola de la cartuchera y me la metí en la

cintura, tal y como me había recomendado Hickok. Pero luego pensé que la pequeña Amelia podría salir herida si había disparos. Sería mejor comprarla, que es algo que puedes hacer en cualquier sitio entre gente blanca.

Así que fui a buscar mi fajo... y no lo encontré, aunque acababa de pagarle cinco dólares. Estaba seguro de que lo había guardado en el chaleco.

—Amelia —dije—, ¿has visto dónde he puesto el dinero?

Hasta ahora he hablado exclusivamente de mis reacciones. Eso es porque mi sobrina parecía sumida en un estado de shock por la revelación de nuestro parentesco. Se había puesto el vestido torpemente y luego se había quedado en pie, acicalándose el pelo con los dedos, y cuando indiqué brevemente mi intención de sacarla de allí, la recibió con una vaga sonrisa que solo alteró su boca. Pero entonces recuperó una expresión de agudeza y dijo:

—Imagino que se te habrá caído y se habrá metido debajo de la cama.

Así que me agaché para echar un vistazo, y ella abrió la puerta rápidamente e intentó salir corriendo, pero su viejo tío demostró ser más diestro de lo que pensaba. La agarré por el tobillo y la retuve.

—Supongo —dije— que tardarás un tiempo en corregirte. Ahora devuélveme mi pasta o tendré que obligarte a devolvérmela.

Se la sacó del pelo. La había cogido mientras me contaba la historia de sus años mormones y me abrazaba, momento durante el cual había estado revisándome los bolsillos. No me enfadé, teniendo en cuenta las relaciones que la pobre muchacha había tenido durante dos años.

Subimos por una escalera hasta su cuarto, que apenas mejoraba lo que era el catre en sí, y recogió sus pocas y lamentables posesiones, polvos de maquillaje y cosas de ese estilo, y las metió en una maleta de cartón. Hice que se vistiera con algo más decente que ese vestido de puta, y con la mano firmemente metida bajo su brazo, la llevé a la entrada. Por el camino volvimos a cruzar el pasillo. Ahora salían ruidos de todos los cubículos y el salón de baile estaba atestado de un buen número de hombres, borrachos y alborotadores, de manera que se entendía que se quedarán con las armas de fuego a la entrada, o de lo contrario no habrían tardado en matarse unos a otros. Fue entonces cuando vi a Harry, el enorme portero, machacando la cabeza de tres cazadores de bisontes y echándolos a la calle.

Bueno, pues pasé con Amelia a través de todo aquello y entramos en el despacho que había junto a la puerta de entrada. Dolly seguía allí, aunque Wild Bill se había ido. Siempre recuerdo que cuando entramos estaba trenzando el látigo de una fusta de caballo. Como me ataque a mí o a Amelia, me dije para mis adentros, le meto cinco balas en el cuerpo, sea mujer o no.

Levantó la mirada, sonrió con el bigote, y dijo:

—¿Has disfrutado, Brazo Corto? ¿Por qué no echas otro, campeón? A Billy todavía le falta un rato.

—Escucha, Dolly —dije—, me llevo a esta cría. —Me avergonzaba explicar

nuestro parentesco. Me limité a decir—: No intentes detenerme.

Hizo un nudo al extremo de la fusta y la probó sobre la palma de la mano. Luego dijo:

—¿Y qué quieres que yo le haga? Este es un país libre.

Se rio roncamente y con pasos grandes y ampulosos abandonó la habitación y atravesó la multitud del salón de baile en dirección a la parte trasera, con los borrachos cayendo a ambos lados de ella como cuando un barco grande llega al puerto de San Francisco y las naves más pequeñas le dejan paso.

Llevé a Amelia al hotel donde yo me alojaba, y el recepcionista empezó a sonreír con sus dientes podridos, pero le corté cogiendo una habitación junto a la mía en el segundo piso. Subimos y di la vuelta a la sábana, olisqueé el cántaro de la cómoda para ver si el agua era fresca, le di uno de mis camisones de franela, pues no tenía ropa de dormir decente, y le planté un beso de buenas noches en la frente.

Ella se dejó hacer dócilmente, sin una palabra; supongo que todavía no se había recuperado de la sorpresa de encontrar a su familia.

Aquella noche estaba demasiado nervioso para dormir. «Amelia Crabb», había escrito en el registro del hotel. No conocía su nombre mormón y no quería saberlo. Tampoco sentía mucha curiosidad por conocer su vida anterior, ni siquiera por saber de su madre, mi hermana Sue Ann. Llevaba demasiado tiempo alejado de mi familia auténtica. Me deprimía pensar en su vida en Salt Lake entre los Santos Modernos, algo completamente extraño a todo lo que yo había conocido. Camino del hotel había preguntado a Amelia por mi madre, su abuela, y dijo que no la recordaba, así que supuse que había muerto. No quiero dar a entender que careciese de sentimientos, pero ahora todo lo que tenía se concentraba en aquella chica, y más en lo que iba a ser que en lo que era en el presente. Alguien a quien cuidar. Y estaba decidido a hacerlo mejor que en el pasado. Aquí no tenía indios de los que preocuparme, ni tampoco el ejército de Estados Unidos. De cualquier otro podía ocuparme, incluso de Wild Bill Hickok si hacía falta.

Al día siguiente, bastante tarde, pues Amelia se había acostumbrado en la casa de putas a dormir durante casi todo el día, salimos y compramos algo de ropa. Con un vestido abotonado hasta la garganta y la cara lavada, uno habría tomado a aquella muchacha por alguien de la mejor cuna posible. Estaba muy pálida, pero eso hacía que pareciese más respetable, pues en aquellos tiempos una dama nunca dejaba que el sol le tocara la piel.

Entonces me di cuenta de que no debíamos quedarnos en aquel hotel, que no era de mala nota ni nada, pero estaba en la peor parte de la ciudad, rodeado de un par de cantinas, y con tipos groseros sentados a la entrada, escupiendo tabaco en el suelo. Algunos de ellos puede que incluso conocieran a Amelia de casa de Dolly. Así que por Dios que me fui al tugurio más elegante de Kansas City, con su bonita luz de gas y sus pomposos muebles en el vestíbulo y sus lacayos con ropa bordada en dorado, y nos cogimos una combinación de dormitorios comunicados a través de un salón muy

bonito. Debía de costar setenta y ocho dólares diarios o más. No me acuerdo. Recuerdo que la dirección se daba muchos aires, pero empecé a esparcir el dinero como si fueran pipas, y su actitud cambió de inmediato.

Allí tampoco me perjudicó tener a Amelia, pues es asombroso cómo aceptó su nueva vida. Supongo que su educación mormona no había sido tan mala como base, y su carácter natural había añadido el resto, junto con lo que había sacado de las revistas de moda para mujeres que le compraba y el estudio que hacía de las mujeres de clase alta que residían en aquel hostel: esposas e hijas de senadores, de generales del ejército y de líderes empresariales. Aprendió a caminar como si se desplazara sobre unas ruedas pequeñas que llevara debajo de su larga falda, y cuando tomaba una taza de té su delicada mano se levantaba como un pájaro en vuelo.

También demostró ser muy bonita, con su nariz levantada y su boquita, y el pelo brillante como una hoja de otoño cuando un peluquero profesional se lo hubo lavado y arreglado un par de veces. Los hombres que había en el hotel se sentían fascinados por ella, pero eran discretos y respetables, no se quedaban con la boca abierta ni se relamían ni nada, como los patanes con los que siempre había andado antes.

Bueno, aquello me estaba costando un pico, y en un par de días había sacado tantos billetes de mi fajo que este se había quedado del tamaño de mi dedo meñique, con la cuenta del hotel todavía por pagar y aumentando por momentos, pues Amelia estaba continuamente pidiendo cosas para nuestros cuartos. Y así era como tenía que ser, pues quería mantenerla aislada hasta que el estilo de vida elegante se hubiera convertido en un hábito que sustituyera al puterío en el concepto que tenía de sí misma.

Hasta aquel momento había visitado diversas escuelas sin encontrar la adecuada, por diversas razones: en algunas, las solteronas marchitas que estaban al cargo me miraban por encima de sus narices puntiagudas y decían que estaban completas para los cinco años siguientes; y le confieso que había otras que me recordaban a Dolly.

Pero necesitaba sacar más dinero de donde fuera. Lo único que se me ocurrió para conseguirlo fue volver a la zona de Market Square y jugar al póquer. Los cazadores de bisontes echaban partidas de envergadura todas las noches, normalmente a partir de las doce en punto, cuando volvían de los teatros y los salones de baile, y duraban hasta que amanecía. Cuando digo que eran de envergadura quiero decir que con suerte te podías levantar de la mesa a eso de las cuatro y media de la mañana con doscientos o trescientos dólares. El horario me venía bien: podía dejar a Amelia en la cama y luego escabullirme, jugar toda la noche, volver antes de que se despertara, y nadie se enteraría. Pues no quería que supiera que su tío se dedicaba al juego: era la clase de vida de la que había jurado protegerla.

La primera noche que fui a Market Square me encontré con Wild Bill Hickok. Estaba sentado en su esquina favorita de la cantina, donde había matado al hermano de Strawhan, y cuando entré, me saludó con la mano. Estaba jugando una partida de póquer con otros, y acababa de ganar una mano muy jugosa.

—Jefe —me dijo—, te echaba de menos. No imaginaba que fueras el tipo de hombre que se escapa con una buscona.

No me gustó la alusión a Amelia, pero para protestar de manera efectiva habría tenido que reconocer que era familia mía, y no quería hacerlo.

—Sí, señor —continuó—, si eres tan buen jugador de póquer como amante, me alegraré de que te sientes con nosotros. Tú —señaló al hombre que tenía directamente enfrente—, déjale tu silla.

El hombre pareció desolado, pero no tardó en obedecer. Si había alguien contra quien no quería jugar era Wild Bill. Antes se me olvidó decir que tenía la intención de hacer trampa. Sé que hay gente que considera el fraude en las cartas uno de los mayores pecados del mundo. A mí tampoco me parece digno de admiración, pero pensé que mi causa lo justificaba en aquellas circunstancias. Supongo que eso es lo que todo el mundo dice cada vez que hace algo poco escrupuloso, pero aquí no estoy predicando moral, solo estoy dejando constancia por escrito de la historia, y lo que pasó en aquel momento fue que me proponía engañar a mis adversarios como si fueran chinos. Excepto que no esperaba jugar una partida con Wild Bill Hickok.

Así que jugué honradamente durante un par de horas y a las dos de la mañana solo me quedaban cinco dólares. Intenté serenarme y reflexioné que la pequeña Amelia era todo lo que tenía en el mundo. O conseguía el dinero para convertirla en una mujer hecha y derecha, o volvíamos a donde habíamos empezado, en cuyo caso no importaba que Wild Bill me matase. Vi que no tenía alternativa.

El caso es que Frank Delight, que estaba enamorado de Caroline y era un maestro en los juegos de azar, me había enseñado varios trucos para poner el azar de parte del hombre que los utilizara. No había practicado lo suficiente como para dominar el as en la manga, que los expertos saben hacer aparecer más rápidamente de lo que el ojo lo ve; y las mismas limitaciones sufría con el barajado falso. Así que lo que hice fue emplear el anillo-espejo. Se trata de un anillo ordinario que tiene una superficie lisa, muy pulimentada, que refleja los signos de las cartas cuando las repartes boca abajo. Así que sabes lo que tienen tus adversarios y puedes jugar de acuerdo a eso.

Yo había comprado un anillo de latón y había pulido una superficie lisa de aproximadamente un cuarto de pulgada en el lado inferior de su ancha banda, y le había sacado lustre. Era lo bastante pequeño como para no ser detectado, y sin embargo suficiente para transmitir la información. Hasta el momento no me había atrevido a usarlo, pero ahora, cuando repartieron, me froté las manos en el abrigo como si quisiera secarme el sudor, aunque en realidad estaba brillantando el espejito en el interior de mi mano izquierda, y empecé a usarlo.

Las ganancias de Wild Bill empezaron a menguar de inmediato, y debían de ser las cinco y media de la mañana cuando por fin empujó los últimos restos de su montón y con una sonrisa curiosa dijo:

—Bueno, amigo, si eres tan buen amante como jugador...

Su voz se perdió mientras se levantaba y salía a grandes zancadas por la puerta de

la cantina en dirección a la mañana, mostrando su espalda todo el rato, así que podías estar seguro de que estaba muy alterado.

No he mencionado a los otros dos haraganes con quienes jugábamos, ya que eran de los que consideran un privilegio que Wild Bill te gane. Había un puñado de lacayos que se turnaban para perder todas las noches. Mientras me guardaba mis ganancias —que resultaron ser de algo más de cien dólares—, los hombres me sonrieron y luego sonrieron entre sí.

Y el primero dijo:

—Recuerdo al difunto Hank French. Él también ganó a Wild Bill al póquer.

Me mofé de ellos y salí del hedor nocturno de humo y alcohol a la pureza de la mañana. En aquellos días era importante mantener la fachada, y me alegré de que estuvieran detrás de mí cuando vi a Hickok esperándome en la calle, con el sombrero de seda echado hacia delante, el pelo dorado cayendo sobre los hombros, las finas manos blancas enganchadas por los pulgares en los bolsillos inferiores de su chaleco, con las dos culatas de nácar asomando de ambas caderas. Por la calle bajaba un hombre empujando una carretilla, y al otro lado de la plaza alguien ensillaba una mula cuyo vientre se hinchaba como ocurre siempre, provocando que las correas de la cincha se suelten, y el propietario quería volver a meterlo dentro a patadas.

Bueno, pensé, aquí es donde me la he buscado después de tantos años de escapar por los pelos, pues Hickok iba a acribillarme por engañarle, y Amelia tendría que volver a hacer de puta, y yo habría vuelto a fracasar.

Pero no pensaba doblegarme ante Wild Bill, aunque en este caso tuviera razón. No sé por qué: tenía miedo de él, pero al mismo tiempo su presencia era un desafío para mí.

Así que salí al porche a través de las puertas oscilantes y dije:

—¿Me estás esperando?

Me lanzó su famosa mirada baja durante un largo instante en que contuve el aliento y de pronto se relajó y dijo:

—Venga, Jefe, vamos a desayunar.

Fue delante de nuestro filete con huevos y patatas fritas cuando Wild Bill dijo:

—Alguien que juega al póquer como tú debería aprender a manejar un arma.

No sé si lo dijo con intención sarcástica o no, y tampoco entendí sus motivos para ofrecerse a darme sus expertas lecciones sin cobrarme nada. Pero acepté, y eso es lo que nos pusimos a hacer cada mañana después de las partidas: Wild Bill y yo comíamos y luego íbamos a los límites de la ciudad y disparábamos. Descubrí que, aunque había llevado la pistola durante años y la había usado en ocasiones, comparado con Hickok sabía muy poco del arma.

Hablaba mucho de los detalles técnicos de las pistolas, las cartucheras, los casquillos, etc., pero pasábamos la mayor parte del tiempo practicando la puntería y el desenfundado rápido. Deduje que, antes de llevarme con él, venía aquí solo, pues igual que un pianista, un pistolero tenía que ensayar continuamente para no perder el

toque preciso. Estos son los ejercicios que Wild Bill empleaba para mantenerse en forma: meter un corcho por el cuello de una botella y partir una bala con el borde de una moneda, ambos a una distancia de cuarenta y cinco pies, sacando las pistolas desde dentro de los pantalones. Yo sujetaba un dólar de plata a la altura del pecho, lo dejaba caer, y antes de que tocara el suelo él había desenfundado, disparado y alcanzado la moneda de forma que el cartucho de plomo del 45 quedaba cortado en dos partes iguales.

Puede que las primeras treinta veces que lo intenté no alcanzase ni siquiera la tabla en la que la moneda estaba incrustada, o que acribillase la pradera a ambos lados, delante y detrás de la botella. Pero cuando llegué al punto en que solo fallaba por seis pulgadas, y siempre a la derecha del objetivo, ajusté mi técnica para disparar más a la izquierda, y conseguí mi primer éxito una mañana cuando solo llevábamos allí una semana. Fue con la moneda; posteriormente también alcancé al corcho de la botella, lo cual era más fácil.

Pero no entendía qué sentido tenía ser simplemente el que desenfundaba más rápido o el que disparaba mejor, sin mayor propósito. Por ejemplo, Wild Bill solo servía para ser agente de la ley, patrullando las calles de una ciudad vaquera con la esperanza de que alguien le ofreciera resistencia para poder usar sus armas contra él. Ni siquiera podía ser un forajido, pues estos estaban más interesados en el robo que en las armas, o en el caso de Johnny Jump y su banda, en el asesinato y la destrucción. Es decir, en algo concreto. Pero a la hora de la verdad, ser un pistolero es solo una idea, consagrada a demostrar la proposición: Yo soy más hombre que tú. Puede que fuera justo, pues el tamaño y el peso no contaban, y un enano estaba en las mismas condiciones que un gigante, si los dos tenían una Colt. Pero la pregunta era: ¿Qué sabías cuando por fin habías descubierto quién era más hombre?

Eso es lo que empecé a pensar, pues tan pronto hube alcanzado cierta habilidad, Hickok dijo:

—Por supuesto, disparar a botellas es lo de menos. Es el encuentro hombre a hombre el que demuestra todo. He conocido tiradores de campeonato que se quedaban helados cuando se enfrentaban a hombres que apenas distinguían la culata del cañón, y que por tanto morían.

Yo jugaba al póquer todas las noches, y no hace falta decir que ganaba gracias a mi anillo-espejo. Tampoco era tan estúpido como para pasarme de manera imprudente. Después de aquella primera sesión, limité mis ganancias a veinte dólares una noche, treinta la siguiente, y tal vez cayera a un mínimo de quince; y si llegaba hasta cincuenta, lo equilibraba perdiendo cinco o seis dólares la noche siguiente. En la suma final, me estaba sacando un buen dinero, pero no de forma tan notoria como para despertar serias sospechas, aunque por supuesto cualquier éxito en un juego de azar es susceptible de despertar sospechas por parte de quien pierde. Pero yo era diestro con mi anillo, y si mis adversarios buscaban algo, eran los trucos obvios como escamotear cartas o marcar la baraja, de lo cual era completamente inocente.

Luego recibía algunas clases de pistola y después volvía a nuestro hotel y encontraba a la pequeña Amelia despertándose de su sueño a eso de las ocho en punto. Fingía que yo también acababa de levantarme, y tomábamos nuestro café servido por los criados en el salón que había entre nuestros dormitorios. Era muy agradable. Ella no parecía nada aburrida por su nueva vida, como había temido que pudiera ocurrirle, y yo podía pagar las facturas, así que por la mañana nos dedicábamos a visitar las tiendas más caras, donde se compraba más vestidos y zapatos y sombreros, y luego, por la tarde, alquilábamos un carruaje y paseábamos por los parques, y a última hora nos dedicábamos a entretenimientos más señoriales: recitales de violín o piano, lecturas dramáticas, y semejantes.

En medio de todo esto y de las comidas, intentaba pegar ojo; pero no necesitaba dormir mucho en aquella época. Tenía veintinueve años de edad, y estaba en la flor de la vida; tenía alguien a quien corregir, y alguien a quien estafar; era conocido de Wild Bill Hickok; ganaba dinero, me vestía de punta en blanco y comía hasta hartarme.

Pero lo principal era el cariño que sentía por Amelia. Habría hecho cualquier cosa por aquella chica. Se estaba convirtiendo en una dama tan rápidamente que pronto pensé que podría llevarla de vuelta a donde Dolly y nadie la reconocería. No eran solo las ropas buenas, sino que de las imágenes de las revistas y de ver a las mujeres respetables en los mejores sitios de Kansas City, se le habían pegado los modales más elegantes. Para empezar, tenía un cuello alargado y como de sauce, y ahora erguía la cabeza, con aquella gran mata de pelo rojo coquetamente arreglada con horquillas de concha y ámbar, como el nido de un pájaro maravilloso sobre un pilar de mármol.

—Tío Jack —decía, acercándose a la puerta de su cuarto cuando nos preparábamos para salir—, ¿prefieres que esta noche lleve el *paletot*, el *basque* o el *sacque*?

Eran todos tipos de abrigo de mujer de aquella época. Yo no distinguía uno de otro, pero como me halagaba que me preguntase, elegía y ella se lo ponía, pues no había mayor placer para ella que darme gusto. Esa era su actitud, y luego estaba la mía: todo lo que hacía me resultaba agradable, pues era toda finura y sensibilidad, y su voz, que había sido chillona cuando estaba donde Dolly, se había vuelto bonita como el sonido de una primavera burbujeando entre los helechos. Obtenía un placer inmenso solo con verla comer un plato. Para que vea lo refinada que era: cuando masticaba no se le veían los dientes, y cuando tomaba cucharadas de sopa lo hacía con tal silencio que si uno cerraba los ojos no se daba cuenta de lo que estaba haciendo.

Todo esto lo había aprendido sola, pues no son el tipo de cosas que se puedan enseñar a una persona, y Dios sabe que yo no soy precisamente un maestro de conducta. Pero mi experiencia con la señora Pendrake me había dejado al menos esto: reconozco la clase cuando la veo, y en tanto en cuanto estuviera en mi mano, animaría a Amelia a ir en la dirección apropiada, lo que significaba que tenía que

mantener el flujo de dinero, lo cual a su vez me obligaba a seguir haciendo trampas a las cartas.

Lo cual me lleva otra vez de vuelta a Wild Bill. Yo no quería jugar contra él, y algunas noches conseguí evitar su compañía. Pero él venía a buscarme de cantina en cantina, y cuando me encontraba, echaba a uno de los otros tres tipos de la silla, y empezaba a perder. Era extraño, demasiado extraño para mi gusto, y di en no usar el anillo-espejo cuando él se sentaba, mientras que le sacaba el máximo provecho antes de que apareciese, de manera que la noche siguiera siendo rentable.

Aquel anillo no me daba cartas mejores que a los demás, sino el conocimiento de la mano que llevaban los otros, y solo cuando era yo quien repartía; no era tan deshonesto como esconderse un as en la manga, por ejemplo; seguía haciendo falta cierta habilidad, y era la pura suerte la que decidía qué cartas se llevaba cada hombre. No puedo decir que mi suerte mejorase ni empeorase con el anillo. Pero pasaba una cosa rara, y era que cada vez que Bill se sentaba a jugar y yo me reprimía de usar el espejito, es decir, que jugaba limpio, mi suerte se volvía extremadamente fantástica. Colores, escaleras, tríos, parejas: me caían como por arte de magia.

Bill jugaba con tenacidad. Y después siempre íbamos a desayunar y luego a practicar nuestra puntería; y aparte de aquella mirada extraña que me lanzaba cuando echaba mi primera mano de la noche y que no abandonaba hasta que salía de la cantina para reunirme con él en la calle, pues siempre se marchaba antes, no mostraba nada que pudiera calificarse de rencor, desconfianza, odio o envidia.

En cuanto a las lecciones de tiro, supongo que le servían para ejercitar su orgullo, al recordarme directamente después de cada sesión de póquer que, aunque allí había perdido, era el más destacado en un juego de azar más serio, en el cual las apuestas eran la vida y la muerte, pues aunque disparábamos contra monedas y corchos, no debemos ignorar que su diámetro era semejante al del ojo humano.

Sin embargo, creo que cuando Wild Bill Hickok se enfrentaba a un hombre, miraba a los ojos de su adversario como si fueran de corcho.

Yo estaba empezando a ser muy bueno con mi arma contra los objetos inanimados, y era rápido, aunque la velocidad en sí era de menor importancia que la precisión, pues como Bill decía, lo que importaba era poner la bala donde querías que fuese. Había visto a un hombre rápido hacer tres disparos antes de que un hombre lento pudiera hacer uno; pero los tres fallaron, mientras que el del rezagado alcanzó al rápido justo en el centro.

Por supuesto, ahí es donde entra en juego la personalidad, como él decía; fuera rápido o lento, había un disparo perfecto para cada ocasión, y matabas o morías según cuánto te acercabas a conseguirlo. Una vez que habías tomado la decisión de disparar contra un hombre, tu mente quedaba en blanco, y tu voluntad, tu cuerpo y tu pistola se fundían en un solo instrumento con una única misión. Era como si el arma creciera en tu mano, como si tu mismo dedo escupiera plomo y humo. En realidad, esa era la técnica para apuntar con la pistola: como si estuvieras apuntando con el dedo para

poner énfasis en un argumento. En tales ocasiones, una persona ordinaria tiene una precisión natural. Obsérvalo la próxima vez que te encuentres en una disputa verbal, decía; si el dedo de tu adversario fuera un arma, estarías muerto.

Una mañana pusimos tablas gemelas con monedas asomando de las ranuras que habíamos hecho en ellas, y tanto yo como Wild Bill retrocedimos varios pasos y disparamos. Dividimos las balas perfectamente sobre el filo de las monedas, y los dos disparos sonaron como una sola explosión.

—Jefe —dijo Hickok, mirándome sobre su nariz aguileña y sus bigotes dorados —, te he enseñado todo lo que puedes aprender aquí. El resto solo se puede aprender con un objetivo que devuelva el fuego.

—Ha debido de ser suerte —dije yo. Lo decía en serio. Él podría haber repetido aquel resultado durante todo el día, mientras que yo sabía que no podía hacerlo más de dos veces de cada cinco; uno sabe esas cosas. También tenía la clara sensación de que él no había empleado toda la velocidad de la que era capaz.

—No creo en la suerte —contestó, y su voz fue como el chasquido de un látigo. Pero no insistió en el tema y en el camino de vuelta a la ciudad pareció que volvía a ser el de siempre.

Wild Bill Hickok tenía amigos devotos y enemigos jurados. La mera mención de su nombre en cualquier lugar de Kansas durante la década de los 70, producía una reacción contundente en uno u otro sentido, y puede que murieran más hombres en discusiones sobre él de los que él mismo eliminó. Había algunas personas que, supongo que por envidia, insistían en que era un tirador de segunda además de un cobarde, y por supuesto que había un número aún mayor que decía que había realizado hazañas imposibles.

Así que frente a todo eso yo ofrezco mis experiencias con aquel hombre en Kansas City en 1871. No fue todo lo que hizo en aquel periodo, ni mucho menos; también jugó al póquer con otros y ganó. Pero lo que digo es que yo le conocí en persona. Cuando sopeso los pros y los contras, el saldo final es equilibrado.

Me enseñó cómo manejar con precisión un revólver. Sin embargo, si nunca le hubiera conocido es probable que pudiera haberme pasado sin ese conocimiento especializado, que no era tan necesario como podría imaginarse para sobrevivir en el oeste. Por ejemplo, el incidente con el hermano de Strawhan: si Wild Bill no hubiera sido un experto pistolero le habrían matado; pero si no hubiera sido un pistolero, el hermano de Strawhan no le habría perseguido en primer lugar. Así pues, ¿qué hizo Hickok por mí? ¿Enseñarme cómo salvar la vida? No, más bien me dio nuevos medios para ponerla en peligro.

Sentí un curioso alivio cuando las lecciones terminaron, y en cierta forma llegué a creer que tampoco volvería a verle al otro lado de la mesa de póquer. Yo me ausenté una o dos noches, y un tipo me dijo que a Hickok le habían ofrecido el puesto de *marshal* en Abilene, que era una de las nuevas ciudades que habían surgido en la vía férrea a las que los texanos llevaban su ganado para transportarlo al este, y cuando

llegaban allí los vaqueros cobraban su paga y se divertían hasta que se quedaban sin blanca, bebiendo y yéndose de putas y disparando, y no pasó mucho tiempo antes de que mataran al entonces *marshal*, Bear River Tom Smith, que había impuesto la ley a puñetazos. Así que ahora Abilene quería contratar a un pistolero.

—¿Crees que lo aceptará? —pregunté.

—Claro —dijo aquel individuo—. No ha matado a nadie desde el hermano de Strawhan.

Era una de las típicas opiniones que circulaban sobre Hickok: que disfrutaba cargándose a gente. A muchos de los que le admiraban les gustaba la idea, pues en toda población blanca hay un gran número de individuos que poseen un instinto asesino pero que se consideran demasiado débiles para adoptar la práctica ellos mismos, así que lo proyectan en un hombre como Hickok. Un cheyenne disfrutaba matando, pero no Wild Bill: a él le resultaba indiferente. Apenas miró el cadáver de Strawhan, excepto para comprobar que no volviera a desenfundar contra él. De hecho, no creo que Hickok disfrutara de nada. Para él, la vida consistía en hacer lo necesario, comparando interminablemente su reacción con aquel único disparo perfecto para cada momento. Era lo que llamaríamos un idealista.

Bueno, un día o dos después resultó que mi conjetura de que había abandonado la ciudad era errónea, pues acabábamos de empezar nuestra partida nocturna cuando la enorme figura de Hickok apareció en la cantina, y se hizo a un lado para que su espalda no estuviera en línea recta con la puerta mientras examinaba el lugar, como era su costumbre. Llevaba ropa nueva; ya no vestía la levita, sino una preciosa camisa de piel de ciervo que le caía hasta las rodillas, con el cuello cortado y puños de piel y un fleco de cuatro pulgadas colgando del dobladillo. A la cintura llevaba atado un pañuelo de seda roja, con borlas bordadas colgando del nudo. Sujetas con el pañuelo, por encima de ambas caderas, sus pistolas de mango de marfil proyectaban las culatas hacia fuera.

Sabía que venía a buscarme; no tenía sentido que me ocultara, así que le di una voz, y vino y se sentó, y por supuesto gané toda la noche, como de costumbre, de forma perfectamente honrada, sin usar el anillo. Llegó el alba y me cubrió la apuesta de hasta cien dólares, y sacó un full de ases.

Ante lo cual dije:

—Yo tengo dos parejas.

Era poco común ver sonreír a Wild Bill, pero lo hizo. Se tiró del extremo de sus bigotes, y dijo:

—Bueno, por fin lo he conseguido.

Y yo dije:

—Dos parejas de reinas.

Sin embargo, siguió sonriendo mientras empujaba el dinero, que era más de lo que le había ganado en el pasado en una sola sentada, e incluso bromeó un poco con los otros hombres, y luego los siguió hasta fuera. No sé por qué jugué con él de

aquella manera: lo hice con la intención de hacerle creer durante un instante que por fin me había ganado. Pero había sido instintivo por mi parte. No soy el primero que pincha a alguien que ofrece su lado más débil de manera tan obvia.

Bueno, abandoné por fin la cantina, siendo el último en salir, y el camarero bostezó y me deseó las buenas noches. Llegué al porche y por supuesto allí estaba Wild Bill parado en la calle, a una distancia de veinte pasos. Me di cuenta de que aquella había sido la distancia que habíamos utilizado en nuestras prácticas de tiro, pues cuando te has entrenado tanto, tus ojos calculan esas cosas automáticamente.

—¿Quieres ir a desayunar, Bill? —dije.

—No —dijo él.

Bajé a la calle, y él retrocedió la misma distancia, las manos colgando a los costados.

—¿Algo va mal? —dije.

—Has estado haciendo trampa —dijo.

—No es verdad —dije—. Tal vez la primera noche que jugamos, pero nunca desde entonces. Y te devolveré lo que gané entonces.

—No eches la mano al bolsillo —dijo él.

—Tienes mi pistola a la vista —observé— en el cinturón.

—Creo que llevas una pistola pequeña escondida en el chaleco.

—Te juro que no, Bill.

Le diré algo curioso: no estaba asustado, aunque creo que él sí. Yo no lo estaba, porque no tenía ninguna intención de liarme a tiros con Wild Bill. En cuanto a él, no podía preocuparle mucho la comparación entre nuestros respectivos talentos como pistoleros; le asustaba algún acto traicionero, especialmente ahora que había reconocido que le había engañado una vez. Pocos hombres de aquella época reconocerían algo así aunque les hubieran cogido en el acto.

—Desenfunda si quieres —dijo.

—No quiero —dije yo.

—Maldita sea —dijo él—, te he enseñado todo lo que sé. Sabes que eres tan bueno como yo. Es justo, ¿no?

No contesté.

—¿No lo es? —repitió, casi suplicante—. Escucha, Jefe, nadie engaña a Wild Bill Hickok. Si querías dinero, solo tenías que pedirlo.

—He dicho que solo te engañé una vez.

—Entonces —dijo—, eres un mentiroso, Jefe. Y nadie miente a Wild Bill Hickok.

Había que tener en cuenta dos cosas respecto a este coloquio. Una era que él se refería a sí mismo como si fuera una institución: personalmente, no le importaban tanto mis supuestos agravios, pero no podía dejar que nadie se tomara a la ligera a la noble firma de Wild Bill Hickok, Sociedad Anónima. Es lo mismo que cuando se supone que uno tiene que decir «Señoría» no a la persona que está allí sentada, sino al oficio de juez.

La otra era que cada vez se estaba poniendo más insultante, añadiendo «mentiroso» a «tramposo», dos insultos que constituían motivo de disparo en el oeste en aquella época, aunque parece que han ido perdiendo fuerza con el paso de los años. Supuse que acabaría llegando a «hijo de perra», que era el insulto definitivo, excepto por «ladrón de caballos», que no venía al caso en esta situación.

Si te llamaban alguna de esas cosas en público, tenías que hacer algo. Sin embargo, afortunadamente para mí no había otra alma en la calle para oír cómo me denigraban bajo la luz nueva del sol naciente. Los otros jugadores de la partida de cartas se habían ido, y el camarero salía de la cantina por la puerta trasera del callejón.

Pero alguien podría aparecer en cualquier momento; y antes de que lo hiciera, tenía que decidir si elegía una muerte rápida o si me aferraba a la vergüenza. Creo que he dejado claro que no me apetecía desenfundar contra Wild Bill. Sin embargo, no quería que mi cobardía fuera del conocimiento público. Si hubiera sido así, mis partidas de póquer habrían tocado a su fin. No solo todo el mundo sabría que había estado haciendo trampas, sino que me tomarían por un cobarde a quien a partir de entonces podrían maltratar con impunidad. En realidad era esto lo que importaba, pues lo de hacer trampas no era tan raro en aquella época. Todo el mundo lo intentaba, pero yo era más listo que la mayoría. Hickok mismo lanzaba miradas ocasionales a los descartes de las partidas de póquer, lo que llamaban la «madera». Por ese medio no podías saber lo que llevaba nadie, pero podías averiguar mucho viendo lo que se descartaba. Por tanto, la práctica no estaba bien vista, hasta el punto de que si te pillaban haciéndolo podían acabar volándote los sesos. Excepto que Hickok normalmente jugaba con hombres que le tenían miedo.

Así que no tenía más justificación moral que yo, y además, hablaba de juego limpio, pero no tenía ni idea de cómo le había engañado, me estaba acusando de asesinato sin *corpus delicti*. Se lo digo para que no sea demasiado severo conmigo cuando le cuente lo que pasó a continuación.

En aquel momento, vi que un carro subía por la calle, todavía demasiado lejos para que el hombre que lo llevaba se diera cuenta de lo que estaba pasando, pero eso ocurriría al cabo de otras cien yardas. Yo me había desplazado de manera que quedara al oeste de Wild Bill, lo que significaba que el sol naciente estaba justo por encima de su cabeza y por tanto brillaba ante mis ojos. Normalmente, habría estirado la mano para bajarme el ala de mi sombrero de colono, pero cuando uno se enfrenta a un hombre como Hickok no hace ni el gesto más inocente.

Así que empecé a entrecerrar los ojos.

—¿Dices que soy un tramposo, eh? —pregunté.

—Eso es —dijo él.

—¿Y un mentiroso?

—Sí, lo eres.

—Quiero bajarme el ala del sombrero para protegerme del sol —dije—. Voy a

usar la mano izquierda.

—Hazlo muy despacio —dijo, y se enganchó los pulgares en el pañuelo rojo justo al lado de las culatas blancas.

Mi mano izquierda se arrastró como una oruga sobre una pared, agarró el ala, y la bajó una pulgada. Luego extendí mi palma hacia delante y abrí los dedos.

Al mismo tiempo eché mano a mi arma con la mano derecha. Durante una fracción de segundo no supe lo que estaba haciendo Wild Bill; si recuerda, me había enseñado a concentrarme en mí mismo en el instante de la acción. Así que no le vi desenfundar, pero sí que vi el cañón de su Colt escupir plomo y humo directamente hacia mí.

CAPÍTULO 22

Tocomocho y bisonte

Sin duda habría muerto si no hubiera utilizado un truco.

Refleje el sol en mi anillo-espejo, proyecté su resplandor hacia los ojos de Hickok, y luego me tiré al suelo. Aunque cegado momentáneamente, desenfundó con tanta eficacia como siempre y lanzó dos estruendosos disparos a través del espacio que ocupaba mi cabeza apenas un instante antes. Pero supongo que durante un tiempo no pudo ver más que puntos verdes, pues a continuación bajó sus pistolas y se quedó parado, parpadeando. Ahora que lo pienso, estaba bastante patético, a pesar de sus seis pies de piel de ciervo ribeteada de pelo.

Me quedé tumbado en el suelo, a salvo bajo su fuego, pero no me atreví a decir una palabra porque entonces me podría haber apuntado siguiendo el sonido de mi voz. Yo tenía mi propia pistola en la mano, y podría haber matado al gran Wild Bill Hickok en aquel momento y haber pasado a la historia por ello.

Bueno, en realidad el momento de silencio no fue más largo que el momento del disparo, y entonces Bill dijo:

—Está bien, Jefe, has vuelto a ganarme. Maldita sea.

Yo no contesté. Él dijo:

—Será mejor que dispires, porque si no lo haces, yo te mataré dentro de un segundo.

El tipo del carro había parado a un lado de la calle y se había metido debajo de su vehículo, todavía a varias manzanas de distancia. Pero dos disparos no bastaban para sacar a nadie de la cama en aquellos tiempos, especialmente a esa hora de la mañana, así que todavía no teníamos más público, que yo supiera.

—¿Estás intentando burlarte de mí? —dijo Bill, auténticamente exasperado, y lanzó otros tres pedazos de plomo volando por el aire que yo acababa de dejar libre, y luego hizo el llamado *border switch*, el intercambio volador de sus pistolas. Su visión ya se había aclarado un tanto, así que pudo distinguir que estaba tirado en el suelo, de manera que se acercó, me dio una patada con la bota y dijo:

—Bueno, de todas formas te di.

Me había tomado por muerto. Me quedé tirado con los ojos cerrados.

Luego dijo:

—Lo siento, Jefe. Pero ha sido justo, ¿no? Te enseñé, ¿verdad?

Y ahora te llevaré al médico, y si estás muerto te pagaré un buen funeral.

Imaginé que a esas alturas ya debía de haber guardado su arma, así que cuando se inclinó para levantarme, recobré la vida y le metí la pistola en la nariz.

—¿Estás contento? —pregunté—. Ya podría haberte matado diez veces.

Al vivir este tipo de vida, no le quedaban muchas fuerzas para el asombro. Bizqueó y retrocedió con las manos en alto. Luego las dejó caer lentamente y soltó una sonora carcajada.

—Jefe —dijo—, eres el diablillo más astuto que he conocido jamás. Sabes que hay un par de cientos de hombres que darían todo lo que tienen para poder disparar contra Wild Bill Hickok, y tú lo has desdeñado.

Estaba riendo, pero supongo que en lo más recóndito se sentía realmente ofendido, dado el concepto que tenía de sí mismo. Preferiría que le hubiera matado que tener que esforzarse en demostrar que a mí no me resultaba indiferente su existencia siempre que pudiera proteger mi propio pellejo.

Intentó otra cosa para arrancarme la confesión de que me sentía fascinado por él. Dijo:

—Supongo que ahora podrás decir que ganaste a Wild Bill Hickok.

—Nunca lo mencionaré —dije. Y desde entonces hasta hoy he mantenido mi palabra. No tenía intención de darle ninguna publicidad gratuita. Ese era el problema de las estrellas melenudas como él y Custer: la gente hablaba demasiado de ellos.

Su bigote se inclinó, decepcionado, pero se volvió a reír para mantener la fachada enérgica, y dijo:

—Me voy a Abilene para ser el *marshal*. Si alguna vez pasas por allí, Jefe, me sentiré orgulloso de invitarte a un trago. Pero que me aspen si vuelvo a jugar al póquer contigo.

Me estrechó la mano. No sé si he mencionado que tenía las manos pequeñas para un hombre de su tamaño, y que sus pies también eran casi tan ligeros como los míos. Luego se dio la vuelta y se marchó calle abajo, recto como una regla y ciertamente sin contonearse, aunque como llevaba el pelo hasta la espalda y la larga camisa de piel de ciervo casi le cubría las rodillas como si fuera un vestido, me recordó a una chica muy alta.

Me quedé en Kansas el verano de 1871 y seguí ganándome la vida, y la de Amelia, en la mesa de póquer, y seguí haciendo trampas hasta que por fin me pillaron un par de veces y un tipo me disparó en la pantorrilla. No me causó ninguna lesión permanente, ya que era solo una pistola pequeña, y en otra ocasión un hombre me sacó un cuchillo, y tuve que dispararle en la mano.

El caso es que, después de un par de incidentes de este tipo, empecé a ganarme mala reputación. Cada vez me costaba más encontrar gente con la que jugar a las cartas, y cuando me metía en una partida, me vigilaban estrechamente. Si jugaba con cualquiera de los otros practicantes de las artes violentas que estaba en Kansas City aquel verano, digamos Jack Gallagher o Billy Dixon, podías estar seguro de que no me andaba con tonterías. Cuanto más sabes de los duelos con pistola, más respetas a quienes se dedican a ello como especialidad.

Los gastos de la pequeña Amelia alcanzaron proporciones descomunales. Un día volví al hotel y encontré un piano de cola, fabricado en caoba en nuestro salón, y junto a él a un caballero alemán con barba y gafas, llegado de San Luis junto con el instrumento para afinarlo y dar lecciones sobre cómo tocarlo. No solo tuve que pagar el piano y los costes del envío, sino también el sueldo del individuo y su alojamiento y manutención, supongo que a perpetuidad por lo que a él respectaba, pues aunque al cabo del tiempo Amelia podría aprender a tocar sin ayuda, el instrumento necesitaría que lo afinaran durante toda la vida.

Nunca supe si era o no un estafador, pero sí que parecía un alemán auténtico, y sabía mucho de música, excepto que costaba muchísimo que el cabronazo tocara alguna pieza como tal y no solo las escalas una y otra vez, para lo cual sacaba sus herramientas de afinar y toqueteaba las cuerdas y las teclas.

La factura completa alcanzó sobradamente las cuatro cifras, aunque no recuerdo la suma exacta, pues me desmayé cuando la vi. Sin embargo, cuando me recuperé del sobresalto, me sentí muy orgulloso de Amelia por su iniciativa. Según parece, había conseguido la dirección del fabricante del piano, les había enviado una carta en el papel del hotel diciendo «envíen su mejor modelo», y por Dios que sin pedir ni siquiera un depósito lo enviaron río arriba desde San Luis junto con aquel alemán. Por suerte para mí, le daba igual la naturaleza de su alojamiento, ya que era un fanático de la música, de modo que le metí en un catre en un rincón de mi dormitorio, y a él le pareció bien. Vivía de salchichas y pan de centeno, cuando se acordaba de comer, así que ahí pude ahorrar un poco.

Sin embargo, debo decir que Amelia nunca aprendió a tocar bien el piano. Era la única cosa que hacía mal, y el resultado no sonaba más melódico que si un gato se paseara sobre las teclas. Solía poner furioso al profesor, que irrumpía tirándose de la barba, y recuerdo que en una ocasión en que ella estaba atacando un ejercicio en concreto por nonagesimonovena vez y cometiendo el mismo error todas las veces, el alemán lloró como un niño.

Al cabo de un par de meses, Amelia se me acercó y dijo:

—Tío Jack, ¿te importa que me deshaga del piano? Al final me está aburriendo espantosamente.

Así era como hablaba ahora, casi como una inglesa, con la boca cerrada y lanzando las palabras por la nariz. Muy elegante.

Y por supuesto que estuve de acuerdo, pues quería que fuera feliz, así que compré un billete de vuelta para el alemán, una rebanada de pan y un cacho de queso, y contraté a varios tipos fornidos para que se llevaran el piano y lo metieran en un barco de regreso a San Luis. Pero resultó que el barco echó una carrera a otro barco, que era algo que hacían continuamente en aquellos tiempos, y forzó tanto la máquina que sus calderas estallaron y el hijo de perra se quemó hasta la línea de flotación, incluido el piano. Yo todavía debía algo parecido a 930 dólares de ese instrumento, y recibía frecuentemente correspondencia amenazadora al respecto, seguida de

cobradores vestidos con gorras de montar que portaban diversos tipos de documentación: papeles de desahucio y todo eso, y cuando descubrieron que no tenían nada que reclamarme, decidieron que deberían encarcelarme por ello. Contraté a un abogado que llegó a un acuerdo mediante el cual les pagaría cincuenta dólares a la semana durante el resto de mi vida, así que se tranquilizaron. El abogado solo me cobró doscientos dólares por sus servicios.

En aquella época no conseguía que nadie jugara al póquer conmigo. La cuenta del hotel volvía a crecer, las tiendas de ropa enviaban facturas y debía dinero al peluquero, al establo de caballos de alquiler y a dos restaurantes. Pero Amelia seguía teniendo metida en la cabeza la idea de obtener dotes musicales, así que a continuación tuvimos que sustituir al alemán y su piano por una inmensa mujer con un pecho que habría hecho que Dolly pareciera tuberculosa. Enseñaba canto y afirmaba que era italiana, que había pertenecido a la ópera de un sitio llamado Milano, según contaba: la Signorina Carmella. Sí que sabía cantar, así que tal vez fuera verdad. A pleno pulmón era capaz de reventar todos los vasos de nuestros cuartos, y cuando atacaba las escalas se quejaban los inquilinos que estaban en la parte de atrás del cuarto piso.

De modo que venía bien que estuviera borracha casi todo el tiempo, pues entonces dejaba caer su mole sobre el sofá y se quedaba callada mientras marcaba el ritmo a Amelia con un gordo dedo cubierto de anillos baratos, y después de un rato hipaba un par de veces y se quedaba profundamente dormida. Entonces podía dejar que la durmiera, lo cual podía durar horas —por las cuales me cobraba a tres dólares cada una— o despertarla, momento en el cual me abrazaba bajo la ilusión de que era algún íntimo conocido suyo llamado Vincenzo. Esto divertía extraordinariamente a Amelia.

En cuanto al talento de mi sobrina como cantante, sin embargo, me temo que no demostró ser superior a sus dotes como pianista, aunque la Signorina Carmella, al contrario que aquel alemán, habría sido la última en reconocerlo, supongo que teniendo en mente sus tarifas. Me resultaba curioso que con una voz tan melodiosa como la que tenía Amelia al hablar, cantase como un cuervo en lugar de como un mirlo; pero supongo que una cosa no tenía que ver con la otra. No le di mayor importancia. Incluso aprobé su indomable ambición de adquirir musicalidad, pero cuando ella y la Signorina anunciaron que ambas pensaban que estaba lista para alquilar un teatro y dar un recital... bueno, no quería que mi sobrinita fuera avasallada por un tropel de iracundos espectadores de pago después de haber cantado la primera canción, pero sabía que eso era lo que ocurriría sin duda alguna a menos que pudiera reunir un público de sordos. De modo que, por vez primera, le dije que no.

Amelia no lloró ni gritó por ello, simplemente cayó enferma en silencio. No quiso comer nada durante varios días, y cuando entraba en su habitación, me ofrecía una triste y dulce sonrisa, sus pálidas manitas muy quietas sobre el edredón. Comprendí

que probablemente moriría antes de su hora a menos que cediese, pues tenía esa vena romántica de los Crabb. Así que por fin dije que de acuerdo, y alquilé un salón público, hice que imprimieran programas y mandé algunos chicos al barrio respetable de la ciudad a regalar entradas, pues no tenía sentido intentar venderlas. La noche del recital cargué una escopeta de cañón doble y me senté conspicuamente en la parte delantera por si surgían problemas.

Pero no tenía que haberme preocupado, porque solo vinieron seis personas. Amelia estaba tan nerviosa que apenas se fijó en el público, y la Signorina, que la acompañaba con un armonio, le había dado de lo lindo al vino, se cayó de la banqueta un par de veces y tuvimos más problemas para ponerla derecha que por protestas del público.

Que yo recuerde, solo me costó cinco dólares que me publicasen una reseña favorable en el periódico del día siguiente, pues los periodistas de aquella época estaban escandalosamente mal pagados. Sin embargo, fue el único chollo que conseguí: debía dinero por el salón, por el armonio alquilado, por la imprenta y por supuesto a la Signorina por sus servicios y por la banqueta de piano que rompió.

Pero la pequeña Amelia obtuvo una gran satisfacción de su concierto, compró diez o veinte copias del periódico con la nota laudatoria y se aseguró de que todo el mundo en el hotel supiera que se trataba de ella; así que no tuve motivos para arrepentirme, aunque mis obligaciones financieras estuvieran creciendo hasta una magnitud que casi podríamos considerar gigantesca. Mientras tanto mis expectativas eran nulas, al menos en lo que al póquer se refería, pues ya habíamos llegado a finales de agosto y los cazadores de bisontes se marchaban para empezar la nueva temporada, de manera que pronto no quedaría nadie en Kansas City con quien echar una partida, aún suponiendo que hubieran querido jugar conmigo, cosa hacia la que muchos se sentían poco inclinados en aquellos momentos.

Decidí que yo también me dedicaría a cazar bisontes, pues en una temporada de septiembre a marzo un hombre podía sacarse de dos a tres mil dólares en pieles, pero para hacer eso tenía que dedicarse a ello en serio, lo cual significaba que necesitaba un dinero para empezar. Necesitaba un gran rifle Sharps para bisontes con munición de calibre grueso, un carro y animales para tirar de él, y además necesitaba a otros hombres para despellejarlos, pues ningún cazador que se respetara aplicaba el cuchillo a las bestias que mataba, no sé por qué; supongo que por vanidad, pero así es como era. Sonará raro, pero los cazadores de bisontes se consideraban a sí mismos una especie de aristocracia. El caso es que solo he mencionado lo más básico. La mayoría de los cazadores más conocidos llevaban un equipo de diez o doce hombres, incluidos carreteros, cocineros, gente para tender las pieles, etc., y un arsenal de armas, porque cuando disparabas varias veces los Sharps, el cañón se recalentaba, y no podías esperar a que se enfriase mientras la manada captaba el olor de la sangre y huía en estampida.

Baste decir que mi problema quedó resuelto cuando tropecé con un hombre

llamado Allardyce T. Meriweather en uno de los establecimientos de bebidas de Kansas City, donde me había detenido una tarde para meditar sobre un vaso de jugo de uva. Solo pensar en él me trae a la cabeza su forma de hablar.

Un hombre se acercó a mí mientras estaba en pie junto a la barandilla de metal y pronunció lo siguiente:

—Señor —dijo—, sé que me disculpará por mi atrevimiento al decirle que dado que somos los dos únicos caballeros entre esta clientela de rufianes, deberíamos hacer causa común.

—¿Disculpe? —dije yo.

—Exactamente —dijo él, y se presentó.

—Crabb —dijo cuando conoció mi nombre—. ¿Pertenece a la rama de Filadelfia, Nueva York o Boston de la familia?

Pensé que era uno de esos tipos del Este que habían venido al Oeste porque tenían los pulmones malos o algo así, cosa que se suponía que se corregía dando una vuelta por las praderas. En aquel momento, preocupado como estaba por el dinero, me molestó que aquel aprovechado pudiera rondar por todas partes a su gusto, con todos los gastos pagados, mientras que a mí se me negaban los medios para ganarme la vida honradamente, así que le dije:

—De Filadelfia.

¿Qué demonios me importaba que me creyese o no?

—Ah —dijo—. Me temo que yo conozco a los de Nueva York y Boston.

Todavía no he dicho qué aspecto tenía. Bueno, de frente era de estatura media, pero de perfil estaba desarrollando un buen tripón. Iba bien afeitado y era de mandíbula azulada y boca fofa, y llevaba o cargaba una cierta cantidad de baratijas: alfiler de corbata de diamante, flor en el ojal, reloj de cadena decorada con pendientes, bastón de cabeza dorada, guantes de piel de ante, y semejantes. Supongo que debía de tener aproximadamente mi misma edad.

—¿A qué universidad acudió? —dijo—. ¿A Harvard o a Yale?

—A la primera —dije yo.

—La mía fue la segunda —dijo él—, pero tuve un círculo de conocidos, no, de amigos del alma, en Cambridge a principios de los sesenta, que debió de ser cuando usted estuvo allí. ¿Conoció a Montgomery Brear o a William W. Whipple o a Bartley «Doc» Platt, todos del Club de Pudín Indio? ¿O a Chester «Chet» Larkin? Era un Buey Almizclado. ¿O a Mansard Fitch, que pertenecía a los Canguros?

—No, jamás —dije yo—. Yo era un Antílope.

—Bueno, señor —dijo—, deje que vuelva a estrecharle la mano por ese motivo. No necesito mejores referencias. Confío en que todo caballero en el mundo organizado conozca la exclusividad de los Antílopes. No me extraña, entonces, que pudiera distinguirlo entre la multitud; la educación se nota.

Continuó en ese estilo durante un rato, y tomamos otro trago, y aunque me divertía haberle colado una, me acabé cansando de su parloteo, así que me preparaba

para irme cuando dijo:

—Señor, no tengo más remedio que arrojarme a su merced. Me encuentro en una situación desesperada. Ay, yo no tengo su fibra moral. Soy un junco flexible, señor, y temo que la gran y venerable firma de Meriweather, banqueros, de la que algún día seré heredero, descubrirá en mí un pilar de arena.

»En resumen, señor, en dos semanas he dilapidado, en juegos de azar, los cinco mil dólares que mi padre puso en mi bolsillo para los gastos del primer mes de mi excursión por el Oeste. No me atrevo a ponerle un cable pidiéndole más. Apelo a usted como caballero entre la chusma. Veinte dólares, señor Crabb, una minucia para usted, podrían salvar mi vida.

»A cambio, recibiré mi pagaré, Jack, firmado con el nombre Meriweather, que vale tanto como la moneda oficial, y puede quedarse mi alfiler de corbata como fianza.

No podría haber sentido menos simpatía por él, pero la mención de aquella joya hizo que mi corazón se compadeciese rápidamente. Era grande como una bellota, y calculé que con veinte dólares no se podría haber pagado la caja en la que venía.

Sí que podía arañar ese poco, y saqué la cartera antes de que cambiase de idea.

—Dios le bendiga —dijo mientras cogía los billetes y me daba el alfiler—. Ojalá volviéramos a encontrarnos algún día bajo circunstancias más afortunadas.

Se sintió tan aliviado que salió de la cantina inmediatamente, sin darme el pagaré, lo cual me pareció perfecto, pues así aquello se convertía en una venta: media libra de diamante a cambio de veinte dólares. No sentiría escrúpulos por venderlo tan pronto encontrase un cliente, y me embolsaría la diferencia.

Pagué al camarero, y en la transacción dejé caer el alfiler al suelo y la joya se partió en suficiente número de añicos como para demostrar que era cristal puro.

Salí corriendo por la puerta y descubrí a aquella sabandija timadora escabulléndose calle abajo. Después de una persecución no muy larga, ya que yo era rápido de pies mientras que él no era tan veloz de piernas como de cabeza, le empujé contra una pared y le metí la pistola en el esternón.

Estaba sudando por el ejercicio y tragaba aire por la boca abierta, pero con tono casual dijo:

—Señor, ha descubierto mi farol.

—Y a lo mejor te descubro la tapa de los sesos —dije. Pero entonces me reí, pues siempre me ha gustado la gente animosa, y recuperé mis veinte y bajé mi arma—. Artista del tocomocho desde la cuna —dije.

—Bueno —dijo él—, eso tal vez sea excesivo. Fui completamente legal hasta que cumplí los doce.

—Lo que me sorprende —dije entonces— es que hayas conseguido algo. Ahora que te miro, veo que llevas el culo casi fuera de los pantalones, los puños mordisqueados como si te hubieran echado los perros muchas veces, y, ¿me parece ver un agujero en la parte de arriba de tu zapato, donde has echado tinta sobre tu

tobillo para que no se note?

—He conocido épocas mejores —dijo Allardyce, con el orgullo herido—. Pero sin duda mi racha actual de mala suerte ha de ser transitoria. Debes reconocer que mi técnica es irreprochable. Me compraste el alfiler sin pensarlo.

—Cierto —dije yo—. Fue solo por accidente que se me cayó; de lo contrario, te habrías salido con la tuya.

Suspiró hondo y dijo:

—Si te parece conveniente, prefiero ir directamente a la comisaría más cercana. Me perturba repasar mis fracasos.

—Estaba pensando, Allardyce —dije yo—, que realmente no he perdido nada con esta experiencia, y que nada me desagrade tanto como ver cómo privan de su libertad a un hombre. No me gustan las cárceles. Creo en matar a tiros a un hombre o dejarle libre. Ahora mismo tengo una gran necesidad de dinero, pero necesito un plan. Idear planes parece tu especialidad.

La autoestima volvió a él a ojos vista según hablaba. Incluyó el sombrero y manipuló su bastón, y no sé cómo el aire andrajoso volvió a hacerse invisible. Allardyce era un excelente actor, y podría haber ganado una fortuna en los teatros.

—Señor —dijo, dando una palmada con los guantes de ante en su mano izquierda y extendiendo la derecha hacia mí—, soy el hombre que busca.

Allardyce sugirió el timo del broche. Lo único que tenía que hacer era entrar en una joyería y comprar un broche que él ya había elegido.

—¿Cuánto va a costar? —preguté, y él dijo que, oh, sería cosa de unos trescientos dólares, y se cepilló las solapas de seda de forma tan altanera que una persona normal nunca habría notado lo desgastadas que estaban.

—Si tuviera trescientos dólares —dije—, no necesitaría dar un timo.

—Mi querido Jack —dijo Allardyce—, en un ejercicio de este tipo debes elevar todas tus exigencias en proporción a la suma que pretendes ganar. Nuestro objetivo aquí son dos mil dólares; por tanto, obtener trescientos como capital de inversión es un asunto menor. Entre mis dotes descubrirás que se encuentra cierta facilidad para robar carteras. Puedo reunir la cantidad necesaria en una noche, y me adelanto a tu pregunta: si soy tan diestro en ese arte, ¿por qué no me gano la vida habitualmente con él? ¿Por qué, por ejemplo, no te birlé la cartera en lugar de venderte el alfiler de corbata?

»¡Ah! —continuó—, ahí está el quid moral del asunto. Un hombre tiene que tener un concepto de sí mismo, una identidad. Yo soy un timador, Jack, y debo observar el código de mi profesión o no podría vivir con la cabeza bien alta. Puedo robar carteras si conviene para un timo; de lo contrario, mis dedos perderían destreza, no tardarían en detenerme y puedes imaginar mi vergüenza al ser llevado ante el tribunal de justicia como un vulgar raterillo.

Allardyce era un bandido filosófico, y tuve la sensación de que podría haberse tirado fácilmente un par de meses reflexionando sobre la cuestión, pero yo estaba impaciente por reunir el dinero, así que le dije que se pusiera en marcha, cosa que hizo, y al cabo de uno o dos días apareció con los trescientos dólares, lo cual supongo que demostró su devoción al ideal, pues podría habérselos bebido o haberlos despilfarrado de cualquier otra forma. Pero una vez aceptabas el hecho de que era un canalla, resultaba bastante honrado, si entiende lo que quiero decir.

Aquí era donde participaba yo. Cogí el dinero y fui a una joyería de mucha clase llamada Kaller & Co., donde compré el broche que me había descrito, que era inconfundible: un corazón hecho de rubíes dentro de una guirnalda de oro, y en medio del corazón había un pequeño diamante. Pedían cuatrocientos, pero cuando les ofrecí trescientos, lo tomaran o lo dejaran, lo tomaron. Esto también dejó claro que mi compra había sido puramente casual. Sin duda pensaron que era un rancharo con algo de dinero de sobra que se lo gastaba en una puta de la que se había encaprichado, lo cual no era raro en Kansas City.

Al día siguiente Allardyce fue a la tienda y fingió que le daba un síncope cuando descubrió que habían vendido el broche. Oh, debió de hacerlo a la perfección, pues como digo, era un actor nato y me habría encantado verlo, pero se suponía que no tenía que haber ninguna relación entre nosotros dos. Allardyce se hizo pasar por un ricacho del Este de visita. Había visto la chuchería en el escaparate de Kaller, dijo, y había decidido comprarla para su enamorada, pero había tenido que esperar a que llegaran los cinco mil dólares de su asignación mensual que le mandaba su padre, el conocido banquero, etc. Ahora que había ido corriendo a la tienda con el dinero necesario, sentía que Kaller le había dado una puñalada traperera al deshacerse de aquella baratija.

El viejo Kaller, calvo y con el cuello levantado, se hizo cargo del asunto personalmente.

—Pero, señor —dijo—, no teníamos ni idea de que estuviera interesado en esa pieza. Si al menos...

Pero Allardyce le interrumpió y se dejó llevar por una rabieta, durante la cual se negó a mirar ninguna otra joya, amenazó con dejar de comprar en el comercio de Kaller —aunque nunca había puesto el pie allí antes— y exigió que le consiguieran un duplicado del broche desaparecido.

—Era único, ¿sabe? —dijo el astuto viejo Kaller—, pero telegrafiamos a Nueva York. Tal vez podamos convencer al artesano para que haga uno más para tan ardiente admirador de su trabajo.

Cuando Allardyce oyó la palabra «Nueva York», le dio otro ataque, y el personal se puso a abanicarle y a traerle agua. Por fin hizo saber que pensaba salir de Kansas City al día siguiente, rumbo a San Francisco, donde vivía su bella enamorada, y que aquel broche o un duplicado valdría dos veces, no, tres veces el precio de venta si podían ponerlo en sus manos antes de que cogiese el tren de la tarde.

Kaller casi se tragó su pañuelo.

—Ah, bueno —graznó—, tal vez sea posible, tal vez sea posible. Estábamos pidiendo —dijo, el viejo zorro—, estábamos pidiendo, creo, mil dólares.

Dirigió los ojos hacia Allardyce como si estuviera a punto de sufrir un ataque.

Con la mayor negligencia posible, Allardyce dijo:

—Entonces le pagaré tres mil. Pero basta de mezquinas demoras, hombre, será mejor que se dé prisa. La hora límite es mañana a mediodía. Hasta entonces, podrá localizarme en el hotel Excelsior.

Y entregando una de sus tarjetas, salió de la tienda.

En el transcurso de mi compra, había hecho saber a Kaller cuál era mi hotel, así que lo siguiente que hizo el joyero fue correr a verme. No queriendo implicar a Amelia en aquel sórdido asunto, le hice pasar a mi cuarto y cerré la puerta. De todas formas, ella estaba tomando una de sus lecciones de canto en el salón con la Signorina Carmella, y los berridos no ayudaron a tranquilizar los nervios del viejo Kaller.

—Ha ocurrido algo terrible, mi querido señor Crabb —dijo—. El broche ya había sido adquirido por otro cliente que lo había pagado por adelantado a uno de mis socios, aunque yo ignoraba tal transacción. ¿Sería posible que le reintegrase el dinero y me lo llevase? Sé que supone una terrible molestia, y tengo la intención de compensarle, señor. Por favor, acepte cualquier otra joya con un diez por ciento de descuento.

Me reí para mis adentros al recordar lo que Allardyce me había contado de la filosofía del tocomocho: en cualquier timo hay dos bandidos, la víctima y el victimizador, y no se puede implicar en un timo a un hombre honrado. Claro que luego dijo que en todos sus viajes nunca había encontrado a un individuo del segundo tipo. Pero fíjese en el viejo Kaller: quería ganarse 2.700 dólares, a cambio de lo cual me concedería una rebaja de veinte pavos.

Así que no sentí ninguna simpatía por él. Dije que aquello estaba fuera de toda cuestión, que mi querida sobrina, que estaba en el cuarto de al lado, la famosa concertista, se había enamorado de aquella baratija y que me cortaría la garganta antes que quitársela ahora; que la venta había sido legítima y que no era problema mío si no sabía dirigir su negocio.

Bueno, por fin empezó a ofrecirme más, y yo dije que el dinero no significaba nada en aquellas circunstancias, así que aumentó la cifra en varios grados, y mi único temor fue que al viejo diablo le diera un infarto en su desesperación y muriese sobre mi alfombra antes de llegar a dos mil, que es lo que Allardyce y yo habíamos decidido que sería una cantidad razonable, pues si el beneficio de Kaller bajaba mucho más, podría olerse la tostada.

Llegó a final de trayecto al cabo de dos horas, y yo dije:

—Trato hecho, señor Kaller. No soporto ver sufrir a un ser humano.

Llevaba el dinero encima, y cuando sacó su fajo lamenté no haber subido a dos

mil quinientos, pues parecía que había traído esa cantidad, pero demonios, aun así, no estaba mal para ser la primera vez. Había ganado cien por diez por un par de horas de trabajo. Luego me reuní con Allardyce en una taberna y dividimos el botín por la mitad.

—Me he registrado en el Excelsior —dijo—, y he dejado dicho en recepción que si llega Kaller le digan que he cambiado de planes y que me he ido de caza al oeste de Topeka, y que volveré dentro de una semana, momento en el cual confiaba en que él y yo pudiéramos hacer negocios. Eso —dijo— cubrirá sobradamente mi fuga de la ciudad.

—¿Adónde vas a ir, Allardyce? —pregunté, porque llevaba una vida interesante.

—Oh, supongo que a San Luis. Allí estoy limpio. ¿Y tú, Jack? Te aconsejo que te vayas de Kansas City. Es cierto que Kaller no tiene nada contra ti, pero pronto comprenderá la jugada y me imagino que eso podría causarte ciertas molestias. ¿Por qué no te vienes conmigo? Creo que tienes talento natural para el tocomocho.

No sabía nada de Amelia, pues le había mantenido alejado de mi hotel. Al fin y al cabo, era un bandido.

—Pudiera ser —dije—. Pero creo que mi verdadera vocación está al aire libre. Voy a dirigirme al territorio de bisontes para la caza de invierno.

Allardyce extendió la mano.

—Ha sido un placer, Jack.

—Me siento orgulloso de haberte conocido, Allardyce —dije—, y te deseo lo mejor en cualquier diablura que se te ocurra a continuación.

Aquella fue la última vez que le vi, de pie en aquella taberna infame, pidiendo una botella de champán, tan impaciente por empezar a darse la gran vida que no podía esperar a llegar donde pudiera practicarla convenientemente. Tuve la sensación de que volvería a estar sin blanca al cabo de uno o dos días, pues lo que le gustaba del tocomocho era la actuación necesaria más que el dinero obtenido. ¡Era todo un profesional! Y una persona muy agradable que me ayudó en Kansas City.

Di unas migajas a mis acreedores para mostrar mi buena voluntad y para acallar sus ladridos un tiempo, y entregué un pago por adelantado para una escuela femenina que por fin encontré para Amelia. Era un sitio muy encopetado donde residían las estudiantes, con una directora tan engreída que apenas era capaz de decir una sola palabra.

Sé que con la habitual miseria mental con la que una persona escucha los recuerdos de otra, estará esperando descubrir que tarde o temprano Amelia volvió a sus antiguos hábitos. La gente detesta ver cómo se reforman los demás. Voy a tener que decepcionarle. No había fuerza en la tierra capaz de impedir que Amelia se convirtiera en una dama refinada ahora que había probado esa vida. Para poner un ejemplo, si mientras comíamos en un restaurante se le caía el tenedor, ella no se agachaba a recogerlo. Para eso está el servicio, decía. Y llegó a tal punto que aplicaba el mismo principio a todo lo que hacía, de manera que si estábamos en nuestros

apostentos y dejaba que un libro resbalara de su regazo a la alfombra, tiraba de la campanilla para que uno de los botones subiera corriendo, recogiera el volumen y se lo diera.

Lo único que me preocupaba era que pudiera resistirse a ingresar en la Academia para Jóvenes de la Señorita Wamsley, que parecía bastante austera después de aquel verano suntuoso en el hotel, con el alemán, la Signorina Carmella y todo eso, pero mis temores resultaron infundados, pues la señorita Wamsley venía de Inglaterra, o puede que solo de Boston, pero el caso es que hablaba con acento británico, y aquello fue algo más o menos novedoso para Amelia. Después de nuestra primera visita para matricularla, dije a mi sobrina:

—¿No echarás de menos a la Signorina?

—No me hagas reír —contestó ella, con perfecto acento británico.

No quise preguntarle si echaría de menos a tío Jack. No esperaba que lo hiciera, pero tampoco deseaba oír una mentira o una verdad dolorosa. No era tan tonto como para no darme cuenta de que cuanto más se convertía en lo que yo quería que fuese, menos le entusiasmaba mi presencia.

Así que sentí que no habría mejor momento para ir a cazar bisontes, liberando a Amelia de su relación conmigo y también ganando más dinero con el que mantener su estilo de vida. No volvería hasta la primavera siguiente; tal vez entonces podría visitar la escuela uno de cada dos domingos, cuando se aceptaban visitas para tomar el té, e intentara acordarme de sacar la cuchara antes de sorber. De momento no tenía otros planes a largo plazo.

Después de pagar por adelantado medio año de escuela, además del dinero para gastos de Amelia, no me quedó mucho efectivo, pero pude conseguir la mayor parte de los arreos necesarios mediante crédito, y contraté un desollador, a quien no tendría que pagar hasta que volviéramos en primavera y vendiéramos nuestras pieles. Lo hice en Caldwell, Kansas, que en aquel momento era la central del negocio del bisonte. En cuanto a Kansas City, me marché de la ciudad en mitad de la noche, dejando todas mis deudas atrás, incluida la factura del hotel. Que yo sepa, todavía les debo dinero.

El territorio de bisontes se extendía desde el sur de Nebraska hasta el río Colorado en Texas. Antes del ferrocarril, llegaba hasta Canadá sin interrupciones. Las grandes manadas se dirigían hacia el norte a medida que hacía más calor, y volvían al sur cuando las primeras nieves empezaban a caer por allí arriba.

Cuando digo, como he hecho en alguna ocasión, que la manada continental quedó dividida en dos por el Union Pacific, no quiero decir que no quedaran abundantes animales al sur de las vías, ni tampoco al norte. En realidad, había al menos diez millones de bisontes en 1871, pues esos fueron los que murieron en las llanuras del sur desde ese año hasta 1875. Diez millones en cinco años. Y yo ayudé a ese exterminio con todas mis energías personales, por la sencilla razón de que cuantas

más pieles conseguía uno, más dinero ganaba. El uso principal que se daba a aquellas pieles una vez curtidas era convertirlas en correas para la maquinaria. Pero también hacían zapatos, arneses y mantas para las piernas. Cuando eras cazador de pieles, no tenías instalaciones ni tiempo para ocuparte de la carne de las criaturas que matabas, aparte de quedarte ocasionalmente con una lengua o una joroba para tu propia cena; así que la mayor parte se abandonaba donde había muerto el animal, y era devorada por los lobos o se pudría bajo el sol. En días posteriores alguien descubrió que los huesos eran un buen fertilizante, así que fueron recogidos a carretadas, los molían hasta convertirlos en polvo y los granjeros los esparcían en sus terrenos.

Eso todavía dejaba pendiente la cuestión de la carne, y uno no puede ignorar el hecho de que se desperdiciaba mucha, mientras que los indios generalmente consumían de una u otra forma cada palmo de bisonte, desde las orejas hasta las pezuñas, incluidas incluso sus partes viriles, de las que obtenían un pegamento al hervirlas. Sin embargo, como sabe por mi historia, los indios pasaban hambre frecuentemente antes de que los bisontes fueran exterminados, y aún más antes de que el hombre blanco hiciera su aparición, con anterioridad a lo cual no tenían caballos con los que cazar, ni armas con las que disparar a los bisontes a larga distancia mientras iban a pie.

Debe tener en cuenta algunas cosas antes de culparnos a los cazadores, tal y como yo lo veo. Solo estábamos intentando ganarnos la vida, y lo único que nos preocupaba era el valor de mercado de las pieles. A veces uno acaba con la idea, si se fía de los relatos que circulan sobre esta empresa, escritos por hombres que no estuvieron allí, de que el gran ejército de cazadores salió con la intención de exterminar hasta el último bisonte del continente, para así despejar las llanuras para pasto de ganado, o para aniquilar a los indios destruyendo su fuente de comida salvaje. Estas cosas ocurrieron, por supuesto, pero no formaban parte de nuestro plan. Solo éramos un puñado de individuos con rifles Sharps, y si alguna vez hubiera podido subir a lo alto de una loma y ver un océano gigantesco de puro bisonte cubriendo tal vez veinte millas de extensión, no podría creer que llegaría el día en que unos pocos miles de nosotros provocásemos que esos millones desapareciesen por completo.

Sin embargo, una vez dicho eso, ahora tengo que reconocer que fue una desgracia. Pero lo hicimos, y fue así: a finales de agosto y principios de septiembre, los cazadores subían a Nebraska, entraban en contacto con las manadas y las seguían al sur hasta Texas a medida que hacía cada vez más frío, matando bisontes por el camino. La caza normalmente se extendía hasta marzo del año siguiente. En primavera, los cazadores clausuraban sus operaciones y se iban a Kansas City, tal y como hemos visto, a pasar las vacaciones, mientras los bisontes mudaban la piel en su lento camino de regreso al norte.

Para este tipo de caza no se utilizaba el caballo. Te acercabas a pie todo lo que podías hasta alguno de los grupitos en los que se dividían las manadas mientras

estaban pastando, echabas tu mirilla al suelo, introducías en ella el largo cañón del Sharps, y te ibas cargando animales uno por uno alrededor de los límites de la manada. Si lo hacías bien, podías tirarte un buen rato haciendo esto antes de que los bisontes se dieran cuenta, pues no les molestaba el ruido de los disparos ni les preocupaba que sus camaradas cayeran alrededor. Lo único que les asustaba era el olor de la sangre.

Si el viento era favorable, podía abatir más de treinta animales mientras los demás seguían pastando tranquilamente, pero si se superaba en mucho ese número, algún macho acabaría captando una vaharada de sangre y se agitaría y patearía el suelo, y entonces otro animal lo olería y berrearía, lo cual asustaba a todos, y así hasta que la manada entera se extendía sobre cinco millas cuadradas de pradera, y en menos de un minuto veías la cola de una monstruosa estampida. O, como ocurría de vez en cuando, pues podría haber otros cazadores trabajando al otro lado de la misma manada, la estampida venía en tu dirección y veías un impresionante horizonte de cuernos un momento antes de morir pisoteado.

Pero normalmente eso no ocurría, y cuando la manada se había dispersado, el desollador llegaba con el carromato, que se había mantenido atrás hasta aquel momento, y se ponía a trabajar en los animales caídos. Hacía unas rajitas, echaba una cuerda alrededor de la piel del cuello, ataba el otro extremo a un caballo y hacía que echara a andar, pelando la piel entera. De regreso al campamento, estiraban las pieles para curarlas y después las amontonaban para esperar a los compradores, que enviaban carros de vez en cuando a todas las partidas de caza.

Bueno, señor, eso fue más o menos lo que me ocupó en el invierno de 1871-72, y mi desollador y yo acabamos la temporada bajo el río Canadiense, en la Texas Panhandle. A finales de marzo volvimos a Caldwell e hicimos cuentas con los compradores de pieles y recibimos unos seis mil dólares por el trabajo de aquel invierno, lo que significa que yo solo maté más de dos mil quinientos bisontes mi primera vez. Veteranos como Billy Dixon y el Viejo Keeler sacaban más.

Sin embargo, parecía que no hiciéramos mella en la población de bisontes. Cerca de Prairie Dog Creek, bajo el Canadiense, el desollador y yo subimos una loma y vimos el mundo entero alfombrado con pelo castaño. Creo que se podían ver veinticinco millas de pradera, pues el día era claro. Moviendo el brazo extendido de izquierda a derecha por el horizonte, podría haber señalado a un millón de bisontes.

En Caldwell, mi socio y yo nos repartimos las ganancias. Después de pagar lo que debía por los arreos, todavía me quedaron varios miles de dólares, y volví a Kansas City para ver cómo le iba a Amelia.

Antes de llegar a eso, sin embargo, debería mencionar una especie de coincidencia que experimenté. ¿Recuerda aquel tipo de nombre extraño que me había precedido como mulero en el viaje de San Pedro a Prescott, Arizona? ¿Wyatt Earp? Bueno, pues tuve un encontronazo con él en el territorio de los bisontes, y voy a contarle cómo fue.

CAPÍTULO 23

Amelia prospera

En aquella época estábamos en Salt Fork, en el río Arkansas. Por la noche, después de cazar durante el día, los cazadores de bisontes de la zona nos reuníamos en un campamento mayor para compartir unas bebidas y unas partidas de póquer. El origen del alcohol eran los buhoneros que venían con carromatos de barriles. No había lugar lo bastante remoto para ellos. Había muchos sitios en la llanura donde uno podría haber muerto por falta de agua, pero se podía echar un trago de whisky casi en cualquier parte.

Una tarde, el desollador y yo nos acercamos a un campamento para echar un trago, y ¿a quién vi atendiendo el carro del whisky, sino a mi hermano Bill? Hay que reconocer que había encontrado su oficio a una edad temprana y no se había desviado de él. Tal vez recuerde que en el 57, cuando le encontré vendiendo matarratas a los indios, tenía un aspecto lamentable. Bueno, al haberse hundido tanto y tan pronto, no había degenerado mucho más durante los quince años siguientes. Había perdido todos los dientes, pero aparte de eso me parecía el mismo de siempre: sucio en extremo, por supuesto, y cuando me acerqué estaba contando a sus clientes que conocía a John Wilkes Booth, que no había muerto, sino que vivía en aquellos momentos en El Paso, Texas, donde tenía una tienda.

Habiendo oído de labios de Bill mismo cómo mezclaba su mercancía, decidí abstenerme aquella noche, pero no podía disuadir al desollador de que renunciase a su trago sin revelar nuestro parentesco, cosa que no tenía interés en hacer, de modo que él fue a pedir algo. Resultó que Bill estaba llegando al fondo del barril, y tuvo que inclinarlo para llenar el cazo. Al hacerlo, dirigió su boca hacia la lumbre, y vi que mi desollador miraba dentro y luego se quedaba mirando a Bill.

—Aguarda —dijo—. ¿Qué son esos bultos del fondo?

—Son solo las heces. Ya sabes, como en el vinagre.

El desollador le apartó y volcó del todo el barril, y media docena de objetos salió deslizándose con las últimas gotas de whisky. Cuando estuvieron junto a la luz del fuego, su identidad ya no estuvo en duda.

—Eres un hijo de... —dijo el desollador—. ¡Son cabezas de serpientes de cascabel!

Bill sonrió sin dientes.

—Bueno, es verdad —dijo.

Entonces todo el mundo empezó a mosquearse y amenazó con abrir el resto de su género, de modo que reconoció que no había ningún barril de whisky a bordo que no tuviera seis cabezas de serpiente dentro. La noticia hizo que algunos de los que

habían estado bebiendo se metieran entre los arbustos a vomitar, y que el resto sacara los lazos y buscara una rama conveniente para colgar a mi hermano. Pero un hombre^[70] joven, alto y delgado se abrió paso a empujones entre la multitud y dijo a Bill:

—Recoge y lárgate de aquí y no vuelvas más.

—No hacen daño a nadie —dijo Bill lloriqueando con indignación—. Solo le dan un poco de fuerza. A los chicos les gusta cómo sabe mi mercancía.

—Largo —dijo el tipo delgado—. Y vosotros apartaos y dejadle que se vaya.

Y por Dios que lo hicieron; no sé por qué, porque no me pareció nadie especial, pero tenía parte de la seguridad de Custer y Hickok, aunque no su pelo largo.

El desollador se reunió conmigo y dijo:

—¿Habías visto alguna vez algo parecido?

Se refería a mi hermano, y como estaba un poco tenso, me limité a eructar. La visión de las cabezas de serpiente me había afectado, aunque no había llegado a probar ni una gota de aquel matarratas.

El tipo delgado se acercó rápidamente a mí y mirándome fríamente desde debajo de sus cejas negras y rectas, dijo:

—¿Tienes alguna objeción?

Le dije que no, pero también le pedí que me diera alguna maldita razón por la que pensaba que la tenía.

—Acabas de decir mi nombre —dijo.

—No sé cómo te llamas —dije yo.

—Earp —dijo él.

—Oh —dije yo, riendo—, lo que he hecho ha sido eructar.

Me tumbó de un puñetazo.

Bueno, señor, me levanté directamente con el arma en la mano, pero Earp se había marchado a grandes zancos, dándome la posibilidad de agujerearle la espalda o estar de acuerdo con él en dar por cerrado el incidente. Pero maldita sea si iba a dejar que él tuviera la última palabra, así que le lancé un insulto especialmente espectacular delante de los otros cazadores, y él se dio la vuelta y volvió hacia mí.

—Desenfunda, maldito Eructo —dije yo, pues en sus pasos medidos había llegado a menos de diez pies de mí y su arma seguía enfundada, sus manos balanceándose libremente mientras caminaba. Pero siguió avanzando, y descubrí que era imposible levantar el arma y dispararle si él no echaba mano a la suya, cosa que no hizo. Por fin, habiendo llegado a una distancia de un pie, agarró mi muñeca derecha con los nervudos dedos de su mano izquierda, sacó la pistola y me golpeó en la cabeza con su pesada culata. Quedé fuera de combate.

Aquella era la técnica conocida como «bisontera», y fue la favorita de Wyatt Earp cuando se convirtió en *marshal* posteriormente. En toda su vida de violencia, solo mató a dos o tres hombres, pero bisonteó a varios miles. Creo que era el tío más duro con el que me crucé jamás. En circunstancias similares, Wild Bill habría matado a su

adversario. Earp no, él era demasiado duro. Desenfundar ante ti significaba que te consideraba un adversario digno; pero nunca lo hacía; pensaba que la mayor parte de la gente era demasiado inferior para matarla, así que se limitaba a abrirles la cabeza. No sé cómo funcionaba, pero cuando te miraba como si fueras basura, aunque no estuvieras de acuerdo con él, tenías dudas suficientes para retener tu arma un minuto, y para entonces ya te había tumbado.

Como he dicho, volví a Kansas City en la primavera de 1872, me pagué un corte de pelo y un baño de veinticinco centavos en la barbería, y habiendo sacado mis ropas urbanas de un baúl que había guardado, fui a la escuela de Amelia.

Su directora cara de pasa no pudo ser más amable.

—Ah —dijo, sirviéndome una tacita de té—, nos preocupaba que no volviera con nosotras a tiempo de su expedición científica.

Estaba impaciente por ver a mi sobrina y los nuevos refinamientos que hubiera adquirido durante el invierno, pero pensé que tenía que seguirle el juego a la señorita Elizabeth Wamsley, especialmente mientras estaba sentado en el saloncito de su Academia para Jóvenes, con una planta enmacetada metiéndome las hojas en la oreja y un paño de ganchillo bajo mis brazos y otro en la nuca para recoger la grasa de oso.

—Confío —dijo la señorita Wamsley— en que haya recogido muchos fósiles raros para depositar en nuestros museos del Este.

Ya se imagina la versión que había dado Amelia de mis cacerías de bisontes.

—Debe hablarme de ello —dijo la señorita W.—. Pero antes, creo que deberíamos resolver ciertos asuntos que, aunque vulgares, son imperiosos. En realidad —dijo, mostrando sus largos dientes delanteros en una supuesta sonrisa—, ¿no se trata siempre de lo mismo?... Por supuesto, señor Crabb, comprenderá que cuando una estudiante se retira después de más de dos semanas de un trimestre determinado, no tiene derecho a reembolso.

Me tragué el té de un solo trago, para que no manchara mucho si dejaba caer la taza y el platillo.

—Amelia se ha escapado —dije, y mi corazón se convirtió en un hueso.

La señorita Elizabeth Wamsley lanzó una risita aguda que sonó como si alguien estuviera desgarrando un chal de seda.

—¡En absoluto, señor Crabb! Nuestra querida Amelia va a casarse. No teníamos medios de comunicarnos con usted, ni telégrafo ni dirección postal para contactarle en su recóndito desierto.

—¿Con quién? —pregunté.

Supongo que si no hubiera estado en aquel saloncito atestado con su peste a flores secas, habría seguido la pregunta con una ferviente amenaza de muerte. Había asumido de forma natural que cualquiera que pudiese querer casarse con Amelia, o que dijera que lo haría, tendría que ser alguna sabandija indeseable. A pesar de mis

frecuentes alusiones a la clase que había adquirido, en el fondo de mi alma anidaba el recuerdo de haberla arrancado de la cloaca, y el convencimiento de si la dejaba a su aire volvería allí.

La señorita Wamsley dijo:

—No obstante la modestia que tenemos por norma, señor Crabb, creo que en este caso se nos puede permitir sugerir nuestra satisfacción por el compromiso de Amelia. Las alumnas de la Academia Wamsley son señoras de algunas de las mejores casas de nuestra nación, y...

—¿Con quién? —volví a preguntar, pues no me daba cuenta de que lo estaba demorando para aumentar el efecto, en lugar de para amortiguar el golpe.

Le juro que entonces mencionó el nombre de un senador del estado, y dijo que era su hijo, un joven abogado de Kansas City, que la señorita Wamsley había contratado para representar a la Academia en un asunto de falta de pago de instrucción —aquí me lanzó una mirada muy significativa—, en el curso del cual había visitado la escuela, había visto a Amelia y «su corazón había sido atravesado por la flecha de Cupido», según mi informante. El cortejo tuvo lugar durante el invierno, y el matrimonio quedó fijado para mayo. Era por eso por lo que la señorita Wamsley estaba preocupada por los pagos; su semestre duraba hasta junio. El dinero que había depositado el otoño pasado solo cubría el primer semestre. En lo que llevábamos de 1872, la señorita W. había mantenido a Amelia tirando de crédito, aunque por supuesto sabía que un famoso explorador como yo haría honor a su deuda.

Le pagué de inmediato una hermosa suma. Me avergoncé por mi rápido y erróneo juicio de Amelia, pero el veloz ascenso de aquella chica me había dejado aturdido. Un matrimonio respetable era lo que había soñado para ella, pero que llegara tan pronto me había cogido por sorpresa.

La vieja urraca se marchó en cuanto recibió su dinero, e hizo llamar a Amelia, que estaba en clase de ganchillo o algo así. Mi sobrina me besó en la mejilla y me sentí muy aliviado de haberme afeitado justo antes. Pues si alguien se acercaba a la dulzura de la señora Pendrake, era ella. Y sepa que la señorita Wamsley y las chicas de su Academia vestían de forma muy severa, con ropas de colores oscuros y se cubrían desde el mentón hasta el tobillo, sin pintura ni polvos ni joyas, y la mayoría de las estudiantes que veía no se distinguían de una bandada de gorriones. Eran tristes. Pero Amelia no. Bajo las mismas circunstancias, parecía absolutamente suprema.

Se sentó a mi lado en el sofá, con las manos sobre el regazo y el mentón en un ángulo grácil, y dijo:

—Espero que tu viaje fuera satisfactorio.

—La señorita Wamsley —dije yo— me ha dicho que te vas a casar.

Una chispa se iluminó en sus ojos, y rápidamente añadió:

—No tengo ninguna objeción. —Y luego dije—: Supongo que estás enamorada.

Amelia me miró primero con orgullo desde la punta de la nariz, y luego adquirió

repentinamente una expresión sabia: ni dura ni cínica, simplemente realista.

Dejando de lado su anterior tono noble, dijo:

—Nunca creíste que fuera tu sobrina por vínculos de sangre, ¿verdad? Porque si lo creíste, sinceramente me sentiría fatal.

Ya sabe que uno puede pasar por la vida durante años sin enfrentarse a cuestiones esenciales de este tipo. Las definiciones absolutas normalmente hacen que una persona se sienta peor. He conocido bebedores empedernidos que han sobrevivido durante años solo por no reconocer que son borrachos incorregibles. Recuerde cuando empecé mi asociación con Amelia que creí en nuestro parentesco de sangre basándome en pruebas bastante débiles; que una chica en su posición sería capaz de decir cualquier cosa que él quisiera oír a un cliente; que interpretar el papel de mi sobrina era una profesión mucho más fácil que aquella de la cual la había rescatado.

Estas cuestiones no me eran desconocidas. Pero mire: dada la clase de vida que había vivido, me había ganado el derecho a decir quién era o no era mi familia. Todas las familias auténticas que había tenido me las habían arrebatado de forma desastrosa. Llegué a pensar que estaba gafado para las relaciones naturales, y cuando la pequeña Amelia se ofreció, acepté de inmediato y creí que el privilegio era mío.

—Quiero decir —dijo— que sabía que tú sacabas tu diversión de esto y yo también, pero ahora me ha surgido una oportunidad de ser respetable y, ¿quién sabe si volveré a tener otra igual? —Me cogió la mano, y dijo—: Me encantaría que fueses mi padrino en la boda. Mi madre se escapó con un viajante cuando tenía doce años, y mi padre bebió hasta morir un par de años después. Ocurrió en Saint Joseph, y a partir de entonces todo fue cuesta abajo. Un tipo que venía a casa de Dolly solía hablarme de los mormones, que es por lo que conozco sus costumbres.

Sonrió; supongo que podría decir que en cierta forma seguía conservando una cierta cualidad inocente que era genuina.

Bueno, señor, cuando me hube acostumbrado a la idea, me sentí muy orgulloso. Sentí tristeza porque pronto perdería la compañía de mi «sobrina», pero la satisfacción de saber que había alterado su destino de forma significativa hizo que casi me compensara. Si la respetabilidad siempre me había sido negada de forma personal, al menos en este caso podía conseguírsela, por así decirlo, a otra persona. Un hombre blanco no puede aspirar a más.

—Amelia —dije—, no hace falta tener lazos de sangre para sentir vínculos familiares con una persona. Yo estoy emparentado como hermano natural con un hombre que es tan vil que es capaz de echar cabezas de serpiente en el whisky que vende, y me importa un bledo, si me permites la expresión. La mayor parte de la gente que de verdad me ha importado en este mundo la he elegido yo. Creo que los verdaderos parientes de cada hombre están desperdigados por el universo, y raras veces, si no nunca, pertenecen a su familia inmediata.

»Así que eres mi sobrina en el único sentido que significa algo. Y como te quiero como tal, no voy a hacer de padrino para ti. Será mejor que vayas como huérfana a

esta boda, que al fin y al cabo es la verdad.

Protestó mucho, lo cual me hizo sentir bien, pues supongo que no habría querido que estuviera allí si no hubiera sentido algún cariño hacia mí, pero me mantuve firme. Había visto que mi viejo sueño de conseguir que se casara bien y luego pasarme por su casa un domingo para cenar con ella y su marido no funcionaría. No podría mantener la fachada de explorador o buscador de fósiles o el cuento que hubiera contado al senador respecto a su «tío». Sin embargo, pasado un tiempo me di cuenta de que sería humillante que no tuviera nadie a su lado, teniendo en cuenta que la boda iba a ser un acontecimiento social al que asistiría lo mejor de Kansas City. Así que prometí proporcionarle un hombre.

Acudí a la Signorina, y por San Jorge que resultó que en aquellos momentos vivía exactamente con la clase de hombre adecuado: un caballero decadente, de unos cincuenta años de edad, con patillas grisáceas y perilla afilada. También era un alcohólico, pero juró que podía recorrer el pasillo de una iglesia sin tambalearse si se apoyaba en el dinero que le daría.

También compré a Amelia un precioso vestido de novia, junto con un vestuario completo para después; y todo el dinero que me quedó se lo regalé como dote. Nunca dijo una palabra de agradecimiento. Nunca había expresado ningún sentimiento de gratitud en ningún momento de nuestra asociación, pues sabía que yo también salía ganando. Tal vez pasar una temporada como ramera no sea la peor educación para una mujer.

Asistí a la boda desde el coro, y vi por vez primera al joven con quien se casaba, que no valía demasiado. Era alto y fofo, y llevaba gafas con veinticinco años de edad. Su padre era un hombre robusto de mandíbula dura y pelo gris acero. Era fácil darse cuenta de que Amelia sustituiría al viejo como suministrador de fuerza para el muchacho.

El amante de la Signorina Carmella estuvo excelente en su papel. Caminó tan recto por el pasillo, con Amelia del brazo, que era como si tuviera un andamio de acero debajo de la cola del chaqué. Carmella, por el contrario, no asistió a la ceremonia. La pareja seguía una regla según la cual en todo momento uno de los dos tenía que estar tirado en casa, borracho. Hoy le tocaba a ella.

Pero vino Dolly, y lo contempló desde lo alto, conmigo. Se emocionó mucho al ver cómo había prosperado una de sus chicas, y lloró durante todo el servicio, aunque no vi rastros de lágrimas en su maquillaje cuando terminó. Cuando los recién casados habían salido por la puerta de la iglesia y varios ricachos se amontonaban alrededor de su carro echando arroz a la cara de aquel marido miope, mientras Amelia mantenía un gesto ligeramente sarcástico, Dolly volvió a apoyar su pecho en mi codo y dijo:

—Ha sido digno de recordar. Vente a mi local, y échate uno gratis, Brazo Corto. A lo mejor encuentras otra sobrina.

Nos mantuvimos en la retaguardia de la multitud para no avergonzar a Amelia, y cuando el carro se marchó, fue la última vez que vi a aquella mocita. ¡Pero maldita

sea si hacia 1885 o 1886 no leí en un periódico que Grover Cleveland había metido a su marido en el Gabinete! Así que tuvo mucho éxito, la única pariente que he tenido de la que se pueda decir tal cosa, y por eso le he contado la historia.

Me dediqué a la caza del bisonte el par de inviernos siguientes, y en verano me dejaba caer por las ciudades vaqueras de Kansas, jugando al póquer. También me dio por jugar al *faro*, un juego popular en aquella época. En cuanto al bisonte, juro por Dios que hacia la temporada 1872-73 ya se podía notar que las manadas habían empezado a disminuir. Todavía había cientos de miles, pero no millones. Muchos, pero no infinitos. Si hubiera visto uno de esos centros de recogida del ferrocarril donde se llevaban las pieles, se habría dado cuenta de por qué. Lo que desde la pradera parecía una nueva manzana de edificios, en realidad eran montones de pieles esperando a ser cargadas en los mercancías. Y en el territorio de caza ya nunca se encontraban aquellas inmensas manadas con las que mi desollador y yo nos habíamos encontrado en el 71. No, aquella fue una imagen fabulosa que nunca ha vuelto a repetirse en este continente.

Pero si el bisonte había empezado a escasear porque era salvaje, su primo el novillo ganaba terreno. Los rebaños de ganado subían por la Ruta de Chisholm desde Texas, atravesaban las Naciones y llegaban a Kansas, a las nuevas ciudades que habían brotado al llegar los ferrocarriles. Casi cada año a partir de principios de los 70 se ponía de moda un sitio nuevo, empezando por Abilene y luego Ellsworth, Wichita y Dodge City. Todo el mundo quería los rebaños, pues a los vaqueros les pagaban después de que entregaran los animales a los establos del ferrocarril, y por supuesto, como hacía meses que no veían una mujer ni ninguna otra muestra de vida civilizada, se desahogaban de lo lindo con los entretenimientos locales.

Así que era rentable para los empresarios, y a los vaqueros se les animaba a divertirse hasta la saciedad, excepto que cuando decías algo así a aquellos hombres, tendían a tomárselo de forma literal, pues llevaban semanas tragando polvo y soportando el tiempo terrible y las estampidas —un estornudo fuerte en mitad de la noche espantaba a un rebaño entero—, y tal vez también a los cuatrerros y los indios. De modo que si un cowboy veía un lema como el que cierta ciudad había puesto en la ruta: EN WICHITA VALE TODO, se emborracharía como un cerdo en el momento en que pusiera el pie en Douglas Avenue, y al momento siguiente habría desenfundado la pistola y estaría descargándola temerariamente.

Bueno, tuve encontronazos con vaqueros y tengo las cicatrices que lo demuestran, y estuve en Wichita un par de veces en los años en que «todo valía», excepto que al cabo de un tiempo contrataron a mi viejo amigo Wyatt Earp para asegurarse de que el asunto no se saliera de madre. Cuando le vi en acción, abriendo cabezas con el cañón de su pistola, le aseguro que mejoró mi opinión de los tejanos.

Supongo que habrá entendido que durante aquellos años no pertenecí a ningún

grupo en concreto. Tal vez no fuera tan viejo, pero empecé a pensar en mí mismo como una reliquia de una época anterior, antes de los ferrocarriles, los novillos y los pistoleros y las calles principales llenas de salones de juego y de tiendas de artículos de confección. En aquella época solo tenía treintaipocos, así que tal vez fuera mero sentimentalismo. Fuera como fuese, los años habían empezado a pasar sin dejar huella, y lo único que veo ahora cuando miro hacia atrás es un borrón de manos de póquer y vapores de whisky y ocasionalmente el cañón de un arma, y siempre sobreviví a esa emergencia de una u otra forma. Y aunque ganaba a las cartas más de lo que perdía, al mismo tiempo siempre estaba sin blanca. Ahora creo que en realidad esperaba que me matasen. Llegué al punto en que me sentaba dando la espalda a la puerta.

Quiero decir que lo hice una vez, y rápidamente me disparó en el hombro un individuo a quien nunca vi. Fue en Dodge City, y nunca descubrí quién lo hizo. Era la ciudad más horrible que existía sobre la faz de la tierra. Todo el mundo odiaba a todo el mundo, los cazadores de bisontes odiaban a los desolladores, ambos odiaban a los vaqueros, los jugadores odiaban a cualquiera que jugara contra ellos, y todos se unían para detestar a los soldados del fuerte próximo.

Para ganarte un enemigo en Dodge City solo tenías que dejarte ver por otro ser humano: inmediatamente te odiaba a muerte. Si mirabas al cielo y decías que iba a llover, podías acabar peleándote. Así que no me sorprendió que me disparasen por la espalda. Era un mal tirador, por cierto, pues la bala no acertó el hueso. Al cabo de seis u ocho meses la rigidez desapareció, excepto cuando llovía. Para entonces ya me había marchado de Dodge, así que tampoco me esforcé demasiado por dilucidar la identidad del casi asesino. Solo me habría interesado si hubiera podido conseguir suficiente dinamita para volar por los aires el sitio entero. Yo tampoco era la excepción a la regla: odiaba a todos.

Mi última temporada de caza de bisontes fue el invierno de 1874-75, y pasamos mucho más tiempo buscando manadas que disparando. Saqué solo 350 dólares del otoño a la primavera, lo cual le dará una idea de lo escaso que se había vuelto el material. Luego, poco después de llevar las pieles a Dodge, me dispararon en la espalda, como ya he dicho.

Cuando estuve en condiciones de viajar me dirigí al norte, y fui hasta Wyoming sin ver ni un solo indio salvaje. En su lugar, me encontré con muchos granjeros, que se construían casas de terrones y plantaban trigo y maíz, y eran muy amistosos y en ocasiones tenían hijas jóvenes que querían casar, así que era bien recibido y compartían conmigo la comida que tenían. Lo cual resultaba muy útil, dado que ya no se podía encontrar caza en las praderas centrales.

Dentro de aquellas casas se estaba más cómodo de lo que podría pensarse, pues las mujeres pegaban telas al techo para recoger el polvo que caía, y los terrones eran tan densos que podían resistir una tormenta sin que se colase una gota. El problema llegaba al día siguiente, cuando el agua por fin penetraba; entonces goteaba barro

durante casi una semana. Por supuesto, llovía muy pocas veces, lo cual era bueno para las casas, pero la muerte para las cosechas. Y en el verano del 74, miles de millones de saltamontes cayeron sobre las llanuras como una gran manta que se extendía desde Arkansas a Canadá, y devoraron no solo lo que crecía en los campos, sino también las cubiertas de los vagones, y un tren de la Union Pacific tuvo que pararse en Kearney, Nebraska, atascado por un cúmulo de tres pies de alto de estos insectos. Cuando los saltamontes se marcharon, dos semanas después, fue como si todavía no hubieran plantado nada, ya que lo habían devorado todo hasta el suelo mismo. He mencionado lo difícil que era para un indio conseguir sus tres comidas diarias, pero también había un riesgo considerable en ser un granjero blanco, al menos en aquellos tiempos.

Bueno, señor, los terrones nunca resultaron demasiado atractivos para un servidor, eso seguro. Seguí dirigiéndome al norte, y le diré por qué. Una vez más, me sentía curiosamente vinculado con las actividades de George Armstrong Custer. A quien, por cierto, ya no quería asesinar. No, a menos que obtenga la venganza en un periodo de tiempo razonable después de que se ha cometido el agravio, no soy capaz de mantener un odio activo hacia nadie. Supongo que es una debilidad de mi carácter. Quiero decir que se me escapó en Kansas en el 71, y luego me lie con la rehabilitación de Amelia, y entre unas cosas y otras habían pasado ocho años desde Washita. Supongo que la mayoría tenemos una especie de régimen de limitaciones dentro de nuestro corazón; a menos que un hombre sea un lunático, los sentimientos violentos acaban por mitigarse al cabo de un tiempo.

Así que, aunque era improbable que Custer llegara a convertirse en mi héroe personal, había perdido mi antiguo deseo de liquidarle. No pensaba nunca en él, y cuando, en el verano de 1874, me enteré de que había vuelto a las llanuras y conducía una columna por las Black Hills para trazar mapas de aquella región, no me interesó demasiado.

Pero resultó que algunos científicos que llevaba en aquella expedición encontraron ciertos depósitos en la zona, y los periodistas consiguieron el informe y lo difundieron por todo el país.

¡ORO!

LA TIERRA PROMETIDA
–NOTICIAS PERTURBADORAS
DE LAS BLACK HILLS

EL TESORO RESPLANDECIENTE POR FIN HALLADO
UN CINTURÓN DE TERRITORIO
DE TREINTA MILLAS DE ANCHO

EL POLVO PRECIOSO HALLADO EN LA

HIERBA BAJO LAS PATAS DE LOS CABALLOS -LAS TROPAS, EMOCIONADAS

SE PUEDE LLEGAR EN SEIS DÍAS – EXPEDICIONES FORMÁNDOSE A LO LARGO DE TODA LA FRONTERA

Las Black Hills habían sido concedidas a los sioux por el tratado de 1868 después de que expulsaran al ejército y quemaran los fuertes a lo largo de la Ruta de Bozeman, y era un bonito territorio, con densa vegetación, osos y alces. Los lakotas lo llamaban *Pa Sapa*, «las montañas sagradas», pues los indios consideraban divino cualquier suelo donde crecieran tantos bosques y animales. Un hombre blanco que descubriera un lugar como aquel, que contenía todo lo que necesitaba, se trasladaría allí y lo usaría hasta agotarlo. Pero un piel roja no; él sabía contenerse.

Había estado allí una vez siendo chico. Antes, Vieja Tienda rezó mucho y tuvo una visión en la que cazábamos seis alces y dos osos y conseguíamos veintisiete postes para tiendas, así que eso fue exactamente lo que sacamos de las Black Hills, y nada más, y dejamos sus bosques azul oscuro y sus arroyos plateados tan en paz como los habíamos encontrado. En aquella época, no habríamos sabido qué hacer con el oro si lo hubiéramos encontrado.

Pero yo había cambiado mucho desde entonces. Por eso me dirigí hacia el Territorio de Dakota: quería parte de ese oro. No había sacado mucho de la fiebre de Colorado en el 58, pero era lo bastante blanco como para volver a intentarlo.

Ya no estaba siguiendo a Custer, ni estaba buscando indios. Pero me encontré con las dos cosas.

CAPÍTULO 24

Caroline

Era la primavera de 1876 cuando llegué a la ciudad de Cheyenne, al sur de Wyoming, que era una parada del Union Pacific y lugar de aprovisionamiento para la fiebre del oro de las Black Hills.

Debido al tratado con los sioux, los blancos tenían que mantenerse completamente fuera de las montañas, no importaba cuál fuera su propósito; y el ejército expulsaría a cualquier expedición que encontrara intentando entrar. Pero era muy difícil vigilar un territorio tan grande con apenas unos pocos regimientos. Se podría decir que cualquier aspirante a minero que se mantuviera alejado de los pozos por culpa del ejército americano era porque no lo estaba intentando. Lo único que hacían si le encontraban era decirle que no lo hiciera. Ni le arrestaban ni nada, y una vez que había desaparecido detrás del primer montículo, podía rodear a las tropas y continuar hacia su objetivo original.

Sin embargo, incluso este mínimo acoso provocó el descontento popular en las colonias. Era otra vez como la fiebre de Colorado: el progreso contra el salvajismo. Lo que tenía que hacer el ejército era aniquilar a los indios en vez de prohibir a los blancos sacarse un fajo de billetes. Los sioux no aceptaron la invasión cruzados de brazos, aunque no empezaron a matar en serio de buenas a primeras. En realidad, entregaron a algunos de los primeros en llegar sin matarlos, lo cual creo que fue una prueba notable de paciencia.

Apenas había llegado a Cheyenne —el pueblo de Wyoming, no la tribu; allí no había Seres Humanos; si los hubiera habido, los habrían matado en el acto—, tropecé con dos individuos que estaban enzarzados en una pelea fenomenal en la calle principal. Como no tenía pendiente ningún asunto que no pudiera esperar, fui a verlos, para descubrir que la que se estaba llevando la peor parte era mi hermana Caroline.

Aquello fue demasiado para mí. Un cabronazo estaba pegando a mi hermana, aunque puede que tuviera excelentes razones, y además era más pequeño que ella, así que me preparé para abatirle en cuanto se separasen y pudiera apuntar bien. De modo que cuando atizó un poderoso golpe a Caroline en la mandíbula y ella mordió el polvo, eché mano a mi Colt Peacemaker nuevo, pero antes de que pudiera levantarlo, un tipo que había a mi lado dijo:

—Bueno, señor, supongo que eso demuestra quién es la auténtica.

Un comentario curioso, y suerte que lo fue, pues impidió que cometiera un asesinato. Pregunté:

—¿La auténtica qué?

—La auténtica Calamity Jane —dijo, y dejó que un poco de jugo de tabaco cayera entre sus botas—. Esas dos perras estaban peleando para ver quién lo era. La pelirroja grandullona reclamaba el título en el bar, pero llegó la otra, la llamó y se liaron.

Guardé mi arma y miré a la oponente de Caroline en pie, con los puños cerrados sobre el cuerpo yacente de mi hermana, y vi a la mujer más fea del mundo, que en aquel momento estaba maldiciendo y le aseguro que su habilidad en ese arte era tal que hacía que las mayores palabrotas de Caroline sonaran a himnos religiosos.

Calamity Jane. Había oído el nombre pero nunca me había encontrado con ella. Tenía la cara como una patata y era un poco regordeta, y cuando vio que Caroline había caído, le dio un golpe con la bota, escupió en la calle y recogiendo el sombrero^[71] que se le había caído en la lucha y volviendo a encasquetárselo en su corte de pelo masculino, entró contoneándose en la cantina.

¿Recuerda aquella ocasión en que Caroline me rescató de la bebida sumergiéndome en un abrevadero de caballos? Bueno, pues era demasiado grande para que yo le devolviera el favor, así que llené la corona de mi sombrero con agua del mismo y se la tiré a la cara. Ante lo cual despertó, gruñendo:

—¿Dónde está esa puta? ¡La mataré!

Me senté sobre mis talones, y dije:

—Te ha zurrado, Caroline, y creo que te lo merecías, si es que estabas fingiendo ser Calamity Jane. ¿Para qué has hecho eso?

Bueno, tardó un par de minutos en recuperarse y comprender quién era yo, pero todavía estaba demasiado enfadada para expresar demasiado afecto por su hermano, así que le ayudé a levantarse. Estaba perfectamente, aunque magullada y con un ojo morado, un labio cortado y un hueco calvo donde le habían arrancado parte del pelo desde la raíz, y el lóbulo de su única oreja estaba casi seccionado de un mordisco. Pero encontré un médico que le administró un poco de linimento y pareció que sobreviviría. De modo que nos fuimos a un restaurante y se comió un filete tan grande como mi espalda y unas cinco libras de patatas fritas con grasa.

—Ahora —dije mientras ella se hurgaba las muelas, ya que la mayoría de los dientes delanteros le faltaban—, ahora —dije—, ¿quieres hablar de ello?

—Bueno —dijo Caroline—, si fueras un hermano como Dios manda, le pegarías un tiro a esa perra.

—Tal vez lo haga —dije—, si pudiera saber qué te ha hecho aparte de zurrarte en una pelea limpia, aunque es más pequeña y sus brazos no llegan tan lejos.

—No estoy en condiciones, Jack —dijo Caroline, sirviéndose algo de café—. Me siento muy mal, y creo que voy a morirme.

Uno no se puede tomar muy en serio algo así cuando acaba de ver a esa persona devorar un inmenso pedazo de novillo.

Pero Caroline continuó:

—No me refiero a que esté enferma de cuerpo, sino de alma.

Tomó otro trago de café y se limpió la boca con la manga de la camisa.

—Supongo que a una persona de tu temperamento frío le costará entender cómo se puede morir de amor, pero te agradeceré que no te burles, Jack.

En lugar de contestar a eso, dije:

—Caroline, ¿qué fue de tu prometido, Frank Delight? Recuerdo que ibais a casaros en el 67.

—Bueno —dijo—, no sé si recuerdo bien de quién hablas, después de tantos años. ¿Te refieres a aquel chulo que seguía al UP? Salió malo, Jack, muy malo. Creo que fue entonces cuando te largaste y dejaste sola a tu indefensa hermana, y este Frank, si es que se llamaba así, tan pronto como tú desapareciste, me hizo proposiciones lascivas e indecentes y tuve que pararle los pies yo misma, ya que no tenía ningún hermano para protegerme. ¿Dónde te metiste? —preguntó, y luego añadió—: El comandante North me dijo que mostraste tu cobardía en aquel combate con los indios y que te diste la vuelta y huiste.

Caroline era una de las pocas personas capaces de emitir tres errores de juicio por cada dos palabras que decía, y si intentabas corregirla, solo serviría para ofrecerle una nueva oportunidad de ejercer ese vicio, de modo que limité mis observaciones al mínimo.

—Así que después de aquello —dijo— no podía quedarme en el UP, de manera que fui a California y Oregón y Arizona y Santa Fe y Texas, he estado un par de veces en Texas, y a Virginia City, y a Iowa. He estado en muchos sitios, Jack, y he hecho algunas cosas, pero no he caído al arroyo.

—Pero —dije— ¿qué es esto de Calamity Jane? Dicen que te hacías pasar por ella.

Caroline puso una mirada sumisa y volvió a limpiarse la boca, hasta la nariz, con el puño de su camisa de hombre a cuadros.

—Porque —continué—, si esa era la verdadera Calamity, es fea y mal hablada, y no creo que haya ningún hombre que encuentre atractiva a esa mujer. En cuanto a pelear, creo que a las mujeres no tiene por qué dárseles bien.

Caroline se burló de mi inocencia.

—Te sorprendería —dijo— cuántos tíos encuentran de su gusto una chica peleona. He tenido muchos admiradores en todos los sitios por donde he pasado, incluido, por si te interesa saberlo, el señor Wild Bill Hickok, de quien supongo que habrás oído hablar, excepto que esa puta que mencionas intentó robármelo. Lo que la gente recuerda de ella es su nombre, no es nada personal, y lo de «Calamity» no es su nombre verdadero, que es Jane Canary, pero si la gente oye decir «Calamity» en una cantina, no les importa quién seas, te gastan bromas y te invitan a beber y eres muy popular. He tenido mala suerte en mis tiempos, Jack, y no me importa ser el centro de atención de un puñado de chicos con ganas de divertirse.

Había algo realmente patético en Caroline. Pero sabía lo que quería decir cuando hablaba de los nombres: era verdad. Tomemos mi ejemplo, y veamos la vida colorida y peligrosa que he llevado al participar en algunos de los acontecimientos más

sobresalientes de la historia de este país. Me atrevería a decir que nunca ha oído hablar de mí. Luego piense en Wild Bill Hickok, George Armstrong Custer, Wyatt Earp: lo que tenían era nombre. Wild Jack Crabb, la Última Batalla de Crabb... no suena igual.

Pero por supuesto, en aquel momento no estaba pensando en eso, sino en mi antiguo conocido Hickok, una notable coincidencia.

—¿Wild Bill? —dije—. ¿Está aquí, en Cheyenne?

Pues no le había visto desde Kansas City, aunque había oído hablar mucho de su fama en los años intermedios.

Aunque no había mostrado ningún signo en especial cuando ella mencionó el nombre, tan pronto como lo dije yo, Caroline empezó a sollozar y sorber e insultar a aquel hombre y no pude sacarle nada que fuera coherente sobre aquel asunto. Tampoco entendí la situación hasta el día siguiente, cuando paseando por la calle principal de Cheyenne, quién fue a salir de una tienda de ropas sino Hickok en persona.

Había ganado algo de peso desde que le había visto por última vez, y se le estaban poniendo mofletes. Todavía llevaba el pelo largo, e iba vestido con sus ropas elegantes de ciudad, levita incluida. Llevaba varias cajas, por supuesto bajo el brazo izquierdo, y sus ojos, que parecía que se hubieran ido haciendo pequeños debido a la gordura de su cara, parpadearon mirando a un lado de la calle y luego al otro.

—Hola, Bill. ¿Te acuerdas de mí? —dije lentamente.

Me lanzó una mirada igualmente lenta. Supongo que me reconoció a la primera, pero antes tenía que comprobar si iba a sacarle un arma escondida.

Entonces dijo:

—¿Cómo estás, Jefe? ¿Sigues jugando al póquer?

Le dije que no tanto como en los viejos tiempos, pues tenía la intención de ir a buscar oro.

Él también, me dijo, y al instante sugirió que tal vez pudiéramos ir juntos. Así que fuimos a una cantina y bebimos para celebrarlo. Fue entonces cuando dijo:

—Pero antes voy a casarme.

Me di cuenta de que no era con Caroline, y que eso era la razón de sus sufrimientos.

—¿Con Calamity Jane? —pregunté.

Hickok me miró con una mirada muy rara.

—Algunos dicen —contestó—, que Jane y yo ya somos marido y mujer y que tuvimos una niña. Pero no me lo dicen a la cara —añadió.

Recojo esta parte de la conversación por lo que tiene de valor histórico.

—No —dijo él—. Me voy a casar con la señora Agnes Lake Thatcher, que es la viuda del célebre artista William Lake Thatcher, ahora fallecido. Agnes fue jinete en el circo, y montaba de pie sobre la grupa desnuda de un caballo blanco, la cosa más bonita que haya visto jamás. Una mujer incomparable, Jefe. La vi actuar hace algunos

años en el estado de Nueva York, cuando yo viajaba con mi propio espectáculo.

De esa fase de la carrera de Hickok no había oído hablar.

—Oh, sí —dijo—. Fue en las cataratas del Niágara. Tenía un rebaño de bisontes, un oso color canela y un grupo de comanches. Pero los animales se escaparon y embistieron al público, y los indios tuvieron que hacer una cacería auténtica antes de que las cosas se calmaran. Fue un desastre y tuve que vender los bisontes para sacar para el billete de vuelta.

—Hablando de indios —dije—, creo que a los sioux no les gusta que los mineros vayan a las Black Hills.

Bill desdeñó aquello con un gesto de la mano izquierda.

—No te preocupes por eso —dijo—. El ejército los detendrá.

—¿A los mineros? —pregunté.

Pareció impaciente.

—No, a los indios. No puedes impedir que el hombre blanco vaya a donde quiera. Resulta que me he enterado —dijo en voz baja— de que Grant ha enviado una orden secreta al ejército para que no siga impidiendo que los mineros vayan a las montañas. En vez de eso, están montando una campaña contra los indios hostiles en el territorio del río Powder.

La mención del río Powder me provocó una sensación de incomodidad, que no creo que necesite explicar si ha escuchado mis muchas referencias a aquella zona favorita de Vieja Tienda.

—Dirigido por George Armstrong Custer, sin duda —dije.

Hickok contestó:

—Estás muy desinformado, Jefe. ¿Es que no te has enterado de la investigación del Congreso?

Bueno, pues no, ya que solo leía el periódico ocasionalmente, y consideraba la política mortalmente aburrida. Fue solo por accidente que en años posteriores vi la noticia sobre el marido de Amelia.

Por cierto que cuando yo trataba con Wild Bill en Kansas City él tampoco tenía interés por los asuntos públicos, así que su nueva actitud debía de tener relación con el hecho de casarse. Recordará que cuando Olga y yo nos casamos fue el mismo periodo en el que yo participé en la vida pública de Denver.

El caso es que Bill me dijo que había una red de corrupción entre los proveedores del ejército en la que estaba implicado Orvil Grant, el hermano del presidente. En las reservas militares solamente podían vender comerciantes autorizados, así que como es lógico aquellos tipos no ponían límite a sus precios y estaban desangrando a las tropas. También estaban acaparando suministros que se suponía que tenían que ir a las reservas indias según las condiciones de los tratados, y que estaban vendiendo a soldados y civiles. Se creía que Orvil Grant estaba vendiendo ilegalmente licencias de comercio al mejor postor, utilizando las influencias de su hermano. Belknap, el Secretario de Guerra, estaba detrás de todo esto, etcétera.

—Oh, ¿nada más? —dije yo cuando Bill me hubo informado, pues a decir verdad todo aquello me parecía perfectamente normal, ya que nunca había conocido un caso entre los hombres blancos en que los que tenían la autoridad y los contactos no intentaran aprovecharse al máximo de ello. Creo que se podría defender la modestia de las operaciones de Orvil Grant, teniendo en cuenta de quién era hermano.

—Bueno —dijo Bill, ligeramente irritado—, me preguntaste por Custer. Por eso es por lo que no va a perseguir a los sioux: ha ido a Washington a testificar en la investigación.

Ahora, para demostrarle lo limitada que era la idea que tenía formada de Custer, dije:

—Quiere ponerse a bien con el presidente.

Hickok negó con la cabeza.

—Tú sigue con el póquer, Jefe —dijo—. La política te sobrepasa. Custer va a testificar contra Belknap y Orvil. Grant probablemente le eche del ejército por eso.

—¿Y para qué va a hacer eso Custer?

Y Bill dijo:

—Porque siempre hace lo que cree que es correcto. Hay mucha gente que le odia a morir, pero nadie puede decir que no haya apoyado aquello en lo que cree.

Entonces Hickok volvió al tema del matrimonio.

—Agnes —dijo— es una chica excelente, y no hay que confundirla con la clase de mujer que tú y yo conocimos en Kansas City. Esa es la razón por la que he decidido ir a buscar oro y hacerme rico. Dicen que prácticamente lo puedes recoger del suelo.

Pidió otra ronda de bebidas y empezamos a hablar de qué equipo necesitaríamos y si deberíamos llevar más socios, pues estábamos decididos a salir en cuanto se casara y volviera de su luna de miel, que iba a pasar con su señora en el Este, en Cincinnati, Ohio.

Wild Bill había cambiado. En Kansas City, podría jurar que ni siquiera sabía el nombre del presidente, y menos aún los entresijos de la política que ahora me había contado. Tampoco creo que le importara el dinero en los viejos tiempos. Obviamente, era su mujer la que le había convertido en algo más parecido a un ser humano. Me di cuenta de que ocasionalmente utilizaba la mano derecha para beber, y ya no estaba tan nervioso respecto a los otros clientes de la cantina; tampoco saltaba cuando yo metía la mano en el bolsillo del chaleco para sacar un dólar.

No quiero decir que se estuviera volviendo blando. De hecho, al día siguiente mató a un hombre que desenfundó delante de él junto a un establo de caballos de alquiler. Pero no cabe duda de que sufría menos presión, o tal vez fuera otro tipo de presión, si tenemos en cuenta lo que pensaba hacer antes de que terminase el verano.

Desde luego, no le molesté hablándole de mi hermana Caroline, así que hasta el día de hoy no sé si su romance con él fue completamente imaginario o tenía alguna base real, pues algo sí le puedo decir sobre aquella muchacha: la pobrecilla estaba

perdiendo la chaveta. Debería haberlo visto venir años antes. Ahora que lo pienso, recuerdo que todo lo que había oído decir de sus desgraciados asuntos amorosos procedía solo de ella. Era muy probable que Frank Delight, por ejemplo, nunca le hubiera pedido en matrimonio.

La cuestión es que aunque Caroline había sobrevivido a sus desastres románticos en años anteriores, el tiempo no pasaba en balde. Tenía cuarenta y dos años, y que yo supiera nunca había estado casada, cosa que había estado intentando conseguir desde el 52, cuando los cheyennes borrachos masacraron a los nuestros.

Pero nadie lo habría dicho a juzgar por su apariencia. Había tenido el mismo aspecto durante veinte años, excepto, como he dicho, que los dientes delanteros se le habían caído y que la oreja estaba un poco chafada, etc. Pero no se le veía ni un pelo gris en la cabeza; y sus rasgos, que siempre habían parecido arduos, no tuvieron que endurecerse más a medida que avanzaba en la vida, como normalmente nos pasa a los demás.

Sin embargo, en su cabeza había algunas graves goteras. Por ejemplo, cuando volví de aquella reunión con Hickok al hotel donde ella y yo teníamos habitaciones, decidí afrontarla con la verdad, como cuando se da una bofetada a una persona histérica para obligarla a reaccionar.

—Wild Bill se va a casar —dije.

Caroline estaba sentada en su cama, con las piernas dobladas, rascando la suela de la bota.

—Y no con Calamity Jane —continué.

Levantó la cabeza, cerró la navaja y dijo, muy ufana:

—Ya lo sé. Se va a casar conmigo.

Fue entonces cuando me di cuenta de que tenía que meterla en el manicomio, aunque no salí corriendo a buscar uno. Pero debería haberlo hecho, pues una vez se enzarzó con el tema de la boda, siguió así día tras día, y supongo que resultaba bastante patético, pues tenía que encerrarla en su cuarto para que mi hermana loca no me avergonzara delante de las otras personas con las que había trabado relación en Cheyenne. Caroline se enrollaba en las cortinas como si fueran un velo nupcial y se paseaba por ahí, etc., aunque nunca intentó tirarse por la ventana, lo cual era buena prueba de lo mal que estaba, ya que Caroline nunca había sido capaz de quedarse mucho tiempo en el mismo sitio.

Todavía no tenían casa de locos en Cheyenne, y aunque había una en Denver, no había vuelto a aquella ciudad desde que la dejé con Olga y Gus en el 64, y me habría sentido raro volviendo allí con una hermana loca a remolque, así que metí a Caroline en el Union Pacific, que ella había ayudado a construir, y la mandé al este, a Omaha.

No se resistió, porque la convencí de que la ceremonia nupcial se celebraría allí, pues a Wild Bill le gustaba hacer las cosas bien y quería casarse en una gran ciudad. Omaha era muy grande por entonces, y tenía un sanatorio para los deficientes mentales, dirigido por gente que habría confundido con los pacientes si no hubieran

llevado uniforme. Así que no fue nada agradable entregarles a Caroline, se lo aseguro, pero tuve que hacerlo, y no creo que mi hermana fuera infeliz con la situación, pues de inmediato consideró aquella casa su propia casa, y los ordenanzas sus criados, y se involucró tanto en sus planes de boda que ni siquiera me dijo adiós.

Así fue como me perdí la verdadera boda de Wild Bill, que se celebró en Cheyenne mientras yo estaba fuera, y no llegué a ver a su esposa.

Tampoco fui a buscar oro con Wild Bill. De hecho, no volví a echarle la vista encima. Volvió solo de su luna de miel, dejando a Agnes en Cincinnati, y continuó hasta Deadwood en las Black Hills, donde buscaban oro en aquel célebre barranco, pero él no excavó nada. Jugó al póquer. La tarde del 2 de agosto de 1876, se sentó dando la espalda a la puerta, y entró un hombre llamado Jack McCall y le mató de un tiro. Nadie sabe por qué dejó la espalda desprotegida aquel día, por primera y última vez, a menos que hubiera llegado a ese punto en su vida en que necesitaba confirmar lo que siempre había sospechado.

El caso es que lo que llevaba cuando le mataron ha sido conocido desde entonces como la mano del muerto: dos parejas, ases y ochos. RIP, J. B. Hickok.

Era abril cuando deposité a la pobre Caroline en el manicomio, y como Omaha está a orillas del río Missouri, decidí subir por barco al Territorio Dakota, llegando tal vez hasta Pierre, y luego por tierra hasta las Black Hills. El río estaba empezando a abrirse después del invierno, de modo que me conseguí pasaje en un vapor y fui en él hasta Yankton, donde hice transbordo a otro barco de nombre *Far West*. Lo hice para poder estar presente en la Última Batalla de Custer.

Lo digo en broma. Pero ya sabe lo que parecen las cosas luego. Lo que pasó en realidad fue que el primer barco hizo una pequeña escala en Yankton, en el transcurso de la cual oí hablar mucho del *Far West* y su capitán, un hombre llamado Marsh que era famoso en el Missouri. Había muchas leyendas en torno a la navegación fluvial —capitanes que podían navegar completamente borrachos, etc.— y Marsh formaba parte de ellas, ya que no le había venido nada mal ser amigo de un escritor llamado Mark Twain que no era conocido por su moderación.

No tengo nada a favor ni en contra de Marsh, pero lo que me interesó fue saber que iba a llevar el *Far West* todo el Missouri arriba, y luego iba a bajar por el Yellowstone, llevando suministros para la campaña contra los indios hostiles que, ahora que había llegado la primavera, salían de las reservas en número considerable y se creía que estaban en la región del río Powder, el cual, por supuesto, estaba en Montana, lejos de las Black Hills. En realidad, los indios no hicieron demasiado por defender las montañas y creo que para entonces ya las daban por perdidas. De hecho, habían vuelto a huir, y el ejército tenía la intención de perseguirlos y aniquilarlos como en el Washita. Tenga en cuenta que en el Powder era todo territorio salvaje: no había colonos, ni siquiera buscadores de oro. Era el lugar de nacimiento de muchos

indios, pero no era la reserva que les habían asignado.

Esto era una cuestión importante para el gobierno, ya que constituía un desafío de la ley. Y mucha gente estaba harta del engreimiento de los pieles rojas. Al fin y al cabo, era el centenario de la Declaración de Independencia, y habían inaugurado una Exposición Centenaria en la ciudad de Filadelfia, con muchos artefactos mecánicos, como la máquina de escribir, el teléfono y el mimeógrafo. No parecía lógico que un país semejante fuera desafiado por un puñado de primitivos que ni siquiera habían descubierto la rueda. Así que el presidente Grant dio el visto bueno a la campaña en su contra. Antes había intentado tratar bien a los pieles rojas contratando a cierto número de cuáqueros para dirigir la Oficina de Asuntos Indios, pero aquello no había funcionado porque la mayoría de las otras personas creían que el amor fraternal era cobardía, y los indios pensaban que era una locura.

Toro Sentado estaba en la región del Powder, y también Caballo Loco y Agalla^[72], y cierto número de sioux famosos, con un par de miles de sus seguidores. A medida que avanzaba la primavera, cada vez más dejaban las agencias todos los días. Si no se les desalentaba rápidamente, se convertiría en la moda, pues aunque los bisontes del sur habían sido prácticamente exterminados por gente como yo, la manada del norte seguía en Montana y los indios preferían esa comida antes que la ternera que les daban en la reserva, que además muchas veces los agentes y los comerciantes les escamoteaban.

Así que el ejército iba a enviar al general Crook desde el sur, a Gibbon por el oeste, y a Terry por el este, convergiendo en la zona donde los ríos Powder, Tongue y Big Horn desembocaban en el Yellowstone. La idea era reunir a los indios hostiles entre los tres cuernos, y si plantaban batalla, hacerlos picadillo. Había infantería, caballería, y ametralladoras Gatling, y el *Far West* penetraría por el río todo lo que pudiera, más arriba de lo que ningún otro barco había llegado, pues estaba construido para ese fin con muy poco calado, y llevaba dos cabestrantes de vapor para pasar los bancos de arena.

Todo aquello lo descubrí en Yankton, pero aún más me sorprendió que Custer hubiera vuelto de Washington, y aunque Grant le guardaba rencor por haber testificado contra su hermano, había aceptado reticentemente dejarle combatir a los indios. Los otros generales querían a Custer, debido a la reputación que se había ganado al arrasar el poblado de Caldero Negro.

Hace mucho que no menciono a Vieja Tienda y los Seres Humanos, a quienes hacía ocho años que no veía. Los cheyennes del sur habían estado tranquilos durante cierto tiempo, en sus reservas del Territorio Indio. El Washita y las otras campañas del 68 y el 69 les habían dejado clara la cuestión. Desde entonces vivían de las limosnas del gobierno y cultivaban un poco las tierras, y permitían que sus hijos fueran a la escuela.

Pero si de algo estaba seguro, era de que Vieja Tienda y su grupo no se habían quedado en las Naciones. Podía jurar que habían vuelto a subir por el río Powder. O

eso, o el viejo había muerto, pues Dios sabe que era bastante mayor, pero no toleraría que se trabajase la tierra ni creo que soportase que los pequeños Seres Humanos se pudrieran en la escuela del hombre blanco.

Así que Custer pretendía hacer una vez más lo que ya les había hecho antes a aquella gente, y una vez más empecé a considerarlo una cuestión personal. Allí estaba yo, en Yankton, Territorio de Dakota del Sur, en mayo de 1876, y el *Far West* estaba acumulando vapor para negociar el norte del Missouri e ir a ayudar a Custer a masacrar a los sioux y los cheyennes del norte.

Subí a aquel barco y me dirigí a la cabina del capitán, y le dije a Marsh que el general Custer me había teleografiado para que fuera a hacerle de explorador, debido a mi experiencia en ese puesto en la célebre batalla del Washita, donde aniquilamos a Caldero Negro y sus asesinos. Además, estaba dispuesto a pagar el pasaje.

Marsh dijo que le daba igual, siempre que consiguiera encontrar un hueco en cubierta para echar mi petate entre las cajas de suministros y los barriles, pues los camarotes estaban llenos de todo tipo de personas, militares y civiles, y había incluso un avituallador a bordo para vender whisky cuando alcanzáramos a las tropas.

Así que el *Far West* hundió sus palas en las aguas turbias del Missouri, y nos dirigimos al norte, hacia la más grande de todas las batallas contra los indios. Ya sabe lo que dicen: en aquel momento no lo sabíamos. Todo el mundo sabía que las tribus se estaban reuniendo y que Custer las encontraría. En lo que nos equivocamos fue en suponer que volverían a huir; o en que, si se veían obligados a pelear, perderían.

CAPÍTULO 25

Otra vez Custer

Tardamos casi dos semanas en llegar al fuerte Abraham Lincoln, subiendo por el crecido Big Muddy con sus orillas que se desmoronaban. Cuando llegamos allí, las tropas se habían marchado hacía aproximadamente la misma cantidad de tiempo, emprendiendo marcha directa campo a través hacia el Yellowstone, conducidas por el general Terry con Custer como segundo al mando.

Lincoln no era un sitio demasiado impresionante, ya que ocupaba una franja de tierra llana sin árboles dominada por riscos desde los cuales los indios hostiles habían estado espiando el campamento; podían verse los montoncitos de piedras detrás de los cuales escondían la cabeza.

Tan pronto el barco atracó en el muelle, dos mujeres subieron a bordo, y una de ellas era la mujer más bonita que jamás hubiera visto en mi vida, con una excepción. Además iba bien vestida y era elegante, y oh, cielos, qué visión tan incomparable resultaba en aquella tierra desolada, con el viento azotando constantemente las llanuras.

Era la señora Custer. La reconocí aunque nunca le hubiera puesto los ojos encima, con su rostro redondo y atractivo y sus ojos hermosos y tristes, vestida con una especie de gorrito de terciopelo parecido a un bombín. Puso sus piecitos sobre la burda plancha que los marinos habían extendido y caminó sobre ella como un pájaro. Los chicos se quedaron mirando con la boca abierta. Fui yo quien extendió una mano al otro extremo, y ella posó la suya ligeramente sobre mi muñeca mientras entraba en cubierta. Me miró directamente y no dijo gracias, sino que sonrió con su naricita y con una hilera suave de dientes como perlas. Reconozco una cosa: habría matado a todos los indios de las praderas si me hubiera pedido que lo hiciera, o al menos si hubiera estado mirando. Luego pasó a mi lado, pues yo no era nadie, y era tan bajo como ella y, de hecho, tenía un aspecto bastante desaseado después del tiempo que llevaba en el barco, donde las instalaciones higiénicas no eran de la mejor calidad.

Bueno, señor, lo que hice fue seguirla como si fuera su criado personal o un idiota a quien alguien hubiera hecho un favor, y además estaba la otra mujer, que era la hermana del general Custer y esposa del teniente James Calhoun, aunque un segundo después no habría sido capaz de describirla.

El capitán Marsh les mostró su camarote, y fingiendo que intentaba quitarme algo del tacón, me demoré junto a la puerta.

—Capitán —dijo aquella voz de pajarito—, le ruego que nos deje acompañarle.

—Perdóneme, señora —dijo Marsh—, pero no puedo.

El mismo diálogo, más o menos, se repitió varias veces, pero el capitán

permaneció firme, y yo me alejé para no seguir oyendo su tono de preocupación. Me sentía maravillado por la esposa de aquel glorioso soldado, con sus seiscientos hombres y su barco de provisiones y sus ametralladoras Gatling. Estaba muy preocupada, se notaba en su voz. Las mujeres normalmente tiemblan solo de pensar en los indios, pero no, pensaría uno, si está casada con el vencedor del Washita. Custer había zurrado a los cheyennes del sur, y había encontrado oro en las Black Hills. ¡Había sobrevivido incluso a la enemistad del presidente de los Estados Unidos! Le odiaban los individuos, pero era el gran favorito del público, y el señor James Gordon Bennett, del *New York Herald*, había enviado un corresponsal para estar presente «en la matanza»... de los indios, claro. La esposa de Custer era la mujer más bonita que se pudiera imaginar. ¿Qué era lo que la afligía?

Bajé a tierra. Había un viejo sargento que se había quedado atrás en la campaña debido a que su retirada era inminente, un viejo diablo de ojos acuosos cuya nariz púrpura me dijo que había librado muchas batallas en las cantinas de Bismarck.

—¿Por qué va a querer acompañarnos una dama como la señora del general? — dije yo.

—Ha tenido una pesadilla —dijo él y luego se sonó con un pañuelo y lo guardó—. Ha visto a un sioux enorme, desnudo hasta el taparrabos, sujetando una cabellera ensangrentada de largos rizos amarillos. Tal vez esa fuera la razón por la cual el general se cortó el pelo antes de salir.

—¡No, él nunca!... —dije yo.

—Muy bien, pues —dijo el sargento—, sube río arriba y lo verás.

—Tranquilízate —dije yo—. No te estoy llamando mentiroso, es solo que estoy confuso. No imaginaba que Custer se cortaría nunca los rizos dorados. ¿Ahora cómo le van a llamar los indios si no pueden llamarle Pelo Largo?

—Hijo del Lucero del Alba —dijo el viejo soldado—. Así es como le bautizaron los exploradores crows.

—¿Estuviste en el Washita?

—No —dijo el sargento—, tuve que quedarme en el campamento aquejado de diarrea.

Estaba claro que era uno de esos tipos que siempre encuentran alguna manera de evitar todos los peligros.

En aquel momento, la señora Custer y la otra señora se bajaron del barco, escoltadas por el capitán Marsh, se subieron a un carro en el muelle y un ordenanza las llevó al fuerte. Marsh se quedó mirándolas, y luego se volvió y me dijo:

—Me da lástima, pero no puedo llevar a ninguna mujer, especialmente dados los problemas que hay entre Custer y Grant. ¿Sabe? Custer fue sometido a un consejo de guerra hace años en Kansas por abandonar una campaña para ir a ver a su esposa.

El viejo sargento se rio mientras silbaba y se frotó el mentón sin afeitarse. Sin la presencia del comandante, supongo que no se molestaba en afeitarse con regularidad. Dijo:

—Normalmente hace lo que quiere. En el Gran Desfile al final de la Guerra, pasó galopando por delante de Grant sin saludarle. Dijo que su caballo dio un salto imprevisto, pero yo vi que le clavaba la espuela.

Marsh, que tenía cierta reputación de impetuoso, no quiso saber nada de aquello. Dijo:

—Bueno, el caso es que si Custer sale herido, será mucho peor que ella esté presente.

—Tiene una vida envidiable —dije yo con amargura.

Bueno, Marsh se dedicó a seguir cargando suministros, y el viejo sargento me invitó a cruzar a Bismarck con él y a tomarnos algo en una buena pocilga que él conocía, que era como a veces llamaban a los garitos de whisky, e incluso me dejaría invitarle si yo insistía, pues ya se había gastado la paga. Sobre este último tema, me dijo que los hombres que estaban en campaña no cobrarían hasta que llegaran al campo de batalla, para que no pudieran irse de juerga en Bismarck. Custer no quería salir con un regimiento víctima de la resaca. Así que el Séptimo de Caballería llevaba dos meses de sueldo en los bolsillos a través de los bosques de Montana, aproximadamente 25.000 dólares en billetes.

Tuve que rechazar la oferta, pues el *Far West* pronto volvería a partir hacia el norte, hasta la gran curva del Missouri y el río Yellowstone, sin escalas de importancia excepto las paradas regulares para cortar leña que alimentase las calderas y para dejar algunos suministros a una columna de infantería que esperaba en Glendive Creek. La primera semana de junio por fin llegamos a la desembocadura del Powder, y fue allí donde encontramos acampado al Séptimo de Caballería.

Muy bien, ya había llegado. ¿Ahora qué? Allí había una importante representación del ejército. Aparte del Séptimo, había infantería y ametralladoras Gatling, y una caravana de suministros de 150 vagones; un rebaño de ganado, la mayor parte del cual ya había sido sacrificado y devorado por el camino; una caravana de mulas; y una par de centenares de conductores, muleros y vaqueros civiles. Por no mencionar unos cuarenta ejemplares de indios cuyo nombre correcto creo que era arikara, aunque en aquella época se llamaban principalmente rees. Los rees habían venido como exploradores, ya que eran enemigos hereditarios de los sioux, aunque creo que en tiempos pasados habían sido amigos de los cheyennes cuando los Seres Humanos vivían junto al Missouri, pues ahí era donde residían los rees.

Eran un grupo de aspecto lamentable, pequeños y del color del hollín, y creo que un ree preferiría que le cortaran el cuello antes que dejar que le lavaran ni una partícula de su cuerpo. Sin embargo, eran indios, aunque enemigos de aquellos con los que yo me había criado, y dado el ánimo del que yo me encontraba, prefería tratar con cualquiera que no fuera blanco de semblante. Estaba pensando en Vieja Tienda, y si seguiría vivo, y en las tribus lakotas, los minneconjous y los hunkpapas y todos los demás, en algún lugar al oeste de nosotros. Los rumores decían ahora que

probablemente estuvieran acampados a lo largo del Rosebud. Le diré algo sobre ese arroyo: recibe su nombre de las rosas silvestres que hay a lo largo de su rivera. Pensé que sus aguas correrían rojas de sangre dentro de muy poco, como las del Washita.

El *Far West* había empezado a descargar sus suministros, y descubrí a un ree que se había acercado donde el avituallador estaba instalando sus barriles de whisky. El indio era un tipo regordete, vestido con un traje de fieltro sucio, y yo le habría tomado por un imbécil degenerado por la forma en que estaba examinando los barriles.

Pero un soldado me dijo:

—Fíjate en Cuchillo Sangriento^[73]. Le cortaría el cuello a su madre por un trago de matarratas. No imaginarías que Culo... —se interrumpió, debido a que no sabía quién era yo, ya que llevaba ropas civiles; entre los vaqueros y conductores iba Boston Custer, el hermano pequeño del general, y su sobrino Armstrong Reed. El soldado iba a decir «Culo Duro», pero lo cambió—. No imaginarías, al mirarle, que es el explorador favorito del general, ¿verdad? —bufó—. Maldito viejo borracho.

Pero Cuchillo Sangriento no estaba borracho en aquel momento, ni tampoco lo estuvo durante algún tiempo después, pues ni siquiera a los exploradores indios se les permitía beber whisky delante de los hombres blancos. Así que se quedó allí un rato, con aire desesperado, intentando hablar con la gente en el lenguaje de los signos, y por fin, al no poder soportar seguir mirando los barriles sin tener la oportunidad de abrir uno, se alejó arrastrando los pies como si acabara de enterrar a un ser querido, tan afligida se mostraba su oscura cara.

Le alcancé y, como no hablaba ree, dije con signos:

—¿Quieres beber?

—Sí —dijo.

Así que cogí una cantimplora del matarratas que servía el avituallador y Cuchillo Sangriento y yo nos fuimos a uno de los muchos barrancos que surcaban el terreno en la desembocadura del Powder. Nos sentamos tras un arbusto, después de que el indio hubiera vaciado su vejiga para tener la máxima capacidad para beber el whisky. Aquella meada también sirvió para expulsar a una serpiente de cascabel que estaba escondida en la zona. Las serpientes de cascabel abundaban en aquella región.

Di tiempo a que Cuchillo Sangriento tomara un buen trago y luego recuperé la cantimplora. Viendo cómo un par de gotas le correteaban por el mentón y el cuello y hacían salir a algunos bichos que vivían en su pecho, dije:

—¿Qué va a hacer Pelo Largo?

El ree mantuvo sus ojos negros sobre la cantimplora:

—Se ha cortado el pelo —dijo, haciendo el signo de cortar con sus dos manos morenas.

Le dije por gestos que ya lo sabía, pero que no veía qué tenía que ver con eso.

—Significa —dijo— que va a morir.

Volví a darle la cantimplora. No hace falta que le explique a estas alturas la

importancia que los indios daban al cabello humano. Arrancaban las cabelleras con una intención más importante que simplemente utilizarlas como trofeos: un hombre sin nada sobre la cabeza se consideraba un hombre sin poder, incluso cuando llegara al Otro Lado. Y cada vez que los indios veían a un blanco calvo por naturaleza, creían que era un cobarde que se había afeitado la cabeza deliberadamente. Me di cuenta de que Custer había cometido un grave error para sus intereses.

—Hacer eso no ha estado bien —dijo Cuchillo Sangriento, que se deprimía más con cada trago. Levantó la mirada hacia el sol y lo señaló—. No te veré levantarte muchas más veces.

Sabía que si le dejaba continuar en esa línea empezaría a cantar su canción de muerte en cualquier momento, y entonces no podría sacarle nada más, así que rápidamente dije:

—Pero eso no ocurrirá hasta que todos esos barriles de whisky se hayan acabado, así que bebe.

Ante lo cual se animó un poco y volvió a llenarse la boca.

—¿Hay muchos sioux y cheyennes?

—Numerosos como las estrellas en una noche despejada —dijo.

Señalé hacia el campamento.

—Pero mira todos esos soldados. Y vendrán más desde el oeste y el sur.

Cuchillo Sangriento sacudió su cabeza sucia de pelo enmarañado. Encanecía un poco en las sienes.

—No importa —dijo—. Nos aniquilarán a todos. Pelo Largo nunca será el Gran Padre del pueblo principal de los hombres blancos, como desea. Me cae muy bien, pero su medicina se ha vuelto mala.

Siguió diciendo que Custer se había dirigido a él y a otros rees la noche anterior o así y les había dado regalos, y les había dicho que acabaría con la nación sioux entera antes de que terminara el mes, a cambio de lo cual el pueblo americano le convertiría en presidente.

Bueno, Grant tenía problemas debido a los corruptos que había en su administración, y si uno pensaba que había llegado a la Casa Blanca zurrando a los rebeldes, se podía esperar un resultado similar del hombre enviado a acabar con los indios, pues eran el enemigo más destacado de los Estados Unidos de América, en aquel momento preciso, en el centenario de nuestra Independencia de la tiranía de la Vieja Patria.

—Supongo que querrá tenerlo todo acabado para el Cuatro de Julio —es lo que quería decir, pero es muy difícil explicar eso mediante signos.

Los cheyennes conocen julio como «la Luna Cuando los Bisontes Se Aparean», pero no sabía cómo lo llamaban los rees. Sin embargo, hice los cuernos de bisonte, y el movimiento de folletear —que es el mismo que utilizaría cualquier escolar blanco— y para indicar la luna, el cuarto día a partir de entonces. Sin embargo, qué podía saber un ree del significado histórico. Así que dije que el día que los soldados hacían

mucho ruido, disparando los cañones y demás.

Una mirada de leve entendimiento cubrió su rostro oscuro.

—¿Y se emborrachan? —preguntó.

—Oh, demonio —dije en voz alta en inglés—. ¿Qué importa? Bebe, pobre diablo hijo de perra.

No tardó en desmayarse, y tomé la precaución de descargar su rifle, por si despertaba antes de que los efectos se hubieran pasado.

Ya sabía lo que quería saber. Pensé que, en vista de las actuales necesidades de Custer, la inminente batalla haría que el Washita pareciese poca cosa. El pesimismo de Cuchillo Sangriento no me impresionó. No me importaba cuántos indios hostiles se hubieran reunido, sabía que no estaban organizados, que no tenían mucho armamento moderno, y que vivían con sus esposas e hijos.

Bueno, ¿qué iba a hacer al respecto? La antigua idea infantil de asesinar a Custer obviamente quedaba descartada. Semejante maniobra, ejecutada ahora, solo provocaría que el Séptimo luchase con mayor bravura. Todos le odiaban a muerte; tan pronto me había bajado del *Far West* oí a los soldados quejándose de él; les amargaba especialmente que no hubiera consentido que les pagaran hasta que estuvieron en el campo de batalla, lo cual significaba que aunque no encontraran nunca un indio hostil, en una fuerza de ese tamaño habría hombres que morirían por picaduras de serpientes y semejantes, sin haber podido hacer una pequeña celebración en la ciudad antes de salir a su última campaña. Pero una vez que yo le hubiera disparado o le hubiese apuñalado en la espalda, se convertiría en un héroe. En todo caso, el general Terry era quien llevaba verdaderamente el mando, así que la campaña no se detendría.

Había dejado a Cuchillo Sangriento bajo el arbusto cuando, caminando de regreso al campamento para meditar la cuestión, a quién vi sino a una figura del pasado remoto, sentada en la orilla justo detrás de donde el Powder fluía en el Yellowstone.

Su piel era más oscura que la del ree y llevaba un sombrero de alas caídas con una pluma de águila. Por Dios que no había cambiado mucho en veinte años.

—Bueno, Lavender, qué sorpresa —le dije.

Pues de él se trataba. Me miró con mucha educación y me di cuenta de que él no me había reconocido.

—Jack Crabb —dije yo—. El reverendo Pendrake, en..., Missouri.

Me examinó atentamente y dijo:

—Continúa.

Entonces se quitó el sombrero para ver mejor, se levantó, me miró a la cara, emitió una especie de gruñido, y yo le agarré y le di un abrazo de oso. No sé por qué, me sentí más como si encontrara a un pariente perdido hacía mucho que cuando me había ocurrido realmente en diversas ocasiones.

Cuando hubimos intercambiado los plácemes del reencuentro, le dije:

—Cuéntame qué estás haciendo aquí. ¿Es que el reverendo se ha convertido en

capellán?

—No, él no —dijo Lavender, que debía de tener alrededor de cuarenta y cinco años de edad y algunos cabellos grises cuando le miré de cerca, pero la piel de caoba de su cara seguía sin arrugas. Iba vestido con una chaqueta de ante y pantalones con flecos, y si no me equivocaba, su cinturón mostraba algunas cuentas al estilo sioux.

—No —volvió a decir, y luego—: Oh, cielos, hacía muchos años que no pensaba en el reverendo. Murió poco después de que te escaparas, Jack. Se mató a comer, eso fue lo que le pasó. Un día se metió una de aquellas cenas gigantescas que Lucy le preparaba, luego se echó una siesta inmediatamente después de acabar y parte de la comida se le subió y le atascó la tráquea, y se ahogó antes de que nadie se diera cuenta, maldita sea.

En aquel momento Lavender dio un tirón a su sedal, pues se había vuelto a sentar y había lanzado la caña, conmigo al lado. La levantó y había una preciosa perca amarilla en el anzuelo, la cual arrojó sobre la orilla dando coletazos.

—Bueno —continuó Lavender—, lo que yo pensé entonces fue que aquel hombre había muerto feliz, en el estado que más le gustaba en el mundo: lleno de comida. Creo que aquel día Lucy hizo asado de cerdo con salsa de manzana.

Sufrí algo entre la indigestión y un palpito en el corazón mientras preguntaba:

—¿Y la señora Pendrake? Supongo que volvería a casarse.

Lavender estaba enganchando otra lombriz en el anzuelo.

—La señora —dijo—, no, la señora cerró los bastidores de la casa y recuerdo que ni siquiera asistió al funeral. Y la iglesia tuvo un nuevo predicador que se suponía que tenía que vivir en la casa, pero ella no se mudó y ninguno de los blancos tuvo valor para pedirle que lo hiciera, así que el nuevo tuvo que residir en otro sitio, y por lo que yo sé, ella sigue allí.

Me quedé pensando en mis cosas: durante un minuto pasó por mi cabeza el impulso de dejar lo que quisiera que estuviera haciendo allí y volver a Missouri al instante, pero ya era lo bastante mayor como para actuar con sensatez. Tenía treinta y seis años y había vivido demasiado. Créame, la persona verdaderamente romántica es la que no hace nada más que imaginar. Cuando uno ha participado realmente en desastres, como yo, se vuelve conservador.

Pero mientras contemplaba el Yellowstone, cuya corriente hacía una especie de cabeza de flecha de agua alrededor del sedal de Lavender, dijo:

—Me quedé uno o dos años, pero ahora era una casa de mujeres, así que empecé a pensar otra vez... —dio una palmada en el suelo—. Sí —dijo—, fuiste tú quien había vivido con los indios. Ahora lo recuerdo, Jack. Tú y yo hablamos de eso. Bueno, señor, lo que hice, pues estaba liberado y podía ir y venir a mi gusto, fue irme al oeste un día, como había pensado en hacer durante algún tiempo. Un pariente mío se había ido con el capitán Lewis y el capitán Clark...

Continuó hablando otra vez del esclavo York, ya que no tenía tan buena memoria como yo. Baste decir que había tenido diversos empleos y aventuras antes de

encontrar el tipo de indio que cubría sus necesidades, pero que finalmente lo hizo, ¡y resultó que eran ni más ni menos que los sioux de Toro Sentado!

La noticia me hizo salir de mi ensimismamiento.

—¡No me lo creo! —dije, y de inmediato lamenté mi expresión, pues Lavender ya no era un esclavo. Sí, por supuesto, seguía siendo un negro por raza, pero ya no era un criado ni tenía mentalidad de tal, y por tanto ya no estaba acostumbrado a que pusieran en duda su veracidad.

Se quedó mirándome con un orgullo evidente cuyo origen indio reconocí de inmediato, y dije rápidamente:

—Por Dios —dije—, ¡por Dios, Toro Sentado! Es que simplemente me has sorprendido. Ahora van a por él, ¿verdad?

Lavender pareció triste. Dijo:

—Me casé con una mujer sioux del grupo hunkpapa y viví durante varios años en un tipi hecho de piel. —Sacudió la cabeza y la pluma tembló en la cinta—. Son gente muy buena, y el viejo Toro, por ejemplo, creo que dentro de los indios es lo que llamaríamos un genio. Cuando quiere ver lo que está pasando en cualquier parte del mundo, lo único que tiene que hacer es cerrar los ojos y soñar, y lo ve claramente.

—Sí —dije—, así es.

El sol se reflejó en la ancha nariz de Lavender.

—Recordarás al reverendo Pendrake, Jack —dijo—. Siempre estaba hablando de sus principios. Eran buenos y hasta sagrados, supongo, y fue debido a ellos que me compró a mi antiguo amo y me dio la libertad. Así que puede que sea desagradecido por decir que cuanto más le escuchaba, más pensaba: es un necio.

—Yo también —dije—, aun siendo un chaval.

—Pero ¿por qué, Jack? ¿Por qué pensábamos eso? —Lavender se puso muy socarrón, y se quitó el sombrero y lo tiró al suelo, mostrando su pelo crespo—. Porque yo era negro —dijo—, pero tú sabías leer y escribir.

—Por lo que a mí respecta —dije—, pensé que hablaba sobre cómo deberían ser las cosas, más que sobre cómo eran.

—¡Eso es! ¡Eso es! —gritó Lavender—. Mientras que un indio es al contrario... Bueno —continuó—, ¿por qué tú y yo nos dimos la vuelta a tiempo y también abandonamos a los indios? Dime eso.

—Porque no nacimos bárbaros —dije yo.

—Tú lo has dicho.

—Y no funciona si conoces otras cosas —continué.

»Es perfecto si has nacido en una tienda y tu madre ha cargado contigo a la espalda y has vivido con el abracadabra desde el día en que naciste y no has conocido la rueda.

—Si procedes de la civilización —dijo Lavender—, vivir entre salvajes está muy bien durante un tiempo, y luego sientes una curiosidad tan grande sobre lo que está pasando en casa, que no puedes soportarla. Tienes que ir a verlo, así que vuelves, y

puede que sea bueno o puede que sea malo, pero eso es lo que pasa.

Recogió el sedal y su pesca de percas, *crappies* y otros peces de cazuela, y volvimos donde había levantado su tienda, al borde del vivaque.

—Eso lo tenemos claro —dije yo—. Pero lo que me pregunto ahora es por qué has vuelto a este territorio.

Lavender pareció un tanto avergonzado por la pregunta. Dijo:

—No he venido a combatir a los sioux. Me he contratado como intérprete. Cuando vean este ejército, tal vez vuelvan a las agencias.

—¿Crees que lo harán?

—No —dijo—. Y si me disparan, supongo que yo les devolveré los disparos.

Al día siguiente, por fin vi a Custer. Todavía estaba allí de forma extraoficial y podría haber seguido así bastante tiempo en un campamento de semejante tamaño, donde como he dicho había muchos civiles como carreteros y demás, y me planteé el hacerlo, pues era un enemigo en medio de ellos y parecería menor la traición si no me alistaba en ninguna función. Pero entonces pensé que, si seguía allí mucho tiempo, la gente se acabaría dando cuenta de que no estaba vinculado a ninguno de los diversos servicios, y empezaría a hacer preguntas. Temía que mis simpatías pudieran revelarse en cualquier conversación prolongada con un hombre blanco, pues no podías ir a ningún sitio entre aquella gente sin oírles decir cómo iban a zurrar al viejo Toro y sus asesinos, que el único piel roja bueno era el piel roja muerto, etc. Cuando se trataba de ese tema, los soldados olvidaban rápidamente su aborrecimiento hacia Custer y hablaban de lo gran combatiente que era.

Por entonces aún seguía sin saber qué iba a hacer. El campamento indio todavía no había sido localizado. El comandante Reno y sus fuerzas habían salido en misión de reconocimiento a lo largo del río Tongue en aquellos momentos para determinar precisamente eso. Supongo que tenía el plan difuso de escabullirme cuando el poblado fuera descubierto y llegar allí antes que las tropas para advertir a los indios hostiles, aunque era muy probable que me mataran mucho antes de que pudiera contactar con ningún cheyenne que pudiera reconocerme.

Parecía que lo mejor que podía hacer por el momento era contratarme como explorador, y eso exigía una entrevista con Custer. El general Terry era quien llevaba el mando oficialmente, pero tuve la impresión de que él hablaba mientras Custer actuaba.

Fui a la tienda que servía de base al Hijo del Lucero del Alba y rebasé el obstáculo del ordenanza —que era distinto del auxiliar del Washita— engañándole. Al entrar me encontré una pequeña mesa de campaña, y sentado detrás de ella al general Custer, escribiendo como de costumbre. No creo que nadie haya reparado nunca en cuánto escribía Custer: escribió cartas a su esposa casi todos los días, y también hizo toda una serie de artículos para la revista *Galaxy* mientras estaba en el

campo. Creo que eso era lo que estaba escribiendo en aquel momento.

Parecía distinto, con su largo pelo cortado como el de una persona normal, un poco más débil tal vez, pero eso podría haber sido solo por la superstición que me había transmitido Cuchillo Sangriento. Sin embargo, vi otra cosa antes de que levantara sus ojos hacia mí. Fuera era de día, pero estaba utilizando una vela como iluminación añadida, y mientras estaba inclinado sobre sus papeles, la parte superior de su cráneo sin sombrero quedaba directamente ante mi vista, y allí, a cada lado de una rala guedeja amarilla, largas puntas de lanza de piel rosa retrocedían hasta casi alcanzar la coronilla. Custer se estaba quedando calvo.

De repente, sentí cierta compasión humana por él, la cual pronto me abandonó cuando me hizo quedarme en pie durante un rato sin saludarme.

Por fin puso punto final a su escritura, y esperó que se secara, dejó a un lado su pluma y me miró con frialdad.

—Diga qué es lo que quiere —dijo con aquella voz ronca que no había olvidado.

—General —dije yo, intentando contener el disgusto que una vez más había sustituido al otro y fugaz sentimiento—, me preguntaba si podría emplear a otro guía o intérprete. Hay cheyennes con los sioux, y yo viví entre...

—No —dijo, y volviendo a coger su pluma, llamó—: Ordenanza, acompañe a este hombre a la salida.

El soldado entró en la tienda y se hizo a un lado para que yo saliera, pero me enfadé y no quise moverme, y cuando me agarró del brazo para ayudarme a salir, le empujé y dije:

—Chico, si vuelves a tocarme te abro en canal.

Custer levantó la mirada al oír aquello y estalló en una risa seca que tenía más aire que sonido.

—Eres temperamental, ¿eh? —dijo—. Eso me gusta. Está bien, ordenanza, puedes retirarte. —Cosa que hizo el soldado, mirándome con el ceño fruncido. Entonces Custer se recostó en su silla de campaña con una sonrisa superior y dijo—: Bueno, ¿qué te hace pensar que podrías resultarme útil?

Seguía enojado, pero conseguí mencionar algunas de mis experiencias con los cheyennes, aunque por supuesto omití todo lo relativo al Washita.

—Oh, ¿cheyenne —me interrumpió antes de que hubiera avanzado mucho—, pero no sioux? Vaya, mi buen amigo, llegas ocho años tarde. Como puede que sepas, hice picadillo a los cheyennes en 1868 en el Territorio Indio. Parece que no estás muy informado.

Le aseguro que me quemaba más su sonrisa que el contenido de sus comentarios, pero sabía que, si dejaba que me dominase la ira, le mataría.

Así que, con toda la tranquilidad que pude, le dije:

—Todavía hay bastantes cheyennes al norte del Platte como para darle una buena tunda, especialmente si se han unido a los lakotas.

—Oh —dijo él—, algunos rezagados tal vez. Puede que hayan llegado hasta el

norte para unirse a estos descontentos, pero puedo aplastar a todos con un solo escuadrón del Séptimo, a menos que los agentes indios hayan conseguido equiparles con los últimos rifles de repetición Winchester, en cuyo caso necesitaré dos escuadrones. En mi opinión, sería mejor hacer una campaña contra esas sabandijas, que por un lado especulan con las rentas de los indios, y, por otro, excusan y justifican las depredaciones que realizan los salvajes bajo su protección.

Este tema había hecho que se acalorase de verdad, frunciendo el ceño bajo sus gruesas cejas pálidas y poniendo la nariz muy de punta.

—Me parece muy siniestro —dijo— que estos hombres puedan confabular —pues de eso es de lo que se trata— en las atrocidades contra sus propios compatriotas. ¡Por ejemplo, el oficial de la Agencia Nube Roja^[74] ha sido tan laxo con sus bárbaros pupilos que finalmente, mediante amenazas criminales, han frustrado su intento de izar la bandera americana sobre su despacho!

Entonces se contuvo, como si se diera cuenta de que no era oportuno que un general del ejército de Estados Unidos se dirigiera a un vulgar hombre de la frontera con tanta emoción.

—Bueno —dijo—, supongo que todo esto le sonará a chino. Lamento no poder darle empleo como guía, pero podrá prestar servicios extremadamente valiosos como vaquero, o como carretero, o lo que quiera que haga ahora. No todo el mundo sabe ir en cabeza de la columna: los pies no son menos útiles que los ojos.

Puede que no lo crea, pero ocurrió. Cuando Custer me despachó, perdí el control, y antes de que supiera lo que estaba haciendo, dije de forma muy clara:

—¡Cabrón, debería haberte apuñalado cuando tuve ocasión!

Me quedé horrorizado después de soltar aquello, no porque temiera por mi bienestar; no, señor, sino porque comprendí al instante que ahora no podría escaparme para advertir a los indios. Me quedé parado durante un tiempo, las palabras todavía resonando en mi cabeza, y Custer dijo:

—Pero gracias por hablar claro. Me gusta su brío. No tenemos por qué tener ninguna duda del resultado cuando incluso los civiles desean servir en la vanguardia.

Siguió escribiendo, y yo salí de la tienda. ¡Custer no había oído mi comentario, dirigido directamente a su cara! En lo referente al mundo exterior, era como un pájaro disecado metido dentro de una vitrina de cristal. Su propia opinión le colmaba hasta tal grado que carecía de órganos para detectar las reacciones exteriores. Es la única forma en que puedo explicarlo.

El caso es que por eso no existe ningún listado de los hombres presentes en la Batalla de Little Bighorn que contenga mi nombre. Custer pensó que era un vaquero; y los vaqueros y los carreteros pensaban que era intérprete o guía, especialmente porque pasaba mucho tiempo con Lavender.

Fue mientras estábamos en aquel campamento en el Powder que el Séptimo de Caballería se despojó de su exceso de equipaje. Todos los sables, por ejemplo, fueron guardados y abandonados allí, así que las imágenes de la Última Batalla en las que

Custer blande su espada mientras los indios dan vueltas a su alrededor son falsas. Y aquella famosa banda del regimiento que tanto me había atormentado en el Washita había venido hasta aquí desde Fort Lincoln, pero por una vez no acompañarían el ataque. Sus caballos grises eran necesarios para cierto número de soldados que habían hecho la marcha a pie.

Un día o así después, los demás subimos cuarenta millas por el Yellowstone hasta la boca del río Tongue. Me conseguí un potro indio con silla de tela y un dogal de cuero de Cuchillo Sangriento, que tenía algunos animales de sobra. Si recuerdo bien la transacción, me costó dos o tres cantimploras de whisky del avituallados lo cual no fue mal negocio, pero también era cierto que el potro había conocido tiempos mejores y que no valía mucho más. Era color ante, muy flaco, y tenía un par de heridas de silla, que le curé con un viejo remedio cheyenne de tabaco hervido, hierbas amargas, grasa animal y sal.

Mi último recuerdo del campamento del río Powder es de la banda, subida a una loma próxima, tocando para despedirnos. Por supuesto, eligieron «Garry Owen», y me trajo a la cabeza imágenes de ocho años antes. Claro que no sabía que, a medida que el estruendo disminuía en la distancia, también se esfumaba la famosa suerte de Custer.

Yo cabalgaba en la retaguardia, con las mulas de carga que habían sustituido a los carros formando la caravana de suministros, y delante de mí se extendía la poderosa columna azul.

CAPÍTULO 26

Tras el rastro de los indios hostiles

En la boca del Tongue encontramos un poblado sioux abandonado el invierno anterior. Los soldados buscaron en él basura, postes rotos y demás materiales que pudieran servirles para encender fogatas. Lavender encontró un par de mocasines desgastados cuyo propietario dijo conocer, ya que identificó las cuentas. No sé si era verdad o no, pues se estaba poniendo cada vez más tétrico a medida que avanzábamos hacia el oeste, y puede que eso afectara a su juicio.

Poco después localizó un soporte funerario levantado sobre postes pintados de negro y rojo, el cuerpo todavía encima con su mortaja fúnebre junto con los otros objetos que los indios adjuntaban al fallecido para que no estuviera desnudo e indefenso al Otro Lado: arco, mocasines, y semejantes. Cuando me acerqué, Lavender estaba de pie, un ala de su sombrero levantada sobre la coronilla por el viento persistente. Se alzaba sobre un risco desolado, y contemplaba la plataforma con la boca abierta.

Entonces llegaron algunos soldados y desmontaron el soporte para utilizarlo como leña, se quedaron los mocasines y los arcos como recuerdos y dejaron el cuerpo sobre el suelo desnudo. Mientras esto sucedía, Lavender permaneció aparte, y luego me dijo:

—Voy a pescar.

A eso es a lo que me refiero cuando digo que se estaba poniendo raro.

Al momento siguiente apareció Custer en persona sobre su yegua saltarina de tres pies blancos, que se llamaba «Vic». Miró el cadáver y dijo a Lavender:

—Descúbrelo.

Así lo hizo mi amigo, desenrollando las pieles. Dentro había un guerrero sioux muerto, sí, y llevaba muerto algún tiempo, de eso no cabe duda, pero todavía se podía distinguir una gran herida en su hombro.

Custer dijo:

—Deshazte de él.

Lavender lo levantó en brazos y lo llevó como si fuera una persona pequeña, un niño o una niña, excepto que estaba rígido, y como estaba marchito no pesaba demasiado. Lo llevó hasta la orilla del Yellowstone y lo tiró al agua.

Pensé que dada la clase de persona que era Custer, no me reconocería aunque hubiéramos tenido una conversación recientemente, pero me equivocaba. Dijo:

—Hola, carretero.

Yo me toqué el sombrero en señal de saludo hacia él, instintivamente respetuoso. No lo habría hecho si lo hubiera pensado, pero el caso es que cuando llevabas un

tiempo cerca de Custer, aunque le odiaras a muerte, tenías que reconocer que la autoridad le resultaba natural.

A continuación, un soldado informó al general que habían encontrado los restos de un hombre blanco en las cenizas de un antiguo fuego en el campamento, así que espoleó a Vic. Como yo iba a pie, cuando llegué allí ya habían descubierto un cráneo y la mayor parte de un esqueleto, aunque los huesos estaban todos fundidos, pertenecientes en apariencia a un difunto miembro de la Caballería de los Estados Unidos, lo cual se sabía por el emblema que había sobre un par de botones del uniforme en el mismo fuego. Alrededor había algunas piedras grandes y bastones de madera quemada con los que obviamente había sido golpeado hasta la muerte. Vi que los exploradores rees se lo explicaban a Custer mediante signos.

El general desmontó y se acercó al montón de huesos. Muchos de los soldados se reunieron alrededor, y uno dijo que el pobre diablo debía de haber sido el hombre que perdieron en el 73 por aquella zona. Aquello hizo callar a todos los soldados, que últimamente habían estado quejándose de que los enviaran en una cacería sin sentido, pues no compartían la melancolía que había percibido en Lavender y Cuchillo Sangriento. Todavía no habían visto ni a un solo sioux ni cheyenne en carne y hueso, y este campamento tenía medio año de antigüedad.

Pero le juro que este incidente hizo mella en Custer. Le observé mientras miraba los huesos. Bajo la escasa luz de la tienda no me había fijado en cuánto había envejecido desde el Washita. Solo tenía treinta y siete años, pero podrían haberse echado diez más. En esta campaña no se había afeitado, y tenía la cara cubierta con una barba incipiente, su bigote y sus cejas desgreñados. Se quitó el sombrero gris, en señal de respeto por el muerto, y su corte de pelo me pareció pasmosamente burdo para un hombre de costumbres tan elegantes. Las arrugas que iban de la nariz a su boca eran tan profundas como reseca, y todavía no había tenido tiempo de asearse, así que llevaba encima un montón de polvo del camino.

En cuanto a mí, ahora reflexionaba por vez primera que tal vez no quisiera que aniquilasen a los indios, pero tampoco era mi deseo que aquellos seiscientos hombres blancos perdieran la vida, ni tampoco los rees ni Lavender, por supuesto. Las cosas se vuelven muy complicadas cuando uno se pone a jugar con la muerte. Si avisaba a los indios, podrían tender una emboscada a Custer. Si no lo hacía, él los aplastaría.

Estaba observando cómo el destacamento recogía los huesos del soldado muerto cuando Cuchillo Sangriento y otro ree mugriento llamado Stab se dirigieron a mí mediante signos.

—Tu amigo, el Hombre Blanco Negro —dijo Cuchillo Sangriento—, tiró el cuerpo del lakota al río.

—Ahora —dijo Puñalada— está pescando en el mismo sitio.

—Pensamos —señaló Cuchillo Sangriento— que está usando el cadáver como cebo.

Lo único que podías hacer con un indio que estuviera de ese talante era decir lo

que yo dije entonces:

—Te he oído.

Se marcharon.

—¿Sabes lo que parecen los rees? —preguntó una voz sobre mi hombro—. Lavanderas negras.

Me volví y vi a un sargento que me resultaba familiar, aunque al principio no supe por qué.

—Oye, juraría que te he visto antes —dijo—. ¿Alguna vez has servido en la caballería?

Le aseguré que nunca, y luego me acordé de él. Era aquel cabo que me había encontrado justo después de ponerme ropa del ejército entre unos matorrales en el Washita, y que me había llevado al poblado donde Custer me reprendió por llevar la chaqueta desabrochada. Desde entonces había ascendido, se le había puesto el pelo un poco gris y había ganado un par de libras en la barriga, pero era la misma persona. Me había salvado la vida, y uno no suele olvidar esas cosas.

Naturalmente, el recuerdo del incidente hizo que sintiera simpatía hacia él, así que extendí la mano y le dije mi nombre, y él dijo que el suyo era Botts.

—Bueno, Botts —pregunté—, ¿crees que entraremos pronto en combate?

Estaba fumando una pipa corta y negra, que desprendía un olor repugnante incluso bajo aquel viento de Montana. Echó un poco de humo, y dijo:

—Creo que no. Supongo que huirán si pueden, como los cheyennes en el Washita. Por supuesto, nadie sabe todavía dónde están. Reno está buscándolos ahora, y Culo Duro está que echa chispas porque Terry no le envió a él. Teme que Reno los encuentre y los aniquile antes de que él tenga la oportunidad, pero te aseguro que no tiene por qué preocuparse. Reno nunca ha combatido contra los indios, y no tiene estómago para hacerlo ahora. El único combate que le gusta es entre él y la botella. Culo Duro, por el contrario, cargará contra cualquier cosa que encuentre que tenga la piel roja, aunque sea un puñado de *squaws* viejas, para dejar las cosas claras con Grant.

—Dicen que podría presentarse a presidente —dije yo.

—¿Ah, sí? —el sargento Botts lanzó una risotada—. Bueno, tendría dos votos seguros: el mío y el de la señora Custer. Oh, y por supuesto, el de su hermano Tom, ese es otro cabronazo. ¿Has visto a ese individuo? Wild Bill Hickok le dio para el pelo una vez en Kansas y Tom tuvo que retirar los cuernos. Y el viejo Lluvia en la Cara^[75], cuando fue arrestado hace un par de años por asesinar a tres hombres blancos, culpó a Tom Custer y juró que algún día arrancararía el corazón a Tom y se lo comería. Tom se ha estado meando en los pantalones desde que ese indio se escapó.

Ya ve qué opinión tan elevada tenían los miembros del Séptimo de Caballería unos de otros. Los únicos oficiales que merecían la pena para Botts eran el capitán Benteen, a quien recordaba del Washita, y el capitán Keogh, un irlandés bigotudo; e incluso en el caso del segundo, a Botts nunca le gustó que fuera católico, según me

dejó caer, y además Keogh era un poco borrachuzo, aunque era valiente por naturaleza y no bebía para reunir valor, como el comandante Reno.

No sé de dónde sacó Botts lo de condenar a los demás por darle a la botella, porque durante el tiempo que traté con él visitaba invariablemente la cantina que el avituallador mantenía llena de matarratas. Por otro lado, una de las razones principales por las que odiaba a Custer era porque el general ni fumaba ni bebía. Detestaba a toda la tribu de Custer y decía que la auténtica amenaza para la campaña era acabar rodeados por los Custer en vez de por los indios, pues además del general y de Tom, y del hermano menor Boston y del sobrino Armstrong Reed, el teniente Calhoun también estaba casado con la hermana de Custer.

Supongo que a continuación Botts habría empezado a hablar despectivamente de la señora Custer en persona, pero yo no podía tolerarlo, aunque me hubiera salvado la vida en una ocasión. Aquella dama era más hermosa que un ángel.

Descubrí que la mayoría de los soldados compartían las opiniones de Botts. Puede que tuvieran razón al opinar así, pero tomemos como ejemplo a los indios que íbamos a combatir: si no hubieran venerado a Toro Sentado y Caballo Loco y Agalla, aquellos individuos no habrían sido sus jefes. Para los pieles rojas no tenía sentido seguir a hombres que odiaban o criticaban. Eso parece ser algo exclusivo de los blancos, y significaba que el Séptimo de Caballería tenía dos enemigos formidables en Little Bighorn: la nación sioux entera y... el Séptimo de Caballería.

Un par de días después de nuestra llegada al Tongue, llegaron exploradores del destacamento de Reno que habían alcanzado la desembocadura de Rosebud Creek. Habían encontrado a los indios, o al menos sus huellas. Era un gran rastro de media milla de ancho, marcado con la estela de miles de postes de tiendas arrastrados tras los potros, que subía corriente arriba por el valle del Rosebud. Así que partimos al instante para reunirnos con ellos donde aquel arroyo desembocaba en el Yellowstone, el Séptimo por tierra y el general Terry y su personal montados en el *Far West*. El coronel Gibbon y sus fuerzas ya estaban en la zona, sobre la orilla norte del Yellowstone.

Le conviene recordar que en aquella región el Yellowstone fluye de sur a norte, y que sus afluentes desembocan en él desde el sur y son más o menos paralelos unos a otros. Avanzando hacia el oeste, primero está el Powder, donde yo me uní a la campaña; luego el Tongue, donde encontramos el sioux muerto y el esqueleto del soldado; a continuación el Rosebud, donde nos esperaba Reno; y por último el Bighorn. Veinticinco o treinta millas por encima de la desembocadura del último están los horcajos, cuyo brazo este lo constituye el Little Bighorn.

Poco después de que todo el mundo se hubiera reunido en la desembocadura del Rosebud, los oficiales al mando, Terry, Custer, Gibbon y su personal, celebraron consejo a bordo del *Far West*. Su resultado circuló entre las tropas que esperaban en

la orilla antes de que hubiera terminado, pues los soldados, como los indios, tienen sus propios medios misteriosos para obtener las noticias. Yo se lo oí decir a Botts.

—Este es el plan —dijo—. El Séptimo, bajo el mando de Custer, subirá por el Rosebud hasta su nacimiento y caerá sobre los indios, si es que están allí. Si no, cruzaremos al valle del Little Bighorn y bajaremos por él. Mientras tanto, Terry y Gibbon subirán río arriba. Si los indios están allí, quedarán atrapados entre las dos fuerzas.

»Pero si conozco a Culo Duro, no esperará a los otros. Con la infantería, tardarán más que nosotros, y te invito a una copa si para cuando lleguen no hemos zurrado ya a los sioux.

Eso le recordó su amada cantimplora y echó un trago, mientras yo rechazaba su oferta.

—Tal vez —dijo, limpiándose los labios— tengas razón, y Culo Duro acabe siendo presidente. Por otra parte, no me sorprendería que los sioux hubieran huido a las montañas. Nunca he conocido a un indio que tenga valor para un combate auténtico. En el Washita...

La cuestión es que no era el único que pensaba así. El ejército seguía creyendo que los indios huirían. Lo que ninguno de nosotros sabía en aquel momento era que mientras estábamos sentados en el río Tongue, aquellos mismos sioux y cheyennes habían infligido una severa derrota a los hombres del general Crook, Rosebud arriba. Pero por entonces los ejércitos no tenían radios ni telégrafos, y nunca supimos dónde estaba Crook, ni él dónde estábamos nosotros, aunque estábamos relativamente cerca, y no tardó en retirarse hacia el sur.

Algunos dicen que Custer volvió del consejo fluvial sumido en un estado de ánimo depresivo muy distinto de su seguridad habitual. Pero yo ya había visto su cambio cuando examinó el esqueleto del soldado torturado por los sioux. Sin embargo, con el paso de los años he llegado a creer que la alteración empezó mucho antes, tal vez cuando se cortó su infantil melena, antes de salir de Fort Lincoln. Ya no podía ser el General Juvenil. Todos sabemos cómo son los hombres que no han tenido vida intermedia; desde una mocedad prolongada demasiado tiempo, se hunden directamente en la vejez, y resultan patéticos.

Algo de eso había en el Hijo del Lucero del Alba, siempre y cuando tengamos en cuenta que todavía no se había vuelto humilde, precisamente. Rechazó el ofrecimiento del batallón de caballería de Gibbon para acompañarle como refuerzo y también desdeñó las ametralladoras Gatling. Y en este aspecto, como en pocos otros, obtuvo el apoyo de Botts, pues el sargento, como la mayoría de los soldados, tendía a cerrar filas cuando el orgullo regimental estaba en juego.

—El Séptimo no necesita ayuda —dijo Botts—. Apoyo a Culo Duro en esa cuestión.

De modo que en la desembocadura del Rosebud empezamos a prepararnos para avanzar río arriba, y las fuerzas de Gibbon partieron hacia el Bighorn, aunque el

barco de vapor, que llevaría a los oficiales superiores, se demoró un tiempo para que el Séptimo pudiera desfilar en formación. Aquello ocurría hacia el mediodía de aquel día de junio, con un viento frío soplando desde el norte mientras cruzábamos el valle lleno de salvia. Pasamos junto al barbudo Terry y los otros que estaban en el otero, con todos los cornetas reunidos en las proximidades, tocando la marcha mientras las monturas hacían cabriolas y los banderines aleteaban.

Sin embargo, no fue un momento grandioso si se compara con la inmensa desolación de aquel territorio, mientras las tropas de vanguardia subían la pendiente de la parte superior del valle en una hilera azulada. Yo cabalgaba al final de la columna con las mulas de carga y detrás de nosotros solo venía un pequeño pelotón de retaguardia. Custer se había parado para despedirse de Terry, inclinándose sobre su yegua para estrecharle la mano a él y a Gibbon, y justo cuando pasaba al pie de donde estaban, oí que este decía:

—Vamos, Custer, no sea avaricioso. Déjenos algunos indios.

Supongo que lo dijo medio en broma.

Pero Custer respondió con gesto sobrio.

—Sí —dijo—, sí.

Saludó, y galopó hacia la cabeza de la columna, que ya estaba bajando por la pendiente más alejada. Cuando llegué al terreno elevado, miré hacia atrás y vi a los oficiales, pequeños como moscas, cabalgando hacia donde el *Far West* estaba atracado como una hoja flotante.

Bueno, señor, la caravana de suministros empezó a dar problemas cuando apenas habíamos salido del campamento. Yo, por cierto, seguía en una posición peculiar respecto a mi trabajo, pero ahora más o menos me había consolidado, en cuanto a los demás se refería, como perteneciente al pequeño grupo de transportistas civiles. A juzgar por la forma en que los suministros iban atados a los animales, uno habría pensado que los había atado una mujer. Se cayeron cuatro o cinco paquetes antes de que hubieran pasado veinte minutos desde que habíamos salido del campamento. Si uno piensa que aquellas mulas llevaban municiones que el Séptimo supuestamente tendría que utilizar contra los sioux, además de raciones para una campaña de quince días, entonces había que considerarlo un grave defecto, de manera que Custer envió a un teniente para poner un poco de orden, y además de los civiles también se dedicó un destacamento de soldados para ayudarnos. Pero, a decir verdad, aquella caravana de suministros nunca valió un pimiento desde el momento en que salió.

El Rosebud no lleva mucha agua, ya que solo tiene tres o cuatro pies de ancho y tres pulgadas de hondo en buena parte de su longitud, y en algunos sitios incluso menos, pero el sitio donde acampamos aquella noche era más profundo, y algunos de los soldados se pusieron a pescar para variar un poco de las galletas con beicon, que eran lo único que se les dio de comer en las dos semanas siguientes. A partir de aquel momento ya no se permitía cazar, pues el estampido de un arma de fuego se oye muy lejos en el campo. Pero ahora que su deporte favorito se había vuelto tan popular,

Lavender, por supuesto, abandonó la práctica de la pesca.

Eso es otro ejemplo de la extraña forma de ser de aquel hombre, tal y como he dicho. Y desde luego que no se volvía más normal a medida que avanzábamos hacia los sioux. Le diré cómo se acostaba por la noche: habíamos dejado todas las tiendas atrás, para viajar ligeros como lo hacíamos ahora, y los soldados dormían sobre el suelo, tal vez escarbando unos pequeños huecos para las caderas. Por suerte no llovió.

Pero Lavender se hizo un *wickiup* indio, que es un arbusto o un par de ramas sujetos al suelo con las mantas echadas encima, formando una pequeña choza. Como no llovía, era obvio que lo hacía para tener intimidad; tampoco me invitó a compartirlo con él, aunque yo era lo que como mínimo pasaba por ser su único amigo.

Dando vueltas aquella noche descubrí su aislado alojamiento. Había dejado la chimenea abierta, y al acercarme vi que salía humo de dentro. Creí que estaba cocinando beicon en el interior, y pensé: que me aspen si no es raro este tío, pues apenas había sitio en esa clase de morada para que una persona se mantuviera en pie. Pero pronto olí el tabaco en lugar del cerdo y pensé: oh, solo está fumando un poco. Aun así, no quise irrumpir bruscamente, de modo que pisé fuerte y le llamé, y la manta se abrió lentamente para revelar su cara oscura brillando de sudor, pues hacía mucho calor, incluso fuera de un *wickiup*.

Lavender sujetaba una pipa india de tallo de madera de dos o tres pies de longitud y un cazo de piedra roja. Me miró con aturdimiento y no dijo ni una palabra.

Yo me tomé a mal su falta de hospitalidad, pues le conocía de antaño, y también había vivido con los indios y me sentía igual de extraño volviendo con un ejército enviado a castigarles. Pero él estaba en una situación más comprometida que la mía. Yo me había alistado bajo falsos pretextos, pero a él le estaban pagando honradamente. Así que, para su conciencia, podía seguir practicando todos los rituales indios, pero a todos los efectos lo único que importaba era que formaba parte de aquel ejército que estaba siguiendo a sus antiguos amigos... Eso es lo que me pareció en aquel momento, pero supongo que usted es lo bastante listo para entender, como yo no lo entendí entonces, que al mirar a Lavender me estaba viendo a mí mismo.

Sin embargo, me sentí molesto, y dije:

—Bueno, si estás ocupado... —y empecé a irme, pero sus ojos se aclararon y dijo:

—Pasa y siéntate.

Así lo hice, e intercambiamos la pipa sioux una y otra vez, y por fin dije:

—Supongo que no nos serviría de nada huir ahora.

—No —dijo—, no nos serviría.

Expulsé un humo picante. Había conseguido la auténtica mezcla india en algún sitio, tal vez a través de los exploradores rees.

—Escucha, Lavender —dijo—. Te lo pregunté una vez y nunca me llegaste a

contestar: ¿por qué te has apuntado a esta campaña?

—Quería volver a ver este país antes de morir —dijo.

Entendí lo que quería decir, aunque no todo el mundo lo habría hecho al ver los cactus y los matojos de salvia y bayas, junto con algunos álamos y arces, que constituía la vegetación de aquella zona, y los barrancos y las pendientes del terreno.

—Oye —dije—, ¿alguna vez encontraste a alguno de los descendientes de los miembros de tu familia que acompañaron a Lewis y Clark?

—Ni uno —dijo Lavender—, que pudiera verificar, aunque algunos sioux son de piel oscura. Pero no busqué demasiado, porque la cuestión es que cuando te unes a los indios, ya tienes todos los parientes que necesitas. Puede que haya gente dentro del grupo que no sienta especial aprecio por algún otro, pero se guardan el verdadero desprecio para el enemigo.

Lavender había retirado la manta cuando me senté con él, aunque el arbusto seguía formando arco sobre nosotros, y una tribu de mosquitos también compartía su *wickiup*. Yo ya me había llevado varios picotazos.

—Aquí es diferente —dije.

—Oh, sí —dijo Lavender—. Cómo odian al general Custer. Y nadie tiene buena opinión del comandante Reno, tampoco, a quien el capitán Benteen abofeteó una vez en el club de oficiales de Lincoln. Y el capitán Benteen escribió a los periódicos una carta muy fea sobre lo que pasó en el Washita. El general Custer estaba dispuesto a darle de latigazos, pero el capitán se llevó la mano a la pistola y dijo: «Adelante». Y el general decidió no hacerlo.

Lavender sacudió la cabeza.

—Te diré una cosa del general Benteen. ¿Sabías que procede de una familia sureña que fue rebelde en la Guerra, y que le llamaron traidor cuando se unió al ejército de la Unión? Su padre le maldijo, con la esperanza de que muriese. Así que el capitán hizo que arrestaran a su padre y que le metieran en una prisión federal hasta que terminó la Guerra. ¡Fíjate!

—Los cheyennes mataron a mi padre, pero me aceptaron como hijo. —No sé por qué dije eso.

—Yo no conocí a mi padre —dijo Lavender—. Mi amo le vendió a otro antes de que yo naciera.

Entonces le hablé de Olga y de Gus por un lado, y de Rayo de Sol y de Lucero del Alba por el otro, y ya que había empezado, le conté todo lo demás, lo de Denver y Wild Bill y Amelia y, sí, el Washita.

—Bueno —dijo Lavender cuando hube acabado—, no sabía que ser blanco fuera tan complicado.

—No creo que lo sea para todo el mundo —reconocí—. Fíjate en el general Custer. No solo sabe quién es su familia, sino que se lleva a la mayoría cuando va a la guerra.

—Es cierto —dijo Lavender, y pareció incómodo.

—Te cae bien, ¿verdad? —dije yo.

Se le había apagado la pipa, así que la vació de cenizas y se tomó su tiempo. Por fin, dijo:

—Siempre me ha tratado bien, Jack. Eso es todo lo que sé. Tienes que recordar que es un soldado.

—Se le da bien matar —dije.

—Y morir, si llegara el momento —dijo Lavender. Guardó la pipa en una bolsa de ante, y dijo—: ¿Podrías escribir mi testamento?

Busqué por todo el vivaque crepuscular. Los soldados estaban recostados digiriendo sus cenas, y los fuegos se habían extinguido porque las llamas podían verse a mucha distancia en la oscuridad. Tuve que preguntar a unos cuantos hasta que di con un hombre que pudiera dejarme un lápiz, y ni siquiera él tenía papel, excepto una carta de su esposa que llevaba como amuleto de la buena suerte en un bolsillo sobre su corazón, así que cuando vi a tres oficiales que venían a través de la penumbra, decidí pedirles una hoja en blanco de los libros de órdenes que normalmente llevaban.

Eran los tenientes McIntosh, Wallace y Godfrey. Luego supe por Botts que Custer había celebrado una reunión de oficiales aquella noche, en contradicción directa con su costumbre habitual de tomar las decisiones en solitario. Explicó por qué no había aceptado las ametralladoras Gatling ni los refuerzos de caballería, basándose en que las Gatling eran difíciles de transportar y frenarían a la columna, y en cuanto a los otros jinetes, pensó que serían mayores los más celos que causarían entre ambos cuerpos que la ayuda que proporcionarían contra el enemigo. Luego habló un poco más de la campaña y pidió sugerencias a los oficiales.

Aquello era algo sin precedentes para Custer. Siempre había ordenado con su voz ronca, y nunca había preguntado. Bottsy dijo que le había parecido que el general sonaba casi suplicante.

—Ese hijo de perra. Me pregunto por qué.

El caso es que aquello encajaba con lo que oí decir a los oficiales, tal y como lo recordé luego.

—Godfrey —dijo Wallace—, creo que Custer va a morir.

El teniente Godfrey preguntó:

—¿Qué te hace pensar eso?

—Que nunca le había oído hablar así.

McIntosh miró a uno y otro y no pronunció palabra. Era mestizo, ya que su madre era una india iroquesa del Este, y era conocido por sus gestos cautelosos y lentos. Era el único miembro de aquel trío que pronto moriría. A veces debía de tener pensamientos interesantes.

Bueno, al oír aquello, no pedí papel a los oficiales, sino que esperé un rato y entonces llegó el capitán Keogh solo, con su gran bigote negro y su pequeña barba puntiaguda bajo el labio, de modo que dirigí mi petición a él.

Keogh era un irlandés que había servido en la guardia personal del Papa en Roma antes de venir a Estados Unidos.

—Ah, por supuesto —dijo—, dígle a Finnegan que le dé una hoja de mi cuaderno.

Finnegan era su ordenanza, que según Botts guardaba el dinero de Keogh cuando estaban en Fort Lincoln, para que el capitán no se lo bebiera todo.

—Finnegan es más su vigilante que su ordenanza —dijo Botts.

Le di las gracias y me marché, y entonces Keogh me hizo una extraña pregunta.

—¿Es para escribir su testamento? —dijo.

—¿Cómo lo ha sabido?

Se rio alegremente, lo cual me pareció extraño teniendo en cuenta lo que dijo a continuación.

—Yo hice el mío anoche. Pero eso fue después de que Tom Custer y Calhoun me desplumaran al póquer, así que no tengo mucho que legar.

—¿Entonces por qué lo hizo? —pregunté sin humor, pues todavía estaba bajo la influencia de Lavender y sus tenientes.

—Por hacerlo —dijo el capitán Keogh, y sus ojos brillaron incluso bajo el crepúsculo.

De modo que busqué a Finnegan y conseguí el papel. Volví con Lavender y él y yo hicimos testamento, dejándonos lo que teníamos el uno al otro, y luego surgió el problema de quién debería guardarlo, ya que los dos participaríamos en cualquier combate que se produjera.

—Dáselo a Cuchillo Sangriento —dijo Lavender—. Enróllalo y mételo en un cartucho y dáselo para que lo guarde.

—Pero —dije yo— él también participará en el combate, ¿no?

—Él no —dijo Lavender—. Es un cobarde, como todos los rees. Al primer disparo, se dará la vuelta y no se detendrá hasta que vea el río Missouri.

Eso demuestra que ninguna raza posee el monopolio de la verdad. En realidad, a Cuchillo Sangriento le dispararon en la cabeza en el valle, y sus sesos se desparramaron sobre el comandante Reno. Sin embargo, eso no importaba en lo tocante a nuestros testamentos, pues quemé el papel. Que existiera semejante documento me parecía mala medicina. Yo no tenía el carácter despreocupado del capitán Keogh, y puede que fuera por eso por lo que no me mataron como le mataron a él.

Al día siguiente marchamos treinta millas Rosebud arriba, y antes de que hubiéramos recorrido cinco dimos con el rastro indio que había encontrado Reno en su exploración. Yo seguía en la retaguardia con las malditas mulas, que eran tan lentas que la columna principal se adelantaba varias millas. Por eso cuando vi el rastro indio ya estaba cubierto en parte por las herraduras de los caballos de la

caballería, pero estaba claro que lo habían hecho cuatro o cinco mil lakotas, pues no tenía menos de trescientas yardas de ancho y los campamentos abandonados a lo largo de él mostraban los círculos de mil tipis, por no mencionar incontables *wickiups*.

Menos de la mitad de la población total serían guerreros auténticos; pero, como sabe, un muchacho indio puede ser muy eficaz con un arma desde los doce años.

Además de los rees, habíamos adquirido de las fuerzas de Gibbon un par de exploradores *crows*, ya que aquella zona era el territorio natal de dicha tribu. Pensé que Custer estaría suficientemente asesorado sobre lo que podía leerse en el rastro, así que no se me ocurrió volver a ofrecerle mis servicios. No se me ocurrió, es decir, hasta que hablé con un teniente del destacamento que vigilaba la caravana de suministros.

Habíamos hecho una de nuestras numerosas paradas para volver a asegurar las cajas de cartuchos y galletas que siempre se estaban escurriendo de las mulas, y yo dije al teniente al mando, señalando el rastro indio que se extendía en una anchura muy superior a la nuestra:

—Gran poblado.

Sonrió como si yo fuera un novato y reconoció que indicaba que había algunos centenares de indios hostiles.

Le pregunté si eso era lo que habían dicho los exploradores *crows* y rees.

—No, no ha sido eso —dijo—. Pero cuando llevas tanto tiempo en la frontera como yo, siempre divides entre tres cualquier estimación que te dé un indio amistoso. Estos *crows* son buenos chicos, pero el combate no es su punto fuerte.

Bueno, he mencionado cuánto me preocupaban los indios y lo poco inclinado que me sentía a ver cómo masacraban a los soldados, pero hasta ahora no he mencionado mi creciente preocupación por mi propio pellejo. No tardé en abandonar aquella maldita caravana de mulas, y el teniente, pensando que desertaba, me gritó que no conseguiría cobrar nunca, pero como de costumbre había malinterpretado la situación, pues lo que hice fue cabalgar hasta la cabeza de la columna.

Cuchillo Sangriento me había vendido un potro bastante pachucho. Según la costumbre india, el animal no estaba herrado, y sus pezuñas estaban muy desgastadas, así que medio cojeaba en el terreno más agreste, ya que el suelo era duro como el pedernal y la hierba que hubiera crecido allí había sido devorada por los enormes rebaños de potros de los sioux. Así que tardé mucho en adelantar a la columna y, cuando lo conseguí, Custer no estaba a la cabeza, sino más bien una o dos millas más allá. Era famoso por cabalgar en punta, delante de la vanguardia y a veces también de los exploradores. En otras campañas, según decían, maldita sea si no había cazado algún bisonte o antílope de paso. Pero ahora buscaba indios, y cuando le vi sobre un risco a unos tres cuartos de milla de donde yo estaba, parecía que los había encontrado y que estaba rodeado.

Azucé el potro ree al galope, y ya estaba a mitad de camino para rescatarle

cuando me di cuenta de que solo estaba hablando con los exploradores crows. Cuando llegué al risco, Custer había vuelto a marcharse, pero los crows seguían allí: Huye de Hombre Blanco^[76], Cara Medio Amarilla^[77], El Que Va Delante^[78] y un tipo llamado Rizos^[79]. También el guía e intérprete, Mitch Bouyer, que era una mezcla de crow y blanco.

Me sentía incómodo con los crows, debido a mi pasado, y Huye de Hombre Blanco era lo bastante mayor para haber sido un guerrero adulto en los tiempos en que luché contra ellos. De hecho, de vez en cuando me examinaba, y aunque era improbable que me tuviera localizado, algún sentido indio debía de haberle advertido de algo.

Así que me alegré de ver al explorador jefe blanco que venía a caballo desde el otro lado del risco. Era un hombre llamado Charley Reynolds, un tipo robusto de hombros redondeados, uno de los pocos exploradores blancos realmente buenos que había conocido, y no un fanfarrón melenudo como Buffalo Bill Cody y algunos otros.

El único problema de hablar con Charley es que era terriblemente callado, y se guardaba las cosas hasta tal punto que le habían apodado «Charley el Solitario».

—Charley —dije, y de inmediato miró al suelo como era su costumbre cuando se le hablaba—, ¿le has dicho a Custer cuántos indios han dejado este rastro?

—Sí —dijo él.

—Porque algunos de los oficiales creen que ha sido un grupo pequeño. —Dije yo.

Charley se encogió de hombros y siguió mirando el suelo como si estuviera avergonzado, mientras que su caballo seguía completamente inmóvil.

Mitch Bouyer se acercó entonces y dijo, de forma muy brusca si tenemos en cuenta que era blanco, aunque comprensiblemente si uno sabía que tenía sangre india:

—¿Qué quieres?

—Salvar mi cabellera —dije.

De forma completamente objetiva dijo:

—Eso será difícil, porque vamos a meternos en una batalla de tres pares de narices.

Se dio la vuelta y volvió cabalgando hacia el grupo de crows, sentados sobre sus caballos y abatidos.

Reynolds había levantado la mirada mientras Bouyer hablaba, pero cuando me volví a él, volvió a mirar el suelo.

—Son demasiados para atacarlos nosotros solos —dije yo—. Y apuesto a que eso es lo que vamos a hacer. No va a esperar a Gibbon y Terry.

—No —dijo Charley con su voz suave.

—Maldita sea, tienes que hacerle entrar en razón. Dicen que a ti te hace caso.

—No —dijo Charley, y hundió las rodillas en su caballo para que echase a andar, y vi que su mano derecha iba envuelta en un pañuelo. Le pregunté si estaba herido.

—Un panadizo —dijo él.

—¿Puedes disparar?

—Apenas —dijo Charley, y, agotado de tanto hablar, se alejó de mí.

—Reynolds es solo un cobardica —me dijo el sargento Botts aquella noche en el campamento—. Suplicó a Terry que le dejara retirarse de esta campaña, afirmando que tenía la premonición de que le iban a matar.

—Bottsy —dije yo—, tienes muy mal concepto de la mayoría. Me pregunto qué pensarás de mí.

—Jack —dijo Botts—, no eres gran cosa, pero lo que eres, es todo blanco.

Algunos hombres te toman mucho aprecio si les escuchas mientras insultan a otros. En aquel momento, él y yo estábamos sentados entre algunos matorrales de bayas, emborrachándonos con el contenido de nuestras cantimploras. Supongo que era el primer caso de auténtica embriaguez al ciento por ciento que sufría desde los lejanos días en que había vagado por las llanuras del sur buscando a Olga y Gus.

El resultado fue que a la mañana siguiente me encontraba en muy mal estado, al inicio del día más largo de mi vida.

CAPÍTULO 27

Greasy Grass

El sábado 24 de junio hizo un calor del demonio, y el viento del sur solo sirvió para ahogar a los hombres que iban detrás con el polvo de los que iban delante. Al cabo de un tiempo empeoró tanto que las tropas se vieron obligadas a marchar en filas separadas, para no sofocar a los siguientes, y también para reducir la enorme nube que señalaba nuestro avance. Pues nos estábamos acercando a los indios hostiles, y poco después del mediodía cruzamos el lugar donde otro gran rastro indio, procedente del sur, se unía al que habíamos seguido hasta entonces.

Aquello fue poco después de que encontráramos el enorme campamento abandonado donde los postes de una tienda donde se había celebrado la danza del sol todavía seguían en pie. Sobre el suelo de esta había algunos dibujos trazados en la arena: líneas que representaban huellas de potros a un lado y de caballos de la caballería al otro; entremedias, figuras de hombres blancos cayendo de cabeza hacia las filas indias.

La cabeza me palpitaba, y el olor del beicon del desayuno me hizo vomitar. Mi estado físico era tan lamentable que, para compensar, mi mente estaba algo más tranquila que antes. Los rees y los crows, sin embargo, se volvieron aún más taciturnos, al ver los dibujos de la arena, y hablaron con Fred Girard y Mitch Bouyer, sus respectivos intérpretes, ya que al ser indios les afectaban mucho los símbolos.

Al poco llegó Custer, y Bouyer le dijo que las imágenes significaban «muchos soldados cayendo de cabeza al campamento sioux», es decir, muertos.

En ese momento me adelanté, diciendo:

—General...

Pero él me interrumpió:

—El carretero, ¿verdad? Bueno, carretero —dijo Custer, mirándome por el extremo de su afilada nariz—, tengo entendido que su sitio está con las mulas —no lo dijo irritado, sino más bien divertido—. ¿O es que me equivoco? —continuó—. Solo soy el comandante del regimiento.

—Señor —dije, frunciendo el ceño por mi resaca—, no sé para qué sirve el trabajo de estos exploradores. Creo que tal y como exponen sus informes, a usted le suenan a pura superstición y los ignora.

Bouyer y Girard me lanzaron miradas feroces.

—Sin embargo —dije yo—, ser indio consiste en combinar de forma práctica los hechos y la fantasía. Estos dibujos y huesos fueron dejados deliberadamente para que usted los encontrara y se asustase. Si se marcha asustado, o si sigue adelante y es destruido, se habrán convertido en una profecía. Si vence, sin embargo, solo habrán

sido otro hechizo que no llegó a funcionar. Pero lo importante es que los indios hostiles saben que los está siguiendo, y están anunciando que no piensan huir.

Hasta entonces, Custer había mostrado una leve sonrisa. Ahora echó la cabeza hacia atrás y ladró una carcajada estruendosa. Volvió a parecer el que había sido, en vez de la sombría figura en que se había convertido desde que dejamos el Tongue.

—Carretero —dijo—, tengo reputación de ser un hombre severo. Pero seguramente también sea el único oficial al mando que escucharía las recomendaciones de un mulero. Tengo debilidad por los personajes pintorescos, como California Joe, Wild Bill Hickok y demás, a cuya compañía me atrevería a decir que perteneces. Charley Reynolds es un espléndido explorador, pero es demasiado callado.

Volvió a reírse, quitándose el sombrero gris y sacudiéndose las botas con él.

—¡A esta campaña le falta humor! Muy bien —dijo—, querías ser explorador. A partir de este momento lo serás. Tus órdenes son permanecer a mi lado, decir cualquier cosa que te pase por la cabeza, y no molestar a estos otros individuos.

Así es como fui nombrado bufón oficial del comandante del Séptimo de Caballería, como resultado de decir la verdad. Podría pensar que me sentí ofendido, pero se equivocaría. Aquello significaba que podría ser aún más ineficaz que cuando viajaba con las mulas, pues todo lo que dice un hombre que es un idiota certificado, por así decirlo, se toma naturalmente como una idiotez. Pero por otra parte, estaría en cabeza, en lugar de a la cola de la columna. Tal vez incluso pudiera evitarle a Custer los errores más graves. Así que acepté el puesto, y eso hizo que el general lanzara otra risotada, y Girard y Buoyer también lo entendieron y se rieron, y también los crows y los rees, sin comprender, pero los indios trataban de ser educados siempre que fuera posible.

Tal vez mis órdenes fueran permanecer con Custer, pero eso era difícil para cualquier ser humano, incluso para uno que no sufriera resaca y cabalgase una montura mejor que mi potro medio cojo, pues la reputación del general como individuo enérgico no era exagerada. Cabalgaba sobre Vic atrás y adelante, y cuando agotaba al animal, el ayudante le traía a Dandy. Los exploradores siempre estaban llegando con informes, pero Custer normalmente salía hasta una milla o más para reunirse con ellos. Luego volvía al trote, y tal vez siguiera al lado de la columna para hablar con uno de los comandantes de las tropas. Todo el tiempo, su adjunto, el teniente Cooke, con unos enormes bigotes de chuleta de cordero, escribía órdenes y las mandaba atrás y adelante utilizando mensajeros. Cuando llegaban las respuestas, Custer las leía con su estilo rápido e impaciente, parecido a un águila.

Su hermano Tom, un calco del general con rasgos de menor autenticidad —como por ejemplo que era más impertinente que verdaderamente arrogante, con el sombrero tumbado de lado en la cabeza, etc.—, Tom normalmente se dejaba ver más a la cabeza de la columna que con sus propias tropas, y para darse importancia también mandaba mensajes a la caravana de suministros y así; y el otro hermano,

Boston, junto con el sobrino Armstrong Reed, los dos chicos jóvenes, normalmente se comportaban como si hubieran salido de excursión.

Así que a mí básicamente me ignoraba, y nunca tuve más ocasión de divertir al general, aunque hubiera querido hacerlo, durante el resto del día, y tampoco hablé con nadie, excepto una o dos veces que intenté trabar conversación con el ordenanza de Custer, que no era el hombre del Washita, sino un tipo llamado Burkman, pero era casi un imbécil, que llevaba la gorra calada hasta los ojos, y era el hazmerreír de todos.

Marchamos treinta millas y acampamos a las ocho de la tarde, pero poco después llegaron los exploradores crows informando de que el rastro de los sioux se había torcido hacia el oeste y cruzaba las Montañas de los Lobos en dirección a Little Bighorn, o Greasy Grass, como lo llamaban los indios, así que a eso de la medianoche empezamos a desplazarnos otra vez. No creo que nadie hubiera pegado ojo entre tanto, pues pronto se corrió la noticia de que se esperaba que el poblado hostil se detuviese en el valle del río, en cuyo caso atacaríamos al alba.

Por supuesto, durante el alto me reuní con Botts, que había tomado una comida rápida y había salido a dar una vuelta y a meter las narices donde pudiera.

—Qué te había dicho —dijo—. Culo Duro atacará a los indios mañana, un día antes de la reunión con Terry y Gibbon. Y para cuando lleguen, podrá entregarles el campamento mondo y lirondo, con cumplidos del Séptimo de Caballería. Maldito sea su sucio corazón —dijo—, pero hay que reconocerle que tiene lo que hay que tener.

Advertí a Botts que bajara la voz, pues estábamos cerca de la tienda que servía de cuartel general, pero dijo que nadie podía oírle porque Custer estaba celebrando una conferencia de oficiales, y estaba sordo a todo lo que no fuera su propia voz.

Entonces Bottsy dijo que tenía que volver con sus hombres y ocuparse de ellos. No quiero que se haga la idea de que era un mal sargento.

—Esos reclutas —dijo— ya están arrastrando los pies después de tanta marcha, y algunos no han disparado una carabina más de una o dos veces, ni han visto a un piel roja excepto los bebedores de café que andaban alrededor del fuerte. Si disparan demasiado rápido, los Springfield se calientan y el eyector se atasca. Supongo que los agentes habrán dotado a los indios hostiles de armas de repetición, que pueden asustar a cualquiera a menos que se dé cuenta de que nuestras armas tienen el doble de alcance que los Winchester y los Henry.

Los reclutas conformaban un tercio de nuestras fuerzas. Algunos eran irlandeses, otros eran alemanes que habían venido para evitar el reclutamiento en la Vieja Patria, no habían conseguido encontrar trabajo y se habían alistado en el ejército americano, y que murieron a manos de los salvajes antes de haber aprendido inglés: una experiencia verdaderamente peculiar.

Cuando Bottsy y yo nos separábamos, oímos a los oficiales de la tienda cantar algunas viejas canciones: «Annie Laurie» y cosas semejantes, y luego «Alabado sea el Señor de quien proceden todas las bendiciones», que me hizo rememorar mis días

en la iglesia del reverendo Pendrake. Como canto, supongo que no fue muy bueno, pero sonó muy agradable en medio del campamento y algunos de los hombres se reunieron para escuchar.

Luego, tal vez para animar a la gente después de las canciones lastimeras y melancólicas, acabaron con «Es un muchacho excelente».

Bottsy dijo:

—Si se refieren a Culo Duro, entonces es sarcástico.

Así que la columna volvió a ponerse en movimiento y marchó toda la noche, subiendo por un pequeño arroyo junto al Rosebud que conducía hacia el oeste, hasta las Montañas del Lobo. Estaba muy oscuro, y no había luna, así que los de detrás tenían que seguir a los de delante por el olor a polvo y el sonido del equipo balanceándose; tropas enteras se perdían, y había gritos y maldiciones, y el repiqueteo de tazas de latón para volver a encontrarles, así que cuando alumbró la primera luz a eso de las dos y media, solo habíamos avanzado seis millas y no habíamos dormido desde la noche anterior.

Sin embargo, habíamos llegado a la cordillera del Lobo, que no era un conjunto de montañas, sino solo un territorio agreste, colinas muy escarpadas y barrancos y demás, entre los valles del Little Bighorn y el Rosebud, y acampamos en un cauce seco lo bastante grande para albergar al regimiento entero, donde se suponía que podríamos quedarnos hasta la mañana siguiente, y luego cruzar la división y al alba atacar el campamento hostil, que se esperaba que estuviera al otro lado.

Yo me tiré al suelo e intenté echar una cabezada, pero no tuve más éxito que la mayoría de los soldados. Me atrevería a decir que una vez más nadie durmió durante aquel alto: estábamos demasiado cansados. El agua tenía tanta cal que los caballos no quisieron probarla; el café hecho con esa agua te pelaba la piel de la lengua, cosa que algunos de los reclutas descubrieron allí por vez primera.

No creo que Custer se sentara, en ningún momento de toda aquella mañana excepto sobre su caballo, ni que probara un bocado de comida. Llevaba pantalones de ante con flecos largos en la pierna, camisa gris azulado, sombrero gris y botas que llegaban justo por debajo de la rodilla. Alrededor de la cintura tenía un cinturón del ejército con dos pistolas de doble acción English Bulldog y un cuchillo de caza dentro de una funda con cuentas. El pelo de sus mejillas ya era bastante espeso, pues no se había afeitado desde hacía mucho; y como era rubio, parecía blanco. Lo menciono porque por lo demás su cara parecía muy envejecida, y sus ojos azules, antaño claros, ahora estaban enrojecidos por la falta de sueño, y tenían bolsas debajo.

Pero no bajaba el ritmo, y cuando llegaron noticias de los exploradores de que desde una posición elevada más adelante habían descubierto el poblado indio quince millas río arriba, estaba lavándose el rastro de polvo de la cara con un cuenco puesto encima de un trípode. Se volvió a cerrar el cuello rápidamente y saltó sobre la espalda desnuda de Vic sin ni siquiera secarse, pues el aire ya se ocuparía de hacerlo al cabalgar: a primera hora de la mañana ya se podía notar que iba a ser un día

abrasador. Se marchó a alertar a los comandantes de las tropas, y en menos de una hora volvíamos a emprender la marcha hacia el paso entre los valles.

Los crows y otros exploradores se habían quedado en el promontorio desde el que habían hecho sus observaciones, y cuando la columna llegó a sus proximidades, el teniente Varnum, comandante de los exploradores, bajó y dijo:

—General, nuestra presencia es conocida por los enemigos.

—No —dijo Custer—. No lo es.

Y espoleó a Vic para que subiera trotando la pendiente.

Varnum fue detrás de él, gritando:

—Señor, hemos encontrado seis sioux y los hemos perseguido, pero se han escapado, cabalgando hacia el poblado.

Pronto el terreno se hizo tan escarpado que tuvimos que desmontar y caminar el resto del camino hasta lo alto del promontorio, y Custer seguía distanciándose de todo el mundo. Varnum parecía perplejo.

—No quiere creerse que haya un poblado —dijo.

En la cima estaban los crows y los rees, Mitch Bouyer, la mayoría de los exploradores blancos, y Lavender. La vista al noroeste, valle del Little Bighorn abajo, debía de ser buena si el aire estaba claro, pero a aquella hora estaba oscurecido por la bruma que se levanta en aquellos parajes en las mañanas de verano.

Custer tampoco había llevado sus anteojos. Los crows, sin embargo, poseían un viejo y desgastado telescopio de latón, y Huye de Hombre Blanco se lo ofreció al general.

—Mira el humo de sus fuegos —dijo en la traducción de Buoyer—. Y las grandes manadas de caballos en la orilla a la izquierda del río.

Custer miró a través del instrumento durante un minuto.

—No veo nada —dijo.

El Que Va Delante dijo:

—Busca los pequeños gusanos. Eso es lo que parecen los potros a esta distancia, como gusanos sobre la piel de un bison que no ha sido despellejado.

Custer devolvió el telescopio a Huye de Hombre Blanco.

—No —dijo—, no hay poblado.

Bouyer habló ahora por sí mismo, con una expresión de infelicidad en su cara morena.

—General, hay más sioux en el lecho de ese río de los que he visto en treinta años aquí. Se lo juro.

—No —dijo Custer, y caminó vigorosamente hasta donde el ordenanza le sujetaba el caballo.

Volvimos hacia la columna, y cuando todavía estábamos a una milla de distancia, Tom Custer salió cabalgando y dijo al general:

—¡Armstrong, nos han visto!

Una caja de galletas se había caído de una mula, y cuando un destacamento de

hombres volvió por el camino para recogerla, encontraron a un sioux que la había abierto con su hacha. Dispararon sobre él, pero se escapó.

No sé si entonces Custer cambió de idea sobre el poblado, pero dado que le había informado su hermano, supongo que al menos sí creyó que había enemigos en las proximidades, así que hizo que los cornetas llamaran a los oficiales y les dijeran que se preparasen para atacar de inmediato, ya que se había perdido la sorpresa y los indios tendrían tiempo de dispersarse si había más demoras.

Los cansados soldados volvieron a montarse en sus cansados caballos y el ree llamado Stab escupió una arcilla mágica que llevaba y ungió los pechos de sus compañeros de tribu como encantamiento contra el infortunio, y pronto avanzamos y entramos en el valle.

Fue hacia el mediodía de aquel funesto domingo 25 de junio de 1876, en el centenario de la libertad de este país, y aunque fue hace tanto tiempo, lo recuerdo como si estuviera pasando en este instante. Me entran sudores cuando pienso en el calor que hacía aquel día y en cómo mi camisa de franela se me pegaba y en cómo se me metía el polvo en la boca y me cubría la lengua, y supongo que debido a mi cambio de punto de vista, el terreno no me parecía tan atractivo como era en mi recuerdo indio de él, ya que estaba cortado y lleno de barrancos, y de vez en cuando de parches de hierba marrón rojiza o de salvia grisácea y macilenta.

Tras entrar en el valle, llegamos al nacimiento de un arroyuelo que en primavera debía de ser afluente del Greasy Grass, pero ahora su lecho estaba lleno de guijarros secos. Allí fue donde Custer dividió sus fuerzas, cosa por la cual mucha gente le ha criticado, pero si se interpreta la situación como él lo hizo, no fue necesariamente una temeridad.

No creía que hubiera un poblado donde habían dicho los exploradores, aunque sí pensaba que era probable que los indios estuvieran en algún lugar a lo largo del río, entre donde lo alcanzaríamos siguiendo el arroyo seco, y la columna de Terry y Gibbon que venía desde la desembocadura.

Sin embargo, era posible que los sioux pudieran estar subiendo corriente arriba hacia las Montañas de Bighorn y que dieran la vuelta para llegar por nuestro flanco izquierdo. Por tanto, Custer envió al capitán Benteen y tres tropas a separarse de la columna principal en línea oblicua a la izquierda y a explorar sobre los riscos en aquella dirección hasta que pudiera ver si la parte de arriba del valle estaba despejada.

Mi amigo Botts estaba en el batallón de Benteen, así que se marchó con aquel contingente. No volví a verle en mi vida, aunque no creo que muriese.

De los ocho escuadrones restantes, Custer se quedó cinco y dio tres al comandante Reno, y las dos columnas cabalgaron lado a lado en el descenso a través del arroyo cubierto de bosque que se ensanchaba al acercarse al río. Calculo que habíamos avanzado diez millas y dos horas desde la división cuando avistamos un tipi solitario. Se alzaba sobre la orilla sur del arroyo, con algunos indios arracimados alrededor de él, y, como ocurría a menudo, casi les atacamos antes de darnos cuenta

de que eran nuestros propios exploradores.

Era una tienda sioux, y a su alrededor había señales de un campamento recientemente abandonado, con ascuas calientes, y el teniente Hare le dijo a Custer que cuando él y los crows se acercaron, habían espantado a cincuenta o sesenta enemigos.

Fred Girard subió a un promontorio desde el que podía ver el valle del Little Bighorn, y agitó el sombrero y gritó:

—Allá van los indios, corriendo como diablos.

—Bouyer —ordenó Custer—, dile a tus crows que los persigan.

Así que Bouyer transmitió la orden a Cara Medio Amarilla y el resto, y hablaron un rato entre ellos, y Custer se enfadó por el retraso. Cuando Bouyer dijo que los exploradores se negaban, por la expresión del general pensé que si hubiera tenido tiempo los habría azotado a todos.

—Tienen miedo —dijo Bouyer—. Hay más sioux a lo largo del Greasy Grass que balas en los cintos de tus soldados.

—¡Sois mujeres! —gritó Custer, y los exploradores sabían suficiente inglés para entenderlo, y fruncieron el ceño como si les hubieran pegado, pero siguieron sentados sobre sus potros mientras la nube de polvo azul que levantaban los indios hostiles a la fuga se alejaba valle abajo.

Desmonté y entré en el tipi. Dentro había un cadáver de guerrero sioux, vestido con ropas excelentes y descansando sobre un soporte bajo, muerto hacía tan poco tiempo que aún no olía, y también estaba Lavender, en pie al lado.

—¿Le conoces? —dije.

Dijo que no, y se dio la vuelta y expulsó los cartuchos de su Sharps, los inspeccionó y los volvió a insertar, hizo lo mismo con su revólver, y se limpió el cuchillo sobre la camisa, aunque parecía bastante limpio. Entonces, algunos de los rees prendieron fuego al tipi, así que salimos y montamos, y Lavender se inclinó sobre su silla para darme la mano. Su cara estaba cubierta de polvo. No dijo ni una palabra, y yo tampoco, pues no hay reglas que expliquen cómo despedirte de tus amigos cuando vas a entrar en combate. Supongo que Lavender y yo simplemente decidimos ser prácticos, después de todo lo que habíamos pasado.

De modo que se ató el sombrero debajo del mentón e hizo trotar su potro bayo tras la columna de Reno, que había empezado a avanzar alegremente hacia el río.

—¿Adónde van? —pregunté al ordenanza de Custer de aquel día, un trompeta llamado John Martin que era un italiano recién llegado de Italia, su verdadero nombre Giovanni Martini, y no sabía hablar muy bien inglés.

—A hacer un carga —dijo.

—¿Contra qué? —pregunté.

Parecía que el teniente Varnum se había adelantado hasta un risco y había visto un poblado varias millas corriente abajo, así que Custer por fin creyó que existía tal, ahora que se lo había dicho un hombre blanco, e iba a atacarlo.

Cuando las tropas de Reno se hubieron ido, las fuerzas de Custer se quedaron detrás y le siguieron hasta que llegamos cerca del río. En discusiones posteriores sobre la batalla, algunos dijeron que Reno esperaba, al vadear el río y avanzar desde el fondo, que el general viniese por detrás a apoyarle. Yo no lo sé; nunca oí las órdenes que dio Custer en aquella ocasión, ya que estaba dentro del tipi con Lavender.

Lo que sí que creo es que tenía la intención de volver a usar la táctica con la que había tenido éxito en el Washita, mediante la cual también había dividido sus fuerzas y había atacado el poblado desde varios puntos simultáneamente, pues todavía estaba a alguna distancia del vado que Reno estaba cruzando cuando Custer giró a la derecha y nos condujo por un rumbo aproximadamente paralelo al río, pero detrás de unos riscos que impedían su vista. Me pareció que el plan era seguir corriente abajo una o dos millas, vadear el río en aquel punto y atacar el extremo inferior del campamento mientras Reno atacaba el superior.

Recuerdo pensar entonces cómo en una maniobra similar en el Washita las fuerzas del comandante Elliot habían quedado separadas, y mientras en otro lugar Custer estaba venciendo, los cheyennes masacraban a Elliot. Se suponía que aquel incidente había provocado el odio de Benteen hacia Custer, y ahora Reno podría sufrir un peligro parecido. O tal vez el mismo Benteen, pues con solo tres escuadrones estaba muy alejado a la izquierda, y nadie sabía en realidad cuántos enemigos había ni dónde estaban situados exactamente.

Por ejemplo, Custer no parecía tener prisa. Había frenado el paso después de aquel giro a la derecha, lo cual me pareció bien teniendo en cuenta el potro que llevaba, pero me resultó extraño si pensamos que Reno estaba a punto de entrar en combate en cualquier momento. También me sentí incómodo al ver el terreno que nos esperaba. No recordaba muy bien aquel tramo del Little Bighorn de años anteriores, pero lo que sí recordaba era que los ríos del norte a veces están bordeados por acantilados muy altos que se extienden durante millas sin interrupción, y que te obligan a bajar hasta el agua, y que a veces cuando llegas allí no puedes contar con que vayas a encontrar un vado.

Sí, Custer estaba rezagándose, e incluso se detuvo para dar de beber a los caballos en un arroyuelo que encontramos. Aquel fue el sitio adonde me dirigí, y Tom también estaba allí, y su cuñado Calhoun. Volví a pensar en cómo había despedido a Benteen y Reno, pero sin embargo había tenido cuidado de mantener a su propia familia junto a él.

Pensé que parecía agotado. Se había quitado el sombrero para abanicarse bajo aquel calor, y maldita sea si en aquel momento no deseé que no se hubiera cortado el pelo.

Pero tan pronto como me vio, empezó a sonreír.

—Sí, carretero —dijo—, ¿deseas comunicarnos tu plan de ataque?

—No, señor —dije yo—, ahora no estoy para bromas. Conozco un poco este

territorio y no creo que vayamos a encontrar un vado hasta dentro de varias millas.

Molesto, Tom se tiró del bigote rubio y dijo:

—Armstrong, ¿por qué toleras a este idiota?

—Me divierte —dijo el general—. ¿Verdad, carretero? Es un excéntrico fronterizo —continuó como si yo no estuviera presente—. Sabes que siento debilidad por ese género.

Entonces me fijé en el corresponsal de prensa Mark Kellogg, desmontado, que sujetaba la brida sobre un brazo mientras escribía en un cuaderno. Dijo:

—¿Podría repetir esa última frase, general?

—Debilidad por ese género —dijo Custer de forma muy clara y lo bastante lento como para que pudiera copiarla. Entonces vi que en aquel mismo instante estaba concediendo una entrevista.

—Gracias, general —dijo Kellogg—. ¿Podría describir su modo de operar mientras hacemos una pausa al borde de la batalla?

Custer se sacudió algunas huellas de polvo de la camisa.

—Muy bien —dijo—. Me han llamado impetuoso. Eso me ofende. Todo lo que he hecho siempre ha sido resultado del estudio que he realizado de situaciones militares imaginarias que podrían darse. Cuando me involucro en una campaña y surge una gran emergencia, todo lo que he oído o estudiado se concentra en mi mente como si la situación apareciese bajo una lupa. Mi mente trabaja instantáneamente, pero siempre como resultado de que todo lo que he estudiado se aplique a la situación correspondiente.

Creo que iba a decir algo más, pero en aquel momento su adjunto, el teniente Cooke, que había bajado al río con Reno y se había quedado un rato en la orilla de este lado como observador, volvió corriendo, sus bigotes volando como pájaros sobre las mejillas.

Tiró de las riendas y gritó desde su boca espumeante:

—Girard informa de que los indios salen a recibir a Reno, y en gran número.

Como para ejemplificar su autoestima, Custer saltó a la silla de su yegua y preguntó:

—¿Dónde está el enemigo?

—A unas tres millas corriente abajo cuando me lo comunicaron —dijo Cooke—. A estas alturas Reno ya debe de haber entrado en combate con ellos.

Apenas unos segundos después de eso empezamos a oír los disparos.

—¿Qué tamaño tiene el poblado? —preguntó Custer, pero Cooke no lo sabía porque el río se doblaba como un sacacorchos corriente abajo y había álamos en cada curva tapando la vista.

Los cornetas dieron orden de montar, y se produjo cierta confusión al intentar sacar a los caballos del agua. Pero Custer no esperó, y galopó furioso por la pendiente norte hasta llegar a un risco de paso difícil que resultó brutal para los caballos. Creo que varios se cayeron de agotamiento, y sus jinetes se quedaron atrás con ellos,

salvándose así de forma involuntaria de la matanza inminente.

Entonces volvimos a detenernos, aunque los animales estaban tan excitados a esas alturas que muchos habían perdido el control, especialmente en manos de los reclutas. Algunos caballos hacían cabriolas y reculaban, y un cierto pánico se extendió por la columna. Pero debo decir de mi propio potro, que antes cuando íbamos de paseo parecía a punto de caerse muerto, que llegados a una situación de emergencia, se recuperó milagrosamente y se portó muy bien: supongo que demostró su dura crianza india, y aquel terreno le iba más a su estilo que a los grandes animales de la caballería.

Habíamos estado viajando más o menos en paralelo al curso del Greasy Grass, pero por detrás de los riscos, y Custer mandó hacer alto para poder subir a un punto elevado y contemplar la situación general del valle. Recuerde que era la primera vez que lo hacía aquel día, excepto en aquella visión a larga distancia desde el Nido del Cuervo de la Montaña del Lobo, desde donde no distinguió nada. Y hasta aquel momento, todavía no había visto a un solo enemigo indio vivo con sus propios ojos. Era muy extraño, como si fuera víctima de algún encantamiento.

Si ese era el caso, el hechizo empezó a romperse entonces, pues cuando llegamos al risco que dominaba el río y miramos hacia la parte occidental de la cuenca, vimos indios suficientes para saciar el apetito de cualquiera. Diría que había unos quinientos o seiscientos acumulándose contra las fuerzas de Reno, que habían desmontado y formaban una línea de combate que era como un fino collar azul desde nuestra distancia y elevación. Tenía poco más de un centenar de hombres. También vimos de dónde venía el enemigo. Ya no cabía duda alguna de la existencia de un poblado: empezaba una milla o así corriente abajo y solo Dios sabía hasta dónde llegaba, pues debido a las curvas del Greasy Grass, solo veíamos el extremo inferior, aunque todavía no estaba seguro de que Custer lo entendiera. Pero, calculando por los guerreros que cargaban contra Reno, y por los tipis visibles, la población de pieles rojas no podía ser muy inferior a las dos mil almas.

Una vez comprendimos esto, sin embargo, la situación todavía no era desesperada, ni mucho menos. Entero, el Séptimo de Caballería sumaba unos seiscientos hombres, entrenados para luchar de forma organizada: no había más que ver, por ejemplo, la manera tan eficaz en que Reno había dispuesto la línea de batalla. Un grupo muy pequeño de hombres desmontados, controlando su fuego, podía enfrentarse a muchas veces su mismo número de jinetes salvajes desorganizados.

Si conseguíamos llegar al siguiente vado, Custer podría atacar el poblado y así aliviar la presión sobre Reno, y Benteen sin duda llegaría a tiempo para reforzar a cualquiera de las dos fuerzas. Además, en la parte trasera de la columna, la caravana de suministros llegaba con municiones de reserva y con su guardia montada.

Bueno, a mí no me pareció una situación tan mala como podría haber sido, aunque tampoco era para tomársela a broma, pero miré a Custer y vi que estaba muy afectado. Escudriñaba furioso el valle, sacudiendo la cabeza un poco y bizqueando

bajo la luz del sol. Pensé que estaba furioso con Reno, a quien había ordenado atacar al enemigo, y aunque eso ahora resultaba manifiestamente poco práctico, era propio de Custer guardársela.

Entonces el general se quitó repentinamente su sombrero gris, lo ondeó en el aire, y lanzó un vítor. Como los otros que estábamos con él, su hermano Tom, el teniente Cooke, el ordenanza Martin y yo mismo, no le acompañamos, sonó muy extraño. Con su voz ronca, podría haber llegado hasta las tropas del valle si todo hubiera estado en silencio. Pero dada la situación, fue imposible, en medio del fuego de armas blancas e indias, los gritos de guerra salvajes, y todo lo demás. Por no mencionar que uno normalmente no lanza hurras en una acción defensiva.

Entonces hizo girar a Vic y se corrió de regreso a las tropas. El ordenanza de Tom Custer estaba allí, y el general le ladró:

—Vaya a decir a la caravana de suministros que venga a unirse directamente a nosotros.

En otras palabras, que no siguiera el camino sinuoso que habíamos seguido hasta aquel momento, y que tampoco hicieran ningún intento de reunirse con Reno, aunque al ritmo que estaban disparando sus carabinas pronto podría necesitar munición.

Bueno, allí se salvó otro hombre. Me refiero al ordenanza, el sargento Kanipe. El resto volvimos a salir al galope tendido a través de aquel terreno escarpado, siguiendo el vertiginoso liderazgo de Custer sobre su yegua, su estandarte personal aleteando detrás de él: el banderín rojo y azul con sables blancos cruzados, que llevaba un soldado en un excelente y enorme alazán. Nos desviamos evitando los peores barrancos y los cortes más pronunciados. Saltamos sobre algunos y atravesamos otros, pero fue un trayecto criminal para los caballos, y una vez más algunos animales se quedaron en el sitio, lo que salvó algunas vidas más al dejar atrás a sus jinetes, aunque creo que algunos de ellos nunca llegaron a la retaguardia, pues fueron emboscados por el camino. Por razones desconocidas para nosotros, los indios ya habían empezado a cruzar el Little Bighorn hacia nuestro lado, y a infiltrarse en los barrancos.

Calculo que debimos de avanzar más de una milla de esa manera, y estábamos justo debajo de un risco que era el punto más elevado de la región, cuando Custer mandó hacer otro alto. Una vez más subimos a observar, y le acompañó el mismo grupito que antes, yo incluido, y también su sobrino Armstrong Reed, que había venido a la campaña como si fueran unas vacaciones de verano. Fue reflejado en el rostro de aquel joven donde, por así decirlo, vi por vez primera la magnitud de aquel gigantesco campamento indio que estaba al otro lado del río.

Ocurrió que le miré de reojo justo cuando mi potro llegaba a la cima. Reed era un joven apuesto, como todo el clan de los Custer, y su expresión habitual mezclaba la educación civilizada con un enorme interés. Era algo que se veía mucho en los chicos del Este que venían al Oeste en busca de aventuras en aquellos días, como si la frontera fuera una especie de exposición ofrecida para su educación y su

entretenimiento, en vez de la cuestión a menudo mortal que era para los que vivíamos allí de forma permanente.

Los tíos-oficiales de Reed le habían dado un traje de ante como el suyo y le habían colgado algunas armas, de manera que ofrecía una visión de lo más hermosa, sentado sobre un excelente animal en aquel promontorio. Pero algo pavoroso nublaba sus claros ojos y hacía que su mentón imberbe temblase, y si cree que eso me dio una razón para burlarme de él, se equivoca, pues entonces miré al valle, al otro lado de la cinta del río, y más allá del borde del bosque oscuro bajo el sol, y vi el campamento de salvajes más grande que jamás se haya reunido en este continente.

Por Dios Todopoderoso: se extendía hasta más allá de donde llegaba la vista, cinco millas como poco de tipis apretados que cubrían hasta la orilla. Al oeste pastaba su manada de veinte mil potros. Doy esa cifra pensando que podría haber sido mayor, pues no pude verlo entero. Pero en mis días en el río Canadiense, al sur, había visto grandes concentraciones de bisontes, y esto era lo más parecido a aquello.

¿Cuántos indios había? Calculo que el número debía de ser parecido al de la población de potros, pues aunque algunos guerreros podrían tener varios animales, siempre había una multitud de mujeres y niños que iban a pie. Digamos que quince mil individuos, cuatro o cinco mil de ellos guerreros. Los que veníamos con Custer éramos doscientos y pocos, había otro centenar con Reno que ahora luchaba por su vida, aproximadamente el mismo número con Benteen, y otro centenar o así que escoltaba la caravana de suministros.

Pero he aquí lo singular: aparte de algunas figuras distantes que se movían entre el rebaño de potros, y suponiendo que una nube de polvo que se desplazaba hacia el arroyo estaba causada por seres humanos, seguíamos sin ver un solo indio en nuestro frente. No había ni una sola alma en aquella parte del campamento que veíamos. ¿Estaban todos luchando con Reno? Ese escenario quedaba ahora fuera de la vista debido a los riscos y las curvas del río. ¿O aquella nube de polvo que corría corriente abajo eran los indios, que huían a pesar de su fuerza?

Le contaré lo que hizo Custer. ¡Volvió a agitar su sombrero, y maldita sea si no volvió a vitorear!

—Les hemos cogido dormidos —dijo a nadie en concreto, y fue apropiado que nadie pareciese oírle, sino que todos se quedaran mirando como si estuvieran paralizados, aunque Tom Custer casi estuviera mordiéndose el bigote y el teniente Cooke diera tirones intermitentes a sus patillas.

El embrujo del momento quedó roto cuando el ordenanza italiano Martin, o Martini, me sonrió y dijo:

—¿Sí, duermen? Bueno.

No conocía las expresiones en inglés, y cualquier cosa que decía el general la interpretaba de forma literal.

En fin, no tuve tiempo para desengañarle, pues mientras Custer descendía hacia donde esperaban las tropas, yo cabalgué a su lado. De pronto había comprendido lo

que pretendían los indios. No estaban huyendo, o las mujeres habrían recogido los postes, para lo cual tenían tiempo de sobra dado que nosotros estábamos en terreno elevado al otro lado del río, y Reno estaba tan distante.

La fuerza que avanzaba sobre Reno tampoco era lo bastante grande como para incluir a todos los guerreros de un campamento de aquel tamaño. En algún sitio había cuatro mil más, y pensé que conocía su situación general: habían cruzado a nuestra orilla en alguno de los vados inferiores y nos esperaban en los barrancos más adelante.

No, Custer no se rio cuando le grité aquello. No creo que me oyera en absoluto, pues se limitó a seguir espoleando a aquella pobre yegua que había avanzado penosamente durante millas en un día cálido y polvoriento y que estaba espumajante y casi reventada. Cuando alcanzó a la tropa, vitoreó otra vez y gritó:

—¡Hurra, chicos, ya los tenemos! Acabaremos con ellos y nos volveremos a casa.

Y entonces los soldados, que no habían dormido en condiciones desde hacía más de veinticuatro horas, y un cuarto de los cuales eran novatos que nunca se habían enfrentado a un guerrero indio, montaron en animales exhaustos o asustados, devolvieron el vitor a Custer con un estruendo arrollador que reverberó en la cordillera, y una vez más nos lanzamos al galope, rebotando por un ancho barranco durante digamos trescientas yardas. Luego volvimos a detenernos, lo cual imagino que hizo que la columna volviera a reagruparse, aunque no miré hacia atrás, ya que no me producía ningún placer observar a un grupo de hombres que estaban a punto de ser aniquilados.

Oh, para entonces ya lo sabía con toda seguridad. Aquel segundo vitor que había lanzado me lo había confirmado: Custer había perdido la chaveta.

Otro tipo de persona, al ver aquel poblado inmenso, podría haber reconocido al menos para sus adentros que había cometido un error. No había nada vergonzoso en ello: cuando combatía a los indios, un general raras veces conocía las fuerzas o la disposición del enemigo. Algunos dicen que Custer desobedeció sus órdenes de no atacar a los indios hostiles hasta el momento acordado para la reunión con Terry y Gibbon, al día siguiente. Pero uno no puede contar con esas cosas en medio del bosque, y además creía, por el incidente del sioux que había descubierto la caja perdida de galletas en las Montañas del Lobo, que conocían nuestra presencia y que escaparían a menos que atacase de inmediato.

Pero habiendo visto el poblado, que no retrocediese y retirase a Reno y reuniese todas sus fuerzas... Bueno, supongo que Custer estaba lo bastante loco como para creer que podría ganar, ya que era la clase de hombre que lleva el mundo entero dentro de su cabeza y por tanto cuando se despierta su pasión e inunda su mente, la realidad queda completamente ahogada.

En aquel alto yo estaba cerca de él, y su sombrero se había descompuesto de tanto quitárselo y ponérselo en celebraciones prematuras de victoria. El sudor dejaba surcos en sus mejillas barbudas y sus ojos estaban vidriosos. Su acostumbrado brillo

azul se había vuelto lechoso.

Llamó al ordenanza. Martin se presentó y le saludó al estilo italiano. Custer habló rápido como el fuego de una Gatling.

—Dile-a-Benteen-que-es-una-aldea-grande-y-que-quiero-que-se-dé-prisa-y-traiga-las-mulas.

Dudo que Martin lo entendiera, pero hizo otro florido saludo y estaba a punto de marcharse, cuando Cooke gritó:

—Espera, lo pondré por escrito.

Y lo escribió en su libro de órdenes.

Ese fue el último mensaje que nadie recibió de Custer y los cinco escuadrones que le siguieron al norte del Tipi Solitario. En los libros de historia puede leer que Martin consiguió entregarlo, volviendo por el rastro que habíamos dejado. Siendo como era extranjero, no entendía la situación, y los indios intentaron cargárselo por el camino, pero eso no le afectó lo más mínimo, aunque alcanzaron a su caballo. Eso demuestra cómo te puede beneficiar la ignorancia. Al llegar a Benteen, le dijo que habíamos hecho huir a los sioux, dando al oficial otra razón para no venir en nuestra ayuda. Es decir, además del odio que sentía por Custer.

A partir de aquí tiene solo mi palabra para creer lo que le pasó a Custer y sus cinco escuadrones aquella tarde de domingo, pues soy el único hombre que sobrevivió de los más de doscientos que bajaron por Medicine Tail Coulee hacia el vado del río Little Bighorn.

Si no se lo cree, vaya a buscar otro: uno de esos pirados que escribió cartas a la pobre señora Custer en años posteriores, algunos de ellos todavía niños en 1876; o el explorador crow Curly, que solía ser exhibido como único superviviente de la batalla. Excepto que Curly no estuvo en el campo, sino que solo observó una parte del combate desde un risco lejano. Y los pretendientes blancos o estaban chiflados o directamente mentían. Me ha hecho gracia oír hablar de hombres que buscaron el reconocimiento por algo que no hicieron, mientras que yo me he tomado grandes molestias hasta ahora para ocultar mi verdadera experiencia.

Poco después de que Martin se marchara, el barranco llegaba a una intersección con el gran collado llamado Medicine Tail, dentro del cual giramos a la izquierda y descendimos un par de millas hacia el río. Nos faltaba aproximadamente una más antes de que se abriera en un llano. Hicimos allí un breve alto, pues Mitch Bouyer y los crows, en el terreno elevado, hacían gestos con los brazos, y Custer se detuvo para recibir su mensaje de señales. Desde aquella posición podían ver el vado e indicaban que el enemigo estaba cruzando.

Custer interrumpió su informe con gestos impacientes, y con las manos dijo:

—Muy bien, ya podéis iros a casa.

Los crows no habían sido contratados para luchar —y recordará que antes se habían negado a hacerlo—, sino para conducir a la columna a través del territorio que conocían. Así que Bouyer los despidió, y sentaron sus caballos allí arriba durante un

rato mientras empezábamos a avanzar de nuevo, mirándonos en ese estilo piel roja que siempre se ha llamado impasible, y que realmente lo es, aunque no significa que no tengan sentimientos, sino que ni siquiera un indio amistoso puede hacer demasiado por un hombre blanco. A los crows siempre les gustó Custer, y creo que la tribu entera lloró como si fueran niños cuando se supo que había muerto.

Bouyer también podría haberse ido, pero como era un mestizo, supongo que su orgullo se puso en juego al ver cómo marchaban a la muerte hombres con quienes estaba emparentado por una parte de su sangre. Siguió a los otros durante algunas yardas, y luego, con esfuerzo súbito hizo girar su caballo y bajó a reunirse con nosotros, galopando hacia Custer.

Más adelante, el llano volvía a estrecharse para formar una empinada garganta a cuyos lados había casi paredes perpendiculares, pues aquel collado desaguaba el terreno elevado en los deshielos y las lluvias de primavera. No se podría haber encontrado un sitio menos apropiado para la caballería, que no sirve de nada si no tiene espacio para maniobrar.

Bouyer lo señaló, y dijo:

—Si entramos ahí, no saldremos.

Iba vestido con ropa de ante y un sombrero de ala ancha, pero su pelo negro era largo y llevaba algunas baratijas crows, un collar de garra de oso y un amuleto medicinal colgado de su oreja izquierda.

Custer le lanzó una mirada curiosa.

—Dije que podías irte a casa —dijo.

Bouyer levantó sus ojos negros y brillantes hacia el sol, su cara marrón como el cuero, y aunque no habló, supongo que se estaba despidiendo de aquel gran fuego del cielo al estilo indio, aunque dispuesto a morir como un blanco.

Entramos en la garganta al trote rápido, los cinco escuadrones en formación, en columnas de a cuatro, y el hermano Boston llegó para unirse a nosotros. Iba en la retaguardia con los suministros, donde sospecho que su hermano quería que permaneciese por su salud, pero cuando llegaba la hora, a ningún Custer se le podía negar la acción, ni siquiera por orden de otro de su clan.

Dentro de cada compañía del Séptimo, los hombres montaban caballos del mismo color. La compañía C de Tom Custer llevaba alazanes; la compañía E, caballos grises; y los otros tres escuadrones iban sobre excelentes bayos. Los estandartes eran banderas estadounidenses con faldones y círculos concéntricos de estrellas doradas sobre campo azul. Aleteaban a lo largo de toda la columna, en medio del polvo creciente, mientras descendíamos por el collado seco, oyendo únicamente el ruido de nuestros propios caballos.

De vez en cuando miraba por encima del hombro, pues en el combate me gusta saber a quién tengo detrás, y todavía puedo ver en el recuerdo aquellas tropas del color gris de los caballos, siempre el más fácil de distinguir, trotando en fila de a cuatro. Pero los alazanes de Tom Custer, que formaban la compañía que llevaba

delante, también eran hermosos, y parecían casi rojos bajo la luz brillante.

Dios, qué calor hacía. Habíamos dejado el viento en los riscos, y anhelaba romper a galopar para sentir algo de brisa. Tenía la cinta del sombrero empapada. Llevaba el ala bajada para darme sombra en la nariz, que estaba bastante quemada por los anteriores días de sol. Hacía tiempo que no me afeitaba, y con el polvo y el sudor mezclados, mis mejillas parecían de papel de lija. Mastiqué un tapón de tabaco para mantener húmeda la garganta, haciendo que el tapón circulase de lado a lado de mi lengua, pero de repente dejó de estar jugoso y se puso áspero como una espina de cactus, y apenas pude sujetar la carabina, cuyas partes metálicas me quemaban por el sol. La sal me picaba en los ojos, y el caballo blanco de Cooke refulgía demasiado para mirarlo.

Habíamos llegado a unas quinientas yardas del vado cuando vimos al primer enemigo delante de nosotros en todo el día: varios sioux cabalgaban en lentos círculos a este lado del río, bien para provocarnos a perseguirlos, bien como señal hacia otros que estuvieran escondidos. El campamento estaba ahora completamente oculto debido a la altura de los álamos que había en la orilla opuesta. Entonces los sioux desaparecieron, y desde detrás de un pequeño promontorio por encima del vado aparecieron cuatro guerreros. Levantaron sus armas y nos gritaron:

—Hey-hey-hey-hey-hey.

Ante lo cual, Custer detuvo la columna de inmediato.

Yo conocía muy bien aquel sonido: era el grito de guerra cheyenne. Entonces hice una cosa extraña. Por puro instinto, me eché la carabina al hombro y solté un disparo. Fallé, y Custer empezó a gritarme, sus ojos enrojecidos y su cara negra de ira.

—Cerdo —dijo—, ¿quién te ha dado orden de disparar? Yo soy la autoridad aquí. Haré que te fusilen por esto. Me da igual las relaciones que tengas, sucio espía, aunque sean en la misma Casa Blanca. Este es el resultado de vuestra maldita política india, vuestros agentes corruptos, vuestros políticos sobornados.

Creo que en su mente trastornada me había identificado con el presidente Grant. Sacó la pistola y pensé que iba a dispararme, pero, igual que los locos, de pronto cambió toda su línea de pensamiento, y espoleando su yegua, gritó:

—¡Adelante, mi gallardo Séptimo! ¡A LA CAAAAARGA! El corneta, sobresaltado por aquel estallido, tocó la orden de Desmontar, pero demasiado débil para que la oyese alguien más que el grupo de cabeza, y supongo que los de detrás no veían demasiado debido al polvo, así que al final Custer cargó a trompicones por el collado, seguido por Cooke, Bouyer y yo, y detrás se quedó la primera compañía bajándose de los caballos.

Mientras tanto, en el vado, otros quinientos guerreros indios habían cruzado el Greasy Grass, y seguían llegando más como cuando las abejas salen de un panal sacudido.

CAPÍTULO 28

La Última Batalla

Bouyer fue el primero en reaccionar. Montado en un veloz potro crow, alcanzó al general y le detuvo, agarrando a Vic por la brida. Los indios dispararon sobre ellos, y creo que Bouyer fue herido. Apareció una mancha oscura en su camisa de ante, pero no le dio ninguna importancia.

Mientras tanto, Cooke hizo que las tropas volvieran a montar, después de abrir fuego en respuesta, pues era obvio que tendríamos que salir de aquel paso estrecho para que la caballería pudiera maniobrar.

Custer se recuperó súbitamente, tocaron a carga como había que tocarla, y nos lanzamos por el Medicine Tail abajo, casi hasta llegar al agua. Los indios, la mayoría desmontados, retrocedieron, aunque no tanto como para que pudiéramos pasar el vado superando su oposición, ya que el Greasy Grass estaba atestado de guerreros, centenares de ellos a caballo y un número todavía mayor vadeando el río, hundidos hasta el pecho.

En ángulo de cuarenta y cinco grados a la derecha se abría otro barranco, y nos lanzamos hacia él, subiendo hasta llegar a un risco que ganamos tras galopar a lo largo de la orilla cubierta de hierba bajo un intenso fuego indio, aunque no creo que todavía hubiéramos perdido muchos hombres. Tal vez unos pocos cerca del vado, pero el destacamento seguía manteniendo el orden, cabalgando en columna de a cuatro. A una milla o así hacia el norte, el risco alcanzaba su cima, y pensé que Custer se dirigía allí porque era el mejor sitio para presentar batalla.

Pero cuando uno huye de un indio, sea en retirada ordenada o no, el indio se anima extraordinariamente, ya que piensa que lleva la ventaja. Habíamos empezado a atacar el poblado y nos habíamos detenido al ver a cuatro cheyennes, y luego nos habíamos desviado. Así era como lo veían los indios hostiles, y el desarrollo de los acontecimientos parecía darles la razón. No sé por qué se detuvo Custer ante aquella primera y pobre exhibición, cuatro salvajes contra nuestros doscientos hombres. Tal vez, en su enloquecida visión, creyó que aquella era toda la fuerza enemiga y se sintió abrumado por la valentía de los indios. No creo que pudiera soportar la idea de que otra persona aparte de él tuviera la capacidad de mostrar valor en tan alto grado.

Pero no eran solo cuatro, y no se habían mostrado en una exhibición de gallardía temeraria, sino que estaban ganando tiempo mientras que otros cruzaban el río detrás de ellos, y aún más se escondían en el terreno hacia el cual nos veíamos dirigidos ahora. Estaban haciendo uso de una estrategia.

Aquel día se produjo una peculiar inversión de papeles en el Little Bighorn. Reno había sido enviado a atacar el poblado, y en vez de eso era él quien estaba siendo

atacado. Custer, que había ido a rodear al enemigo, se había rodeado él solo. En su última gran batalla, los indios lucharon como se suponía que luchaban los blancos, y nosotros, bueno, nosotros pronto estaríamos en la situación que habíamos planeado para ellos, porque aquel no era terreno para la caballería y nuestro orden empezó a disolverse en algún momento de la huida.

Entonces llegó una nueva hueste de indios desde el sur. Iban conducidos por el gran jefe guerrero Agalla, aunque entonces no lo sabíamos, que acababa de rechazar a Reno y le había sitiado sobre aquel risco desde donde Custer había echado el primer vistazo al poblado. Eran mil por lo menos, y cabalgaban con una seguridad mortífera.

Mientras, en la pendiente que bajaba hacia el río, el escuadrón de los caballos grises se estaba quedando aislado entre los indios escondidos en los huecos que había por el camino, hasta que por fin los condujeron hasta un profundo barranco y los amontonaron a unos encima de otros y los sioux los mataron disparando desde arriba. Dejaron solo un par de caballos sin jinete que se precipitaron enloquecidamente contra las paredes verticales.

Custer todavía aguantaba el tipo. Lanzó la compañía de Calhoun contra Agalla como soldados de infantería, pero los sioux abandonaron sus potros y avanzaron arrastrándose entre la salvia, disparando flechas a centenares desde sus escondrijos, flechas que al alcanzar el límite de sus elevadas elipses descendían en temibles andanadas, atravesando a hombres que no veían ningún enemigo contra el cual disparar.

Algunos indios rodearon a los soldados destacados para vigilancia de los caballos, que eran uno de cada cuatro hombres de la compañía, y saltando sobre ellas al mismo tiempo que lanzaban gritos y agitaban mantas, hicieron que las monturas salieran en estampida. De modo que Calhoun se quedó atrapado en el sitio. Luego empezaron a reducir su frente desde ambos extremos hacia el centro, eliminando a los soldados uno a uno, y por fin de la hierba se elevó una gran ola de piel marrón desnuda, aullando *Hoka Hey!*, el grito de guerra sioux, desde una multitud de gargantas guturales, y cayeron sobre ellos.

Aquello fue lo que me llamó la atención, la visión de la carne salvaje, pues los indios iban desnudos excepto por los taparrabos, y la mayoría no iban pintados ni llevaban los sombreros de guerra y otras baratijas que normalmente formaban parte de su uniforme de batalla, y tampoco buscaban dar *coups*, excepto a los muertos. La mayoría luchaba a pie, sin exhibiciones frenéticas de valor, y aprovechaban todas las posibilidades para cubrirse. Dios, cómo se cubrían en aquel espantoso campo de batalla: era como una enorme esponja, con sus barrancos y sus grietas, y de vez en cuando parecía que una mano poderosa la apretara y los salvajes manasen de cada rendija, ahogando a una nueva sección del escuadrón, para luego volver a ser absorbidos una vez más por sus escondrijos.

Pero cuando estaban escondidos nos hacían mucho daño, con sus andanadas de flechas silbando en el aire. También tenían sus tiradores de rifle, aunque no había

tantas armas de fuego en el lado indio como algunas personas creen. Sencillamente, usaron bien las pocas que tenían, y además la mayoría no eran de repetición.

Yo tenía una carabina Winchester de siete disparos, pero habría dado cualquier cosa por cambiarla por el viejo Sharps de un solo disparo con el que había cazado bisontes, pues los del grupo de Custer estábamos ahora sobre la cima del risco y éramos los más alejados del enemigo, como conviene a un general en acción defensiva. Debajo de nosotros, y en una elevación menor, estaban los hombres montados en alazanes de Tom Custer, y a la izquierda, Keogh cabalgaba para llenar el hueco abierto por la caída de Calhoun. Luego estaba aquel profundo barranco en el que el escuadrón de los caballos grises había sido obligado a entrar y donde lo habían masacrado, y más a la derecha, un pelotón de la compañía F del capitán Yates, que en aquel momento estaba retrocediendo ante una enorme embestida de salvajes que pronto se derramaron por los huecos y trabaron combate con Tom y el pelotón restante de la F.

Por tanto, a aquella distancia había muchas escenas espantosas que contemplar, pero nada que hacer. Quiero decir para mí: para Custer había de sobra, y hasta el momento lo estaba haciendo bien, aunque con la desventaja de que por personalidad y formación era un jinete hasta la médula, es decir, que tenía carácter ofensivo. Nunca se había visto obligado a retroceder de aquella forma y nunca le habían negado la posibilidad de disfrutar de su adorada carga. Nuestros caballos eran inútiles allí, y algunos de los hombres del destacamento de mando habían empezado a matarlos y utilizar sus cadáveres como parapetos, pues cualquiera se daba cuenta de que el risco no tardaría en ser asaltado. Y para demostrarle lo normal que se mostraba el general en aquellos momentos, hizo que el teniente Cooke tomara nota de los nombres de los soldados que habían hecho aquello y juró someterles a un consejo de guerra cuando volvieran a Fort Lincoln.

Aquello fue justo después de enviar un correo para dirigir a Keogh contra los sioux que habían avasallado a Calhoun, que al fin y al cabo era el cuñado de Custer y ahora evidentemente había fallecido, aunque a medida que pasaba el tiempo cada vez podíamos ver menos a través del gigantesco velo de humo y de los remolinos de polvo que estaban convirtiendo la mitad de la tarde en un anochecer cerrado.

Así que cuando Keogh fue eliminado, nos enteramos principalmente por el volumen de los gritos de los indios, y luego les tocó a los hombres de Tom Custer, desmontados y sin caballos, retrocediendo pie a pie por la pendiente hasta nuestra posición.

Fue entonces más o menos cuando sonó el primer disparo detrás de nosotros, donde había una aguda pendiente hacia el noroeste que caía a un barranco que la rodeaba. Nadie había prestado mucha atención a ese terreno, teniendo como teníamos miles de enemigos en los otros tres lados, así que se había llenado de indios sin oposición que habían tomado el camino más largo. Como mínimo eran mil más, y ahora, mientras avanzaban hacia nosotros, empezaban a lanzar sus gritos: *Hoka Hey*,

Hoka Hey, y algunos gritaban el nombre de su noble pueblo, ¡*Lakota!* ¡*Lakota!* ¡Los Hombres! ¡Los Hombres! Pero predominaban incluso sobre estos los sencillos y roncós *Hey-Hey-Hey-Hey-Hey* que empezaban como un tambor fúnebre y luego aceleraban su ritmo hasta convertirse en el desvarío de un loco, aunque sin desorden, con pasión dirigida, si es que se puede concebir algo así, el salvajismo y la crueldad fijos en un solo objetivo sin distracción. Eran cheyennes, y estaban en el centro del mundo.

Aquel primer disparo mató al caballo de Custer. Alcanzó a la yegua Vic de patas blancas en su bonita cabeza alazán, debajo del ojo izquierdo. Cayó lentamente, doblando las patas delanteras en un arco delicado, dando tiempo al general para bajarse antes de que los cuartos traseros se desmoronasen.

El más glorioso jinete de todos estaba descabalgado. Pareció un poco desorientado, pero pronto se recuperó al oír el sonido de los cheyennes que llegaban, así que ordenó a las tropas que hicieran lo que acababa de repudiar: matar a las monturas restantes y disponerlas como parapetos. Antes de que pudiéramos hacerlo, sufrimos varias bajas.

Ya completamente rodeados, con la compañía C de espaldas contra una pared bajo nuestro promontorio y sin ver nada en dirección de Keogh más que humo y, cuando se disipó parcialmente por el pesado viento, indios, indios e indios, cada vez más cerca y en mayor número, asombrados de que hubiera suelo suficiente para mantenerlos, pensé en la predicción de Bouyer de que excederían el número de nuestras balas. Había sido un hombre muy sabio y muy valiente, y le había visto caer mientras nos alejábamos del vado. Era el miembro del batallón que había llegado más cerca del gran poblado a orillas del Greasy Grass, y eso que era un mestizo.

Los otros crows hacía mucho que habían vuelto con su gente, aunque tal vez aquel Curly observara parte de nuestro combate desde un promontorio lejano, pues al día siguiente llegó al *Far West*, río arriba, y contó la historia de la masacre, que nadie creyó. Pero él no estuvo allí arriba, en nuestro risco. No nos quedaban indios amistosos, ya que los rees se habían ido con Reno. Los sioux y los cheyennes tampoco tenían ningún blanco de su lado, como algunas veces han dicho quienes no quieren creer que los salvajes pudieran luchar tan bien: exoficiales confederados rencorosos, hombres *squaw*, renegados, etc. No fue así. Nuestro adversario fue ciento por ciento piel roja. Lo que pasó sencillamente fue que ya no luchaban por diversión, sino que estaban decididos a matarnos de la forma más eficaz posible, sufriendo el menor daño posible ellos mismos. A pesar de su enorme número, con el rifle al hombro apenas podías hacer blanco. Se arrastraban y serpenteaban, y eran capaces de desaparecer detrás de un terrón de hierba del tamaño de tu sombrero; un arbusto flacucho escondía una veintena. Pero cuando recargabas, veías que avanzaban treinta yardas.

No obstante, nuestros chicos mantenían ocupados los Springfield, hasta que lo que Bottsy había mencionado que era el punto débil de aquella arma empezó a

hacerse notar: el calentamiento por el uso constante, y por el sol ardiente, que aunque nublado por la bruma azulada, contribuyó en no poca medida. Los eyectores se atascaron, y los cartuchos gastados se engancharon en la cámara. Algunos intentaron arreglarlo con el cuchillo, rompiendo las hojas sin ningún éxito. Es el tipo de cosas que puede provocar el pánico cuando cien indios se deslizan hacia ti personalmente, pero la verdad es que nunca vi que se produjera ningún desorden en nuestras filas cuando la situación se volvió desesperada. Los sioux afirmaron posteriormente que un pelotón entero del frente de Keogh y Calhoun se suicidó, yo no vi que pasara tal cosa y no creo que ocurriera.

En lo alto del risco no había cobardes. Cuando las carabinas se atascaban, los hombres usaban los revólveres, que eran tan efectivos como los escupitajos que los críos lanzaban al Missouri. Como los indios eran tan numerosos, era difícil ver un hueco entre ellos cuando derribábamos alguno, así que no obteníamos ningún consuelo de las bajas que provocábamos.

Contando lo que quedaba de la compañía C bajo la pendiente, y a nosotros que estábamos arriba, calculo que ahora debíamos de ser entre setenta y cinco y cien. Ya no se oían disparos procedentes de la dirección de Keogh, y hacía mucho que solo había silencio por la derecha, donde el destacamento de Yates y la compañía de los caballos grises obviamente habían caído, aunque no se veía nada a través del velo.

Yo dirigía mi Winchester constantemente contra los cheyennes, y podría haber alcanzado a un par de ellos desde detrás del cadáver del potro ree, al cual había disparado en la frente por necesidad, aunque lamentándolo, pues a la hora de la verdad había hecho un trabajo excelente. Entonces no sabía que su antiguo amo Cuchillo Sangriento había muerto en el valle, con Reno, pero al recordarlo, creo que él sí lo sabía: sus grandes ojos tristes mostraron el deseo de morir cuando le puse el cañón del Colt delante, y las heridas provocadas por la silla se habían abierto de nuevo en el transcurso de aquella cabalgada salvaje, así que en varios sentidos fue como hacerle un favor. Siguió siendo útil en la muerte, ya que pronto estuvo erizado de flechas, que en su ausencia habrían perforado a servidor, ahora oculto bajo su vientre, pues las andanadas aéreas se incrementaban. Centenares de puntas de acero descendían a través de la bruma, como si llovieran navajas. Un tipo que tenía al lado, desparramado, quedó grapado en dos o tres sitios, pero no murió hasta que, sacudiéndose para liberarse, levantó la cabeza lo suficiente para recibir una bala, momento en el cual le acertaron varias y expiró todavía inmovilizado.

Ese era el problema: si uno se quedaba tumbado, le ensartaban, si se levantaba se enfrentaba a las armas de fuego, y si se escondía debajo de la barriga de un caballo quedaba temporalmente a salvo pero fuera de combate, permitiendo que los indios avanzasen hasta que pudieran acercarse andando tranquilamente y matarte como si fueras una serpiente.

El general Custer no se planteó semejante decisión. En medio de todo esto no dejaba de caminar, y hasta el momento estaba ileso. Y no quiero decir que fuera

agachado, sino que andaba a grandes zancadas, erguido y señalando, a veces con ambos brazos en diferentes direcciones como una cruz alzada, en cuyo caso para los indios de abajo debía de haber sido un objetivo de máxima visibilidad recortándose contra el cielo. De vez en cuando disparaba sus pistolas Bulldog, siempre en una postura clásica que debía de haber aprendido en West Point, con el codo doblado como una bisagra de acero, y el antebrazo rígido. Las flechas centelleaban a su lado, y el plomo silbaba, y era como si estuviera en el campo de tiro de algún pacífico fuerte.

Custer era todo un espectáculo, aunque estuviera cubierto de polvo desde la cabeza, con el pelo corto, hasta la punta de los pies cubiertos de cuero, bañado en sudor, la camisa azul abierta en el cuello, la cara como una piedra áspera por la barba rala. ¡Y sonreía! Juro por Dios que sonreía, y podía oírse su voz ronca en el risco, llamando a los hombres a cubrir un hueco aquí, felicitando a otros por aguantar allá, siempre confiado y lleno de esperanza.

—Espléndido, espléndido —decía, en pie sobre mí, y justo cuando tomé aliento, tras haber fallado mi disparo contra un indio que se arrastraba por la pendiente con los tres últimos cartuchos que tenía entonces en la cámara, le miré y vi cómo una flecha cheyenne pasó tan cerca de su cuello que debió de acariciárselo con la pluma.

—General, ¿por qué no se agacha? —dije. Pero no tuve más suerte con eso que con cualquier otra cosa que le hubiera dicho en todo el tiempo que le conocí.

Me devolvió la mirada con ojos como joyas azules a través del polvo de su semblante, fanático como un ídolo, y dijo:

—¡Espléndido, muchachos! ¡Les estamos haciendo huir!

Y recorrió todo el frente, dando patadas a los soldados en las botas para animarlos, aunque algunas de estas cubrían los pies de hombres muertos.

Bueno, puede que su ejemplo fuera estimulante para los que lo vieran. Yo pensé que había vuelto a perder el juicio, como cuando cargó solo en el vado, lo cual seguramente explicaba que las flechas y el plomo no llegasen a tocarle, pues los proyectiles rehúsan alcanzar a un hombre que está fuera de sí por motivos de locura o de medicina.

Volví a disparar contra los indios, o a intentarlo al menos, mientras se retorcían entre las hierbas altas de debajo y sus cabezas de serpiente asomaban brevemente, siempre en un lugar ligeramente distinto del que esperaba, pues eran expertos desde que nacían en este tipo de combate. Aunque yo también me había entrenado en él, la ventaja quedaba anulada por nuestra posición en lo alto de aquel risco cubierto de grava donde no teníamos más protección que los animales muertos.

Luego recibimos nuevos disparos procedentes de una elevación vecina a sesenta u ochenta yardas al sudoeste, lo que significaba que la compañía F había caído definitivamente, pues ellos estaban al cargo de aquella pendiente. Los fuertes estampidos de las carabinas del gobierno se oían por todas partes, apuntando hacia nosotros. Hacían un sonido muy distinto del que hacen cuando están de tu lado, y

disparan hacia lo lejos. Era fácil distinguirlas del sonido de las armas de carga más ligeras.

Los indios hostiles cada vez estaban mejor armados, gracias a las piezas que capturaban, y volvían nuestras propias armas contra nosotros, sin que ni siquiera les perjudicasen los eyectores: tenían todo el tiempo del mundo, así que no disparaban tan rápido como para recalentar la cámara. Sacaban abundante munición de las alforjas de los soldados muertos, mientras que a nosotros se nos acababa. La caravana de suministros estaba en algún lugar del camino, y, si lo recuerda, Custer le había enviado varios mensajes para que siguiera adelante; pero existía el pequeño problema de cómo iba a conseguir pasar a través de las líneas enemigas. En realidad, supuse que a esas alturas ya las habrían destruido, junto con Reno y Benteen: no es una conclusión estúpida si se piensa que llegué a ella agarrándome a una astilla, por así decirlo, en un mar embravecido de enemigos, en medio de una niebla que de vez en cuando se levantaba para revelar nuevas pérdidas.

Ahora era la compañía C, allá abajo, la que había desaparecido excepto por un puñado de hombres que subió con dificultad hasta nosotros y se dejó caer tras la barricada de cadáveres de caballos, algunos alcanzados en la espalda mientras lo hacían, y vomitando sangre sobre los actuales ocupantes, que tiraron de ellos para aumentar el creciente mortuorio. Tom Custer no formaba parte de ellos, así que supongo que se había llevado lo suyo. Y el joven Reed estaba cerca de mí, un instante haciendo funcionar su caro rifle deportivo y al siguiente seco con la boca abierta y la lengua volviéndose negra, y no vi a Boston por ningún lado: es probable que hubiera caído en nuestra cabalgada desde el río.

Así que, como hombre, el general había perdido dos hermanos, un sobrino y muy probablemente al marido de su hermana; como oficial al mando, la mayor parte de cinco escuadrones; como jinete, su montura. En cuanto a cosas de menor importancia, habían desaparecido su sombrero y un revólver; con el otro abría fuego, ahora apoyándose sobre una rodilla. Se le habían roto los pantalones, y también la mayor parte de los botones de su camisa de doble pechera, que se había arrancado para aliviar el calor.

Mark Kellogg, el periodista, yacía con la cara sobre la grava, presumiblemente muerto aunque no había ningún jirón en ninguna parte de su espalda, y del bolsillo de su chaqueta asomaba el folio enrollado de su última crónica, que nunca enviaría. El sargento Hughes, que llevaba el banderín personal de Custer, estaba malherido por una herida en el estómago que hacía que se ovillara en el suelo como una oruga alrededor de la punta de un palo puntiagudo, y sin embargo aún impedía que la bandera tocara el suelo. Colgaba flácida excepto cuando la agitaban débilmente las flechas que pasaban.

No he mencionado mis propias heridas, aunque recibí unas cuantas. Me habían alcanzado en el hombro izquierdo con un balín lanzado por un mosquete, supongo, pues tenía una fuerza enorme, que me levantó de la posición postrada, invirtiendo mi

cabeza y mis botas, de manera que mi espalda saltó sobre el suelo y no pude respirar durante un minuto. Pero recuperé mi posición de inmediato, y me cargué al indio responsable, que me había visto caer y, confiado, se expuso mientras recargaba viendo que no había nadie más que pudiera disparar contra él en treinta yardas a ambos lados de mí. Le metí una bala en el esternón y no insistí más, ya que tenía que conservar la munición. Cayó, y sus colegas le arrastraron hasta la hierba, nunca supe si para morir o para recuperarse.

Hacían lo mismo con todas sus bajas, mientras que las nuestras yacían en torno a nosotros, igual que los caballos muertos. Debido al calor, estos estaban a punto de pudrirse. La carne abierta ya se oscurecía, y en aquella colina había aún más moscas que indios, pues el jaleo no molesta a ese bicho miserable. Yo tenía unas cuantas alrededor de mi hombro herido, y sentía sus piececitos donde todavía no podía sentir dolor. También me habían acertado en el pecho con una flecha, en un ángulo tal que la sangre goteó sobre la comisura de mis labios, y precisamente gracias a su sabor salado lo descubrí.

Pero la resaca había desaparecido por completo, junto con el agotamiento provocado por la privación de sueño durante dos días: no hay nada como una masacre para despejarte la cabeza. No creo que mi vista haya sido nunca más aguda, ni antes ni después. Lástima que no tuviera nada con que usarla excepto enemigos salvajes y matojos de salvia, ya que imaginé que mi vista acabaría pronto junto con todo lo demás. No creo que quedásemos más de treinta o cuarenta. No sé cuánto tiempo habíamos combatido hasta entonces; a veces parecía que había pasado una vida entera, y a veces un suspiro desde la galopada por Medicine Tail Coulee y luego risco arriba.

Me di cuenta de que alguien había caído cerca. Me di la vuelta y vi que era el teniente Cooke, sus magníficos bigotes bañados en sangre. Se había arrastrado a lo largo del frente y se había levantado demasiado durante un segundo, el último de su vida. Luego llegó Custer, que ya no iba erguido, sino con la barriga raspando la grava. Estaba cubierto de sangre, que supongo que le había salpicado de alguien, pues él todavía no estaba herido.

—Cooke —dijo, y dio un codazo a la figura sin vida del adjunto—. Cooke, tome una orden para Benteen. —Y luego, escupiendo el polvo y las piedras que tenía en la boca, dijo—: Cooke, copie esto: «Venga rápidamente, y la victoria será nuestra». ... ¿Lo ha cogido, Cooke?

—Está muerto, general —dije yo.

—Coja el nombre del hombre que ha dicho eso, Cooke —replicó Custer, sus ojos enrojecidos sin mirarme a mí ni al adjunto, sino a la cabeza de mi potro muerto.

No sé, supongo que en aquel momento sentí lástima por él, así que adopté el papel de Cooke y no notó la diferencia.

—Sí, señor —dije—, yo me ocuparé de ello.

Custer murmuró algo y rodó sobre su espalda, las manos detrás del cuello, y miró

al cielo y sonrió como si poseyera algún conocimiento secreto. Llegó otra de esas enormes cortinas de flechas, reflejando el sol en los bordes de sus puntas de hierro, que caían como aguanieve a través de su campo de visión.

Nunca vaciló —y de hecho, estas flechas causaban menos daño ahora, ya que no quedaban tantos objetivos que alcanzar—, pero dijo en un tono desenfadado, como un simpático erudito:

—Tomándole como le encontramos, en la paz o en la guerra —las flechas caían zumbando para quedarse clavadas sobre todos los hombres y caballos muertos—, en casa o en el extranjero —continuó afablemente Custer—, evitando todo prejuicio, y dejando de lado toda parcialidad, descubriremos en el indio un tema para la investigación y el estudio concienzudo.

Me tomé un momento para rechazar el avance de unos cincuenta salvajes durante uno o dos minutos. Me estaba quedando sin cartuchos rápidamente, pues a medida que nuestro número menguaba, disparaba con más frecuencia para compensarlo. Y mientras así lo hacía, Custer hablaba solo.

Mientras recargaba, oí que decía:

—Hay que lamentar que el carácter del indio, tal y como lo describen las interesantes novelas de Cooper, no sea el auténtico. Desnudo del hermoso romance con el que durante tanto tiempo hemos querido envolverle, trasladado de las seductoras páginas del novelista a los escenarios donde nos vemos obligados a encontrarle, el indio no se hace acreedor al apelativo de noble piel roja.

Se abrió un jirón en el humo por encima de él, y sonrió al cielo azul que allí quedó revelado, sermoneándole con un dedo sucio.

—Le vemos tal y como es, hasta donde llega nuestro conocimiento, como siempre lo ha sido, un salvaje en todos los sentidos de la palabra.

Bueno, era un tema muy adecuado, eso no podía negarse, y su discurso estaba siendo embellecido por los disparos y los aullidos de cinco mil individuos de la misma raza; y me pareció que podía oír el diabólico chillido de las muertes en la zona más próxima al río. Supe muy bien qué estaban haciendo: apagar a golpes las últimas chispas de vida de nuestros muchachos que allí yacían heridos, mutilándolos a todos.

Pero mi atención se vio atraída por el hueco que se abrió en el humo, pues se extendió paulatinamente hacia el sudeste siguiendo una corriente casual. Al cabo de un rato podía verse a tres millas sobre el trecho de riscos y oteros por el cual habíamos llegado hasta allí, y el sol estaba sobre aquel punto elevado y lejano donde Custer había echado su segundo vistazo al valle, y donde yo había visto en la joven cara de Reed el principio de la muerte en la que ahora nos encontrábamos.

¡Y allí apareció un pequeño parpadeo! No había ningún estandarte indio lo bastante grande como para que fuera visible a esa distancia, ni sombrero de guerra que aletease tanto, y una manta al aire sería más oscura y más grande; además, todos los indios del universo estaban sitiando nuestra colina. Tenía que ser un banderín de la caballería, pensé, tenía que serlo, aunque no podía distinguir el color a aquella

distancia.

—¡General! —dije, gritando a través del monólogo de Custer—. ¡Mire allí, mire allí!

Recordará su enloquecida galopada en solitario hacia el vado, de la cual le rescató Mitch Bouyer, y que después se volvió normal y fue un líder tan bueno como se podía ser bajo aquellas circunstancias. Bueno, pues en aquel momento parecía aún más ido con sus desvaríos, pero seguí gritándole de todos modos, y por fin dirigió sus ojos apagados hacia el este, y al instante se encendieron.

—¡Es Benteen! —saltó, y se puso en pie, erguido de nuevo entre la salva de proyectiles e invulnerable a ellos—. Vamos, chicos —gritó a los vivos y los muertos que había desparramados por el risco—, ¡soltad una andanada para orientarle!

Entonces recogió su propio banderín de las manos sin vida de Hughes, que ya había expirado, y lo ondeó dibujando grandes semicírculos, y a la orden del único teniente que quedaba, con un brazo ensangrentado, disparamos al unísono las armas que todavía funcionaban, tal vez veinte carabinas y varias pistolas, lo suficiente para provocar un buen estampido.

Entonces reclamaron un corneta, pero no había ninguno. Así que Custer hizo que lanzáramos otra salva, y estaba a punto de ordenar una tercera cuando el oficial le informó de que no quedarían cartuchos suficientes para más. Yo había visto que algunos de los indios al borde de la muchedumbre que subía hacia nosotros, a media milla o más de distancia, montaban en sus potros y se dirigían hacia el pico donde se suponía que estaba Benteen, y me imaginé que ellos también le habían visto.

El parpadeo distante siguió durante un tiempo sin acercarse, y luego el humo de las andanadas se metió en medio de nuestro campo de visión y nos lo ocultó para siempre. La última esperanza, y tal vez no fuera auténtica, pues supongo que no habría podido pasar con su centenar de hombres y un número semejante de los de Reno, y ellos también habrían sido masacrados. Bueno, en los libros se puede leer que hizo un intento y que el avance de los indios en dirección a él le desalentó, y que él y Reno se retiraron a la montaña donde pronto fueron asediados por la hueste que nos había rematado.

Pero diré esto, y puede que no sea imparcial debido a mi propia situación: Benteen no se esforzó mucho por ayudarnos. En aquel momento solo se enfrentaban a él unos pocos centenares de indios, mientras que nosotros reteníamos a miles. Él tenía la caravana de suministros con su munición de reserva; nosotros poseíamos tan pocos cartuchos que no podíamos disparar una tercera andanada. Él todavía no había entrado en combate; nuestras carabinas estaban atascadas.

Tal vez Reno fuera un cobarde, pero no Benteen, que no tenía miedo de nada: ni de los indios, ni de Custer, y además, era un hombre de honor, tan apreciado por los soldados que me había hartado de oír lo maravilloso que era. Todo lo cual puede que demuestre mi inclinación natural contra la popularidad, ya que normalmente siempre había estado solo en el mundo blanco, pero el caso es que Custer estaba a punto de

morir, mientras que Benteen sobrevivía, y tendrá que reconocer que eso marca una diferencia.

Así que seguimos luchando sin ninguna ayuda, y una por una las armas restantes quedaron en silencio. Pero los indios seguían sin hacer ninguna carga arrolladora, sino que se limitaban a acercarse cada vez más, de manera que era como si estuviéramos en una isla que iba menguando bajo un río que crecía. Por fin, disparé el último cartucho de mi carabina, rompí la caja contra el suelo y metí grava en la cámara; así no quedaría estropeada de forma permanente, pero al menos ningún salvaje podría utilizarla contra mí sin esforzarse un poco antes. Luego saqué mi Colt y pensé en sacar el cuchillo de mi bota izquierda, pero descubrí que ese brazo estaba completamente inútil debido a la herida del hombro: no sentía dolor, simplemente estaba hecho cisco. Bueno, para cuando la cosa llegara a los cuchillos, no esperaba estar entre los vivos, así que lo dejé correr.

Para entonces, Custer ya había vuelto. Había ido hasta el extremo de nuestra posición, todavía intentando señalar a Benteen con el banderín, supongo, y aunque un balín indio había partido el asta por la mitad, ahora lo sujetaba por el tocón. Pero en cuanto a su persona, el fuego enemigo todavía no le había alcanzado, aunque había sufrido los estragos del humo, el polvo, el calor y la locura.

Levanté la mirada hacia él, y vi sus ojos azules brillantes dentro de aquella máscara de polvo, todavía mirando hacia el sudeste, a la niebla blanca, y dijo en voz alta, aunque fue como si hablara solo:

—Benteen no va a venir. Me odia.

Yo había dejado de preocuparme porque estuviera en pie: ya no importaba demasiado que le alcanzaran. De pronto, aquello resultó una fuente de inspiración incluso para mí, pues le aseguro que dos pies por encima del suelo era la muerte segura. Una mosca no podría haber pasado sin chamuscarse, así que ya no atraíamos más insectos, aunque los que ya estaban allí, dándose un festín con nuestras carnes abiertas, por la misma razón no podían marcharse cuando se habían saciado.

Custer no estaba cantando, como Vieja Tienda en el Washita, cuando se dirigió a sus dioses y caminó al estilo mágico de los cheyennes. No, el general permanecía ileso porque era Custer, porque era mejor que los demás, básicamente invulnerable incluso en la derrota, y siempre tenía razón. Ese tipo de convicciones son admirables, aunque te ofendan. Y a mí me producía los dos efectos.

—¿Tanto le odia que dejaría morir a otros doscientos para acabar con usted? —le dije.

—Rencor —dijo Custer lentamente—, rencor y envidia. Durante toda mi vida he tenido que enfrentarme a ellos.

Hablaba con mucha tranquilidad, y nuestros disparos ya no hacían suficiente ruido para enturbiar sus palabras.

—Me hubiera gustado ser su amigo, pero la envidia se interpuso. Por cada uno de mis logros he pagado amargamente con la pérdida de afecto. La gente solo quiere a

los débiles, carretero. Ahora haz una broma con eso.

Estaba completamente lúcido, mucho más que en cualquier otro momento desde que hubiéramos subido al risco. Volvía a reconocermé, en mi falso papel, sí, pero al menos ya no hablaba solo. Sonrió desde debajo del polvo, y a pesar de lo que acababa de decir, lo hizo sin ningún sarcasmo, sino con serena resignación. Entonces disparó varias balas de su pistola a lo que parecían, por su postura y su firme puntería, objetivos concretos, aún sujetando el banderín, ya harapiiento, sobre su asta rota con la mano izquierda.

Fue entonces cuando le alcanzaron, solo una vez, un desgarrón en su camisa directamente encima del corazón. Se volvió un poco por el impacto, dejó caer la bandera, y se agarró la herida casi más con cortesía que con sufrimiento. Cayó de espaldas, los brazos extendidos como si le hubieran crucificado, pero su boca cerrada todavía mostraba rastros de una sonrisa. Parecía que se hubiera echado a dormir en una excursión campestre. No pude ver que sangrara, pero debía de estar sangrando en algún sitio. Por fin había aceptado el hecho de que era grandioso —y sin duda lo era, que nadie le diga lo contrario, y si no está de acuerdo, entonces puede que haya algo raro en su definición de grandeza—, pero resulta obvio que tenía que tener sangre.

Quedábamos aproximadamente una docena cuando Custer cayó, y podríamos haber durado media hora más. No sé si el resto de los soldados —todos los oficiales habían desaparecido ya— sabían que el general había muerto. Estaban bastante ocupados con sus propios asuntos, pequeños fragmentos de vida desperdigados entre los muertos y los moribundos, y las ideas generales de unidad, liderazgo e incluso raza eran difíciles de aprehender en aquel momento, pues luchar hasta el final puede volverle a uno bastante obsesivo. Si Benteen hubiera aparecido entonces, probablemente habríamos disparado contra él.

Pero no lo hizo, por supuesto, y la corneta que empezó a sonar en la pendiente que bajaba hacia el río la tocaba un indio sioux que se la había arrebatado a un trompeta muerto. No conocía ninguna de las llamadas, por supuesto, así que se limitó a hacer sonar crudos bramidos. También había muchos indios gritando, y cantando en *falsetto*, y ya no reservaban sus municiones, pues no había necesidad, de modo que disparaban por disparar, y el humo se iba volviendo tan espeso como un puré.

Pero seguían sin cargar. Por fin, solo me quedaron dos o tres cartuchos en la pistola, y supuse que el resto tendrían algo parecido o menos, y dejamos de disparar por completo. Intenté mirar a mi alrededor una vez más para ver con quién iba a morir, pero la rigidez del hombro ya me había impregnado todo el cuerpo y estaba muy tieso, de manera que apoyé la cabeza sobre el vientre de mi potro, del cual hacía tiempo que había desaparecido toda calidez, con la mano sujetando el Colt al costado, y esperé.

Esperé, esperé... Pronto el campo entero, una milla cuadrada, quedó en silencio, tan callado que podía oír el zumbido de una mosca sobre mi herida, y entonces sacudí la mejilla, donde la sangre se me había secado como una cinta de cuero, y pude oír el

crujido. No habría sido muy difícil imaginar que todo el mundo se había ido a casa.

Diez minutos, quince... ningún cronómetro podría haber medido ese tiempo, que pudieron ser treinta segundos o dos horas, y luego oí un roce al otro lado del potro y levanté los ojos al mismo tiempo que la cabeza de un indio, con una gran pluma de águila y una raya carmesí en su pelo negro, se alzaba lentamente sobre el espinazo del animal. Tenía una cara ancha y marrón y no llevaba pintura.

El cañón estaba muy cerca de su nariz cuando disparé, y sus sesos habían volado antes de que sus ojos supieran lo que había pasado. Luego sonaron disparos por todos lados entre nosotros, escaramuzas y gritos, y nos invadieron.

De forma casi simultánea, recibí un golpe en la cabeza y tuve una milésima de segundo para sentir que algo había caído sobre mi espalda, ligero de peso pero abrumador. Imaginé que era la Muerte, y pensé: sucia cabrona, debería haber sabido que me cogerías por detrás.

CAPÍTULO 29

Victoria

Olí algo picante, seguido por otra variedad de olores, y luego empecé a oír tambores, primero solo el grande que tenía en la nuca, cuyos redobles por fin se suavizaron en un rugido sordo y continuo, y luego el golpeteo regular de varios a cierta distancia. Y las voces, frenéticas y oscilantes entre un aullido profundo y el chillido más alto y tembloroso en *falseto*, hasta llegar casi al timbre de un silbido.

Abrí los ojos lentamente, esperando, como es lógico, encontrarme en el Infierno, y lo primero que vi fueron llamas, sí, y lo siguiente fue al Diablo mismo, con el aspecto exacto que siempre me había imaginado que tendría, o tal vez peor: dos cuernos asomando de la frente, la cara escarlata, dos grandes colmillos blancos y los ojos más espantosos que imaginarse pudieran, ribeteados de blanco.

Estaba agazapado junto a mí y me miraba, y como esperaba que me mordiese o algo, y estaba demasiado dolorido y débil para moverme, me preparé para al menos escupirle a la cara, pues imaginé que los demonios debían de seguir los mismos principios que la gente: si les demuestras que estás indefenso, serán despiadados.

Pero antes de que hubiera podido reunir suficiente saliva en mi lengua, el Diablo me dijo algo en el idioma cheyenne.

—¿Estás despierto? —dijo.

Bueno, aquello era lógico. Me habían matado los indios, así que había ido al Infierno del piel roja.

—Sí, lo estoy —dije.

Y no añadí más, pues me habría gustado replicarle, pero como sabe no hay auténticas palabrotas en el idioma cheyenne, excepto llamar mujer a un hombre.

—Muy bien —dijo—. Entonces sabrás que por fin estamos en paz, y la próxima vez que luchemos podré matarte sin convertirme en una mala persona.

A continuación se levantó de un salto y salió corriendo del tipi, pues ahí era donde estaba, y aparte del sombrero de bisonte, el taparrabos y los mocasines, iba desnudo, aunque pintado de la cabeza a los pies. No era un diablo, sino un indio. De hecho, era Oso Más Joven.

Las llamas eran la fogata en el centro de la tienda, por supuesto, y la cortina de la entrada había quedado retirada de tal manera que podía ver el resplandor de un fuego más grande fuera, con las sombras de muchos cuerpos moviéndose y las siluetas de piernas.

—Va a bailar —dijo una voz familiar próxima—, pero será mejor que tú te quedes aquí un rato.

Vieja Tienda estaba sentado sobre la piel de bisonte, recibiendo el resplandor del

fuego en su semblante color de nuez.

—¿Quieres comer? —dijo.

A duras penas conseguí sentarme, sintiéndome como un saco de comida suelta, y luego tanteé con mis dedos las partes de mi cuerpo que habían recibido golpes. Tenía el hombro izquierdo vendado con cuero, musgo y cosas que olían dulce; y había algo que parecía barro fresco sobre la herida de la mejilla. La cabeza estaba bien; es decir, me dolía espantosamente, pero el cráneo no tenía ninguna grieta que pudiera palpase.

Por fin, dije:

—Abuelo, no esperaba verte.

—Ni yo a ti, hijo mío —contestó Vieja Tienda—. ¿Quieres fumar?

—Entonces supongo que no estoy muerto —dije.

Estiró la mano y me tocó con un dedo duro como un cuerno.

—No —dijo—, si fueras un espíritu, mi mano pasaría a través de tu brazo como si fuera humo.

El hecho de que estuviera hablando con él, como puede ver, no suponía ninguna prueba; hablaba mucho con los difuntos, no solo humanos, sino también animales.

Le pregunté cuánto tiempo había pasado.

—Los Seres Humanos y los lakotas mataron a todos los soldados del risco —dijo Vieja Tienda— para cuando el sol estuvo aquí. —Me lo mostró sobre el horizonte de su mano: debían de ser las cinco y media o las seis—. Esta —dijo— es la noche siguiente a aquella, y todo el mundo baila para celebrar la victoria. Mañana vamos a matar al resto de los casacas azules sobre la colina río abajo. Ha sido un gran día.

Suspiró y continuó.

—Estoy demasiado viejo para seguir luchando, y como sabes no puedo ver a través de mis ojos, pero un muchacho me llevó a la Loma del Greasy Grass, desde la cual se puede ver el sitio donde estaban los soldados. Pude oír la batalla y olerla, y vi mucho con mi mente, que es mejor que los ojos en esas condiciones, porque me dijeron que de todas formas el humo era muy espeso.

»Casi toda la nación lakota está aquí, y son espléndidos guerreros, los segundos mejores del mundo entero. Pero naturalmente los Seres Humanos son los más destacados.

Se estaba emocionando, y empezaba a sudarle el viejo vientre desnudo, con su antigua cicatriz. Sus ojos ciegos brillaban.

—Los hunkpapas tienen un hombre sabio llamado Toro Sentado. Hace algunos días celebraron una danza del sol en el Rosebud, y él cortó su piel cien veces y vio una visión de muchos soldados cayendo sobre el campamento desde arriba hacia abajo. Entonces nos trasladamos hasta el nacimiento del río para cazar bisontes, y algunos soldados nos dispararon, así que los matamos.

Parecía que aquello hacía referencia a la columna del general Crook, procedente del sur, y explicaba por qué Terry y Custer nunca habían llegado a reunirse con él.

—Así pues —Vieja Tienda continuó, y ahora sacó del revoltijo que tenía detrás un hacha e hizo gestos con él—, nos trasladamos aquí, al Greasy Grass, y algunos creyeron que aquellos primeros soldados fueron los que había soñado Toro Sentado, pero otros dijeron: «No, porque no cayeron en el campamento. Vendrán más». Yo no me uní a la discusión, porque mientras que Toro es sabio, también se le sube a la cabeza el exceso de atención, y Agalla empezaba a tener celos de él. Lo cual no es bueno.

Estuve de acuerdo con él, después de las semanas que acababa de pasar con el Séptimo de Caballería, y me sentí aliviado al saber que lo mismo ocurría entre los indios. Sin embargo, esto sucedía en la parte más frontal de mi mente, pues en un estrato más profundo que todo lo demás estaban los últimos momentos de Custer en el risco, y así siguió siendo durante muchos días, meses y años. Uno no es el mismo cuando debería haber muerto y no lo ha hecho.

Bueno, Vieja Tienda siguió hablando y hablando, durante toda la noche, mientras los tambores tocaban fuera y la danza de la victoria continuaba, los grandes fuegos iluminando el valle entero mientras las pequeñas fuerzas de Reno y Benteen se acurrucaban sobre los riscos. De vez en cuando me quedaba dormido, con más motivo de lo que jamás haya tenido hombre alguno, y no creo que el jefe lo tomara como una muestra de mala educación, pues de todas formas tampoco se dirigía necesariamente a mí.

Después del Washita, él y su grupo habían ido al norte, cruzando Kansas, Nebraska y llegando hasta el Territorio de Dakota: unas ochocientas millas, la mayoría a pie si recuerda que Custer mató a los potros y el resto del campamento escapó, de manera que Vieja Tienda y los supervivientes de los suyos no pudieron conseguir mucha ayuda. Si se acercaban a los rancheros y los vaqueros, por no mencionar a los soldados, les disparaban automáticamente, por así decir; y nunca vieron bisontes, aunque había cazadores blancos con rifles de larga distancia que podían matar animales o indios a media milla. Los Seres Humanos no comieron en exceso durante aquella larga caminata.

Pregunté por Rayo de Sol y Lucero del Alba, y el jefe dijo que no habían estado con él, y como no había sabido que los hubieran matado, pensó que debían de haberse unido a los cheyennes que se quedaron en el sur con los kiowas y los comanches. Nunca más tuve noticias de ellos, ni tampoco los busqué en días posteriores. Si Lucero del Alba todavía vive en algún lugar de Oklahoma, es medio blanco y tiene ochenta y cinco años de edad, y su madre veinte más, y siempre he tenido la esperanza de que poseyeran un pedazo de tierra con un poco de petróleo y que no tuvieran que vender mantas a los turistas para ganarse la vida.

Entonces, sin que yo le preguntara, Vieja Tienda dijo:

—La mujer de pelo amarillo de Oso Más Joven murió en la larga caminata hacia el norte, y su chico, también de pelo amarillo, fue capturado por los soldados en un combate en el Arroyo del Pájaro^[80]. A mi hijo Pequeño Caballo lo mataron en el

mismo sitio, y también a muchos otros, y apenas quedaba nadie cuando llegamos a este país.

»Pero una vez aquí, encontramos a más Seres Humanos del norte, y todos los viejos problemas debidos a los errores de la juventud quedaron ahora olvidados, de modo que nos dieron la bienvenida, y nuestra relación con los lakotas se hizo muy estrecha porque el gran oglala llamado Caballo Loco se casó con una mujer de los Seres Humanos. Cazamos y comimos bien, pues aquí todavía hay bisontes, y se unió más gente a nosotros, guerreros como Agalla y Rey Cuervo^[81], y el jefe de guerra de los Seres Humanos, Hombre Blanco Cojo^[82], y también Dos Lunas^[83], y Toro Sentado hizo medicina, y la semana pasada vencimos a los soldados en el Rosebud, y hoy matamos aún más en el Greasy Grass, y mañana mataremos al resto en la montaña.

Supongo que podríamos decir que Olga había sido otra víctima de lo que Custer hizo en el Washita, pero ya no podía guardarle ningún rencor, y de todas formas hacía tiempo que ella ya no era mi mujer. Pobre muchacha sueca: había tenido una vida extraña.

En cuanto a Gus, en años posteriores le busqué a lo largo de las llanuras centrales, pero no había blancos ni indios que hubieran oído hablar del Arroyo del Pájaro, que debía de ser su nombre cheyenne. Así que no pude conseguir ninguna pista sobre él. Pero hoy en día aún me gustaría encontrar a mi hijo, y pagaría una moneda de oro de veinticinco dólares a la persona que pudiera darme información sobre él.

Pequeño Caballo también había desaparecido, y no volvería a vestir sus vestidos con cuentas y a exhibir sus gráciles maneras.

—Supongo que fue Oso Más Joven quien me pegó en la cabeza cuando estaba en el risco —dije.

—Sí —dijo Vieja Tienda—. Luego te echó una manta encima y te trajo a través del río hasta mi tipi. No fue fácil, pues nuestra gente estaba loca de alegría cuando cayó el último soldado, y en la confusión, los indios mataban a los indios, y muchas manos agarraron la carga de Oso Más Joven para hacerte pedazos, pero él tenía una deuda contigo, y yo tampoco tengo más hijos ahora que tú.

Por fin, caí en un sueño que duró varias horas, el primer descanso auténtico del que disfrutaba tras un par de días de penalidades y derramamiento de sangre. Puede que suene extraño, pero me sentía a salvo en aquel tipi, con el ciego hablando sin parar, aunque fuera la algarabía de los salvajes iba en aumento, y supongo que más de un indio sintió la garganta dolorida al día siguiente y los miembros entumecidos más por el baile que por la batalla.

Pero la mayoría estaban levantados otra vez a primera hora de la mañana, dispuestos a asediar la colina donde resistían Reno y Benteen. No había nada que yo pudiera hacer, aunque no me gustaba pensar en el hecho de que Lavender, Charley

Reynolds, Bottsy y mis otros amigos estaban con Reno, a menos que hubieran muerto en el valle. Pero estaba confinado al tipi de Vieja Tienda por deseo propio. Era un hombre blanco en medio de aquella enorme reunión de tiendas que Custer y yo habíamos visto desde los riscos el día anterior.

Desperté notablemente recuperado en cuanto al físico, con mi hombro bastante suave, aunque buena parte de la rigidez ya había desaparecido y casi podía sentir que el musgo o lo que quiera que fuese estaba sacando lo malo que me quedase. Creí que me habían roto la articulación, pero, si ese era el caso, se había curado no sé cómo en los días subsiguientes, y a lo largo de los años me ha producido menos molestias que aquella vieja herida de mi otro hombro, cuando me dispararon en Dodge City.

La herida de la cara también se estaba remendando bajo el barro que me habían aplicado, y ni me acordaba de ella a menos que me riera, cosa que no hacía demasiado en aquellos momentos.

Vieja Tienda todavía estaba sentado cuando desperté e investigué mis heridas. Fuera, hacía otro día cálido y luminoso, el sol penetraba a medias en la cubierta del tipi, el fuego había quedado reducido a cenizas blancas.

—¿Quién me ha curado? —le pregunté.

—Oso Más Joven —dijo—. ¿Quieres comer ahora?

Una de sus gordas esposas entró entonces, procedente del fuego de cocina del exterior, trayéndome un cuenco de bison hervido. Todo continuó con normalidad, pues la colina de Reno estaba enfrente del extremo superior del campamento, mientras que el círculo cheyenne estaba en el lado más alejado corriente abajo y fuera del alcance del ruido de los disparos, tan grande era el poblado.

Tomé el cuenco de manos de quien me lo ofrecía sin cambiar de expresión y comí un poco, y luego dije:

—Abuelo, ¿quieres saber lo que estaba haciendo con los soldados? —pues él nunca me lo preguntaría.

—Estoy seguro de que tenías muy buenas razones —dijo él—. Fumemos antes.

Así que intercambiamos la pipa, y luego dije:

—¿Sabes quién dirigía a los casacas azules? El general Custer.

Lo intentó dos o tres veces, pero era incapaz de pronunciar el nombre, y por supuesto no significaba nada para él.

—Pelo Largo —dije—. Aunque ahora se lo había cortado.

—Ahora probablemente se lo hayan cortado —dijo él, riéndose con su típico humor indio.

—El Washita —dije yo—. Él condujo a los casacas azules allí.

—Oh, sí. —Vieja Tienda asintió gentilmente—. Recuerdo aquella batalla. Fue dura, pero matamos a muchos soldados entre las altas hierbas.

Bueno, yo era tan tozudo como él, así que insistí.

—¿Nadie habló nunca de quién había conducido a los soldados allí?

—Un hombre blanco —dijo el viejo jefe—. Eran todos blancos, excepto algunos

exploradores osages, así que debían de seguir a un hombre blanco, pues nadie seguiría a un osage.

Entonces empezó a relatarme experiencias propias de cómo había combatido a los osages cuando era joven, y pasó un rato antes de que pudiera volver al tema.

—Aquel hombre solía llevar el pelo hasta los hombros —dije yo.

—¿Como un Ser Humano? —preguntó Vieja Tienda.

—No, no se hacía trenzas.

—Entonces como una mujer blanca —dijo el jefe—. ¿Era un *heemaneh*?

Aquello no me hacía ni pizca de gracia. Puede que ahora parezca raro, pero sentía que debía algo a Custer. Al fin y al cabo, le había sobrevivido, y por Dios que no era al ciento por ciento de mi gusto, pero me había impresionado que muriese de la forma que murió. Había desarrollado un estilo y se había aferrado a él. Puede que fuera un hijo de perra, pero era un hombre independiente, que nunca lloriqueaba, ni se quejaba ni le lamía el culo a nadie, aunque fuera el presidente de Estados Unidos.

Pero supongo que nunca podría hacer entender eso a un indio, pues la independencia era la norma en vez de la excepción entre ellos y por tanto no era razón para ningún mérito especial. Y tampoco ninguno de ellos, no importa lo exaltado que fuera, ni Caballo Loco, ni Toro Sentado, ni Agalla, podía ordenar que pudiesen otros doscientos con él. Aquella era la diferencia. Creyera lo que creyese Custer, no murió solo. Así que mientras que como caucasiano podríamos llamarle un hombre de principios, desde el punto de vista de los indios podríamos decir que no tenía principios. Especialmente dado que los soldados, al contrario que los salvajes, no luchaban por diversión.

Decidí abandonar el tema, pero como imaginaba, ahora el que estaba interesado en él era Vieja Tienda.

—Quiero ir a ver a este hombre extraordinario —dijo—, o lo que quede de él, hijo mío. ¿Puedes llevarme al risco?

Hubiera preferido acostarme en una fogata. Pero Vieja Tienda señaló que los guerreros estaban todos millas corriente arriba, y que casi todas las mujeres y los niños habían terminado de mutilar y desnudar los cadáveres la noche anterior, así que aquello estaría tranquilo, y podría ponerme un sombrero de bisonte como el de Oso Más Joven y una camisa y perneras de cuero, y pintarme la cara. Por no mencionar que él me acompañaría.

Bueno, sus esposas me ayudaron a ponerme la nueva indumentaria, cortando un par de perneras sobrantes del jefe. También había algunos niños, que calculo que debían de tener seis o siete años de edad, mientras que él tenía al menos noventa por entonces. Necesitaba un taparrabos, así que una de las mujeres me dio un banderín de una compañía del Séptimo de Caballería, que era una versión con faldones de las Barras y las Estrellas. Puedo informar para tranquilidad de mis compatriotas de que no llegué a utilizarlo con ese fin. Nunca digo palabrotas delante de señoras y nunca degrado los colores nacionales, ni siquiera en una emergencia: utilicé mi antiguo

pañuelo.

Pero las esposas ya se habían animado, y se reían mientras me disfrazaban como un auténtico salvaje, echándome collares y demás sobre la cabeza. Por fin vinieron con un cinturón con cuentas al que acababan de atar cierto número de cabelleras recién cortadas.

—¡No, no! —dije. Ellas la empujaron hacia mí, haciendo ruidos de urraca, y mi mano tocó una tapa de los sesos, muy negra y blanda de textura. La cogí y la levanté, diciendo:

—¿De dónde habéis sacado esto?

Dijeron que la habían conseguido en un trueque, a cambio de una rubia que Oso Más Joven les había dado, con un sioux hunkpapa que había luchado río arriba en el valle contra el primer ataque de los casacas azules.

No sé si será capaz de imaginarse lo que significa tener en la mano la cabellera de un amigo.

—Procede —dijo la esposa más gorda— de un Hombre Blanco Negro a quien el hunkpapa reconoció como una persona que antes vivió con su tribu y que se casó con una mujer lakota. «¿Qué estás haciendo aquí?», preguntó el hunkpapa sorprendido. «No lo sé», dijo el Hombre Blanco Negro. Su caballo le había derribado y estaba tirado en el suelo con la pierna rota y el rifle a cierta distancia. «Bueno, estabas disparando contra nosotros, así que creo que debería matarte», dijo el hunkpapa. «Eso creo yo», dijo el Hombre Blanco Negro, así que el hunkpapa lo hizo.

A pesar de todo, supongo que era mejor que trabajar como jardinero en Missouri hasta la muerte.

Cogiendo a Vieja Tienda por el brazo, salí del tipi y atravesé el campamento cheyenne en dirección al vado, que no estaba lejos, pues el poblado minneconjou estaba justo al lado. Como dijo el jefe, todos los guerreros estaban en la batalla actual y no había nada más que mujeres, niños y viejos sentados bajo la luz del sol, masticando con sus encías desdentadas. Algunas de las mujeres trabajaban como siempre, pero otras lloraban en voz alta a sus maridos, hijos y hermanos muertos, pues los indios también habían perdido algunos hombres, aunque ellos no los contaban: tal vez cuarenta o cincuenta. Habían erigido un tipi fúnebre en el campamento cheyenne, con los cuerpos dentro subidos a soportes, y habían matado a cierto número de caballos, colocando los cadáveres fuera como los radios de una rueda.

Los jóvenes jugaban a la luz del sol. Vi a un chico con un caballito de juguete hecho de arcilla seca. Llevaba una curiosa manta como silla: un billete de banco doblado. También había otros recuerdos del Séptimo de Caballería a la vista: una mujer llevaba una chaqueta azul con galones de cabo, otros críos lanzaban un sombrero de campaña por el aire, y tirados en el suelo en cierto sitio había un par de calzoncillos del ejército, que tenían el nombre de su antiguo propietario grabado en la cintura. Más adelante, una camisa rígida como un pergamino por la sangre seca,

cartucheras arrancadas, botas desechadas. Cerca del vado la cantidad de objetos aumentaba, y los críos pequeños estaban dando de beber a rebaños de potros, entre ellos a algunos grandes bayos y alazanes con la conspicua marca «7USC».

Nadie nos prestó atención, ni siquiera entre las mujeres minneconjou que estaban lavando ropas en el Little Bighorn, y Vieja Tienda y yo entramos en el río, que corría rápido hasta la altura de la cintura, y lo vadeamos. He mencionado mi indumentaria, pero no la suya: el jefe se había puesto su sombrero de guerra con plumas de águila, que estaba un poco apolillado si uno se fijaba bien, pero que por lo demás era un tocado magnífico, cada pluma rematada con una borla blanca con pequeños espejos redondos en las sienes, y arrastrando una cola de plumas que barría la tierra detrás de sus talones. Llevaba la cara pintada de carmesí, y un relámpago amarillo centelleaba sobre sus mejillas. En una mano portaba un arco grande, uno especial, sin encordar y con una cabeza de lanza pegada a un extremo. En la otra mano llevaba aquel viejo fardo medicinal que recordaba el del Washita y antes: su envoltorio de piel estaba pudriéndose y haciéndose polvo en un extremo, y asomaba un amuleto de la buena suerte de una pata de pájaro. Lo mantuve bajo vigilancia pero no lo remetí, pues se suponía que uno no debía tocar la medicina de otro y ni siquiera saber qué era lo que la constituía.

Vi el sitio por donde habíamos bajado de Medicine Tail Coulee menos de un día antes. El suelo estaba apisonado por las pezuñas, y había marcas de herraduras de la caballería que se dirigían directamente hacia el agua, pero nosotros no habíamos llegado tan lejos, así que debían de haber sido hechas por animales capturados que los indios habían llevado a su campamento.

Caminamos una milla o más, subiendo por el barranco diagonal que Custer había elegido para retirarse, y luego subimos por la pendiente, siempre hacia arriba hasta alcanzar el risco final. Pasó un buen rato hasta que vi el primer cadáver, aunque puede que hubiera algunos que hubieran caído en las muchas grietas que había alrededor o que hubieran sido arrojados allí después de desnudarlos y mutilarlos.

Pero pronto empezaron a aparecer, en la distancia de un blanco puro bajo el sol brillante, como un campo de peñascos, uno aquí, otros dos o tres allá, algunos en grupos de una docena, tirados donde habían caído y casi todos organizados por escuadrones. No había señales de pánico desorganizado; los habían aplastado pero no los habían desbandado. Y cuando uno pensaba en la proporción de reclutas, en el agotamiento de dos días sin descanso, y en la fuerza abrumadora a la que se habían enfrentado, tenía que pensar que no lo habían hecho nada mal.

De pronto, Vieja Tienda me dijo mientras subíamos trabajosamente la pendiente:

—Esta batalla me ha dado una mejor opinión de los hombres blancos. Antes no entendía que saben morir como es debido.

—¿Puedes verlos, Abuelo?

—Casi —dijo—. Sus cuerpos brillan mucho.

Pero al acercarnos, el blanco marmóreo no estaba tan claro, sino que se veía

surcado y a veces bañado por un rojo que el calor volvía marrón, y el olor también empezaba a notarse. Millones de moscas habían respondido a su llamada. Los pájaros se levantaban en grandes círculos al acercarnos y los coyotes se dispersaban a una distancia segura. También puede que hubiera cien caballos muertos, desperdigados en aquella milla cuadrada.

Apreté los dientes, contuve el aliento y seguí adelante dificultosamente, como si el suelo se estuviera tragando mis mocasines, igual que si hubiera arenas movedizas, aunque estaba seco como la ceniza. Sin embargo, continué, pues a Vieja Tienda le impulsaba algún propósito elevado en su visita. No era ningún carroñero. Y supongo que me di cuenta de que era solo a través de él que podría llegar a aceptar lo que había pasado en aquel risco espantoso y convertirlo en parte de la normalidad.

—Sí —dijo, respirando hondo a través de sus viejas narices de cuero—, al Otro Lado deben de estar contentos por haber muerto como guerreros en lugar de como pastores de ganado o cultivadores de maíz o dementes buscadores de polvo amarillo, o como aquellos que ponen hierro para que pase el carro de fuego. Te digo, hijo mío, que durante mucho tiempo pensé que los hombres blancos se estaban convirtiendo en mujeres.

Se detuvo durante un momento para que yo pudiera respirar. Cierto, aquella noche de descanso me había sentado de maravilla, y también el vendaje del hombro, pero era increíble que pudiera caminar, y mucho menos subir una colina. Vieja Tienda no mostraba señales de agotamiento físico, aunque bajo la luz del sol se podía apreciar su avanzada edad: los surcos de su cara eran tan profundos que una mosca se lo pensaría dos veces antes de sumergirse en los riscos que los rodeaban. De hecho, su semblante era como una miniatura del terreno sobre el que nos encontrábamos. Y su piel marchita, allí donde la pintura la dejaba a la vista, hacía que el envoltorio de su fardo medicinal pareciese casi nuevo.

Se volvió y pareció echar un vistazo al panorama general, apretándose el fardo contra el pecho y señalando con el extremo del arco que tenía la cabeza de lanza, del cual colgaban dos plumas de águila.

—Allí llegó Agalla con sus muchos kunkpapa —dijo—, y allí Rey Cuervo. Y allí, Hombre Blanco Cojo y los Seres Humanos, los minneconjous, y otros pueblos lakotas rompieron el frente de los soldados, mientras que el gran Caballo Loco y Dos Lunas iban río abajo, atravesaban el collado que lo rodeaba y atacaban por la espalda a los casacas azules.

»Fue la batalla más grande de todos los tiempos, y nunca habrá otra igual.

Su gruesa voz se quebró ligeramente y dos lágrimas rodaron por los surcos que bordeaban su nariz pesada, carmesí y pintada de amarillo, y se desvanecieron en las huellas verticales de su labio superior. Su boca parecía un sistema fluvial con afluentes por arriba y por debajo.

A pesar de todo lo que había vivido, sentí lástima por él y dije:

—Sin duda habrá más.

Aunque no pensaba de qué le serviría, ya que era demasiado viejo para haber estado incluso en esta.

—No —dijo él—. Esto es el final.

Pasado un rato recuperé fuerzas y seguimos subiendo, pasando junto a los restos de la compañía C, justo debajo del promontorio. No es mi intención recrearme en los detalles de la matanza, pues creo que ya he dicho suficiente sobre cómo las mujeres indias acudían después de la batalla a ocuparse de los heridos. Bueno, después de la Batalla de Little Bighorn disfrutaron de un banquete capaz de saciar al mayor glotón. Había tantos cadáveres que desfigurar que al cabo de un tiempo se cansaron de mutilar; y así, muchos cadáveres quedaron intactos. A algunos ni siquiera les quitaron la ropa.

Pero a Tom Custer le había ido muy mal, tanto que parecía una pieza que hubiera estado en el tajo del carnicero. No le habría reconocido si no hubiese llevado las iniciales tatuadas en un brazo, junto con la bandera americana y la diosa de la libertad. Su cabellera rubia había sido arrancada desde la nuca, su cráneo estaba aplastado, su cuerpo abierto desde el esternón hasta la entrepierna, y sus... no quiero decir más; dejemos que su ejemplo valga para todos los que habían sido maltratados, aunque era el peor de todos los que vi. ¿Recuerda que Bottsy me dijo que Lluvia en el Rostro había jurado arrancarle el corazón a Tom y comérselo? Por el aspecto que tenía, podría haberlo hecho, aunque en años posteriores lo negó.

Así que fue con el mayor de los temores como llegué a la cima del montículo, con Vieja Tienda conduciéndome a mí más que yo a él, pues si le habían hecho eso a Tom, ¿qué horrores habría deparado el destino al general?

Pasamos sobre la barricada de caballos, que estaban empezando a hincharse por la putrefacción, ya que llevaban un día muertos, y el olor era espantoso. Allí, extendidos como espigas de maíz, estaban los cuerpos blancos de los hombres que habían muerto a mi lado menos de veinticuatro horas antes. Por un momento hubo un silencio absoluto, pero supongo que fue un efecto dentro de mi propia cabeza, pues soplaba una leve brisa y al cabo de un rato oí un susurro aleteante que se deslizaba sobre el suelo.

Entonces vi lo que era: centenares de dólares en billetes correteaban sobre la tierra impulsados por el viento, cayendo de vez en cuando sobre un cadáver desnudo para otorgarle cierta decencia. Era la paga que Custer había retenido a sus hombres hasta que salieron de Fort Lincoln. Los indios la encontraron al desnudar los cadáveres y la tiraron, como hacían con todos los papeles que encontraban, cartas de amor, órdenes y demás, lo cual producía aquel murmullo que daba la apariencia del escenario de una excursión campestre abandonada a las zonas donde los cadáveres no habían sido violados y podrían estar dormidos, si no fuera por las flechas que brotaban de ellos.

Habían arrancado una mejilla entera de las patillas del teniente Cooke, junto con su cabellera. Kellogg, el periodista, yacía donde le había visto caer, completamente

vestido, intacto.

Vieja Tienda dijo:

—Llévame con el que era Pelo Largo.

No es fácil identificar hombres que están muertos y desnudos. Tienden a mezclarse en un borrón, como la gente en un baño turco, excepto que además están rígidos.

Pero por fin vi al general Custer, los brazos todavía extendidos en cruz, tal y como había caído, descansando sobre los cadáveres de dos soldados, donde supongo que le habían tirado después de desnudarlo. Tenía un agujero limpio en su pecho izquierdo, y otro en el mismo lado de su sien, con muy poca sangre en el primero y ninguna en el segundo, que supongo que había recibido cuando los indios irrumpieron en el campamento una vez que todos hubieron muerto, disparándoles para asegurarse.

No estaba ni descabellado ni mutilado. Lo que me llamó la atención fue su expresión. Juro que era una leve sonrisa, ligeramente burlona, completamente confiada.

—Ahí está —dije a Vieja Tienda, cogiendo su mano con la mía y señalando con ambas. El jefe fue hacia Custer, se agachó, y palpó su cabeza brevemente. Me hubiera opuesto a que hiciera algo desagradable, pero sabía que no iba a hacerlo: solo estaba contemplando al difunto general al estilo de los ciegos.

Luego se irguió y me dijo:

—¿Este es el hombre que llevó a los soldados al Washita?

—Sí.

—¿Y a Sand Creek antes de eso?

—No. Aquel fue otro.

—¿Sí? —Asintió con su vieja cabeza tocada con el gran sombrero de guerra, y sus plumas se doblaron al unísono, como cuando una bandada de pájaros cambia de dirección en el cielo al mismo tiempo. Era algo hermoso, que menciono por el contraste que hacía con todo lo demás en aquel sitio. No había nada vivo en el campamento, excepto él y yo y las moscas. Los otros indios habían terminado el día antes, habían recogido sus propios muertos, y no volverían jamás.

—Muy bien —dijo Vieja Tienda. Apoyó ligeramente el extremo de la lanza del arco sobre el hombro blanco y desnudo de Custer, dándole un golpe simbólico, y dijo algo al cadáver que no puedo traducir con una expresión mejor que:

—Eres un hombre malo, y nos lo has pagado.

Aquello fue todo, y volvimos hacia el campamento, pero yo me sentía imbuido por la gloria y la tragedia de todo aquello. Custer había tenido que morir para conquistarme, pero por fin lo había conseguido: no podía negar que era muy noble por su parte ser su propio monumento.

Así que expresé a Vieja Tienda un pensamiento que se les ocurrió a muchos hombres blancos cuando el mundo exterior conoció la Última Batalla de Custer —

aunque a mí se me ocurrió el primero porque fui el primer americano que le vio muerto, igual que fui el último que le vio vivo—, y fue un pensamiento romántico, y apropiado en vista de la idea heroica que el general tenía de sí mismo y que había acabado imponiendo incluso a un escéptico como yo.

—No le han descabellado, abuelo. Los indios le han respetado como a un gran jefe —dije.

Vieja Tienda me sonrió como si fuera un crío bobo.

—No, hijo mío —dije él—. He palpado su cabeza. No le han descabellado porque se estaba quedando calvo.

De vuelta al tipi procuré pasar desapercibido, y en los libros de historia puede leer que los indios siguieron asediando a los restos del Séptimo en la Colina de Reno, aquella mañana y la tarde del 26, pero entonces algunos chicos que cuidaban de los caballos llegaron corriendo entre los tipis contando que habían aparecido más casacas azules, que bajaban por el Greasy Grass desde su desembocadura. Así que llamaron a los guerreros y las mujeres levantaron los incontables tipis en menos de tres cuartos de hora y empezamos a desplazarnos hacia el sur, todos, miles de indios, decenas de miles de animales, en una columna que tal vez tuviera cuatro millas de largo, con las mujeres y los niños montados en potros que también arrastraban *travois*, y los guerreros montando guardia delante y detrás.

Todavía pintado y con el tocado de bisonte, me quedé con el contingente familiar, por supuesto, montado en uno de los potros de Vieja Tienda, con él a mi lado en otro, y también sus esposas. Unos pocos indios me habían mirado mientras nos marchábamos, pero nadie abrió el pico. Supongo que ya estaban cansados de luchar y no querían meterse en más líos a menos que no tuvieran más remedio. Aprendí una cosa nueva: los indios no pueden mantener la atención fija mucho tiempo, ni siquiera en la victoria. O sea, sabía que eran así cuando una tribu luchaba contra otra, pero nunca les había visto vencer a los hombres blancos antes.

Cuando empezaba a anochecer, el grupo cheyenne pasó por el valle frente a la posición de Reno, pues éramos los últimos de la fila, y miré a los riscos pero no pude ver ni un alma, dado que había varias millas de distancia. Además, los indios habían prendido fuego a la hierba para cubrir nuestros movimientos, y todavía había mucho humo en el aire.

Los soldados que venían por el norte eran, por supuesto, los generales Terry y Gibbon, que traían la intención de reunirse con Custer, con un día de retraso igual que él había llegado con un día de adelanto, y ahora le encontrarían muerto desde hacía dos días, y a los indios desaparecidos.

Puede leerlo en los libros, y también la defensa de Reno y Benteen de su colina y cómo encontraron los cuerpos de Lavender, Charley Reynolds, el teniente McIntosh, el medio iroquí, y Cuchillo Sangriento y los rees, entre otros, en el valle. Yo pasé por

aquella zona baja con los indios, pero afortunadamente no tuve que ver a ninguno de mis amigos muertos. Supongo que estaban tirados en el bosque.

Por supuesto, puede leer un par de centenares de versiones distintas de la batalla de Little Bighorn, pues se sigue discutiendo sobre ella hasta el día de hoy. Primero vinieron los reportajes en la prensa, y luego hubo una investigación militar para determinar si Reno había sido un cobarde, que recibió muchos testimonios y que le declaró inocente, aunque algunos de los mismos oficiales que testificaron en su favor siguieron manchando su nombre fuera del tribunal. Aunque solo quedaran los restos, el Séptimo de Caballería hizo honor a su gloriosa tradición, uniendo esfuerzos en público aunque en privado se difamasen unos a otros.

Luego llegaron algunos de los relatos de oficiales y hombres que sirvieron en otras partes del campo, y el del explorador crow Curly. Otros individuos fueron por las reservas interrogando a indios que habían luchado en el lado hostil. Aquello, naturalmente, fue un desastre: no había dos salvajes que fueran capaces de ponerse de acuerdo sobre lo que ocurrió. Ni siquiera podían precisar el sitio concreto donde habían estado, ya que veían las cosas de forma distinta, como ocurría invariablemente, por no mencionar el papel que desempeñaban los modales y el miedo. Algunos indios creían que serían castigados si hacían que pareciese demasiado horrible; otros, por pura cortesía, contaban al investigador lo que creían que él quería oír. Uno afirmaba que todos los hombres de Custer se habían suicidado; otro, que las tropas habían cruzado el vado, habían penetrado en el poblado, y habían sido expulsadas, y que el general había muerto y caído en medio del río.

Por último, los estudiosos se pusieron manos a la obra, algunos estableciendo su residencia en el campo de batalla, que se convirtió en monumento nacional, y repasaron el terreno con instrumentos de medida de agrimensores. ¿Desobedeció Custer sus órdenes? ¿Podría haber llegado Benteen a tiempo para salvarle? ¿Cuál fue la ruta exacta que siguieron los cinco escuadrones después de dejar el Tipi Solitario? Para cada pregunta hay diez respuestas, con sus pros y sus contras en cada detalle.

Pero solo yo estuve allí y lo viví, y he contado la pura verdad, al menos tal y como la recuerdo. Hasta el día de hoy conservo en la mejilla y el hombro las cicatrices de las heridas que recibí en aquel risco sobre el río Little Bighorn, en el Territorio de Montana, el 25 de junio de 1876, en el enfrentamiento con los indios sioux y cheyennes en el que el general George A. Custer y cinco escuadrones del Séptimo de Caballería de los Estados Unidos perecieron hasta el último hombre, excepto uno.

¿Por qué he guardado silencio hasta ahora? Bueno, los indios hostiles nunca fueron muy populares en este país, pero durante algunos años, después de Little Bighorn, sus simpatizantes disminuyeron hasta que fueron superados en número por los admiradores de las serpientes de cascabel.

—Exacto —podría imaginarme diciendo a un grupito animoso en alguna taberna —, me salvaron los amigos que tenía entre los cheyennes.

Sin embargo, sobreviví a aquella época, y hacia 1920 dejé caer algunas indirectas a mis conocidos de entonces, pero desistí al ver la cara que ponían. Dado el historial familiar que tengo, con los antecedentes de mi padre y Caroline, soy bastante sensible a las dudas sobre mi cordura.

Oh, desde que estoy en este hogar para viejos y veo las series del Oeste en la televisión, puede que haya hecho algún comentario, pues me pone de los nervios ver a los indios interpretados por italianos, rusos y demás, con barbas crecidas y brazos gruesos. Los pieles rojas apenas tenían que afeitarse, e incluso los más fornidos tenían extremidades suaves en vez de músculos nudosos. En cuanto a los rasgos, no parecían gánsters. Si a la gente que hace la serie se les acaban los indios auténticos, deberían contratar orientales, chinos, japoneses y demás para interpretar sus papeles; pues hay un claro parecido entre ambos, ya que son primos antiguos. Obsérvelos sin prejuicios y entenderá lo que quiero decir.

Supongo que mis razones para mantener el silencio se reducen a esto: ¿Quién me habría creído? Pero ahora soy demasiado viejo para que me importe. Así que si usted no me cree, puede irse al demonio.

CAPÍTULO 30

El fin

Apenas hubo salido del valle donde murió Lavender, aquella inmensa procesión india empezó a dividirse en fragmentos que se dispersaron en todas direcciones, algunos hacia el oeste, al Tongue y el Powder, y otros más lejos aún, a la zona del Slim Buttes, donde fueron aplastados el siguiente septiembre por el general Crook. Algunos incluso volvieron a las reservas.

Toro Sentado y su grupo de hunkpapas acabaron dando la vuelta y subieron a Canadá, lo que los indios llamaban el País de la Abuela, debido a la Reina Victoria, y se quedaron allí un tiempo, donde todavía había bisontes, y la Policía Montada les dio medallas con la cara de la Abuela y dijeron que les daban la bienvenida siempre y cuando no mataran a sus súbditos. Lo cual no hicieron, pues apenas había canadienses en esa zona, y Toro Sentado sentía tal odio hacia los americanos que por contraste amaba a cualquiera que no lo fuese. Pero por fin volvió a Estados Unidos y más tarde fue de gira con el espectáculo del Wild Oeste de Cody, cobrando cincuenta dólares a la semana, más los gastos, más los derechos en exclusiva para vender fotos de sí mismo.

Algunos dijeron que aunque fue el líder espiritual de los sioux en Greasy Grass se acobardó cuando Reno atacó el extremo inferior del campamento, y se escondió en las montañas hasta que terminó la lucha, al no tener fe en su propia medicina. Agalla difundió esa teoría, y no sé si sería verdad o simplemente producto de los celos.

Volviendo a los días inmediatamente posteriores a la gran batalla: Vieja Tienda decidió llevar a su grupo al sur, a las montañas Bighorn. Lo que quiero decir es que de pronto hizo que su potro girase en aquella dirección, y los que quisieron acompañarle lo hicieron. Lo cual me incluía a mí. Me sentí aliviado al ver que Oso Más Joven, después de pensárselo mucho tiempo, sentado sobre su caballo pinto, eligió finalmente ir al este con cierto número de cheyennes. Él y yo habíamos llegado al final de nuestra mutua relación, ya que por fin estábamos en paz. No volvió a verme después de aquella mañana, cuando comprobó que estaba vivo, y yo tampoco le busqué.

Había tenido su día de gloria, y aún tantos años después me siento bien al recordarlo, pues los Seres Humanos con los que se fue sufrieron una amarga derrota a manos del general Mackenzie en otoño, y los supervivientes se rindieron la primavera siguiente y fueron enviados a la reserva del Territorio Indio, donde sufrieron las fiebres y casi se murieron de hambre. De modo que, hombres, mujeres y niños se separaron y volvieron hacia el norte abriéndose camino por medio del combate durante cientos de millas, atacados desde todas las distancias, descalzos y

hambrientos, armados solo con arcos, pues les habían quitado los rifles. Supongo que cuando sale a colación el concepto de virilidad, basta con decir «cheyenne» para acabar con la discusión.

Por fin, el gobierno comprendió que habría que exterminarlos o dejar que se quedaran en el territorio en el que habían nacido. Así que se estableció una agencia en el río Tongue, y los cheyennes del norte han vivido allí hasta el día de hoy.

Pero se sufrió mucho antes de llegar a esa conclusión, y no sé si Oso sobrevivió a todo ello. Así que me alegro de que por lo menos obtuviera una gran victoria, y por supuesto que yo no estaría aquí si no la hubiera obtenido.

Algunos de los otros indios también se fueron a las Bighorn, pero viajamos separados de ellos y sumábamos solo veintitantas tiendas. Aparte del jefe, no conocía a ninguno. Mis viejos amigos estaban todos muertos y desaparecidos. Aunque tenía solo treinta y cuatro años de edad, en algunos sentidos me sentía más viejo que ahora. Hoy solo va a terminar la vida de un anciano; entonces era toda una forma de vida. Vieja Tienda lo había visto, en lo alto del Risco de Custer, cuando dijo que nunca habría otra gran batalla. No lo entendí inmediatamente, y tal vez usted tampoco lo entienda, pues hubo muchos combates después, y algunos muy feroces, antes de que las tribus hostiles de las Llanuras por fin se rindieran y aceptaran permanentemente las agencias.

Una noche, debía de ser a primeros de julio, acampamos al pie de las Montañas Bighorn, cazamos algo de bisonte y comimos su jugosa joroba, condimentándola con la amarga bilis del animal, en la que primero mojábamos los cuchillos. Había sido un día de mucho calor, pero en aquellas alturas refrescaba rápidamente, y era muy agradable sentir el fuego en la cara grasienta, ya que estaba hecho de madera de pino, chisporroteante y fragante. Pasado un tiempo, hacía tanto calor dentro del tipi que los niños se quitaron las mantas de encima y corretearon con sus culitos marrones al aire.

Las gordas esposas del jefe estaban masticando una gran piel para ablandarla, una a cada extremo, y chismorreaban entre bocado y bocado sobre la vida amorosa de Caballo Loco, que se había casado con una chica cheyenne. Había visto al gran guerrero una vez antes de que nos separásemos. Tenía la cara llena de bordes afilados, no llevaba ninguna ornamentación, ni pintura, ni plumas; era como un arma viviente. Se rindió al ejército un año después y le mataron a puñaladas en una reyerta en la agencia mientras le sujetaba los brazos un indio llamado Pequeño Gran Hombre... no yo. Era un sioux y por tanto era un nombre distinto, aunque sea el mismo al traducirlo.

Vieja Tienda limpió la hoja de su cuchillo en la pernera y eructó como si hiciera sonar una trompeta.

Le pregunté entonces qué había querido decir en lo alto del risco. Me pareció raro que se dejara llevar por el pesimismo después de que los indios habían vencido, cuando tantas otras veces habían sido derrotados.

—Sí, hijo mío —dijo—, ahora ha terminado, porque, ¿qué más puedes hacerle a

un enemigo aparte de vencerle? Si estuviéramos luchando pieles rojas contra pieles rojas, como antes, porque es la profesión del hombre, y además es disfrutable, ahora le tocaría al otro bando vencernos. Lucharíamos tan fuerte como siempre, y tal vez volveríamos a ganar, pero ellos empezarán decididamente con una ventaja, porque así es como debe ser. No hay victorias ni derrotas permanentes cuando las cosas se mueven en un círculo, como debe ser. Pues, ¿acaso la vida no es continua? Y, aunque yo muera, ¿acaso no seguiré viviendo en todo lo que es?

»El bisonte come hierba, yo me lo como a él, y cuando yo muera, la tierra me comerá a mí y dará más hierba. Por tanto, nada se pierde nunca, y todas las cosas son todo para siempre, aunque todas las cosas cambien.

El viejo se guardó el cuchillo en su funda con cuentas. Continuó:

—Pero los hombres blancos, que viven en líneas rectas y en cuadrados, no creen lo mismo que yo. Con ellos es más bien todo o nada: Washita o Greasy Grass. Y debido a sus extrañas creencias, son muy persistentes. Incluso luchan por la noche o cuando hace mal tiempo. Pero odian la lucha en sí. Lo único que les importa es vencer, y si pueden hacerlo garabateando con una pluma sobre un papel o diciendo algo al viento, se sienten aún más felices.

»Ahora no se contentarán con venir a vengarse de nosotros por la muerte del antiguo Pelo Largo, cosa que podrían hacer fácilmente. De hecho, si todos volviésemos a las agencias, probablemente no matarían a nadie. Pues matar forma parte de vivir, pero ellos odian la vida. Odian la guerra. En los viejos tiempos intentaron hacer la paz entre nosotros, los crows y los pawnees, y todos nos estrechamos la mano y no luchamos durante un tiempo, pero todos nos sentíamos mal y nuestras mujeres empezaron a volverse insolentes, y no podíamos llevar nuestras ropas buenas si estábamos en paz. Así que finalmente fuimos a un campamento crow y yo di un discurso. “Nos gustabais cuando os odiábamos”, les dije a los crows. “Ahora que somos amigos, os aborrecemos”.

»—Eso no tiene sentido —dijeron ellos.

»—Bueno, no ha sido idea nuestra.

»—Ni nuestra —dijeron ellos—. Cuando luchábamos con vosotros, pensábamos que los cheyennes erais hermosos. Ahora parecéis perros feos.

»Así que se produjo una situación de emergencia, y libramos una gran batalla.

Vieja Tienda sacudió la cabeza.

—Esos crows —dijo— eran buenos luchadores en los viejos tiempos, pero hoy en día están llenos de vergüenza, y cabalgan con los soldados blancos. Dicen que huyeron en el Greasy Grass, cosa que no me sorprende.

Bueno, hablando de vergüenza, allí estaba yo. Todavía no había empezado a explicar mi presencia al lado de Custer. Si es que podía explicarse. Tenía que intentarlo.

—Abuelo —dije—, pocas personas tienen tu gran sabiduría. El resto a menudo nos vemos atrapados en situaciones donde lo único que podemos hacer es sobrevivir,

y mucho menos entenderlas. Ese es mi caso, el de Pequeño Gran Hombre...

Me di cuenta de mi error tan pronto lo dije.

—Ah —dijo Vieja Tienda—, una persona nunca debería decir su propio nombre. El diablo podría robarlo, dejando a la pobre persona sin nombre.

Me disculpé y empecé de nuevo, pero el jefe bostezó y dijo que se iba a dormir, y así lo hizo.

A la mañana siguiente, cuando habíamos despertado y nos habíamos bañado en el arroyo frío y cristalino que bajaba de las montañas, Vieja Tienda en pelota picada, sumergiendo su anciano cuerpo y chapoteando como un gorrión, y yo estaba preparándome para meterme al cuerpo un gran desayuno, el jefe se secó con una manta, se envolvió en otra y dijo:

—Hijo mío, hoy tengo que ir a un lugar elevado y hacer una cosa importante. ¿Quieres llevarme allí?

Me dijo que podía comer antes si quería, pero que él no podía. Por lo cual supe que la cosa que tenía en mente era sagrada; y aunque tal vez yo no tuviera que participar en ella, no quería insultar a sus dioses con el estómago lleno. Así que yo tampoco comí nada, y salimos.

Bueno, lamenté la decisión después de haber caminado montaña arriba durante horas, pues el sitio que había elegido era un pico de considerable altura. A mediodía solo habíamos llegado hasta la mitad, y no habíamos traído ni siquiera una gota de agua, y cuanto más alto íbamos, menos posibilidades teníamos de encontrarla. Yo todavía no me había recuperado completamente de mis heridas, y el aire se hacía más fino a medida que avanzábamos.

Vieja Tienda subía con zancadas grandes, poderosas e incluso impacientes. Solo llevaba una pluma de águila y la manta roja, y debajo únicamente un taparrabos. Si le mirabas desde bastante lejos como para no ver los surcos de su cara, supongo que podrías haberle tomado por un joven guerrero.

Bueno, continuamos hora tras hora, y yo estaba tan mareado cuando llegamos al borde del bosque que pensé que vería doble el resto de mi vida. De vez en cuando nos deteníamos para que yo pudiera descansar, pero el jefe nunca se sentaba, se limitaba a quedarse en pie, impaciente, y pronto decía:

—Vamos, hijo mío, hay momentos para ser perezoso y hay momentos para ser veloz.

Así que me obligaba de nuevo a seguirle.

A finales de la tarde llegamos a la cumbre. Era un terreno pedregoso, y solo era un pico entre muchos de la cordillera. Vi una cabra saltando de peñasco en peñasco. Al oeste, el mundo entero eran montañas, hasta donde el sol pendía bajo sobre los últimos promontorios. No creo que nunca hubiera visto un cielo tan grande como aquel, ni tan claro. Era de un azul muy pálido, como una cúpula hecha de zafiro, excepto que decir eso te hace pensar en algo cerrado, y aquello no lo era: era abierto e ilimitado. Si hubiera sido un pájaro, habría podido volar en línea recta eternamente,

lo más rápido posible, y sin embargo siempre habría estado en el mismo sitio.

Al contemplar el gran círculo universal, mi mareo fue en aumento. Ya no me tambaleaba. Estaba allí, en movimiento, y sin embargo al mismo tiempo en el centro del mundo, donde todo se autoexplica solo porque es así. Haber estado en el Greasy Grass o no, y en qué bando, y haber sobrevivido o perecido, daba igual.

Todos habíamos sido hombres. Allí arriba, en la montaña, no había separaciones.

Me volví a Vieja Tienda para decirle que había llegado a ese punto, pero él se había apartado de mí, había dejado caer su manta, y de pie con su viejo cuerpo lleno de cicatrices y desnudo ante el sol poniente, gritó con una voz poderosa que resonó como el trueno reverberando de pico en pico.

—¡HEY-HEY-HEY-HEY-HEY-HEY-HEY!

Era el gran grito de guerra de los cheyennes, y lo estaba gritando a toda la eternidad por última vez. Sus ojos ciegos lloraban de feroz alegría, su viejo cuerpo temblaba.

—¡Venid y luchad! —gritaba—. ¡Es un buen día para morir!

Entonces empezó a reírse, pues la Muerte tenía miedo de él en aquel momento, y se había acurrucado en su tipi.

Luego empezó a rezar al Espíritu de Todas Partes con la misma voz estentórea, nunca lloriqueante, sino firme y libre.

—¡Gracias por hacerme un Ser Humano! ¡Gracias por ayudarme a convertirme en guerrero! Gracias por todas mis victorias y por todas mis derrotas. Gracias por mi visión, y por la ceguera con la que vi aún más.

»He matado a muchos hombres y he amado a muchas mujeres y he comido mucha carne. También he pasado hambre, y te doy las gracias por eso y por la dulzura añadida que tiene la comida cuando la recibes después de dichas épocas.

»Haces todas las cosas y las diriges en su camino. Oh Abuelo, y ahora has decidido que los Seres Humanos pronto tendrán que caminar por un nuevo camino. Gracias por dejarnos vencer una vez antes de que eso ocurra. Aunque mi pueblo tenga que acabar desapareciendo de la faz de la tierra, seguirá viviendo en cualquier hombre que sea feroz y fuerte. Así que cuando las mujeres vean a un hombre que es orgulloso y valiente y vengativo, aunque tenga la cara blanca, gritarán: “¡Es un Ser Humano!”.

»¡Ahora voy a morir, a menos que la Muerte quiera luchar primero, y te pido por última vez que me concedas mi viejo poder para hacer que las cosas ocurran!

La cabra que había visto antes, u otra, apareció a la vista en un peñasco vecino con sus magníficos cuernos enrollados y pareció mirar interrogante hacia nosotros. Pero no era aquello a lo que se refería Vieja Tienda, y de todas formas no podía verla, así que volvió a lanzar su grito de guerra. Mientras resonaba en aquella cordillera, un trueno respondió desde el oeste, y el cielo que había sido de la pureza del cristal de pronto se convirtió en una masa oscura de nubes sobre el sol y empezó a rodar hacia nosotros a través de la inmensa distancia.

Me quedé sobrecogido y Vieja Tienda empezó a cantar, y cuando la nube llegó encima de nosotros la lluvia salpicó su cara levantada, mezclándose con las lágrimas de júbilo.

Puede que pasaran diez minutos o una hora. Cuando cesó y los rayos del sol poniente por fin nos llegaron, dio gracias por última vez e hizo su súplica final.

—Cuida de mi hijo —pidió—, y asegúrate de que no se vuelva loco.

Entonces se tumbó sobre las piedras húmedas y se murió directamente. Yo bajé hasta los árboles, recogí unas cuantas ramas y construí un soporte funerario. Le envolví en la manta roja y le tumbé. Luego, al cabo de un rato, empecé a bajar la montaña bajo la luz menguante.

Epílogo del Editor

Fue poco después de llegar a este punto de su narración cuando Jack Crabb también falleció, tal y como he descrito en mi Prefacio. Es una lástima que no llegáramos nunca al relato de sus años posteriores, que me había inducido a pensar que no fueron menos notables que los primeros treinta y cuatro. A juzgar por varias de sus referencias, siempre llenas de colorido, deduzco que durante algún tiempo estuvo de gira con el espectáculo del Wild Oeste dirigido por el difunto William F. Cody, «Buffalo Bill». Tal vez viajara por Europa con dicha compañía. Sus alusiones eran ambiguas, pero es posible que llegara a Venecia y que allí fuera fotografiado en una góndola con varios indios sioux.

Parece que en años posteriores visitó las islas Sándwich —Hawai, en la terminología moderna—, y que allí desarrolló cierta afición por sus habitantes femeninas, que todavía tenían la costumbre de nadar desnudas. Me dio a entender que estaba familiarizado con Latinoamérica en los últimos años del siglo XIX, y principios del siglo XX. Hizo esquivas referencias a Guatemala, Cuba y México, normalmente en épocas de revolución, aunque, como he dejado claro, el señor Crabb carecía de convicciones políticas.

Lo cual tal vez sea tan deplorable como su aparente aprobación de la violencia, de la cual debo desligarme. Al fin y al cabo soy un hombre blanco, y creo que la razón debe prevalecer por encima de todo, que el león debe dormir con el cordero si, aunque agnóstico, se me permite utilizar la expresión de los supersticiosos para expresar una seria propuesta moral. En una ocasión utilicé dicho aforismo con el señor Crabb, y su respuesta me hizo estremecerme:

—Me parece bien, hijo, siempre y cuando sigas echando corderos de vez en cuando.

Jack Crabb era un hombre cínico, grosero, poco escrupuloso y, cuando era necesario, incluso despiadado. Al difundir su biografía parcial, no puedo de ninguna manera recomendarla a los más impresionables. Debe ser vista como un producto de su época, de su lugar, y de sus circunstancias. Fueron hombres como este quienes llevaron nuestra frontera cada vez más hacia el oeste hasta alcanzar el océano brillante.

Sin embargo, para concluir, debo hacer una sincera confesión. Nunca he sido capaz de decidir cuánto creerme de la historia del señor Crabb. Más de una noche he despertado a primera hora con la terrible sospecha de que me habían engañado, he corrido a mi mesa, he sacado el manuscrito y lo he revisado hasta el amanecer.

Por supuesto, es improbable que un hombre haya experimentado ni siquiera un tercio de lo que afirma el señor Crabb. ¿La mitad? ¡Increíble! ¿Todo? ¡Un mitomaniaco! Pero usted descubrirá, como yo, que si se acepta como verdad una sola parte, entonces lo que la precede y lo que la sigue cobra un gran peso en nuestra

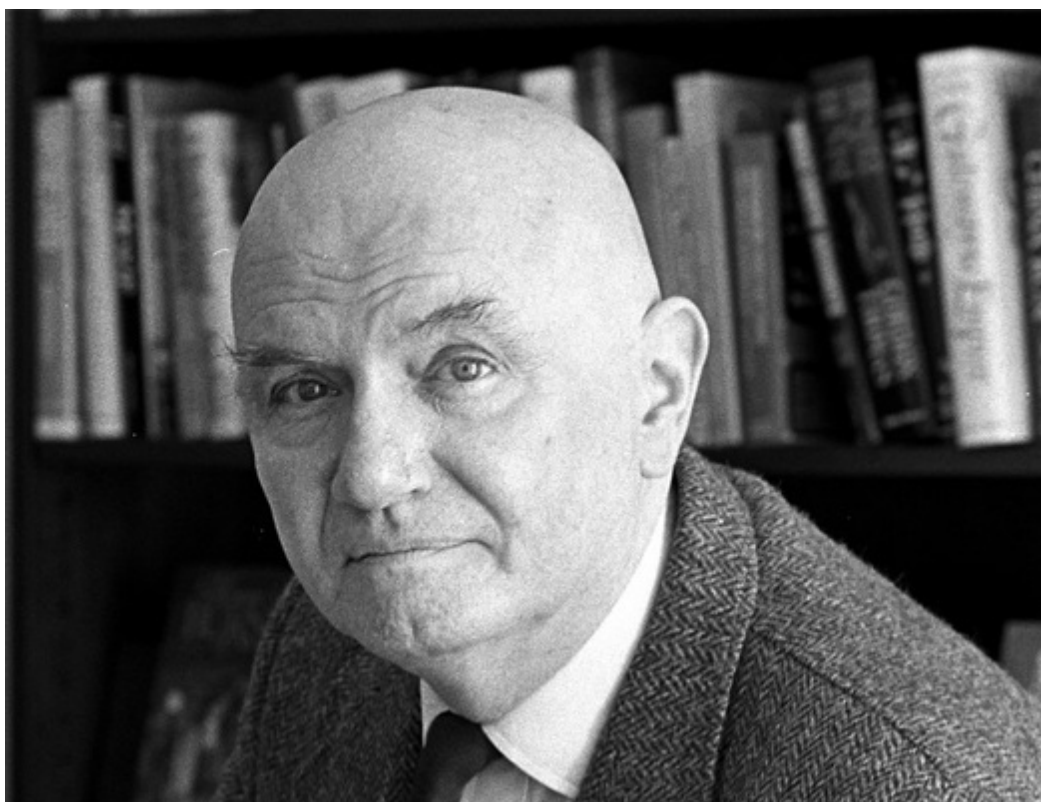
credibilidad. Si conoció a Wild Bill Hickok, ¿entonces por qué no al general Custer también? Se da un caso similar cuando sospechamos de su veracidad en cierto momento. ¿Entonces por qué iba a ser fiable en otra parte?

Puedo certificar que cada vez que el señor Crabb ha dado fechas, nombres y lugares concretos, he acudido a las fuentes disponibles y he descubierto que era terriblemente preciso... cuando pueden contrastarse. Hay excepciones. Según las mejores autoridades, el único negro en la batalla de Little Bighorn fue un hombre llamado Isaiah Dorman, pero sí que había vivido antes con los sioux y sí que murió en el valle mientras cabalgaba con el escuadrón del comandante Reno. No existe ningún sargento «Botts» en la lista del Séptimo de Caballería, aunque entre las bajas aparece un tal sargento Edward Botzer. En cuanto a que Caballo Loco no llevara plumas, sabemos que esa afirmación es errónea, ya que su tocado de guerra, tal y como mencionaba en el Prefacio, forma parte actualmente de mi propia colección; el comerciante que me lo vendió es un hombre de la máxima integridad.

Y así podemos seguir... Pero falta un nombre en todos los índices, en todas las listas, en todos los informes. En mi biblioteca de tres mil volúmenes sobre el Antiguo Oeste, en los centenares de recortes, cartas, revistas, pueden buscar en vano, tal y como yo lo he hecho, la menor referencia a un solo hombre, y no precisamente un individuo vulgar, sino, según su propio relato, un participante en los acontecimientos más destacados del cuarto de siglo más colorido de la frontera americana. Me refiero, por supuesto, a Jack Crabb.

Así que al despedirme, dejo la decisión en sus hábiles manos, mi querido lector. Jack Crabb fue el héroe más olvidado de la historia de este país o un mentiroso de proporciones monumentales. En todo caso, que el Espíritu de Todas Partes se apiade de su alma, y de la de usted, y de la mía.

R. F. S.



THOMAS BERGER, autor norteamericano nacido en Cincinnati en 1924, ha sido bibliotecario, editor asociado, crítico de cine, y profesor visitante y lector en varias universidades norteamericanas. Berger es autor de un buen número de novelas de corte humorístico, en las que suele pasar revista a algunos consabidos escenarios literarios.

Ya en 1958, con su primera novela *Crazy in Berlin*, sobre los soldados norteamericanos en Alemania, se abre paso hasta la primera fila de los cultivadores de la ironía en lengua inglesa: *Little Big Man* (1964) y *Killing Time* (1967) le consolidan en ese puesto y reafirman su prestigio como destacado cultivador de la sátira y el humor negro, un prestigio que ha mantenido con posteriores obras como *Regiment of Women* (1973) sátira del feminismo o *Arthur Rex: A legendary Novel* (1978). Tras publicar una serie de novelas, tales como *Vital parts* (1970) o *Reinhart's Women* (1981), en 1999 aparece finalmente *The return of Little Big Man*, debido al éxito de la novela de 1964, y de su adaptación al cine realizada por Arthur Penn en 1970 y protagonizada por Dustin Hoffman.

Notas

[1] Crazy Horse. <<

[2] **Sitting Bull.** <<

[3] Scar Belly. <<

[4] Old Logde Skins. <<

[5] Painted Thunder. <<

[6] Shadow That Comes in Sight. <<

[7] Pile of Bones. <<

[8] White Contrary. <<

[9] Spotted Wolf. <<

[10] Burns Red in the Sun. <<

[11] Little Antelope. <<

[12] Buffalo Wallow Woman. <<

[13] White Cow Woman. <<

[14] Shooting Star. <<

[15] Little Horse. <<

[16] Younger Bear. <<

[17] Antelope Girl. <<

[18] Sticks Everything Under His Belt. <<

[19] Red Dog. <<

[20] Two Babies. <<

[21] Hawk's Visit, Little Robe, Horse Chief, Iron Shirt, Crazy Mule y Little Man. <<

[22] Great Elk. <<

[23] Walking on the Ground. <<

[24] Lake you cannot See Across. <<

[25] Hungry Bear. <<

[26] Black Wolf. <<

[27] Sweet Medicine. <<

[28] Cold Face. <<

[29] Yellow Eagle. <<

[30] Bird Bear. <<

[31] Long Jaw. <<

[32] Left-Handed Wolf. <<

[33] Dirt on the Nose. <<

[34] Bird Bear. <<

[35] Burnt Artery. <<

[36] Hair Rope. <<

[37] En español en el original. (*N. del T.*) <<

[38] En español en el original. (*N. del T.*) <<

[39] En español en el original. (*N. del T.*) <<

[40] Little Raven. <<

[41] Lean Man. <<

[42] Rolling Bull. <<

[43] En español en el original. (*N. del T.*) <<

[44] Cut Belly. <<

[45] Yellow Wolf. <<

[46] Black Kettle. <<

[47] Yellow Shield. <<

[48] Fighting Bear. <<

[49] *Delight*: Delicia. (*N. del T.*) <<

[50] Mad Bear. <<

[51] High Wolf. <<

[52] Cut Nose. <<

[53] Sunshine. <<

[54] Little Shield. <<

[55] Turkey Leg. <<

[56] Frog Lying on a Hillside. <<

[57] Roman Nose. <<

[58] Bullet Proof. <<

[59] Red-Winged Woodpecker. <<

[60] Potbelly. <<

[61] Spotted Pony. <<

[62] Digging Bear. <<

[63] Corn Woman. <<

[64] Morning Star. <<

[65] Red Hair. <<

[66] El amor de mi vida / La única mujer que quise / Lo más dulce de este valle de lágrimas / Fue siempre mi querida madre. / Y ahora está en el cielo / Donde los ángeles tocan las arpas / pues hace seis o siete años / que enterré su cadáver... (N. del T.) <<

[67] Wild Bill. (*N. del T.*) <<

[68] Duck Bill. (*N. del T.*) <<

[69] En español en el original. (*N. del T.*) <<

[70] En español en el original. (*N. del T.*) <<

[71] En español en el original. (*N. del T.*) <<

[72] Gall. <<

[73] Bloody Knife. <<

[74] Red Cloud. <<

[75] Rain in the Face. <<

[76] White Man Runs Him. <<

[77] Half Yellow Face. <<

[78] Goes Ahead. <<

[79] Curly. <<

[80] Medicine Bird Creek. <<

[81] Crow King. <<

[82] **Lame White Man.** <<

[83] Two Moon. <<